

ANTÍA EIRAS

A LA CAZA DE TU AMOR



Lectulandia

Noa Montalbo, alias «niñata», es rebelde, caprichosa y muy obstinada. Hija de un importantísimo empresario valenciano, está habituada a salirse siempre con la suya. Hasta que su padre, Diego Montalbo, cansado de su díscola vida, la manda a trabajar a un «resort» de lujo que posee en Kenia, en medio de la sabana africana.

Allí conoce a Alonso Rivas, alias «Tarzán trasnochado» o en su defecto «ser unineuronal», guía y encargado del complejo hotelero. Su carácter rudo, prepotente y autoritario no hará que empiecen con muy buen pie. Para él no es más que otra niñata rica y consentida que sólo viene a darle problemas.

Sin embargo, y aunque no sean capaces de reconocerlo, se odian con la misma intensidad con la que se atraen, e inevitablemente vivirán una aventura de amor, atracción, pasión, celos, drama, humor e intriga, ya que nada de lo que los rodea en ese paraíso es lo que parece.

Pero solamente juntos podrán luchar contra todos los que intentan separarlos, para lograr al fin la felicidad.

Lectulandia

Antía Eiras

A la caza de tu amor

ePub r1.0

Titivillus 09.08.2018

Título original: *A la caza de tu amor*

Antía Eiras, 2016

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Me gustaría dedicar este libro a mi marido,
por la paciencia infinita que ha tenido conmigo,
y, en especial, a mi hermana Mari.*

Gracias de corazón.

Prólogo

Un mes antes

Cuando Noa llegó a la mansión, su padre ya la estaba esperando en su despacho. Como todo lo que había en esa casa, era enorme y ostentoso, acorde con su dueño, uno de los empresarios más relevantes de Valencia, por no decir el más destacado. Pero ella estaba acostumbrada a todo ese lujo, y no le daba la más mínima importancia. Entró sin llamar, porque sabía que eso lo molestaría, y con indolencia se dejó caer en el sillón que estaba frente al escritorio.

El hombre dejó de escribir en el documento que tenía delante, y apoyó con suavidad la pluma encima de la mesa. Se reclinó en la silla, y cruzó las manos mientras observaba a su hija con detenimiento.

—¿Dónde están los modales que se supone que te enseñaron en las mejores escuelas que yo te he pagado? ¿Ahora tampoco te dignas saludar a tu propio padre?

Ella lo miró con hastío y esbozó una falsa sonrisa dirigida sólo a él.

—¡Hola, papá! —Y dejando de sonreír en el acto, le preguntó—: ¿Así está bien?

Él suspiró, cansado de su actitud, y se pellizcó el puente de la nariz después de dejar las gafas sobre el escritorio.

—¿Por qué lo tienes que hacer todo tan difícil, Noa? —planteó, clavándole una mirada de reproche—. Desde hace unos dos años, has cambiado tanto que ya casi no te reconozco.

—Bueno, las personas cambian.

—Pero normalmente lo hacen para bien, y en tu caso ha sido todo lo contrario. Tu hermano nunca actuaría de esa manera, tu hermano...

Ella se levantó, molesta, de la silla.

—Sí, ya lo sé, mi hermano, don perfecto —lo cortó groseramente—. Si me has hecho venir a las ocho de la mañana para decirme lo decepcionado que estás de mí y compararme con él, te informo de que estoy demasiado cansada como para escucharlo nuevamente. Así que, si me disculp...

—¡Siéntate ahora mismo! —ladró su padre, interrumpiéndola él esta vez.

Y aunque ella lo hizo, le dejó bien claro con su actitud que no estaba de acuerdo con ello.

—¿Acaso te crees que no sé perfectamente de dónde vienes? ¿Piensas que no me he enterado de tu vida disipada? ¿Supones que desconozco que te dedicas a ir de fiesta en fiesta con tus amiguitos sin pegar un palo al agua?

—Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida no es asunto tuyo.

—¡Por supuesto que lo es! —la increpó enfadado, a la vez que se levantaba de la silla—. Desde el mismo momento en que lo pagas todo con mi dinero, es asunto mío.

Porque, al final, soy yo el que sufraga tu Mercedes descapotable último modelo, el que paga tu apartamento de lujo en el centro de Valencia, el que costea tu ropa de marca y todos tus demás exorbitantes caprichos.

—¿De eso trata todo esto? ¿De tu cochino dinero? —espetó ella, rabiosa.

—¡Por supuesto que no, maldita sea! ¡Se trata de tu vida! ¡De lo que estás haciendo con ella, desperdiciándola!

—¡Ya te he dicho antes que eso es asunto mío! —le contestó levantándose también.

—¡Pues yo no me voy a quedar sentado viendo cómo la echas a perder! ¡Y no me vas a dejar más opción que tomar medidas al respecto! —la amenazó mientras apoyaba las manos y se inclinaba encima de la mesa.

—No me das ningún miedo —lo retó, colérica—. ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a desheredar?

Él se quedó callado un segundo y, muy lentamente, se volvió a sentar. Noa abrió un poco más los ojos, y fue la única señal, casi imperceptible, de sorpresa que reveló ante el gesto de su padre. Lo conocía lo suficiente como para saber que, cuando mostraba calma, era cuando más enfadado estaba. Y Diego Montalbo no había llegado a donde había llegado en la vida por ser un tierno corderito.

—Escúchame bien, Noa, porque es la última oportunidad que te doy. Si en un mes no cambias tu actitud, no me dejarás otra opción que cancelarte las cuentas y las tarjetas de crédito, cambiar la cerradura de tu apartamento y retirarte el coche... por lo que te las tendrás que apañar tú solita, porque, por supuesto, mi apoyo también te lo retiraré. Y si crees que me voy a ablandar, estás muy equivocada, ya que tampoco serás bienvenida a esta casa.

—¡No te atreverías! —replicó con un deje de miedo en la mirada.

—No me pongas a prueba, hija, porque te podrías llevar una muy mala sorpresa.

Ella lo observó durante unos segundos, calibrando la veracidad de su amenaza. Luego empezó a dibujar una mueca torcida de suficiencia mientras se cruzaba de brazos.

—Mamá no lo permitiría.

—Lo hacemos por tu bien, cariño —dijo una voz detrás de ella.

Cuando se giró, descubrió a su progenitora de pie delante de la ventana que daba al jardín, casi escondida detrás de las cortinas.

—¿Así que ahora os ponéis de acuerdo para ir en mi contra? —preguntó, dolida—. Hasta ahora os importaba muy poco lo que yo hiciera o dejara de hacer, pero pensaba que, por lo menos, podría contar contigo, mamá.

—Eso no es cierto. Siempre nos has importado, y sabes perfectamente que me tienes para lo que quieras —contestó, afligida por su reproche.

—No intentes manipularla, Noa. Esta vez tus chantajes emocionales no te van a servir de nada —la informó su padre.

—¿Y tú me hablas de chantajes a mí? —preguntó furiosa, girándose hacia él—.

Porque, entonces, ¿a esto cómo lo llamarías, papá?

El hombre se levantó de su asiento de nuevo y, con los puños clavados encima de la mesa, siseó furioso:

—¡Esto es un ultimátum!

Noa se quitó las gafas de sol y, apoyándose ella también en el escritorio, le hincó su iracunda mirada.

—Da gracias a que eres mi padre y te respeto, porque, si no, te informaría ahora mismo de lo que haría yo con tu asqueroso dinero y tu maldito ultimátum.

Y, tras colocarse otra vez las gafas de sol, se dio media vuelta y se encaminó a la salida.

—¡¿A dónde vas, señorita?! —vociferó su padre, furioso, observando cómo se marchaba—. ¡Todavía no hemos acabado de hablar!

—Yo no tengo nada más que decir —sentenció, cerrando a continuación la puerta de un golpe.

—¡¡¡Noa!!!

Capítulo 1

Alonso cada vez estaba más impaciente. Llevaba un buen rato en el aeropuerto de Nairobi y todavía no había ni rastro de la persona que tenía que recoger. Con la de cosas que tenía que hacer, como para tener que ser ahora la niñera de la hija de su jefe.

«¡Maldita sea!»

Soltó un suspiro de alivio cuando por fin vio cómo los pasajeros aparecían por la puerta de llegadas y, ansioso, buscó con la mirada a la mujer que se suponía que tenía que llevar. Después de pasar un buen rato esperando, alzó un poco más el letrero, en el que ponía «Señorita Montalbo», para que ella lo reconociera y no perder tanto tiempo. De repente, una sonrisa divertida asomó a su rostro. Acababa de ver a una mujer que estaba totalmente fuera de lugar en ese sitio. Parecía una modelo salida de una revista de moda, y se veía completamente ridícula, con su vestido enteramente blanco y muy ceñido al cuerpo, a juego con unos zapatos de tacón de vértigo y una enorme pamelita que le tapaba medio rostro, oculto además detrás de unas grandes gafas de sol. Ésta, desesperada, tiraba de un carrito lleno de maletas a rebosar, y la gente se reía disimuladamente de ella. Pero la sonrisa se le borró de golpe cuando ella lo ubicó y se dirigió decidida hacia él, mientras sacaba de su ridículo y blanco bolso un teléfono móvil.

—¿Es usted el señor Rivas? —preguntó cuando llegó a su altura.

—Así es.

—¡Gracias a Dios! —continuó hablando—. Si es tan amable de llevarme las maletas, quiero salir de este infierno lo antes posible.

Observó cómo le iba diciendo eso mientras caminaba hacia la salida, ignorándolo por completo, a la vez que miraba la pantalla de su móvil. Él arqueó una ceja, sorprendido por su actitud, hasta que ella se paró en seco cuando se dio cuenta de que no la seguía. Así que, cuando se bajó un poco las gafas de sol para mirarlo con altanería, él, muy despacio, arrugó el letrero de papel con las manos y lo tiró a una papelería cercana, mientras se acercaba a ella con una cínica sonrisa.

—Yo también me alegro de conocerla, señorita Montalbo, y espero que su viaje haya sido placentero. Si es tan amable de seguirme, con mucho gusto la llevaré a su destino. —Dicho esto, hizo lo mismo que ella había hecho segundos antes, mientras seguía hablando sin detenerse en ningún momento—, pero no soy ni su sirviente ni su portamaletas, así que la esperaré fuera mientras se pelea con su equipaje.

La dejó plantada allí, con la boca abierta, sin dar crédito a lo que había hecho, totalmente anonadada por su comportamiento, sin esperar contestación.

«Quizá si prueba de su propia medicina, se pensará mejor eso de ser tan maleducada», se dijo mientras salía del aeropuerto y se dirigía a su *jeep*.

Pero, de repente, oyó el repiqueteo de unos tacones que lo perseguían.

—¡Espere un momento!

Se paró en seco y se giró, para ver cómo corría torpemente hacia él con los tacones de vértigo que llevaba; le habló muy molesta cuando se acercó.

—Creo, señor Rivas, que aquí ha habido un malentendido. Yo soy la hija del dueño de Resorts Montalbo, y vengo en sustitución del director, Emilio Andrade. Por eso, a todos los efectos soy su jefa; por tanto, le exijo que coja mis maletas y las coloque en el coche que debe llevarnos al hotel.

Alonso se puso las gafas de sol y la observó detenidamente. La verdad es que era una chica muy hermosa. Rubia y con una muy buena figura, quizá un poco delgada para su gusto, pero tenía que admitir que tenía buen cuerpo. Poseía unos increíbles ojos azules, que había podido vislumbrar antes, cuando se había bajado un instante las gafas. Lástima que fuera tan desagradable y fastidiosa. Así que le enseñó su sonrisa más desdeñosa y prepotente, para dejarle claro quién era el que mandaba allí.

—Tiene razón, señorita Montalbo, aquí se está cometiendo un lamentable error. Le sugiero dos cosas. La primera es que llame a su padre para que le informe convenientemente acerca de cuáles serán sus funciones a partir de ahora como directora de Resorts Montalbo. Y la segunda es que, si no quiere que le desaparezcan todas sus pertenencias, vaya enseguida a buscar su equipaje, o en breve ya no tendrá que preocuparse de qué ropa ponerse mañana.

En cuanto le dijo eso, ella, asustada, miró hacia atrás, descubriendo con pesar que él tenía razón, ya que dos niños de no más de diez años estaban intentando llevarse una maleta, mientras la gente que había a su alrededor no hacía nada por evitarlo.

—¡Eh, soltad eso ahora mismo! —gritó mientras volvía a la carrera.

Observó divertido cómo corría con dificultad, mientras se agarraba el ridículo sombrero, que a punto estuvo varias veces de salir volando. Se caló su gorra de béisbol y se dirigió hacia el *jeep*, a la vez que sacudía la cabeza, asombrado por las tonterías que hacían las niñas ricas y consentidas como ella. Se preguntó qué diablos hacía esa mujer allí, a la vez que se cruzaba de brazos y se apoyaba en el vehículo.

Unos días antes había hablado con Diego Montalbo en persona; éste le informó sobre el viaje de su hija, dejándole muy claro que nada del acuerdo que había entre ellos iba a sufrir ningún cambio. Sólo le pidió que, si su hija no se comportaba correctamente, hablara con él, y tomaría las medidas oportunas al respecto.

No entendía qué podía haber ocurrido para que el hombre decidiera enviarla a trabajar allí. Era cierto que Emilio, el antiguo director, por motivos de salud hacía unos meses que se había marchado a Madrid, donde podían encargarse de él apropiadamente, ya que allí no disponían del tratamiento adecuado para su enfermedad. Incluso el propio Alonso se había tenido que poner muy duro con él para que fuera a tratarse y viera a su familia en España. Pero su jefe no le había dado más explicaciones sobre los motivos reales de la llegada de su hija a Kenia, dejándolo con la intriga de los motivos de esta inesperada visita.

Miró, irritado, su reloj, al percatarse de que la susodicha estaba tardando más tiempo del necesario para traer unas malditas maletas. De repente la vio aparecer, luchando con el carrito y con una expresión furibunda en el rostro. Al llegar a su lado, se quitó el extravagante sombrero y empezó a abanicarse con él, mientras respiraba con dificultad por el esfuerzo realizado.

—He tratado de hablar con mi padre, como usted muy oportunamente me aconsejó... —le dijo mientras levantaba una ceja con desdén—, pero no me contesta. Intentaré de nuevo...

—No tenemos tiempo para eso —la cortó de forma seca, a la vez que agarraba el equipaje y lo introducía en la parte trasera del *jeep*.

—No hace falta ser tan grosero —le recriminó ella, mientras observaba cómo él subía bruscamente sus pertenencias al coche—. Sólo será un momen...

—Mire, señorita... —la volvió a interrumpir—... ya hemos tardado más de la cuenta, y todavía tenemos un largo viaje por delante. No sé usted, pero a mí no me apetece nada que nos coja la noche de camino. Así que, si quiere perder el tiempo haciendo llamaditas, hágalo mientras volvemos al hotel, pero yo me marchó en este mismo instante. Si no está de acuerdo, puede usted quedarse, por mí no hay problema.

Cerró la puerta de atrás de un golpe y se dirigió hacia el asiento del conductor. Cuando se dio cuenta de que ella todavía no se había subido, le tocó a él bajarse las gafas con impaciencia a la vez que le preguntaba:

—¿Ha tomado ya una decisión o necesita todo el día?

Noa resopló ofendida. Se encasquetó la pabela y se colocó las enormes gafas de sol para después montarse en el *jeep*, pero le resultaba un poco complicado, ya que el vestido era tan ceñido y entubado que no era capaz de levantar suficientemente la pierna para alcanzar la puerta.

—Si no llega, tiene un escalón donde apoyar el pie para poder subir —gruñó él, impaciente.

—¿Y qué se cree que estoy intentando hacer?, ¿bailar sevillanas? —contestó furiosa.

—¡Oh, por el amor de Dios!

Se bajó a toda prisa para rodear el vehículo y advertir cómo en verdad le era literalmente imposible alzar la pierna hasta el peldaño que tenía el vehículo. Por tanto, cogió una pequeña navaja que llevaba en uno de los bolsillos laterales del pantalón y le rasgó la prenda por la parte de abajo, haciéndole una profunda raja para que le permitiera libertad de movimientos. Cuando ella se dio cuenta de lo que había hecho, aspiró aire con fuerza, totalmente estupefacta, para gritarle a continuación.

—Pero ¡¿qué ha hecho?! ¡Está loco! ¿Tiene idea de cuánto cuesta este vestido?

—Prefiero no saberlo —respondió mientras se volvía a subir al *jeep*.

—¡Le puedo asegurar que más de lo que cobra usted en un año!

—¿Va a montarse o se va a pasar el día llorando por un estúpido trapo?

—¿Cómo que un trapo?! —exclamó, sorprendida—. ¿Lo ha llamado... ¡¡¡trapo!!!? ¿A mi precioso vestido? —Y comenzó a insultarlo mientras entraba en el coche—: ¡Oh, es usted un salvaje, un bruto, un estúpido, un gañán...!

Él arrancó y se incorporó al infernal tráfico de Nairobi sin hacer el menor caso a sus improperios, ya que estaba más pendiente de los peligrosos vehículos que circulaban a su alrededor que a lo que ella estaba diciendo.

—Le puedo asegurar que, en cuanto hable con mi padre, se va a enterar de lo que me ha hecho. Y tenga por seguro que lo voy a despedir. No le voy a consentir a nadie que me trate de esta manera tan abominable. Este vestido de Armani era uno de mis preferidos, y lo ha echado a perder del todo. ¡Un trapo! ¡Será ignorante! Y dé por hecho que se lo descontaré del finiquito. —Seguía refunfuñando minutos después, mientras intentaba infructuosamente contactar con su padre desde el móvil—. ¡Maldita sea, es que no hay una mísera cobertura en este mugriento país!

De pronto Alonso se echó bruscamente a un lado de la carretera, logrando que ella se callara durante unos segundos, sorprendida por la maniobra. Se quitó las gafas y las tiró con enfado encima del salpicadero, y se apretó los ojos con los dedos de una mano en un intento por calmarse.

—¡Escúchame bien, niña malcriada y consentida! —le soltó girándose hacia ella—. No tengo ni idea de por qué tu padre te ha mandado aquí, pero te voy a dejar muy clara cuál es la situación en este momento. Don Diego me llamó hace unos días, para informarme de que ibas a sustituir a Emilio en el hotel, pero añadió que la situación y las condiciones de mi trabajo y responsabilidad seguían siendo las mismas. Por tanto, te comunico que yo soy tu jefe, yo soy el que decide y el que manda, y tú tendrás que acatar mis órdenes sin rechistar. Y, si no estás de acuerdo, puedes llamarlo y exponerle tus protestas. Pero también me pidió que, si causabas un solo problema, te comprara de inmediato un billete de vuelta a Valencia. Me comentó que ya se encargaría él después de tomar las medidas oportunas contigo. Así que... tú decides: ¿vas a estar calladita y sin molestarme hasta que llegemos a nuestro destino o doy la vuelta para comprarte un billete de regreso a España?

Ella lo observó atónita durante unos segundos desde detrás de sus gafas, para después girar la cabeza hacia la ventanilla, negándose a contestar.

—Me tomaré eso como un sí.

Y volvió a reanudar su camino en la carretera.

Habían pasado unas horas desde la salida de Nairobi, y Noa miraba, sin ver, la carretera, sumida en sus funestos pensamientos. Se lamentaba amargamente de lo injusta que era la vida con ella. Desde aquella conversación en el despacho de su padre hacía un mes, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Había dado por sentado, aunque evidentemente se equivocó por completo, que él no se atrevería a ejecutar su amenaza, por lo que siguió con su vida como si no hubieran mantenido

aquella reunión. Pero un buen día, al llegar a su apartamento, después de una gran fiesta en casa de unos amigos, se encontró con que habían cambiado la cerradura de la puerta de entrada; también habían cancelado sus cuentas y tarjetas de crédito, y unos días después la grúa se había llevado su coche. Por tanto, le resultó evidente que su padre había ejecutado su ultimátum, y por supuesto la había dejado sin nada. Y, aunque intentó hacerse la digna y mantener su orgullo intacto durante un tiempo, no le quedó más remedio que presentarse ante don Diego Montalbo con el rabo entre las piernas... ya que sus contactos para conseguir un empleo acorde con sus estudios, y lo suficientemente alto como para mantener su estilo de vida, o no necesitaban a nadie en ese momento o bien su padre les había pedido expresamente que le negaran el trabajo. Sus supuestos amigos, en cuanto supieron de su caída en desgracia, le dieron la espantada por respuesta, dejándola más sola que la una. Todos menos su amiga de toda la vida, Paula, que había sido la única que le había ofrecido que viviera con ella hasta que resolviera su situación económica. Pero, con la crisis tan grave en la que estaba sumido el país, las únicas entrevistas de trabajo que le habían surgido eran para cubrir puestos de simples secretarías, o empleos como camarera en *pubs* o restaurantes. Y, honestamente, el sueldo que le ofrecían no le llegaba ni para costearse sus mechas en el salón de belleza donde solía acudir. Como tenía demasiada dignidad y orgullo para pedirle dinero a su amiga y que la siguiera manteniendo, no le había quedado más remedio que presentarse delante de su padre y pedirle disculpas. Aunque éste las había aceptado, lo hizo bajo la exigencia de que, a partir de ese momento, se tendría que pagar sus caprichos con su trabajo... y el único puesto vacante del que disponía en ese instante para ofrecerle era el de directora de Resorts Montalbo. Por lo tanto, allí se encontraba ella, en un país tercermundista donde nadie en su sano juicio querría trabajar, sola y abandonada, y con un hombre insufrible al que tenía que soportar. Por lo menos, hasta que llegaran al hotel y pudiese hablar con su padre, para hacerle saber sus quejas. Parpadeó varias veces para contener las lágrimas, pues antes muerta que permitir a ese animal que la viera llorar. Decidió aprovechar ese momento para observarlo disimuladamente.

Tenía que admitir, muy a su pesar, que era un tipo muy atractivo. Moreno, de poco más de metro noventa, delgado pero en forma, con una frente ancha y los rasgos marcados. Mandíbula cuadrada con una barba incipiente y poco poblada, unos labios llenos y sensuales, y unos ojos ocultos detrás de las gafas de sol, por lo que no sabría decir de qué color eran.

Entrecerró los suyos y lo miró con odio al recordar la humillación y la forma tan abominable como la había tratado. Nunca en toda su vida la habían ofendido de esa manera. Pero se juró que se las iba a pagar, tarde o temprano se las cobraría todas juntas. Y sonrió al pensar en la cara que se le quedaría cuando lo informara de que estaba fulminantemente despedido.

De pronto pegó un bote en su asiento, al asustarse con un impresionante trueno que se oyó casi encima de sus cabezas. Había estado tan ensimismada en su

autocompasión que no se había percatado de que se avecinaba una tormenta. Las nubes oscuras que se veían por el horizonte, y el siguiente rayo que cayó seguido de un estruendoso estallido, le hicieron deducir que iba a tratarse de un aguacero importante. Como así fue.

Minutos después estaba totalmente aterrorizada. Parecía que el cielo se hubiera abierto en canal, y el diluvio universal se hubiera desatado. Alonso maldecía sin parar cuando se quedaron atrapados en el barro que se había formado, provocando que las ruedas del *jeep* patinaran en él. Hacía rato que habían abandonado las carreteras asfaltadas, y ahora se movían por caminos de tierra de color ocre, rodeados de fauna y flora totalmente salvaje. Noa intentaba no gritar cada vez que veía cómo un rayo atemorizante caía muy cerca de ellos. Cansado de hundirse más en el lodo, el hombre se bajó del coche para buscar una piedra o madera que poner debajo de las ruedas, para que el vehículo tuviera donde agarrarse y no patinara, y así poder salir de allí. A los pocos minutos abrió la puerta del copiloto, para gritarle que saliera y lo ayudara.

—¡Estás loco! —protestó—. ¡No pienso salir de aquí!

—Si no quieres que pasemos la noche en este lugar, te aconsejo que muevas tu trasero de niña rica y me echas una mano.

Ella observó a su alrededor, y decidió que esa opción era mejor que la de quedarse con él allí, rodeados de animales salvajes toda la noche. Por lo tanto, después de resoplar y maldecir su suerte, se apeó del *jeep* para quedarse hundida en medio de todo el lodo. Cuando intentó moverse, le resultó difícil, y un grito de frustración surgió de su garganta al darse cuenta de que sus preciosos zapatos se habían quedado enterrados en medio de aquel fango.

—¡Arg! —chilló furiosa mientras intentaba rescatarlos—. ¡No puede ser! ¡Mis Armand Basi!

—Y ahora, ¿qué pasa? —preguntó Alonso cuando se acercó a ella.

—¡No, no, no, no...! —lloriqueó abatida, observando su destrozado calzado—. Mis maravillosos zapatos... están inservibles.

Él observó extrañado cómo gimoteaba por ese ridículo calzado, y se acercó a la puerta del vehículo para sacar de debajo de su asiento un pequeño machete.

—No te preocupes, niñata, todavía tienen solución.

Decidido, los agarró para amputarles con el machete los tacones de aguja y dejarlos planos. Cuando se los devolvió, a Noa se le había desencajado la mandíbula de lo abierta que tenía la boca, y los ojos se le salían de las órbitas.

—¡¡¡Tú!!! —vociferó colérica cuando recuperó el habla, mientras blandía los zapatos mutilados como arma—. ¡Eres el ser más despreciable que he conocido en toda mi vida! ¡Bestia! ¡Animal! ¡¿Cómo has podido?!

—Y ahora ¿qué te ocurre? —demandó, sorprendido por su actitud—. ¡Te los acabo de arreglar! ¿Cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? ¿Y me preguntas que cuál es el problema? —bramó, histérica—. El problema es que me los acabas de destrozar definitivamente. ¡Bruto!

¡Zopenco! —le chillaba mientras se los lanzaba como arma arrojadiza.

Su día había sido pésimo, y todo había empezado a torcerse desde que había conocido a ese imbécil. Y ahora, para rematarlo, se encontraba bajo la lluvia, empapada hasta los huesos, muerta de miedo por los rayos y por la sensación de que, en cualquier momento, un animal salvaje se abalanzaría sobre ella. Encima, para terminar esa bonita estampa, ese inútil tipejo había arruinado sus preciosos y carísimos zapatos.

«¡Es el colmo!»

Tan fuera de control estaba, que cuando se quedó sin ellos, se agachó para recoger barro y tirárselo también, hasta que él, después de esquivar sus ataques, la agarró con fuerza de los brazos para ponérselos detrás de su cuerpo e inmovilizarla.

—¡Basta! —gritó rabioso—. ¡Son sólo unos malditos zapatos!

Se quedaron retándose con la mirada, sus rostros a escasos centímetros, mientras sus cuerpos se rozaban y sus alientos se entremezclaban coléricos, a la vez que la lluvia humedecía sus cuerpos. Y durante una milésima de segundo, él observó, atraído como por un imán, esa boca entreabierta, hasta que ella la utilizó para hablar.

—¡Esos malditos zapatos, estúpido, eran míos! —masculló furibunda.

Alonso la soltó tan rápido como si le hubiera mordido una serpiente y, recuperando la cordura, al momento la amenazó.

—Muy bien, pues si no quieres sufrir su mismo destino, te aconsejo que te pongas a trabajar y me ayudes a sacar el coche de este barrizal.

Ella lo miró con todo el odio del que fue capaz y le soltó con desprecio:

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de perderte de vista.

—El sentimiento es mutuo, niñata —contestó, mostrando una cínica sonrisa.

Entonces Noa se giró, dándole la espalda, e intentó encontrar cualquier cosa que le sirviera para meter debajo de las ruedas del *jeep* y salir de allí lo antes posible. Trabajaron en silencio, hasta que Alonso le pidió que empujara todo lo que pudiera, mientras maniobraba con las marchas cortas del motor cuatro por cuatro, dejándola embarrada de pies a cabeza al patinar las ruedas, hasta que consiguió sacar el vehículo.

Cuando el hombre observó las pintas que ella tenía, no pudo evitar soltar una enorme carcajada al advertir cómo su immaculado vestido blanco estaba manchado de barro; su precioso pelo rubio, empapado y pegado a su cara con pegotes de tierra; sus pies, descalzos, y con fango hasta los tobillos. La chica a la que unas horas antes había recogido en el aeropuerto no tenía nada que ver con el espanto que tenía delante. Ella, exasperada, le enseñó el dedo corazón extendido a modo de saludo.

—Pero qué maleducada me ha salido la mocosa mimada ésta. ¿Sabe tu papá que eres tan grosera? —se burló mientras se subían al coche.

—¡Vete a la mierda! —siseó furiosa.

Y volvió a reírse de ella.

—Además de impertinente, también gruñona y malcarada. Eres un dechado de

virtudes, querida.

Lo único que consiguió con eso fue que se cruzara de brazos enfurruñada y le diera la espalda, mientras clavaba la mirada por la ventanilla, observando cómo alguna que otra gacela corría para resguardarse de la lluvia. Así retomaron el viaje que había sido interrumpido por la tormenta.

Tardaron más tiempo del que habrían necesitado para llegar hasta el complejo hotelero, cerca del parque nacional de Aberdare, por culpa de las malas condiciones del camino. Cuando lo hicieron, ya había anochecido. Noa estaba tan aliviada que podría llorar de alegría sólo por ver una cara amiga, distinta a la del ser insoportable con el que había tenido la desgracia de viajar.

Los recibió una mujer negra llamada Asha, que enseguida llamó a unos hombres para que la ayudaran a llevar el equipaje. Y sí, se extrañó de encontrarla en esas deplorables condiciones, aunque se cuidó muy bien de no decir nada. Alonso le pidió a su compañera que la condujera a su habitación y le procurase lo que necesitase, y ella, de forma muy descortés, se alejó de él sin tan siquiera despedirse. En lo único que pensaba era en darse una buena ducha, y después hablar con su padre para poner a ese odioso hombre en su sitio. Saborearía el instante en el que pusiera de patitas en la calle a ese estúpido y engreído gusano.

«Voy a disfrutar enormemente cuando llegue ese momento», pensó con una sonrisa en la cara.

Capítulo 2

Había pasado día y medio desde su desastrosa llegada, y en esos momentos Noa estaba disfrutando de una agradable mañana tomando el sol en la piscina, cuando de pronto sintió cómo una sombra tapaba su rostro. Abrió el ojo izquierdo con pereza y soltó un suspiro de desdén cuando descubrió a la persona que la estaba ocultando de los rayos solares que calentaban su cuerpo. Alargó un brazo con elegancia mientras cogía su caipiriña y procedía a darle un sorbo a su pajita.

Aquella noche, después de darse la tan ansiada ducha y quitarse todo el barro que tenía adherido al cuerpo, había intentado contactar con su padre, pero le había sido imposible. Más tarde sería informada por Asha de que, por culpa de la tormenta, tanto el tendido eléctrico como el telefónico habían sufrido percances, pero que seguramente al día siguiente estaría todo arreglado, como así fue. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando, a la mañana siguiente, consiguió hablar con él y, después de contarle todo lo que había pasado, su respuesta no fue la que había esperado. Su progenitor le dejó muy claro que quien mandaba allí era Alonso Rivas, y que tenía que acatar todas y cada una de sus órdenes. Añadió que, si no lo hacía y recibía una sola queja de él, tendría que atenerse a las consecuencias. Ella sabía perfectamente cuáles eran esas consecuencias, y no estaba dispuesta a sufrirlas por culpa de un salvaje y grosero guía de pacotilla. Lo que no entendía era por qué su padre confiaba tanto en ese tipo.

Así que, ya que estaba en un *resort* de lujo en medio de la sabana africana, pensaba disfrutar de las comodidades y placeres que le proporcionaba el lugar. El día anterior, después de pasar una noche horrible, pues los ruidos de los animales no la habían dejado conciliar el sueño, además del enfado que tenía por culpa de ese estúpido hombre, se levantó tarde y pidió que le enviaran el desayuno a su habitación. Las ocho horas de vuelo entre Madrid y Nairobi, con el anterior transbordo de Valencia a Madrid, la habían dejado agotada, sin contar con las cuatro horas de más hasta llegar al *resort*. Cuando salió de su cuarto, era avanzada la tarde, por lo que se dedicó a inspeccionar un poco el recinto, que por cierto era enorme, rezando por no toparse con el odioso individuo que tenía en ese instante delante de ella, para poco tiempo después volver a su habitación a descansar.

—¡Por fin te encuentro!

Noa dejó con lentitud su bebida en la mesita que tenía a un lado, para después acomodarse mejor en la tumbona.

—¿Y lo has hecho tú solito? ¿Sin ayuda? —se mofó—. ¡Vaya! Te doy mi más sincera enhorabuena.

Él la observó divertido por su burla, hasta que ella agarró su protector solar y se lo empezó a extender por el cuerpo. No se había fijado antes en que estaba en bikini,

y sus ojos no se pudieron apartar de esa figura perfecta. Durante unos segundos no pudo decir palabra, hasta que se maldijo mentalmente y le habló con dureza.

—Si no recuerdo mal, no has venido aquí de vacaciones ni para que te traten a cuerpo de reina, así que levántate y ven conmigo; ya es hora de que empieces con tus obligaciones.

Noa se bajó un poco las gafas de sol para mirarlo por encima de ellas y después soltó un largo suspiro de fastidio, mientras se las volvía a colocar en su lugar.

—Me dejaste bien claro que aquí el único que sabe hacer las cosas eres tú, así que no entiendo qué es lo que con tanta urgencia tengo que hacer para que estés tan apurado. Relájate, Alonso; no me extraña que tengas esa cara de amargado, estás demasiado estresado y eso no es bueno para nadie.

—Mira, niñata, no tengo ni tiempo ni energía para tus tonterías. Estoy sin dormir, y lo que menos me apetece es tener que aguantarte, así que levanta tu trasero de ahí y ponte a trabajar. Mientras tú has estado vagueando, los demás nos hemos dejado la piel sin descanso; por lo tanto, ya es hora de que eches una mano, como todo el mundo.

Ella le sonrió con desprecio mal disimulado, mientras cogía su bebida para volver a darle un sorbo, ignorando por completo su orden. Y eso a Alonso lo estaba sacando de quicio, sobre todo porque no era capaz de quitarle los ojos de encima a ese cuerpo perfecto bañado por el sol.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a obligar?

Después de unos segundos sopesando la situación, sonriéndole él también con arrogancia, le contestó mientras sacaba un teléfono satélite de su bolsillo exterior del pantalón, y desplegaba la antena.

—En absoluto. No tienes ni idea de lo feliz que me hace poder realizar esta llamada. Estaba deseando que me dieras un motivo para tener que hablar con tu padre.

—¡Espera! —exclamó ella.

No pudo evitar mirarlo con odio. La tenía en sus manos y él lo sabía. ¡Dios!, cómo le gustaría poder borrar de su rostro esa insolente sonrisa. Despreciaba a ese imbécil más de lo que se podía imaginar.

Se levantó de la tumbona y se acercó a él, pensando en cómo podía cambiar esa situación y ponerla a su favor. De pronto, percibió con regocijo cómo Alonso observaba su cuerpo con deseo, clavándole su mirada intensamente. Decidió en ese momento que quizá era mejor tratar ese asunto desde... otra perspectiva.

—Discúlpame si he interpretado mal la situación —le susurró mientras desplegaba todas sus armas de seducción—. Creía que no querías tenerme cerca, y pensé que ésta era la mejor solución: tú por un lado y yo por otro.

A la vez que le hablaba, levantó los brazos para recogerse el pelo en una coleta, y se dio cuenta, con satisfacción, de cómo él no podía apartar los ojos de sus pechos. Después acarició con suavidad su camisa, mientras desplegaba una radiante sonrisa,

dirigida sólo a él, y se acercaba rozando con los senos su torso.

—Pero quizá me he equivocado —ronroneó mientras se mordía un dedo de forma sugerente—: ¿Por qué no hacemos una cosa? Yo me acabo con tranquilidad mi cóctel mientras sigo tomando un poco más el sol y, después de comer, hablamos tranquilamente sobre cuáles serán a partir de ahora mis obligaciones. ¿Te parece bien?

Él apartó con dificultad la mirada de su escote para dirigirla hacia su cara, y se lamió los labios mientras se acercaba un poco más a ella. Sonrió de forma astuta, a la vez que le murmuró con la voz ronca, mientras ella reculaba al notar la expresión depredadora en su rostro. De pronto a Noa la estrategia ya no le pareció tan buena idea.

—Creo, querida, que tienes razón... —le dijo a la vez que ella seguía retrocediendo—, quizá hemos empezado con mal pie tú y yo.

Y para su sorpresa, la agarró por la cintura para acercarla más a él. De pronto, ella notó cómo un cosquilleo recorría su cuerpo desde el estómago hasta el corazón, consiguiendo que éste empezase a latir más fuerte de lo normal.

—Eso mismo estaba pensando yo —balbuceó, nerviosa.

—Será mejor que hablemos más tarde, con más calma. —Y acercó su boca a su oído para susurrarle—: Los dos. A solas.

En ese momento Noa paró, al notar con sus pies descalzos el borde de la piscina, a la vez que un escalofrío de deseo recorrió su columna vertebral, instante que Alonso aprovechó para darle un leve empujón con los dedos, que hizo que ella perdiera el equilibrio y cayera de espaldas al agua.

—Justo después de que salgas de la piscina y te seques —puntualizó mientras se aguantaba las ganas de reír, y ella sacaba la cabeza, furiosa, y tosía el líquido que había tragado por la sorpresa.

—¡Arg, no sabes cómo te aborrezco! —le espetó rabiosa, a la vez que se quitaba impaciente el pelo mojado de delante de los ojos.

—Eso no era lo que hasta hace un segundo me estabas insinuando.

—¡Vete al infierno! —gritó colérica.

—Si todo lo que haces es tan patético como tus intentos de seducción, niñata, no me extraña que tu padre te haya mandado aquí, lejos de él. Te espero dentro de quince minutos en la entrada del hotel, lista y preparada para trabajar. Y, como tardes sólo un minuto de más, te prometo que esa llamada la voy a hacer. Estás avisada.

Dicho esto, se marchó de allí dejándola mojada y frustrada. Y más cabreada de lo que había estado nunca.

Catorce minutos después, estaba vestida y preparada cuando lo encontró en el vestíbulo del edificio. No estaba solo, a su lado se encontraba Asha.

Él le echó un breve vistazo a su reloj y sonrió complacido cuando llegó a su lado.

—Bien, parece que ya nos vamos entendiendo —comentó mientras sonreía con satisfacción.

Noa le hizo un gesto de burla que él ignoró.

—Hasta ahora, Asha era la ayudante del antiguo director, y es la que ha estado llevando todo en su ausencia. Te enseñará el recinto y te presentará al resto de trabajadores, y después te pondrá al día de tus obligaciones. De momento serás tú su ayudante, hasta que me demuestres que estás capacitada para algo más que para hacer el vago.

—Creo que mi carrera de empresariales, más mi máster de dirección de empresas, avalan sobradamente mis cualidades —rebatía orgullosa.

—Hasta el momento, niñata, no me has demostrado nada que no sean tus gustos por la ropa y los zapatos caros. Y, en este lugar, no te van a servir ni los contactos ni el dinero de tu padre para demostrar lo que vales. Te lo tendrás que ganar, como todos los que estamos aquí.

«¿Cómo se atreve a insultarme de esa manera?», pensó Noa.

Ella no tenía que demostrarle nada a nadie. A pesar de lo que ese estúpido hombre creyera, su carrera y sus estudios los había conseguido por méritos propios. ¡Y además con nota alta! Cruzándose de brazos, le contestó con altivez, sin pensar realmente lo que estaba a punto de decir.

—¿Y me lo dices tú? Un patético guía turístico de tres al cuarto. ¿Qué carrera o estudios hay que tener para decirle a cuatro extranjeros dónde están las jirafas o los leones? Déjame que yo te lo diga: ¡¡¡ninguna!!!!

Alonso se acercó a ella fuera de sí y casi pegó su cara a la suya.

—¡Tienes razón! —masculló rabioso, mientras su aliento chocaba contra su cara—. Y quizá a este ignorante le apetezca cada vez más dejarte esta noche sola ahí afuera con las fieras, a ver cuánto duras. Seguro que después no me despreciarías tanto.

Ella elevó el mentón con orgullo, a pesar de que tenía las pupilas dilatadas por el sobresalto de ese arrebato. Pero no se iba a dejar amilanar por ese imbécil.

—No me das miedo.

—Pues debería. Pensándolo bien, incluso le podría estar haciendo un favor a tu padre.

Los dos se quedaron lanzándose miradas furibundas, mientras Asha los observaba espantada. Nunca, en todo el tiempo que conocía a Alonso, lo había visto perder los papeles de esa manera.

—Jefe Alonso —lo llamó con timidez.

Él desvió la mirada hacia ella, que no pudo evitar dar un breve paso hacia atrás, asombrada por la intensidad del odio que emanaba de sus ojos.

—Si quiere, yo le enseño a la señorita Montalbo todo el hotel —se atrevió a decir en un leve murmullo.

Después de unos eternos segundos, le contestó.

—No. Creo que tengo una mejor idea. Espera aquí un momento.

Y agarrando a Noa de un brazo, se marchó con ella, furioso.

—¡Suéltame! —le chilló mientras la llevaba a rastras—. ¡Alonso!

—¡Para ti, señor Rivas! —le ordenó haciendo oídos sordos a sus ruegos.

Entraron en la zona del restaurante.

—Aquí tienes a Ajani y Dalair, los camareros de nuestro restaurante, que también ayudan en otras tareas si es preciso. Este ignorante los ha contratado y les ha dado la oportunidad de poder darles una vida mejor a sus familias. Ajani tiene a su cargo a cinco mujeres y trece hijos a los que alimentar, y Dalair cuida de su padre y de sus siete hermanos, además de ayudar a su poblado.

Los hombres de color la saludaron con una inclinación de cabeza, pero Alonso no le dio la oportunidad de devolver el saludo, ya que la volvió a arrastrar hasta una puerta lateral que daba a las cocinas.

—¡Te he dicho que me sueltes! —masculló rabiosa, pero se calló en el mismo instante en el que entraron por la puerta.

—Aquí trabajan Pierre Dupont, nuestro chef, un francés que lleva año y medio colaborando con nosotros, y sus ayudantes, Baakir y Zawadi. Estos hombres dedican todo su trabajo y esfuerzo a preparar excelentes comidas para satisfacer el paladar más exquisito.

—*Enchanté de vous rencontrer* —le dijo el francés, mientras se limpiaba una mano para saludarla.

—*Merci, moi aussi* —contestó ella con una tirante sonrisa.

Iba a saludar a los otros dos hombres educadamente, pero Alonso no le dio la oportunidad, sacándola de allí nuevamente.

—¡Bruto! ¡Me estás haciendo daño!

Pero él no atendía a razones. Lo había sacado tanto de quicio que lo único que quería era demostrarle que era tan válido como el que más para realizar su trabajo. Y no sólo eso, sino que, además, era el mejor.

—¡Ah!, y aquí tienes a Amali, una de nuestras limpiadoras —le indicó, mientras una mujer de color salía de una pequeña habitación, donde guardaban los utensilios de limpieza, y pasaba por delante de ellos—. Ella y cuatro mujeres más, por supuesto, también están bajo la responsabilidad de este estúpido ignorante. Es más, para que lo sepas, en este hotel trabajamos aproximadamente unas veinte personas, y yo respondo por todas y cada una de ellas. Todos me han demostrado sobradamente que son personas responsables y trabajadoras, a las que puedo tener bajo mis órdenes. Sus vidas y las de sus familias dependen de que este hotel de lujo trabaje en perfectas condiciones, para poder darles a sus exclusivos clientes las mejores vacaciones. Y te puedo asegurar que conseguir eso en medio de este paisaje no es para nada fácil.

Dicho esto, la arrastró de nuevo hasta donde estaba Asha y le dijo al fin:

—Y tú, niñata necia y malcriada, lo único que has hecho desde que estás aquí es darme problemas. Así que estarás bajo la supervisión de Asha hasta que me

demuestras que tienes algo más que tinte rubio y laca en esa cabeza. ¿Me has entendido?!

—Lo único que he entendido es que eres un bruto...

—¡¡¡¿Está claro?!!! —gritó, haciendo verdaderos esfuerzos por no retorcer aquel elegante cuello.

Alonso nunca había estado tan enfadado como en ese momento. Esa mujer tenía la desagradable virtud de sacarlo de sus casillas. Y esa actitud retadora y engreída, intentando demostrarle que ella era mejor que nadie, lo estaba enervando. Tanto era así que cerró los puños a sus costados para reprimir el poderoso deseo de ponerla encima de sus rodillas y darle unos azotes en su tentador trasero. Nunca en su vida le había levantado la mano a una fémina, pero quizá ese día había llegado.

—Cristalino —respondió Noa con altivez, mientras se acariciaba el brazo, dolorido por haberla agarrado con tanta fuerza.

En ese instante se dio cuenta de lo que había hecho y, horrorizado, se apartó de ella, girándose a tiempo para que no viera el sentimiento de culpabilidad cruzando su rostro.

Se acercó a Asha, quien, atónita, no daba crédito a lo que había presenciado, e intentando calmarse le pidió con los dientes apretados:

—Encárgate de ella o no respondo de mí.

Y se marchó de allí a grandes zancadas, sin mirar atrás.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó la ayudante, algo alarmada.

—Sí... sí, no te preocupes —le contestó sonriendo levemente, después de desviar la mirada de la figura que se largaba enfurecida.

—Discúlpelo... él... él no suele comportarse así.

—¿Así?, ¿cómo? ¿Como un salvaje?

La mujer hizo un leve gesto de no entender.

—No, él... Es la primera vez que lo veo tan enfadado. —Intentó defenderlo—. Ayudado por unos hombres, se ha pasado toda la noche arreglando el tendido eléctrico y telefónico, además de cooperar en los poblados cercanos con algunas vallas y animales que se habían escapado. La tormenta del otro día causó estragos, y seguro que el cansancio, mezclado con las horas sin dormir, lo han alterado tanto que ha sido el motivo de que le gritara de esa manera.

Noa no quiso seguir discutiendo sobre el asunto, sobre todo porque sabía que hasta cierto punto ella tenía parte de culpa, así que suspiró e hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No te preocupes y vamos a olvidarnos de este desagradable incidente. Eh... te llamabas Asha, ¿verdad? —le preguntó dirigiéndose a ella por primera vez por su nombre.

La chica asintió.

—Yo me llamo Noa, encantada de conocerte.

—Igualmente, señorita Montalbo.

—Por favor, te ruego que me tutees. —Y, cuando ella sonrió aliviada, continuó hablándole—. Me encantaría que me enseñaras el lugar.

—Claro, será un placer.

Guiada por Asha, Noa recorrió todo el complejo y conoció al resto de sus empleados. Tuvo que reconocer que el lugar era muy hermoso.

El edificio central estaba constituido por dos plantas.

En la planta baja se encontraba la recepción, el salón restaurante, las cocinas, unos baños, una pequeña habitación en la cual daban masajes y una despensa enorme, donde además estaba la cámara frigorífica, que contenía todo tipo de carnes y alimentos perecederos.

En la planta superior se ubicaban las habitaciones de los empleados, unos aseos de servicio, el despacho del director, el despacho de Alonso y un pequeño dispensario que hacía las veces de enfermería.

En la zona exterior, el recinto estaba constituido por unos enormes jardines bellamente diseñados, que mantenían en perfecto estado dos jardineros. También se encontraba la zona de la piscina, y Noa se enteró entonces que estaba prohibida para los empleados. Seguidamente le enseñó un pequeño recinto, donde había unos asientos y mesas de piedra debajo de unos frondosos árboles y, en el centro, los restos de una hoguera. Asha le contó que algunas noches se encendía un fuego, y que los clientes se solían sentar alrededor para escuchar historias y cuentos de la cultura swahili, narradas por algunos de los hombres que trabajaban allí.

Después había varios caminos que se dirigían a los alojamientos de los clientes, que no eran otra cosa que unos lujosos bungalós de madera y tela de campaña, elegantemente acondicionados para su estancia. También se la informó de que eran, en total, diez cabañas; ocho reservadas para los clientes, y dos un poco más apartadas que estaban designadas a Alonso y al antiguo director del *resort*.

—El jefe Alonso duerme en la última del todo —comentó Asha.

—¿Y don Emilio dormía en la anterior? —preguntó con curiosidad.

—No. El jefe Emilio prefería dormir en el edificio grande, con nosotros. Ocupaba la habitación que usted tiene ahora.

—¿Puedo ver la cabaña?

—Claro, jefa Noa, será un placer enseñársela.

—Por favor, te ruego que no me llames jefa Noa —le pidió riéndose—. Llámame sólo Noa, me siento muy rara cuando me llamas así. Además, ya te he pedido antes que me tutearas.

—Pero...

—Noa —repitió—. Con Noa, a secas, bastará.

—Está bien —aceptó la ayudante, sonriendo.

Luego procedió a enseñarle el bungaló, y se quedó maravillada. Era precioso,

sencillo pero muy elegante, con una gran cama de madera en el centro de la estancia, enfundada en unas suaves sábanas blancas y varios almohadones del mismo color, y una pequeña manta verde a los pies, para cuando por las noches refrescaba, a juego con unos cojines que invitaban a echarse a dormir. Del techo, caían unas suaves mosquiteras que en ese momento estaban recogidas, y a los lados de la cama, unas mesillas con una lámpara en una y, en la otra, un candil. A los pies del lecho había un exquisito arcón, y en un lateral estaban dispuestos unos amplios armarios empotrados, donde guardar la ropa y los efectos personales. Justo al lado, un lujoso baño con una moderna ducha en la cual poder refrescarse. En el otro lado de la habitación había un enorme ventanal que daba a una pequeña terraza con unas increíbles vistas, y que disponía de una pequeña mesa de desayuno con dos cómodos sillones de madera a juego. Toda la estancia estaba exquisitamente decorada, y pensada para que no faltara ningún pequeño detalle y que el cliente se sintiera cómodo y a gusto a la vez.

Después de observarlo todo asombrada, le preguntó a su compañera:

—¿Habría algún inconveniente en que yo ocupara este bungalow?

—Por supuesto que no —contestó ella—. Como te dije antes, esta construcción está reservada para el director del *resort*.

—¡Genial! Pues quiero quedarme aquí.

—Muy bien. En cuanto pueda, le diré a Dhamir que traiga tus maletas aquí.

—Gracias, Asha —le agradeció, encantada con el arreglo.

—De nada, jefa. ¡Perdón!, quería decir... de nada, Noa —rectificó.

Ella le regaló una brillante sonrisa, y juntas salieron de allí para que le enseñara todo lo demás. El resto del día pasó sin mayores incidentes, y sobre todo sin encontrarse con la desagradable presencia del jefe Alonso... hasta que llegó la noche.

Capítulo 3

Cuando Noa llegó al comedor, ya había gente sentada, cenando. Se había pasado la tarde con Asha entre el despacho y la recepción. Los lunes y los domingos eran los días de tránsito y, por ende, los más ajetreados. Los primeros, porque era cuando se marchaban y llegaban los clientes, y había que enseñarles el hotel y sus instalaciones, además de alojarlos en sus bungalós. Y los segundos, porque era cuando llegaban los clientes del safari y tenían que ayudarlos con su equipaje, además de organizar para esa noche una fiesta de despedida. Su compañera le explicó en qué consistían básicamente las obligaciones del director del hotel, y fundamentalmente eran de relaciones públicas y trabajos administrativos. Así que, después de pasarse la tarde con todos esos menesteres, Asha la obligó a ir a cenar, pues no había comido más que un sándwich desde el almuerzo.

Cuando llegaron a la mesa, ya había varias personas sentadas, hablando animadamente; entre ellos se encontraba Alonso.

—Buenas noches —saludó antes de sentarse.

—Buenas noches —contestaron los demás, todos menos él.

—Jefe Alonso, ¿hago yo las presentaciones o las hace usted? —preguntó Asha, vacilante.

—Por favor —le indicó, haciendo un gesto con la mano para que fuera ella quien la presentara.

—Como ya todos sabéis, ella es Noa Montalbo, la hija de don Diego Montalbo y la nueva directora de Resorts Montalbo.

—Bueno, de momento sólo soy tu ayudante, Asha —señaló con una sonrisa, a la vez que le echaba una mirada incisiva a Alonso.

Éste dejó la servilleta encima de la mesa y se reclinó en la silla, preparado para el siguiente ataque, pero se quedó con las ganas cuando ella prosiguió.

—Y tengo que decir que estoy aprendiendo mucho a tu lado.

—Gracias —contestó la mujer con timidez—. Me gustaría presentarte a Derek Miller; aparte del jefe Alonso, es el otro guía que trabaja aquí. Y también a su ayudante o, como ellos se definen, vigilantes de África, Shukrani.

—Encantada —saludó a ambos asintiendo con la cabeza—. No sabía que había otro guía —comentó extrañada.

—En este *resort* disponemos de dos paquetes vacacionales —le explicó Asha—. El Montalbo Edén, que es el que lleva el jefe Alonso, consiste en que los clientes pueden hacer excursiones diarias que duran varias horas, pero siempre vuelven al finalizar el día y pernoctan en el complejo. Y luego está el Montalbo Deluxe, que es el que lleva el guía Derek, y consiste en un viaje de seis días en el que se dedican a explorar el parque nacional de Aberdare, la reserva nacional Samburu, el parque y

reserva nacional lago Nakuru y, por último, la reserva nacional Masai Mara.

—Cuando quiera puede venir con nosotros, será un placer enseñarle este increíble paraíso —se ofreció Derek, después de beber un sorbo de su copa de vino.

—Gracias, pero de momento tengo mucho trabajo aquí... y, la verdad, no sé si estoy preparada para hacer un viaje así.

—¿Por qué dice eso?

—Es que los animales y yo no nos llevamos precisamente muy bien, que digamos.

—Pues entonces no ha venido al lugar más indicado —murmuró con sarcasmo la mujer morena que estaba al lado de Alonso.

Noa la miró con suspicacia y comprobó que él sonrió con ironía.

—Por eso no se preocupe. Le puedo asegurar que, estando conmigo, no sufrirá ningún daño —declaró Derek, obteniendo de nuevo su atención.

Ella no dijo nada, sólo sonrió, y Asha aprovechó ese momento para presentarle a los demás comensales.

—Con el guía Derek también viaja la doctora Sofía Albricci.

La mujer la saludó con frialdad, y volvió a su conversación con Alonso, quien le estaba prestando un especial interés. En ese momento, Noa se preguntó si no habría nada entre ellos dos, pero dejó la cavilación cuando la ayudante procedió a presentarle a la última persona sentada a la mesa.

—Y finalmente te presento a Asir, el ayudante y *ranger* que trabaja con el jefe Alonso.

Lo saludó cordialmente, y Ajani, uno de los camareros, se acercó a ella en ese instante para pedirle que se sentara en la cabecera de la mesa, justo enfrente de donde estaba Alonso. La cena transcurrió sin incidentes y de manera agradable, ya que Derek era un excelente conversador, a no ser por las miradas intensas que le lanzaba el otro guía, y que ella intentó ignorar porque la hacían sentir incómoda. Se preguntó qué era lo que él pretendía con esa actitud e, intentando demostrarle que no la intimidaba, charló y rió todas las gracias y anécdotas que contaba su compañero de mesa. Cuando terminaron de cenar, Noa se disculpó alegando que estaba muy cansada y que se iba a dormir, y Derek se ofreció a acompañarla hasta su bungalow.

—¿Tiene pensado quedarse mucho tiempo? —le preguntó éste mientras paseaban tranquilamente hasta su cabaña.

—No lo sé. Todo depende de lo que mi padre decida.

—¡Oh! —exclamó contrariado—. Pues espero que sea por un largo período. Siempre es agradable ver una cara bonita por aquí.

Ella sonrió traviesa.

—¿Estás intentando coquetear conmigo, Derek?

Él la examinó procurando descifrar si la pregunta le acarrearía algún problema, pero, al ver su expresión de regocijo, se sintió aliviado.

—¿Y si fuera así? —planteó él con una sugerente sonrisa.

—Pues te diría que vas demasiado deprisa, vaquero —respondió dejando atrás los formalismos.

Él soltó una carcajada divertida.

—Es que mañana tengo que marcharme de excursión, y ya no te voy a ver hasta el domingo, así que, con tan poco tiempo, tengo que desplegar todas mis armas de seducción. Además, no sé por qué, pero tengo la sensación de que no te molesta que un hombre te dedique halagos.

—Quizá tengas razón o quizá no la tengas —contestó con ambigüedad—, pero te puedo asegurar que esta noche no lo vas a descubrir.

—¡Vaya, es una pena! —manifestó con evidente pesar—. A lo mejor la próxima vez.

—¿Quién sabe? A lo mejor —le dijo divertida.

—¿Y qué tal está Daniel? —preguntó cambiando de tema—. Tu hermano fue el que me contrató hace tres años y me cayó muy bien. Es un tipo muy simpático.

Ella no pudo evitar ponerse tensa.

—No lo sabía —le confesó—. Pensé que había sido mi padre quien te contrató.

—Bueno, en realidad así fue. El señor Montalbo tuvo la última palabra, pero fue gracias a que conocí a tu hermano en una fiesta en Miami, y por su recomendación por supuesto, que conseguí el empleo.

—¿Eres americano?

—Sí. Soy de Texas, pero estaba de vacaciones en Florida cuando coincidí con Dani.

—Ajá.

Derek arrugó el ceño cuando se dio cuenta de que ella desviaba la mirada y se paraba a recoger una flor del camino.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —quiso saber, preocupado, al ver que ella evitaba seguir hablando del tema.

—No... claro que no.

—¿Te incomoda hablar de tu hermano? ¿Acaso te llevas mal con él? —interrogó intrigado.

Noa empezó a caminar más rápido mientras miraba a un lado y a otro con atención.

—¿No me habré pasado la cabaña, verdad? Es que soy tan despistada que no me extrañaría nada que la hubiéramos dejado atrás.

—No, tranquila, es justo ésa. —Señaló la que tenía a unos diez metros delante.

—Ah, bueno, pues creo que ya hemos llegado.

—¿No te apetece seguir paseando un poco más? Hace una noche preciosa y todavía es temprano.

—No, Derek, en serio. Ha sido un día muy largo, y todavía tengo que deshacer las maletas y acomodar todas mis pertenencias. Y después lo único que deseo es darme una ducha y meterme en la cama.

—¿Quieres que te ayude?

Noa se echó a reír.

—¿A qué?

—A las tres cosas, si te apetece —contestó con picardía.

—No, gracias. Creo que podré apañármelas yo sola.

—No me importa.

—Ha sido un placer conocerte —se despidió tajante, intentando cortar tanta insistencia—. Ten cuidado allá afuera, y nos vemos el próximo domingo.

—Está bien. —Suspiró, dándose por vencido—. Para mí también ha sido un placer conocerte, y ya estoy deseando que llegue ese día.

Ella se giró y subió la escalera que daba a su cabaña.

—Adiós, Derek.

—No, preciosa, esto no es un adiós, es un hasta luego.

—Hasta luego, entonces —le confirmó, para después abrir la puerta y meterse dentro.

—¡Oh, Dios, qué gusto! —exclamó aliviada al sentir el agua resbalar por su cuerpo, eliminando el estrés de todo el día.

Por fin Noa estaba dándose esa tan ansiada ducha, después de dedicar un buen rato a organizar todas sus cosas, cuando de repente la luz se fue.

—¡Maldita sea! —masculló contrariada.

Procedió a enjabonarse de prisa para salir lo antes posible, ya que eso de ducharse a oscuras no le apeteecía nada. Y no pudo evitar soltar un pequeño grito de sorpresa al notar el agua helada en su cuerpo, para a continuación maldecir y jadear, mientras intentaba apresurarse en acabar de aclararse.

—¡Ayyy! ¡Oh, mierda! —siseó de frío para, a continuación, volver a despotricar—. ¡Ay, ay, ay...! ¡Mierda... mierda!

De pronto alguien entró como una tromba en su cabaña.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —preguntó Alonso, mientras inspeccionaba la estancia de arriba abajo con una linterna, buscando el motivo de los gritos que había oído.

Se quedó de piedra al encontrársela desnuda debajo del agua, y no pudo dejar de admirar esa piel blanca y perfecta, coronada por un precioso trasero firme y en forma de corazón, que le hizo la boca agua, para acto seguido excitarse inmediatamente.

—Pero ¡¿qué estás haciendo, imbécil?! —chilló colérica cuando advirtió de quién se trataba—. ¡Sal ahora mismo de aquí!

Ella intentó ocultar su desnudez con los brazos y las manos, y él despertó de esa especie de trance en el que había caído.

—¿Por qué estabas gritando? —inquirió confundido, al percatarse de que no había nada ni nadie peligroso allí.

—¡No estaba gritando, inútil! ¡Y ahora, vete de aquí! —le escupió, furiosa y avergonzada.

Entre enfadado y divertido, le echó un buen vistazo a su trasero para después cruzarse de brazos.

—No, hasta que me digas por qué estabas gritando.

Noa le lanzó una mirada iracunda, sabiendo que estaba atrapada. Si se giraba para alcanzar la toalla, la vería como su madre la había traído al mundo y, si no le contestaba, se quedaría parado allí observando con detenimiento, tal y como estaba haciendo en ese instante, sus posaderas.

—No estaba gritando. Lo que pasa es que en este mugriento país una no se puede dar una ducha tranquila, y me sorprendí cuando salió el agua fría. Eso es todo.

—Noa, Noa, Noa... —repitió son sorna—. ¿Cuándo aprenderás a ver algo más allá de tus narices? Hay una nota informativa en todas las cabañas, avisando de que, por causas ajenas a la empresa, a veces sufrimos cortes de suministro eléctrico y, por ende, de agua caliente también.

—Perdóneme el señor por no ponerme al día tan deprisa como usted quisiera. He estado demasiado ocupada como para fijarme en ridículos papelitos informativos, pero eso no le da derecho a entrar sin ser invitado. Así que deja de mirarme el culo y alcánzame la toalla, ¿quieres?

—Pero qué desagradecida eres, querida. He entrado sin permiso porque tus alaridos me han hecho pensar que estabas en peligro al ser atacada por algún animal. Pero está claro que el único peligro que corres es, si te muerdes la lengua, el de intoxicarte con tu propio veneno.

—Pues ya has visto que estoy perfectamente, y que la única bestia que hay aquí eres tú. Así que date la vuelta para que pueda coger la dichosa toalla.

El guía no le hizo caso, y se mordió el labio inferior mientras seguía apreciando su trasero, única y exclusivamente para molestarla, a pesar de que ella intentaba taparse como buenamente podía. Aunque también tenía que admitir que era un placer contemplar semejante espectáculo. De pronto recordó lo que había podido atisbar esa misma mañana de su delantera, y tuvo que reconocer que estaba muy bien dotada en todos los aspectos.

—¡Maldita sea, Alonso! ¿Quieres pasarme una toalla? ¡Me estoy congelando! —ladró con impaciencia.

Él levantó una ceja.

—¿Y cómo se pide, niñata?

—¿Qué? —farfulló desconcertada.

El hombre chasqueó con la lengua mientras negaba con la cabeza.

—No aprendes, ¿eh? —la sermoneó y, armándose de paciencia, le dijo como si fuera una niña pequeña—: Alonso, ¿serías tan amable de pasarme una toalla...?

Noa le lanzó una mirada asesina.

—¡Te odio! —masculló por lo bajo con los dientes apretados.

Él se llevó una mano a la oreja simulando que no la había oído bien.

—¿Perdón?

Ella levantó la vista al cielo, rogando para que algo enorme y duro le cayera encima de la cabeza a aquel tipo.

—Por favor —susurró.

—Discúlpame, es que no te he oído bien. ¿Decías...?

—Por favor —volvió a decir, algo más alto.

—Lo siento —replicó fingiendo pesar—, pero es que, con los berridos que pegabas antes, me he quedado un poco sordo. ¿Puedes repetirlo?

—¡Vete a la mierda! —explotó por fin—. ¡Como no me pases una toalla y te des la vuelta, vas a saber de verdad cómo son mis gritos! ¡Y si crees que voy a rebajarme y suplicarte, vas listo!

Alonso echó la cabeza hacia atrás y soltó una enorme carcajada, para después simular secarse las lágrimas.

—Ay, niñata, eres tan divertida cuando te enfadas... —le dijo mientras le acercaba la toalla.

Ella entrecerró los ojos mirándolo con inquina, mientras se envolvía en la tela de paño y él encendía el candil.

—¿Así que te hago gracia?

—No lo sabes tú bien.

—¿Y eso por qué, Alonso? Tu vida es tan patética, triste y miserable que tienes que reírte de las desgracias de los demás.

De pronto el guía se acercó furioso, arrinconándola contra el armario y casi pegando su cara contra la de ella, apoyando sus manos a los lados de su cabeza.

—No me rió de las desgracias de los demás, me rió de ti, niñata.

Noa levantó el mentón con desafío, observando cómo sus labios dibujaban una fina línea, y después cómo sus ojos la miraban con rabia.

—¿Cuál es tu problema, Alonso?

—Mi problema eres ¡¡¡tú!!!

Y de repente algo en el ambiente cambió. Él posó su mirada en la boca de ella, mientras que el olor del carísimo gel de baño que usaba le inundó las fosas nasales, lo que hizo que una corriente de excitación le subiera por el cuerpo, tensándolo. Y lo que antes había sido una simple erección, ahora se había convertido en dolorosa erección. Sobre todo, cuando también notó cómo ella reaccionaba al abrir levemente los labios, y dejaba escapar inconscientemente un pequeño jadeo, mientras su respiración se agitaba, haciendo subir y bajar los pechos de forma temblorosa, apretados firmemente bajo la tela.

—No sabía que fuera tan importante para ti —susurró sin poder despegar la mirada de la boca de él.

—No seas tan engreída, querida —murmuró acercando también más su cara—. Las mujeres de tu clase no me atraen en absoluto.

Durante un interminable minuto, Noa no fue capaz de responder. Inexplicablemente, la proximidad de ese cuerpo la hacía sentirse débil. El calor que desprendía Alonso y su aroma varonil le estaban embotando la cabeza, logrando que un fuego abrasador le subiera por el cuerpo desde el centro mismo de su ser. Se obligó a tragar saliva, ya que la boca se le había quedado seca, para intentar responder algo coherente.

—¿Mujeres de mi clase? —preguntó sin saber muy bien por qué.

Éste arrugó el ceño tratando de concentrarse en la pregunta, y no en esa apetecible boca que lo llamaba a gritos para que la besara. Y de pronto el embrujo se acabó, logrando que Alonso se apartara de ella furioso consigo mismo, para volverse a continuación y soltarle con resentimiento:

—¡Exacto! Mujeres como tú, ricas y consentidas, que porque tienen dinero se creen superiores a los demás. Mujeres a quienes se lo han dado todo hecho, y se creen que los simples mortales estamos aquí exclusivamente para servirlos. Orgullosas y altaneras como tú, que piensan que hay que adorarlas por el simple hecho de existir. A esa clase de mujeres me refiero, niña.

Noa bajó los ojos, dolida por sus palabras.

—Sí, quizá doy esa impresión —balbuceó sin que él la oyera.

Pero en una cosa Alonso tenía razón, y es que era demasiado orgullosa para permitirle saber que le había hecho daño. Por ello, levantó la cabeza con altivez, simulando que nada de lo que le había dicho le importaba.

—Pues, si tanto me desprecias, ¿no sé qué demonios haces aquí? Yo no te he invitado a entrar y, por supuesto, tu compañía no me agrada —soltó con desdén—. Así que, si no te importa, ya puedes largarte por donde has venido.

Acto seguido, le enseñó la puerta con la mano, invitándolo a marcharse.

Él se quedó callado durante un segundo, para comentar a continuación:

—Por una vez, tienes razón; ¿no sé qué demonios hago aquí?

Dicho esto, se dio la vuelta para marcharse airado de allí.

«¿En qué diablos estaba pensando?», se recriminó mentalmente.

Alonso estaba enfadado consigo mismo por lo que había estado a punto de hacer e, impaciente, se dirigió a su cabaña, para después ponerse a caminar de un lado a otro, nervioso como un león enjaulado. Porque, durante un segundo, durante un maldito segundo, había deseado besarla con todas sus fuerzas, olvidándose por completo de quién era. Estaba claro que el cansancio y la falta de sueño habían hecho mella en él, nublando por completo su raciocinio, porque de lo contrario no tendría explicación. La despreciaba por todo lo que representaba, y se juró mantenerse alejado de ella todo lo que pudiera.

—¡Arg! —exclamó desquiciado, mientras soltaba un puñetazo al aire al imaginársela de nuevo desnuda.

El haberla visto de esa manera no le hacía fácil la tarea de ignorarla. Recordó de nuevo su cuerpo mojado, su piel blanca y suave, su trasero con esa preciosa forma de corazón que no había visto antes en su vida... Evocó el aroma de su piel recién duchada, su respiración entrecortada, cómo sus pechos trémulos se agitaban...

—¡¡¡¡Basta!!!! —escupió iracundo cuando volvió a ponerse duro.

Tenía que hallar la manera de borrar esas imágenes de su mente, y tenía que hacerlo fuera como fuese.

Capítulo 4

Al día siguiente, Noa estuvo ocupada poniéndose al día con todo el trabajo. Ni ella ni Asha descansaron hasta la hora del almuerzo; entonces se encontraron con Pierre Dupont, el cocinero francés. Al estar los guías con sus ayudantes en sus respectivas excursiones, estaban ellos solos en la mesa. Fue un alivio para ella no coincidir con Alonso, pues, después de lo de la noche anterior, todavía seguía dolida con él.

—*Bonjour, mes amours* —saludó el chef.

—*Bonjour*, Pierre —contestaron ambas.

—Espero que la comida sea de su agrado, *mademoiselle* Montalbo.

—Seguro que lo es, tiene una pinta deliciosa.

—*Merci*.

—Pero, por favor, tutéame, Pierre.

—*D'accord*. Y tú, *ma chérie*, tienes que comer más —regañó a su compañera—. Te estás quedando... *Mon Dieu*... ¿cómo se dice?... en los huesos.

—No seas exagerado, Pierre, estoy perfectamente.

—De perfectamente nada, Asha. ¿Crees que no me he dado cuenta de que llevas varios días triste y desanimada? —preguntó el cocinero con evidente cariño.

Asha levantó la mirada, enfadada con él, y se removió en su asiento, incómoda.

—Te he dicho que me encuentro perfectamente —soltó cortante—. Y no quiero hablar más del tema.

El francés la observó, dolido por su respuesta, y asintió con la cabeza, desviando su mirada a continuación hacia su plato.

—Ejem... —carraspeó Noa intentando salvar ese tenso momento entre ellos—. ¿Y cómo es que no te vi ayer en la cena?

—¡Oh!, pues es que, tanto los lunes como los domingos, son días de mucho ajetreo en la cocina —empezó a explicarle—. Se sientan a comer todos los clientes y me necesitan en los fogones. Como puedes observar, ahora no hay nadie, y sólo nos ocupamos de los desayunos y la comida tipo pícnic que se lleva Alonso en sus excursiones. Más tarde nos encargaremos de las cenas, que suelen ser más abundantes, ya que los clientes suelen llegar hambrientos.

—¿Tú no lo llamas jefe Alonso? —preguntó divertida.

—Me niego rotundamente —respondió el francés, sonriendo con complicidad.

—Perdóname, Asha, no era mi intención burlarme de ti —se disculpó, al descubrir un leve gesto de disgusto en su semblante—. Es que me parece tan arcaico ese término que no entiendo cómo él quiere que le llaméis así.

—Él nunca nos pidió que lo llamásemos así —le aclaró—, pero lo hemos hecho siempre, como una forma de respeto hacia nuestros superiores. Ya lo hacíamos con el

jefe Emilio, y con los anteriores que estuvieron antes que el jefe Alonso.

—Entiendo —comentó ya sin reírse—. Discúlpame si te he ofendido, pero te aseguro que ésa no ha sido mi intención. Lo que pasa es que yo vengo de un país donde las costumbres no son tan... tan...

—¿Formales? —sugirió su compañera.

—Sí, podríamos llamarlo así.

—Tranquila, no me has ofendido —la apaciguó—. Entiendo que en Europa las costumbres son otras, pero mi país ha estado sometido al Imperio británico hasta no hace mucho, y algunos hábitos son difíciles de cambiar.

Noa se quería morir. Por su mente no había pasado en ningún momento la idea de los años de represión que el pueblo africano tuvo que vivir hasta hacía poco tiempo, y se sintió mortificada por su falta de tacto.

—Lo... lo siento —farfulló avergonzada.

—No te disculpes —le dijo Asha con una suave sonrisa en la boca—. A vosotros os invadieron los romanos, los árabes, los franceses... —señaló, lanzándole una mirada inquisitiva al chef—; lo que pasa es que eso fue hace mucho tiempo, algo que no ocurre en nuestro caso. A mí me duele más ver cómo nos vamos matando entre nosotros mismos, y todo por avaricia y poder.

—Por desgracia, es lo que siempre mueve las guerras —comentó Noa, afligida—. Cuatro desalmados que no se conforman con lo que tienen, y les da igual ver morir de hambre o dolor a niños y mujeres. Siempre son los débiles los que pagan la falta de humanidad de otros.

—Oh, *mes chers amis*, por favor, no hablemos de temas tan lastimosos. Vamos a disfrutar de esta excelente comida —las interrumpió el francés, al ver el dolor reflejado en los ojos de la keniana—. *Bon appétit!*

—*Bon appétit!* —contestaron ambas, en cierta forma aliviadas de abandonar tan espinoso tema.

Luego Noa procedió a probar el plato que le pusieron delante.

—¡Humm... esto está exquisito! —exclamó con deleite.

—*Mon Dieu!* Por fin alguien que sabe reconocer y apreciar la buena cocina... no como esta panda de incultos, que comen mis maravillosas creaciones como si fueran hamburguesas del McDonald's —comentó observando a Asha con algo de resquemor.

Ésta puso los ojos en blanco y siguió revolviendo la comida de su plato sin abrir la boca.

—Tienes que darme la receta —le pidió tras degustar otro bocado—. ¡Humm, esto está de muerte! Por cierto, ¿qué es?

—Mono de Sykes —la informó el cocinero.

La tez de Noa se quedó blanca como la cera, mientras unas intensas arcadas le empezaron a subir por la garganta.

—¡Puaj! —Escupió en una servilleta—. ¿De verdad esto es mono? —preguntó

horrorizada.

Al principio Pierre no le contestó, y entonces observó a su compañera para que se lo confirmara... hasta que de repente sus dos acompañantes se echaron a reír, al ver cómo se restregaba la lengua con la servilleta, para quitarse los restos de comida de la boca.

—*Désolé, chérie* —se disculpó el chef—. Era una broma.

—¿Una broma? ¡Cielos, Pierre, casi echo hasta las tripas! —contestó molesta por ser el centro de burla, y por el mal rato que había pasado.

Miró atentamente el plato y, separando la comida con el tenedor, con tanto cuidado como si fuera un arma de destrucción masiva, prosiguió:

—¿Qué es, entonces? —Y amenazándolo con el cuchillo, añadió—: Y dime la verdad, o el que va a acabar devorado por los leones será un francés repelente.

—Es cordero —le aclaró éste levantando las manos, simulando rendirse pero sin dejar de reír—. Aunque te advierto de que, a veces, damos de comer antílope, avestruz, ñu o incluso cocodrilo. Los clientes suelen pedirlo como *delicatessen*.

—¿En serio? —preguntó sorprendida—. Pues, cuando ése sea el caso, te rogaría que me avisaras.

—*D'accord*. Pero al menos los probarás, ¿no?

—No lo sé; ya te lo diré cuando llegue el momento.

Después de un breve silencio, y mientras Noa decidía si seguir o no comiendo, el cocinero volvió a intervenir.

—Por cierto, tenemos que hablar sobre ciertos productos que debemos reponer en la despensa.

—De momento eso lo lleva Asha, hasta que yo no me ponga al día por completo. Aún hay muchas cosas que desconozco sobre cómo proceder y, aunque ella me está ayudando mucho, necesito mi tiempo para asimilar toda esa información.

—Por supuesto —asintió conforme—. Sé que Asha es muy inteligente, y te ayudará en todo lo que pueda —comentó observándola con atención.

Noa se dio cuenta en ese mismo instante de que el chef sentía algo especial por su compañera, y no pudo evitar dibujar una leve sonrisa de satisfacción. Realmente Asha era una mujer muy bella, con su piel color ébano, sus marrones y grandes ojos almendrados, sus facciones perfectas, con ese porte regio y orgulloso, y un cuerpo estilizado que le hacía recordar a una exótica reina africana. Podía visualizarla perfectamente sentada en un trono, con dos leopardos tumbados a cada lado.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera presente? —protestó la mujer, consternada y lanzándole una mirada de reproche a Pierre.

—Está visto que hoy no tienes un buen día, *chérie* —comentó él, dolido por su actitud, mientras cortaba un trozo de carne y se lo llevaba a la boca.

—Lo tenía bueno hasta hace bien poco —replicó cortante.

—Está bien, haya paz —intercedió Noa.

Era evidente que el hombre sentía algo por Asha, pero lo que no era tan obvio era

lo que sentía ella por él. A Noa, su compañera la tenía algo desconcertada, ya que, si el francés no le atraía o ni tan siquiera le gustaba, ¿por qué, entonces, no podía ni mirarlo a los ojos, desviándolos en cuanto él intentaba conectar con ella? A pesar de su color de piel oscura, había notado cómo se había ruborizado cuando éste la piropeó llamándola inteligente. Y un leve brillo de satisfacción cubrió su mirada, a pesar de que enseguida la camufló con ira. No entendía muy bien cuál era el problema allí, pero tampoco tenía la suficiente confianza con ella como para preguntarle, y lo que menos quería era que la creyeran una entrometida. Así que intentó desviar la atención hacia otros derroteros.

—¿Podéis ponerme al día sobre cómo va esto de los proveedores?

Entre los dos le explicaron, a grandes rasgos, cómo conseguían todos los víveres en un lugar tan apartado.

Todas las semanas venían varios proveedores, tanto de carne como de frutas y verduras frescas, de la ciudad cercana más grande, llamada Nyeri. Una vez al mes, más o menos, recibían un cargamento de productos exportados que venían en avión procedentes de España, y que tenían que ir hasta Nairobi a recoger. En cuanto a otros productos menos demandados, a veces, si los poblados cercanos tenían excedentes, solían comprárselos a ellos.

Después de comer, entre los tres hicieron la lista de los ingredientes que les faltaban, o que estaban a punto de terminarse en la despensa. Cuando finalizaron, las dos mujeres subieron al despacho para acabar con las tareas que tenían pendientes ese día.

—¡Esto es imposible! —exclamó irritada Noa un rato después, mientras se echaba hacia atrás en el asiento—. Este programa es demasiado antiguo: así tardamos horas en hacer algo que, con otro *software* más moderno, tendríamos listo enseguida.

—Era el que utilizaba el antiguo director —le explicó Asha, desconcertada.

—Ahí está el problema —sugirió mientras se ponía de pie, contrariada—. Estos ordenadores son tan antiguos como el propio Emilio, y los nuevos programas de contabilidad no son compatibles con ellos. Tendré que hablar con mi padre para que nos envíe nuevo material.

—¿Nuevo material?

—Sí —manifestó convencida—. Ordenadores modernos, una impresora que no se coma las hojas, un fax actual... incluso una grapadora decente que no sea de la época del Pleistoceno —comentó levantando ésta con los dedos, a punto de desencajarse.

—¿Y qué vas a hacer con éstos? —demandó con curiosidad la keniana.

—No lo sé; tirarlos, supongo.

—Ajá.

Dicho esto, la valenciana empezó a caminar intranquila de un lado a otro de la habitación.

—Aquí hace un calor de mil demonios —susurró mientras se abanicaba con una hoja de papel—. ¿Quién se encarga del mantenimiento del aire acondicionado? Creo

que está averiado.

—El jefe Alonso.

—¡Oh! —exclamó sorprendida—. Pues entonces seguro que soy yo la que tengo más calor del normal.

«Ni muerta le voy a pedir que arregle el aparato. Antes me aso de calor», pensó Noa, molesta consigo misma.

Estaba enfadada, porque, a pesar de que llevaba todo el día intentándolo, no podía quitarse de la cabeza el momento vivido con el guía en su cabaña la noche anterior. No era capaz de entender por qué volvía a su memoria, una y otra vez, el instante en el que él la había arrinconado contra el armario. Recordaba vívidamente su aroma, y el calor que desprendía su cuerpo contra el de ella, y, a pesar de que se lo negaba, sabía en su fuero interno que le habría gustado que la besara. Y ahí radicaba el problema. Si tanto lo despreciaba, ¿por qué demonios deseaba que la hubiera besado? Era algo que no entendía y que la estaba volviendo loca.

Se acercó inquieta a la ventana para echar un breve vistazo fuera, momento que Asha escogió para levantarse de su asiento y acercarse a ella.

—¿Por qué no vamos a dar una vuelta?

—¿Una vuelta? ¿A dónde? —preguntó extrañada.

—Hay un lugar que me olvidé de enseñarte —comentó divertida.

—De acuerdo. —Sonrió complacida—. Creo que me vendrá bien despejarme un poco.

Salieron del edificio, para dar un breve paseo fuera del complejo hotelero. Caminaron durante casi medio kilómetro por un camino que pasaba cerca de un poblado, y por el que se encontraron con varias mujeres, que iban o venían cargadas con cubos de agua o con cestos llenos de frutas y verduras; también se cruzaron con niños que corrían descalzos y que se paraban, curiosos, a observarla, e incluso saludaron con la mano a un hombre que regresaba con un pequeño rebaño de cabras. Adentrándose un poco en la selva, se toparon con una poza de agua, donde caía una pequeña cascada. Noa se quedó maravillada al ver aquel pequeño edén.

—Esto es increíble —comentó emocionada.

Asha sonrió con orgullo.

—A este lugar venimos algunos empleados del hotel cuando tenemos un poco de tiempo libre y hace mucho calor. Los clientes no lo conocen y, como tenemos prohibido refrescarnos en la piscina, nos acercamos hasta aquí.

—Es fantástico —declaró impresionada.

Luego se acercó al agua para quitarse a continuación las sandalias e introducirse poco a poco en la poza hasta las rodillas. El agua era cristalina, y el murmullo de la cascada invitaba a entrar y ponerse debajo de ella. Se quedó parada, contemplando cómo unos pequeños peces se acercaban y le mordisqueaban los pies, haciéndole cosquillas, a la vez que rozaba despacio con los dedos las pulidas piedras que notaba debajo de ellos. Dirigió los ojos hacia un árbol porque oyó el ruido producido por un

mono, que avisaba a sus compañeros de que tenían compañía humana, mientras unos pájaros levantaban el vuelo en bandada, asustados por los chillidos de los primates.

—Gracias por enseñarme este hermoso lugar, Asha. Si lo llego a saber, me hubiera traído un biquini para darme un chapuzón.

—Para la próxima vez, entonces —le respondió complacida al ver su rostro entusiasmado.

—Eso dalo por hecho.

—Sólo te pido una cosa, y es que no vengas nunca sola. Si no puedo acompañarte yo, avisa a cualquiera de los hombres de seguridad, o incluso a Ajani o Dalair, pero nunca sola.

—¿Por qué? ¿Es peligroso? —planteó alarmada.

—Nunca ha ocurrido nada... —sonrió para tranquilizarla—... pero es mejor no correr riesgos. No me lo perdonaría nunca si te llegase a pasar algo.

—Está bien.

Se quedaron un poco más allí, hasta que su compañera la avisó de que era hora de volver, pues iba a anochecer.

Cuando regresaron, les dio el tiempo justo de arreglarse un poco e ir al restaurante a cenar, donde ya se encontraban Alonso y su ayudante, Asir. Los dos estaban conversando tranquilamente, cuando de repente el guía se percató de su presencia, clavando su mirada en ella. Y Noa lo único que supo hacer fue tragar saliva y elevar un poco el mentón, para después acercarse a una mesa y ponerse a conversar con los clientes, preguntándoles qué tal se lo habían pasado en la excursión. Charló con todos y cada uno de ellos. Sabía que era una tontería, pues lo único que estaba haciendo era alargar el momento de sentarse a la mesa con él, pero fue lo máximo que se le ocurrió, hasta que no le quedó más remedio que ir a tomar asiento para cenar.

Saludó con educación, y se alegró sinceramente de que Pierre ya estuviera sentado a la mesa. Cuando ella hizo lo mismo, se enteró de que Asha había estado poniendo a su jefe al tanto de los avances que habían estado realizando ese día, pero sin mencionar el hecho de que habían salido a dar un paseo hasta la cascada.

—Por cierto, Alonso, ya es la tercera vez que el proveedor de quesos se retrasa. Y el de patatas nos está robando, ya que he pesado los sacos y los kilos no coinciden con lo que viene en el albarán —informó Pierre.

Noa observó cómo el guía arrugaba el entrecejo, desconcertado.

—Qué extraño —comentó éste—. Me lo habían recomendado como a alguien de plena confianza. ¿Ha ocurrido antes?

—La verdad es que no lo sé. Se dio cuenta Zawadi cuando esta mañana agarró el saco para hacer las ensaladas.

Alonso se rascó la barbilla y suspiró con cansancio, y ella se sorprendió pensando en cómo sería acariciar ese mentón poco poblado de una barba de varios días. En cuanto se dio cuenta de por dónde iban sus pensamientos, agachó la cabeza para dedicarle una minuciosa atención a las zanahorias guisadas que había en su plato.

—Está bien, en cuanto pueda, me ocuparé de ese asunto y del proveedor de quesos.

Siguieron charlando de otros temas durante unos minutos, hasta que Asha se acordó de algo importante.

—Noa también quería comentarte algo.

Ésta levantó la cabeza de golpe y miró primero a Alonso para después dirigirse a su compañera.

—¿Ah, sí? —susurró sin tener la más remota idea de lo que estaba hablando.

—Sí —contestó la mujer.

—¿Me podrías refrescar la memoria?

Ella la miró con desconcierto y se acercó para también susurrarle:

—Es sobre lo que comentaste esta tarde.

Noa empezó a pensar con rapidez, intentando adivinar de qué iba todo aquello, hasta que se acordó de la conversación.

—Ya te dije que seguramente era cosa mía, no creo que el aire acondicionado esté estropeado.

—No me refiero a eso.

—Entonces, ¿a qué?

—A lo otro.

—¿A qué otro? —masculló, empezando a enfadarse—. ¡Por Dios, Asha!, ¿puedes ser un poco más clara?!

—Si lo habláis en alto quizá nos enteraremos todos —las reprendió Alonso, empezando a mosquearse por la conducta tan extraña de ambas.

—Ah... pues... —comenzó a farfullar Noa sin saber por dónde empezar.

—De los ordenadores —murmuró su compañera.

—¡Ah, sí, de los ordenadores!

—¿Ordenadores? —inquirió él, cada vez más confundido.

—Exacto —señaló mientras cogía su copa de vino con la mano—. Le comentaba a Asha que nuestros ordenadores son muy antiguos, al igual que la impresora y el fax. Creo que sería conveniente cambiarlos para que podamos usar programas más modernos, para poder realizar la contabilidad de forma más rápida y eficiente.

Y mientras le daba un sorbo a su copa, observó cómo Alonso alzaba una ceja con escepticismo.

—¿Y cómo se supone que vas a hacer eso?

—Habría con mi padre, por supuesto.

—Por supuesto —apuntilló él con sarcasmo—. Papá lo arregla todo, ¿no es cierto?

—¿Tiene el señor algún problema al respecto? —preguntó, molesta por el tono que estaba empleando, ya que le estaba dando a entender que, como niña rica y consentida, en cuanto necesitaba algo, su solución era correr junto a papi para pedirselo.

Él clavó su mirada en ella, en tanto que los demás los observaban sorprendidos. Sobre todo Pierre y Asir, ya que Asha ya había presenciado un momento más que tenso entre los dos anteriormente.

—Ningún problema —dijo con los dientes tan apretados que casi se podía oír cómo le rechinaban.

—¡Perfecto! —manifestó complacida, mientras alzaba su copa y volvía a beber de ella, celebrando en su interior esa pequeña victoria.

»Y dime, Pierre, ¿qué pescado es éste? —planteó, ignorando a propósito al guía, que la miraba enfadado.

El chef comenzó a contarle la clase de pescado que era, quién lo suministraba y cómo lo había preparado. Y, a pesar de que ella lo intentó con todas sus fuerzas, no fue capaz de prestarle toda su atención, pues era demasiado consciente de las intensas miradas que le echaba Alonso. Sabía que estaba enfadado, y creía conocer lo que él estaba pensando de ella. Y esa pequeña victoria, que había celebrado antes, estaba dejando de ser dulce para tornarse algo amarga, al reconocer que el hombre tenía su parte de razón.

En cuanto podía, Noa le echaba en cara a su padre su maldita costumbre de comprarlo todo con dinero, pero, en cuanto ella necesitaba algo, lo primero que hacía era pedírselo a él. Por lo tanto, quizá no era mejor persona que su progenitor. Esa idea que empezó a arraigar en su interior era la que le estaba dejando ese regusto agrio en la boca del estómago.

Intentó por todos los medios desterrarla de su mente. Ella no se parecía en nada a su padre, y no iba a dejar que ese guía de pacotilla la hiciera dudar en lo referente a ello. Alonso no la conocía en absoluto y, lo que era más importante, no tenía que importarle para nada lo que ese patán opinara de ella. Así que hizo lo que mejor se le daba a ella y a su familia... simular que todo estaba bien.

Se obligó a prestarle atención a Pierre y a ignorar las miradas recriminatorias del otro hombre... pero, con esa actitud, lo que también consiguió fue no darse cuenta del dolor reflejado en el rostro de Asha.

En cuanto el guía acabó su último bocado, Alonso se levantó, disculpándose con que tenía un asunto urgente que atender, y se marchó de la mesa de una manera un tanto brusca. Noa observó cómo se iba y se preguntó qué era eso tan importante que tenía que hacer para irse de esa manera tan precipitada.

Minutos más tarde, su compañera alegó un pequeño dolor de cabeza y se retiró a descansar y, aunque el francés se ofreció a acompañarla hasta su habitación, ella declinó su oferta, indicando que no era necesario. Poco tiempo después, se levantaron, como los demás clientes, para acercarse hasta los jardines. Allí se encontró con Alonso, que ya estaba sentado alrededor de la hoguera que habían encendido, y bien acompañado por la hija de un cliente alemán. Estaban a la espera de que empezara el espectáculo de baile y el cuentacuentos por parte de algunos de los empleados, que describían y narraban sus tradiciones e historias más populares.

Hizo un pequeño mohín de disgusto cuando advirtió cómo la muchacha germana reía de forma coqueta y se acercaba a él más de la cuenta, en un intento de llamar su atención, al mismo tiempo que él se percataba de la presencia de Noa y enseñaba sus dientes en una sonrisa arrogante, dirigida sólo a ella. Ésta desvió enseguida la mirada, para centrarla en lo que le estaba explicando Pierre, e intentó con todas sus fuerzas desterrar de su interior ese sentimiento de furia que le subía por la garganta, convenciéndose de que no era asunto suyo lo que él hiciera o dejara de hacer.

Cuando acabó el espectáculo, lo comentó con algunos clientes e hicieron un corrillo alrededor del pobre Asir, para disipar las dudas que les habían surgido sobre su cultura y tradiciones. En eso estaba cuando, por el rabillo del ojo, observó, molesta, cómo las demás mujeres se acercaban a Alonso, y éste les respondía divertido y de forma amable, coqueteando sin ningún pudor con todas ellas.

Noa no sabía qué le fastidiaba más: si el flirteo del guía con las esposas de los clientes delante de sus narices; reconocer que era un hombre muy atractivo, demasiado atractivo para su desgracia, y que las mujeres quisieran sentirse aduladas en su presencia, o que él le sonriera de forma socarrona cuando la pillaba espiándolo.

Así que, por segunda vez esa noche, otra mujer alegó un repentino y falso dolor de cabeza, para esconderse en su habitación.

Capítulo 5

—Creo que ya podemos hacerlo oficial.

Noa se fijó en cómo Asha guardaba una carpeta en el archivador, y arrugó el entrecejo extrañada por sus palabras.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer oficial?

—Pues que, a partir de ahora, eres la nueva directora de Resorts Montalbo. Ya no tengo nada más que enseñarte sobre cómo se dirige el hotel y todo el trabajo administrativo que conlleva, así que, a partir de este momento, tendré que empezar a llamarte jefa Noa.

—Como se te ocurra llamarme jefa Noa, te despido en el acto —le advirtió con una sonrisa.

Ambas habían trabajado con ahínco los últimos cuatro días y, aunque era primera hora de la mañana, se podía decir que todo el trabajo atrasado estaba finalizado.

—Tendremos que avisar al jefe Alonso.

—No hay ninguna prisa, Asha —manifestó decidida—. Podemos decírselo durante la cena. —Y, sonriendo divertida al imaginarse la situación, comentó mientras grapaba unas hojas—: Seguro que Pierre montará una fiesta cuando se entere.

Dijo eso a propósito para observar con detenimiento a su compañera, quien, en cuanto nombró al francés, cambió por completo la expresión divertida de su rostro. Al percatarse de que la estaba mirando, desvió los ojos hacia la pantalla de su ordenador, simulando que estaba viendo algo de gran interés. Noa se levantó de su asiento y se acercó a su mesa, para apoyar su trasero en la esquina del mueble.

—¿Hay algo que yo deba saber sobre Pierre y tú?

La keniana levantó la cabeza, sorprendida por su pregunta.

—No... claro que no —balbuceó, nerviosa—. No sé a qué te refieres.

—¿Segura?

La mujer tragó saliva y, queriendo aparentar más seguridad de la que sentía, afirmó:

—Completamente. Pierre y yo sólo somos compañeros de trabajo, nada más.

Noa agarró un lápiz y empezó a darse pequeños golpecitos con él en el mentón. A pesar de lo que Asha dijese, ella se había dado cuenta de la forma en que miraba al chef cuando él no lo advertía, y también de algunos gestos de enfado inconscientes, cuando Pierre bromeaba o estaba pendiente de ella, que enseguida eran ocultados con una falsa sonrisa, cuando las miradas de las dos se cruzaban. En ningún momento quería hacer daño a su compañera y, después de pensarlo detenidamente, sobre todo porque la amistad entre ambas se había afianzado en los últimos días, tomó la decisión de intentar hablar de ese tema con ella.

—No sé. Tengo la firme convicción de que a Pierre le interesas.

Asha se levantó nerviosa de su asiento para acercarse a la ventana y darle la espalda.

—No sé de qué estás hablando. Seguramente son imaginaciones tuyas.

—Yo no lo creo así —declaró convencida—. De todas formas, si ése fuera el caso, yo no tendría ningún inconveniente en que existieran relaciones amorosas entre los empleados, siempre y cuando no afectaran al ámbito laboral, por supuesto.

La keniana se quedó callada durante unos segundos, para a continuación cuadrar los hombros y girarse en su dirección.

—Pero ése no es el caso, así que no tienes de qué preocuparte —contestó con seriedad.

—Yo no he dicho que esté preocupada —puntualizó, desconcertada por su actitud—. Sólo quería decir que...

—Creo que puedo asegurar que Pierre está más interesado en otra persona que en mí —la interrumpió, mirándola con gravedad—. Además, aunque ése no fuera el caso y tú tuvieras razón, déjame decirte que yo no estoy interesada en él... en ningún otro término que no sea el estrictamente laboral. Sólo somos compañeros de trabajo y como tal lo respeto, pero nada más.

Noa se quedó muda de asombro por su contestación y la forma en la que se lo dijo. Lo negó con tanta rotundidad que al final creyó que se había equivocado por completo, y se maldijo por ser una entrometida.

—Lo-lo siento, Asha —se disculpó consternada—. En ningún momento lo dije con mala intención, todo lo contrario. Creí con sinceridad que tú sentías lo mismo, pero es evidente que me he equivocado. No quiero que creas que soy una chismosa, yo...

Se acercó a ella con verdadero arrepentimiento en la mirada.

—Yo llevo poco tiempo aquí y te considero una amiga, y por nada del mundo me gustaría perder eso. Perdóname si mi actitud te ha molestado...

—Tranquila, Noa —la interrumpió la mujer abandonando su pose seria para mirarla ahora con interés—. No hace falta que te disculpes, no pasa nada.

Asha estaba desconcertada con la conducta de la española; no hacía más que sorprenderla con su forma de ser tan contradictoria. Por momentos era amable y cordial, y en otros, una verdadera arpía. No es que se hubiera portado mal con ella, todo lo contrario, no tenía nada malo que decir al respecto, pero con Alonso era todo muy distinto. Y eso hacía que no pudiera fiarse de ella. Aunque, para ser honestos, la actitud del guía con Noa tampoco era para echar cohetes. Pero era como si hubiera dos personas en su interior: la mujer que era amable con todo el mundo, cercana y amistosa, y la que era déspota y repelente con su jefe. Otras veces hablaba sin parar de sus amigos y de su vida en España, para después cerrarse en banda cuando le preguntaba por su familia. Por momentos parecía que coqueteaba con Pierre y que tenía un interés personal por él, para después insinuarle que el chef estaba interesado

en ella, y que no pondría ningún reparo sobre una relación entre los dos. Se preguntó a qué estaría jugando, quién era verdaderamente Noa Montalbo. Para ella resultaba un auténtico misterio.

Sin embargo, lo que sí tenía muy claro era que, desde que había llegado allí, el francés estaba muy interesado en ella. Aunque se negara a reconocerlo, no podía evitar que ese hecho le doliera. Y lo peor de todo era que ella misma había provocado esa actitud, pues su comportamiento distante y frío con él había propiciado que Pierre buscara apoyo en otra mujer. Contrariamente a lo que le acababa de decir, era consciente de las atenciones y el cariño, más allá del laboral, que el chef le había prodigado en más de una ocasión, pero que ella siempre había cortado tajantemente. Porque, a pesar de que sentía lo mismo, nunca... jamás... podría llegar a tener nada con él. No después de lo que le habían hecho. Era una losa que cargaría sobre sus hombros el resto de su vida.

Parpadeó varias veces, alejando esos dolorosos pensamientos, para centrarse en la que ahora era la directora del hotel.

—Todo está bien, no te preocupes.

Su jefa sonrió aliviada y Asha aprovechó ese instante para cambiar de conversación.

—Y ahora que ya hemos terminado con el trabajo atrasado, ¿qué es lo que quieres hacer a continuación?

—Pues había pensado en hacer algunos cambios en la página web. También he comprobado que no tenemos Facebook, ni Twitter, y las redes sociales hoy en día son muy importantes. Me gustaría, además, hacer un sondeo de mercado, para poder rivalizar en ofertas y precios con nuestros competidores, e incluso ofrecer alguna actividad que nos diferencie del resto. Abrir una cuenta en YouTube, para que los clientes puedan colgar sus viajes del safari, o incluso un blog donde...

De repente se quedó callada al percatarse de la cara de asombro de su compañera.

—No tienes ni idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad?

Asha negó con la cabeza, apenada, y ella sonrió divertida.

—No te preocupes, yo te enseñaré todo lo que tienes que saber. Pero creo que por hoy ha sido suficiente, nos merecemos un día de relax. Mañana ya nos pondremos manos a la obra, ¿qué te parece?

—No sé, a mí no me importa seguir trabajando.

—Pero a mí, sí. Desde que me enseñaste la poza de la cascada, no hago más que pensar en ir a darme un chapuzón. ¿Te apetece acompañarme?

La keniana lo pensó durante unos segundos, para después negar con la cabeza.

—Si no te importa, me gustaría hacer otra cosa.

—Claro que no me importa. Tenemos todo el día, así que, si quieres, podemos dejar la poza para el final.

—No me has entendido —declaró algo avergonzada por lo que le iba a pedir—. Lo que tengo que hacer es un asunto personal y preferiría ir sola.

—¡Oh! —soltó sorprendida—. ¡Claro, qué tonta soy! Por supuesto que no me importa. Iré yo por mi cuenta, y así de paso saco algunas fotos para colgar en la web.

—¿De la cascada? —preguntó Asha con cierto desagrado.

—No, ni hablar. Ese lugar es especial y exclusivo para nosotros. Si lo colgara en Internet, se llenaría de turistas, y yo no quiero eso.

La chica suspiró aliviada.

—Pero aprovecharé el día para fotografiar los bungalós, el hotel, los jardines... y a los lugareños y paisajes que me encuentre por el camino.

—Está bien, pero avisa a Salehe para que te acompañe.

—Tranquila, lo haré.

Terminaron de recoger sus mesas y se despidieron en la entrada del hotel.

Después de ir a su cabaña, cambiarse de ropa y recoger la cámara de fotos, Noa se dedicó a lo que dijo que haría, sacar instantáneas del lugar. Cuando creyó que ya tenía el suficiente material, buscó al guarda de seguridad para que la acompañara a la pequeña poza que le había mostrado Asha. Sin embargo, una de las mujeres de la limpieza la informó de que el hombre estaba ocupado ayudando a arreglar una verja, que había sido dañada por culpa de unos cerdos gigantes salvajes, animal que abundaba por la zona. Después de pensárselo durante unos minutos, decidió que iría igualmente.

Entendía los miedos de Asha, pero, cuando fue con ella a aquel pequeño edén, no encontró nada por el camino que pudiera sugerirle ningún tipo de peligro. Es más, había visto a mujeres y niños por el lugar andando tan tranquilos. Descartaba que, si de verdad existía un peligro real, esas personas no caminarían tan campantes por allí. Lo que sí hizo fue informar a la mujer de la limpieza de a dónde iba, por si alguien preguntaba por ella, no fueran a creer que le había pasado algo al no encontrarla en el hotel.

Así que, ansiosa, se encaminó, cámara en mano, a buscar un poco de alivio para aquel calor tan sofocante que estaba sufriendo.

Alonso llegó a la poza de la cascada furioso con esa odiosa mujer. Por el camino maldijo su suerte unas cuantas veces, pues se sentía frustrado. Frustrado por tener que hacer de niñera de esa niñata malcriada y descerebrada. Frustrado porque, desde que había llegado, no había hecho más que complicarle la vida. Y todavía más frustrado porque, a pesar de todo ello, no conseguía quitársela de la cabeza.

Había intentado por todos los medios no sentirse tan condenadamente atraído por ella, pero todo había sido en vano. Desde aquella maldita noche en que la había encontrado desnuda en la ducha, luchaba incansablemente por desterrarla de su mente, pero volvía a imaginársela una y otra vez. Y no ayudaba en nada ese calor tan insoportable que estaban sufriendo últimamente, ya que, por las noches, cuando salía a la pequeña terraza de su bungaló porque no podía dormir, se encontraba de frente

con la cabaña donde sabía que ella pernoctaba. Y su calenturienta imaginación anhelaba otras maneras más agradables de sudar que la de estar parado allí, cabreado consigo mismo por desear a una mujer que a todas luces no le convenía en absoluto. De eso estaba completamente seguro, y lo sabía por experiencia propia. Pero, sobre todo, porque no se soportaban, porque nunca podría estar con una mujer tan narcisista y materialista como ella, sin contar con su altivez y su prepotencia. Y, ante todo, porque con una vez ya había tenido más que suficiente. Así que la única forma que había encontrado de no cometer una locura era evitarla lo máximo posible.

Y allí se encontraba en ese momento, rezando para que no se hubiera metido en ningún lío. Se quedó parado de pronto, cuando la vio emerger del agua como una hermosa ninfa, casi etérea, divina, y salvajemente *sexy*... logrando que todos los reparos que hasta hacía un segundo había enumerado se desvanecieran como la escarcha calentada por el sol.

De súbito se puso en tensión, al notar por el rabillo del ojo cómo una forma indefinida se movía por la vegetación. En ese instante, todos sus años de observación e investigación de la naturaleza africana lo alertaban, consciente de que, lo que se movía acechando a escondidas la poza, no era nada humano.

Se acercó al agua despacio, con movimientos suaves y silenciosos, mientras escudriñaba la espesura, a la vez que advertía cómo Noa se encontraba totalmente ajena al peligro. Por fin pudo ver al leopardo agazapado detrás de un árbol, muy cerca de donde se hallaba ella. Rápidamente agarró una piedra para tirarla contra el animal y asustarlo. Consiguió lo que buscaba, pues el felino apartó la atención de la mujer para posarla en él, mientras erizaba el pelo y dirigía las orejas hacia atrás pegadas a su cráneo, y a continuación rugía estremecedoramente, momento en el que Noa se asustó al oír el ruido.

Alonso no quería sacar su arma y disparar al aire; era una opción que contemplaba como última necesidad, igual que la de disparar al animal, por lo que volvió a coger una piedra un poco más pesada y afinó la puntería para intentar darle y conseguir así que huyera espantado. No consiguió acertarle, pero sí aproximarse tanto que, al caerle tan cerca el guijarro, el leopardo se asustó y huyó del lugar.

Esperó unos segundos y, cuando se cercioró de que ya no corrían aparente peligro, se volvió hacia la mujer que, con las manos tapándose la boca y los ojos como platos, todavía seguía mirando el sitio donde antes había estado apostada la fiera.

—Ahora, despacio y con tranquilidad, sal del agua sin hacer ruido para no volver a atraer su atención —le indicó con firmeza.

Lo que menos quería era que ella intentara huir despavorida, despertando así nuevamente el interés del leopardo, o el de cualquier otro animal peligroso que anduviera cerca.

—¿Estás chalado?! —gritó, atemorizada—. ¡Yo no me muevo de aquí ni loca!

—Escúchame... —le empezó a hablar para intentar tranquilizarla—... sé que

tienes miedo, pero es muy importante marcharse de aquí antes de que vuelva.

—No, escúchame tú —respondió tercamente—: Que te creas el hijo perdido de Tarzán no implica que sepas lo que haces. Ahí... ahí había un leopardo enorme... —le señaló asustada el árbol donde había estado el animal—... y ni muerta pienso salir de aquí.

—¡Maldita sea, Noa! —explotó mientras ponía los brazos en jarras—. Sal ahora mismo del agua o te juro que te saco a rastras.

—¿Quieres que te diga exactamente dónde te puedes ir, o necesitas que te haga un croquis?

—¡Juro por Dios que en mi vida me había encontrado con una mujer tan inconsciente, desesperante y fastidiosa como tú! —declaró mientras se quitaba las botas, furioso—. ¿Qué parte de «no vayas sola a la poza» no le entendiste a Asha? Porque creo que te lo dejó muy clarito, y que yo sepa el inglés lo entiendes perfectamente —continuó diciendo a la vez que se despojaba de la camisa—. Pero nooo, la niñata tenía que hacer lo que le viniera en gana. ¡Como siempre!

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella, perpleja.

—¿Tú qué crees? —soltó, en tanto vaciaba los bolsillos del pantalón y posaba la pistola en el suelo—. Yo no soy tu papi y, si no sales por las buenas, saldrás por las malas.

—¡Ni se te ocurra, Alonso! —chilló asustada—. Lo mejor es que vayas a buscar más hombres y vengáis con armas...

—A mí no me vengas a decir lo que tengo o no tengo que hacer, niñata —la interrumpió mientras se metía en el agua cristalina para acercarse a ella—. Ahora entiendo por qué tu padre te envió lejos de él; tener que lidiar contigo debe dejarlo agotado. Seguramente ha sido por prescripción médica, porque tu irresponsabilidad no tiene límites.

—No me juzgues, Alonso Rivas, no te atrevas a juzgarme. Tú no me conoces en absoluto y a mi padre, menos —masculló con los dientes apretados.

Y era cierto. Se estaba cansando de que siempre pensara lo peor de ella. Ese hombre no tenía ni idea de por todo lo que había pasado en su vida, y por supuesto ella no se parecía a su padre en absoluto.

—Conozco lo suficiente como para saber que eres la mujer más irresponsable y cabeza hueca que conozco. ¿Cómo se te ocurre adentrarte en la selva sin ninguna protección? ¿Qué hubiera pasado si no llego a tiempo de evitar que ese leopardo te atacara? —la increpó colérico.

Noa levantó la cabeza orgullosamente. Sabía que él tenía razón, pero por nada del mundo se la iba a dar y, con un extraño brillo en los ojos, le contestó cuando él llegó a ella.

—No creo que a ninguno os diera mucha pena mi muerte. Es más, seguro que habría sido un alivio para ti, así que... lo siento. Siento mucho que no se pudiera cumplir tu deseo.

Él parpadeó varias veces, desconcertado.

—¿De qué demonios estás hablando, niñata?

—Sé perfectamente que no me soportas. No soy ninguna estúpida, Alonso, tengo claro que me desprecias y que tu mayor deseo es deshacerte de mí —manifestó con evidente dolor en sus palabras.

—Pero no tanto como para desear tu muerte —le aclaró, atónito de que pudiera pensar eso.

—Y a ti, ¿qué más te da? Por lo visto tienes muy claro el tipo de persona que soy, ¿no es cierto? Me has prejugado sin conocerme.

—Conozco demasiado bien a las mujeres como tú —le ladró, mirándola con repulsión.

Y eso a ella le dolió. No tenía ni idea de por qué le importaba lo que opinara ese tipo, pero, por mucho que lo negara, así era. Luchaba consigo misma por parecer dura y fría en su presencia, simulando que lo que Alonso creyera de ella le traía sin cuidado. Pero, en el fondo, muy en el fondo, la lastimaba que él pensara lo peor de ella.

—¿Que me conoces? —preguntó con evidente desdén—. Tú, patán, no has conocido a una mujer como yo en tu miserable vida.

Alonso esbozó una media sonrisa, mientras la miraba de arriba abajo con evidente desprecio.

—Por desgracia, mujeres como tú las hay a patadas.

Noa abrió la boca, sorprendida por lo que sus palabras sugerían; ése había sido un golpe bajo. Luego entrecerró los ojos, mientras se cruzaba de brazos, para escupirle algo que le doliera, como a ella la habían dañado sus palabras.

—¡Oh, pobrecito Alonso! ¿Qué te pasó? ¡No me lo digas, ya sé! Seguro que una niñata rica como yo te rompió el corazón, ¿verdad? Se dio cuenta de que eras un estúpido don nadie y se deshizo de ti como de la basura.

—¡Escúchame bien, niñata del demonio! —masculló con los dientes apretados mientras la agarraba de un brazo—. ¡No te consiento que me hables así, ¿me entiendes?!

—Yo te hablo como me da la real gana —le contestó en tanto ambos se lanzaban miradas furiosas—. ¡Suéltame! —gritó mientras se deshacía de su agarre.

Alonso la soltó al momento... y, en ese instante, Noa creyó ver algo que se movía en la espesura, y sin pensárselo dos veces se abrazó a él, aterrorizada.

—¡¿Qué es eso?! —chilló angustiada.

—¡Chist, no grites! —susurró mientras escudriñaba los alrededores, buscando lo que se suponía que ella había visto.

Se echó su mano a la cintura para darse cuenta de que se encontraba desarmado.

—¡Mierda! —gruñó al percatarse de que se había dejado el arma en la orilla—. ¡No tengo mi pistola!

Después de unos segundos, se dieron cuenta de que únicamente había sido un

mono que había saltado al suelo para comer algún fruto caído, que enseguida volvió a subir al amparo del árbol. Y pudieron respirar tranquilos tan sólo para darse cuenta de que estaban abrazados el uno al otro.

Noa levantó la mirada hacia su rostro, para perderse en esos ojos marrón verdoso, mientras que su corazón empezó a bombear con tal rapidez que parecía que se le iba a salir del pecho. Mientras tanto, él observaba maravillado ese perfecto rostro, hasta que fijó la vista en su boca cuando, inconscientemente, ella se mojó los labios con la punta de la lengua, y acercó su cara, deseando besar esos carnosos labios.

—¿Tenías una pistola? —balbuceó Noa sin saber muy bien por qué.

Alonso desvió su intensa mirada hacia esos enormes y cautivadores ojos celestes.

—Sí —susurró, para a continuación acercarla más a él.

El aroma de Noa inundaba sus fosas nasales, y eso lo estaba volviendo loco. El calor de sus manos apoyadas en su pecho hacían que su piel se estremeciera allí donde ella estaba tocando. En algún lugar muy recóndito de su mente sabía que lo que estaba haciendo era una estupidez, pero en ese instante sólo pensaba en el inmenso deseo que tenía de besarla.

—¿Y dónde la dejaste?

Él se tuvo que tomar un segundo para pensar en su pregunta, y recordar dónde había puesto el arma. En ese momento ella observó cómo se le formaban unas pequeñas arrugas en el entrecejo, seguro que producto de tantas horas forzando la vista para encontrar animales salvajes que mostrar a los clientes, y deseó locamente acariciarlas con las yemas de sus dedos, para intentar relajar esa parte de su rostro.

—Con mi camisa —le respondió mientras rozaba su espalda y percibía cómo se le erizaba la piel.

—¿Y ahora quién es el estúpido?

Alonso sonrió de forma depredadora, y observó cómo las pupilas de ella se dilataban cuando su cara se acercó tanto que sus alientos chocaron, para, acto seguido, tomarla por la nuca y decirle.

—Evidentemente yo.

Y la besó.

Capítulo 6

Cuando sus labios se unieron, se fundieron como si fueran uno solo. Alonso la estrechó más entre sus brazos, mientras con su lengua recorría el contorno de sus dientes, para después apoderarse de la de ella y bailar una danza antigua en la que los dos entonaban el mismo ritmo. Sus respiraciones entrecortadas se mezclaban extasiadas, a la vez que sus corazones martilleaban una canción atronadora que los ensordecía, haciéndoles indiferentes a nada que no fuera el anhelo que sentían el uno por el otro. Atrás quedaba en el olvido más absoluto el miedo por el peligro que pudiesen correr, al estar expuestos a cualquier animal salvaje que merodease por el lugar, o de cualquier disputa que hubiera habido antes entre ellos. De lo único que eran conscientes era de sus cuerpos ardientes rozándose piel contra piel, y del deseo contenido que habían estado reprimiendo hasta ese instante. Instante que ninguno de los dos era capaz de dominar, hasta que sus ansias del uno por el otro no fueran aplacadas.

—¡Madre mía, qué bien sabes! —murmuró él contra sus labios, completamente enardecido.

A Noa se le escapó un gemido de deleite, y le respondió con más pasión, enterrando sus manos en su pelo, para después hacer más profundo ese beso y devorarlo con ansia. Él hizo presión con su mano en la parte baja de la espalda de ella, para acercarla más, si eso era posible, a su erección... momento en el que subió por su pecho un ronroneo ronco y gutural, cuando su miembro hinchado se rozó contra ella; a pesar del agua fresca que los envolvía, sus cuerpos enfebrecidos por el deseo no la notaban. Ella no se lo pensó dos veces, pues rodeó con las piernas su cintura, quedando suspendida en el agua, mientras él la apretaba más contra su pene, empujando con ambas manos su trasero hacia su pelvis, sólo separado por la tela del pantalón y del biquini de ella.

Noa interrumpió ese salvaje beso para mirarlo a los ojos y perderse en las profundidades de su intensa mirada. La misma que la devoraba como si fuera un apetitoso bocado, anhelado por un hombre hambriento. Hambriento por ella. Única y exclusivamente por ella.

Contempló con detenimiento su torso fuerte y musculoso de piel bronceada, y rozó con las yemas de los dedos su pecho, trazando un camino sinuoso, donde la piel se estremecía allí por donde pasaba. Rodeó los pequeños pezones marrones y bajó por la tableta bien marcada y definida, hasta llegar al botón de su pantalón. Elevó los ojos para advertir cómo Alonso tenía la boca entreabierta y se pasaba la lengua por ella, y un deseo acuciante le hizo acercarse a él y morderlo con suavidad, atrapando con sus dientes el labio inferior, logrando que un gruñido suave subiese por su garganta. Separó su rostro para volver a mirarlo a los ojos, y a continuación volver a

besar con devastadora pasión esos labios que la quemaban y que la hacían sentir ese loco anhelo de tenerlo, de poseerlo únicamente para sí, y que no había sentido por nadie más en toda su vida.

Después de unos minutos en los que lamió, mordisqueó y succionó esa apetitosa boca que le hacía sentir un auténtico volcán en sus entrañas, Alonso la abandonó para besar su mandíbula y dibujar un reguero de lava que bajaba, abrasando la piel por donde tocaba, hasta su hombro, donde la mordió levemente hasta dejar una pequeña señal rosada. Quería marcarla, quería dejar impresa su esencia para que nadie más la tocara. Ni Pierre, ni Derek, ni ningún otro maldito hombre que no fuera él. Sus sentimientos hacia ella eran encontrados e intensos y, a pesar de que por un lado la despreciaba, por otro se moría por besarla. Quería ignorarla, pero los celos cuando otro hombre se acercaba a ella lo carcomían, logrando que las palabras que salían de su boca fueran para herirla, para hacerle sentir su enfado, su frustración. La odiaba con la misma intensidad que la deseaba. Y, a pesar de lo que había luchado contra esa atracción y de todas sus promesas, allí se encontraba, ansiándola como no había ansiado a nadie antes. Dejaba atrás su cordura, que le gritaba que ella no le convenía, que lo que estaba haciendo no era una buena idea, que Noa nunca sería una mujer para él. Se sentía despojado de su voluntad por el maldito deseo que sentía por esa mujer... pero en ese momento no le importaba. No le importaba nada que no fuera ella, sentirla, acariciarla, saborearla...

Noa siseó cuando notó el leve mordisco, y se aferró a sus anchos y bronceados hombros sintiéndose débil, y a punto estuvo de suplicarle que la tomara allí mismo, que le hiciera el amor sin pensar en nada más, excepto en lo que sentían.

¿Y qué era lo que sentían? Ella no tenía ni la más remota idea. Sólo sabía que lo deseaba con todas sus fuerzas, que su piel se estremecía donde el aliento de él la rozaba, que su lengua húmeda no lograba apagar el fuego que la consumía, y que sus caricias la hacían vibrar como nunca nadie lo había hecho jamás.

—¡Alonso! —susurró con la voz temblorosa por la pasión.

Él levantó la cabeza para clavar sus penetrantes ojos en los de ella y, cuando reparó en cómo Noa respiraba con dificultad, en cómo sus labios entreabiertos temblaban hinchados por sus besos y en sus pupilas dilatadas por la misma fiebre que lo consumía a él... agarró su cara con ambas manos para volver a devorar esa boca que tanto lo tentaba, mientras sus lenguas danzaban en un estado de delirio, dando y recibiendo, ofreciendo y reclamando, sin piedad, sin remordimientos, sin dudas, sin recriminaciones.

De repente, el ruido ensordecedor de los gritos de los monos apostados en los árboles, avisando a sus hermanos de un peligro eminente, hizo volver a la cordura al guía, que la soltó girando a ambos lados con el cuerpo en completa tensión, alerta ante el peligro que los primates anunciaban, sin darse cuenta de que, al hacerlo, Noa se hundía en el agua al no tener ningún apoyo donde agarrarse.

Cuando ella emergió luchando por respirar, mientras tosía el agua que había

tragado, Alonso casi había llegado a la orilla.

—¡Vístete! ¡Nos vamos ya! —le ordenó.

—¡¿Qué?! —farfulló confundida, a la vez que se apartaba el pelo mojado de los ojos.

—Aquí no estamos seguros —le aclaró mientras alcanzaba su camisa, tirada en el suelo.

—¿Seguros? —preguntó desconcertada, todavía con la bruma de la pasión enturbiándole la razón.

De pronto se dio cuenta de dónde estaban y de lo que acababa de pasar entre ellos dos.

—¿Y a quién demonios le importa ahora la seguridad? —preguntó, dolida por su actitud.

Se estaba comportando como si no le interesara en absoluto lo que había sucedido entre ambos, como si lo que acababa de pasar fuera algo muy normal en la vida cotidiana de Alonso, pero para ella en absoluto era así. Observó cómo él se giraba, dándole la espalda mientras se abrochaba la camisa, para confirmar sus dudas en el momento en el que habló.

—A mí sí me importa, niña. No me apetece ser la comida de ninguna fiera. Así que mueve tu culo fuera del agua, porque nos vamos ahora mismo.

Noa aspiró aire de golpe, para retenerlo durante unos segundos con la boca abierta, sorprendida por sus palabras, y expulsarlo con fuerza a continuación.

Mientras tanto, Alonso se maldecía una y otra vez por haber sido un imbécil.

«¡¿En qué demonios estaba pensando?! ¡¡¡Joder!!!!»

No entendía qué diablos había sucedido para dejarse llevar de esa manera tan... tan... impetuosa. No era nada propio de él.

«¡¡Mierda!!!»

Tenía que arreglar esa situación como fuera. Ella era la hija de su jefe, y no podía ir besándola de esa manera a lo loco, aunque se muriera por hacerlo. No quería tener problemas y menos con una mujer de su clase.

—Por supuesto que me voy de aquí —escupió enfadada—. ¡Pero lejos de ti, estúpido malnacido!

Observó cómo ella salía del agua y se agachaba para recoger su fino vestido de algodón, que se puso, furiosa, por encima del biquini mojado, empapando la delgada tela.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó confundido.

Noa no contestó, se calzó las sandalias, agarró la cámara de fotos y se marchó de allí sin esperarlo ni mirar atrás. En ese momento lo odiaba tanto que le pegaría. Se sentía humillada, usada y mortificada. La había lastimado. A pesar de todas las corazas que había interpuesto entre él y ella... en un momento, con sólo un instante le había sobrado para hacerle daño. Como una estúpida había creído que lo que había sucedido entre los dos había sido algo especial. Ella no respondía así a los besos de

un hombre, perdiendo el control de esa manera. Nunca. Jamás.

Alonso salió corriendo detrás de ella, advirtiéndole cómo el vestido húmedo se adhería a su cuerpo, mientras se colocaba la pistola en el cinturón.

—¡Espera! —le dijo agarrándola por el brazo.

—¡Aléjate de mí! —farfulló entre dientes, zafándose con facilidad.

—Si estás molesta por lo de antes, déjame decirte que te lo tienes bien merecido.

Noa se paró en seco para girarse despacio hacia él.

—¡¿Qué?!! —preguntó, incrédula.

—Estoy cansado de que me insultes —le explicó, diciéndole lo primero que le vino a la cabeza.

Porque, evidentemente, no le iba a decir la verdad. Antes muerto a que ella supiese lo mucho que lo atraía, y que había perdido toda voluntad, convirtiéndose en un títere en sus manos, antes de que la cordura le hiciese entrar en razón. Acercándose más, la amenazó:

—Era la única manera que se me ha ocurrido para hacerte callar. Así que, como vuelvas a abrir esa sucia boca tuya para faltarme al respeto, te juró que no dudará en repetirlo.

—¡No te atreverás! —lo retó, con los dientes tan apretados que le dolían.

Alonso acercó más su cara, casi pegando la nariz contra la de ella, y Noa pudo ver cómo una vena en la sien, cerca de su ojo derecho, palpitaba furiosa.

—Pruébame.

—¡Vete a la mierda! ¡Imbécil! —le soltó cabreada, mientras se daba la vuelta para irse de allí.

Él la agarró de un brazo con una mano, haciéndola girar, y la apretó contra su cuerpo, para a continuación tomarla de la nuca y plantarle un beso en toda la boca. Noa se debatía entre sus brazos, luchando afanosamente por huir de su encierro, pero él era más fuerte y la tenía firmemente sujeta.

—¡Suéltame! —masculló contra su boca—. ¡Maldita sea, suéltame, Alonso!

Él lo hizo... porque, si seguía besándola un poco más, no creía tener fuerzas suficientes para soltarla y dejarla ir. Luego se alejó unos pasos para coger algo de aliento, a la vez que se frotaba la nuca con una mano, para después girarse hacia ella.

—¡Te lo advertí, Noa!

De pronto reparó, sorprendido, en cómo ella se marchaba de allí, pero por el camino incorrecto, justo el opuesto a donde estaba el hotel.

—Pero ¡¿qué te pasa?! —gritó desconcertado, caminando hacia ella sin llegar a entender su actitud—. ¡Sólo ha sido un beso! ¡Un maldito beso!

De repente se paró en seco, al darse cuenta de algo. ¿Pudiera ser? ¿Sería posible que para ella no hubiera sido un simple beso?

«¡Imposible!»

Le había dejado muy claro lo mucho que lo odiaba, que no era más que un simple muerto de hambre para ella. El desdén con el que lo había tratado desde que llegó a

África le había hecho entender lo mucho que lo despreciaba. Convino que simplemente se había dejado llevar en la poza, que sólo había sido un calentón. Entonces, ¿a qué venía esa actitud? Tenía que saberlo. ¡Necesitaba saberlo!

—¿Qué ocurre, Noa? ¿Acaso creías que había sido algo más? ¿Que podría ocurrir algo entre nosotros?

Ella se paró de golpe con el cuerpo rígido y los puños tan apretados a los costados que se estaba clavando las uñas y haciéndose daño. Se mordió el labio en un intento desesperado por no llorar. Por su vida que no iba a permitirle a ese tipejo saber el daño que le estaba haciendo con sus palabras. A pesar de lo que todo el mundo creyese, ella valía más que eso. No volvería a permitirle a nadie que la usara, para después tirarla a la basura cuando ya no le hiciese más falta. Eso se había acabado. No tenía que demostrarle nada a nadie. Ni a su padre, ni a su hermano, ni a ese maldito hombre.

Levantó la cabeza, parpadeando varias veces para retener las lágrimas que pugnaban por salir. Tras inspirar profundamente para intentar tranquilizarse, se giró despacio cuando creyó que ya estaba preparada para enfrentarse a él.

—No te creas tan irresistible, Alonso —le escupió con desdén, en tanto se cruzaba de brazos y lo observaba de arriba abajo examinándolo detenidamente, mientras una sonrisa desdeñosa bailaba en sus labios—. No besas tan bien como para hacerlo memorable. Siento decirte que más bien es todo lo contrario.

Observó cómo el guía parpadeaba varias veces, extrañado por su cambio de actitud. Había dejado esa furia incontrolable que momentos antes la había embargado, para cubrirse con una fría e imperturbable máscara, que hiciese parecer que nada de lo que él le dijese le importaba.

—Lo que pasa es que no me gusta que me utilicen y me mientan. Porque te recuerdo que fuiste tú el primero que empezó a insultarme, cuando desde el minuto uno me has estado llamando niñata de forma peyorativa. Sin contar con descerebrada, inconsciente, inútil, malcriada... ¿quieres que siga?

—Eso no son insultos.

Noa abrió la boca, desconcertada por tanta desfachatez, y soltó una risa burlona, dejándole claro que no se lo tragaba.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué son? Te recuerdo que pulpo, en mi ciudad, no se acepta como animal de compañía.

—Sólo son adjetivos que me sirven para constatar mi firme opinión sobre tu persona, algo que hasta el momento no has hecho cambiar ni con tu actitud, ni con tus palabras, ni con tu forma de proceder, y mucho menos de actuar.

Ella bufó por su cinismo y se acercó más a él.

—¿Y cómo tendríamos que llamar entonces a tu actitud, Alonso? ¿La de un hombre cabal? ¿Sensato? ¿Acaso maduro y lógico?

Ahí había dado en la diana. Sabía perfectamente que ella tenía razón. Desde que la había conocido, había perdido los nervios en incontables ocasiones, pues sólo ella

sabía sacarlo de quicio de esa manera, logrando que hiciera y dijera cosas que no iban con su carácter. Como los momentos acontecidos en la cascada, por ejemplo. Pero era algo que no podía reprimir. De repente algo en él explotaba que lo volvía loco; nunca antes le había pasado, por lo que no sabía cómo lidiar con ello.

—Pero ¿sabes qué? —añadió cuando se dio cuenta de que no iba a contestar—. Me importa bien poco lo que pienses de mí. No tengo por qué demostrarte nada, ni a tí ni a nadie. Y, por lo que a mí respecta, puedes irte al infierno.

Dicho esto, se giró para marcharse de allí y alejarse lo máximo posible de él.

—¿A dónde te crees que vas? —le preguntó enfadado.

Enfadado más consigo mismo que con ella, porque la verdad a veces duele. Y la pequeña llama de esperanza de que ella lo viera como algo más que basura se esfumó tan rápido como había llegado. Y esa verdad escocía como el demonio.

—Eso a ti no te importa —replicó sin girarse en ningún momento—. Hoy es mi día libre y me voy a donde me dé la gana.

Alonso la agarró con fuerza del brazo, haciéndola parar en seco.

—Tus días libres decido yo cuando te los tomas.

—¡¡Ja!! ¡Que te crees tú eso!

Haciendo algo totalmente inesperado, el guía se agachó para cargarla y colgarla sobre su hombro, como si fuera un saco de patatas.

—Pero ¿qué haces?! ¿Estás loco?! —chilló asombrada cuando recuperó el aire.

Él se encaminó hacia la dirección correcta del hotel y siguió andando sin hacerle el menor caso. Iba a enseñarle a esa niña malcriada y consentida sin dos dedos de frente quién mandaba allí.

—¡Alonso, suéltame! —le ordenó furiosa—. ¡Maldita sea, bájame ya!

Como no le hacía ningún caso, empezó a patalear para que la liberara, mientras se agarraba con ambas manos a su hombro intentando hacer palanca, pero el guía lo que hizo fue sujetarle bien las piernas, inmovilizándola.

—¡Estate quieta! —le espetó él.

—¡Te he dicho que me bajas! —gritó mientras le daba puñetazos en la espalda.

De pronto se oyó un... ¡zas!

—¡Ayyy! —aulló cuando sintió la palmada del hombre en todo su trasero, llevándose acto seguido la mano hacia éste para frotárselo.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto —reconoció sonriendo con maldad.

—¡Eres una mala bestia! —vociferó a voz en cuello—. ¡Maldito estúpido...!

¡Zas!

—¡Ayyy! —se quejó de nuevo.

—Estate calladita hasta que lleguemos al hotel.

No era tanto el dolor que le estaba infligiendo, que para ser honestos se notaba que él se estaba conteniendo, como la humillación a la que la estaba sometiendo. No estaba roja de indignación, y también por estar boca abajo, todo hay que decirlo. En esos momentos lo odiaba como nunca lo había hecho.

—¡Te juro por Dios que me las vas a pagar! —lo amenazó fuera de sí—. Voy a hacerte pagar todas y cada una de tus humillaciones. ¡Imbécil!

—Tú no aprendes, ¿verdad?

¡Zas!

—¡Ayyy! ¡Vale!, ¡vale! —se rindió, frotándose la nalga—. Está bien, ya me callo —aseguró a regañadientes.

Avanzaron durante un trecho durante el cual ella no abrió la boca y, mientras colgaba boca abajo como si fuera un cerdo el día de su matanza, cruzó por su mente la absurda idea de que ser azotada no era tan divertido como pintaba el libro *Cincuenta sombras de Grey*. No sabía cómo había tantas mujeres que se habían tragado semejante patraña. O eso, o ella no tenía madera de sumisa, por mucho Christian Grey que se le pusiera por delante. Luego comenzó a maquinarse ideas retorcidas para poder vengarse de Alonso Rivas, a cuál más maquiavélica que la anterior.

—¿Vas a llevarme así hasta el hotel? —preguntó minutos después, molesta por la postura tan incómoda.

—Sí.

—Pues vale —respondió, resignándose.

Cuando pasaron cerca de unas modestas casas hechas de adobe y paja, típicas de los poblados africanos, Noa levantó la cabeza cuando se percató de que unos niños los perseguían a una cierta distancia, mientras se reían de los dos blancos locos de atar que transitaban por el camino de esa guisa. Los críos, de distintas edades, la mayoría de ellos descalzos y vestidos con lo que para ella eran harapos, se acercaron más cuando los saludó con la mano. Los pequeños, sorprendidos, no sabían qué pensar, dudando de si la mujer estaba herida y por eso la llevaban así o si, por el contrario, era un extraño cortejo que el hombre blanco utilizaba para reclamar a su esposa.

—¡Ey, chicos! —los llamó cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para que la oyeran—. Por casualidad no habréis visto a una chimpancé por aquí, ¿verdad?

Se miraron entre ellos, extrañados por sus palabras. Ella no sabía si era porque no la entendían, a pesar de que les había hablado en inglés, o porque no sabían de qué les estaba hablando.

—Es morena, muy inteligente y divertida. Se la conoce por *Chita*. —Y, señalando al guía, les explicó—: Es que creo que aquí, el Tarzán de la jungla, me ha confundido con ella.

Los niños se rieron de ella, confirmando que los blancos son raros y están como cabras. Alonso tampoco pudo evitar reírse; cuando quería, la condenada hasta podía ser divertida.

Cuando minutos después cruzaron la entrada del complejo, el guarda de seguridad, Salehe, abrió la boca sorprendido al ver a su jefe con la directora del *resort* colgada al hombro. Se acercó a ellos preocupado, pensando que a ella le había

ocurrido algo grave.

—Jefe Alonso, ¿ha pasado algo?, ¿la jefa Noa está herida?

—Todo está perfecto, no te preocupes —contestó mientras pasaba de largo.

Noa levantó la cabeza y los pulgares en señal de ok, confirmando que todo estaba bien.

Camino a la recepción, se cruzaron con una pareja de recién casados de Puerto Rico, que esa mañana no habían salido de excursión porque ella no se encontraba muy bien, dando un paseo por el lugar.

—Señora Ramos... perdón, Kathia —se corrigió al recordar que quería que la tuteara—. ¿Te encuentras mejor?

La mujer, con los ojos como platos, asintió con la cabeza al no salirle las palabras.

—¿Y tú? —preguntó la recién casada, cuando por fin pudo recuperar el habla mientras la veía alejarse.

—¡Oh, sí... sí, claro! Sólo ha sido una torcedura —mintió ruborizada, esbozando una leve sonrisa para tranquilizarla.

Al llegar a la recepción, él la bajó con cuidado y sin ningún signo de fatiga por haber cargado con todo su peso, en tanto que Asha se dirigía angustiada hacia ellos en cuanto advirtió su llegada.

—Ve a cambiarte y a ponerte ropa cómoda —le ordenó—. Después de comer, tú te vienes conmigo.

Ella abrió la boca para decirle a dónde se podía ir, pero él la interrumpió.

—Y ni se te ocurra rechistar —la advirtió esbozando una lenta y traviesa sonrisa de medio lado—. No sabes el gusto que le he cogido a eso de zurrar tu *sexy* trasero. Y creo que me conoces lo suficiente como para saber que no amenazo en vano.

Dicho esto, se dio media vuelta para dirigirse a su cabaña y cambiarse la ropa mojada, dejando a Noa haciendo muecas y estrujando con sus manos un cuello imaginario.

Capítulo 7

—Pero ¿qué ha ocurrido aquí? —preguntó Asha, pasmada.

Noa puso los ojos en blanco y se dirigió, presurosa, a su bungalow, dejándola plantada allí, pues no tenía ganas de que la sermonearan nuevamente.

—¡Noa! ¡Por favor, explícame qué ha pasado! —le preguntó la keniata momentos después, mientras la perseguía.

—No lo sé. Pregúntaselo a tu querido jefe Alonso —bufó exasperada.

De pronto se paró en seco, haciendo que su compañera chocara con ella al no advertir a tiempo su maniobra.

—¡Miento! ¡Sí sé qué ha pasado! —admitió, poniendo los brazos en jarras—. Lo que ha pasado es que tienes un jefe que es un bruto, un energúmeno, un salvaje, un hombre de Cromañón, un Tarzán de la jungla trasnochado y con una sola neurona en esa cabezota que tiene encima de los hombros. Se cree que puede hacer lo que le venga en gana, pero va listo si piensa que se lo voy a permitir. Nunca, nadie, me ha tratado como lo ha hecho él. Te juro que me voy a vengar. No sé cómo, ni cuándo, ni dónde, pero como que me llamo Noa Montalbo que ese, ese... fantoche unineuronal me las va a pagar. —Después de desahogarse, soltando un fuerte suspiro, terminó—: ¡Por Dios, qué bien me he quedado!

La keniata inclinó un poco la cabeza para observarla más detenidamente, con una mirada tan inquisitiva que la puso nerviosa.

—Todavía no me has explicado lo que ha pasado.

Noa desvió la mirada, con un deje de temor. ¿Qué podía contarle?, ¿lo del leopardo? No, sabía que se iba a enfadar, y con razón. ¿Lo del beso?, tampoco. No lo entendía ella, menos lo iba a comprender Asha.

«¡Maldita sea!»

—¿Acaso no lo has visto? —le preguntó enfadada para desviar su atención—. Me ha traído hasta aquí como si fuera un saco de patatas.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. ¿Acaso te has hecho daño?

—Claro que no.

—¿Entonces?

—¡Y yo qué diablos sé, Asha! —soltó, irritada por su interrogatorio—. Él es quien se ha enfadado y me ha traído a rastras hasta aquí —le confesó sin querer, mientras se volvía a encaminar hacia su cabaña—. Que te explique ese troglodita por qué hace lo que hace.

—¿Y por qué se enfadó? —quiso saber, siguiéndola de cerca.

«¡Mierda!»

Noa se negaba a contestarle. ¿Por qué demonios le estaba haciendo ese interrogatorio de tercer grado? ¿Por qué mejor no le preguntaba a él? Y ya, de paso, que le explicara también por qué la había besado en la poza. Porque la excusa de que lo había hecho para acallarla no se la había tragado. ¿O sí? ¡Ni idea! Ella ya no sabía qué pensar... y, si la apuraban mucho, ni qué sentir.

—Noa —susurró la africana, agarrándola suavemente del brazo para detenerla.

—¡Oh, está bien! —sucumbió, crispada—. Cuando el señorito unineuronal llegó a la cascada, por lo visto había un leopardo acechando. Entonces, cuando muerta de miedo no quise salir del agua por las buenas, me trajo a la fuerza.

«Mejor confesarle eso que lo del beso», se dijo avergonzada.

—¡¿Qué?! —exclamó Asha, aterrorizada.

—Vale, no era un «por lo visto», era un «seguro que había un leopar...»

—¡¿Estás loca?! —la increpó, enfadada—. Te advertí de que no fueras sola. Podrías estar gravemente herida, o algo peor... ¡Muerta!

—No seas exagerada, ¿quieres? —rebatía, intentando quitar hierro al asunto.

—¿Que no sea exagerada? —exclamó sorprendida por su irresponsabilidad—. ¿Es que no te das cuenta de la gravedad del asunto?

Noa levantó los brazos y los ojos al cielo en señal de rendición, y siguió caminando mientras su compañera la seguía abroncando.

—¡Dios mío! ¿Y si no hubiera llegado a tiempo, Noa? A estas horas estaríamos lamentando una tragedia. ¿Por qué...? ¿Por qué no me hiciste caso? ¿En qué demonios estabas pensando? —le recriminó amargamente—. Es normal que Alonso se enfadara, has sido una inconsciente...

—¡Basta! —la cortó, harta de sus reproches.

Habían llegado al bungalow, y se apoyó con una mano en el pasamanos mientras se frotaba la frente buscando las palabras apropiadas.

—¡Está bien! ¡Lo siento! Sé que no hice bien, pero, honestamente, no pensé que pudiera ser tan peligroso ir sola, y menos cuando he visto a niños descalzos andando tan campantes por allí.

—Pero ellos nunca van solos, siempre hay algún adulto cerca por si ocurre algo —le aclaró la mujer—. Además, nosotros estamos acostumbrados y sabemos lo que tenemos que hacer en caso de peligro. Y, aun así, a menudo ocurren desafortunados accidentes que no podemos impedir de ninguna manera, aunque los intentamos evitar por todos los medios.

Agarrándola suavemente del mentón, para que no esquivara la mirada de vergüenza que en esos momentos Noa sentía, le explicó:

—Por fortuna tú no tienes por qué arriesgar tu vida ni la de tus hijos, al tener que ir a trabajar al campo para poder llevar algo de comida a casa. Ni eres uno de esos niños que tienen que caminar kilómetros para ir al colegio o al pueblo más cercano. Por desgracia estamos acostumbrados al peligro que conlleva vivir en este país. No me entiendas mal, amo todo esto y no lo cambiaría por nada del mundo, es mi

hogar... pero sé de lo que hablo cuando te advierto del peligro y te digo que no hagas algo en concreto.

Noa se sentó en la escalera, apesadumbrada.

—Lo siento —se disculpó, abochornada por el rapapolvo que le estaban dando y, para su vergüenza, con toda la razón del mundo—. Te juro que no lo hice por soberbia, es sólo que... que pensé que no ocurriría nada malo.

La kenia le sonrió con ternura.

—Está bien, lo entiendo. Pero júrame que nunca más irás sola a la cascada.

—Te lo juro —sentenció con sinceridad.

—Y, ahora, júrame que le vas a pedir perdón al jefe Alonso.

—¡Ah, no! ¡De eso nada! —aseguró poniéndose en pie, a la vez que una expresión de terquedad se instalaba en su rostro.

—Noa...

—¡Ni hablar, Asha! No pienso pedirle perdón a ese Tarzán de los monos de pacotilla —afirmó con rotundidad mientras desviaba la mirada hacia la cabaña del guía.

—No seas tozuda, sabes que tengo razón. Y, además, no me gusta veros siempre enfadados.

—La culpa es suya, por ser tan autoritario y tan mandón —le rebatió volviendo su atención a ella—. No tiene en cuenta mi opinión y siempre me mira con suficiencia. —Poniendo voz grave y haciendo caretos, lo imitó—: «Sal ahora mismo del agua, niñata», «¿En qué estabas pensando, niñata?», «No me dejas otra opción que llamar a tu padre, niñata». —Acto seguido, haciendo aspavientos con las manos, continuó despotricando—. Niñata por aquí, niñata por allá. Es don perfecto y me trata como si fuera, como si fuera...

—¿Una niñata?

Entrecerró los ojos y le lanzó una mirada envenenada a su compañera, que sonreía abiertamente burlándose de ella, y abrió la boca para contestarle una burrada, pero se contuvo a tiempo.

—Será mejor que me vaya a duchar.

Dicho esto, subió la escalera, dejando a Asha sentada y sonriendo, pensando en lo necia y cabezota que era.

Después de comer, tanto Alonso como Noa se subieron en el *jeep* sin mediar palabra, sumido cada uno en sus propios pensamientos.

El guía la volvió a mirar de reojo, y se maldijo mentalmente por enésima vez, preguntándose en qué diablos había estado pensando cuando la besó en la poza de la cascada. Si antes no se la podía sacar de la cabeza, imaginando ese precioso trasero en forma de corazón que tenía, ahora se excitaba cada vez que recordaba los besos húmedos y salvajes que se dieron en el agua. Y se repitió de nuevo la misma pregunta

que se había hecho desde que la dejara en recepción: «¿Por qué se había empeñado en que lo acompañara a la ciudad de Nyeri?». La respuesta era un total misterio para él. Estaba empezando a cuestionarse si no sufría del algún mal africano, como la fiebre amarilla o el dengue, que lo hiciera delirar, y se llevó la mano a la frente para comprobar que no tuviera fiebre.

Debía ocuparse de varios asuntos urgentes en la ciudad, y por eso había decidido ir esa tarde a resolverlos, acompañado. Por lo que le había entendido a Noa, y a su padre también, el que ella estuviera trabajando allí era algo temporal, y lo dejaba muy claro el hecho de que le hubiera dicho en varias ocasiones lo mucho que odiaba ese lugar. Así que no entendía por qué perdía el tiempo con ella, llevándola allí para enseñarle quiénes eran sus proveedores y la forma que tenían de hacer los negocios en esa parte del país. En poco tiempo ella se habría ido, y todo ese esfuerzo habría resultado en vano. Al pensar esto, de repente, un extraño hueco en el estómago hizo aparición, dejándolo sorprendido, pero enseguida lo desechó.

Y ésa era otra razón más de peso que se recordaba constantemente para intentar desterrarla de su cabeza, además de la larga lista de la que ya disponía. No es que le faltaran mujeres con las que estar, por suerte carecía de ese problema. Tampoco se consideraba un don juan, pero sí lo suficientemente atractivo como para que las féminas no rechazasen su compañía, sino todo lo contrario. Entonces, ¿qué diantres le pasaba con ella? ¿Por qué esa ofuscación en tenerla siempre en mente, cuando sabía de sobras que no era la mujer adecuada para su vida? ¿Por qué le molestaba el mal concepto que ella tenía de él? Creía que a esas alturas de su vida, y después de lo que le había pasado, estaba muy por encima de lo que las mujeres de su clase pensasen u opinasen de su persona... pero evidentemente se había equivocado, pues seguía doliéndole como años atrás.

Soltó un fuerte suspiro, mientras se frotaba el cuello con impaciencia, frustrado y enfadado consigo mismo.

Noa lo miró de soslayo a través de las gafas de sol, atraída su atención en él por la fuerte exhalación que profirió. Se preguntó en qué estaría pensando, porque, lo que era ella, tenía un tumulto de sentimientos y emociones encontradas con las que no sabía qué hacer. Todavía seguía dándole vueltas a lo que había sucedido en la cascada, consiguiendo avergonzarse furiosamente cada vez que lo hacía, y a la conversación que luego había mantenido con Asha.

Si era honesta consigo misma, le habían gustado demasiado los besos que se habían dado en el agua, pero seguía enojada por la manera en la que la trató después. Quería creer que quizá lo había hecho movido por la preocupación del peligro que suponía el estar aquel animal salvaje tan cerca de ellos. Pero su forma tan fría de tratarla después le había dolido. O estaba muy equivocada, o había sentido el rechazo de él, en su forma de hablar, de comportarse, incluso en la tensión de su cuerpo cuando se ponía la camisa, a lo que había pasado entre ellos dos. Y lo hubiera entendido si hubiese sido ella la que lo hubiera besado en aquel lugar, sabiendo lo

mucho que la despreciaba. Pero, para su sorpresa, había sido todo lo contrario, repitiendo incluso más tarde y amenazándola con volver a hacerlo. Y eso la tenía totalmente descolocada.

Tampoco comprendía por qué, a pesar de que no lo apreciaba en absoluto, a ella le molestaba que otras mujeres se sintieran atraídas por él, fastidiándole el hecho de que Alonso les sonriera y coqueteara de forma descarada. Bueno, quizá no tan descarada, pero le molestaba de igual forma. Porque a todas las trataba con amabilidad y galantería, y a ella, en cambio, lo hacía como a una apestada, cuando desde un principio él se había comportado con ella de forma abominable.

Aun así, en esos momentos estaba barajando la posibilidad de disculparse con él por haber sido tan imprudente al ir sola a la poza, a pesar de que no lo había hecho con mala intención, ni queriendo perjudicar a nadie. Pero después recordaba cómo la había azotado en el trasero, mientras la llevaba colgada boca abajo como si fuera un pesado zurrón, y se enervaba al pensar en esa forma tan intolerable de tratarla.

Y de nuevo volvía a recordar ese magnífico cuerpo húmedo por el agua, y tan caliente que le hacía sonrojarse cada vez que pensaba en las ganas irremediables que tuvo en aquel instante de besar, lamer y acariciar cada centímetro de su piel. La había vuelto loca con sus besos, y eso era algo que no le había ocurrido en toda su vida. Ni tan siquiera con Francisco, el hombre que se suponía que iba a ser su marido y el padre de sus hijos, hasta que la traicionó. Un dolor lacerante se situó en la boca de su estómago, al recordar lo que había ocurrido hacía diecinueve meses atrás, pero, como en infinidad de ocasiones anteriores, intentó desechar esos pensamientos, pues eran demasiado dolorosos para ella.

Pero después se recriminaba por hacerlo, y por sentirse tan tonta por dejar que eso la afectara, por lo que estaba en un bucle sin fin de pensamientos y sentimientos contradictorios, que no sabía cómo poner en orden. Ella, que siempre se había vanagloriado de poder manejar a los hombres a su antojo, se topaba de pronto con uno que no era capaz de entender. Por tanto, ¿cómo se suponía que iban a trabajar mano a mano si no se soportaban? ¿Cómo podrían tener una convivencia más o menos civilizada, sin matarse el uno al otro? Asha tenía razón, no podían seguir de esa forma, todos los días peleados y enfadados sin llegar a un entendimiento... Esta vez fue ella la que suspiró de pesar, sin ser capaz de llegar a una decisión.

De pronto, Alonso pegó un frenazo, quedándose cruzado en medio de la carretera, para evitar atropellar a unos pequeños animales que estaban cruzando, totalmente ajenos al peligro. Noa echó las manos hacia delante para apoyarlas en la guantera del *jeep*, en un intento desesperado por sujetarse y no salir despedida por el parabrisas, a pesar de que llevaba el cinturón de seguridad abrochado. Tras unos segundos, en los que ambos intentaron normalizar los latidos alocados de su corazón, por la impresión de la brusca maniobra, el guía la miró inquieto.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó nervioso.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien, no te preocupes —contestó, intentando tranquilizarlo, mientras seguía con la mirada a los animales que continuaban su camino tan contentos.

—¿Segura?

Noa desvió la mirada hacia su rostro y estalló en carcajadas.

—¿Te parece gracioso? —planteó Alonso, enojado.

A ella volvió a darle otro ataque de hilaridad.

—No sé por qué demonios me molesto en preocuparme —masculló irritado, en tanto arrancaba de nuevo el *jeep*, que se le había calado al frenar tan bruscamente—. Evidentemente soy un idiota.

—¡No, espera! —Lo detuvo agarrándole de la mano que tenía en la palanca de cambios, a la vez que intentaba coger aire para tranquilizarse—. No es por ti...

El guía primero observó cómo volvía a carcajearse sin entender el motivo de tanta mofa, para después desviar la mirada hacia la mano que lo estaba sujetando, y que le enviaba corrientes eléctricas por todo el brazo, erizándole el vello hasta la nuca.

—¡Ay...!, ¡por Dios! —exclamó mientras se enjugaba las lágrimas e intentaba parar de reír—. ¡Fíjate en quiénes van por allí, juntitos y tan tranquilos!

Alonso giró pasmado la cabeza, para ver cómo los dos animales que casi había atropellado antes se marchaban hacia algún lugar sin que él entendiera qué tenía eso de gracioso.

—¡Son Timón y Pumba! —soltó Noa, volviendo a tener otro ataque de risa.

—¡¿Quiénes?! —preguntó confundido.

La mujer se agarró la barriga, dolorida por tanta risa.

—¡Timón y Pumba...! Los amigos de Simba... Casi hemos atropellado a los mejores amigos del rey león.

Alonso por fin lo entendió y advirtió, sorprendido, cómo efectivamente tanto un facóquero, o cerdo salvaje como allí lo llamaban, de la familia de los jabalís, y un suricato caminaban juntos amigablemente. Muy a su pesar, una sonrisa divertida empezó a formarse en su rostro.

—¿Te imaginas lo que nos harían los niños de todo el mundo si se enteraran de que hemos atropellado a Timón y Pumba? —le preguntó a la vez que volvía a darle otro ataque de risa, y haciendo un gesto con la mano escribió imaginariamente—: Epitafio: aquí yace la malvada mujer que destruyó para siempre la inocencia de los niños... al atropellar sin compasión a los personajes reales de la famosa película *El rey león*. ¡Que arda en el infierno!

—Estás loca —se burló, riéndose abiertamente y sacudiendo la cabeza.

—Los zombis de «The Walking Dead» serían angelitos comparados con la horda de niños que querrían asesinarnos y descuartizarnos por haber matado a esos animalitos... —soltó mientras volvía a reírse.

—Los zombis, ¿de qué...?

Y a Noa volvió a darle otro ataque más.

Pocos minutos más tarde, cuando Alonso volvió a retomar el camino hacia la

ciudad, el ambiente tenso parecía haber desaparecido entre ellos. Noa, después de tranquilizarse lo suficiente, decidió preguntarle de una buena vez.

—¿A dónde me llevas?

—Vamos a Nyeri. Tengo que solucionar unos asuntos con algunos proveedores. Pierre me comentó algunos inconvenientes que surgieron, y que hay que tratarlos cuanto antes.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Quiero que los conozcas y que aprendas cómo se negocia aquí, por si algún día falto yo y tienes que tratar con ellos personalmente, para que no te timen.

Como por lo visto, y contra todo pronóstico, estaban manteniendo por primera vez una conversación normal, el guía la observó fijamente para no perderse ningún detalle de su expresión, atreviéndose a preguntar:

—¿O acaso estarás tan poco tiempo con nosotros que piensas que no merece la pena enseñarte?

—¿Por qué? ¿Tan deseoso estás de que me marche?

«¡Mierda!»

Alonso escudriñó su rostro, que no reflejaba ningún sentimiento que le hiciera atisbar alguna pequeña esperanza de que cambiara de opinión y decidiera quedarse.

—Yo no he dicho eso —contestó, volviendo su atención a la carretera.

—Pues, por el tono, parecía que estuvieras deseoso de desembarazarte de mí.

Él la miró fijamente mientras fruncía el ceño, confundido por sus palabras.

—Eso no es cierto, Noa. No pongas palabras en mi boca que yo no he pronunciado.

Ella suspiró, cansada de tanta animadversión entre ellos dos, y, frotándose la frente, le habló con total sinceridad.

—No te puedo decir el tiempo que estaré aquí porque todo depende de mi padre y sus caprichos.

—¿Y si de ti dependiera?

Cuando acabó de hacer esa pregunta, él, inconscientemente, cogió aire esperando expectante la respuesta.

Ella no sabía qué responderle. Su cabeza estaba hecha un verdadero lío, y en esos momentos no tenía ni idea de lo que sentía o de lo que quería.

Irónicamente, hacía mucho tiempo que no se sentía tan libre como en ese lugar, a pesar de que, en todo el tiempo que llevaba allí, era la primera vez que salía del hotel. Pero saber que no tenía a su padre vigilándola de cerca, ni a su hermano manipulándola a su antojo, le daba una sensación de libertad que hacía mucho tiempo que no vivía. Contrariamente a lo que todo el mundo pensaba de su familia, no todo era tan perfecto ni maravilloso entre ellos, sobre todo después de lo que había hecho Daniel. Otro ramalazo de dolor le atravesó el estómago al pensar en su hermano, y se tuvo que morder el labio para que dejara de temblarle, pues, a pesar de todo el tiempo que había transcurrido desde aquello, el sufrimiento y la tortura la golpeaban con la

misma fuerza que si hubiese ocurrido ayer mismo. Volviendo a desterrar esos funestos pensamientos, intentó ordenar sus ideas para poder contestar a la pregunta que le había planteado.

—Francamente... no lo sé.

—Entiendo —dijo quedamente, soltando el aire que había retenido en su interior.

Alonso corroboró sus sospechas acerca de que ella no estaría mucho tiempo allí. La minúscula esperanza que por un momento había abrigado en su interior se había esfumado tan rápido como había llegado... e irónicamente, y a pesar de todo lo que luchaba para que no le importara, y aunque no quisiera admitírselo a sí mismo, le había dolido su respuesta.

No volvieron a hablar más durante el resto del trayecto. La tensión que había reinado anteriormente había desaparecido, para instalarse en su lugar una pesada tristeza.

Cuando llegaron a la ciudad, Noa se sorprendió de la cantidad de gente, colores, olores y sensaciones que transmitía aquella marabunta de personas que caminaban de un sitio a otro. Se movían en coches, motos, andando, en bicicletas o en carros tirados por vacas, siendo todo un caos organizado, si eso podía existir. Cuando bajaron del *jeep*, un pequeño grupo de niños harapientos los empezaron a perseguir, pidiéndoles insistentemente que les dieran algo de dinero.

Alonso caminaba con seguridad, sorteándolos sin ninguna dificultad, mientras que Noa se debatía entre la pena que le daban y la aversión que le producía la ropa sucia y la mugre que los cubría. Intentaba por todos los medios que no la tocaran, superada por el asco que no podía evitar, perseguida sin descanso por los niños que mendigaban algo que llevarse a la boca.

Convenientemente, en esta ocasión se había vestido cómoda para ir a la ciudad; no volvería a cometer el mismo error que la vez anterior. Llevaba unas pocas monedas en un bolsillo del pantalón, que intentó coger para repartirlas entre ellos y que con eso los dejaran en paz, pero Alonso la detuvo a tiempo cuando se dio cuenta de lo que iba a hacer.

—Ni se te ocurra darles dinero.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida—. Tienen hambre y a mí no me importa.

—Muchos de estos niños han sido captados por mafias que los obligan a pedir limosna a los extranjeros, para explotarlos y quedarse ellos después con las ganancias. Los mantienen así a propósito para dar pena.

Se acercó a un puesto callejero de pinchos de carne a la brasa y compró los suficientes para repartirlos entre ellos. Antes de darles el alimento, les dijo algo en su idioma y, cuando todos asintieron con la cabeza, repartió las varas con comida asada, que olía sorprendentemente bien, entre los hambrientos críos.

—Es mejor darles comida. La devoran antes de que nadie se la pueda arrebatar, y

los ayudas más de esa manera —le explicó al final.

Ella asintió, entendiéndolo.

—¿Y qué les has dicho?

—Que sólo se la daría si después nos dejaban en paz —le aclaró y, agarrándola por el brazo, la apremió—: ¡Vamos!

Caminaron unos metros, hasta que entraron en una tienda donde vendían café. Cuando cruzaron el umbral, Noa observó con curiosidad todos los diferentes tipos de granos que vendían en aquel establecimiento, mientras esperaban pacientemente a que la empleada de detrás del mostrador acabara de atender a un cliente. Cuando ésta terminó, y para su sorpresa, la mujer se acercó a Alonso con una brillante sonrisa en el rostro, para a continuación rodearle el cuello con los brazos y plantarle un apasionado beso en toda la boca. Noa, con los ojos como platos y la boca tan abierta que a punto estuvo de desencajarsele, oyó, atónita, las siguientes palabras.

—¡Oh, mi bebé! No sabes lo mucho que te he echado de menos.

Capítulo 8

Después de unos segundos, que a ella se le hicieron eternos, carraspeó para llamar la atención de los dos tortolitos. Estaba muy enfadada por la escenita que había tenido que presenciar, y una furia desconocida subió por su pecho, haciéndole decir la frase que salió a continuación de su boca sin pararse a pensarla.

—Disculpad, si queréis os alquilo una habitación —interrumpió mordaz.

—¡Oh, lo siento! —contestó la mujer, separándose de Alonso y volviéndose hacia ella, a la vez que sonreía con complicidad al hombre—. No la había visto entrar. ¿La puedo ayudar en algo?

Noa entrecerró los ojos y le lanzó una mirada envenenada, tomando por sorpresa a la dependienta, quien, incómoda, se separó más del guía. En esos momentos pasó por su cabeza la salvaje idea de coger a esa tipeja por los pelos y llevarla a rastras hasta la calle para decirle cuatro cosas bien dichas, y arrancarle lo que seguramente eran extensiones de la cabeza.

—No, gracias. No necesito que me hagan el boca a boca —dijo al fin, aguantándose las ganas de llevar a cabo su plan—. No estoy tan... desesperada como para perder las formas de esa manera.

Él giró la cabeza en su dirección, mirándola con acritud y muy molesto por su actitud.

—Discúlpate ahora mismo con Vanesa.

Ella se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa desdeñosa, mientras miraba de arriba abajo a la otra mujer. Ésta era morena y delgada, con una buena delantera que hizo chirriar los dientes de Noa de pura envidia. Era muy atractiva, y evidentemente con un cartel enorme que decía «disponible para Alonso» en letras de neón. De esta manera, el buen ambiente que había reinado entre los dos de forma efímera se evaporó al instante, volviendo de nuevo la animadversión entre ellos.

—Va a ser que no.

—Noa... —la instó con un tono de advertencia.

—Yo no he dicho nada malo como para tener que disculparme con nadie.

—Lo que has dicho ha estado del todo fuera de lugar —la corrigió él.

—No estoy de acuerdo.

—Está bien, bebé, no pasa nada. Es evidente que os conocéis y que aquí ha habido un malentendido —intentó mediar la dependienta.

—De malentendido, nada —rebató indignada—. Aquí está todo meridianamente claro.

—¡Maldita sea, Noa...! —profirió enfadado, acercándose a ella.

—¡¿Qué?! —Lo retó con la mirada—. Si querías tener intimidad con tu... —Mirando con desdén a la otra fémina, planteó—: Novia, amante, querida o lo que

sea... no haberme traído.

—Lo que yo haga o deje de hacer, eso a ti no te incumbe.

—Evidentemente, siempre y cuando no tenga que ser testigo de tus flirteos.

Vanessa, perpleja, los miraba a los dos sin dar crédito a ese súbito ataque de celos, y se preguntó quién demonios era esa mujer, y por qué parecía que había cierta intimidad entre ambos.

—Alonso, no sé qué pasa entre vosotros, pero éste no es ni el sitio ni el momento para esto —intervino cuando un cliente nuevo entró por la puerta.

—Tienes razón —contestó él.

Agarrando a Noa por el brazo, la llevó hasta la calle.

—¡Suéltame! —le exigió, enfadada.

—No sé qué diablos pasa contigo, pero de esto hablaremos más tarde —le advirtió, furioso.

Ella levantó el brazo que él todavía mantenía sujeto con fuerza y, fulminándolo con la mirada, siseó:

—Que me sueltes... ¡¡¡ya!!!

Él dejó de agarrarla, para pasarse a continuación esa misma mano por la nuca, en un vano intento de tenerla ocupada y no coger ese bonito cuello con ella y retorcerlo.

—Voy a volver a entrar en la tienda para acabar lo que he venido a hacer aquí. Cuando salga, te quiero esperándome en este mismo lugar sin moverte ni un solo centímetro. ¿Me has entendido, niñata?

—Perfectamente, no soy estúpida.

—¡Arg! —bramó ofuscado—. ¡Pues te puedo asegurar que actúas como una!

Dicho esto, entró en el establecimiento antes de cometer una locura, mientras Noa hacía muecas, burlándose de él.

En el interior, esperó unos pocos minutos a que Vanessa despachara al cliente que estaba atendiendo, en tanto él intentaba tranquilizarse. Cuando el hombre salió por la puerta, ella le lanzó una mirada llena de reproche.

—¿Se puede saber qué ha pasado antes aquí? —preguntó molesta, mientras ponía los brazos en jarras.

—Lo siento, Vane; te aseguro que esto no volverá a ocurrir.

—¿Quién es ella? —quiso saber, a la vez que efectuaba un movimiento de cabeza señalando al exterior.

El guía se acercó a ella para rodearla con sus brazos y dedicarle una tierna sonrisa de disculpa.

—Sólo es la hija de mi jefe —le explicó, para luego besarla en los labios, todavía cerrados por el enfado, en un intento por aplacarla.

—Y dime, Alonso... —comentó mientras se rendía a sus caricias y le rodeaba los hombros con sus brazos—. ¿Tengo algo de qué preocuparme?

Él continuó depositando ligeros besos en la comisura de su boca.

—Por supuesto que no —murmuró contra ella—. No es más que una niñata

malcriada y consentida, que me trae de cabeza y a la que tengo que soportar, sólo eso. Pero estará poco tiempo aquí, gracias a Dios, y ya no tendré que volver a lidiar con ella.

—Eso no es lo que parecía, bebé —le reclamó mientras lo saboreaba a conciencia.

Llevaba tiempo sin verlo, y su deseo por él era más grande que su malestar, pero, aun así, no iba a dejar pasar ese desagradable incidente sin asegurarse bien de que no había nada entre ellos dos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alonso, frunciendo un poco el ceño, confundido por sus palabras y separando sus caras.

—Pues a que daba la sensación de que había algo más de confianza entre vosotros de lo que quieres hacerme creer.

El guía se alejó de ella mientras se pasaba la mano por el mentón, molesto consigo mismo, pues no le gustaba mentir. Conocía a Vanesa desde hacía tiempo y sentía cierto cariño por ella y, como su relación estaba clara entre ambos, no creía tener que darle ningún tipo de explicación al respecto.

Lo que había pasado entre él y Noa había sido un simple beso. Y a su modo de ver, no había tenido mayor relevancia, por lo menos no para ella, pues, en cuanto se marchara de allí, olvidaría por completo lo que seguramente había sido un molesto incidente durante su estancia en ese maldito país. Así que... para qué darle más vueltas. Si le confesaba a su amiga lo que había ocurrido entre ellos, le daría importancia a un asunto que no lo tenía; por ende, prefería ocultar esa información que no llevaba a ningún sitio. Aun así, le fastidiaba esconderle algo a Vanesa.

—Ya te he dicho que no es más que la hija de mi jefe —insistió, observando taciturno a Noa a través de los cristales de la tienda, que en ese momento se apartaba, dejando pasar a un grupo de hombres que iban cargados con fruta, mientras fruncía la nariz molesta por el fuerte olor a sudor que desprendían—. Y te puedo asegurar que ella no me soporta; por lo tanto, no tienes nada de que preocuparte.

—¿Estás seguro? —insistió la dependienta mientras se acercaba a él por detrás y tocaba suavemente sus hombros, percatándose de la tensión que surgía de su cuerpo.

—Totalmente —masculló con los dientes apretados, más molesto de lo que quería por admitir esa verdad.

Mientras tanto, ahí estaba ella, apoyando su maravilloso trasero en un coche, mientras se abanicaba con la mano por el castigo del sol dándole de lleno. Tan cerca y a la vez tan lejos. Tan hermosa por fuera, y tan engreída y superficial por dentro. Estaba tan fuera de lugar allí como un pulpo en un garaje. Ambos eran de dos mundos muy diferentes y, cuanto antes se lo metiera en la cabeza, antes podría continuar con su vida como si ella no existiera.

—Pues a mí me ha dado la impresión de que esa mujer tenía un ataque de celos en toda regla —le confesó a la vez que se ponía delante de él y obstaculizaba su visión de Noa para recuperar su atención, y sacarlo de sus pensamientos.

Alonso soltó una amarga carcajada.

—La única que está teniendo un ataque de celos aquí eres tú, querida. —Tras decir esto, la agarró suavemente por la cintura y la volvió a acercar a él, a la vez que le besaba el cuello, haciéndola estremecer—. Te aseguro que esa niñata me desprecia, y a mí sólo me saca de mis casillas... así que no te imagines cosas que no son. Esos fantasmas sólo existen en tu cabeza —le susurró al oído, haciéndole cosquillas y provocando que un millón de escalofríos recorrieran su columna vertebral.

Vanesa echó la cabeza hacia atrás para observarlo directamente a los ojos, y sólo cuando él le mantuvo la mirada y le sonrió con picardía, se autoconvenció de que decía la verdad. Sabía que no podía reprocharle nada; los acuerdos de su relación eran claros en cuanto a lo que Alonso esperaba de ellos, por mucho que ella ansiara otra cosa. Tenía claro que no podía presionarlo para comprometerse más de lo que ya lo hacía y, si lo intentaba, corría el riesgo de perder lo poco que él le ofrecía.

—Está bien —suspiró contra su boca para después lamerla con la lengua.

Alonso aceptó su invitación, para besar esos labios que se estaban ofreciendo con total abandono, pero fueron interrumpidos por unos golpes en la puerta, que hicieron vibrar el cristal, amenazando con romperlo en mil pedazos.

—¿Va a ser para hoy? —preguntó Noa desde el otro lado, mientras señalaba con un dedo su inexistente reloj de pulsera—. ¿O mejor me pido un taxi?

—¡Por Dios, qué cruz! —farfulló el guía, irritado y poniendo los ojos en blanco.

La mujer lo retuvo un poco más cuando él intentó separarse de ella.

—¿Cuándo volveremos a vernos, bebé? —demandó mientras agarraba su cara con ambas manos para recobrar su atención—. Lo que te dije antes es cierto. Te he echado mucho de menos, y quiero tenerte para mi sola una noche entera.

Alonso suspiró, sin saber muy bien qué decirle.

—No lo sé, Vane. En estos momentos estoy muy liado, pero en cuanto pueda vendré a hacerte una visita.

Ella hizo un mohín de disgusto, frunciendo coquetamente los labios.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La morena selló esa promesa con otro apasionado beso, sólo para dejarle claro a la hija de su jefe que ese hombre ya tenía dueña. Y Noa, cuando vio lo que ocurría dentro de la tienda, volvió a aporrear la puerta con fuerza.

—¡Me estoy achicharrando de calor! —señaló enfadada.

Él suspiró con pesar y, besando la frente de Vanesa, se despidió de ella.

—Es mejor que me vaya.

—Está bien —le dijo mientras lo veía salir por la puerta—. Te estaré esperando impaciente.

Dicho esto, contempló cómo él le dedicaba una sonrisa en la puerta, para después agarrar por el brazo a la otra mujer y caminar por las calles atestadas de gente hasta perderlos de vista.

—¡Suéltame, Alonso! —le ordenó mientras tironeaba de su brazo para liberarse—. Me está empezando a molestar esa maldita manía que tienes de llevarme a rastras a todos lados. ¡Sé andar yo sola, gracias!

Entonces él la obligó a entrar por un estrecho callejón entre dos casas y la acorraló entre su cuerpo y la pared de una de ellas, apoyando los dos brazos a ambos lados de su cabeza.

—¿A qué demonios ha venido lo de antes, niñata? —siseó contra su rostro.

Noa en un principio no le contestó. Antes muerta que confesarle que había tenido celos de la otra mujer. Era absurdo, lo sabía, pero no había podido evitar sentirlos.

—¿Ahora te ha comido la lengua el gato?

Alzó la cabeza con altivez para contestarle lo que él quería saber. Tenía su rostro tan cerca que podía ver con toda claridad cómo una vena le latía furiosa en medio de la frente... y el impulso irrefrenable de hacerle daño fue demasiado fuerte como para intentar frenarlo. En ese momento le hubiera gustado abofetearlo. Quería herirlo del mismo modo que ella había sufrido viéndolo besar a otra fémina. Sobre todo cuando tan sólo unas pocas horas antes lo había hecho con ella también.

—Era tan bochornoso el espectáculo que estabais dando que me pareció conveniente ofrecer un sitio donde aplacar vuestra lujuria. Parecíais dos perros en celo.

Alonso echó la cabeza levemente hacia atrás, a la vez que parpadeaba, sorprendido por sus palabras. Luego frunció el ceño, desconcertado y sin saber qué pensar.

—¿De qué diablos estás hablando? Fue sólo un beso.

—Estoy empezando a entender que para ti todo se reduce a eso, ¿verdad? ¡Fue sólo un beso! —lo imitó, burlándose de él—. Es evidente que un individuo unineuronal como tú no puede ver más allá de sus narices.

De repente él comenzó a esbozar una brillante y presuntuosa sonrisa, escondiendo el regocijo que le provocaba lo que estaba empezando a sospechar.

—¡No puede ser! ¿Acaso estás celosa, niñata?

Noa entrecerró los ojos y lo empujó con fuerza, para salir de esa asfixiante cárcel que eran sus brazos y su torso. Pero su cuerpo, duro como una roca, ni se inmutó. Tenía que salir de allí como fuera. Su mera sonrisa había hecho que sus nervios se tensionaran, y que miles de mariposas aletearan en su estómago. Y su aroma, esa exquisita fragancia de hombre que llenaba sus fosas nasales y que podría reconocer en cualquier lugar, le embotaba su cordura, haciéndola desear algo que no debía, que no podía ser.

«¡Es tan guapo, el condenado!»

¡Por Dios! ¡Acababa de besar a otra mujer delante de sus narices! ¡¿En qué rayos estaba pensando?!

—¡Bah! ¡No digas tonterías, ¿quieres?! —soltó, volviendo a empujarlo

enérgicamente con las manos para escapar de él.

Pero Alonso, en vez de alejarse, se acercó más a ella, presionando con su pecho y atrapando los brazos de Noa entre ambos, que intentaba por todos los medios apartarlo lo máximo posible. Acto seguido, acercando su boca al oído, le susurró levemente, provocándole cosquillas, mientras miles de descargas eléctricas le recorrían todo el cuerpo, hasta ponerle el vello de punta.

—¿En verdad son tonterías, niñata?

La respiración de ambos se tornó más pesada, y Alonso se separó un poco para sondear en los ojos de ella, con el fin de intentar descubrir el más leve indicio que le hiciera comprender cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Por unos pocos segundos, Noa se perdió en esos ojos marrón verdoso, anulando por completo la percepción del espacio y el tiempo, siendo totalmente ajena a nada que no fuera él y lo que le hacía sentir. Sus piernas empezaron a temblar como si fueran de gelatina, y su corazón comenzó a martillar dentro de su pecho, a punto de salirse por la boca.

Su mente funcionaba con tal lentitud que parecía estar hecha de viejos y oxidados engranajes, que la hacían incapaz de hilar un pensamiento coherente con otro.

—¡Por supuesto! —murmuró, sin saber muy bien qué era de lo que estaban hablando, pues hacía largo rato que estaba totalmente perdida en esa intensa mirada.

—¿Estás segura? —inquirió de nuevo, casi en un ronroneo, tan bajito que tuvo que prestar toda su atención para oírlo.

Noa era incapaz de despegar los ojos de esa *sexy* boca, la cual estaba desesperada por besar y saborear, mientras que él se lamió los labios, como un niño hambriento que anticipa que se va a dar un festín. Sus respiraciones, trémulas, chocaban al encontrarse sus rostros tan próximos el uno del otro, y cuando Alonso empezó a acercarse más, para atrapar entre sus labios esa dulce y apetitosa boca, a ella de repente le apareció el rostro de la otra mujer en su cabeza. Y, la ira que hacía unos minutos había sentido, regresó con más fuerza si cabe, despertándola de ese embrujo que él conseguía tejer sobre ella.

—Ni se te ocurra besarme —le soltó con rabia contenida—. Yo no soy el segundo plato de nadie. Y si tu noviecita no te ha dejado satisfecho, búscate a otra que lo haga, pero no cuentes conmigo.

El hombre se separó un poco de ella al percibir el rencor en sus palabras, y la miró directamente a los ojos, entre sorprendido y confundido por su actitud.

—Vanesa no es mi novia.

Noa bufó incrédula por su cinismo y, cogiéndolo con la guardia baja, se zafó de él aprovechando el momento.

—¡Sí, claro! ¡Y las ranas crían pelos! —le espetó sin creerse ni una palabra—. Si le preguntas a ella, no creo que lo tenga tan claro.

Luego, alejándose de él lo máximo que pudo, le aclaró:

—De todas formas, a mí me importa bien poco lo que hagas o dejes de hacer con ella. Me es completamente indiferente si es tu novia, tu amante, tu amiga con derecho

a roce... o como quieras llamarla. Pero no creo que le hiciera mucha gracia saber que te vas besando con otras mujeres cuando te viene en gana, bebé.

Alonso, que todavía seguía apoyado en la pared, se giró hacia ella.

—¿Me estás amenazando? —preguntó tensando el cuerpo y entrecerrando los ojos, calibrando la amenaza.

—¿Quién... yo? ¡En absoluto! —afirmó rotunda—. Te puedo asegurar que soy la menos interesada en que se sepa mi... ¿cómo decirlo?... mi lapsus momentáneo contigo en la cascada. Evidentemente estaba muerta de miedo por culpa del leopardo, y eso hizo que no supiera lo que estaba haciendo. Pero no creas ni por un segundo que siento por ti ningún tipo de atracción. Lo que ocurrió en ese lugar fue una especie de locura transitoria. Estaba en estado de *shock* y no era consciente de mis actos. En la vida podría estar interesada en alguien como tú.

Él, parado delante de ella y con los puños tan apretados que los nudillos estaban blancos como la cera mientras ella hablaba, lo único que hizo fue coger las gafas de sol que tenía colgadas en el bolsillo de la camisa y, muy despacio, ponérselas. Su rostro, una máscara sin ningún tipo de expresión y fría como el témpano, no dejaba descifrar ninguna emoción, a no ser la leve contracción de un músculo de su mandíbula, por tener los dientes tan apretados que le dolían. Y a Noa eso la lastimó más incluso que si la hubiera abofeteado. Para su desgracia, a la única que le habían dolido sus palabras era a ella, pues la indiferencia del guía dejaba patente que lo que ella sintiese o no le importaba una mierda. Aunque había mentido como una bellaca, lo único que había conseguido había sido engañarlo a él, porque, en lo que a ella se refería, no se había tragado ninguna de la sarta de trolas que habían salido de su boca.

—Muy bien, pues, ya que has dicho todo lo que tenías que decir, me alegro de que las cosas hayan quedado bien claras —declaró con tranquilidad—. Y en algo tienes toda la razón: mi relación con Vanesa a ti no te importa en absoluto. Y ten por seguro que tu... «lapsus momentáneo»... no volverá a suceder nunca más. Así que, si te parece bien, vamos a terminar con lo que habíamos venido a hacer.

Dicho esto, se encaminó hacia la calle principal, dejándola allí plantada y sin la menor intención de mirar atrás.

Noa levantó la cabeza al cielo, luchando con todas sus fuerzas por retener las lágrimas que pugnaban por salir. Su madre tenía razón, era demasiado impulsiva. Y se dio cuenta con amargura de que la única que salía dañada con esa actitud era ella. Tenía que aprender a morderse la lengua, y pensar mejor las cosas antes de actuar. Erróneamente, creía que lo había logrado, sobre todo después de lo que había pasado con Daniel...

Después de que su hermano se fuera, y rota por el dolor, había tomado la decisión de cambiar su vida por completo. Todo el amor y respeto que había sentido por su padre, se había tornado en desprecio. El haber sido consciente del engaño del que había sido víctima por culpa de éste y de Dani, hizo que todos los valores en los que había creído hasta ese momento cayeran uno tras otro como un efecto dominó,

quedando todos en papel mojado. Se dio cuenta de que su padre, al que hasta ese instante había tenido idolatrado, se caía de golpe de su altar, hasta darse de narices en todo el lodo y la mierda en la que estaba inmerso, pues la integridad, rectitud, honestidad y honradez de la que tanto hacía gala no eran más que burdas mentiras creadas para engañar a todo el mundo. Y su hermano había sido partícipe de ellas sin ningún tipo de remordimiento, percatándose de que todo a su alrededor era una falacia. De repente, la venda que la había tenido ciega hasta ese momento se le cayó, dejándole ver, con claridad absoluta, que toda su vida estaba construida sobre una enorme mentira.

Su progenitor, el hombre admirado y elogiado en su círculo social, era un auténtico fraude. Su hermano, al que a pesar de sus diferencias ella quería y respetaba, se había convertido en una burda y barata copia de su padre, pues no le importaba hacer lo que fuera necesario para conseguir lo que quería.

Y su madre... bueno, lo de su madre no lo tenía tan claro. No podía creerse que ella no supiera nada. Dudaba de que, todo lo que había hecho, conseguido y construido don Diego Montalbo, ella no tuviera ni idea de los medios que había utilizado para lograrlo. Pero ¿podía tenérselo en cuenta, cuando ella misma había estado tan ciega como su propia madre declaraba estar? ¿Cuando, a pesar de que trabajaba en la empresa familiar, no se habría enterado de nada si no llega a descubrir el engaño de Francisco? Noa no sabía qué pensar ni qué creer, pero de lo que sí estaba segura era de la farsa que había constituido su matrimonio; de que todo giraba en torno a guardar las apariencias delante de sus amistades y la alta sociedad de Valencia; que la infinidad de amantes de su padre eran pura minucia en comparación con perder su estatus social, y que la vergüenza se llevaba mejor si la podías disfrazar con un bolso Gucci o con un vestido de Versace.

¿Y de qué se quejaba?, pensó amargamente, cuando ella era la peor de todos. Porque, a pesar de sus reproches, allí se encontraba, en un país tercermundista, rodeada de salvajes y asqueada de estar en ese lugar... pero se aguantaba. ¿Y por qué? Por el cochino dinero. En el fondo ella era igual que su familia. Se vanagloriaba diciendo que su conciencia estaba limpia, que ella nunca robaría y engañaría como lo hacían ellos, que los valores que le habían inculcado desde pequeña, aunque para ellos fueran falsos, no dejaban que ella pudiese tener el estómago que ellos tenían para hacer lo que hacían... pero, en el fondo, por mucho que repudiara y menospreciara su actitud, no era capaz de hacer nada en contra de ellos. El escándalo y el precio a pagar serían demasiado altos, por lo que la dejaban a su misma altura.

Y ahora, ¿cuál era su excusa? Porque la que acababa de engañar, mentir y aparentar era ella con Alonso, y no podía echarle la culpa a nadie más que a sí misma.

Se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas con rabia y, lanzando un fuerte suspiro, salió de ese callejón en busca del hombre que la desesperaba y descolocaba como ninguno.

Capítulo 9

Alonso estaba cabreado. Se marchó de aquel callejón escapando de la vergüenza de haber sido rechazado de esa manera. Y no le importó dejarla atrás sin tener en cuenta si ella conseguía seguirlo o no.

«¡Un lapsus momentáneo! ¡¡Ja!!»

No recordaba haberse sentido nunca tan humillado como en ese momento. Le habían llamado muchas cosas a lo largo de su vida, pero «¡lapsus momentáneo!»... Aquello era increíble, todavía no daba crédito.

«¡Que no era consciente de sus actos! —pensó, furioso, clavándosele cada palabra como si fueran puñales en el pecho—. El que no estaba en mis cabales era ¡¡yo!!!»

Siguió caminando sin rumbo fijo, cegado por la ira. Pero ¿de qué se extrañaba? Ella se lo había dejado bien claro desde el principio, pero él había sido tan obtuso que, aun así, se había dejado llevar. Vale, de acuerdo, entonces el *mea culpa* por haber intentado besarla después de hacerlo con Vanesa, eso no había estado bien y lo admitía. Pero es que su deseo por ella era más fuerte que su buen juicio, y lo peor de todo era que jamás le había pasado nada parecido en toda su maldita vida.

«¡Pero ¿quién demonios se cree que es?! ¡¿Paris Hilton?! ¡Vamos, hombre!»

Tenía claro que de ningún modo, aunque esa niñata se pusiera de rodillas y le suplicara... ¡nunca!, ¡jamás!, volvería a tocarla. Antes se cortaba los huevos a tener que volver a...

—¡Arg! ¡¿Dónde diablos está?! —se preguntó alterado, mientras la buscaba con la mirada.

Por un segundo, el pánico se apoderó de él pensando que quizá le habría pasado algo, y se llevó ambas manos a la cabeza en tanto escudriñaba entre el gentío para localizarla. A pesar de todo, ella era responsabilidad suya y, si le sucedía cualquier cosa, él...

¡Dios!, sólo de pensarlo, el corazón se le encogió en un puño.

De pronto la vio acercarse torpemente, mientras intentaba sortear a unos hombres con carretillas llenas de verduras y frutas, otros con sacos cargados en sus hombros, niños desharrapados corriendo y jugando de un lado a otro, madres con sus bebés colgados a la espalda, jóvenes que subían y bajaban la acera montados en bicis, más el caos de los coches, motos, camiones y autobuses que circulaban sin control. Toda una algarabía de vida y desorden en las calles de esa ciudad.

En África no había acuerdos cívicos, ni respeto por los peatones, cada uno se buscaba la vida como buenamente podía. Pero sí era cierto que una mujer blanca, sola y extraviada por la calle era un premio difícil de ignorar. La gran mayoría de los africanos eran personas honestas y trabajadoras, pero por desgracia las guerrillas, el hambre y la pobreza podían hacer olvidar al hombre más íntegro sus valores más

arraigados.

Con todo, en cierta manera deseaba que ella recibiera un escarmiento. Su orgullo maltrecho clamaba venganza, y por un momento se planteó dejarla tirada allí, a ver qué hacía sin su «lapsus momentáneo». Estaba seguro de que, en cuanto se encontrara asustada y perdida, ya no renegaría de él. Una maligna sonrisa asomó brevemente a su rostro, cuando se imaginó ese escenario, pero enseguida fue borrada por su lado más cabal.

Decidió esperar a que lo ubicara y, cuando lo hizo, siguió caminando como si no pasara nada, pero esta vez cogiendo la dirección correcta. No iba a darle el gusto de saber que, a pesar de todo, se preocupaba por ella, y que lo alteraba tanto que ni sabía por dónde iba.

Hicieron los recados y cerraron todos los asuntos que habían ido a despachar a esa ciudad. Alonso la trataba de forma fría; delante de la gente disimulaba muy bien, pero, en cuanto se quedaban a solas, caminando por las calles o moviéndose en el coche, no le dirigía la palabra. Noa descubrió, sorprendida, que, a pesar de que era un simple guía, no le temblaba la mano en cuanto a negocios se refería. Y aunque la mayoría de las conversaciones que mantuvo fueron en inglés, como deferencia hacia ella para no tenerla excluida, a veces y sin poder evitarlo, discutía en el idioma nativo para que les quedara muy claro que él no era ningún pelele al que poder timar.

En cuanto terminaron con los asuntos que allí les requerían, se dirigieron de nuevo hacia el *resort*, pero no tan directamente como ella supuso. A lo largo del trayecto, pararon en varios poblados cercanos a la carretera y, en cuanto él bajaba del coche, sorprendida, se fijó en que lo recibían como si fuera un hombre realmente muy respetado entre ellos. Los jefes del poblado se acercaban a Alonso con sonrisas y palmadas en la espalda, lo introducían dentro de una de las chabolas y estaban largo rato allí, sin que Noa supiese lo que ocurría en su interior. Mientras, las mujeres y los niños se acercaban a ella sorprendidos y expectantes, maravillados por el color tan blanco de su piel y por el tono tan rubio de sus cabellos. Ella no podía evitar poner mala cara cuando observaba la mugre que cubría a los críos hasta las orejas, quienes, descalzos y desnudos la gran mayoría de ellos, correteaban y reían por el lugar mientras los mocos les caían de las narices. Cuando intentaban tocarla con esas sucias manos, no podía evitar retraerse por el asco, para no ser manoseada. Pero se sorprendió, y mucho, por lo felices que se los veía con prácticamente ninguna ropa que ponerse encima y una pelota destrozada a la que patear como único juguete. Tampoco podía entender cómo las féminas de la pequeña aldea, con sus cabellos cortados al uno y escondidos debajo de sus pañuelos, unos simples retales de telas de muy variado colorido a modo de vestido e infinidad de abalorios y cuentas hechas por ellas mismas, podían parecer tan viejas y ajadas por el tiempo. O más bien por la mala vida, ya que sus condiciones eran muy precarias, además de procrear hijos sin ningún control, ni médico ni sanitario.

La observaban con una mezcla de curiosidad mal disimulada y desconfianza. No

era muy frecuente ver a una extranjera en sus dominios; normalmente las veían pasar en grupos dentro de sus grandes *jeeps*, luchando contra el calor y los insectos por ver a unos animales salvajes que los ignoraban como a meras garrapatas que sólo venían a molestar. Alguna que otra sonreía, o más bien se reía de ella, enseñando su falta de dientes y haciéndola sentir incómoda y retraída.

Noa no entendía por qué tenía que tardar tanto ese hombre en cada chabola a la que iba y, por culpa de lo que había sucedido antes en la ciudad, tampoco se atrevía a sonsacarle información. Pero, cuando ya estaba empezando a anochecer, y al comprobar que tenía pensado parar en otro poblado más, reunió valor y decidió preguntarle.

—¿No deberíamos ir ya para el hotel? Se está haciendo de noche.

—Éste es el último pueblo en el que voy a detenerme —le explicó, a la vez que cogía la misma mochila que había agarrado anteriormente, en los otros cuatro poblados antes de éste.

Mientras Noa se bajaba nuevamente del vehículo, se volvió a preguntar por quinta vez para qué querría él esa mochila y qué habría en su interior. Cuando entraron en el recinto, cerrado por unas vallas rudimentarias hechas de madera y espinos, volvió a surgir el mismo ritual que había acontecido en las anteriores ocasiones. Los hombres, delgados y enjutos, recibían al guía como a un invitado de honor, llevándolo dentro de una de las casas hechas de paja y barro. Mientras tanto, ella se quedaba fuera, rodeada por mujeres y niños que la estudiaban con mucho interés, haciéndola sentir como si fuera un bicho raro y en peligro de extinción. Lo único que conseguía era sonreír de forma tensa, en tanto esquivaba sutilmente las manos que se alzaban para tocarla.

—Hola.

Sorprendida, se giró hacia la persona que la había saludado en inglés, encontrándose con una pequeña y tímida muchacha, que la miraba muy seria con sus grandes ojos negros.

—Hola —respondió, complacida de poder hablar con alguien en un idioma que pudiera entender, y no ese galimatías que había escuchado hasta ese momento—. ¿Hablas inglés?

La joven tenía una expresión indecisa en el rostro, en tanto hacía un gesto con los dedos índice y pulgar.

—Un poco.

—¡Oh, Señor, qué alivio! ¡Por fin alguien que me entiende! Me llamo Noa, ¿y tú? —preguntó atropelladamente.

Ella la miró con cara de extrañeza, si entender nada de lo que le había dicho.

—Perdón, soy una bruta —se disculpó cuando se dio cuenta.

Acto seguido, sonriéndole con pesar, empezó a hablarle más despacio, de la misma forma que hacían los indios en las antiguas películas de vaqueros de Hollywood.

—Yo, Noa... ¿y tú?

—Yo, Hadiya.

—Hadiya —repitió encantada.

—Vengo-con-él —le explicó, haciendo señas con las manos hacia la cabaña donde el guía había desaparecido dentro—. Alonso.

—Noa.

—No, Noa, no. —Y volvió a repetir muy despacio—. A-lon-so.

—Sí, ya sé. Él es Alonso y tú, Noa.

—¡Uy, qué tonta soy! —respondió avergonzada al percatarse de su error—. Exacto. Yo, Noa; él, Alonso.

—Yo soy hermana de Asha.

—¿En serio? —preguntó entusiasmada.

La muchacha, por primera vez, sonrió tímidamente, afirmando con la cabeza.

—Yo-conozco-a-Asha. Es-mi-amiga.

De pronto la sonrisa de la joven se esfumó, para mirar hacia su alrededor con cierto temor a las otras mujeres, que seguían cada una de sus palabras, aunque sin entender nada.

—Antes estuve con ella.

Así que ése era el recado que tenía que hacer ese día su compañera, ese al cual ella no podía acompañarla. Venir a visitar a su hermana. Le dolió que no confiara lo suficiente en ella como para decírselo. Había actuado como si tuviera que hacer algo demasiado íntimo y misterioso, y al final no se trataba más que de una simple visita a su familia. En ese momento Hadiya llamó a alguien, y esa persona no era otra que una niña de apenas unos diez años, calculó más o menos, que se acercó a ellas con renuencia.

—Ésta es mi hija, Janeeta.

—Hola, preciosa —dijo mientras se agachaba para estar a su altura.

La niña, asustada, abrió mucho los ojos, para después agarrarse a las faldas de su madre y esconderse entre ellas.

—¡Ey, no te voy a hacer nada, cariño! —susurró con ternura.

Entonces la cría asomó su cabeza para mirarla con vacilación. Noa le dedicó una brillante sonrisa, que hizo coger un poco más de confianza a la pequeña, que despacio se fue acercando a ella, para tocar los pendientes de oro blanco que colgaban de sus orejas.

—¿Te gustan?

Ella la miró desconcertada al no entender lo que le decía, hasta que su madre se lo tradujo en su idioma, y muy lentamente asintió, vergonzosa.

—Pues son tuyos, mi amor —le dijo mientras se los quitaba de las orejas.

Hadiya empezó a negar con la cabeza, pero en ese instante hizo acto de presencia Alonso detrás de ellas, quien, en su dialecto, saludó a las mujeres. Janeeta, en cuanto tuvo los pendientes en su poder, volvió a esconderse tras su madre, y ésta le

agradeció su lindo detalle, al cual Noa respondió con una sincera sonrisa.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le preguntó el guía, después de unos minutos de estar hablando con las matriarcas.

Ella asintió levemente y se apartaron un poco para tener algo de intimidad.

—Vamos a tener que quedarnos un poco más aquí.

—¡¿Qué?! No, Alonso, es demasiado tarde y yo me quiero ir al hotel —protestó enfurruñada.

Él se frotó la frente y soltó un suspiro de cansancio antes de volver a hablar.

—A mí tampoco me apetece quedarme, pero nos han invitado a compartir con ellos la cena, gracias a tu amable gesto de regalarle a la nieta del jefe tus pendientes. Sería un insulto no aceptar.

—¡Pero...!

Noa observó a toda aquella gente, que expectante esperaba su respuesta, y, consternada, supo que Alonso tenía razón. A pesar de que no le hacía maldita gracia quedarse allí, no podía hacerle ese feo a la familia de Asha.

—¿Y en el hotel no se preocuparán de que no hayamos llegado? —preguntó como última esperanza.

—Por eso no te preocupes, avisaré por la emisora de radio de que estamos aquí.

—Está bien, si no queda otra... —aceptó compungida.

—Sólo te pido una cosa —le rogó Alonso, reteniéndola con suavidad del brazo.

Ella observó detenidamente la mano que la sujetaba, y sintió los ya conocidos escalofríos que escalaban por su extremidad, hasta ponerle el vello de punta en la base de la nuca. Él, malinterpretando su mirada, retiró su agarre con rapidez, pero no la suficiente como para no sentir la sacudida de los mismos estremecimientos que la recorrieron a ella. Noa levantó los ojos para encontrarse con los suyos y darse cuenta de que reflejaban la misma tristeza que ella estaba sintiendo.

«¿Por qué las cosas tienen que ser tan difíciles entre nosotros?», pensó abatida.

Suspirando con pesar, le planteó:

—Dime.

—Pase lo que pase, actúa siempre como si todo estuviera bien.

—¿A qué te refieres? —demandó, empezando a alarmarse.

—Ahora lo sabrás.

Dirigiéndose a los demás en su idioma, les confirmó que se quedaban con mucho gusto.

Desde ese momento, Noa ya no tuvo ningún control sobre los acontecimientos que ocurrieron a continuación.

—No, no, no, no... —protestó mientras la llevaban hacia una de las cabañas.

Pero las mujeres la arrastraron con ellas sin tener en cuenta sus ruegos, en tanto los hombres se apoderaron de Alonso. Enseguida hicieron un gran fuego, donde empezaron a asar un pequeño cerdo salvaje y un animal que no supo identificar muy bien, cazados esa misma mañana. Parecía que estuvieran celebrando una fiesta por

todo lo alto, porque, con mucho orgullo, Hadiya le preguntó si podrían pintarle la cara y los brazos con los colores y motivos de su pueblo. A Noa no le quedó más remedio que consentir y, disimulando el asco que le producía, se dejó embadurnar el cuerpo por una pasta hecha de diferentes tipos de pigmentos mezclados con agua y lo que parecía algún tipo de arcilla. Después la adornaron con varios collares y pulseras, hechas con cuentas de distintos colores. Ellas también se cambiaron, para lucir lo que parecían atuendos de gala, y se maquillaron con los mismos colores, pintando diferentes dibujos sobre su piel.

Mientras algunas de las mujeres le hacían eso, otras se dedicaban a preparar una especie de masa blanquecina hecha con algún cereal, que se suponía sería el acompañamiento de las carnes. Cuando creyeron que estaban lo suficientemente guapas y preparadas, se acercaron a los hombres, que se encontraban sentados alrededor de la hoguera. Éstos también lucían diferentes atuendos, que dejaban ver distintas pinturas y tatuajes descubiertos, que adornaban sus cuerpos morenos y fibrosos. En realidad, a pesar de que Noa los observaba algo distante, no podía dejar de sentirse atemorizada e incómoda, ya que sus apariencias imponían demasiado.

La colocaron al lado de Alonso, que divertido no pudo evitar echarse a reír.

—¿No sé qué te divierte tanto? —le soltó tosca por su falta de tacto, ya que él no se imaginaba el esfuerzo tan grande que estaba haciendo por aguantar todo aquello—. Debo de parecer una payasa, pero te informo de que tú tampoco estás para echar cohetes.

Aunque, para ser honestos, al muy condenado las pinturas le quedaban bien. Le hacían parecer más imponente y más fiero, confiriéndole el atractivo casi primitivo de un aguerrido y valiente guerrero. Pero por nada del mundo se lo diría, ya que después no habría quien lo aguantara, teniendo el ego tan subido como lo tenía.

—Lo siento —se disculpó después de intentar contener las carcajadas—. Es que estás tan distinta...

Y con un brillo divertido en los ojos, no se atrevió a reírse abiertamente de ella, sobre todo después de la mirada asesina que le lanzó Noa, advirtiéndolo de que no estaba para bromas.

Mientras la caza se asaba, los muchachos más jóvenes empezaron a bailar y a entonar unos alegres cánticos, acompañados por música producida por varios artilugios que tocaban los más mayores. Pisaban con fuerza el suelo ocre, a la vez que contorsionaban sus cuerpos al ritmo de los sonidos hipnóticos producidos por sus voces, que, junto al calor del fuego, daban la sensación de transportarlos a otra época mucho más remota y arcaica de la que estaban. Después de unos minutos, salió a la arena un hombre pequeño y enjuto, en tanto bebía un líquido extraño para escupirlo a continuación, mientras recitaba como en trance una especie de salmos inconexos, seguido atentamente por las miradas de los demás. Por un momento, Noa pilló a Alonso mirándola con una extraña expresión en el rostro, a la vez que varias mujeres y hombres los observaban a ambos, divertidos.

Después, dos matriarcas se acercaron a ellos alegremente para ofrecerle a cada uno un cuenco de barro con un líquido blanco que Noa no supo reconocer.

—¿Qué es esto? —preguntó, sonriendo disimuladamente al aceptar el recipiente, aunque sabía con toda seguridad que no la entendían.

—Es leche de cabra recién ordeñada —informó el guía.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró con el rostro tan blanco como el líquido que la instaban a beber—. ¿Y está recién salida de la ubre del animal?

—Sí, es lo que suele ocurrir cuando recién la ordeñan. Es más, probablemente hasta esté aún caliente. Seguro que no la encuentras así cuando vas a hacer la compra.

A Noa una arcada empezó a subirle por la garganta, pero la contuvo con mucho esfuerzo, enseñando los dientes al sonreír cuando una de las mujeres le pidió, en su idioma, que bebiera el líquido blanco con lo que parecían algunas moscas flotando encima.

—No voy a ser capaz... no voy a ser capaz... —farfullaba entre dientes, a la vez que se esforzaba por sonreír.

Alonso se acercó a ella para susurrarle al oído.

—Piensa que es la que bebes recién comprada en el supermercado.

—¡Ya, como si fuera tan fácil! La que compro no trae tropezones —rebatía, mientras asentía con la cabeza a la mujer que le acercaba el cuenco a los labios.

—Pues imagínate que son cereales que flotan en el desayuno —le contestó, divertido por su malestar.

—Es mejor que te calles —soltó fulminándolo con la mirada—. No me estás ayudando.

Llenando los pulmones de aire y reuniendo valor, acercó por fin el recipiente a su boca para mojarse meramente los labios en él.

—¡Humm, muy bueno! —mintió, mientras se aguantaba la náusea que tenía atenazándole la garganta.

Las mujeres, complacidas, se marcharon al ver su cometido realizado. En un momento dado, Alonso le pidió que dejara el cuenco en el suelo y, disimuladamente, se lo cambió por el suyo ya acabado.

—Gracias —le dijo, agradecida por su gesto.

Él sondeó en sus ojos buscando sinceridad en ellos, y después de unos segundos asintió lacónicamente.

Al poco tiempo, Hadiya se sentó junto a ella y Noa le sonrió, aliviada de tener a alguien amigable a su lado. Durante un buen rato, contempló extasiada cómo los hombres y las mujeres interactuaban entre ellos, asombrada por lo dichosos que estaban con un banquete tan exiguo y pobre. Parecía que no necesitaban nada más que algo que llevarse a la boca, un buen baile y su alegría para ser felices. Por un momento envidió esa forma de vivir y comportarse. Eran una comunidad, una familia, donde aparentemente no había envidias ni rencillas, y en la que compartían lo poco que tenían... y valoraban lo único verdaderamente importante... ellos.

Pensó en sus amistades en España y en lo patético que les parecería esa triste barbacoa. Allí no entenderían nada que no fuera un *catering* de cinco estrellas, con camareros pululando entre ellos con bandejas de champán y deliciosos entremeses, mientras la música sonaba a todo volumen, para después, borrachos como cubas, tirarse a la piscina climatizada.

Sus padres estarían horrorizados si la vieran sentada en el suelo, bebiendo leche sin pasteurizar ni hervir, llena de insectos nocturnos, y rodeada de lo que para ellos eran simple chusma. A pesar de que eran los primeros en sacar la billetera cuando acudían a galas benéficas que muchas veces su propia madre ayudaba a organizar, se dijo con tristeza que ellos, nunca, en toda su vida, se habrían codeado y tratado con gente como ésa. Sólo acudían a fiestas de postín, donde aparentaban tener una conciencia social que olvidaban tan pronto como salían por la puerta del evento. Y, para ser sinceros, ella también.

Pero allí se encontraba, compartiendo una humilde comida con auténticos extraños, pero que la habían acogido como si fuera la persona más importante sobre la faz de la tierra, compartiendo con ella sus humildes pertenencias. La habían llenado de modestos regalos y sentado a su mesa por el simple hecho de haberle regalado unos pendientes a una niña, que para ella significaban más bien poco.

De repente, una extraña emoción subió por su pecho, al sentirse por primera vez en su vida acogida por ser tan sólo Noa. Esa gente la había aceptado tal cual era, pues no les importaba quién era su padre o de qué familia provenía, en qué colegios había estudiado, si era rica o pobre, o si se codeaba con gente importante. La habían recibido con los brazos abiertos, sin juzgarla ni acercarse a ella por mero interés, y ésa era una sensación totalmente desconocida en su vida. De pronto ya no le importó en absoluto el estar sentada en el suelo manchando su ropa de polvo, ni las pinturas que embadurnaban su piel. Se sintió privilegiada por poder compartir ese momento en aquel lugar junto a ellos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Alonso al notar su turbación.

—Sí —le confirmó escuetamente con los ojos brillantes, mientras con disimulo contuvo las lágrimas que asomaban a ellos.

Después de unos minutos, la música paró para que los hombres comenzaran a despedazar y repartir la carne ya cocida. Por ser los invitados de honor, el jefe del poblado ofreció, tanto a Noa como a Alonso, un trozo de carne humeante, que olía bien, pero que no supo identificar. Todos esperaron expectantes a que ella comenzara a comer, y espió por el rabillo del ojo al guía, que la miraba con una brillante sonrisa, como si se estuviera riendo de una broma íntima que los demás sabían pero que ella no lograba descubrir, esperando a que le hincase el diente a la sabrosa carne que habían cocinado especialmente para ellos. Sospechando recelosa, le preguntó qué era.

—Es mejor que lo comas y no preguntes —le contestó, disimulando su placer e intentando quitarle importancia al asunto.

—¿Por qué? ¿Qué es? —insistió suspicaz.

—No es nada, en serio; come.

—No pienso probar nada hasta que me digas qué es esto.

—Está bien. Es la... la carrillada del cerdo —acabó por aclararle al fin, poniendo cara de inocencia.

—¡Ah, bueno! Por un momento me asustaste, ya que pensé que era algo muy asqueroso —contestó algo molesta por haberla alarmado sin motivo.

Él la miró con una extraña expresión en el rostro, pero que enseguida cambió por una secreta sonrisa, que no la hizo sospechar de lo que vendría a continuación de probar el alimento.

—¿Está bueno? —se interesó divertido, después de cerciorarse de que había engullido el trozo de carne.

—Humm... un poco gomoso quizá para ser una carrillada, pero se puede comer —confesó confiada.

—¡Estupendo! —comentó satisfecho, mientras observaba cómo ella se chupaba de los dedos el resto del jugo de la carne.

Sin poder evitarlo por más tiempo, Alonso se levantó corriendo para alejarse y esconderse detrás de una cabaña. Noa arrugó el ceño cuando lo oyó reírse a mandíbula batiente. Se levantó esbozando una sonrisa de disculpa a Hadiya, que la miraba extrañada, y se acercó al guía para saber qué había pasado para darle ese ataque de risa, temiendo internamente que el motivo de tanta mofa fuera ella.

De pronto un enorme chillido se oyó por todo el poblado.

—¡¡¡¿Qué?!!! —gritó espantada.

—¡Chist, no grites, que te van a oír! —le susurró él, intentando tranquilizarla.

Pero ella ya había corrido hacia una esquina para vomitar todo lo que tenía en el estómago.

—¿Estás bien? —preguntó el guía después de unos minutos, sintiéndose terriblemente culpable al ver cómo, todavía con la cara verdosa, le seguían dando arcadas.

—¿Que... si... estoy... bien? —farfulló entre arcada y arcada—. ¡Te juro por Dios... Alonso... Rivas... que me las... vas a... pagar!

—Tampoco es para tanto —apuntó intentando excusarse—. Si al final has reconocido que hasta estaba bueno.

—¡Me he comido los testículos de un mono! —aulló asqueada.

—Y yo, el pene —replicó.

Mientras lo hacía, se le empezó a formar otra vez una divertida sonrisa en el rostro, al recordar su pequeña venganza por haberlo llamado «lapsus momentáneo», pero enseguida la borró, al fulminarlo Noa con la mirada.

—Está bien, lo siento —se disculpó con pesar—. Pero es una costumbre en su cultura ofrecerle a una pareja los genitales de un animal, para que en el futuro no tengan problemas para procrear hijos. Y si te hubiera dicho qué era, no lo habrías comido.

—¡Ey, ey, ey... espera un momento! ¿Qué es eso de una pareja y de tener hijos? —inquirió, recuperando milagrosamente la compostura.

El guía, incómodo, se frotó la nuca mientras realizaba dos pasos atrás.

—Pues resulta que... tienen la ridícula idea de que... tú y yo somos pareja —le confesó, inseguro por su reacción.

—¿Perdona? —soltó patidifusa mientras lo miraba incrédula—. ¿Y se puede saber de dónde han sacado esa estúpida idea?

—Se lo han dicho los espíritus al chamán de la tribu.

—¿Era eso lo que estaba haciendo aquel extravagante hombrecillo, mientras ponía los ojos en blanco y se retorció como si tuviera cólicos? —interrogó mientras se ponía a caminar de un lado a otro, molesta.

Él asintió, serio.

—Por lo visto nos ha visto juntos, formando una familia.

De repente, Noa se paró en seco para mirar directamente a los ojos a Alonso.

—¿Y tú te lo has creído?

El hombre no contestó durante un segundo, para tragar con esfuerzo al responder a su pregunta, pues un extraño sentimiento escaló por su columna vertebral hasta alojarse en su garganta.

—Por supuesto que no. —Carraspeó confuso—. Sólo son supercherías de su cultura que únicamente ellos comprenden y tienen en cuenta. También ha influido el hecho de que es la primera vez que vengo con una mujer, por lo que han sacado sus propias conclusiones.

Ella bajó los ojos para ocultar la pequeña decepción que se asomó a ellos y, fastidiada, recuperó la acción de volver a caminar de un lado a otro.

—¡Esto es el colmo! —masculló entre dientes—. Una cosa es que te acojan con cariño y otra que te arreglen un matrimonio. Al final todos son iguales. El caso es querer controlar tu vida y que obedezcas ciegamente a sus caprichos.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién ha hablado de matrimonio? —preguntó él, extrañado por esa conjetura.

Noa se ruborizó intensamente al ser pillada pensando en alto, y de repente se sobresaltó al ser sorprendida por la hermana de Asha, que con timidez les preguntó si todo iba bien, dando gracias internamente por esa interrupción y no tener que dar más explicaciones.

—Sí, todo está bien, Hadiya —le respondió más enérgicamente de lo que pretendió y, volviéndose hacia él, añadió—: Es mejor que volvamos con ellos.

Dicho esto, se dirigió con la muchacha al círculo alrededor del fuego, donde estaban sentados los demás.

Aunque intentaron que volviera a comer algo más, Noa, entre sonrisas y suplicándole ayuda a Hadiya para que la disculpara con su familia, se negó en redondo a ingerir comida alguna. Aunque quisiera hacerlo, tenía un nudo en la garganta que no le dejaba pasar nada. Se preguntó, asombrada, por qué, cuando

Alonso le había hablado de formar una familia con ella, algo en su interior saltó sin poder contenerlo. De repente, una imagen clara y nítida se formó en su cabeza, imaginándose una escena en la que compartía con el guía un momento de felicidad con el hijo de ambos entre sus brazos. Y lo único que eso logró fue confundirla mucho más. ¿En qué demonios estaba pensando para ocurrírsele semejante tontería? Evidentemente esos testículos de mono estaban en mal estado, porque empezaba a delirar.

Así que, después de lo que creyó un tiempo prudencial, le pidió que la llevara de vuelta al hotel, pues no se encontraba muy bien.

Cuando llegaron, Asha se hallaba esperando por ellos en la puerta principal y, a pesar de que era evidente que ella quería hablar con Noa después de ver las fajas con las que llegaba, ésta se excusó alegando que tenía el estómago revuelto y el cuerpo descompuesto. Después de denegar pacientemente el ofrecimiento de su amiga de prepararle una manzanilla o un caldo caliente para asentar el estómago, se marchó presurosa a su bungalow para disfrutar de una ansiada y merecida ducha de agua caliente.

No se habría quedado tan tranquila si se hubiera dado cuenta del estado de nervios y preocupación en el que se quedó su compañera, al identificar las pinturas que llevaba dibujadas en su cuerpo.

Capítulo 10

Al día siguiente Noa se encontró con Alonso y los demás en el desayuno. Se le habían pegado un poco las sábanas, y había sido la última en sentarse a la mesa.

—*Bonjour, chérie.*

—*Bonjour.*

—¿Te encuentras mal, *mon amie*? ¡Tienes mala cara! —le preguntó el cocinero, sorprendido por su mal semblante.

—Como para no tenerla —farfulló molesta.

Y le lanzó una mirada airada al guía al verlo esbozar una sonrisa divertida, que él enseguida escondió detrás de la servilleta, simulando limpiarse las comisuras de la boca.

Toda la culpa era suya. Había estado despierta hasta las tantas recordando los acontecimientos de ese día. Primero su apasionado beso en la poza de la cascada, después su vergüenza e impotencia cuando la azotó y la llevó como un saco encima de sus hombros. Seguidamente, el viaje hacia la ciudad y su casi atropello a Timón y Pumba, y el recuerdo de ese sentimiento de paz durante aquellos breves momentos en los que mantuvieron una tregua silenciosa. Luego, la rabia que sintió cuando lo vio besuquearse con su noviecita, para a continuación el sentimiento de aceptación cuando la tribu la invitó a compartir su comida con ellos, seguido de las ganas acuciantes de matarlo cuando descubrió qué era lo que había comido. Y, finalmente, ese vacío doloroso en el pecho al imaginarse amada y feliz a su lado, con sus propios hijos.

Tenía tantas cosas en las que pensar que no la venció el sueño hasta bien avanzada la madrugada, y lo más frustrante era que no había llegado a ninguna conclusión. Evidentemente, o la leche estaba en mal estado o los testículos de mono le habían sentado mal, porque nada de aquello tenía sentido. Sabía que lo odiaba, pues era un hombre detestable. Y que fuera, además, tan dominante y autoritario, le recordaba demasiado a su padre como para poder pensar en él de manera romántica. Sin embargo, y para su total sorpresa, así era. Y lo peor de todo era que no entendía por qué. No lograba comprender qué era exactamente lo que veía en ese Tarzán trasnochado de tres al cuarto.

—*Pardon?* —le preguntó su compañero, extrañado por la contestación e interrumpiendo sus pensamientos.

—Nada, Pierre, sólo son cosas mías —contestó volviendo al presente.

—*Bon* —respondió cuando se dio cuenta de que no iba a decir nada más al respecto.

Noa estaba demasiado sumida en sus propias preocupaciones como para darse cuenta del estado alterado de su compañera, y las miradas nerviosas que le dirigía

tanto a ella como a Alonso. Pero el francés, que no le quitaba ojo disimuladamente, sí se percató.

—Y tú, Asha, ¿estás nerviosa por algo?

—¿Quién, yo? —soltó con la voz estrangulada—. No, yo... yo me encuentro perfectamente.

—¿Segura? —insistió preocupado.

—Sí, Pierre, completamente segura —afirmó la keniana, esta vez con más convicción.

Luego, girándose hacia su compañera, le preguntó con un deje apremiante:

—¿Hoy vas a ir a algún sitio en especial o trabajaremos en la oficina?

—No lo sé, pregúntale a tu jefe Alonso, a ver qué es lo que decide —le contestó después de darle un sorbo a su café—. Por lo visto, él manda y dispone.

Posando su taza en la mesa, miró al hombre con rencor y éste, sin abandonar su actitud jocosa, le aclaró tranquilamente:

—Menos mal que ya te vas dando cuenta de cómo es la situación aquí. Estaba pensando seriamente en llamar a tu padre, para preguntarle cómo hacía él para que entendieras las cosas. O eso, o dejar que te lo explicara un niño de cinco años y rezar con que tuviera más suerte.

Noa se rió con sorna al escuchar la ocurrencia del hombre.

—¡Vaya!, ¿y eso lo has pensado tú solito o has tenido que llamar a tu amorcito para que te lo diga?

—De momento no necesito a nadie que piense por mí, me valgo y me sobro yo mismo para hacerlo.

—Ya empezamos de buena mañana —murmuró Asha, rodando los ojos.

—Cualquiera lo diría, con tu minusvalía —replicó ella, mientras se zampaba un buen bocado de huevos revueltos.

—¿De qué minusvalía hablas? —preguntó él sorprendido.

Pierre y Asir, el ayudante de Alonso, los miraban pasmados, en tanto que Asha sacudía la cabeza y ponía en blanco los ojos con infinita paciencia.

—¡Ups, lo siento! Debe de ser más grave de lo que pensaba si no eres ni tan siquiera consciente de ello —respondió después de tragar la comida—. Pero entiendo que, siendo un ser unineuronal, te resulte difícil entender tu patología.

—Niñata... —empezó a advertirla el guía.

—¿Qué? —lo retó tercamente.

—Creo que te avisé sobre tu manía de insultarme y lo que te pasaría si volvías a hacerlo —la reprendió mientras tiraba la servilleta encima de la mesa, molesto—. No te voy a permitir otra falta de respeto más.

—¡No, espera! —exclamó mientras se echaba para atrás en su asiento y aparecía una sonrisa ladina en su rostro—. No te imaginas las ganas que tenía de decir esto. —Continuó limpiándose las comisuras de la boca con la servilleta y luego, poniendo cara angelical y de no haber roto un plato en toda su vida, le soltó—: Unineuronal no

es un insulto, sólo es un adjetivo que constata mi firme opinión sobre tu persona, algo que hasta el momento no has hecho cambiar ni con tu actitud, ni con tus palabras, ni con tu forma de proceder, y mucho menos de actuar.

Alonso se quedó petrificado al haberle echado en cara y usado en su contra sus propias palabras, las mismas que él le dijo a ella el día anterior en la poza. Y verla henchida de satisfacción, así como la risa mal disimulada que se les escapó tanto a Pierre como a Asir, lo hicieron levantarse cabreado y marcharse de allí, antes de hacer algo de lo que arrepentirse después.

—Pienso que eso responde a tu pregunta, Asha. No creo que hoy le apetezca llevarme de paseo otra vez —apuntó Noa, regodeándose, para luego volverse a meter un bocado de desayuno en la boca.

Ella también podía apuntarse una pequeña venganza en su marcador.

Cuando subieron al despacho, Noa se puso a contestar unos correos electrónicos que había recibido y a descargar en el ordenador las fotos que había hecho el día anterior, antes de ponerse con el trabajo de enseñarle a Asha a crear un blog, darse de alta en las redes sociales y abrir una cuenta en YouTube, algo que por otro lado les llevaría varios días. Mientras se ocupaba de estos menesteres, no pudo evitar sentir miradas inquietas clavadas en ella, para que, en el momento en que levantaba la vista, su compañera desviara la suya, disimulando.

La situación se repitió un par de veces más y cansada, ya que no se podía concentrar, decidió preguntarle a la keniana.

—¿Te pasa algo, Asha?

—¿A mí? No, nada. ¿Por qué? ¿A ti sí?

Noa arrugó el ceño por la extraña actitud de la mujer al ser tan esquiva a la hora de responder.

—No lo sé, dímelo tú.

—Yo tampoco sé nada —respondió mientras se retorció las manos con nerviosismo.

Se reclinó en su asiento examinando detenidamente a su ayudante, quien se alteró mucho más al sentir el escrutinio al que estaba siendo sometida, y que procedió con desasosiego a aporrear con rapidez el teclado.

—¿Quieres desembuchar de una buena vez? —exigió impaciente, en tanto se daba golpecitos con el lápiz en la barbilla.

—Está bien —reconoció al fin—. Sólo quería saber si ayer pasó algo.

—¿Que si pasó algo? —preguntó bufando—. Ayer pasó de todo, y nada bueno, por cierto.

Si el color de piel de Asha se lo permitiera, en ese momento estaría blanco como la nieve.

—Te diste cuenta, ¿no? —aseveró Noa dando por hecho que se refería a su

rifirrafe con Alonso.

—Bueno, algo me imaginé cuando reconocí las pinturas de mi tribu en vuestros cuerpos.

—No tienes ni idea de lo mal que lo pasé —la informó, sin ser consciente de la cara desencajada de su amiga—. El señorito unineuronal se dedicó a pasar por todos los poblados habidos y por haber hasta que llegamos al tuyo. Y, por cierto, ¿cuándo tenías pensado hablarme de tu familia? —le recriminó, molesta por no haberle dicho nada.

—¿Hablaste con ellos? —preguntó la mujer, después de tragar con dificultad.

—¡Por supuesto! ¿Creíste que no me iba a enterar?

Asha se levantó de la silla, alterada, y empezó a pasearse nerviosa de un lado a otro, a la vez que le lanzaba miradas cargadas de vergüenza.

—¿Qué...? ¿Qué fue lo que pasó exactamente?

—¡Pues que ese hombre es horrible! —soltó, despotricando del guía—. No entiendo cómo pudo hacer lo que hizo.

—Siento de verdad que te enteraras así —murmuró la keniata, abochornada—. ¿Te lo contó él o mi hermana?

—Él, por supuesto; menos mal que todavía le queda algo de decencia. Pero me deja pasmada cómo todavía puedes tenerle tanto respeto y admiración —apuntó, aún contrariada por su bromita del mono.

—Tienes que entenderlo, son nuestras costumbres.

—¡Y un cuerno vuestras costumbres! —Saltó de la silla poniéndose de pie y alterándose cada vez más al ver que ella defendía lo indefendible—. Lo que hizo es del todo inaceptable, Asha, y me cuesta enormemente aceptar que, pese a todo, intentes justificar algo así.

—¿Y qué te crees, que a mí no me dolió? —proclamó con una expresión de infinito dolor en su rostro—. ¡Es mi padre, por el amor de Dios! ¿Crees que fue fácil para mí tomar esa decisión? Pero entiendo que es el jefe de la tribu y, como tal, tiene que acatar las reglas.

Noa se quedó paralizada y pasmada por completo por semejante confesión.

—¿¡Qué?! —inquirió totalmente confundida, cuando creyó entender que Alonso era el padre de Asha.

—Te pido que no lo juzgues, pues no le quedó más remedio que aceptar lo inevitable —le rogó con tristeza—. Toda la culpa fue enteramente mía.

—¿Cómo que la culpa fue tuya? —preguntó sin poder dar crédito todavía—. ¡Eso es imposible!

—No, no lo es. Todos los días me siento culpable de la decisión que tomé, pues no sólo me atañe a mí, sino que involucré a toda mi familia. Pero no podía hacer algo que iba en contra de todos mis deseos. Por desgracia, ellos no lo entienden así, por eso me tuve que ir de mi poblado sin dejarles otra opción que la de renegar de mí. Y no tienes ni idea de lo mucho que me duele no poder ver a mis padres, ni tampoco a

mi hermana y mi sobrina —confesó al fin.

Noa parpadeó varias veces, confusa, y se dio cuenta de que no estaban hablando de lo mismo. Entonces se acercó a su compañera despacio, mientras ésta intentaba no llorar.

—Creo que ha habido un error entre nosotras, Asha, pues no tengo ni la más remota idea de lo que me estás hablando.

La mujer abrió muchos los ojos, a la vez que alzaba una mano para taparse la boca en un gesto de espanto.

—¿Cómo que no tienes ni idea? —preguntó aturdida—. Pensé que estabas hablando de mi padre, el jefe de la tribu, y los motivos que tuvo para echarme del poblado y no reconocirme como hija.

—No, cielo —empezó a decir negando rotundamente con la cabeza—. Yo estaba hablando de la maldita broma que me gastó Alonso con unos testículos de mono.

—¿Qué?! —exclamó la ayudante mientras se apoyaba en la pared, buscando algo donde sostenerse.

La mujer se fue escurriendo poco a poco hasta quedarse sentada en el suelo, todavía atónita por el entuerto. Y Noa, observando su actitud, supo que lo que había ocurrido, fuera lo que fuese, era demasiado doloroso para ella.

—Me doy cuenta de que no querías que me enterara, y ahora entiendo tu extraño comportamiento cuando ayer no quisiste que te acompañara. Pero, sinceramente, me gustaría ser tu amiga, Asha, y me encantaría que confiaras en mí —le dijo dulcemente, mientras se arrodillaba en el suelo para ponerse a su altura—. No obstante, respetaré tu decisión si no quieres hacerlo.

La mujer la miró sin ver durante unos segundos, aún asimilando su metedura de pata. Era tan grande su sufrimiento que Noa prefirió no presionarla y que se lo contara cuando se sintiera preparada, así que empezó a levantarse, cuando una suave y pequeña mano la detuvo.

—No es que no confíe en ti —declaró con tanta fragilidad que Noa sintió una inmensa pena por ella—. Es que siento demasiada vergüenza.

—No voy a juzgarte, Asha, no sería quién y Dios bien lo sabe. No soy una persona intachable ni falta de defectos como para enjuiciar lo que los demás hagan. Sólo quiero que sepas que puedes contar conmigo siempre que lo necesites. No tengo muchas virtudes, pero sí me considero leal y amiga de mis amigos.

Su compañera asintió levemente, en tanto tragaba con dificultad las lágrimas que pugnaban por salir y, agarrándose ambas piernas por las rodillas, comenzó a hablar.

—Lo primero que tienes que entender es que aquí las costumbres y las creencias lo son todo. Son lo que nos define como pueblo, como familia y como personas. El rol de las mujeres en mi tribu, como en tantas otras, es... como dirías vosotros... sumiso. Nosotras nos encargamos de los hijos, las labores domésticas, la preparación de la comida, el campo y otras funciones menores. Es algo normal y aceptado con naturalidad; lo contrario sería lo verdaderamente extraño. Estamos acostumbradas a

trabajar duro, y a obedecer y respetar tanto a los mayores como a los hombres de nuestro poblado. Y si no lo hacemos... avergonzamos primeramente a nuestra familia, y después a nosotras mismas.

Asha parpadeó varias veces, para reprimir las lágrimas que estaban saliendo como regueros de sus ojos, para después limpiárselas con el dorso de la mano, hasta que Noa le ofreció un paquete de clínex. Soltando un trémulo suspiro, continuó.

—Yo fui la primera y la última mujer de mi poblado en salir a trabajar fuera. Siempre habían sido hombres quienes lo habían hecho, pero, por deferencia, al ser la hija mayor del jefe de la tribu, y porque las cosas están cambiando, despacio pero van cambiando, mi padre me dejó venir a trabajar al *resort*. Era un dinero que nos venía bien a toda la comunidad. Yo era una niña y al principio todo era nuevo y, horrorizada, les contaba a mi madre y a las mujeres de mi poblado lo irrespetuosas e ingobernables que eran las mujeres blancas. Pero poco a poco mi mente se fue abriendo, y empecé a comprender que la liberación femenina no tenía por qué ser algo maligno... que nosotras también teníamos derechos, y la libertad de escoger y opinar sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas. Y cuando los cambios de mentalidad empezaron a ser demasiado evidentes, mi propia madre habló con mi padre para pedirle que me obligara a dejar el trabajo, pues según ella la cultura blanca me estaba corrompiendo.

—¿Por qué? —preguntó, incrédula.

—Tienes que comprender que para ellos es lo normal —contestó después de sonarse con un pañuelo—. Es nuestra cultura, es lo que nos han enseñado desde siempre, desde tiempos inmemoriales. Y, aunque ahora estamos acostumbrados a convivir con vosotros, hasta no hace mucho el hombre blanco sólo era una desgracia para nuestra gente, que nos tenía o esclavizados o subyugados a sus deseos y mandatos. Representabais lo malo, lo dañino, sobre todo para las tribus que consiguieron vivir lo más apartadas posible de vosotros.

—Entiendo —susurró, empezando a vislumbrar el temor y el odio que debieron de sentir.

—Mi padre, entonces, decidió que la mejor manera de llevarme de vuelta al redil era obligándome a contraer matrimonio.

Noa se tapó la boca, ahogando una exclamación de horror.

—En nuestra cultura los hombres son polígamos, y mi padre, como jefe de la tribu, había recibido una muy buena oferta por mí cuando era una niña, acordando un matrimonio concertado por una buena dote, con un miembro honorable de una tribu cercana.

—¿En serio? —preguntó, incrédula—. Pero ¿eso todavía se hace?

—Sí —confirmó Asha, avergonzada—. Al ser un pueblo agrícola y ganadero, es la única manera que tenemos de conseguir más riquezas, pues la dote consiste básicamente en aumentar las cabezas de ganado. Y cuantas más poseas, más importante e influyente eres.

—¡Dios mío, eso es horrible! Obligar a una mujer a casarse con alguien que no quiere sólo por una posición social más alta o por más riquezas, eso es...

De pronto se calló, al percatarse de que a ella casi le había ocurrido lo mismo. La única diferencia era que Asha era consciente de ello, pues su padre había sido honesto con ella, y en cambio el suyo no. Por lo que, al final, no eran tan diferentes como pensaba.

—Lo sé, es tan de la Edad Media, ¿verdad? —terminó la keniata por ella—. Pero, en realidad, hay muchas costumbres y tradiciones en las que todavía estamos anclados en esa época. Yo tuve la suerte de aprender a leer, de conocer otras culturas, otras formas de pensar, de vivir... pero ellos no, Noa, por eso en cierta forma no les guardo rencor. Y, a pesar de todo, no puedo quitarme esta angustia de sentirme tan culpable, pues avergoncé a mi familia al negarme a hacerlo. Por eso a mi padre no le quedó más remedio que repudiarme, negar ante todo el mundo que yo sea su hija, que Hadiya sea mi hermana y Janeeta, mi sobrina.

—Lo siento mucho, Asha —le dijo con una compasión absoluta—. Y si puedo ayudarte en lo que sea, cuenta conmigo siempre.

La mujer sonrió con tristeza.

—Gracias. La verdad es que no sabía lo mucho que necesitaba desahogarme con alguien hasta ahora. Esto nunca se lo había contado a nadie. Sienta bien poder hablar con una buena amiga sobre tus problemas, te sientes liberada.

—Pues aquí me tienes para lo que necesites. —Reafirmó sus palabras agarrando con suavidad las manos de ella para insuflarle tranquilidad—. ¿Alonso tampoco sabe nada?

—Sí, él lo sabe. Es el único que conoce mi historia, pues se la contó mi familia, ya que es muy respetado en toda la zona. Y le estoy enormemente agradecida porque nunca me ha juzgado.

—No tendría derecho a hacerlo, Asha. Nadie tiene derecho a hacerlo —sentenció, totalmente convencida.

La keniata esbozó una pequeña sonrisa, agradecida por sus palabras.

—¿Entiendes ahora por qué no quise decirte nada sobre mi hermana? Nos vemos a escondidas, y tenía mucho miedo de que mi familia o alguien del poblado pudiera enterarse, pues la metería en un buen lío. Ni tan siquiera conozco a mi sobrina Janeeta, por el miedo constante de que, al ser una niña, se le pueda escapar algo.

—Sí, lo entiendo.

—Cuando ayer vi las pinturas en tu rostro y en el del jefe Alonso, supe que habíais estado en mi poblado, y quise hablar contigo para sonsacarte información, pero tú no querías hablar y te noté molesta y enfadada, y supuse que algo sabías. Me moría de la angustia, porque desconocía si mi padre nos había descubierto a Hadiya y a mí.

—Puedes estar tranquila, nadie sabe nada, y por mi parte nunca lo sabrán. Es más, estaré encantada de ayudaros a veros en secreto y hablar de vuestras cosas de

hermanas —se ofreció entusiasmada.

—¿En serio? —preguntó su compañera, esperanzada.

Noa asintió con vigor, en tanto trazaba una radiante sonrisa en su cara.

—¡Por supuesto!

—¡Muchas gracias! —exclamó su amiga, a la vez que se levantaba para abrazarla.

—De nada. —Se rió, devolviéndole el efusivo apretón.

Después de unos segundos de afectuoso gesto, Asha se separó para preguntarle:

—¿Entonces, qué pasó ayer para que volvieras tan enfadada? ¿Y qué es eso de unos testículos de mono?

Noa bufó exageradamente mientras ponía los ojos en blanco.

—No quieras saberlo.

Y procedió a contarle su extraña cena con la familia de su amiga.

El resto del día transcurrió sin mayores novedades, sobre todo porque Alonso había decidido esa mañana realizar su trabajo de guía, y salir con Asir y los clientes a recorrer la ruta que les tocaba. Por lo que, a última hora de la tarde, Noa deseaba con fervor que llegase la cena, pues lo único emocionante que había ocurrido en todo ese tiempo era la pequeña discusión entre Asha y Pierre a la hora del almuerzo. Y tenía que admitir, muy a su pesar, que, después de haber pasado casi toda la jornada anterior en su compañía, ahora lo echaba terriblemente de menos, y necesitaba verlo... aun a sabiendas de que seguramente acabarían discutiendo.

Se prometió solemnemente intentar con todas sus fuerzas no volver a reñir con él, sobre todo porque, en cierta forma, después de lo ocurrido esa mañana, su desquite de venganza se había aplacado. Sonrió secretamente al recordar la cara de él cuando le devolvió la pelota con sus mismas palabras y, a pesar de que se había divertido de lo lindo, reconoció que esa niñería de estar enfrentados todo el tiempo tenía que acabar.

Después de lo que fue el décimo suspiro que profirió, la keniana levantó una ceja y desvió la mirada de la pantalla del ordenador para dirigirla a su amiga. Luego se levantó de la mesa para acercarse a ella, que al estar tan abstraída en sus cosas no se percató de su presencia. Con una sonrisa divertida bailando en su rostro, le preguntó:

—¿Tienes pensado pasar a la siguiente pantalla, o vas a quedarte el resto del tiempo en un bucle interminable viendo fotos del mismo hotel?

—¿Qué? —farfulló inconexa, saliendo de su ensimismamiento.

—Sólo hay siete fotos, y es la tercera vez consecutiva que sigues pinchando con el ratón en ellas.

—¡Ah, sí, claro... claro! Estaba viendo los importes de las habitaciones que ofrecen los demás *resorts*, para hacer un balance y saber qué precios designar y poder competir con ellos.

—Es una excelente idea, pero sería incluso mejor si ojearas los demás hoteles

para tener una visión más amplia del mercado.

—Tienes razón —admitió avergonzada—. Estaba un poco distraída.

—¿Sólo un poco?

—Bueno, mucho.

—¿No estarías pensando en el padre de tus hijos?

—¿Cómo? —preguntó, ruborizándose hasta las cejas.

—Tengo que reconocer que, en el pasado, el chamán de mi pueblo nunca se ha equivocado. Y, ¿quién sabe?, a lo mejor es cierto que el jefe Alonso será el padre de tus retoños. Yo, que tú, no lo descartaría —se burló divertida.

—¡No digas tonterías, ¿quieres?! Qué manía os ha entrado en este país por agenciarme un marido. Sólo estaba un poco distraída, nada más.

Entrecerró los ojos, molesta, cuando Asha se empezó a reír de ella.

—Si la culpa es mía por contarte nada —se recriminó.

—¡Venga, anda! —la animó su amiga—. Vamos a dar un paseo, que por hoy ya ha sido suficiente.

—¿Qué quieres? ¿Que tu adorado jefecito me llame vaga?

—No es tan ogro como lo pintas. Además, no te preocupes, que si llega el caso, ya me ocuparé yo de él.

—Muy suelta te veo —murmuró divertida, mientras apagaba el ordenador y se levantaba de la silla para salir del despacho detrás de ella.

—La verdad es que me siento como si me hubieran sacado veinte años de encima.

Noa sólo pudo sonreír ante esa afirmación.

Recorrieron los preciosos jardines dando un agradable paseo, a la vez que desentumecían los músculos y respiraban un poco de aire fresco. El tiempo pasó volando, y pronto llegó la tan ansiada cena.

Cuando apareció por el restaurante, después de refrescarse y cambiarse de ropa, Noa se llevó una pequeña decepción al encontrarse con que el guía estaba compartiendo la mesa con algunos clientes. Más concretamente, con la pareja de recién casados puertorriqueños con la que se habían topado el día anterior, cuando llegó a hombros de Alonso. También estaban con el matrimonio Reyes, otra pareja del mismo país, de la que se habían hecho inseparables. Ella no le quitaba ojo a Katherine Reyes, que no hacía más que lanzarle miradas coquetas al guía, y, ofendida, no entendía cómo podía ser tan descarada con su marido delante. Había que tener muy poca vergüenza para coquetear con otro hombre, aunque fuera tan guapo e irresistible como el guía, delante de tu propia pareja.

A pesar de que intentaba con todas sus fuerzas ignorarlos, las risas provenientes de la mesa se lo hacían imposible. Así que, después de cenar y sin esperar al postre, se levantó para marcharse de allí antes de ponerse en evidencia, alegando que tenía mucho calor y que necesitaba un poco de aire fresco, detalle que por otro lado era cierto. Paseó sin rumbo fijo al amparo de la noche. Recorrió, casi corriendo, el camino que llevaba al gran árbol, donde hacían la hoguera la noche del espectáculo

del baile y las historias contadas. Una vez allí, se sentó en uno de los bancos que rodeaban los rescoldos de la fogata anterior.

Trató de normalizar su respiración agitada inspirando y expirando profundamente, para procurar tranquilizarse, pero un rebelde sollozo subió por su garganta, que a duras penas pudo reprimir. Entonces se mordió con fuerza el labio, intentando desesperadamente no llorar. No sabía qué era lo que le pasaba, pero en ese instante sentía un agobio tan grande que le oprimía el pecho y, por primera vez en mucho tiempo, echaba enormemente de menos a su madre. Era ridículo, pues nunca habían tenido una relación muy cercana, pero sentía imperiosamente la necesidad del consuelo que sólo una madre puede proporcionar. Recordó las veces que de niña rezaba para que fuera ella la que la arropara de noche, y no la niñera que tenían contratada. Ese mismo sentimiento de profunda soledad volvió a embargarla como cuando era pequeña.

—¿Estás triste, *ma petite*?

Noa se sobresaltó al oír la voz de Pierre, a quien no había oído llegar, e intentó disimuladamente secarse los ojos con el reverso de la mano.

—¿Qué? No, no es eso. Sólo que me entró un mosquito en el ojo.

—Pues debe de ser un mosquito kamikaze, porque te entró en los dos ojos a la vez —respondió el francés sin haberse tragado su mentira—. Hasta creo saber quién es, *mon amie*, y tiene nombre y apellidos.

—No sé de qué me estás hablando, Pierre.

—Ay, *chérie*, no hay más ciego que el que no quiere ver.

—¿Como tu ceguera por una preciosa mujer de piel oscura y enormes ojos negros? —replicó, para desviar la conversación por otros derroteros menos dolorosos para ella.

El chef apartó la vista para no enfrentarse a ella, y apoyó sus brazos en las piernas en un gesto de derrota, mientras se le escapaba un triste suspiro.

—Lo... lo siento. Yo no... no quería... —empezó a tartamudear al darse cuenta de la aflicción de su compañero.

Y se recriminó mentalmente por hacer siempre lo mismo. En cuanto alguien escarbaba un poco en ella, su manera de defensa era atacar donde más dolía. Podía darle las gracias a su entrañable padre por la herencia que le había dejado. Odiaba terriblemente en lo que la habían convertido tanto su progenitor como su hermano, pues cada vez le costaba más expresarse y mostrarse tal cual era, habiendo momentos en los que ni ella misma se reconocía y quedando solamente la mujer que respondía atacando con soberbia e ironía, muerta de miedo porque nadie le hiciera daño de nuevo.

—Soy una bocazas. Perdóname, Pierre.

Él se pasó las manos por la cara para después reclinarse en el banco, y esbozar una sonrisa que era de todo menos alegre.

—Tranquila, *chérie*, tienes razón. Mi ceguera con esa preciosa mujer de ébano es

importante. —Y encogiendo los hombros, con una jovialidad que no sentía, confesó —: Tengo que aprender a resignarme y aceptar que esa ceguera no tiene solución.

—¿Tú crees?

—*Oui* —contestó el cocinero, totalmente convencido.

De pronto, una idea empezó a formarse en su cabeza y, sonriendo traviesa, recostó su cabeza en el hombro de él para susurrarle quedamente:

—Pues algo tendremos que hacer para hallar una solución.

Capítulo 11

Al día siguiente, Noa y Asha estuvieron casi toda la mañana en el despacho, trabajando, hasta que llegaron los clientes de Montalbo Deluxe, los cuales habían finalizado ya sus seis días de excursión y exploración por varios parajes de Kenia. Los recibieron en la entrada del hotel, ofreciéndole a cada uno de ellos toallas para limpiarse el sudor y el polvo del camino, y unos deliciosos y refrescantes cócteles sin alcohol, en tanto varios empleados sacaban las maletas con sus pertenencias para llevarlas a sus estancias.

Después de ese pequeño refrigerio, cada uno se dirigió a su cabaña para ducharse y cambiarse antes de la comida, para a continuación, el que quisiera, poder descansar o dar un agradable paseo por el lugar. En cuanto Sofía, la doctora, se bajó del *jeep*, la saludó con frialdad para desaparecer dentro del edificio, supuso que a su habitación a refrescarse como el resto de los clientes. Mientras tanto, Derek, el guía, se acercó a ella con una seductora sonrisa.

—Hola, preciosa.

Noa arrugó levemente el ceño por la familiaridad con la que la estaba saludando éste, después de que se hubiera ido el último cliente. Era cierto que, en su primera cena y contacto con los compañeros, había sido con quien más había hablado, y que había coqueteado ligeramente con él por molestar sobre todo a Alonso. Por lo que era culpa suya ese trato tan... cercano, por llamarlo de alguna manera, cuando prácticamente ni se conocían.

—Hola, Derek, bienvenido —le respondió con cautela, pues no quería que él creyera que estaba especialmente contenta de verlo—. Espero que vuestro viaje haya sido tranquilo.

—Mucho... —la informó, acercándose más a ella.

Luego, agarrando su mano con suavidad, se la llevó a los labios para besarla a la vez que le clavaba la mirada. Noa sintió un escalofrío de repulsión subiendo por su brazo.

—... pero también mortalmente aburrido. Tanto que lo único que lo hacía sufrible era saber que tú estarías aquí, esperando.

Ella abrió los ojos, asombrada por su audacia, a la vez que a Asha, que todavía no se había ido, se le escapó un pequeño exabrupto de sorpresa que ahogó con rapidez al taparse la boca con la mano. Él, al darse cuenta de su presencia, entrecerró los ojos haciendo un gesto de fastidio, por considerar que la keniana estaba en medio de una conversación en la que no pintaba nada.

—Asha, querida, ¿te importaría coger mi maleta y llevarla a mi habitación?

La cara de su amiga cambió de sorpresa a disgusto por su requerimiento, y Noa sintió exactamente lo mismo. No había sido la petición en sí lo que le había

molestado, sino el tono de desdén con el que lo había hecho, por lo que retiró con firmeza la mano que él todavía tenía agarrada.

—Asha y yo tenemos muchas cosas que hacer todavía, así que, con tu permiso, nos vemos más tarde en la comida.

—Pero...

—No te importa llevar tú la maleta, ¿verdad... querido? —le pidió con una falsa expresión de simpatía.

Y dicho esto, sujetó a su amiga por el brazo y se marcharon de allí, dejando al guía plantado, sin saber muy bien qué pensar.

—¿Por qué has hecho eso? —quiso saber la keniana.

—Porque ni es tu trabajo ni eres la criada de nadie —contestó con la cabeza alta y alzando el mentón con orgullo.

Y su amiga sólo pudo sonreír de placer al oír eso.

Mientras Noa se iba a la cocina a confirmar que todo estuviera preparado, su ayudante se dirigió al comedor para comprobar que las mesas estuvieran bien dispuestas para la hora del almuerzo. Cuando Asha hubo verificado que todo estaba correcto y se percató de que ella tardaba demasiado, se encaminó también a la cocina para cerciorarse de que no hubiera ningún incidente.

Al entrar por la puerta pudo comprobar que allí reinaba el caos. Pierre discutía con su amiga, mientras ésta intentaba vendarle la mano a uno de los ayudantes del chef con un trapo de cocina.

—No creo que sea una buena idea, *mon amie*.

—Sí que lo es, tú hazme caso a mí.

—Pero necesito a Baakir conmigo, estamos a punto de servir la comida, y Zawadi y yo solos no vamos a poder.

—Pierre, confía en mí, todo va a salir bien.

—Sé que lo haces con buena intención, *chérie*, pero...

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó la keniana, sorprendiendo a todos con su presencia.

El francés se sobresaltó un poco por la sorpresa y se enfiló hacia los fogones sin contestarle. Su jefa se quedó parada mirando hacia ella, para después fijar su atención en la mano de Baakir. Éste, nervioso, dirigió su interés hacia un punto indeterminado del techo de la cocina, en tanto Zawadi murmuraba en su idioma algo sobre la locura de las mujeres blancas.

—¡Oh, cielo, qué bien que has venido! —le dijo Noa agarrando con fuerza la mano del ayudante de cocina—. Baakir se ha cortado y necesita que alguien le haga las curas. ¿Podrías quedarte a ayudar a Pierre mientras yo le vendo la mano?

—¿Es grave? —preguntó preocupada, acercándose a ellos para estudiar la herida, oculta por el trapo de cocina.

—Eh... no, no... tranquila. Está todo controlado —le aseguró ella, algo nerviosa.

La africana inclinó un poco la cabeza, observando detenidamente el trapo

inmaculado, que supuestamente estaba cubriendo una herida sangrante.

—No debe de ser muy grave si ni siquiera sangra, seguro que si le ponemos una tirita...

—¿He dicho acaso que se había cortado? —preguntó con un tono de voz algo chirriante para después echarse a reír—. ¡Ups, qué tonta soy! Quería decir que se ha quemado.

—*Mon Dieu! Mon Dieu...!*

—¡Pierre, quieres callarte!, ¡me estás poniendo nerviosa! —le recriminó enfadada fulminándolo con la mirada, y él soltó un bufido de protesta.

Asha no entendía nada, los cuatro estaban actuando de forma muy rara y no sabía por qué.

—¿Y no sería mejor avisar a Sofía? Seguro que ella...

—¡Madre mía! —la interrumpió su amiga, cada vez más exaltada—. Mira que sois complicados aquí. —Y tirando de Baakir, prosiguió—: Es sólo una quemadura, y soy perfectamente capaz de aplicarle una crema y vendarle la maldita mano yo sola, sin la ayuda de un médico. Así que hazme el favor de quedarte aquí ayudando a estos dos inútiles...

—¡Ey! —saltó el chef, ofendido.

—... hasta que yo vuelva. —Finalizó sin hacer caso de la protesta del francés—. ¿Podrás hacer eso por mí? —le preguntó al llegar a la puerta.

—Claro.

—¡Genial! —declaró poniendo los ojos en blanco y un gesto de exasperación.

A continuación desapareció con el ayudante de cocina, para volver a entrar a los dos segundos.

—Ejem... —carraspeó mientras sonreía con vergüenza—. ¿Dónde están las llaves del dispensario?

—En recepción.

—Gracias.

Dicho esto, volvió a desaparecer.

—No creo que sea necesario vendarme la mano, jefa Noa; en realidad no tengo ninguna quemadura —expuso Baakir, sin entender muy bien todavía a qué había venido toda aquella pantomima.

—Lo sé, pero Asha tiene que tragarse la mentira, por lo que es mejor seguir con la farsa hasta el final. Así que, durante unos días, tendrás que ir con la mano vendada.

—¿Y si me pregunta el jefe Alonso?

—Pues le mientes.

—¿Le miento? —preguntó incrédulo, pero enseguida se calló al ser taladrado por la mirada de ella—. Le miento, le miento.

Después de coger las llaves se dirigieron ambos al segundo piso, mientras Baakir se preguntaba qué sentido tenía vendar una falsa quemadura, pero se quedaron sorprendidos cuando descubrieron que la puerta no estaba cerrada del todo. Había

alguien dentro, y como Noa no quería que nadie más los pillara en la trola que le habían contado a su amiga, le susurró a su empleado que era mejor esperar en su despacho hasta que quedara libre el dispensario. Cuando se disponía a marchar detrás de él, oyó algo que la hizo detenerse y quedarse a espiar, prestando más atención.

—No puede enterarse, ¿entiendes? Si nos descubre, se acabó todo —exclamó la voz amortiguada de una mujer que no supo identificar.

—No te preocupes, de ella me encargo yo —intentó tranquilizarla la voz de un hombre que tampoco reconoció.

—No seas engreído. Ella no es tan estúpida como el anterior director, que no se enteraba de nada, y puede que tus encantos no surtan el efecto que tienes pensado.

—Cariño, confía en mí; lo tengo todo calculado.

—No estaré tranquila hasta que no se haya marchado de aquí. Tenemos que hacer algo de una u otra manera para deshacernos de ella.

—Serénate, mi amor, no hay ninguna manera de que sepa lo que estamos haciendo. Esto ya lo hemos hablado, no sé a qué vienen tantas dudas ahora.

—Yo no lo tengo tan claro...

Cuando Noa percibió que se acercaban a la puerta, corrió hasta su despacho para encerrarse en él y que no la descubrieran. En el momento en el que se apoyó en la puerta, con el corazón latiéndole a mil por hora y la respiración agitada por la carrera, se percató de que Baakir la observaba, desconcertado por su actitud. Mientras esbozaba una trémula sonrisa, se preguntó, sorprendida, si era de ella de quien habían estado hablando y, si era así, de qué no se podía enterar y quiénes eran las personas que se querían deshacer de ella.

Minutos más tarde, estaba en la puerta de recepción dándoles la bienvenida a los clientes que habían llegado con Alonso, y se olvidó por completo tanto de Asha como de las dos personas que conspiraban en su contra.

A la hora del almuerzo, al estar todos los clientes juntos, toda la ayuda era poca, así que no paró a comer para ayudar en lo que podía en el comedor, y atendió además las peticiones de los viajeros que querían hablar con ella. Rato después, aprovecharon el momento en que se fueron todos a descansar a sus habitaciones para poder sentarse tranquilos; así pues, se sentaron a comer Noa, Asha, Pierre y los ayudantes de cocina y camareros, que a petición de Noa compartieron por primera vez la mesa, todos juntos.

Mientras almorzaban entre risas, Noa les contó, a su amiga y los demás componentes de la cocina, su estropicio con una bandeja en la que llevaba una vinagrera para aliñar una ensalada que le había solicitado una clienta... que, menuda casualidad, era la misma que la noche anterior había coqueteado descaradamente con Alonso... al llegar hasta ella, y sin ninguna mala intención, le había derramado encima el aceite de oliva y el vinagre. En ese instante, ella notó una extraña sensación

en la nuca y, cuando se giró, se encontró con el guía, que la miraba fijamente.

Hizo un pequeño gesto de desconcierto, por no saber descifrar la extraña expresión en su rostro, y se giró incómoda, al no ser capaz de aguantar la intensidad de esos ojos clavados en ella. Estaba sentado en la misma mesa de siempre, acompañado por Asir, Derek, el ayudante de éste y la doctora. Ésta le estaba hablando en ese momento, aunque era más que evidente que Alonso no le estaba haciendo mucho caso, mientras Noa, confundida, se preguntaba a qué venía esa actitud con ella.

Si estaba enfadado por su traspíe con esa clienta, lo sentía mucho, pero no había sido a propósito. Era lo suficientemente profesional como para saber separar su malestar por lo acontecido la noche anterior con el hecho de que ella era la directora en funciones del *resort*. Además, la mujer era una clienta a la que le debía un respeto y un trato exquisito, acorde con el lugar y la educación que a su padre tanto dinero le había costado. No iba a volver a cometer el mismo error de ponerse en evidencia, como había hecho en la ciudad y delante de su novia. Lo que él hiciera o dejara de hacer con su vida, a ella no tenía que importarle. Por mucho que le doliera.

Así que hizo lo que tan bien se le daba, intentar ignorarlo con todas sus fuerzas y aparentar que se la traía al paio lo que ese Tarzán de pacotilla pensase de ella.

Después de comer, tanto ella como Asha se pusieron a organizar la fiesta que se celebraba todos los domingos por la noche, como despedida para los clientes. Como era su primera vez y quería que todo saliera perfecto, supervisó concienzudamente la cantidad de bebidas que se iban a consumir, así como que hubiera suficiente hielo para los cócteles, que todo estuviera limpio y en orden y que su amiga ayudara en lo que pudiera a Pierre, mientras a Baakir lo mandaba a buscar más limones al almacén, para que dejara de protestar por no estar haciendo su trabajo, después de ponerse de acuerdo, por supuesto, con el francés sobre el bufé frío que iban a degustar esa noche. Luego ordenó que se colocaran los altavoces, y revisó que el servicio de habitaciones y de lavandería estuviera funcionando a la perfección. Y todo eso, sin poder despegarse de la cada vez más enojosa compañía de Derek. El hombre intentaba con buen propósito ayudarla, pero sus continuos halagos y sus cada vez más evidentes indirectas la hacían sentirse incómoda en su presencia.

Llevaba un buen rato subiendo y bajando de una escalera, para colgar las guirnaldas en el techo del comedor, al que más tarde retirarían las mesas y las sillas para convertirlo en una pista de baile. El caso es que, mientras Baakir, en la punta de la estancia, pegaba la decoración en el techo, ella, desde el otro lado, intentaba pegar el otro extremo, a la vez que el guía sujetaba la escalera donde estaba subida. Entre tanto, Alonso, desde la barra, con la doctora enganchada a él como una lapa, tomaba un café a la vez que clavaba su extraña y profunda mirada en ella, logrando que se pusiera nerviosa y zozobrara en las alturas, con el consiguiente desequilibrio que casi hizo que se cayera, aunque fue sujeta con premura por Derek, agarrando su culo y evitando el descalabro.

Alonso, en cuanto observó la maniobra, se acercó a ellos y, sin decir nada, la ayudó a bajar de la escalera, para después ordenarle con una voz acerada que le puso a Noa el vello de punta:

—Será mejor que vayas a descansar un poco antes de la cena y te prepares con tiempo. Yo acabaré lo que has empezado.

—Pero...

—No es una sugerencia, Noa, es una orden.

Ella a punto estuvo de protestar, pero lo conocía lo bastante como para saber que los dientes apretados con fuerza y la vena que le latía en la frente, que cada vez se estaba hinchando más, eran suficientes indicadores para advertirle de que estaba a un paso de perder los nervios. Y, como se había prometido poner todo de su parte para no volver a discutir con él, a pesar de que no entendía por qué estaba tan enfadado, decidió que lo mejor era obedecer y acatar su orden.

—Está bien —cedió, para sorpresa del guía, que elevó una ceja, asombrado por verla aceptar tan rápido y no protestar por ello—, pero antes déjame ir a la cocina para comprobar que todo está como debe. La última vez que me asomé por allí, creo que vi volar algún que otro cuchillo, y quiero cerciorarme de que Pierre está entero.

Él asintió.

—Te acompaño —se ofreció solícitamente Derek.

Sin embargo, se paró en seco cuando una mano firmemente apoyada en su pecho lo detuvo. Bajó la vista hacia ella para después subirla y encontrarse cara a cara con Alonso.

—No creo que haga falta —siseó éste.

—Pero a mí no me importa.

—Tampoco es una sugerencia —sentenció.

Noa no entendía a qué venía esa actitud, pero contó hasta diez para intentar calmarse. Al reparar en cómo los dos hombres se retaban con la mirada, a punto de saltar uno encima del otro, decidió que lo mejor era intervenir antes de que aquel despropósito fuera a mayores.

—Te lo agradezco mucho, Derek, pero Alonso tiene razón —convino apoyando su mano en la de él, la cual todavía seguía impidiendo el avance a su compañero.

Éste apartó sus fríos ojos marrón verdoso para observar la cálida caricia de ella tocando su piel.

—Además, me gustaría hablar contigo un momento en privado —dijo asiendo finalmente la mano de Alonso y apartándola del pecho del otro hombre.

Éste volvió a lanzarle una muda amenaza a Derek con la mirada y, todavía con la mano agarrada a la de ella, salieron del comedor.

—¿A qué ha venido eso? —demandó Noa delante de la puerta de la cocina.

—¿El qué?

—Lo que ha ocurrido allí dentro.

—No sé a qué te refieres —contestó evadiendo responderle directamente.

Ella contó hasta diez de nuevo.

—¿Sabes qué? ¡Da igual! —declaró frotándose la frente con la mano e intentando no saltarle a la yugular por cabezota.

—¿Qué querías preguntarme? —le recordó él, cambiando de tema a propósito.

Entonces observó cómo Noa negaba con la cabeza a la vez que resoplaba irritada, para después soltar un fuerte suspiro y poner los brazos en jarras.

—¿Quería saber cuántas llaves hay del dispensario?

—Dos.

—¿Y quién las tiene?

—Una está en recepción y la otra la tengo yo.

Alonso cambió el gesto frío como el hielo por uno de extrañeza cuando descubrió confusión en el rostro de ella.

—¿Nadie más tiene llaves?

—No. ¿Por qué?

—Por nada, simple curiosidad.

—¿Estás segura? —insistió, sin tragarse esa mentira, pues era patente el desconcierto en ella.

De pronto oyeron unos gritos provenientes del interior de la cocina, que los hicieron dejar la conversación para entrar y comprobar que estaba a punto de acontecer una tragedia.

—¿Quieres soltar ese cuchillo, Asha? —le gritaba Pierre mientras se alejaba de ella, bordeando la isla central, donde tenían algunos ingredientes a medio preparar—. ¡Vas a hacerle daño a alguien!

—Eres el gabacho más petulante, arrogante y desagradecido que he tenido la desgracia de conocer —musitaba ella con los dientes apretados y los ojos inyectados en sangre.

—¡Madre mía! ¿Qué he hecho? —dijo Noa abriendo los ojos, anonadada, mientras veía a su amiga blandiendo un enorme cuchillo.

—Yo no soy gabacho. ¡Soy francés! ¡Francés!, ¿entiendes? ¿Quién demonios te ha enseñado esa palabra?

Alonso observó con interés la escena, hasta que descubrió, apoyado en una esquina a su lado, a Zawadi y, acercándose a éste, le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

El ayudante se encogió de hombros y, con gesto de aburrimiento, contestó:

—No lo sé; llevan toda la tarde peleando entre ellos.

—¡Que si no sé cortar las verduras! —prosiguió la keniana—, ¡que tenga cuidado con el agua hirviendo!, ¡que si las patatas se pelan con pelador y no con cuchillo!

—*Mon Dieu!* Sólo intentaba ayudarte —se defendió el cocinero, a la vez que daba otra vuelta más a la encimera de acero inoxidable, escapando de ella con cautela.

—¿Crees que soy una inútil? —le espetó ésta, desquiciada, mientras movía el

brazo, ergo también el cuchillo, hacia todos los lados—. ¡Llevo haciendo esto desde que era una niña!

—Eso no implica que sepas hacerlo bien.

—¿Perdona?! —chilló apoyando con un golpe el cuchillo en la encimera—. ¿Acaso hay alguna estrella Michelin por aquí? Porque yo no veo ninguna, ¡maldito gabacho pedante!

—*Pardon, pardon, chérie* —intentó calmarla el chef.

—No me llames «querida» porque te juro que...

—¡Está bien, Asha! —intervino Noa con decisión antes de que ésta le cortara el cuello—. Creo que ya es hora de que nos vayamos a preparar para esta noche.

—Sí, llévate a esta chalada de aquí —soltó el chef, decepcionado—. Sólo quería ayudarla, pero prefiero morir ciego y viejo que joven y descuartizado por esta lunática. Fuiste tú la que le enseñó la dichosa palabrita, ¿no?

—¡Arg! ¡Te voy a matar! —exclamó Asha abalanzándose hacia él, pero fue interceptada a tiempo por Alonso.

—¡Pierre! —gritó Noa—. ¡Evidentemente no ha sido una buena idea dejaros solos en la cocina, pero tu actitud no ayuda en nada! —le reprochó enfadada.

—¡¡¡Basta!!! —bramó Alonso, consiguiendo que todos se callaran y que su compañera dejara de luchar con el fin de retorcerle el cuello al francés—. ¡Vosotras dos, a vuestras habitaciones! ¡Pierre, al trabajo! ¡Y tú, Zawadi, deja de reírte y pon un poco de orden aquí! —mandó furioso y cortando de raíz el disparate que estaba ocurriendo.

Noa abrió la boca para protestar, mientras su compañera salía encrespada por la puerta.

—¡¡¡Ahora!!! —la acalló antes de que dijera nada.

La mujer se enderezó hasta ponerse recta como un palo y, con la dignidad de una reina, procedió a salir de la cocina, pero, justo cuando estaba pasando por delante de él, se paró para dejar claro lo que pensaba.

—¡¡Ya!! —rugió el guía.

Ésta boqueó varias veces, para después decidir no jugarse la vida a lo tonto, darse por vencida y marcharse de allí.

Alonso ya estaba en el comedor tomando una cerveza y observando cómo la gente iba llegando para sentarse después a las mesas. A su lado, Sofía estaba contándole alguna banalidad, a la cual él no estaba prestando atención, pues su mente estaba muy lejos de allí. Molesto, rumiaba una y otra vez acerca de una mujer que lo estaba volviendo loco desde que la había conocido, y que no era otra más que Noa.

Desde la noche anterior, cuando la había visto apoyar su delicada cabeza en el hombro de Pierre, una furia desconocida y que nunca antes había sentido se instaló en su pecho, impidiéndole pegar ojo en toda la noche. Y que Derek llevara todo el día

pegado a ella como una garrapata sangrienta, y ésta riera las gracias, los halagos y los cumplidos que su compañero le prodigaba escandalosamente, tampoco había hecho nada por mejorar su mal humor.

En toda su vida no había conocido jamás a una fémina que lo descolocara como lo hacía ella. Cuando tenía asumido que no era más que una niñaata estirada, malcriada y consentida, resultaba que lo desconcertaba trabajando como la que más, y compartiendo mesa y comida con empleados con los que él nunca se había sentado antes. Y lo más curioso de todo era que lo trataba con una familiaridad y cordialidad que lo asombraba. Y no debería de sorprenderle, pues Asha lo tenía al tanto de todo el trabajo y papeleo adelantado y puesto al día en un tiempo récord, además de las mejoras e ideas que estaban llevando a cabo. Eso contradecía el hecho de que ella pensara no estar mucho tiempo allí. Y también, había visto con sus propios ojos cómo trataba tanto a empleados como a clientes con un respeto y un cariño dignos de elogio; por supuesto, a todos... menos a él.

Sin embargo, ese día lo había vuelto a dejar pasmado de nuevo, cuando había acatado sus órdenes sin rechistar. Bueno, casi sin rechistar. Eso, en ella, visto todo lo acontecido en los últimos días, resultaba todo un logro. Por ello se preguntaba si realmente había asumido dónde estaba e intentaba encajar en aquel lugar, o si debía sospechar que estuviera tramando algo.

Desde fuera parecía que lo estuviera intentando, pero él no las tenía todas consigo. Y que flirteara con el francés y con Derek delante de sus narices lo ponía furioso.

Bebió otro trago de cerveza mientras se preguntaba a qué demonios estaba jugando Noa. En un principio, había visto su relación con el chef tan sólo como una simple amistad, pero cada vez más, sobre todo ese mediodía durante el almuerzo, había percibido una complicidad con él distinta a todos los demás. Y aunque había estado hasta el momento bastante seguro de que el cocinero estaba loco por Asha, en ese instante ya no lo tenía tan claro. Pierre era un hombre y, como tal, era perfectamente plausible que se hubiera cansado de los desaires y la indiferencia de la keniatá. Sobre todo cuando tenía a su lado a una mujer tan hermosa como Noa, que además, con él, era especialmente agradable y atenta. Por lo que no lo culpaba por cambiar sus atenciones y dirigirlas a alguien que sí era receptiva. Pero dolía, maldita sea. Dolía como el demonio que ella pudiera estar interesada en el francés, y en cambio a él lo tratara como a escoria.

Y con Derek... Bueno, a punto estuvo de perder los papeles y agarrarse a golpes cuando vio cómo ese tipejo aferraba con sus asquerosas manos ese precioso culo en forma de corazón. En ese momento se puso tan colérico que no le hubiera importado tener una buena pelea, sobre todo para resarcirse y aligerar la frustración que lo estaba ahogando. Y el hecho de que Noa, a pesar de que no lo alentaba, tampoco le parara los pies, lo estaba desquiciando. La conocía lo suficiente como para saber que su lengua viperina era mortal si decidía detener los avances de un hombre en el que

no estuviera interesada; por eso cada vez soportaba menos que el guía estuviera cerca de ella.

Bebió de nuevo de la botella, maldiciéndose por su estupidez. Sabía que no tenía ningún derecho en recriminarle a ninguno de los dos su interés por Noa. Y que no era nada de ella para poder impedirles sentirse tan atraídos como lo estaba él mismo. Pero algo primitivo que no había sentido en su vida lo abrumaba y no le dejaba actuar coherentemente, consiguiendo que estuviera a punto de comportarse como tantas veces ella le había llamado: como una bestia.

Iba a volver a darle un trago a su bebida, cuando de repente vio entrar en el comedor a la mujer que lo traía de cabeza, quedando su mano suspendida en el aire, la mandíbula descolgada y la pajarita de su esmoquin apretándole tan fuertemente que se estaba quedando sin aire.

—¡Virgen santa! —murmuró impresionado.

Capítulo 12

Cuando Noa entró en el comedor, reparó sorprendida en que la gente había parado de hablar para centrar su atención en ella, provocando que un furioso rubor tiñera sus mejillas. No iba a pecar de falsa modestia. Sabía perfectamente que el precioso vestido de color rojo, entallado y ajustado a su cuerpo resaltando sus curvas, con un escote en palabra de honor y una pequeña cola, le quedaba como un guante. Y que su piel blanca y el cabello rubio contrastaban con él, logrando que pareciera sugerente y elegante al mismo tiempo.

Y aunque ella estaba acostumbrada a codearse, en fiestas de postín, con personas que lucían carísimos trajes de firmas de alta costura como el que llevaba puesto, nunca había sentido todos los ojos dirigidos a ella. Muy contrariamente a lo que creía, no era una sensación demasiado agradable. La impresión de ser examinada con lupa la abrumó por completo sin poder evitarlo, provocando que un nerviosismo extraño la embargara.

En España, después de hacer el equipaje, se había preguntado para qué demonios había metido unos trajes de fiesta en la maleta, si iba a viajar a un lugar situado en medio de ninguna parte, rodeado de animales y pobreza. Pero lo había hecho por pura costumbre, y ahora, visto lo visto, no se arrepentía en absoluto.

Buscó azorada con la mirada a Asha, y la encontró en el otro extremo de la sala, hablando con el *ranger* Shukrani, así que, decidida, se encaminó hacia ella para mantener una pequeña charla antes de la cena. No obstante, fue interceptada a medio camino por Derek.

—¡Vaya, estás espectacular!

—Gracias —contestó a la vez que él le hacía una reverencia para luego cogerle la mano y besársela.

—Tengo que confesar que eres la mujer más bella que hay en este hotel. No, miento. Para ser totalmente sincero, eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida —le dijo, fijando en ella una mirada tan llena de deseo que hizo que diera un pequeño paso atrás.

—Derek, no creo que sea apropiada... —balbuceó incómoda.

—Me gustaría que me reservaras el primer baile de esta noche —la interrumpió haciendo oídos sordos—. Quiero tener el honor de ser el primero con el que bailes.

A Noa la incertidumbre la intimidaba, y de pronto notó un cosquilleo en la base de la nuca. Cuando giró la cabeza a su izquierda, se encontró con Alonso observándola detenidamente, con un atisbo de reproche en sus penetrantes ojos, y se preguntó sorprendida por qué seguía tan enfadado. Después de unos instantes, volvió a centrar su atención en el hombre que todavía tenía sujeta su mano, retirando ésta con rapidez. Por un lado, quería dejarle claro que no estaba interesada en él de

manera romántica, pero, por otro, ése no era el momento ni el lugar adecuado para mantener esa conversación. Además, que le solicitara un baile tampoco tenía nada de malo; por tanto, decidió que hablaría con él más tarde sobre ese asunto. Y sobre lo que pensase Alonso de ella... En fin, llevaba juzgándola erróneamente desde que la conocía, así que debía dejar de importarle, de una buena vez, lo que él opinase o creyera saber sobre su persona.

—Claro —le confirmó, impaciente por sacárselo de encima—. Si me disculpas, tengo que hablar un segundo con Asha.

—¡Por supuesto! Pero no lo olvides, el primer baile.

—Sí, sí, no lo olvido.

Dicho esto, se encaminó presurosa hacia su amiga.

—Shukrani, ¿te importa si te la robo un momento? —le solicitó al llegar a su lado.

—Por supuesto que no —contestó éste y las dejó a solas.

—¡Estás preciosa! —señaló la keniata, admirándola.

—Gracias, tú también.

—No mientas, eso es imposible. Yo no tengo un vestido tan espectacular como el tuyo —rebatió con algo de envidia.

—Es sólo un vestido, Asha —comentó con una sonrisa agradecida por su halago—. Tú, en cambio, te pongas lo que te pongas, luces un porte y una elegancia que ya quisiéramos muchas.

—¡Oh, eso no es verdad! —la contradijo, ruborizándose hasta las cejas.

—Créeme, cielo, eso es muy cierto —afirmó complacida al ver la turbación de la mujer—. Además, si es por vestidos, te dejo los que quieras. Pero de eso hablaremos en otro instante. Lo que quiero saber es qué ha pasado exactamente entre Pierre y tú en la cocina.

A Asha le cambió la expresión del rostro en cuanto le nombró al francés.

—No me hables de ese individuo, porque me pongo mala —respondió con los dientes apretados.

—No entiendo por qué le tienes tanta inquina —replicó confundida.

—No es inquina —se apresuró a aclarar—. Lo que pasa es que...

Pero se quedó callada sin saber cómo explicarle a su amiga los sentimientos que tenía sobre el chef.

—¿Qué? —la instó a proseguir Noa con curiosidad.

Pero ésta negó tercamente con la cabeza. No es que no confiara en ella; le caía muy bien, además de haberle demostrado comprensión cuando le había contado el problema con su familia, por lo que le estaba muy agradecida. Pero esto era distinto. Lo que le había sucedido era demasiado doloroso e íntimo, y ella no se veía con fuerzas para explicarle por qué rechazaba a Pierre.

—El muy presuntuoso estuvo pavoneándose por toda la cocina como un gallito en su corral —le comentó al fin, sin contar toda la verdad—. En cuanto me despistaba,

lo tenía pegado a mi cogote, diciéndome cómo tenía que hacer las cosas.

—Supongo que intentaba ayudarte, Asha. Creo que has sido un poco injusta con él.

—¿Injusta?! Pero si hubo un momento en que se puso detrás de mí a lo Patrick Swayze en *Ghost*, tratando de explicarme cómo pelar una patata. ¿Te lo puedes creer?

Noa no pudo evitar echarse a reír al imaginarse la escena. Tenía que reconocer que Pierre había sido muy poco sutil intentando acercarse a su compañera, y por supuesto ésta no había reaccionado como él había esperado.

—No soy ninguna estúpida, Noa —manifestó cruzándose de brazos, todavía molesta— y creo ser lo suficientemente hábil como para pelar una patata con pelador en vez de con cuchillo sin que ese engreído me enseñe a hacerlo. Además, hubo otros detalles que me sacaron de quicio y me hicieron perder la paciencia con él.

Como, por ejemplo, las alarmantes sacudidas que la recorrían entera cada vez que él se acercaba y le susurraba al oído, pensó Asha. O cómo su cuerpo se tensaba como una cuerda cada vez que él la rozaba sin querer. A pesar de que procuraba con todas sus fuerzas no sentirse atraída por el chef, su cuerpo la traicionaba a la menor oportunidad. Y no podía evitar ponerse nerviosa cada vez que Pierre la observaba, o que su corazón latiese desbocado cuando le sonreía con esa pícara sonrisa suya. Por eso, al final, siempre acababan discutiendo. En cuanto él se acercaba más de lo normal, tenía que poner distancia entre ellos, levantar una barrera que la salvara de caer en la tentación de sucumbir a lo que verdaderamente sentía. Y la única forma que ella conocía era ser distante y fría con él. Aun así, el muy obstinado le ponía las cosas muy difíciles, llegando por su culpa a protagonizar momentos tan surrealistas como los acontecidos ese día.

—Cariño, sabes que los hombres son un poco... torpes a la hora de explicarse —le expuso Noa, utilizando una frase con segundas intenciones que su amiga, por supuesto, no entendió—, pero estoy segura de que fue sin ninguna mala intención.

Asha bufó, incrédula.

—Fuera con o sin mala intención, te juro que, si no llegáis a entrar en ese instante, no sé qué hubiera ocurrido. Porque tenía unas irremediables ganas de retorcerle el cuello —confesó, todavía molesta.

Noa volvió a carcajearse al recordar la cara desenchajada de Pierre mientras era perseguido por toda la cocina, cuchillo en mano, por la asesina en serie de su compañera.

—¡Madre mía, tenías que haberte visto! —le dijo después de recuperar el aliento—. Siguiendo con los símiles de actores de películas, esta tarde eras igualita que Norman Bates disfrazada de su madre en *Psicosis* —comentó echándose a reír.

Asha no pudo evitar una pequeña sonrisa de diversión al imaginarse la escena vista desde fuera.

—¡Ay...! —continuó Noa después de secarse una lágrima—. Sólo te faltaba el moño y la rebeca, eras calcada.

Al final acabaron las dos riéndose juntas de la penosa situación.

Minutos después, Noa buscó con disimulo a Alonso, y lo encontró charlando animadamente con la doctora, y de inmediato apartó la mirada, dolida por esa imagen. A pesar de lo mucho que luchase contra ello, no podía evitar sentir celos de cualquier fémina a la que el guía le prestase atención. Pero, sobre todo, le repateaba el estómago que tuviera buena relación con Sofía Albricci, pues esa mujer la había menospreciado desde que la había conocido. No entendía qué le había hecho para que, desde el minuto uno, la italiana se mostrara tan fría y distante con ella, sin haberle ni tan siquiera dado la oportunidad de conocerla, pero tampoco se iba a rebajar a preguntárselo. Si se sentía amenazada de algún modo por ella, podía estar bien tranquila, pues Alonso tenía las miras puestas en una morena con buena delantera que vivía en la ciudad, y no en su persona precisamente.

Al poco tiempo se sentaron para cenar, y la diversión que había disfrutado instantes antes con su amiga desapareció en cuanto tomó asiento en la mesa.

Derek siguió con su acoso y derribo de forma descarada delante de todo el mundo, poniéndola en una situación muy incómoda. El ambiente estaba tan tenso que se podía cortar con un cuchillo. Ella se tuvo que morder la lengua por respeto hacia los demás comensales, para no saltar y protagonizar una escena bochornosa. Sin contar, por supuesto, con las miradas de censura de Alonso y las de odio mal disimulado de la doctora. No entendía esa actitud para con ella, pues no estaba haciendo nada por alentar la conducta tan atrevida de Derek. Aun así, percibía cómo la culpaban por el comportamiento del hombre, sintiéndose agobiada por esas recriminaciones silenciosas y del todo injustas.

—¿Ya te he dicho lo arrebatadoramente hermosa que estás? —reiteró el guía, insistente—. Eres con mucho la mujer más impresionante de este hotel.

—Derek, por favor, no sigas —susurró avergonzada.

—¿Por qué? No estoy diciendo nada que no sea verdad. ¿No es cierto, Alonso?

Éste tomó su copa de vino y le dio un trago, en tanto clavaba sus ojos en ella antes de contestar.

—Honestamente no me había fijado —mintió, posando su copa despacio en la mesa.

—Pues hay que estar ciego para no hacerlo, amigo —contestó su compañero sonriendo con petulancia.

—Por favor, Derek —le rogó desesperada.

—Es cierto que está hermosa —contestó Alonso después de limpiarse los labios con la servilleta—, pero no más que cualquiera de las otras mujeres que están sentadas en este salón.

Noa observó cómo decía esto último dirigiéndose concretamente a Sofía, que estaba sentada a su lado, y ésta le sonreía, agradecida por su comentario. Cuando volvió a fijar sus ojos en ella, estaban fríos como el hielo, resultándole extrañamente peligrosos y provocándole un escalofrío que la recorrió de arriba abajo.

Asha intentó ayudarla al percatarse del mal rato que estaba pasando su amiga, cambiando de tema e intentando llevar la conversación por otros derroteros, pero Derek la interrumpió de forma maleducada y sin importarle ofenderla.

—Mi querido Alonso, tú siempre tan políticamente correcto —señaló para después reírse desdeñosamente—. Sin duda, te honra tu caballerosidad.

Éste apretó con fuerza los dientes, consiguiendo que el músculo de su mandíbula temblara por el esfuerzo tan grande que estaba haciendo por controlarse y no saltar como él quería.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que tú no lo eres? —preguntó la doctora, enfadada—. ¿O acaso somos menos hermosas por no estar podridas de dinero?

Derek le lanzó una extraña mirada amenazadora, dándole a entender a su compañera que el comentario que había hecho estaba fuera de lugar. Noa, cansada de esa situación, se levantó de la mesa, porque, si seguía un minuto más allí, se iba a armar una muy gorda.

—Si me disculpáis, necesito ir al lavabo.

Dicho esto, se marchó apresuradamente antes de montar un escándalo delante de los clientes, escondiéndose en el baño para intentar sosegar. A los dos minutos apareció Asha y, preocupada, se acercó a ella para darle ánimos.

—¿Te encuentras bien?

—¿Tú qué crees? —respondió visiblemente alterada.

—Tranquilízate.

—¡Que me tranquilice! —replicó furiosa, mientras se agarraba con fuerza al lavamanos—. ¿No sé a qué demonios está jugando Derek, ni a cuento de qué viene toda esta charada, Asha?

—Yo tampoco lo entiendo.

—¿Y Sofía? —inquirió desconcertada, mirándola a través del espejo—. ¿Qué es lo que le he hecho a esa mujer para que me trate de esa manera?

—La actitud de la doctora no me extraña, pues siempre ha actuado sintiéndose muy por encima de los demás.

—Pues esa bruja no sabe el enorme esfuerzo que he hecho para no decirle cuatro cosas bien dichas —aseguró.

—No te pongas a su mismo nivel, Noa. No merece la pena —le aconsejó la keniana, intentando calmarla.

—Esto va más allá de ponerse o no a su nivel, Asha. Es más una cuestión de dignidad. Quizá nadie se haya atrevido a ponerla en su sitio, y ya va siendo hora de que le digan cuatro verdades. No le consiento a nadie, y menos a ella, que hable de mí con ese desprecio, ¿entiendes?

Su compañera la agarró por los hombros y le dio la vuelta para tenerla cara a cara.

—Escúchame bien, cielo. Si te enfrentas a ella de manera directa, lo único que vas a conseguir es dejarla como una víctima, y poner en tu contra al jefe Alonso. Tienes que ser más inteligente que ella y vencerla en su mismo juego.

—No sé, Asha, no creo que sirva para este tipo de ardides. Soy demasiado directa y, si me busca, ten por seguro que me va a encontrar.

—Pues vas a tener que aprender a ignorarla si no quieres buscarte un problema mayor. Ten en cuenta que, hasta ahora, era la única mujer que recibía las atenciones de los hombres, y desde que tú has llegado se siente amenazada, pues ha dejado de ser la única diosa del edén.

Noa se quedó callada durante unos segundos, para levantar una ceja a continuación.

—¿Diosa del edén? —preguntó divertida, pues saber que la otra mujer sentía envidia y temor de ella la complacía sobremanera.

—¿Ah, no? —demandó su compañera, extrañada por su cambio de humor.

—Tenéis cada cosa en este país... —le soltó, girándose para atusarse el pelo—. Como mucho podría llegar a considerarse duendecilla.

—Tienes razón —corroboró, aliviada de que se lo tomara de esa manera.

—No, mejor —añadió de pronto, mientras sacaba su pintalabios del pequeño bolso de mano y se lo aplicaba—: Estoy siendo muy generosa si te digo que a lo máximo que llega es a aspirante a trol.

Ambas encontraron sus miradas a través del espejo y de repente se echaron a reír.

—¡Dios mío, somos muy malvadas! —susurró Asha, buscando tardíamente si había alguien en el baño que las estuviera escuchando.

—¡Qué va! Somos peor aún.

Después de terminar de aplicarse el carmín y guardarlo en el bolso, Noa se volvió hacia su compañera con seriedad.

—Gracias, Asha. Por todo —le agradeció conmovida.

—No me las des. Para eso estamos las amigas, ¿no?

Y de pronto se dio cuenta de que efectivamente era así. A pesar de toda la gente que conocía en España, había encontrado, tan lejos de su hogar y del ambiente que ella frecuentaba, a una verdadera amiga. Junto con Paula, podía considerar a Asha como a una de las pocas personas de las cuales se fiaba, y además podía contar con ella, demostrándolo el hecho de que se encontraba en aquellos momentos allí, apoyándola y aconsejándola como una buena compinche. Evidentemente emocionada, se abrazó a ella, respondiendo a su cariño y apoyo con esa muestra de afecto.

Después de ese momento sensiblero, decidieron volver juntas al salón, pues no podían estar escondidas indefinidamente en los aseos de mujeres. Cuando reaparecieron, en vez de ir a sentarse, Noa se paseó por las mesas de los clientes para preguntarles qué tal habían vivido los seis días de safari, siendo Asha la única en ir directamente a la mesa. La excusa fue perfecta, pues duró el tiempo justo que tardaron en acabar los postres y prepararlo todo para el baile de despedida que se iba a celebrar a continuación.

Por supuesto, no le quedó más remedio que bailar la primera pieza de música que

sonó esa noche con Derek, y se le hizo eterna, pues el hombre la pegaba a su cuerpo más cerca de lo normal. Cuando acabó la canción, él insistió en bailar otra más con ella, y desesperada buscó con la mirada a su alrededor, para encontrar cualquier excusa que la redimiera de seguir con aquel martirio. Lo único que encontró fue a Alonso con la doctora, bailando muy juntitos, cerca de ellos. Siguió disimuladamente con su tira y afloja, pues intentaba inútilmente poner espacio entre Derek y ella, mientras que éste seguía apretándola contra su cuerpo, a la vez que le susurraba palabras subidas de tono al oído.

—Si me disculpas, tengo sed y me gustaría beber algo —le indicó, parando de bailar en la tercera canción y separándose de él.

—¿Quieres que te traiga algo de beber?

—No, gracias. Sé hacerlo yo sola.

—Pero a mí no me importa traerte lo que quieras —insistió.

Noa negó con la cabeza y tomó sus manos, que todavía la tenían sujeta por la cintura, para separarlas de su cuerpo. Él no pilló la indirecta y la agarró con firmeza para arrimarla de nuevo a él y seguir bailando.

—Venga, nena, lo estamos pasando muy bien juntos. No seas aguafiestas.

—¡Basta, Derek! —le espetó enfadada, más alto de lo que había pretendido—. Por esta noche ya ha sido más que suficiente.

El guía la miró sorprendido, sin entender a qué venía esa reacción. Avergonzada, se percató de que al final habían conseguido lo que con tanto ahínco había intentado evitar: una lamentable escena, con la gente a su alrededor observándolos.

—Mañana por la mañana tú y yo vamos a tener una conversación —siseó furiosa— y a dejar claras algunas cosas entre nosotros.

Luego se marchó de allí, dejando al guía totalmente desconcertado.

—Espero que estés contenta con lo que has conseguido —le reprochó Alonso detrás de ella.

Noa llevaba unos minutos sentada en la escalera que daba al jardín, intentando calmarse, pensando en cómo se había descontrolado la situación con Derek y qué habría podido cambiar para no llegar a aquel extremo. Se levantó despacio, girándose, y se encontró con él apoyado en una columna, con las manos en los bolsillos. El muy condenado estaba extremadamente guapo con el esmoquin que vestía. Le sentaba como un guante y lo hacía parecer elegante y... sin lograr entenderlo muy bien, peligroso a la vez.

En verdad lo envolvía un aura. Un halo de animal salvaje y amenazador, agazapado y listo para atacar, que la hizo sentir, en esos instantes, como una presa indefensa ante sus inevitables encantos, hipnotizada por una atracción feroz que no podía evitar sentir, por mucho que luchase contra ella.

—¿Y qué es, según tú, exactamente lo que he conseguido?

—¿Hace falta que te lo explique?

—Sí, hace falta —señaló cruzándose de brazos—. Me he dado cuenta de que es mejor dejar las cosas claras entre tú y yo, para que después no haya lamentables malentendidos.

—¿Quieres decir que lo que ocurrió ahí dentro fue un malentendido? —preguntó dejando su pose indolente y separándose de la columna para bajar despacio la escalera—. Porque, para mí, lo que ha sucedido ha estado muy claro desde un principio.

—Por favor, ilumíname con tu portentosa percepción —le rogó con toda la ironía de la que fue capaz.

—Ya te advertí hace poco de que tus intentos de seducción son patéticos, niñaata, y esta vez se te ha ido de las manos.

—¡Vaya! Así que realmente crees que estaba seduciendo a Derek. No sé de qué me sorprendo.

—Ha sido más que evidente, no lo niegues —aseveró parándose delante de ella.

Noa estaba empezando a enfadarse a pasos agigantados. No sólo había tenido un desagradable desencuentro con Derek, sino que además tenía que aguantar las injurias y prejuicios de este Tarzán trasnochado. Estaba comenzando a cansarse de que siempre pensase lo peor de ella, sobre todo cuando era el menos indicado para criticar.

—Y dime, Alonso, ¿serías tan amable de recordarme el momento exacto en el que, según tú, empecé a ligar con tu compañero?

Él se tomó unos segundos, pensando y rebuscando en su memoria el momento en el que advirtió su descarado flirteo... y, para ser honestos, le costó un poco encontrarlo.

—En la cena en la que fuiste presentada —dijo al fin, mirándola con suficiencia—. Te pasaste todo el tiempo hablando con él.

—Ajá —comentó apoyando su dedo índice en la barbilla y dando pequeños golpecitos con él—. Si no recuerdo mal, esa noche hablé con todo el mundo. Si me rijo por esa regla de tres, según tú, intenté ligar con todos los presentes... menos contigo y con Sofía Albricci, la cual me ignoró por completo porque sólo tenía ojos para ti.

—Eso no es cierto.

—Yo no estoy de acuerdo, querido. Además, no vas a ser el único con derecho de pensar mal aquí. Pero, como estoy segura de que no vamos a llegar a ningún entendimiento, te ruego que sigamos con el tema que nos ocupa —le aclaró, instándolo a que prosiguiera con un gesto de la mano.

Alonso esbozó una sonrisa torcida, satisfecho al estar convencido de que no podría rebatir su siguiente comentario.

—¿Y qué me dices de esta tarde, Noa? Lo has tenido pegado a tus faldas todo el tiempo.

—Cierto. Y te puedo asegurar que intenté deshacerme de él muy educadamente, pero no hubo forma. ¿Puedes decir tú lo mismo sobre Sofía? Porque recuerdo perfectamente que estuvo todo el tiempo contigo.

—Sofía y yo sólo somos amigos.

—¡Por supuesto! —bufó, incrédula—. Y pretenderás que me lo crea. Pero continúa, por favor; estoy deseando saber más sobre cuáles son mis pecados.

—¿Y lo que ha pasado esta noche en la mesa? —insistió, volviendo a meter las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Y qué ha pasado exactamente esta noche en la mesa, Alonso?

El guía pensó más detenidamente, y la sonrisa desapareció de su rostro al percatarse de que ella en ningún momento propició los comentarios de su compañero.

—Pudiste haber cortado de raíz sus halagos y comentarios fuera de lugar —insistió con terquedad, en un inútil intento de demostrar que ella había jugado con su compañero.

—Tienes toda la razón —contestó con los brazos en jarras, harta de sus recriminaciones—. Según tú, tendría que haber montado un escándalo en toda regla delante de los clientes. Tendría que haberlo puesto en su lugar delante de todo el mundo, para que tú te quedaras totalmente satisfecho, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—¡Por supuesto que no! —rebató enfadada—. Sólo has insinuado que intenté seducir a un hombre sin ningún tipo de pruebas. Y, no contento con eso, cuando al final hago lo que tú esperabas, también me culpas por no haber sido discreta y pararle los pies a Derek, sin que éste me dejara otra opción que hacerlo delante de los clientes. ¿En qué quedamos, Alonso? ¿Coqueteo o no coqueteo con Derek? ¿Lo pongo en su lugar delante de los demás comensales o intento ser discreta?

«¡Mierda!»

Él sabía que ella tenía razón. Quizá no había sido del todo justo con Noa. Comenzaba a ver claro que la había juzgado mal sin razón y que, primero su antipatía hacia ella, y después su fuerte atracción, lo habían empujado a ver situaciones del todo inexistentes. Se empezó a frotar con impaciencia la nuca, incómodo por un inesperado sentimiento de culpabilidad.

—¡Qué típico de los hombres cubriros unos a otros! —continuó, decepcionada con él—. Mientras que Derek, que es quien se ha estado insinuando claramente, se libra de toda culpa, a mí se me sermonea sin razón alguna. Porque lo más triste, Alonso, es que tú has actuado de forma semejante con Sofía. Pero, claro, no es lo mismo porque eres hombre. Y lo que es peor aún, tú tienes novia y yo no. Yo soy libre y no le tengo que dar cuentas a nadie, pero, como soy mujer, se me recrimina mi actitud. ¿Qué crees que pensaría Vanesa de tu relación con Sofía?

—Eso no es justo. Sofía y yo sólo somos colegas y compañeros de trabajo, no hay nada entre nosotros. Y sobre Vanesa...

—¿Y tú?, ¿has sido justo conmigo, Alonso? —lo interrumpió, dolida porque

todavía siguiese culpándola—. Mi relación con Derek es estrictamente laboral, pero eso no te ha impedido reprocharme una actitud del todo inapropiada según tú, sin ningún tipo de evidencia, además.

Se quedó callado, pues sabía que tenía razón.

—Pero no sé de qué me extraño —continuó cuando se convenció de que él no iba a disculparse—. Me has estado prejuzgando desde el mismo segundo en el que me conociste.

—Eso no es cierto —manifestó, dolido porque pensase eso.

Noa se acercó a él para mirarlo directamente a los ojos.

—¡Júrame que no es cierto, Alonso! Niégame, si eres capaz, que, desde el mismo instante en que bajé del avión, no tenías una opinión desfavorable de mí.

Él no pudo aguantarle la mirada, porque volvía a tener razón, y empezó a pasearse de un lado a otro, incómodo consigo mismo.

—¿Y qué querías que pensase, Noa? —dijo al fin—. Tu padre me advirtió sobre ti. Me dijo que estabas acostumbrada a salirte siempre con la tuya, que eras demasiado caprichosa y testaruda, y que no debía dejarme manipular por ti.

Ella se quedó callada durante unos segundos, mientras una extraña expresión cruzó por su rostro, consiguiendo que sus ojos se humedecieran. Al verlo, el guía dio un paso hacia ella, pero al final se retuvo.

—Tú no conoces a mi padre, Alonso. No tienes ni idea de quién es Diego Montalbo —confesó, esperando que le diera una oportunidad de demostrarle que su padre no tenía razón.

—A ti tampoco te conozco.

Noa bajó la mirada al suelo, para que él no viera lo mucho que le habían dolido sus palabras. A pesar del tiempo que llevaban trabajando juntos, seguía prefiriendo creer las palabras de un hombre al que sólo había visto un par de veces en lugar de cambiar de opinión sobre los prejuicios que tenía sobre ella. De repente levantó la cabeza con altivez y, cuadrando los hombros, encontró el coraje suficiente como para enfrentarse a él, alzar una muralla inquebrantable a su alrededor y fingir que le importaba muy poco su opinión.

—Eso es cierto, no me conoces en absoluto. Ambos somos muy distintos, como la noche y el día, y quizá tengas tus razones para seguir pensando lo peor de mí. Y seguramente mi padre tiene razón y soy la peor persona del mundo... pero, a pesar de nuestras diferencias, quiero que sepas que esta noche intenté llevarme bien contigo, aunque evidentemente mis esfuerzos han sido en vano.

Y haciendo un gran esfuerzo por retener las lágrimas que pugnaban por salir, y tragándose el poco orgullo que le quedaba, finalizó.

—Siento mucho lo de esta noche, Alonso. De verdad que lo siento.

Acto seguido, se giró para subir la escalera y marcharse de allí.

—Noa —la llamó él.

Pero ella no se volvió. No quería que viera cómo sus ojos anegados no podían

retener por más tiempo las gotas saladas que recorrían su rostro desencajado.

—¡Noa! —la volvió a llamar.

Pero sus pies se negaban a ir detrás de ella. Tenía miedo. Sí, tenía miedo de lo que podía hacer si la alcanzaba, porque no quería volver a sufrir. Tenía auténtico pavor a su rechazo, a que se riera de él, a que lo menospreciara como ya lo habían hecho antes.

—¡Maldita sea! —maldijo furioso—. ¡¡¡Joder!!!

Capítulo 13

Por segunda vez esa noche, Noa volvió a esconderse en los aseos de mujeres. Esta vez se metió dentro de uno de los cubículos, cerrando con pestillo para que nadie la viera llorar. Por mucho que intentara ocultarlo a los demás, no podía hacérselo a sí misma. Las palabras de Alonso le habían dolido, porque realmente le importaba su opinión. Desde un principio era conocedora de la mala imagen que tenía de ella, pero siempre albergó la esperanza de que, cuando la conociera de verdad, esa impresión cambiaría... pero evidentemente se había equivocado. Y en nada ayudaba lo que su padre iba diciendo de ella. Creyó, al menos, que, al estar tan lejos de su hogar y de sus amigos, se podría deshacer de las influencias de su progenitor. Pero resultaba obvio que se había vuelto a equivocar. Después de destrozarle la vida a ella y a su hermano, y de mandarla a miles de kilómetros de distancia, mantuvo la pequeña creencia de que, por lo menos, la dejaría en paz. Pero, pese a todo y desde la lejanía, seguía influyendo en su vida y manipulaba a la gente a su antojo, desconocedora de la verdadera personalidad del honorable Diego Montalbo.

Se limpió la nariz con papel higiénico, mientras volvía a pensar en su conversación con Alonso y en lo mal que la había hecho sentir. Tenía que admitir que ella también tenía su parte de culpa, pues no le había puesto las cosas fáciles. Reconocía que era terca, orgullosa y muy testaruda, pero, justo cuando esa noche había intentado llevarse bien con él, todo se había torcido. Nada le había salido a derechas.

Primero su patético intento de celestina entre Asha y Pierre, que casi acaba en tentativa de homicidio por parte de su amiga. Luego el infructuoso afán de mantener a raya a Derek y su acoso desmedido, finalizado en una vergonzosa discusión delante de los clientes. Y, por último, su inútil empeño en demostrarle a Alonso que podía ser una mujer competente... de hacerle ver que no era esa niña egoísta y malcriada que él pensaba, que podía trabajar como la que más y ser buena en lo que hacía. Pero lo único que había logrado era concluir con otro enfrentamiento entre ambos.

Cogió otro trozo de papel y se secó las lágrimas con rabia, maldiciendo ese país y la mala fortuna que la acompañaba desde que había llegado allí. Pero se le escapó otro sollozo al sentirse tan sola y desamparada en ese lugar. Era irónico que, siendo una mujer que se suponía que lo tenía todo en la vida, pudiera sentirse tan infeliz. El dicho «el dinero no da la felicidad», en su caso, era cierto. Obviamente ayudaba mucho, pero en esos momentos hubiera cambiado todo lo que poseía por una vida totalmente distinta. Una vida en la que no se sintiera tan sola y desdichada.

Después de unos minutos de flagelarse y autocompadecerse, decidió que de nada le servía esconderse allí y lloriquear por las esquinas, pues los problemas iban a seguir donde los había dejado. Así que salió del baño para refrescarse un poco la cara

en el lavabo, sacar del bolso de mano su polvera para arreglar su maltrecho maquillaje y, tras soltar un fuerte suspiro, ensayó delante del espejo una sonrisa enseñando los dientes, para demostrar todo lo contrario a lo que sentía.

«Esto, a los Montalbo, se nos da bien —pensó irónicamente—. Tenemos años de práctica y hasta podría decirse que lo llevamos en los genes.»

Cuando creyó que estaba preparada, se dirigió hacia el comedor, recién convertido en salón de baile, dispuesta a simular que todo estaba perfecto, que su vida era ideal y que no había nada ni nadie que le afectase de ningún modo. En definitiva, lo que venía a ser su día a día.

Cuando hizo acto de presencia, la primera que se acercó a ella fue Asha, seguida de cerca por el francés.

—¿Estás bien? —le preguntó angustiada—. Estaba preocupada por ti. Te estuve buscando, pero no te encontré por ninguna parte.

—*Oh, ma petite!* Ya me contó Asha lo sucedido. Ese Derek es *odieux*.

—Tranquilo, Pierre, estoy bien —contestó sonriéndoles a ambos—. Lo que sí me extraña mucho es que ya os habléis —comentó para desviar el tema, y complacida a la vez por verlos juntos.

—No lo creo —intervino su amigo mirando con disimulo a su ayudante, la cual desvió la cara para no enfrentarlo directamente—. Sólo hemos hecho un alto el fuego porque estábamos preocupados por ti.

—Bueno, por lo menos he servido para algo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Asha, extrañada.

—A nada, no te preocupes —respondió quitando hierro al asunto—. ¿Todo ha ido bien por aquí mientras he estado ausente?

—Todo correcto —le confirmó su amiga.

Sus compañeros se miraron desconcertados por verla tan tranquila. Noa, forzando una alegría que no sentía ni de lejos, preguntó al cocinero:

—Muy bien, Pierre, entonces, ¿me vas a sacar a bailar o voy a tener que pedirte de rodillas?

—¡Por supuesto! —declaró aliviado de ver que ella estaba bien.

Dicho esto, muy galantemente, le ofreció su brazo para llevarla al centro del salón y después comenzar a moverse al ritmo de la música que estaba sonando. Mientras bailaban, Noa observó a Derek, quien estaba apoyado en la barra bebiendo una copa y con una extraña expresión en el rostro; la vigilaba sin quitarle los ojos de encima. Incómoda, intentó ignorarlo y, sin poder evitarlo, buscó a Alonso por la sala, pero no lo halló por ningún lado. Como la doctora tampoco estaba, supuso que estaría con ella, pues se habían vuelto inseparables desde que ésta llegara.

Después de bailar un par de temas más con el chef, se dedicó a despedirse y darles las gracias a los clientes, pues se marchaban temprano a la mañana siguiente. Les agradeció que hubiesen escogido el *resort* para su estancia y los invitó a volver siempre que quisieran. Un rato más tarde, cuando acabó su trabajo de relaciones

públicas, decidió que por esa noche ya había tenido suficiente, pues sólo deseaba llegar a su bungalow y hundirse en su cama, en un profundo sueño que le hiciera olvidar esa horrorosa noche. Pero, por supuesto, no podía irse sin antes despedirse de su amiga y de Pierre. Éste se ofreció a acompañarla, pero Noa declinó su amable oferta, pues lo único que deseaba era estar sola.

Mientras abandonaba el lugar, buscó por enésima vez la presencia de Alonso, pero de nuevo se desilusionó al no encontrarlo. Y mentalmente se maldijo por ser tan estúpida. Tenía que sacárselo de una maldita vez de la cabeza, pensó caminando hacia su alojamiento, aunque obviamente eso era más fácil de decir que hacer. Al llegar a su cabaña, se llevó una desagradable sorpresa cuando se encontró con Derek sentado en la escalera.

—¿Qué haces aquí, Derek? —le preguntó molesta.

—¡Vaya! Por fin te dignas aparecer —le dijo levantándose con evidentes signos de embriaguez, y posando una botella de alcohol en el escalón.

Noa se cruzó de brazos, a punto de perder definitivamente la paciencia con él.

—Es evidente que estás borracho —le recriminó con dureza—. Te sugiero que te vayas a tu habitación a dormir la mona, antes de que tome una drástica decisión.

—¿Para qué? Si total ya estoy despedido, ¿no? —le cuestionó, acercándose a ella tambaleante.

—Derek, no compliques más tu situación —lo advirtió.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó asombrada, elevando una ceja—. ¿Acaso hace falta que te lo explique?

El guía se acercó a ella; apestaba a alcohol.

—¿Por qué prefieres a ese jodido francesito antes que a mí? —inquirió agarrándola por sorpresa para aprisionarla entre sus brazos.

—¡Suéltame, Derek! —le exigió, atónita por su desfachatez, a la vez que forcejeaba para escapar de su abrazo.

—Yo soy tejano y mil veces más hombre que ese mequetrefe —se vanaglorió, mofándose de Pierre.

Ella intentaba, sin resultado pero luchando con todas sus fuerzas, lograr que el guía la soltase, pero éste era mucho más fuerte que ella.

—¡Escúchame bien, Derek! —dijo alzando la voz—. ¡Te ordeno que me sueltes! ¡¡¡Ahora!!!

Él no le hizo el menor caso y sonrió con suficiencia, mientras ella lo golpeaba desesperada con los puños, en un vano intento de escapar de su abrazo.

—Eres demasiado hermosa para que ese estúpido te toque un solo cabello —afirmó rotundo, con un tono de desprecio mal disimulado hacia el chef, en tanto intentaba acercarse para besarla.

Noa se oponía con todas sus fuerzas, empujando con ambos brazos y manos, mientras su respiración, agitada por el esfuerzo, atraía los ojos del hombre hacia sus

pechos, que subían y bajaban de forma frenética.

—Estás confundido, a mí no me gusta Pierre —le aclaró en un intento desesperado de que entrara en razón—. ¡Para ya, Derek!

Pero éste, con la mente embotada por el alcohol y el deseo insatisfecho, no atendía a razones. Lo único que quería era probarla, hacerla suya... que gritase de pasión entre sus brazos, mientras se hundía en ella una y otra vez. Deseaba saborear esa deliciosa boca y degustar su exquisita piel, mientras Noa se retorció de placer debajo de su cuerpo. Así pues, cogiéndole ambas manos, las llevó detrás de su espalda para que no le siguiera dando puñetazos en el pecho y los brazos.

—¡Por favor, Derek! ¡Me estás haciendo daño! —le rogó, empezando a alarmarse.

—Yo te puedo hacer disfrutar mucho más que ese imbécil —murmuró mientras empezaba a besarle el cuello.

—¡Te lo suplico, Derek! ¡Por favor, suéltame! —imploró mientras un miedo atroz le subía por la espalda, erizándole la piel—. ¡No me hagas esto!

Éste desoyó sus ruegos, para sujetarla con más fuerza e impedir que se soltase y, acercando su rostro, la besó presionando brutalmente sus labios contra los de ella.

—¡No! ¡Por favor!, ¡por favor!, ¡Derek, por favor! ¡Para! —suplicó mientras movía la cabeza de un lado a otro para que él no la besara.

Como ella luchaba con todas sus fuerzas, el guía agarró con una sola mano sus delicadas muñecas, para sujetar fuertemente con la que tenía libre su cabeza, obligándola a aceptar ese asqueroso beso. Noa peleaba y forcejeaba inútilmente, mientras lágrimas de desesperación mojaban su rostro. No podía creer lo que le estaba pasando. Pese a que era mucho más pequeña y frágil que él, se resistía con valentía, pero el esfuerzo extremo estaba haciendo mella en ella, empezando a debilitarla.

Su cuerpo temblaba por la repulsión que le provocaba la lengua y el fuerte sabor a alcohol, e intentaba cerrar con fuerza la boca para no ser invadida por él. Pero éste le tiró del pelo con violencia, deshaciendo la trenza lateral que llevaba y obligándola a abrir los labios para ser penetrada de forma brutal y repugnante.

—No tienes ni idea de lo mucho que te deseo —susurró en su oído, al separar su boca un segundo para besar su mentón, y después deslizar su lengua húmeda por la piel, lamiéndole el cuello—. Y sé que tú también me deseas.

El hombre continuó sin ser en realidad consciente del daño que estaba causando. Ofuscado por el alcohol, creía equivocadamente que estaba reparando una inexistente ofensa a su orgullo, por haber sido desechado al elegir ésta a alguien a quien despreciaba profundamente, como era al ridículo francés. Durante meses, había observado cómo el pusilánime hombrecillo babeaba repulsivamente por las atenciones de Asha, y cómo ésta lo desairaba una y otra vez, sin que el muy imbécil hiciera nada por evitarlo. En su aturdida mente no entendía que un pedazo de mujer como Noa pudiese estar interesada en un triste personaje que no merecía tan siquiera

su respeto.

Pero eso iba a cambiar. Sabía perfectamente que ella lo deseaba, pues se lo había demostrado el día que llegó. Bien era cierto que había perdido terreno por estar casi una semana fuera de juego, pero esa noche iba a enseñarle lo que era un hombre de verdad. Un hombre que la hiciera gemir de placer y que la satisficiera como ella se merecía. Y ese hombre no era Pierre.

—Me vuelves loco, nena.

Le agarró con fuerza un pecho, a la vez que denigraba su cuerpo besando y mordisqueando la piel descubierta de su hombro, para seguir luego más abajo, recorriendo el escote, mientras movía la cadera, haciéndole sentir su fuerte erección.

A Noa las palabras no le salían. En ese momento era tal el terror que la atenazaba que, aunque su vida dependiera de ello, no tenía fuerzas para gritar. Paralizada por el pánico, sentía, junto con los atronadores latidos de su corazón, los alaridos horrorizados que luchaban por escapar, agolpados y atascados en su garganta sin encontrar salida. Mientras, los recuerdos de otro momento de su pasado se amontonaban en su cabeza, provocando que sólo fuera capaz de llorar desconsoladamente. Se quedó rígida, como ausente de su cuerpo, mientras, sin comprender muy bien por qué, su mente logró desconectarse de ese salvaje ataque. Se vio a sí misma siendo agredida de esa forma tan rastrera por Derek, y cómo éste le subía el vestido por una pierna, para violar con su toque cada centímetro de su piel. Pero, aunque en su cabeza se gritaba desesperada que hiciera algo, su cuerpo no le respondía. Lo único que consiguió hacer fue morderse el labio con tanta fuerza que se hizo sangre. Y mientras degustaba el sabor metálico en su boca, sintió cómo él apretaba su trasero fuertemente debajo del vestido, para acercarla y restregarla contra su miembro erecto.

—¡Hijo de puta!

De repente notó que la liberaban de su prisión, para al instante siguiente ver a su opresor tirado en el suelo, mientras Alonso, arrodillado a su lado y agarrándolo por la camisa, le daba puñetazos en la cara. A Derek lo salvó el hecho de que, junto al guía, había llegado también Asir, y éste, con esfuerzo, logró liberarlo de su compañero, quien cegado por la ira lo golpeaba sin compasión. Ambos habían oído, desde la cabaña de Alonso, los gritos que débilmente había proferido Noa, para luego encontrarse con la desagradable escena que estaba aconteciendo en ese momento.

—¡Te voy a matar! —vociferaba fuera de sí, a la vez que era retenido por el *ranger* mientras observaba al americano, inconsciente, en el suelo.

—¡Cálmate, Alonso! —le rogaba su amigo, inmovilizándolo para que no saltara encima del otro hombre.

Pero éste hizo un quiebro con su cuerpo y cogió desprevenido a Asir, que vio, impotente, cómo se dirigía de nuevo a Derek para seguir golpeándolo. El empleado logró al fin separarlos de nuevo, pero tenía evidentes problemas para contener la ira desmedida de su jefe.

—¡Cobarde! —soltó furibundo, en tanto luchaba otra vez con el *ranger* para soltarse, después de que éste lo volviera a separar, y poder terminar así lo que había empezado—. ¡Joder, suéltame, Asir! ¡Sólo quiero matarlo con mis propias manos!

Noa, a través de su mente colapsada, vio por fin en él esa amenaza que tantas veces había intuido. Ésa en la que le había parecido un animal salvaje, a la espera de atacar por sorpresa a su presa. Y en verdad sintió miedo por Derek, pues sabía, sin ningún género de duda, que si Asir no era capaz de impedir su ataque, éste no tendría ninguna posibilidad. Pero su cuerpo entumecido no respondía, y observaba esa espantosa escena como si estuviese a miles de kilómetros de allí, mientras su cuerpo comenzaba a tiritar de forma descontrolada.

—¡Hijo de perra! —gruñó Alonso, respirando con dificultad por la ira contenida—. ¡Maldito bastardo, te voy a moler a golpes!

—¡Basta, Alonso! —bramó su *ranger*, intentando aplacarlo—. ¿Qué quieres? ¿Cometer una locura acaso? ¡Tranquilízate, hombre! ¡Derek ya no le puede hacer daño a nadie!

Cuando su jefe se cercioró de que el hombre tirado en el suelo no era ninguna amenaza, se separó, pasándose ambas manos por el pelo y respirando profundas bocanadas de aire en un intento por tranquilizarse, mientras daba vueltas sin sentido... hasta que de repente la vio allí, sola y llorando en estado de *shock*.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó acercándose a ella.

Y se paró en seco, sin saber qué hacer. Estiró los brazos y le tendió sus manos deseando abrazarla y consolarla, pero las retiró sin saber muy bien cuál sería su reacción. Advirtió su cara desencajada por el pánico, y cómo las lágrimas rodaban sin control por sus mejillas. Y maldijo de nuevo a su compañero por haberle hecho eso.

—¡Llévate a esa escoria de aquí! —le ordenó a su amigo volviéndose hacia él, y haciendo verdaderos esfuerzos por controlarse.

Éste había conseguido levantar a Derek y asintió muy serio, consciente de que se lo tenía que llevar lo antes posible por su bien. No sin trabajo, logró que el americano se apoyara en sus hombros y, renqueante, se lo llevó de allí medio ido, mientras gemía lastimosamente, dolorido por la paliza.

Alonso se giró para centrar otra vez su atención en Noa, y observó desolado su aspecto lamentable. Agarró con infinita ternura la cara de ella entre sus manos y, con un pánico atroz a que ese desalmado le hubiera hecho daño, y sin poder contenerse más, la abrazó con suavidad, mientras le susurraba palabras de consuelo.

—¡Chist... Ya estoy aquí! ¡Tranquila!

Después de acariciar delicadamente su cabeza durante unos minutos, se retiró un instante para observarla, mientras se le rompía el alma en mil pedazos. Con las yemas de los dedos levantó su barbilla para advertir que Noa, con la mirada perdida, no pronunciaba palabra ni tampoco reaccionaba. Se tuvo que obligar a permanecer a su lado, para no salir detrás de ese malnacido y acabar con su despreciable vida.

—Chist... pequeña —susurró contra su cabeza, estrechándola de nuevo entre sus

brazos—. Te prometo que ese miserable no volverá hacerte daño —le aseguró mientras depositaba dulces besos en su pelo.

Entonces percibió cómo su cuerpo comenzaba a estremecerse, con incontables temblores.

—Ya... ya... —intentó serenarla—. Chist... Estás a salvo. Tranquila, todo está bien.

De repente, sorprendido, creyó oír cómo ella decía algo una y otra vez, pero murmuraba tan bajito que no lograba entenderla. Aguzó el oído para poder descifrar sus palabras.

—No te entiendo, Noa —le dijo acunando su cara entre sus manos, mientras rezaba para que ella volviera en sí—. ¿Quién es Daniel, preciosa?

Y de pronto los ojos inertes de ella volvieron a la vida enfocándolos en él, y Noa se mordió el labio tembloroso, procurando evitar con todas sus fuerzas estallar en llanto. Pero fue un esfuerzo inútil, pues rompió a llorar de forma descontrolada, dejando salir de golpe todo el miedo y dolor que había retenido en su interior.

—Cálmate, cielo... Chist... Chist... Ya estás a salvo, pequeña.

A Alonso, desesperado y sin saber qué hacer, lo único que se le ocurrió fue volver a abrazarla, y ella se aferró a él con tanta fuerza que parecía que su vida dependiera de ello. El llanto era tan desgarrador que maldijo mentalmente a Derek una y otra vez, prometiéndose que pagaría el daño que le había causado.

Finalmente, la cogió en brazos para llevarla dentro de la cabaña. La depositó con suavidad delante de la cama y, con una paciencia y delicadeza infinita, consiguió que Noa dejase de agarrarlo con tanta fuerza. Cuando pudo liberarse de su abrazo, buscó rápidamente entre sus pertenencias alguna prenda que pudiera ponerse para quitarle el incómodo vestido. Al no encontrar ninguna, se desprendió de la chaqueta de su esmoquin y, nervioso, se arrancó los gemelos y desabrochó los botones de su camisa, para quitársela y cubrirla con ella quedándose desnudo de torso para arriba.

—Escúchame, Noa —le pidió con dulzura mientras cogía su cara entre las manos nuevamente—. Voy a quitarte el vestido para que estés más cómoda, pero te prometo que no voy a hacerte daño.

Muerto de miedo, mientras limpiaba con los pulgares las lágrimas que todavía mojaban su rostro, le preguntó:

—¿Confías en mí?

Ella levantó la cabeza para encontrarse con la mirada temerosa de Alonso. Éste rezaba fervientemente para que no se asustara y creyese que quería abusar de ella en un momento en el que se encontraba tan frágil. Pero su mirada franca y tan llena de cariño la convencieron de que con él no corría ningún peligro. Así que asintió levemente con la cabeza.

El guía la ayudó primero a meter los brazos por las mangas y después, con movimientos pausados para que no se asustara, empezó a abrochar los botones uno a uno. No despegaba el contacto visual con Noa, para demostrarle que lo único que

quería era ayudarla, que no había nada sexual en lo que estaba haciendo. Y volvió a maldecir a Derek internamente, jurándose que acabaría con él, mientras su alma clamaba venganza al comprobar el estado en el que ella se hallaba. La mujer fuerte, terca y voluntariosa había desaparecido para quedar solamente su sombra... una carcasa vacía y tan frágil que tenía miedo de que pudiera romperse en mil pedazos.

Cuando finalizó con el último botón, se puso detrás de ella y, despacio, subió la camisa a la altura suficiente para poder acceder a la cremallera del vestido, que acto seguido empezó a bajar con suavidad, y lo más rápidamente posible. Cuando terminó, bajó la camisa, que la cubría hasta casi por las rodillas, y tiró de la valiosa prenda de alta costura poco a poco, para que resbalara por su cuerpo y cayera al suelo.

—Ya está —dijo exhalando el aire que había contenido inconscientemente, temeroso de que ella se espantara.

Le agarró con galantería una mano, para ayudarla a sortear la voluminosa vestimenta tirada en el suelo y, despacio, se agachó para quitarle los zapatos de tacón que todavía tenía puestos. Cuando se incorporó, se quedó unos breves segundos perdido en sus impresionantes ojos azules, buscando algún pequeño resquicio de miedo o desconfianza en ella, pero lo único que encontró fue una mezcla de emociones encontradas.

Sintió la gratitud en su mirada, combinada con algo de asombro, dolor, resentimiento y mucha culpa. Y anheló con toda su alma poder borrar todos esos malos sentimientos de un plumazo, y que esa espantosa noche no hubiese ocurrido nunca. Alonso se moría por besarla, por hacerle olvidar ese penoso momento, por estrecharla entre sus brazos y protegerla contra todo lo malo que se atreviese a querer tan sólo rozarla. Y advirtió, con sorpresa, que hubiese dado su propia vida por evitarle el horrible sufrimiento que estaba sintiendo. Pero sabía, tristemente, que, por mucho que lo desease, eso no iba a ocurrir.

Noa estaba muy sexy vestida solamente con su camisa, y un intenso sentimiento de posesión se apoderó de él. Por lo menos su aroma impregnado en su ropa eliminaría todo vestigio de marca del otro hombre en ella. Entonces se culpó amargamente por haberla acusado de haber flirteado con Derek, a la vez que una rabia contenida atravesó su pecho al pensar en ese cobarde. Alzó despacio una mano para rozar levemente con los nudillos su cara, deseando sentir su calor, para que le hiciese olvidar las irrefrenables ansias de matar a ese bastardo. Y se sorprendió, con agrado, al advertir cómo cerraba los ojos e inclinaba la cabeza, recibiendo esa caricia con ansias.

Alonso se acercó más a ella y, lentamente, separó la mano de su rostro para agarrar con delicadeza la destrozada trenza entre sus dedos. Poco a poco fue desenmarañando su rubio cabello, hasta dejarlo completamente suelto.

—Ven —le pidió a continuación, llevándola de la mano hasta el borde de la cama.

En un principio ella no se movió, asustada como un ratoncillo de campo, reticente a seguirlo.

—Tranquila —le dijo intentando que confiara en él—. No pretendo nada malo.

Luego dio unos pequeños golpecitos con la palma de la mano en el colchón, después de abrir las sábanas blancas.

—Sólo quiero que descanses.

Después de sopesarlo durante unos segundos, Noa se acercó y se recostó, confiada, mientras él la cubría con la ropa de cama. Se puso de cuclillas para estar a su altura y con infinita ternura le acarició la frente, retirándole unos rebeldes mechones de pelo que se habían quedado enmarañados.

—Ahora quiero que duermas, ¿de acuerdo? —le pidió susurrándole con dulzura.

Pero ella abrió más los ojos, temerosa de que la fuera a dejar sola.

—Por favor, no me dejes —rogó desesperada, siendo al fin sus primeras palabras coherentes, y tomándole la mano con fuerza.

—Chist... Tranquila, pequeña, todo está bien —le aseguró para apaciguarla al percibir su temor—. No me voy a ir a ninguna parte.

Y se alejó para agarrar una silla y sentarse cerca de ella, confirmándole con ese acto que no se iba a marchar a ningún lado. Entonces Noa estiró el brazo en su dirección, y él se acercó a ella para agarrarle la mano.

—Necesito que me abrases, Alonso. ¡Por favor! —le suplicó.

Éste, sin pensárselo dos veces, se recostó a su lado. Ella se giró para quedar cara a cara, mientras el guía estiraba el brazo para que apoyara su cabeza en él. Cuando Noa encontró la postura correcta, la estrechó entre sus brazos con ternura.

Quedaron en silencio durante unos minutos, mientras él le acariciaba el pelo, pensativo, y los remordimientos le carcomían la conciencia. Sentía la suave respiración de ella contra su pecho descubierto, y le alivió saber que al menos estaba más calmada.

—¿Por qué?

A Alonso le costó oír su balbuceante pregunta, y delicadamente le agarró la barbilla para alzarla y mirarla a los ojos, que tenía anegados otra vez en lágrimas.

—¿Por qué me ha hecho esto? —preguntó confundida.

Consternado, no sabía qué responderle. No entendía cómo un hombre podía abusar de una mujer de esa manera tan brutal, por más borracho que estuviese. Él lo era y nunca en la vida sería capaz de hacerle daño de esa manera tan despreciable y ruin.

—No lo sé —respondió después de tragar con esfuerzo la rabia que retenía dentro.

Posteriormente de haber mantenido la discusión con ella, se había marchado hacia su bungalow, pues no tenía ganas de más fiesta. Quería estar solo, avergonzado consigo mismo por no tener las agallas suficientes como para reconocer su error delante de ella. Tendría que haberla detenido en ese momento y haberle dicho que lo sentía, pero el miedo al rechazo había sido más fuerte que su arrepentimiento.

Así que salió al pequeño porche y se sentó en la oscuridad, a la espera de verla

llegar, mientras buscaba la excusa y el coraje para acercarse y pedirle perdón. Sólo unos minutos antes del horrible enfrentamiento había llegado Asir, para ultimar los detalles pendientes del día siguiente, como era su costumbre. Hablaron tranquilamente sentados sobre la hora a la que saldrían, la cantidad de *jeeps* que utilizarían para llevar de regreso a los clientes al aeropuerto de Nairobi y recoger a los siguientes, además de recordarle que tenían que volver con algunas provisiones provenientes de España. También le estuvo informando de todos los detalles de la fiesta desde que se había ausentado, entre los cuales se encontraba el hecho de haber visto a Derek beber demasiado esa noche, y que se había vuelto a estropear la máquina de hacer hielo. Daba gracias a Dios por haber estado en esos instantes en el exterior, y de que su cabaña estuviera tan cerca de la de ella, pues no sabía si de otra forma hubiera oído sus súplicas y el forcejeo del abuso.

—Lo siento mucho, Noa —susurró al fin con la voz estrangulada por los remordimientos—. Siento todo lo que te dije antes, no tenía ningún derecho a juzgarte. Perdóname por haberte acusado sin motivos, por haber actuado como un perfecto gilipollas.

Ella sondeó en sus ojos buscando sinceridad en sus palabras, y él tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerle la mirada a pesar de la vergüenza que sentía.

—Siento mucho no haberte protegido —le confesó con verdadero arrepentimiento—. Daría lo que fuera para dar marcha atrás y poder evitar lo que tuviste que pasar esta noche con ese malnacido. Perdóname por no haber estado ahí para impedir lo que pasó.

Noa, al escuchar sus palabras, no fue capaz de reprimir por más tiempo toda la rabia, la tristeza, la impotencia que retenía dentro. Y, abrazando a Alonso con fuerza, comenzó a llorar, rota por dentro.

—Desahógate, pequeña —murmuró él con una infinita tristeza en el corazón—. Lloro todo lo que quieras, que yo estaré aquí para cuidarte.

Y ella lo hizo.

Lloró con desesperación después de más de año y medio. Lloró por su hermano Daniel, por su madre, por su padre, por Derek, por Alonso y sobre todo... por ella.

Hasta que se quedó dormida.

Capítulo 14

A Noa la despertaron los primeros rayos de sol. Estaba amaneciendo y, como siempre le ocurría desde que había llegado a Kenia, le costó ubicarse durante unos segundos hasta que se dio cuenta de dónde se encontraba. Había sufrido una horrible pesadilla, que todavía le mantenía la garganta agarrotada por el miedo. Pero, cuando estiró los brazos para desperezarse, advirtió que aún llevaba puesta la camisa de Alonso, y se percató de que aquella pesadilla había sido muy real.

Una horrible sensación le dio un vuelco al estómago, al recordar el aterrador encuentro con Derek. Y mientras su cuerpo se estremecía por la repulsión, deseó con toda su alma que el guía todavía estuviera allí para poder sentirse a salvo. La decepción fue notoria cuando estiró el brazo y acarició con la mano el lugar vacío, que aún mantenía el calor desprendido por su cuerpo, sugiriendo que hacía muy poco rato que se había ido. Agarró con las manos los puños de la prenda y las llevó a su nariz, para inhalar el aroma que todavía conservaba de él. No pudo evitar una leve sonrisa cuando recordó la forma que tuvo Alonso de defenderla, y cómo la cuidó después. Había sido tan dulce y delicado con ella que le costaba trabajo reconocer al hombre letal que se había enfrentado minutos antes al desalmado americano, con la cara desencajada y una mirada asesina en su rostro. Y sus palabras de después la habían conmovido de tal manera que la pilló totalmente desprevenida, consiguiendo que la fuerte coraza que tanto trabajo le había costado construir alrededor de sí misma se resquebrajara, dejando abierta una pequeña grieta que llegaba hasta su malherido corazón.

Abrazando la almohada donde había descansado su cabeza, se preguntó emocionada si habría descubierto alguna vez ese lado tan tierno de él si no hubiese llegado a ocurrir ese espantoso altercado. Y, por primera vez en mucho mucho tiempo, sintió que verdaderamente le importaba a alguien.

En ese instante ya le daba igual que fuera un ser unineuronal, salvaje, mandón, terco, autoritario, necio y orgulloso. Era su Tarzán trasnochado. Y eso compensaba todo lo demás.

Sacudida por la vergüenza, Noa se dio cuenta de que ni tan siquiera le había agradecido todo lo que había hecho por ella. Por tanto, se levantó apresuradamente de la cama y se dio una rápida ducha, restregándose bien el cuerpo para quitarse cualquier repugnante huella que Derek hubiera dejado en su piel la noche anterior. Minutos después, tomando la camisa prestada, se dirigió al bungalow de Alonso.

Nerviosa, se encontraba delante de la puerta de la cabaña preparando un discurso mental, y poniendo como excusa la prenda que retorció en esos momentos entre sus manos. Buscaba frenéticamente las palabras adecuadas para darle las gracias, y disculparse ella también por la parte que le tocaba. Pero, sobre todo, necesitaba

encontrar el coraje necesario para abrirse a él, para contarle lo equivocado que estaba con ella, y sobre todo con su padre. Y quizá, sólo quizá, confesarle lo que le había sucedido hacia tan sólo diecinueve meses antes, y que era el motivo que le carcomía el alma y por el cual había cambiado tanto.

Llamó con los nudillos en el marco de la puerta de entrada e, inquieta, esperó a que se abriera, pero nada la tenía preparada para toparse con la escena siguiente.

—Hola —saludó con timidez cuando Alonso apareció.

Lo hizo con unos pantalones vaqueros a medio abrochar, sólo cerrados con la cremallera, y el botón superior sin abotonar. Se notaba recién salido de la ducha, y que esa prenda era lo primero que había pillado para ponerse encima, pues, tanto el torso desnudo como el pelo mojado delataban dónde había estado tan sólo un minuto antes.

—Hola —le respondió, sorprendido por verla allí.

Noa bajó la mirada al suelo, turbada, pues no había esperado encontrárselo medio desnudo. Estaba tan condenadamente *sexy* que de lo único de lo que se sintió capaz fue de observar con atención sus pies descalzos, no fuera a ser que de repente le hubiesen salido cuernos en ellos.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo? —preguntó con una ligera nota de alarma en su voz.

—¡No! —respondió levantando la cabeza con rapidez—. Yo... sólo venía... a... —balbuceó abochornada, olvidándose por completo del pequeño discurso.

De pronto se calló, dejando la boca descolgada por la sorpresa, cuando advirtió la presencia de Sofía detrás de él, sentada tan tranquilamente en el borde de la cama, con sus elegantes piernas cruzadas. Cuando las miradas de las dos mujeres coincidieron, la doctora esbozó una sonrisa insolente dirigida a ella. Y, dando a entender lo que estaba ocurriendo allí, recogió del suelo unos calzoncillos del guía tirados de cualquier manera, justo encima de unos pantalones usados y unos calcetines. Cuando Alonso se giró para descubrir qué era lo que estaba observando con tanta atención, ella dejó caer la prenda de nuevo, poniendo cara de inocencia y con la suerte necesaria de que no viera su gesto de triunfo. Entonces una fría furia cambió el ánimo de Noa, que amargamente se recriminó ser tan estúpida.

—¡A darte esto! —terminó diciendo, mientras le estampaba la camisa en el pecho desnudo.

Él, extrañado, se quedó mirando la prenda de ropa.

—Gracias, pero no hacía falta que la trajeras tú misma.

—Oh, sí. Sí que hacía falta —replicó con sarcasmo, logrando que él levantara la cabeza, sorprendido por su tono—. No tienes ni idea de la falta que hacía.

Y dicho esto, se giró furiosa y se marchó de allí, dejándolo con la palabra en la boca.

—Pero qué diablos... —farfulló Alonso contemplando cómo se dirigía enérgicamente hacia su bungalow.

Miró hacia atrás y vio cómo Sofía se encogía de hombros y ponía cara de desconcierto, cerrando a continuación la puerta, totalmente confundido.

—¡Soy una estúpida! —se recriminó, enfadada consigo misma—. Si buscase en Google la definición de estúpida, saldría una imagen de mi cara estampada en grande, y mi nombre, con letras bañadas en oro, debajo. ¡Madre mía, pero qué imbécil soy!

Noa empezó a caminar con furia de un lado a otro de la habitación.

—Yo muriéndome de los nervios y pensando en confiar en él, mientras el señorito se lo pasaba en grande con esa... esa... ¡bruja! —escupió las palabras, colérica.

Agarró la almohada a la que había estado abrazada un rato antes y la estampó contra la pared de lona.

—Y yo, como una necia, pensando que le importaba. ¡¡Ja!! —espetó a la vez que arrojaba la otra almohada con fuerza—. Lo único que le importa a esa bestia es lo que tiene entre las piernas.

Después de las almohadas, lanzó un cojín.

—¿Qué pensaría Vanesa de esto? —se preguntó recordando a la otra mujer—. El muy sinvergüenza lo tiene todo calculado. Con una se encama entre semana y con la otra, los fines de semana. ¡Y parecía tonto!

A continuación voló el otro cojín.

—¡Arg... idiota! Soy idiota, idiota, ¿y qué más?... ah sí, ¡¡¡idiota!!!

Agarró con fuerza las sábanas para arrancarlas de un tirón y arrojarlas al suelo. La enervaba saber que había dormido con él en ellas, y no soportaba tener esa imagen delante de sus narices.

—Qué equivocada estaba; creía que la única neurona que habitaba ese cerebro andaba más perdida que un pulpo en un garaje, pero es evidente que debió de encontrar otra más extraviada aún, y se unieron para acabar creando una que casi llega a ser medio inteligente.

Furiosa por la decepción, le dio una patada a la cama, logrando únicamente hacerse daño cuando el dedo gordo del pie se estampó contra la pata.

—¡Ay! ¡Mierda! ¡Me cago en... todo lo cagable! —soltó dolorida, mientras caminaba renqueante y se sentaba en una silla—. Si se creasen las olimpiadas de la estupidez, yo me llevaría la medalla de oro.

De repente, mientras se frotaba el dedo para cerciorarse de que no se lo había roto, recordó algo. Un hecho que había olvidado por completo hasta aquel momento. Repasó la conversación que había escuchado mientras espiaba detrás de la puerta del dispensario y se preguntó si las dos voces que había oído no serían las de ellos... y las piezas empezaron a encajar como en un puzle.

Primero, el odio desmedido que Alonso le había tenido desde el minuto uno, intentando por todos los medios que se volviera a España bajo amenazas. Segundo, su intento fallido de seducción en la cascada. Tercero, el hecho irrefutable de que él era

el único que tenía llave del dispensario, ya que la otra estaba en recepción, que era su lugar habitual y de donde ella la había cogido. Y, por último, pensó irónicamente que debió de saltar de alegría cuando se encontró siendo su salvador la noche anterior. El asalto de Derek había sido una oportunidad única, que Alonso supo aprovechar por completo. Seguramente creyó, sin andar muy equivocado, que esa hazaña la tendría a ella comiendo de su mano y que sería fácil manipularla.

—¡Soy una imbécil! —se reprochó con amargura.

Por tanto, que los hubiera pillado juntos en la cabaña del guía había sido un fallo garrafal en sus planes de ocultar su relación. Se dijo que tenía que descubrir el motivo por el cual querían deshacerse de ella y qué escondían, como dos ratas inmundas, que bajo ningún concepto ella debía averiguar. Con determinación, se levantó resuelta a desenmascarar a esas dos cucarachas rastreras, como que se llamaba Noa Montalbo. Y, ya de paso, darle en las narices a su padre cuando lo hiciera.

Minutos después entraba en el salón cojeando levemente, y Alonso levantó una ceja confuso, pues la última vez que la había visto andaba sin problemas. No se atrevió a preguntarle por ello, porque, honestamente, no sabía de qué humor se había levantado esa mañana. Ella lo ignoró y se sentó a la mesa a desayunar con los demás. Tranquilizó tanto a Asha como a Pierre, pues, en cuanto éste se enteró de que estaba allí, se acercó un momento, abandonando la cocina, para preocuparse por ella. Les aseguró que se encontraba perfectamente, y que lo mejor era olvidar aquel desagradable incidente.

Casi no abrió la boca, pues estaba tan encendida que, a la menor chispa, saltaría a la yugular de cierto homínido con testículos en vez de sesera en la cabeza. Ésos sí que se los comería con gusto, y sin dudarle un solo segundo.

Cuando Asha intentó hablar con ella, lo único que consiguió fueron frases cortantes y escuetas, dando a entender que no estaba precisamente de muy buen humor. A duras penas podía contener su enfado, sobre todo cuando advertía por el rabillo del ojo cómo la doctora esbozaba una divertida y secreta sonrisa. Se notaba que estaba disfrutando, complacida por ver roja de indignación a Noa, y ésta recitaba la tabla del ocho mentalmente para intentar calmarse, mientras se preguntaba qué torturas podrían estar permitidas en Kenia sin que la llevaran presa.

«Ocho por seis, cuarenta y ocho. ¿Tendrán un potro de torturas en el poblado de Asha? Ocho por siete, cincuenta y seis. Y, lo más importante, ¿habrán abolido la pena de muerte en este país? —se preguntó con un regusto de satisfacción, al imaginarse a la parejita feliz sufriendo entre sus manos—. ¡Da igual!, ¡merecerá la pena de todas formas! Humm, ¿por dónde iba? ¡Ah sí!, ocho por ocho, sesenta y cuatro...»

Para ser honestos, lo que había descubierto le venía de perlas, pues era mucho mejor, para su salud mental, estar concentrada en su venganza contra esas dos comadreas que llorar por las esquinas, hundida en la depresión y la autocompasión,

por el ataque del americano. Quizá no tanto para su corazón y orgullo, pero la venganza era un bálsamo que calmaba a ambos. Y lo que no sabían ese par de...

«¡Dios, se me están acabando los insultos!»

... ese par de gusanos era que no descansaría hasta descubrir su secreto, para poder darse el gusto de despedirlos, con una elegante y poco delicada patada en sus repulsivos culos. Pensándolo mejor, a Alonso se la daría en todos los huevos. Esbozó una sonrisa maligna al imaginarse el momento.

«¡La Virgen, cómo voy a disfrutarlo!»

Cuando acabaron de desayunar, se dirigieron a la entrada del hotel para despedir a los clientes, y acabó con dolor de cara al tener que fingir una enorme sonrisa delante de ellos.

—Quería comentarte, antes de marchar, que el problema de Derek ya está resuelto, y asegurarte que puedes quedarte completamente tranquila. No volverá a molestarte más, yo mismo me ocupé de eso a primera hora de la mañana —la informó Alonso, acercándose a ella y a su compañera antes de subir al *jeep*.

—Gracias —masculló entre dientes mientras se cruzaba de brazos.

La fastidiaba enormemente tener que dárselas, pero, para ser sinceros, era un alivio no tener que volver a enfrentarse al americano de nuevo. Alonso arrugó un poco el ceño, desconcertado por su actitud. Aunque aparentemente parecía serena e incluso sonreía sutilmente, algo en la rigidez de su postura y ese brillo extraño en sus ojos le decían a gritos que no todo era lo que aparentaba.

—¿De verdad te encuentras bien? ¿Necesitas que me quede? No tengo ningún...

—Estoy bien, Alonso —contestó, interrumpiéndolo.

—¿Segura? —insistió intranquilo.

—Totalmente —aseguró.

—Yo estaré con ella todo el tiempo —se ofreció Asha, atrayendo momentáneamente su atención—. No se preocupe.

Él regresó al rostro de Noa y entrecerró un poco los ojos, buscando concienzudamente en su expresión algo que le revelara lo que estaba pasando en esos momentos por su cabeza. Pero, como no descubrió nada, soltó un suspiro, dándose por vencido.

—Está bien, como tú quieras. Vendremos lo antes posible si todo va bien y no nos surge ninguna complicación.

—Dios no lo quiera —contestó sin abandonar su tirante sonrisa—. No podría seguir viviendo, sabiendo que tu última visión en la vida es el culo de un elefante estampado en tu cara.

—¿Cómo? —planteó él, confuso por la respuesta.

El hombre no tenía claro a qué habían venido esas palabras, y la actitud tan extraña que demostraba esa mañana le hacían preguntarse si el *shock* emocional de la noche anterior no habría hecho mella en ella.

—Nada, no te preocupes. Sólo era un chiste para mantenerte distraído durante el

viaje.

—Pues no lo he pillado.

—Por eso te lo he contado ahora —contestó mientras lo acompañaba al coche—. Normalmente los hombres necesitáis un tiempo para enteraros de las cosas, y así, durante el camino, tendrás algo en qué pensar.

Y dándole unas palmaditas de consuelo en la espalda, y observando divertida su cara de desconcierto, pues todavía no había entendido ninguno de los dos insultos velados que le había proferido, se giró para volver al hotel y desaparecer dentro.

Alonso le preguntó mudamente con un gesto a Asha si sabía el porqué de sus extrañas palabras, y ésta lo único que hizo fue encogerse de hombros, pues estaba tan perdida como él.

—¿A qué ha venido lo de antes? —le preguntó su amiga, entrando en la oficina unos minutos después de despedir al guía en la puerta.

—No sé a qué te refieres —respondió levantando la vista de la carpeta con documentos que estaba leyendo en esos momentos, y poniendo cara de no haber roto un plato.

—Noa, sabes perfectamente a lo que me refiero —le aclaró, dando a entender que ella no era tan obtusa como Alonso.

Ella no pudo evitar sonreír con cierta malicia.

—Sólo fue una pequeña venganza —admitió al fin—. Pero, tranquila, con lo inteligente que es tu jefe, dudo mucho que la capte hasta dentro de mucho tiempo. Por no decir nunca.

Asha negó con la cabeza repetidamente mientras entornaba los ojos.

—¿Llegará el día en el que os llevéis bien vosotros dos? —preguntó abatida.

—¿Has visto alguna vez un ovni?

—No.

—Pues ahí tienes la respuesta.

Aunque lo intentó, la keniana no pudo evitar reír por el ingenio de su compañera. Y, después de ese breve momento de diversión, se puso muy seria para acercarse a la mesa de Noa.

—¿De verdad estás bien? —le preguntó con genuina preocupación—. Sé que lo que pasaste ayer fue un infierno, y te repito las mismas palabras que tú me dijiste a mí. Soy tu amiga y aquí me tienes para lo que necesites —le aseguró, pues sabía perfectamente lo que era que alguien te arrebatara de forma violenta algo que conformaba tu ser.

A Noa las lágrimas se le agolparon en la boca de la garganta, produciéndole un nudo de emoción que tragó con dificultad.

—Gracias —susurró emocionada.

—Si te apetece hablar, un abrazo, desahogarte o simplemente compañía, cuenta

conmigo, ¿vale?

Había tanta compasión y verdad en las palabras y en la mirada de Asha, que tuvo que parpadear varias veces para que no se le escaparan las lágrimas.

—Un abrazo no me vendría mal —confesó conmovida.

Y no tuvo que repetirlo dos veces, pues en cuanto pronunció la última sílaba, su amiga ya estaba estrujándola fuertemente en un cariñoso apretón. Como necesitaba desahogarse, y aliviar la opresión que tenía en el pecho, le contó lo que su mente paralizada por el miedo recordaba. No todo, ya que obvió lo que había descubierto esa mañana en la cabaña de Alonso, pues quería tener pruebas fehacientes de lo que fuera que estuvieran tramando antes de acusar a nadie.

Después de unos minutos de llorar ambas abrazadas, de maldecir a los hombres de la peor calaña como Derek, de imaginarse mil maneras de vengarse de él y de compartir un rato tan profundo entre las dos, decidieron que ya era hora de ponerse a trabajar.

—Y después de lo bien que se portó el jefe Alonso contigo, ¿no podrías bajar un poco la guardia con él y ser un poco más... amigable? —demandó su amiga minutos después, mientras rumiaba toda la información que le había dado.

Noa levantó la cabeza de los papeles que tenía en la mano.

«Eso es lo que él quisiera —pensó molesta—, pero ese Tarzán de pacotilla todavía no me conoce bien.»

—Lo que hizo por mí lo habría hecho por cualquiera —respondió, señalándole lo evidente.

—Ya lo sé, pero...

—Sobre ese punto, Asha, tú y yo no vamos a llegar nunca a un entendimiento, así que dejemos el temita Alonso en el olvido. No me apetece discutir, y menos contigo.

—Está bien, como tú quieras. Pero, con todos los respetos, déjame decirte que con Alonso eres muy dura, además de cabezota y obtusa.

—Con todos mis respetos, exactamente igual que tú con Pierre.

La keniata abrió la boca para replicar, pero finalmente la cerró para hundir a continuación la nariz en la pantalla del ordenador.

Noa llevaba un par de horas inmersa en un mar de papeleo, buscando cualquier indicio de juego sucio que hubiese entre las carpetas que estaba revisando de nuevo. Lo único que había encontrado era un desfase bastante evidente en la solicitud de medicamentos y material sanitario, desde que no estaba el antiguo director.

—Asha, ¿es normal que se gaste un número tan elevado de medicación?

—¿A qué te refieres? —preguntó su amiga, extrañada por la pregunta.

—Pues, o bien los empleados y clientes de este hotel son los más enfermizos del mundo, o hay algo aquí que no me cuadra. Desde que se marchó Emilio, los pedidos de analgésicos, antibióticos de amplio espectro, antidiarreicos, antiinflamatorios y vacunas se han multiplicado por cuatro. Y me pregunto yo: vacunas, ¿para qué tantas?, si los clientes ya vienen vacunados de casa, y los empleados, con que se

vacunen una vez, es más que suficiente. La verdad es que no lo entiendo —confesó desconcertada—. Sin embargo, el material de primeros auxilios, como el alcohol, las vendas, el algodón o las gasas, han incrementado un poco, pero nada sustancial. ¿No debería ser al revés? —le planteó al fin, reclinándose en la silla.

—Es que los medicamentos no son para los clientes ni para nosotros.

—¿Cómo? —preguntó asombrada.

—Te explico —le indicó su amiga con una sonrisa—: Tanto los que trabajamos aquí como los clientes del hotel tenemos acceso a cualquier medicamento y material sanitario del que dispongamos en ese momento... pues el jefe Alonso llegó a un acuerdo con tu padre sobre ayudar a los nativos menos favorecidos y sin medios económicos para poder adquirir medicamentos que aquí son vitales. Algo tan sencillo como unas pastillas potabilizadoras de agua, un paracetamol o un ibuprofeno, en África marcan la diferencia entre la vida y la muerte. Por eso lo convenció de que, si participaba en varios proyectos locales colaborando con varias ONG, tendría unas importantes ventajas fiscales en España.

«Por supuesto, mi padre tan altruista como siempre», pensó con ironía.

—¿Quién realiza los pedidos?

—Desde que no está el jefe Emilio, los hago yo —le comunicó—. Cada domingo, tanto el jefe Alonso como la doctora me pasan una lista elaborada por ellos, donde se contabilizan los medicamentos donados de la semana. Hoy, por ejemplo, viene un encargo desde Valencia que solicité la semana pasada.

—Ajá.

Como Noa se estaba dando pequeños golpecitos con el lápiz en la barbilla, su amiga la miró con extrañeza.

—¿Por qué? ¿He cometido algún error?

—¡¿Qué?! ¡No, claro que no! —afirmó, dejando a un lado sus elucubraciones—. No te preocupes; ahora que me lo has aclarado, lo entiendo perfectamente —mintió.

Y no porque no se fiara de su amiga, sino porque tenía un extraño pálpito sobre esas discrepancias tan notables. Estaba completamente segura de que, detrás de ello, se encontraban Alonso y Sofía, y sólo tenía que descubrir el motivo. Así que, escondiendo sus reservas, le propuso algo a Asha que sabía que le iba a gustar.

—¿Qué te parece si dejamos esto por hoy y nos vamos a comer ya? —le ofreció mientras se levantaba de la silla y recogía todo el papeleo para guardarlo nuevamente en el archivador—. Estoy hambrienta. Y, además, después te tengo una sorpresa preparada a la que no te vas a poder negar, por lo que sería conveniente que comiésemos temprano, que a última hora de la tarde tenemos que estar aquí para recibir a los nuevos clientes.

—¿Qué sorpresa es ésa? —quiso saber su amiga, con evidente curiosidad.

—¿Qué parte de la palabra «sorpresa» no has entendido?

Y se echó a reír cuando la keniana le puso mala cara y después le sacó la lengua.

—A veces te odio.

—Y yo a ti, tontina —le dijo agarrándola por los hombros y saliendo juntas de la oficina.

Después de una comida agradable entre amigos, bueno, todo lo agradable que podía ser entre Asha y Pierre sin cuchillos de por medio, cogieron uno de los *jeeps* más pequeños de reserva y Noa se llevó a su amiga a la pequeña excursión que le tenía preparada. El misterio duró poco, pues en cuanto salieron por la puerta del *resort*, tuvo que confesarle en qué consistía, ya que no sabía llegar sola al poblado de la *keniata*. Ésta, en cuanto se enteró, la abrazó emocionada por su noble gesto.

Antes de llegar, la dejó en un pequeño y escondido camino, donde esperaría a su hermana, para que no las descubrieran juntas. Cuando llegó al poblado, le pidió a Hadiya que le tradujera a la familia su gratitud por ser tan bien recibida la vez anterior, y que aceptasen una pequeña cesta con algunos tipos de queso y manjares, de los cuales suponía que no disponían. Cuando finalizó la visita, le confesó a la muchacha el motivo principal de su asistencia allí, y que Asha estaba esperándola en el lugar que tenían ya pactado. La hermana, utilizando la distracción que había causado la presencia de Noa, aprovechó para escabullirse e ir al encuentro de su compañera. Ambas hablaron y utilizaron ese tiempo para ponerse al día y contarse sus cosas, mientras ella leía un libro dentro del coche, dándoles su espacio. Para desconcierto de Noa, cuando volvieron de nuevo al *resort*, su amiga estaba triste.

—¿Todo bien? —le preguntó, confusa, cuando aparcaron el *jeep* en su lugar.

—Sí, todo bien.

—Has estado muy callada todo el camino, Asha.

—Tienes razón —confesó mientras se rascaba la frente, preocupada—. Sólo son asuntos familiares.

Y soltando un fuerte suspiro, enseñó los dientes simulando una sonrisa, escondiéndole a su amiga lo angustiada que había quedado después de hablar con Hadiya. Ya bastante había pasado últimamente como para preocuparla aún más con sus problemas. Cuando encontrara el momento adecuado, le hablaría de las dificultades por las que estaba pasando su hermana, si en todo caso no conseguían resolverlas de alguna manera antes.

Cuando llegaron los nuevos clientes, las dos estaban listas y preparadas delante de la puerta, con unos pequeños refrigerios para ofrecerles. Noa se presentó y les dio la bienvenida al establecimiento, asegurándoles que estaría a su entera disposición para lo que necesitaran, y les deseó una agradable y magnífica estancia. Mientras descargaban las maletas, una pareja se acercó a ellas.

—Querida, ¿podrías convencer a mi esposa de que no va a correr ningún peligro en este safari? —le preguntó un hombre de cierta edad, mientras miraba a su mujer con condescendencia—. Tiene la loca idea de que un león la va a devorar de noche, cuando estemos durmiendo en la tienda de campaña.

—No se preocupe, le puedo asegurar que no corre ningún peligro. Se encuentra en las mejores y competentes manos posibles —le aseguró con una sonrisa.

—¿Es cierto que los hipopótamos, de noche, se acercan tanto al campamento que podrían tirar las tiendas y hacernos morir aplastados? —planteó, angustiada, la pobre mujer.

Noa en verdad no sabía qué contestarle. Miró hacia Asha, en pos de su ayuda para que respondiera a esa pregunta, pero su amiga se quedó esperando a que ella lo hiciera.

—Pues... —empezó a decir, dubitativa.

—¿Y es cierto que ha habido casos de turistas que han sido devorados por cocodrilos al volcar éstos la canoa en la que viajaban? —preguntó nuevamente la bendita señora.

—Yo no...

La pareja la miraba esperando una respuesta que ella no sabía dar. Entonces se dio cuenta de que, a pesar del tiempo que llevaba allí, era totalmente desconocedora de lo que pasaba puertas afuera del *resort*.

—No tiene nada de qué preocuparse —le garantizó Alonso, sacándola del atolladero en el que se había metido sin querer—. Hay mucha leyenda urbana sobre la fauna de África. Le puedo asegurar que nosotros somos mucho más peligrosos que cualquier animal que vaya a descubrir en estos días. Es cierto que los hipopótamos salen a comer de noche, pero, si no se les molesta, son totalmente inofensivos, y tenemos personal cualificado y armado en caso necesario. Y sobre los cocodrilos devora hombres, es totalmente falso. Le prometo que estará más segura aquí que en una ciudad, donde puede ser atropellada en cualquier momento por un conductor descuidado.

—Lo ves, cariño —la sermoneó el marido al escuchar lo que él quería oír—. Tienes que dejar de ver tantos documentales. Menudo viaje me estás dando.

—Pues yo no me fío —insistió ella con terquedad, mientras el esposo se la llevaba a su bungalow, seguido de un portamaletas—. El otro día salió en las noticias que un león le arrancó de cuajo un brazo a una mujer.

—Sí, sí, cariño, pero eso fue en el zoo —le aclaró para que dejara de protestar—. Seguro que el Gobierno no paga a tiempo las reservas de comida, y los animales están muertos de hambre. Pero aquí hay tantos que tienen un extenso menú donde elegir.

—No sé, no sé...

—¿Qué te apuestas a que habrá un montón de leones esta noche preguntándose qué les apetecerá cenar? Estarán decidiendo si comerse un ñu, una cebra o una linda gacela.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro, cariño! Lo que has oído por ahí no son más que paparruchas. Y ese amable caballero te lo acaba de confirmar.

—Está bien —claudicó por fin—, pero que conste que no las tengo todas conmigo.

Cuando la pareja desapareció de su vista, los tres se miraron divertidos entre ellos.

—Son adorables —comentó Asha, cautivada.

Noa sonrió alegre, reafirmando su opinión, hasta que recordó que Alonso en ese momento era su enemigo, y la sonrisa murió de golpe. Poniéndose seria, reconoció que la había vuelto a socorrer en un momento bochornoso, pero estaba segura de que era otra maniobra para ganarse su confianza, y así poder manejarla a su antojo. Pero ella no iba a ser otra pobre incauta más.

—Voy a reunirme con Pierre para comprobar que todo esté correcto —informó con sequedad.

—¿Puedo hablar un instante contigo? —le preguntó el guía justo cuando se giraba para marcharse.

Noa se paró en seco y le contestó poniendo mala cara.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí, es importante.

—No te preocupes, ya voy yo a comprobar que todo esté a tiempo —intervino Asha.

Dicho esto, se dirigió a la cocina.

—Tú dirás.

—Vamos a mi despacho —le pidió, encaminándose hacia la recepción él también.

—No creo que haga falta. Lo que tengas que decirme, puedes hacerlo aquí perfectamente —le señaló, cruzándose de brazos.

Alonso se paró en la escalera de la entrada, sin mover un solo músculo durante unos segundos, hasta que suspiró con resignación y se giró hacia ella.

—A mi despacho, Noa; ahora.

Por no montar un escándalo delante de los demás clientes, tuvo que claudicar, pero le regaló un sonoro bufido de fastidio cuando llegó a su lado, dejándole claro que no estaba de acuerdo. El guía tuvo que hacer acopio de toda su paciencia para contener su fuerte carácter, pues Noa se la estaba agotando a pasos agigantados. Inspirando y expirando varias veces, siguió a ese cuerpo apetecible cuando consiguió controlarse.

—Quería informarte de que, como ya no tenemos a Derek trabajando con nosotros, he decidido ascender a Shukrani para que ocupe su puesto, por lo que no será necesario contratar a otra persona —le expuso mientras se sentaba detrás de la mesa.

—Pues gracias por molestarte en informarme, aunque no se haya tenido en cuenta mi opinión.

—Si tienes algo que añadir, me gustaría oírlo —le dijo, haciéndole un gesto con la mano para que se sentara.

Un gesto que ella ignoró. Prefería quedarse de pie, pues de esa forma no se sentía con tanta desventaja. Y aunque buscó desesperadamente un motivo válido para refutar su decisión, no lo encontró. Tenía que reconocer que él estaba más preparado y disponía de mayor información para tomar esa decisión, pues conocía el trabajo que desempeñaba un guía, y si Shukrani era o no la persona adecuada para ese cometido.

—No. No tengo nada que decir —reconoció a regañadientes.

—Muy bien, me alegro de que estés de acuerdo.

—¿Puedo irme ya? —preguntó con rudeza.

—No —le contestó, sorprendiéndola—. Me gustaría saber qué te pasa.

—¿A mí?

—¿Acaso hay alguien más en la habitación? —soltó irónico.

Ella entrecerró los ojos para clavarle la mirada durante unos segundos.

—A mí no me pasa nada —contestó al fin.

—¿Y por qué estás tan enfadada?

Noa se preguntó cómo tenía que jugar sus cartas ahora... Se planteó si lo más conveniente era dejarlas boca arriba, y soltarle todo lo que tenía en la punta de la lengua, o si, por el contrario, era mejor guardarlas y utilizarlas cuando tuviese todas las pruebas y evidencias atadas y bien atadas, para que no pudieran negar ambos su implicación en lo que estuvieran tramando. Se decidió por lo segundo.

—Te puedo asegurar, Alonso, que no estoy enfadada en absoluto. Pero, tranquilo, si llega ese día, te garantizo rotundamente que no tendrás dudas al respecto.

Él se levantó e intentó acercarse a ella, pero, al ver que daba un paso atrás con desconfianza, paró su avance para apoyar finalmente las manos y su trasero en la mesa.

—¿Estás segura? —preguntó mirándola con ternura.

Noa no daba crédito a su cinismo. No entendía cómo podía tener la poca vergüenza de aparentar preocupación y compasión, cuando lo único que deseaba era deshacerse de ella. Y lo peor de todo era que fingía extremadamente bien. Si ella no hubiese descubierto su doble juego, le habría creído a pies juntillas, y habrían vuelto a jugar y a reírse de ella de nuevo.

—Completamente —sentenció, rotunda—. Y ahora, si no te importa, tengo muchas cosas que hacer.

Sin darle opción, se marchó a toda prisa.

Noa se encontraba debajo de la ducha destensando sus agarrotados músculos; necesitaba relajarse, pues habían sido dos días muy intensos. Estaba pensando que todavía no se había dado ningún capricho desde que estaba allí, así que al día siguiente, en cuanto tuviera un hueco, pediría hora para un buen masaje. De repente, creyó oír un ruido y cerró el grifo de la ducha, pero, como no volvió a oír nada más, y cuando estuvo totalmente segura de que nadie la requería, lo volvió a abrir para meter

la cabeza debajo y suspirar de satisfacción. Empezó a enjabonarse el pelo mientras repasaba la cena, y apretó con fuerza los dientes, enfadada consigo misma por no poder evitar sentir celos cuando Sofía tocaba disimuladamente a Alonso, pensando que nadie se daba cuenta. Tenía que dejar de sentir cualquier sentimiento que no fuera odio y desprecio hacia él, pero, honestamente, se le hacía muy difícil.

De pronto notó cómo algo le rozaba un pie, y abrió un ojo que enseguida se le llenó de champú, a la vez que empezó a tantear a ciegas con él, buscando la esponja que supuso que se le había caído al suelo. Entonces se quedó petrificada cuando percibió una especie de silbido extraño que no supo reconocer. Con una mano, se quitó con rapidez la espuma que le caía por el rostro, para después proferir un alarmante chillido de puro terror cuando descubrió lo que tenía justo pegado a ella.

A los pocos segundos apareció Alonso, entrando como una tromba en la cabaña. A ella lo único que le dio tiempo a hacer fue taparse como buenamente pudo el pubis y los pechos, mientras no dejaba de gritar, muerta de miedo.

—¿Dónde está el maldito? —preguntó buscando desesperado por la habitación.

—E-es-está a-a-quí —balbuceó Noa con descontrol.

—¿Dónde? —requirió desconcertado, sin encontrar a Derek por ningún lado.

—¿Es-es que no-no lo ves, i-idiota? ¡A-a-quí!

Alonso se paró en seco y siguió la mirada horrorizada de Noa.

—Pero ¡¿qué mierda...?! —exclamó sorprendido.

Y se giró para salir del baño y dirigirse a la habitación.

—¡Por favor, no me dejes! —suplicó aterrorizada—. ¡Por favor, Alonso, sácala de aquí! ¡Por lo que más quieras, no me dejes con ella!

—Tranquila —le dijo cuando volvió a aparecer con la funda de un cojín y una percha en las manos—. No te muevas, ¿de acuerdo? —le pidió mientras se acercaba lentamente y con mucha precaución.

—Estaba pensando justo ahora en ponerme a bailar una jota valenciana —replicó con sarcasmo.

Se quedó más tranquila cuando vio cómo él conseguía acorralar a la serpiente y apretaba su cabeza suavemente con la percha para no hacerle daño, pero sí lo suficientemente firme como para poder agarrarla con cautela y meterla dentro de la funda.

—No entiendo cómo demonios pudo entrar aquí —comentó Alonso sorprendido, en tanto cerraba con un nudo la tela.

Sonrió satisfecho al comprobar que nadie había salido dañado, quedándose extasiado a continuación, al advertir que la había encontrado de nuevo desnuda debajo del agua.

«¡Dios santo, es tan hermosa!»

—¿Puedes darte la vuelta y pasarme la toalla, por favor? ¿O vas a quedarte ahí parado como un imbécil toda la noche? —le preguntó groseramente con un ojo cerrado y picándole como el demonio por el jabón que se le había colado dentro.

De repente la sonrisa de él se esfumó tan rápido como había llegado. Y efectivamente se quedó parado, observando cómo el pelo mojado y apelmazado chorreaba jabón por su cara y su cuerpo, mientras ella, pudorosamente, se tapaba los pechos con un brazo y su sexo con la otra mano. Esta vez la había pillado de frente y no de culo, pero fue un hecho totalmente indiferente para él, pues un brillo de ira iluminó sus ojos, agotada por fin su paciencia con ella. Francamente, estaba harto de sus desaires.

—Definitivamente tú no aprendes, ¿verdad, niñaata?

Noa se quedó callada durante un segundo al percibir la dureza en sus palabras. Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba furioso, y se maldijo mentalmente por no saber mantener su mal carácter a raya. Pero, aunque no era una excusa, el miedo le había hecho perder las formas.

—Te lo he pedido por favor —le recordó, elevando el mentón con orgullo.

—He intentado tener paciencia contigo —confesó dolido—. He recordado que ayer pasaste por un mal momento y, excusándote por ello, decidí no tener en cuenta tu malhumor, tus groserías y tus desplantes. Es más, me he preocupado por ti y he procurado que te abrieras a mí y me dijeras qué te ocurre. He querido ser amable contigo y no tener en cuenta tus insultos velados...

—¿Cuándo te diste cuenta? ¿A la ida o a la vuelta? —lo interrumpió sorprendida, alzando una ceja.

Pero Alonso no le contestó, prefirió pasar nuevamente la mofa por alto.

—Y a pesar de todo ello, me armé de toda la paciencia posible. Pero, evidentemente, la única explicación a tu ofensiva actitud es que eres una malcriada y una desagradecida.

—¡Vaya!, así que estás molesto porque no te agradecí convenientemente que vinieras a salvarme anoche.

—Yo no he dicho eso.

—Pero, en definitiva, es lo que piensas, ¿verdad? —le preguntó, satisfecha de que saliera a la luz—. Tu orgullo de machito no soporta que no vaya corriendo a besar el suelo por donde pisas.

—No estaría mal un poco de gratitud. Pensé que tu padre te había educado mejor —le contestó, resentido por sus palabras, mientras le acercaba la odiosa toalla.

Si ella creía que lo había hecho para que le estuviera eternamente agradecida, estaba muy equivocada. Pero, si era lo que de verdad pensaba, no iba a ser él quien la sacara de su error. Se giró para marcharse de allí.

—Pues te equivocas —le dijo mientras se cubría con la tela, persiguiéndolo—. Mi padre no me educó, estaba demasiado ocupado, pero sí lo hizo su dinero, pagando a unas excelentes profesoras en un internado en Irlanda.

—Pues ha servido de bien poco.

—Pues ya sabes a quién reclamarle —le soltó, harta de que siempre saliese su progenitor en las discusiones que mantenía con él, mientras se secaba el ojo con un

trozo de toalla seco—. Además, no entiendo a qué viene tanto lloriqueo, te recuerdo que es tu maldito trabajo.

Alonso se paró en seco y apretó con fuerza el nudo de la funda del cojín. Luego se giró, rabioso, hasta pegar su nariz contra la de ella.

—¡Te juro que no hay dinero suficiente en el mundo que pague el tener que aguantarte, niñata! ¡Estoy cansado de tus rabietas, estoy harto de tener que soportarte y hasta los mismísimos... de todas tus tonterías!

«¡Bien! ¡Por fin ha salido la verdad!», pensó satisfecha, sin tenerle ningún miedo.

Se dijo que lo tenía justo donde quería y, dando un paso hacia atrás y poniendo los brazos en jarras, se preguntó si el hombre tendría los suficientes redaños para confesarle la verdad.

—Y dime, Alonso, ¿qué es lo que piensas hacer para remediarlo?

Éste se estiró cuan largo era y, aspirando fuerte por la nariz, le espetó:

—Pues terminaré por enseñarte la educación que el dinero no ha sabido pagar. Así que, mañana por la mañana, te quiero preparada y dispuesta, porque te vienes de safari conmigo.

—¡¿Qué?! —exclamó estupefacta.

—Lo que has oído, niñata. Si te vas a quedar a trabajar aquí, no puedo permitir que no sepas responder a unas simples preguntas de los clientes. Así que esta semana haré la ruta de Derek y tú vendrás conmigo, y de paso te enseñaré unos cuantos modales.

—¿Es una broma, verdad? —le preguntó sin salir todavía de su asombro.

—¿Acaso me estoy riendo? —contestó dirigiéndose hacia la puerta.

—¡De eso nada! ¡Ni loca voy a ir!

—No te lo he preguntado, es una orden —manifestó categórico, y salió de la cabaña.

Y Noa detrás de él. Todavía envuelta en la toalla, con el ojo cerrado por culpa del champú que se había colado nuevamente, el pelo mojado y apelmazado, y totalmente descolocada, no podía creer lo que le estaba pasando. Había pensado que lo tenía acorralado, y que había desbaratado su plan al haberlo enfurecido tanto que perdiese los papeles por completo y confesase, sin querer, lo que realmente planeaba con su amiguita. Pero por nada del mundo se esperaba este cambio de escenario, y menos que la obligase a ir con él de safari entre todos esos animales salvajes. Muerta de miedo, se le encogió el corazón.

—¡No puedes obligarme, Alonso! —le gritó agarrada al pasamanos.

—Sabes perfectamente, niñata, que cumplo mis amenazas —sentenció mientras caminaba hacia su bungalow—, así que tú decides si quieres ir por las buenas o por las malas.

—¡Te odio, ¿me oyes?! ¡Te odio!

De repente advirtió a una pareja de clientes acercándose, mientras caminaban tranquilamente dando un pequeño paseo.

—¡Oh!, buenas noches, señores Ledesma, espero que estén disfrutando de las magníficas vistas —comentó, completamente abochornada por haberla pillado con semejantes pintas.

—Ciertamente —contestó el hombre.

—¡Oye! —soltó su esposa, dándole un manotazo en el pecho.

Y se quiso morir al darse cuenta de lo que había dicho. La pequeña mujer que iba agarrada a su marido la miró divertida y, sonriendo acalorada, intentó salvar el momento como buenamente pudo. Así que simuló que aquello era algo de lo más normal y, atusándose el pelo y comprobando que tenía la toalla correctamente sujeta al cuerpo, finalizó.

—Hace una noche preciosa, ¿verdad? Les aconsejo que descansen bien, pues mañana será un día muy emocionante.

Dicho esto, corrió como alma que lleva el diablo dentro de su cabaña completamente mortificada, mientras la pareja de recién casados se quedaba totalmente sorprendida al oír los siguientes gritos.

—¡Maldito seas, Alonso Rivas! ¡Maldito seas!

Capítulo 15

—¡Maldita sea! —maldijo Alonso, dejando la funda con la serpiente encima de su cama—. ¡Juro por Dios que a esa mujer no la entenderé en la vida!

Empezó a pasearse de un lado a otro de la cabaña, exasperado por su actitud. En verdad había intentado poner todo de su parte para llevarse bien con Noa, pero únicamente ella conseguía sacarlo de quicio de esa manera.

La noche anterior, cuando se había quedado dormida entre sus brazos, agotada por el llanto y el *shock* emocional tan fuerte al que había sobrevivido, él se quedó casi hasta el amanecer, observándola maravillado. Había memorizado cada uno de sus rasgos... lo largas, rubias y rizadas que eran sus pestañas; el lugar exacto donde se encontraban los exquisitos lunares de su cara; la manera en que fruncía el ceño cuando dormía, o cómo le gustaban los suspiros que de vez en cuando se le escapaban en sueños al acariciarle el pelo. Era tan hermosa, tan frágil, y a la vez tan fuerte.

Por un momento el pánico le había calado hasta el tuétano, cuando al principio no fue capaz de hacerla reaccionar, respirando con inmenso alivio cuando poco a poco volvió en sí, hasta tranquilizarse lo suficiente. Y su alma había llorado con ella cuando, rota por el dolor, exorcizó con cada lágrima y con cada sollozo ese tormento tan arraigado que llevaba enterrado dentro. Y supo, sin lugar a dudas, que no sólo había llorado por Derek. Ese llanto desgarrador le hizo sospechar que había algo más profundo, algo más doloroso que la atormentaba, además del abuso del americano. Se preguntó si en algo tendría que ver el tal Daniel, pues en medio de la fuerte conmoción susurró su nombre una y otra vez. Hubiese dado lo que fuera para que ella no sufriese más, dándose cuenta en ese momento de que Noa era más importante para él de lo que creía.

El que ella le suplicase que se quedase le había henchido su corazón de orgullo y de una increíble ternura por confiar tan ciegamente en él, y un instinto protector tan primitivo como el hombre se apoderó de su ser, dejándolo sorprendido. Entonces se había prometido que haría lo que fuera para protegerla, para que nada ni nadie la hiciesen llorar de esa manera. Pero quizá su promesa había sido apresurada, pues en ese instante el que quería retorcerle el cuello era él.

Alonso se sentó en la cama y se revolvió el pelo con las manos varias veces.

—¿Qué demonios le pasa? —se preguntó, echándose de espaldas con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

Cuando le pidió perdón, lo hizo con el corazón en la mano, pues reconoció que se había equivocado con ella. La había juzgado precipitadamente y de forma errónea, y admitía que a veces su actitud no había sido la mejor ni la más diplomática. Pero ella también tenía su parte de culpa, como en esos momentos, por ejemplo. Y en ningún

caso la había oído disculparse, haciéndole dudar de cuál de las diferentes caras que había visto de Noa era la verdadera. No entendía qué diablos había ocurrido para que su actitud pasara de intentar llevarse bien con él la noche anterior a volverse nuevamente terca y testaruda, y con desprecios varios hacia su persona. Parecía como si hubiese hecho algo mal, como si pretendiera castigarlo por algún error cometido... pero el caso era que no tenía ni la más remota idea de en qué se había equivocado. Y había procurado hablarlo, sentarse con ella tranquilamente para intentar descubrir qué era lo que realmente le pasaba, pero era la mujer más cabezota, exasperante y necia que había conocido en su vida.

Con Noa las cosas nunca eran fáciles, pues era como estar en una continua batalla de voluntades, para ver quién de los dos daba el brazo a torcer antes. Y a pesar del esfuerzo y la paciencia que había empleado en llevarse bien con ella, en poner lo máximo de su parte para lograrlo, todo se fue al garete en un solo instante. Y lo peor era que el grado de frustración con ella era tan grande que de nuevo había perdido los estribos.

Alonso se levantó, pues necesitaba una copa. Se acercó a la mesa, donde una botella de *whisky* y unos vasos lo estaban esperando. Se sirvió uno, y se sentó en un sillón de la pequeña terraza, que daba a la cabaña de la persona que ocupaba sus pensamientos desde que había llegado.

Se preguntó en qué demonios había estado pensando cuando le ordenó ir con él al día siguiente de safari. Si les faltaba poco para matarse entre ellos compartiendo pocas horas al día juntos, imagínate en un coche incómodo y lleno de gente, en medio de la sabana africana y rodeados de fieras salvajes. Tenía claro que aquello iba a acabar en una tragedia. Pero nuevamente la ira lo había cegado, tornándolo impulsivo e irracional, y haciéndole tomar decisiones equivocadas, o por lo menos altamente cuestionables.

Dio un trago a su copa, quemándole la garganta a su paso, mientras escudriñaba la oscuridad, para ver si captaba algún movimiento en la cabaña de enfrente. Y se preguntó si inconscientemente no lo había hecho a propósito... si no había tomado aquella decisión impulsado por la rabia, pero también sabiendo que era la única manera de tenerla cerca. Giró la cabeza para posar su mirada en la funda del cojín, que todavía se encontraba encima de la cama, donde él la había dejado minutos antes. Y una duda empezó a escarbar en su mente. ¿Cómo podía ser que un animal tan mortíferamente peligroso como la mamba negra se hubiese colado precisamente en la ducha de Noa?

Gracias a Dios, aunque era una serpiente extremadamente venenosa y muy nerviosa, no era en absoluto agresiva, sino más bien esquiva; con sus gritos, Noa había logrado alertarlo a él, mientras que el animal, incómodo en su presencia, intentaba escapar. Y el buen tino de no moverse de ella evitó una tragedia a mayores, pues, justo en ese momento, no tenían reservas de antídoto en el *resort* si hubiera sido mordida. El corazón se le encogió de angustia sólo de pensarlo. Si a ella le ocurriese

algo, él...

Alonso negó con la cabeza varias veces, antes de tomar otro trago, desterrando esa imagen. Luego sacudió de nuevo la cabeza cuando una sospecha cruzó por su mente, pues no podía creer que la marcha de Derek tuviera nada que ver con aquello. También era verdad que creía conocerlo bien, y la noche anterior lo había sorprendido muy negativamente. Pero no. Lo creía capaz de muchas tonterías, pero, de homicidio, no. Y una cosa era no estar capacitado para no controlar tus bajos instintos estando borracho, y otra muy distinta intentar matar a Noa a sangre fría. Tenía que haber sido una fatídica casualidad y punto.

Suspirando, volvió a fijar su mirada en el bungalow de enfrente, preguntándose qué estaría haciendo ella en ese instante.

Era primera hora de la mañana, y Noa se encontraba sentada tranquilamente en la terraza de su habitación, después de haber pedido que le enviaran el desayuno, y de hablar con Asha sobre lo que tendría que hacer esa semana en su ausencia. Sabía que era tarde, y que seguramente estarían esperando por ella para salir de viaje, pero le daba exactamente igual. El señorito quería obligarla a ir, ¿no?, pues no se lo iba poner fácil. Se arrepentiría de su decisión, de eso estaba completamente segura. ¡Vamos si lo estaba! Le iba a hacer la vida tan imposible que lamentaría haberla obligado a ir el resto de su vida.

No había pegado ojo en toda la noche, pues en su cabeza bullían tan diversos pensamientos que no fue capaz de conciliar el sueño. Y, aunque lo intentó, el sueño no la venció hasta altas horas de la madrugada.

Alonso tenía la desagradable virtud de enfadarla hasta límites insospechados, y no dejaba de darle vueltas a su traición con la doctora. Eso, más su cabreo por obligarla a hacer algo que no quería y, sobre todo y más importante, su pánico al imaginar que pudiera aparecer otro bicho como el de antes, le habían impedido poder dormir con tranquilidad. Tanto había sido el temor de que una serpiente o cualquier otro animal se colaran en su cabaña, que había estado a punto de coger sus petates y marcharse a dormir al hotel. Pero la certeza de que ese Tarzán de pacotilla y su amiguita bruja se iban a mofar de ella le dio suficiente valentía como para quedarse allí. No iba a permitir que se volvieran a reír de ella, antes muerta.

Por tanto, había disfrutado de unas horas de insomnio, que había aprovechado para pensar y darse cuenta de varias cosas.

La primera, que no sabía cómo demonios iba a pasar todas esas noches a la intemperie, con leones, rinocerontes, serpientes, hipopótamos, cocodrilos y demás bestias salvajes rondándola. Y que durmiera en una tienda de campaña, para ella significaba lo mismo que dormir al raso. Se le hizo un nudo en el estómago sólo de pensarlo.

Segunda, que gracias a esa desagradable virtud, Alonso conseguía que sus miedos

siempre quedasen en un segundo plano, pues pasaba más tiempo odiándolo a él que pensando en el terror que había sentido con Derek, o con la serpiente colándose en su habitación.

Y tercero, y esto era lo que más le repateaba el hígado, que en cierta forma había sido injusta con él.

No podía reclamarle por una traición que no era tal, pues entre ambos no había nada. Él era libre de estar con quien quisiese, estuviera ella de acuerdo o no. Que opinase que su actitud de estar con dos mujeres a la vez era reprochable, sí, sin duda, pero eso no era asunto suyo. Alonso no tenía la culpa de que ella se sintiese tan malditamente atraída por él. Tampoco tenía la culpa de que ella bajase la guardia y pretendiese abrirse a él para contarle lo que le atormentaba desde hacía más de año y medio.

Sólo había habido un beso entre ellos. Un triste beso que seguramente había significado mucho más para ella que para él. No podía culparlo por todo, ya que ella también había cometido errores. Y, sobre todo, y lo más importante, era que él tenía una vida antes de conocerla, y no iba a cambiarla drásticamente porque ella lo deseara. Máxime cuando no existía nada entre ellos, ni relación, ni promesas, ni compromisos, ni nada que los atara a ambos. Por lo tanto, tenía que entonar su *mea culpa* referente a eso.

Pero sí podía odiarlo por obligarla a hacer algo que no quería, sobre todo cuando le daba tanto miedo estar entre animales salvajes. Hasta el momento de la serpiente, no se había percatado de lo peligroso que era ese país... si no tenía en cuenta su altercado con el leopardo, claro. Pero ella no lo había visto y, por lo tanto, no contaba, por mucho que Asha la hubiera advertido. Además, gracias a su gran virtud, Alonso había conseguido que lo olvidase enseguida por estar más preocupada por otras cosas, como por ejemplo él, que en el peligro que había corrido.

De repente unos fuertes golpes sonaron en la puerta.

—¡Noa, abre de una vez! —gritó el hombre que ocupaba sus pensamientos después de esperar unos segundos.

No se dignó contestarle; que la tirase abajo... por lo que a ella le importaba...

—¡He dicho que abras, maldita sea!

Como no le hacía caso, Alonso pensó en la puerta de lona trasera que daba a la terraza; sólo tendría que abrir la cremallera y podría acceder al interior. Justo cuando se dirigió hacia allí, se la encontró sentada tan tranquila, leyendo un libro.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó enfadado.

Ella le enseñó el libro con evidente burla.

—Creo que es obvio, pero... si eres tan corto que tengo que explicártelo...

—No tienes tiempo para ponerte a leer, te estamos esperando.

—Por mí no te hagas mala sangre, hombre; te aseguro que no me importará en absoluto que os vayáis sin mí.

—Cuando anoche te sugerí que hoy vendrías conmigo de safari, ¿qué parte

exactamente no entendiste?

—¡Ah, bueno! Que fue una sugerencia, entonces. Qué alivio, pensé que había sido una orden. Si es así, me quedó más tranquila, pues declino tu oferta.

—Escúchame bien, niña: salimos en este mismo instante, y ya te advertí ayer de que ibas a venir por las buenas o por las malas. Así que tú decides: o empiezas a caminar delante de mí o te llevo a rastras.

Noa soltó un suspiro melodramático y con mucha mucha parsimonia, cerró el libro que estaba leyendo y se levantó de la silla. A continuación, se fue al lavabo a retocarse el maquillaje y cepillarse de nuevo el pelo; después se fijó detenidamente en un pequeño granito que le estaba saliendo en la barbilla, y se arrepintió de no haber metido otro tubo más de su carísimo exfoliante en la maleta cuando se fue de España. Realizaba todo esto frente a un Alonso impaciente, que caminaba de un lado a otro, reprimiendo las ganas que sentía de matarla con sus propias manos.

Agarró su neceser de Louis Vuitton y revisó concienzudamente que todo lo que había dentro estuviera correcto y, cogiendo su plancha de pelo, preguntó al guía:

—¿Sabes si necesito un transformador de doscientos veinte voltios?

—Nos vamos a la selva, niña, no a un hotel de cinco estrellas. No hay un maldito enchufe en kilómetros a la redonda donde puedas conectar eso.

—Vale, vale, pensé que en alguna aldea masái tendrían un generador o algo así.

Alonso bufó exasperado, elevando las manos al cielo y soltándolas a continuación, golpeando con ellas sus costados en tanto le rogaba a Dios que le diera paciencia. Ella, divertida, lo observó a través del espejo del baño.

—Está todo —comentó mientras dejaba el neceser encima de la cama—. Ahora le toca a la ropa. —Abrió las puertas de los armarios, dejando ver su extenso vestuario—. Humm... No sé qué llevar; ¿tú qué me aconsejas?

—¡Por todos los santos, Noa! ¿A dónde te crees que vas?, ¿a la Pasarela Cibeles? —gruñó, llegando casi a su límite mientras ponía los brazos en jarras.

—Tengo que pensarlo detenidamente, no puedo ir con cualquier facha. ¿Qué pensarían los clientes? —le respondió haciendo un verdadero esfuerzo por no reírse delante de él.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Acaso crees que van a estar más pendientes de tus modelitos que del paisaje africano? —le soltó, perdiendo la paciencia por completo.

Entonces se dirigió a grandes zancadas donde ella estaba, dispuesto a finalizar con aquella tontería.

—¡Chist! —susurró, levantando una ceja y lanzándole una mirada de advertencia antes de que se acercara demasiado—. Ni se te ocurra tocarme, que nos conocemos, Alonso.

Él se llevó la mano que iba a sujetarla por el brazo a la nuca, y se la empezó a frotar con evidente frustración. Dio varias vueltas mientras inspiraba profundas bocanadas de aire para calmarse.

—O terminas de una puñetera vez o te caliento el trasero como el otro día. Y te

puedo asegurar, niñata, que me darías una enorme alegría si tengo que cumplir mi amenaza. —Finalizó con una perversa sonrisa.

Noa posó dos dedos en su frente con delicadeza, mientras suspiraba con condescendencia, y empezó a masajearse la sien simulando un inminente dolor de cabeza. El mismo que pretendía ser para él.

—¿Sabes que podría denunciarte por malos tratos?, ¿o por amenazas, abuso de autoridad, maltrato psicológico, denigración de la mujer? —lo desafió, en tanto iba a buscar su maleta ya hecha, que tenía escondida en el baño.

Cuando salió con ella, Alonso se quedó pasmado al advertir que todo lo anterior lo había hecho sólo para fastidiarlo.

Pasando por delante de él, después de coger su neceser de mano, concluyó:

—Querido, yo también sé proferir amenazas y te aseguro que también las cumplo.

Dicho esto, abrió la puerta para marcharse tan tranquila de allí, después de haber cumplido con su objetivo.

Cuando se subió al *jeep*, sólo había un asiento libre al lado de la pareja que la noche anterior la había pillado medio desnuda y despotricando contra Alonso. Muerta de vergüenza y sonrojada hasta las cejas, no le quedó más remedio que sentarse al lado de ellos.

—Buenos días —saludó abochornada.

—Buenos días —contestaron todos.

Casi sin darle tiempo a acomodarse, Alonso arrancó el coche y salió pitando de allí, seguido de cerca por Shukrani, que conducía el otro vehículo.

—¿Usted también viene? —le preguntó la mujer, rompiendo el hielo después de unos tensos segundos.

—Sí. Llevo poco tiempo trabajando en Resorts Montalbo, y creo que es conveniente que conozca el recorrido que hacen los clientes.

—Me alegro tanto de escuchar una voz española —comentó alegremente—. Mi nombre es Alexia, y soy de Vigo, aunque ahora vivo con mi marido, Martín, en México.

El hombre asintió con la cabeza a modo de saludo, y de pronto Noa se quedó muda de asombro y con la boca abierta de par en par. Era tan guapo que quitaba el aliento.

Intentó recordar si cuando llegaron al hotel lo había visto. Pero no, llevaba unas gafas de sol y una gorra calada, y no había reparado muy bien en él, sino más bien en su mujer. Y por la noche, seguramente por la mezcla de vergüenza, el evidente enfado con Alonso, que estaba oscuro y el maldito jabón en el ojo, no se pudo fijar bien. Pero ahora...

«¡Vaya!, ¡qué suerte tiene la condenada!», pensó, volviendo a centrar su atención en la pequeña y morena mujer que tenía a su lado.

—Te entiendo a la perfección, a mí me pasó exactamente lo mismo la primera vez que lo vi —bromeó divertida, mientras Noa se ruborizaba hasta las cejas de nuevo, al ser pillada de forma tan flagrante.

—Yo... lo siento. No... no era mi intención ofender.

—Tranquila —le contestó mientras se echaba a reír—. Ya estoy acostumbrada al efecto que mi marido provoca en las mujeres. —Acercándose a ella como si le quisiera hacer una confidencia, añadió—: ¿Y sabes lo peor?

Noa negó con la cabeza, y Alexia le echó una ojeada burlona a su marido, que la observaba divertido.

—Qué él lo sabe —soltó, y se volvió a echar a reír.

Martín agarró la cara de su mujer entre sus manos y, antes de besarla, murmuró contra su boca:

—Y tú sabes que yo sólo tengo ojos para ti.

Noa se quedó contemplándolos muerta de la envidia, pues se notaba a la legua que ambos se amaban de verdad. No hacía falta más que ver el amor que se profesaban para darse cuenta de ello. Deseó con toda su alma poder encontrar a alguien a quien amar y que la amara de la misma manera, y no pudo evitar mirar a Alonso, que iba conduciendo. Justo en ese momento, como si hubiese sabido que estaba pensando en él, el guía giró un instante la cabeza para encontrarse con su mirada, que ella desvió, avergonzada por sus pensamientos.

Los tres se cayeron bien enseguida y, aunque Noa habló con el resto de los clientes, tanto ella como Alexia sintieron una conexión especial. Quizá porque ambas eran del mismo país y se encontraban viviendo lejos de casa, o porque la morena era una mujer de trato amable y cercano con la que se sentía identificada, el caso es que hablaron durante todo el trayecto como si hubiesen sido viejas amigas, logrando con ello hacer el viaje más ameno.

Salieron del *resort*, que se encontraba en el parque nacional de Aberdare, y se dirigieron al parque nacional Monte Kenia. Durante ese tiempo, Alexia le contó cómo había conocido a su marido y a qué se dedicaba, pues era un importantísimo actor de telenovelas en su país, dejándola tan pasmada como el paisaje que contemplaba desde el *jeep*. Alonso los llevaba por caminos poco transitados, en continuo contacto a través de la emisora con Shukrani y otros *rangers* que iban indicando su posición y dónde encontrar a los animales salvajes para poder observarlos con unos prismáticos o, en algunos casos, a unos pocos metros.

Cruzaron bosques, laderas y numerosos valles de una hermosura tal que Noa no daba crédito. Tenía la sensación de hallarse en otro mundo y, aunque se cruzaban con otros vehículos que también iban de safari, por momentos creía estar en un edén propio. Se pararon varias veces para observar a una preciosa manada de elefantes, el bello y tímido antílope bongo, un amenazador rinoceronte macho y un leopardo subido a una rama de un árbol mientras movía la cola lánguidamente, y que si no llega a ser por Alonso nadie habría visto. Mientras se cruzaban con una enorme

variedad de pájaros, incluida una majestuosa águila coronada, además de los jabalís salvajes que ya había visto anteriormente, junto con los famosos monos Sykes de los cuales no tenía un buen recuerdo, Alonso les iba hablando de cada uno de ellos. Se notaba, cuando hablaba, que sentía verdadera pasión y adoración por todo aquello. Y ella empezó a comprenderlo, pues advirtió, maravillada, que todo a su paso era de una belleza tan salvaje como él.

Pero cambió de opinión cuando, al mediodía, se encontraban sentados en unas mantas en el suelo a modo de pícnic debajo de un árbol, almorzando los deliciosos sándwiches y viandas que había preparado Pierre... pues unos molestos pájaros empezaron a sobrevolar sus cabezas, en busca de un bocado más apetecible. Noa acabó siendo perseguida por un par de ellos, mientras daba vueltas y manotazos al aire alrededor de las mantas, gritando que se los sacaran de encima.

Tampoco lo pasó nada bien cuando, casi empezando a anochecer y de pura suerte, se toparon con una leona subida a un árbol. Alonso les contó que en aquella zona del país era muy común que los felinos se encaramasen a las alturas, pues, al no ser una zona llana, sino boscosa, era donde tenían mejor visión para encontrar a sus presas, además de escapar de las fastidiosas moscas y de encontrar un lugar cómodo donde dormir a sus anchas. Pero los faros del coche deslumbraron al animal y éste, molesto, bajó rápidamente del árbol y, cuando creían que ésa era la única acción que iba a realizar, de repente comenzó a correr, acercándose peligrosamente al *jeep*.

A Noa el corazón se le puso en la garganta al ver cómo aquella poderosa fiera se dirigía directamente a ellos de forma amenazadora, y se tapó la boca con ambas manos, totalmente atemorizada, hasta que Alonso tocó el claxon, asustando a la bestia y haciéndola huir en dirección contraria.

Llegaron a una zona cercana al Monte Kenia, donde los esperaban el resto de los trabajadores, que ya estaban preparando la deliciosa cena. Además de los del hotel, había un par de empleados en los diversos campamentos que tenían diseminados por varios parques y reservas nacionales donde pernoctaban los clientes, y que se ocupaban de mantener las tiendas y el recinto en perfecto estado, junto con el cocinero y ayudante de cocina, que eran los únicos que viajaban con ellos en el *jeep* a cada localización.

Las tiendas eran sencillas, pero muy completas, y extremadamente cómodas y funcionales. Contenían una enorme cama, con su mosquitera correspondiente, una mesita de noche con un gran candil encima y un baúl donde meter algunas pertenencias. También disponían de un coqueto baño con ducha, donde poder refrescarse después de las agotadoras jornadas de excursión; eso fue lo que hicieron todos los viajeros al llegar, disfrutar de una refrescante y merecida ducha.

Cuando Noa estuvo lista y salió de la tienda, se dirigió al lugar donde estaba la mayoría de gente, que no era otro sitio que una pequeña hoguera central con varias mesas alrededor, engalanadas con sus manteles blancos, su fina y elegante cubertería y una pequeña vela dentro de un recipiente de cristal colocado en el centro. Al lado

de la vela, así como desperdigados por el suelo y en algunas ramas de los árboles, había varios candiles que arrojaban una tenue luz, ya que no había electricidad en el campamento, pero que era suficiente para recrear un romántico y acogedor ambiente. Cerca de ellos, en unas mesas portátiles y decoradas distinguidamente, había varias bandejas tipo bufé con diferentes clases de comida que podían escoger para degustar, servidos por el cocinero y su ayudante: arroz blanco, ensaladas, carne marinada y hecha a la brasa, salchichas cocidas de la misma manera y puré de patatas. Todo se veía y olía delicioso, así que, muerta de hambre, comenzó a servirse en un plato, para después buscar una mesa libre donde sentarse.

Encontró una que no estaba ocupada y se acomodó en ella, contenta de poder tener un poco de privacidad. Pero su alegría fue breve, pues a los pocos minutos apareció Alonso.

—Parece que al final sí te gustaron los testículos de mono —comentó al sentarse y ver cómo se llevaba el tenedor a la boca—. Tanto protestar para nada.

Noa se quedó con el cubierto suspendido en el aire.

—Esto no son testículos de mono —afirmó, rezando por tener razón.

—¿Quieres preguntárselo a Yaawar? —sugirió con una sonrisa ladeada—. Es quien los ha preparado, así que es la persona adecuada para salir de dudas si no te fías de mí.

—Por supuesto que no me fío de ti, pero me subestimas, Alonso, si crees que me voy a tragar que habéis cocinado eso para dárselo de cenar a los clientes. —Dicho esto, se metió el tenedor en la boca y empezó a masticar, lanzando a continuación una mirada triunfadora y respirando aliviada al advertir que era ternera asada lo que estaba comiendo.

Él la observó divertido y con un brillo de admiración por atreverse a comerlo de todas formas, sin estar segura de lo que era.

—¿Acaso no hay más mesas libres donde puedas sentarte? —le preguntó, molesta, después de tragar el bocado—. No sabes qué hacer con tal de molestarme, ¿verdad?

Alonso se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la silla, y se cruzó de brazos.

—En verdad lo lamento, niñaata, pero la vida no gira alrededor tuyo. Si te fijaras en algo más que en tu ombligo, te darías cuenta de que están las mesas justas para las parejas de clientes que tenemos en este viaje. Se añade otra más para el guía y la doctora, pues Shukrani prefiere comer con sus compañeros, después de comprobar que todo el perímetro es seguro. Por tanto, no me queda más remedio que tener que compartir la mesa contigo, ya que Sofía no está. Vete acostumbrando, porque no pienso comer apartado para no fastidiar a la princesita. Si tanto te incomoda mi presencia, tienes mi permiso para marcharte.

Noa observó su pose retadora y decidió que no iba a darle el gusto, por lo que procedió a seguir degustando su comida en silencio. Si estaba decepcionado por no

tener a su amiguita allí, no era culpa suya, sino que no la hubiera obligado a ir. Y por supuesto que no se iba a largar a ningún lado.

«¡Sólo faltaría, vamos!»

Él, al ver que no presentaba batalla, se relajó para empezar a comer.

Minutos después, se encontraban los dos con los estómagos llenos, relajándose en silencio, mientras ella saboreaba el resto de vino que le quedaba en su copa y Alonso bebía una cerveza fría.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —se atrevió a plantear al fin Noa, después de darle muchas vueltas a la cabeza.

Él giró la suya para observarla de frente con curiosidad y, después de unos segundos, asintió.

—Ayer estuve hablando con Asha sobre la importancia de los medicamentos que donáis a los más desfavorecidos —comenzó a hablar con timidez, sin ser capaz de mirarlo directamente— y también pude comprobar que hacemos muchos pedidos de frutas y verduras, y de algunas carnes de animales como pollo o cerdo, en la ciudad de Nyeri.

—Ajá —comentó al ver que paraba de hablar.

—Me gustaría ayudar, Alonso —le dijo cogiendo valor para mirarlo de frente, pues lo que iba a pedirle era importante para ella—. He observado que las gentes de los poblados cercanos se dedican al campo y al pastoreo, y he pensado que podríamos darles las herramientas para que ellos mismos produzcan los alimentos que nosotros necesitamos, sin tener que recurrir a las ciudades más grandes y alejadas del *resort*, donde inflan los precios, aprovechándose de que no tenemos a nadie más a quien recurrir, y que el hotel exige una excelente calidad para nuestros clientes.

El hombre se quedó callado, estudiándola atentamente, y Noa empezó a ponerse nerviosa.

—¿Y...? ¿Y si nosotros les diéramos esos recursos? Desconozco el procedimiento que hay que seguir; no sé si el Gobierno tiene terrenos que podamos arrendar o si nos darán permisos para ello, pero... —Se interrumpió al darse cuenta de que él todavía no había dicho nada.

—¿Pero?

—Pero podríamos intentarlo. Podríamos comprar los animales y que ellos los criaran, construir invernaderos donde plantar las verduras, enseñarles a manufacturar algunos alimentos, como quesos, yogures, nata, embutidos, ahumar carnes. Ellos trabajarían por un buen sueldo. Incluso podríamos crear microcréditos para que pudiesen prosperar por cuenta propia, que nos pagarían después con género poco a poco. No sé, ayudarlos a empezar de alguna manera, conseguir que sean autosuficientes y no depender de nadie externo.

Como Alonso seguía sin dar su opinión, ella cada vez estaba más nerviosa. Necesitaba que la apoyase en eso. Llevaba tiempo dándole vueltas y creía que era una muy buena idea.

—No puedo quedarme parada viendo cómo se mueren de hambre. Éste es un país rico, y si nosotros los ayudásemos... al principio no ganaríamos mucho, pero después resultaría un buen negocio. Estoy segura.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —planteó al fin—. Es un proyecto muy ambicioso. ¿Le vas a pedir el dinero a tu padre, como con los ordenadores?

Ella se quedó callada durante unos segundos sin saber qué decir. Entonces Alonso negó con la cabeza, mientras expresaba decepción en su rostro, al ver cómo se quedaba muda, sin dar una respuesta.

—Tu idea es muy loable, Noa, pero tú te marcharás en cualquier momento, y yo no tendré ni energías ni poder para enfrentarme a tu padre cuando ya no estés. Lo que tú pretendes no sólo requiere dinero, sino tiempo, esfuerzo y trabajo. Y los demás ya tenemos suficiente con lo que llevamos auestas. Además, puedo asegurarte que tu padre se negará en redondo. Llevo detrás de él, pidiéndole unas pequeñas reformas que necesita el hotel, mucho tiempo y no quiere proporcionar el capital para realizarlas.

Bebió un trago de cerveza al acabar de exponer sus argumentos. No iba a participar en el capricho momentáneo de una niña para que después ésta se fuera y lo dejara a él con el marrón. Tenía que reconocerle el mérito de querer ayudar, pero en cualquier momento se largaría sin mirar atrás, y tenía que pensar no sólo en él, sino en todas esas personas que quedarían destrozadas cuando vieran naufragar su proyecto... si es que algún día salía a flote, lo cual dudaba mucho, por las razones que acababa de exponer.

Además, no sólo tendrían que hacer frente a su padre, sino que eso significaría pelearse con el Gobierno de ese país para pedir los permisos necesarios, teniendo que sobornar a casi todos los funcionarios, así como los incontables viajes de ida y vuelta y, sobre todo, tener que enfrentarse con los comerciantes de la ciudad, que no estarían de acuerdo en perder sus negocios, poniendo en peligro su propia vida. No, no había nada que compensara todo ese esfuerzo, para que después ella decidiera abandonarlos y marcharse a España.

Noa, sin entender su negativa, se levantó enfadada y, sobre todo, defraudada con su actitud. Había pensado que, precisamente él, que había luchado contra su padre para poder regalar esos medicamentos, estaría de su lado en eso. Pero evidentemente se había equivocado.

—Muy bien, como quieras. Pero que sepas que no te necesito, y que lo conseguiré con o sin tu ayuda.

Se fue de allí sin mirar atrás.

Alonso suspiró, contemplando cómo desaparecía, enojada.

—Ojalá fuera verdad.

Noa estaba sentada en su cama totalmente atemorizada, retorciendo las sábanas

entre sus manos por la fuerte tormenta que estaba acaeciendo fuera. Los truenos retumbaban en sus oídos como si cayesen a su lado, y los rayos destellaban tan cerca que iluminaban toda la tienda de campaña como si fuese pleno día. Llevaba dándole vueltas a una idea, pero no se atrevía a realizarla, hasta que de repente un relámpago cayó tan próximo que hizo temblar la tierra. Tras pegar un bote en la cama, salió despavorida, sin importarle si su vida corría peligro al salir a la intemperie.

Corrió como alma que llevaba el diablo, descalza y empapándose, hasta llegar a la tienda de Alonso y, con las manos temblándole y el corazón latiendo a mil por hora, abrió como buenamente pudo la cremallera y se adentró en ella sin pedir permiso.

—Pero ¿qué demonios...? —exclamó al verla allí de pie, temblando como una hoja al viento.

Sonó otro estruendo, seguido de un fogonazo, y Noa, pegando un grito, saltó a la cama.

—Vete haciéndome sitio, porque yo no duermo sola esta noche.

Capítulo 16

—¿Qué haces aquí, Noa? —le preguntó desconcertado.

—Nada, pasaba por aquí y me quedé para hacer un poco de punto de cruz. —Se encogió muerta de miedo cuando otro trueno retumbó cerca—. ¿Tú qué crees, Alonso?

—¿En serio? —planteó divertido—. ¿De verdad te dan miedo las tormentas?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿No sé qué te hace tanta gracia? Hay mucha gente que le tiene pánico a las tormentas.

—Es cierto, pero no creí que doña perfecta fuera una de ellas.

De repente su sonrisa socarrona se le borró, cuando una almohada se estampó contra su cara.

—¡Maldita sea, niñata! —masculló enfadado, arrancándole de las manos la almohada con la que le había pegado.

—¡Está bien! ¡Está bien, lo siento! —se disculpó cuando él le devolvió el golpe —, pero es que no me pude resistir. Además, no es de caballeros reírse de los miedos de una dama.

De pronto Alonso se quedó observándola detenidamente, y un brillo de deseo oscureció su mirada al advertir cómo ella, sentada de rodillas encima de su cama, con una fina camiseta mojada y adherida a su cuerpo, dejaba entrever unos pequeños y turgentes pechos, coronados por unos inhiestos pezones que se marcaban en el fino algodón. La tela, de color blanco, sólo le llegaba por encima de su *sexy* ombligo, y hacía juego con un escaso y diminuto pantalón del mismo color, que resaltaba ese precioso trasero en forma de corazón.

—El caso, niñata... es que yo no soy ningún caballero —susurró con la voz ronca, mientras no apartaba los ojos de su cuerpo.

Ella, a pesar de estar húmeda por la lluvia, en vez de sentir frío notó todo lo contrario, pues su temperatura corporal subió uno o dos grados más. Se lamió los labios inconscientemente al sentir la boca seca, a la vez que todo el vello de su piel se erizaba por completo.

—Ni yo una dama —murmuró muy bajito, rezando porque no lo oyera.

Él despegó con dificultad la vista de su cuerpo para fijarla en su rostro, en busca de una emoción, una señal, cualquier cosa que le hiciera saber qué estaba pensando en ese instante. Porque, lo que era por su mente, pasaban imágenes demasiado sucias para una dama y, por lo tanto, nada, pero nada, caballerosas.

La magia del momento se rompió cuando otro fogonazo, seguido de un estruendo, iluminó todo el campamento, sobresaltando a Noa, quien, sacudida por el miedo, cogió la almohada que antes le había tirado a la cara para agarrarse a ella.

Alonso recobró la cordura y salió de la cama para pasearse nervioso por la tienda, mientras se frotaba la nuca de forma compulsiva.

—Esto no es una buena idea, Noa; será mejor que te vayas.

—Ya quisiera yo, pero es superior a mis fuerzas, Alonso. Le tengo verdadero terror a las tormentas desde que era una niña, y no pienso quedarme sola.

Él se paró en seco, mirándola mientras sopesaba la situación. No sólo era una mala idea, sino que, tal y como estaba en ese momento, era pésima. En lo único que pensaba era en arrancarle esas minúsculas prendas y hacerle el amor toda la noche. Así que, ¿cómo diablos se suponía que iban a dormir juntos? Era demasiada tentación para un solo hombre.

«¡No! ¡De eso nada! ¡Ni hablar!»

De repente, Noa se fijó en el bulto que se le estaba empezando a notar debajo del calzoncillo largo que usaba para dormir, y elevó una ceja, asombrada. No sólo por el tamaño, sino porque, al fin y al cabo, no le era tan indiferente. Él, al darse cuenta, apagó el candil, dejando la habitación iluminada sólo por los que estaban colgados en los arboles cercanos, movidos de un lado a otro por la lluvia y el viento que arreciaba en el exterior.

—Pues ya eres una adulta, niñaata, por lo que supéralo de una vez —le soltó, incómodo porque hubiera pillado su erección en pleno apogeo.

—¿Te has dado cuenta de que has utilizado la palabra «adulta» seguida por «niñaata»? —le preguntó divertida, pues sabía que estaba perdiendo la paciencia. Y en cierta forma le venía bien, pues, mientras discutiese con él, no estaría tan aterrada por la que estaba cayendo fuera—. No tiene sentido; lo sabes, ¿verdad?

—¿Tengo cara de que me importe? —masculló con los dientes apretados, enfadado con ella, enfadado con él y enfadado con el destino que le hacía pasar por eso.

Ya luchaba suficientemente contra la fuerte atracción que sentía como para que, encima, ahora tuvieran que compartir la misma cama.

«¡Esto es de locos!»

Noa suspiró.

—Mira, tal y como yo lo veo, la culpa es tuya, así que no te queda otra. Ya te dije antes que yo esta noche no duermo sola, y no lo voy a hacer por mucho que tú insistas —reiteró, terca, mientras se metía dentro de la cama y estiraba bien la sábana y la manta a su alrededor.

—¡Esto es el colmo! ¿Cómo que la culpa es mía? —le espetó frustrado—. ¿Acaso tengo yo la culpa de que haya tormenta? O, lo que es peor, ¿tengo también la culpa de que te den miedo?

—Claro que no... —admitió, después de soltar un pequeño grito cuando la sobresaltó otro rayo.

—¡Ah, menos mal! No estás tan loca como yo creía.

—Pero tú me obligaste a venir en contra de mi voluntad, así que te aguantas.

«¡Mierda!»

—Ésa no es una razón válida.

—Es la razón más válida que conozco.

—Noa... —la advirtió.

—Alonso...

Y soltó otro gritito cuando rugió el trueno, para poner a continuación unos ojitos de cordero degollado, acompañados por unos sexys pucheros con la boca.

—Por favor...

Él se quedó mirándola como un tonto, sin poder creerse lo que estaba haciendo.

—Por favor...

—¡Oh, por todos los santos! —claudicó, impotente contra esas armas, y empezando a caminar de nuevo por la tienda, alterado.

Noa dio palmaditas de contenta por haberse salido con la suya y, cuando él le lanzó una mirada furibunda, se quedó inmóvil.

—Por favor... —volvió a suplicar, poniendo cara de niña buena.

Alonso no sabía si matarla... pero a besos. Tenía perfectamente claro que lo estaba manipulando, pero, a decir verdad, no tenía las fuerzas suficientes como para negarse. Su miedo era real, eso no podía negarlo, y se había jurado protegerla, aunque fuera a costa de su cordura. Además, estaba seguro de que, como siguiera así, la iba a perder por completo.

—¡Está bien! —dijo al fin—. Pero te quiero lo más alejada posible de mí.

Luego, cogiendo los cojines que estaban tirados en el suelo y metiéndose después en la cama, levantó una especie de barricada entre ambos.

—Tú en ese lado de la cama y yo en éste. ¿Estamos?

Ella levantó una mano mientras con la otra se tocaba el corazón a modo de juramento.

—Te doy mi palabra de honor de que no pienso violarte.

—¿Estamos, niñata? —le preguntó con sequedad, pues no estaba para bromas.

No, con el volcán que tenía entre las piernas.

—Sí, sí, estamos, estamos —le confirmó, a la vez que se acostaba y tapaba con las mantas—. ¡Qué carácter nos gastamos, amigo!

Minutos después, Alonso se encontraba de lado, dándole la espalda a Noa, tieso como una tabla, sin mover una sola pestaña, en su esquina de la cama, con una erección que le dolía a más no poder y desquiciado porque no paraba quieta. Y si llegaban a rozarse, aunque fuera sólo una micromilésima de segundo, no estaba muy seguro de poder contenerse y no abalanzarse encima de ella como había hecho Derek.

—¿Quieres cambiarte la ropa? —le preguntó él sin mirarla a la cara, incómodo, pues no podía dejar de pensar en ello—. Lo digo... —carraspeó... porque tienes la tuya mojada.

«¡Dios, y tan mojada! —pensó mordiéndose el labio inferior con fuerza—. Mejor, ¿por qué no te la quito yo...? ¡Pero con los dientes!»

—Estoy bien, gracias.

—Pues a dormir, entonces. Y estate quieta ya, que no hay quien pegue ojo contigo.

«¡Joder, esto es un suplicio!», se dijo mientras ahuecaba su almohada a porrazo limpio.

—Eso intento —bufó exasperada, y se levantó para agarrar los cojines y devolverlos al suelo—. Así mucho mejor.

—¿Qué haces, niñaata? —preguntó con la voz estrangulada y girando la cara para ver con atención qué hacía.

—¿Tú qué crees?, ponerme cómoda. Me siento atrapada con tanto cojín; necesito espacio y libertad de movimientos, si no seré incapaz de dormirme.

«¡Madre mía! ¡Madre mía!»

Alonso apretaba los dientes con fuerza, llegando a hacerse daño, pues Noa estaba demasiado cerca y su aroma le inundaba las fosas nasales. Era tan exquisito que le embotaba la cabeza, logrando que no dejase de pensar en nada más que en ese apetitoso cuerpo, al que estaba deseando hincar el diente, lamer con su lengua, acariciar con sus manos, enterrarse...

«¡Basta!»

¡Madre del amor hermoso!, estaba haciendo verdaderos esfuerzos por contenerse. En su vida se había sentido tan excitado como en ese momento.

—¡Está bien, pero tú en tu esquina! —le ladró, mientras disimuladamente colocaba y frotaba su miembro duro para que se relajara.

Pero tuvo que dejarlo porque el remedio era peor. Inspiró y expiró varias veces, intentando dejar la mente en blanco para sosegar. Al cabo de unos minutos, seguía igual de excitado, pero ya no sólo le dolían sus partes, sino todo su cuerpo, por estar tanto tiempo sin moverse en la misma posición. Así que, despacio, se dio la vuelta para cambiar de postura y, sorprendido, se encontró de frente con Noa, totalmente despierta.

«¡Mierda!»

—¿No eres capaz de dormir? —le preguntó, observándolo tranquila.

—No.

Y si supiera en lo que estaba pensando, no estaría para nada tan confiada.

—Yo tampoco —confesó.

«Quizá, si hablamos, acabaremos discutiendo como siempre y se me bajará la hinchazón», razonó, buscando desesperado algo a lo que agarrarse.

—Dime una cosa, ¿por qué le tienes tanto miedo a las tormentas? —Soltó lo primero que le vino a la cabeza.

Ella se quedó pensativa unos instantes y, después de suspirar, acomodó la almohada donde tenía apoyada la cabeza entre ambos brazos.

—No estoy muy segura. Tengo un vago recuerdo, aunque también podría ser un sueño, de algo que me ocurrió cuando era una niña de cuatro o cinco años. La casa...

mejor dicho, la mansión de mis padres es enorme y, cuando era pequeña, me parecía un laberinto infinito. Recuerdo que una noche me desperté por culpa de una tormenta y, muerta de miedo, salí de mi habitación en busca de mi madre, pero me perdí. Asustada y sin saber qué hacer, me quedé en una esquina de uno de los pasillos, llorando y llamándola para que viniera a rescatarme. Después de lo que me pareció mucho tiempo, apareció la mujer que nos cuidaba por aquella época. Se llamaba Elke y era alemana. A pesar de que era muy eficiente en su trabajo, que era cuidar de mí, cariñosa, lo que se dice cariñosa, no recuerdo que fuera.

Alonso la contempló detenidamente unos segundos, con un sentimiento enorme de compasión. Tenía la extraña sensación, por la forma en cómo lo contaba, de que su niñez no había sido muy feliz.

—Entiendo —fue lo único que pudo decir.

—Está muy confuso en mi cabeza. A veces pienso que me sucedió de verdad y otras veces sueño con ello; por lo tanto, no estoy muy segura de si fue real o no. El caso es que, desde cría, le tengo pánico a las tormentas.

—¿Fue la única niñera que tuviste?

—No. Después vino Anne, una inglesa muy estirada que estaba obsesionada con que no me manchara y no comiera caramelos. Y, por último, antes de enviarme al internado irlandés, trabajó con nosotros Lupe, una encantadora dominicana a la cual le tenía mucho cariño.

Se quedaron callados, mirándose el uno al otro.

—Háblame del internado. ¿Tuvo que ser emocionante viajar a otro país y compartir experiencias con otros chicos de tu edad?

Ella tragó saliva.

—Fueron chicas. En el internado sólo éramos chicas, y te aseguro que, para mí, fue de todo menos emocionante. Es duro empezar en un colegio nuevo, y más cuando eres extranjera. No entiendes correctamente el idioma, y estás rodeada de niñas caprichosas y volubles, con las hormonas revolucionadas. Al principio me sentí muy sola y discriminada, pero, como dice mi padre, lo que no te mata te hace más fuerte, así que aprendí a valerme por mí misma.

Alonso sonrió divertido al imaginársela con el uniforme del colegio... con su camisa blanca, una rebeca de color verde o azul y una minúscula falda de tablillas a juego por encima de las rodillas; unas medias largas de lana, unos zapatos oscuros planos y unas coletas a ambos lados de la cabeza completaban la estampa sexy que todo hombre tiene de una colegiada... aunque ella se acercaba más a la imagen del primer videoclip de Britney Spears.

—¿Te divierte que mis padres me dejaran tirada en un internado con doce años?
—preguntó, confundida por su actitud.

—¡No! ¡No! ¡Claro que no! —se apresuró a aclarar.

«¡Céntrate, Alonso! Se suponía que esto de hablar era para bajar tu hinchazón, no para aumentarla.»

—Es sólo que... me imaginaba que ahí fue donde adquiriste tú práctica con la lengua.

—¿Qué?! —le preguntó, perpleja por su respuesta.

«¡Mierda! ¡Mierda!»

—No quería decir... Yo... Me refiero que... ¡Mira, da igual! —terminó, enfadado consigo mismo.

Luego se giró, para quedar boca arriba. Aquello no estaba saliendo como él quería. Además, la sangre se le acumulada en sus partes bajas, consiguiendo con ello que no le regara bien el cerebro, por lo que no podía pensar con claridad.

«¡Soy un idiota!»

—Alonso.

En un principio él no contestó y se pasó la mano por la cara, frustrado.

—Alonso.

—¿Qué?!

—Mírame —insistió.

—Duérmete ya, Noa —le contestó, a la vez que sonaba un trueno a lo lejos.

—Mírame.

Rindiéndose, giró la cabeza para mirarla.

—Esto de hablar no es lo tuyo, ¿verdad? —señaló con una media sonrisa.

—No es mi punto fuerte, no.

—Ahora me has dejado intrigada. ¿Qué es lo que querías decir?

El guía buscó las palabras exactas y, suspirando, se giró de nuevo para quedar enfrente de ella, esperando no volver a meter la pata.

—Lo que quería decir era que eres la primera persona que conozco que siempre tiene una réplica adecuada. Eres como una leona cuidando de sus cachorros: en cuanto te sientes atacada, lanzas zarpazos sin tener en cuenta a quién haces daño con ello. Y lo sé por experiencia propia, pues, cuando sueltas esa lengua viperina que tienes, ésta puede dejarte noqueado y sin saber reaccionar.

Noa se quedó callada durante un momento, cavilando sobre lo que le había dicho.

—Quizá tengas razón —reconoció por fin—. Es la única manera que conozco de protegerme, y eso me lo enseñó tu respetado Diego Montalbo. Él siempre ha dicho que la mejor defensa es un buen ataque. Y ha sido una lección que aprendí a base de recibir golpes, te lo aseguro.

Alonso se quedó sorprendido por la respuesta.

—¿Tu padre te levantaba la mano?

—No, claro que no, es una forma de hablar. Pero no existe sólo la violencia física —le aclaró con un brillo de dolor en la mirada—. Hay palabras que duelen más que los golpes, porque éstos, al fin y al cabo, desaparecen y dejan de dolerte, pero las palabras te dejan marcada, logrando anularte, manipularte y confundirte. Consiguen que te sientas inferior, insegura, impotente... Mi padre es un experto en ese campo, y por eso he aprendido del mejor.

—¿Por qué le tienes tanto rencor a tu padre?

Ella lo miró intensamente, sopesando qué contarle y qué no, pues no se podía fiar de él. Unas horas antes había pensado en confesárselo todo, pero la había defraudado, y ahora no sabía qué pensar. Lo único cierto era que alguien no quería que ella siguiera trabajando allí y, por lo que sabía, podía ser perfectamente Alonso, compinchado con alguien más, seguramente la doctora.

—Porque es un farsante, Alonso. Durante mucho tiempo me tuvo engañada, haciéndome creer, a mí y a todos los que lo rodean, que su halo de respetabilidad y de honradez eran genuinos. Pero tuve que haberme imaginado que, para llegar hasta donde él está, hay que mancharse las manos.

—¿A qué te refieres? —demandó confundido.

Noa suspiró, cansada de esa conversación que no llevaba a ninguna parte.

—¿Sabes qué?, no me apetece seguir hablando de esto. Y, tienes razón, lo mejor es que nos durmamos ya.

Alonso arrugó el ceño, extrañado por ese cambio de actitud. Y, aunque se quedó con la intriga, pensó que quizá era lo mejor, pues su erección todavía seguía allí, vivita y coleando.

—Buenas noches —le dijo ella, dándole la espalda.

—Buenas noches —contestó él, sin mover un solo músculo.

Habían pasado unos pocos minutos y Alonso seguía con la vista clavada en su espalda. Todavía continuaba dándole vueltas a su conversación, en un vano intento por calmarse y poder dormir.

—No puedo creer que me hayas dado la razón dos veces seguidas en una sola noche —habló sabiendo que ella todavía seguía despierta.

Noa se giró para mirarlo a la cara.

—Échale la culpa a la tormenta, el miedo no me deja pensar con claridad.

—Ya —contestó con una media sonrisa.

—Y, por supuesto, mañana por la mañana lo negaré por completo.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba.

Ella se giró totalmente, quedando nuevamente cara a cara con él, y se estuvieron observando en silencio durante unos largos minutos.

Alonso pensó en lo hermosa que se veía y advirtió, sorprendido, que quizá era más compleja de lo que creía. La forma en la que le había hablado sobre su niñez y su padre le hizo pensar que tal vez no lo había tenido todo tan fácil como él suponía. En realidad desconocía por completo cuál era su historia y, por lo poco que le había dejado vislumbrar, no había sido tan bonita como él se había imaginado.

Noa lo desconcertaba de muchas maneras, y una prueba de ello era que esa noche estaba metida en su cama, cuando sólo unas horas antes se había despedido de él enfadada. Y lo peor de todo era que actuaba con tanta naturalidad como si fuese normal que su sitio estuviese allí, como si entre ellos hubiese una complicidad intrínseca que hacía lógica su presencia a su lado.

—He estado pensando...

—¿En serio? —la interrumpió, incrédulo—. Vaya, esta noche eres un caja de sorpresas.

—Y no sabes lo sorprendente que puedo llegar a ser, cuando te estampe el candil en la cabeza —le advirtió, divertida—. ¿Me vas a dejar hablar?

—Si no me queda más remedio... —se burló a la vez que cambiaba de posición, pues ya no aguantaba más.

—Qué paciencia tengo que tener, ¡madre mía! —murmuró ella con sarcasmo, pero sorprendida de poder mantener al fin una conversación razonable con él.

También aprovechó para acercarse más y buscar calor humano al apoyar la cabeza en su brazo, algo que cogió por sorpresa a Alonso cuando se puso boca arriba.

—Noa... —susurró con la voz sofocada, entrando en pánico al tenerla tan cerca.

—Cállate, quieres, porque voy a volver a darte la razón, y eso es un hecho sin precedentes que te aseguro que no volverá a suceder.

Se quedó mudo, sin atreverse siquiera a respirar, mientras que ella, sin ser consciente de ello, se pegó a él, acomodándose mejor, a la vez que apoyaba su mano en el pecho de Alonso. En el instante en el que lo hizo, su piel se estremeció a su contacto, pero pudo reprimir a tiempo el gemido que a punto estuvo de escapar de su garganta.

«¡Dios mío! —pensó angustiado—. ¡Esto no me puede estar pasando!»

—Creo que tienes razón con tus reservas respecto a lo que te propuse antes —comenzó a hablar, nerviosa por lo que le iba a decir—. Llevo poco tiempo aquí y no me conoces lo suficiente como para saber que, si me comprometo a hacer algo, lo hago hasta las últimas consecuencias.

Dicho esto, alzó la cabeza para encontrarse con la mirada de él. Éste, frenético, se mordió el labio con fuerza, para reprimir las ganas que tenía de abalanzarse sobre ella. Y aunque Noa no entendió su expresión, pues no era consciente de lo que provocaba en él, aprovechó la oportunidad que le daba para seguir hablando.

—Lo he meditado detenidamente y he decidido que yo pondré el dinero.

Alonso seguía impertérrito, pues estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no echarse encima de ella como un macaco en celo. Se había jurado no volver a tocarla, sobre todo después del rechazo tan humillante que había sufrido en Nyeri, pero realmente se le estaba haciendo muy difícil poder contenerse. Y evidentemente ella no se lo estaba poniendo nada fácil; por tanto, no había escuchado ni una sola palabra de lo que le había dicho.

—¿¡Qué?! —exclamó confundido, cuando advirtió que ella estaba esperando a que dijera algo.

—Tengo un dinero que me dejó mi abuela materna cuando murió —empezó a explicarse mientras fruncía el ceño, extrañada por su actitud tan rara—. Me costará un tiempo poder hacerme con él, por mis convenios económicos con el banco y esas cosas, pero podré utilizarlo si tú me aconsejas y consigues los acuerdos y permisos

que se requieran con el Gobierno keniatá.

El guía, todavía sin saber qué responder, estaba intentando asimilar y comprender de qué demonios le estaba hablando, y como ella seguía esperando una respuesta que no llegaba, tragó con fuerza y le soltó.

—Perdona... ¿qué decías?

—¡Maldita sea, Alonso, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?! —inquirió molesta, mientras se incorporaba en la cama.

Como él seguía sin contestar, se giró enfadada, dándole la espalda mientras golpeaba con fuerza la almohada, supuestamente ahuecándola.

—¡Vete a la mierda, ¿quieres?! —lanzó furiosa—. Esto me pasa por intentar mantener una conversación coherente con un ser unineuronal como tú.

Luego se quedó callada durante dos segundos, para girarse a continuación y espetarle todavía cabreada:

—Si no te interesa lo que tengo que contar, me lo dices y punto, pero no me ignores, no soporto que me ignoren. Y después dices que la niñata soy yo. ¡¡¡Ja!!!

Dicho esto, volvió a darse la vuelta para seguir refunfuñando por lo bajo.

Alonso, atónito por su arranque, se llevó las manos a la cara para pasarlas, nervioso, de arriba abajo. Y entendió perfectamente su enfado, pues se había comportado como un verdadero imbécil.

«¡Al diablo con todo!»

Se levantó de la cama, se puso los pantalones que tenía encima de una silla y salió al exterior con la que estaba cayendo. Menos mal que la tormenta estaba amainando, pues corría el riesgo de caerle un rayo encima. Pero en ese momento no le importaba, ya que necesitaba salir de allí como fuera, o se iba a volver completamente loco. Esa mujer lo estaba llevando al límite, y no sabía cuánto más podría aguantar, así que lo mejor era poner un poco de tierra de por medio.

—¡Ahora huyes, ¿no?! —la oyó gritar—. Muy bonito, Alonso Rivas. Muy bonito. Él clavó la mirada en la tienda mientras apretaba con fuerza los puños.

—¡Arg...! —bramó frustrado y totalmente desesperado. Y, mirando hacia el cielo mientras la lluvia le mojaba la cara y el cuerpo, preguntó—: ¡Dios!, ¿qué he hecho para merecer esto?

Capítulo 17

Noa se despertó cuando oyó un ruido sordo en la tienda seguido de un impropio. Como siempre, le costó unos segundos ubicarse para saber dónde estaba, hasta que vio a Alonso rebuscar algo en su maleta. Se había quedado dormida ya avanzada la madrugada, cuando el sueño provocado por no haber dormido nada la noche anterior la venció. Y ahora, extrañada, contemplaba los movimientos que el hombre estaba haciendo, creyendo que todavía seguía dormida. Se preguntó dónde habría pasado la noche, ya que ella lo estuvo esperando despierta hasta que ya no pudo más, y extendió suavemente el brazo para comprobar que su lado seguía frío, por lo que entendió que allí no había estado.

Observó admirada cómo se quitaba el pantalón y una sudadera con el logo de Resorts Montalbo, para fijarse detenidamente en el cuerpo perfectamente trabajado de Alonso. Y tragó saliva cuando éste se quitó el calzoncillo largo con el cual dormía para ponerse uno nuevo, advirtiéndole, por unos escasos segundos, un trasero esculpido como el de un dios griego.

«¡Virgen santa!»

Para desolación de Noa, lo siguiente que hizo él fue ponerse rápidamente un pantalón limpio y una camiseta ajustada, quedándose con ganas de más, pues tenía que admitir que lo poco que pudo ver era excepcional.

—¿A dónde vas?

El guía se sobresaltó al no esperarse que ella le hablara.

—Pensé que todavía seguías durmiendo —le dijo evadiendo la pregunta.

—Ya ves que no. —Y, al percibir por la puerta de lona que había dejado abierta que en el exterior todavía estaba oscuro, preguntó—: ¿Qué hora es?

—Todavía no ha amanecido. Sigue durmiendo si quieres, aún es temprano —comentó, mientras recogía la ropa sucia y la guardaba.

—¿Por qué? ¿Vas a alguna parte? —quiso saber, extrañada.

—Sí. Shukrani y yo tenemos que irnos un momento, pero vendremos antes de que se despierten los clientes.

—Voy contigo —aseveró a la vez que salía de la cama decidida.

—No hace falta que lo hagas; además, todavía estás sin preparar...

—Me pongo cualquier cosa y enseguida estoy con vosotros.

—En serio, Noa, de verdad que no hace falta que vengas.

Ésta se paró a medio camino de la salida para centrar su atención en él y preguntarse por esa insistencia tan extraña de que no fuera con ellos. Si iban a algún lugar que no querían que supiera, con más motivo tenía que ir. Se preguntó qué era eso tan importante que tenían que hacer los dos antes incluso de que amaneciera. ¿Por qué tanto secretismo? Y, lo más importante, ¿qué estaban ocultando? Si en verdad

Alonso estaba metido en algo turbio, algo que no quería que ella destapara, definitivamente ése era el momento para recabar pruebas en su contra. Tenía que descubrir qué era eso tan trascendental de lo que no podía enterarse, y por lo que se tendrían que deshacer de ella si lo llegaba a saber.

—No me importa en absoluto. Además, tú fuiste el que insistió en que viniera para saber lo que sucedía en un safari; por lo tanto, tengo que estar enterada de todos los detalles por si los clientes me preguntan.

Él se pasó la mano por la nuca, frotándosela mientras pensaba.

—Está bien —decidió no muy convencido—. Pero, si en dos minutos no estás en el *jeep*, nos marchamos sin ti.

Ella asintió y salió corriendo hacia su tienda. Se puso la ropa que había dejado preparada la noche anterior, antes de que cayera la tormenta, se recogió el pelo en una coleta alta y llegó justo a tiempo para subirse al coche.

Alonso estudiaba un papel que había sacado de la guantera, mientras Shukrani le explicaba un informe completo de lo que parecía el reparto de medicamentos de esa semana. Tardaron poco tiempo en llegar al primer poblado, donde se bajaron y fueron recibidos de una forma un tanto hosca, por decirlo suavemente, cuando empezaban a salir los primeros rayos de sol.

Noa advirtió cómo, al igual que la vez anterior que habían ido juntos a Nyeri, el guía recogía una mochila negra del coche y se internaba en la chabola más grande, seguido de los hombres de la tribu, mientras ella permanecía fuera. Y al igual que las otras veces, las mujeres se quedaban asombradas, observando con atención su blanca piel y su rubio cabello. En tanto esperaba a que Alonso saliera, una de las matriarcas se acercó a ella para darle una pequeña bolsa hecha de cuero tosco. Y aunque ella intentó decirles que no hacía falta que le regalaran nada, no se atrevió a seguir insistiendo cuando la mayor de todas le empezó a hablar de una forma que le pareció amenazadora, como poco. Por supuesto no estaba segura, al no entender lo que decían, por lo que decidió no rechazarlo más y quedarse con el regalo, que guardó despreocupadamente en uno de los bolsillos del pantalón.

Cuando acabaron la visita y ya subida al vehículo, Noa abrió disimuladamente la bolsa que supuestamente llevaba los medicamentos y el material sanitario, y descubrió, decepcionada, que efectivamente era eso lo que contenía.

—Me gustaría entrar con vosotros dentro de la cabaña en el próximo poblado —comentó distraídamente para ver cuál era su reacción, pues no quería que sospecharan de sus intenciones.

—Eso no puede ser —declaró Alonso mientras hacía anotaciones en el papel de antes.

—¿Por qué no? —preguntó, disimulando su malestar—. Me siento muy incómoda con las mujeres afuera; me miran como si fuera un bicho raro.

Él dejó de anotar para centrar su atención en ella.

—Porque las mujeres tienen prohibido mostrarse delante de los hombres que no

sean sus maridos y, por supuesto, las extranjeras más todavía. Me costó muchísimo tiempo que confiaran lo suficiente en mí como para que me dejaran administrarles la medicación adecuada, y aun así, para ciertas cosas, siguen confiando más en el hechicero de la tribu.

—¿Y cómo lo logra Sofía? —preguntó desconfiando de su respuesta, ya que había cosas que no le cuadraban.

—Sofía trata exclusivamente a las mujeres. Si tiene algún paciente masculino, cuenta con... perdón, contaba con la ayuda de Derek, y por supuesto con la de Shukrani también. Entre lo que ellos le van diciendo, puede hacer un diagnóstico y, si es más grave o no tiene los suficientes datos, los manda al lugar más cercano donde haya un enclave médico que los pueda tratar convenientemente. Pero, en realidad, por las condiciones tan duras y sobre todo por las complicaciones de los embarazos, por regla general son las mujeres las que necesitan más cuidados médicos que los hombres, a no ser que éstos sean atacados por algún animal salvaje.

—¿Y a ti te dejan tratar con las mujeres?

—En mi ruta hay algunos poblados, pocos, todo hay que decirlo, que se están abriendo y comprendiendo mejor la labor médica. Y, a pesar de algunas fuertes reticencias iniciales, empiezan por fin a dejarse tratar por hombres. Pero, aun así, tengo que someterme a unos complicados ritos elaborados por los hechiceros, para apaciguar a los espíritus ancestrales y no enfadarlos.

—Pero si tú no eres médico, ¿cómo...?

—Ya hemos llegado —la interrumpió cuando el *ranger* aparcó delante de la valla—. Te puedes quedar dentro del coche, si lo deseas.

—Da igual, prefiero ir.

—Como quieras —le dijo a la vez que se bajaba y se dirigía directamente al siguiente poblado.

A Noa le pasó exactamente lo mismo en esa aldea, y también en la posterior: se quedó esperando fuera, rodeada por las mujeres y los niños, que no le quitaron los ojos de encima, y le dieron sendas bolsitas de cuero que ella se guardó en los bolsillos. Después de la tercera visita, tuvieron el tiempo justo para dirigirse de nuevo hacia el campamento y aparecer antes de que los clientes se levantaran para desayunar.

Cuando llegaron, uno de los empleados habló con Alonso por un problema surgido con un cliente en particular.

—¡Oh, bendito sea Dios! —exclamó Martín, el marido de la pareja con la que tan buenas migas había hecho Noa el día anterior en el viaje.

—¿Ocurre algo? —preguntó ésta al ver al hombre tan intranquilo.

—No lo sé, es mi mujer, Alexia. Lleva varios días encontrándose mal, y estoy preocupado por si pudiera haberse contagiado con alguna enfermedad local.

—Es demasiado pronto para saberlo —comentó Alonso mientras recogía la bolsa negra del *jeep*—. ¿Se han administrado las vacunas adecuadas para venir a este país?

—Sí, los dos estamos vacunados, pero me sentiría más tranquilo si pudiéramos dar la vuelta y que la tratara un médico.

—Cariño, no seas tan exagerado. Solamente han sido unas pocas náuseas sin importancia, y ahora me encuentro perfectamente —intervino la mujer, saliendo de la tienda.

—No seas terca, Álex; no me quedaré tranquilo hasta que no te vea un médico en condiciones.

—¡Ya estamos! —replicó ella, bufando luego, a la vez que se cruzaba de brazos—. ¿En qué quedó eso de que nadie decidiría por mí lo que tenía o no tenía que hacer? Ya no eres mi jefe, y no puedes mangonearme como te dé la gana.

—No soy tu jefe, pero sí tu marido. Y ese acuerdo se rompió en el mismo momento en el que pronunciaste el «sí, quiero».

—¡¡Ja!! ¡Que te crees tú eso! —terqueó.

Noa y Alonso se miraron, asombrados por la discusión de la que estaban siendo testigos, intuyendo que, al menos, había otra pareja tanto o más tozuda que ellos.

—Y tanto que me lo creo —rebatió él, poniendo los brazos en jarras—. Ahora eres la señora Ledesma, y te recuerdo que el cura dijo que en la salud y en la enfermedad...

—Pero, Martín, yo no estoy enferma —lo interrumpió ella, pisando con fuerza, con un solo pie, el suelo, a modo de berrinche.

El hombre alzó una ceja al observar la pataleta de su mujer.

—Eso no lo decides tú.

—¿Cómo que no lo decido yo? —preguntó asombrada, elevando a continuación los brazos al cielo—. ¡Madre mía, lo que me espera! Si llego a saber esto, te hago firmar un acuerdo matrimonial.

—¡Esto es el colmo, Alexia! —exclamó el actor, frustrado, pasándose la mano por el pelo—. Eres tan necia que no puedes admitir que estás enferma. ¿Qué te cuesta darme el gusto y que te vea un médico?

—A mí no me cuesta nada, pero no voy a hacer volver a todo el mundo, y fastidiarles el viaje, porque tú seas un paranoico.

—¿Paranoico?

—Señores, señores... —interrumpió Alonso antes de que llegara la sangre al río—. Creo que, de esta manera, no vamos a llegar a ningún lado. Así que, ¿por qué no pasamos usted y yo dentro y hablamos tranquilamente? —le propuso a la mujer.

—Está bien —concedió ella de mala gana, en tanto entraba en la tienda.

—¡Perfecto! —declaró el marido, alzando un poco la voz, mientras la veía entrar—. A ver si usted consigue meterle un poco de sentido común en esa mollera dura que tiene por cabeza.

—Tranquilo —intentó calmarlo Noa, acercándose a él—. Ya verás como todo está bien y podremos seguir camino sin ningún problema.

—Yo no estaría tan seguro —farfulló mientras caminaba de un lado a otro,

preocupado—. Tú no conoces a mi mujer. Ahí donde la ves, es la persona más terca, desesperante y cabezota que he conocido en mi vida.

Ella asintió, pues sabía exactamente a qué se refería, sobre todo cuando pensaba en el hombre que acompañaba a la morena al interior de la tienda, mientras el marido seguía despotricando, inquieto, hasta que minutos después salió Alonso seguido por Alexia. El guía se acercó muy serio a Martín y le dijo de forma solemne:

—Creo que su esposa tiene algo importante que decirle.

El hombre, pálido, desvió su atención hacia la pequeña mujer, quien, nerviosa, se mordisqueaba el labio inferior.

—¿Qué pasa, mi amor? Me estás asustando —le susurró acercándose a ella y agarrándole tiernamente la cara con ambas manos, mientras sondeaba con los ojos su amado rostro, buscando cualquier señal de alarma.

—Tendría que habértelo dicho antes —empezó a explicarle Alexia con prudencia —, pero no encontré el momento adecuado. Me enteré cuatro días antes de la ceremonia, y mi intención era contártelo esa misma noche, pero no me diste opción —siguió explicándole, mientras se ruborizaba ligeramente al recordar la apasionada noche de bodas—. Y, como te conozco, sabía que, en cuanto te lo dijera, ibas a querer cancelar el viaje de luna de miel.

Tras decir esto, se quedó callada, buscando las palabras adecuadas y el valor para darle la noticia.

—¡Por Dios, mi vida, me estás matando! —soltó él, angustiado—. Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos, pero no me dejes más con esta incertidumbre.

Noa observó con profunda preocupación la cara de Alonso, buscando una señal en ella que le indicara si lo que ocurría allí era tan grave como parecía, pero éste lo único que hacía era observar al matrimonio con una sonrisa en la cara, aliviando sobremedida su pánico momentáneo.

—Martín yo... estoy embarazada.

—¡¡¡¿Qué?!!! —exclamó el hombre, pasmado ante la noticia, alejándose incluso unos pasos, turbado por la emoción.

Alexia, inquieta, se volvió a mordisquear el labio, sin saber muy bien cómo tomarse esa reacción. No habían hablado antes sobre la posibilidad de quedarse encinta y, como su marido tenía un hijo de una relación anterior, no estaba muy segura de cómo se lo tomaría. Además, también debía pensar en la reacción de Lucas, el hijo de Martín, cuando se enterara de que iba a tener un hermanito o una hermanita tan pronto. Adoraba a ese crío, y el hecho de que ella fuese a tener uno propio no influiría en absoluto en su relación, ni en el amor y la preocupación que sentía por él. Noa esbozó una brillante sonrisa al escuchar esas palabras, aliviada al advertir que era una excelente noticia.

—Sé que es muy pronto, pero... bueno, ha ocurrido así y no hay vuelta atrás —empezó a hablar muy deprisa, en un tono de disculpa—. Por eso sabía que no estaba enferma: las náuseas matutinas son comunes durante los primeros meses de

embarazo. Y no iba a cancelar el viaje por estas tontas molestias, sabiendo la enorme ilusión que te hacía vivir un safari. Te lo oculté para que no te preocuparas, y porque me cercioré, antes de salir de México, de que todo estuviera bien.

El actor, mudo por el asombro, seguía sin decir palabra, ambos totalmente ajenos a nada que no fueran ellos mismos.

—Martín... dime algo —le suplicó dando un paso hacia él y comenzando a preocuparse por su actitud.

—Un hijo —susurró al fin.

—O una hija, todavía es demasiado pronto para saberlo.

—¿De cuánto estás? —le preguntó después de parpadear varias veces, saliendo al fin de su estupor.

—De dos meses y medio —le confesó, frotando suavemente el vientre.

De pronto su marido se acercó y, cogiendo su cara con ambas manos, la besó apasionadamente, devorando con ansias su boca hasta dejarla sin aliento.

Noa desvió la mirada durante unos segundos, ruborizada por la escena, pues se sentía incómoda al estar presenciando un momento tan íntimo entre una pareja. Avergonzada, buscó con la mirada a Alonso, para descubrir que éste la estaba observando intensamente y con una extraña expresión en el rostro que no supo descifrar.

—¡Dios mío, Álex, un hijo! —masculló contra sus labios, inmensamente dichoso, en tanto recuperaba el aliento—. ¡No puedo creer que estés embarazada de un hijo mío!

Ella sonrió aliviada al escuchar sus palabras y se colgó de él para volverse a besar.

—Entonces, ¿no estás enfadado conmigo por ocultártelo? —preguntó unos segundos después, mientras recuperaba nuevamente el resuello.

—¿Enfadado? —inquirió en un primer momento, sorprendido por su pregunta.

Y volvió a atrapar con su boca esos labios que lo volvían loco, para deleitarse con ellos mientras la apretaba más contra su cuerpo. La noticia lo había cogido por sorpresa, pero no era nada de extrañar teniendo en cuenta que no habían tomado precaución alguna para impedirlo. Saber que ella estaba embarazada de él era lo más increíble que le había pasado en la vida.

—Por supuesto que estoy enfadado contigo por no habérmelo dicho antes, pero también soy inmensamente feliz —le aseguró mientras la sorprendía levantándola en brazos—. Y vas a empezar ahora mismo a compensarme por ello, para que se me pasen estas espantosas ganas de retorcerte ese precioso cuello que tienes. Y te aseguro que me tomaré mi tiempo, así que vete cogiendo fuerzas —le susurró al oído mientras se dirigía dentro de su tienda.

Pero un segundo más tarde volvía a salir, todavía con ella en volandas, para informar a Alonso.

—Por cierto, espero que lo comprendas, pero hoy saldremos un poco más tarde.

En unos instantes voy a estar algo ocupado.

—¡Martín! —exclamó Alexia, ruborizándose hasta la raíz del cabello.

El guía lanzó una carcajada y asintió, comprendiendo perfectamente la situación, y ambos volvieron a desaparecer detrás de la puerta de lona.

Tras desayunar, y más retrasados de lo habitual, se subieron a los vehículos para salir del parque nacional Monte Kenia y dirigirse primero a la reserva natural Buffalo Springs. Tanto Samburu, a la que irían a continuación, como Buffalo Springs eran reservas adyacentes, únicamente separadas por un río que podía cruzarse por un puente a unos tres kilómetros río arriba. Se daba la circunstancia de que éste marcaba la frontera entre los dos condados. Cuanto más se acercaban, más dejaban atrás los bosques exuberantes para adentrarse en la árida sabana de espinos, matorral seco y acacias achaparradas y dispersas. Las polvorientas llanuras se rompían en pequeñas colinas, destacando la elevación de Koitogorr, y asomando en la lejanía la cumbre plana de la montaña roja de Ol Olokwe. El calor extremo, a pesar de la altitud tan elevada y la desolación del paisaje, eran ingredientes fundamentales del encanto de Samburu y sus reservas vecinas, siendo el rostro del paisaje africano menos hospitalario para la vida. A primera vista, estas reservas podían parecer un desierto faunístico, pero, en realidad, la sabana semidesértica es el hábitat preferido por ciertos mamíferos, adaptados a ese ecosistema duro e inhóspito, algunos de ellos poco frecuentes en otros parques de clima menos riguroso. Por lo que, gracias a ello, podían observar, admirados, una gran variedad de vida salvaje, desde la elegante jirafa reticulada hasta la cebra de Grevy, el bellissimo antílope gris órice beisa o el impala. Por el contrario, si se acercaban más a la orilla del río, podían contemplar a una manada de elefantes con sus bebés bebiendo y refrescándose, búfalos, facóqueros o antílopes acuáticos, en pos de las riberas frescas y sombreadas durante las horas de sol, para alejarse de ellas al anochecer. La gran ventaja de Samburu y Buffalo Springs era que los recorridos junto al río daban la ocasión de contemplar una gran cantidad de animales a muy corta distancia. Además, sus aguas acogían a sus habitantes permanentes, los hipopótamos y cocodrilos, a la vez que en sus grandes acacias y palmeras pululaban los monos Vervet y los babuinos. El paisaje resultaba un espectáculo, y tanto Noa como los demás viajeros lo miraban todo completamente maravillados.

Hacía tanto calor que todos iban equipados con varias cantimploras que rellenaban continuamente, además de los prismáticos, con los que observar a los animales más pequeños y esquivos. Después de dejar, unos pocos cientos de metros atrás, a una pequeña manada de leonas, se pararon para contemplar más detenidamente un águila alimentándose de su última presa.

Noa, como no aguantaba más las ganas de orinar, aprovechó el momento en que pararon para bajar un momento del *jeep* y estirar un poco las piernas. Se alejó unos

pocos metros sola, buscando algo de privacidad para poder aliviarse. Aunque por regla general aguantaba hasta llegar al *camping* libre más cercano, donde tenían baños públicos que podían usar libremente, esta vez sabía que no le iba a dar tiempo a llegar, por lo que decidió arriesgarse y hallar un lugar apartado entre unos matorrales bajos, donde poder hacer sus necesidades. Justo cuando estaba a punto de bajarse los pantalones, se percató de una forma grande a unos pocos metros, que se movía despacio hacia donde ella estaba, dejándola totalmente petrificada.

Las dos hembras, tanto la humana como la felina, se quedaron paradas estudiándose la una a la otra. La leona estudiaba con interés a Noa, y ésta, muerta de miedo, se olvidó de respirar mientras no podía apartar sus ojos de la hipnótica mirada. Sabía que se había metido en un grave problema, pero el pánico la tenía tan paralizada que, aunque su vida pendía de un hilo, era incapaz de gritar para que vinieran en su auxilio.

—¡Maldita sea, Noa, ¿qué demonios te crees que estás haciendo?! —saltó de pronto Alonso, acercándose a ella muy enfadado y poniéndose justo delante—. Creo que dejé bien claro que, bajo ningún concepto, nadie podía separarse del grupo.

—A-A-lonso —farfulló ella sin quitarle la vista de encima a la leona, intentando advertirlo.

—Es demasiado peligroso que andes tú sola por ahí —siguió abroncándola sin percatarse del peligro—. No estás en el zoo de Valencia, Noa, estás en África. ¡¡A-fríca!!, ¿lo entiendes?

—Sí, pero...

—¡Ni peros, ni leches! —prosiguió con su retahíla—. Te juro que eres peor que una niña pequeña; en cuanto me despisto un momento, enseguida te encuentro haciendo algo indebido.

—Alonso, escúchame —suplicó angustiada.

—¡No, escúchame tú a mí, niñaata! Cuando se te da una orden es por tu seguridad y para que la cumplas. No puedo estar todo el día pendiente de ti a la espera de que te metas en un nuevo lío. ¿Acaso no tuviste suficiente con el encuentro del leopardo en la cascada? ¿O con la mamba negra en tu bungaló? ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Servirle de cena a un león?

Ella abrió los ojos desmesuradamente a la vez que tragaba con dificultad. Y, mientras seguía sin quitarle los ojos de encima a la fiera, advirtió cómo ésta, con las orejas hacia atrás, la boca entreabierta y la cola barriendo el polvoriento suelo, tenía el aspecto más amenazador que había visto en toda su vida.

Como no le contestó, y pensando que lo estaba ignorando deliberadamente, Alonso perdió la paciencia al fin.

—¡Esto es el colmo, niñaata! ¡Haz el favor de mirarme a la cara cuando te hablo, ¿quieres?! —le ordenó, poniendo los brazos en jarras.

Pero de golpe enmudeció, al advertir el inconfundible gruñido bajo que salía de la garganta de un felino. Despacio, se giró, a la vez que se llevaba la mano a la culata de

su pistola, para encontrarse cara a cara con una leona en posición de ataque. Con el brazo libre, apartó a Noa para ponerla justo detrás de él y poder protegerla con su cuerpo, en caso de que el animal los atacara sorpresivamente.

—No te muevas, ¿de acuerdo? —advirtió en tanto sacaba el arma muy lentamente de la funda colgada en su cintura—. Es muy importante que no muevas ni un solo músculo.

Ella agarró su camiseta con ambas manos, escondiéndose detrás de su espalda, a la vez que cerraba los ojos y daba gracias a Dios de que él hubiera llegado a tiempo.

—Te aseguro que no tenía pensado ponerme a bailar un tango —susurró, molesta porque la creyera tan tonta.

Alonso no pudo evitar alzar un poco las comisuras de los labios al darse cuenta de que, incluso dentro de la gravedad de la situación, ella era lo suficientemente valiente como para guardar la compostura y no entrar en pánico... aunque no supo muy bien si era porque se trataba de una mujer con unas agallas increíbles o en realidad era tan estúpida que no se daba cuenta del peligro al que se estaban enfrentando.

—Escúchame bien, Noa. Vamos a ir retrocediendo muy despacio y sin hacer movimientos bruscos para no asustarla, ¿de acuerdo?

—No creo que sea capaz —confesó asustada.

—Confío plenamente en ti, pequeña, y sé que vas a ser totalmente capaz de hacerlo.

Ella abrió los ojos, alentada al escuchar sus palabras, pero todavía seguía paralizada y aferrada a su camiseta.

—¡Dios, Alonso, no... no puedo! —admitió, inmovilizada por el miedo.

—Sé que puedes hacerlo, Noa —la animó, en tanto no desviaba la atención del animal.

Ésta empezó a retroceder muy despacio, con la mirada clavada en su espalda, rezando por poder salir de allí los dos sanos y salvos. De repente, él disparó el arma al aire al darse cuenta de cómo la leona se posicionaba para atacar y abalanzarse sobre ellos de inmediato. Logró de este modo que Noa lanzase un grito y se sobresaltase, a la vez que el felino se asustaba por el ruido, lanzando un potente rugido para seguidamente salir corriendo.

A los pocos segundos del disparo, tanto Shukrani como varios hombres aparecieron a la carrera, encontrándose con Alonso abrazando y tranquilizando a una asustada Noa. Después de explicar lo que había sucedido, y habiéndose cerciorado de que ya no existía ningún peligro, todos los demás decidieron volver a los coches para retomar camino hasta el campamento.

—Noa, tenemos que marcharnos —la instó, intentando separar las manos que tenía fuertemente entrelazadas detrás de su espalda, pues todavía seguían abrazados.

—Ajá —contestó ella sin dar ninguna señal de querer separarse de él todavía.

—Noa...

—Voy.

Pero se estaba tan bien apretada a su cuerpo, con la cara pegada a su fuerte torso, oliendo su aroma varonil, escuchando los latidos de su corazón y su acompasada respiración, que no le apetecía nada romper ese momento.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre al advertir que seguía sin despegarse.

—¿Estás seguro de que ya no está por aquí?

—Seguro.

—¿Completamente seguro?

—Totalmente seguro.

—Vale.

—¿Me vas a soltar ahora?

—Claro.

Y Alonso esbozó una amplia sonrisa cuando ella, contrariamente a sus palabras, todavía seguía aferrada a él. A pesar del enorme susto que se habían llevado, le encantaba que lo hiciera sentir importante, saber que confiaba en él y se sentía segura en sus brazos. Y empezó a darse cuenta de que, para su desgracia, ninguna mujer lo había hecho sentir tan vivo como lo hacía sentir ella. Desde que había entrado en su vida, había conseguido desbaratarlo todo, logrando que un tiovivo de emociones lo hicieran vivir cada momento a su lado de una forma única e intensa, percibiendo una tan amplia gama de sentimientos que conseguía que su sangre corriera descontrolada por sus venas, y su corazón martilleara contra su pecho a punto de salirse desbocado.

—Bueno, ya que vamos a estar un rato así —se burló dándose por vencido, a pesar de que sabía que los estaban esperando—, creo que tengo derecho a saber por qué te apartaste del grupo para venir hasta aquí tú sola.

Noa tardó unos segundos en contestar.

—Buscaba algo de intimidad.

—¿Por qué? —inquirió arrugando el ceño, extrañado.

—Necesitaba hacer algo —le contestó evadiendo la explicación lo mejor que pudo, y rezando para que se quedara satisfecho con la respuesta y no siguiera el interrogatorio.

—¿Qué necesitabas hacer?

Ella suspiró por tanta preguntita y porque le avergonzaba tener que darle la contestación.

—Pues... porque me urgía hacer algo que nadie más podía hacer por mí.

El guía se quedó callado durante unos segundos, cavilando sobre la explicación.

—No entiendo. ¿Qué era eso tan urgente que tenías que hacer y que nadie...?

—¡Hacer un pipí, Alonso! ¡Necesitaba hacer pipí! —le espetó enfadada y separándose de él al fin—. ¡Madre mía, no se puede ser más obtuso aunque se entrene día y noche!

Éste se echó a reír al comprender finalmente el motivo.

—Pues aprovecha ahora, si quieres —le sugirió sonriendo maliciosamente—. Te

prometo que no me separaré de ti en ningún momento.

Noa entrecerró los ojos, lanzándole puñales con la mirada.

—Muchas gracias, pero se me cortaron las ganas.

Y dándose media vuelta, se dirigió a grandes pasos al lugar donde los estaban esperando, mientras a sus espaldas resonaban las carcajadas de Alonso.

Después del incidente, retomaron camino para llegar hasta el campamento; durante el trayecto, Noa intentó quitarle importancia a su encuentro con la leona, para no preocupar y alarmar a los clientes. Cuando llegaron, se fue directa a darse una refrescante ducha y eliminar el sudor y el polvo del viaje adherido a sus ropas y su cuerpo. Y, sorprendente y contrariamente a lo esperado, tuvo una agradable y pacífica cena acompañada de Alonso.

Rato después, y agotada por no haber dormido mucho la noche anterior, se disculpó para poder retirarse a su tienda e intentar descansar esa noche. Mientras recogía la ropa que había tirado en el suelo antes de meterse en la ducha, organizaba a continuación la del día siguiente y se preparaba para meterse en la cama, se repetía una y otra vez que era seguro dormir en la tienda ella sola. Esta vez no tenía como excusa su pánico a las tormentas para ir corriendo a la de Alonso, y tenía que empezar a superar su miedo a dormir rodeada de bestias salvajes. Pero realmente se le estaba haciendo muy dura la labor, sobre todo después de lo que había sucedido pocas horas antes.

Abrió la cama, tras soltar la mosquitera, y por el rabillo del ojo notó unas manchas alargadas que se movían despacio encima de las sábanas blancas, mientras desataba el nudo que aprisionaba la fina gasa que la protegería de los molestos mosquitos. Cuando prestó más atención y descubrió qué era eso que se movía, se tapó a tiempo la boca para evitar lanzar un grito de pánico que hubiese alertado a todo el campamento.

Salió disparada de su tienda en dirección a la de Alonso y, cuando accedió al interior, se encontró al hombre acabado de meterse en la cama.

—¡Por Dios, otra vez no! —exclamó él al verla aparecer.

Capítulo 18

—¿Qué estás haciendo aquí otra vez, Noa? —le preguntó con reservas, pues no estaba dispuesto a pasar otra noche más sin dormir. Necesitaba estar descansado y despejado para poder realizar su trabajo con eficiencia, y que ella estuviese allí no presagiaba nada bueno.

—A mí tampoco me hace especial ilusión estar aquí, pero no puedo dormir sola en mi tienda.

—Y eso, ¿por qué? Que yo sepa esta noche no hay tormenta. A no ser que... —Dejó la frase en el aire, para contemplarla de arriba abajo con una naciente y presuntuosa sonrisa en su rostro.

Noa miró su atuendo a la vez que él, extrañada por su comentario, y entendió en el acto a qué se refería. Llevaba simplemente un ligero camisón de seda corto de color rosa palo, dejando a la imaginación poco o nada que descubrir, pues salió tan deprisa de su tienda que no se paró ni un solo segundo a pensar si iba convenientemente vestida o no. Se subió, con impaciencia, una finísima tira que se le había resbalado por el hombro, mientras un leve rubor teñía sus mejillas.

—No te hagas ilusiones, Alonso, no he venido aquí por ti.

—¿Ah, no? —replicó tumbándose en la cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza, y todavía con la sonrisa bailando en su rostro.

—No —declaró convencida, para desdecirse al segundo siguiente—. Bueno, sí he venido aquí por ti, pero no para lo que tú te crees.

—Pues como no te expliques mejor...

—Tengo compañía no deseada en mi cama.

—¿Perdona?! —inquirió, incorporándose en el acto y olvidándose por completo de su engreída pose—. ¿Qué tienes qué?!

—Es mejor que vayas a verlo por ti mismo. Yo vi a dos, pero no sé si habrá más.

—¿Por supuesto que voy a ir! —soltó enfadado mientras se levantaba de la cama. Y de pronto se paró en seco al llegar a la puerta—. Esto no será una broma, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

—Te juro que no.

—Pues ven conmigo y enseñámelo tú misma —la invitó, desconfiado.

—No, ni hablar. Yo no entro en esa tienda otra vez ni loca. Es más, venía a pedirte que me la cambiaras.

Él se quedó estudiándola con detenimiento, pues había algo que no le cuadraba. Que un cliente entrase en su tienda para intentar seducirla no le extrañaba, pero ¿dos? Realmente se le hacía difícil imaginarlo, y si eran más ya ni te cuento. Si efectivamente era cierto, el que cambiase de lugar no haría desaparecer el problema, pues volverían a abordarla si no se tomaban medidas más drásticas.

—¿Qué me estás ocultando, Noa?

—¿Yo? —exclamó, atónita porque no la creyera. Luego bufó molesta porque pensara que estaba haciendo eso como excusa sólo para seducirlo—. Yo no te estoy ocultando nada y, si no me crees, ve y míralo con tus propios ojos.

—Está bien —soltó, impaciente por acabar con aquello de una maldita vez.

—¡Espera! —le rogó ella sin poder evitarlo, con una expresión preocupada y retorciéndose nerviosa las manos—. ¡Por favor, ten cuidado!

—¿Por qué? —preguntó, desconcertado al ver el pánico en su rostro.

—Porque, aunque no estoy segura, creo que son peligrosos.

—¿Peligrosos? —inquirió esta vez ya totalmente estupefacto y sin comprender nada.

—Sí. No entiendo mucho de escorpiones, pero, por favor, toma todas las medidas de precaución posibles.

—¿Escorpiones?! —repitió esta vez, ya descolocado del todo al no esperarse esa información.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó cruzándose de brazos, molesta por su actitud—. O estás muy espeso, o tu única neurona empieza a fallar. ¡Escorpiones, Alonso, escorpiones! ¿De qué te creías que estaba hablando?

Éste, frotándose la nuca al darse cuenta de su equivocación, levantó la vista para fijarla en ella al advertir su tono despectivo.

—Pues me imaginé de todo, teniendo en cuenta que hasta ahora no me habías dicho de qué se trataba. Y, como comprenderás, adivino no soy —le espetó desviando el tema para no confesarle en lo que realmente había estado pensando, pues, si se lo decía, se iba a enfadar, y esta vez con razón.

—Está bien, lo siento —se disculpó arrepentida, descruzando los brazos para colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pero es que estoy algo nerviosa. Creo que ya te advertí de que los animales y yo no nos llevamos muy bien. Y parece que me tienen declarada la guerra; en mi vida me había pasado semejante cosa.

—De acuerdo, no te preocupes —le dijo, intentando tranquilizarla—. Arreglaré este asunto y vendré lo antes posible.

—Gracias.

Alonso asintió y salió de la tienda, para al segundo siguiente introducir su cabeza de nuevo.

—¿Cuántos me dijiste que había?

«¡Virgen santa, qué paciencia!»

—Dos —aseguró después de soltar aire por los pulmones en un intento por sosegarse—, o por lo menos ésos fueron los que yo vi.

—Vale.

Luego desapareció otra vez, para volver a entrar de inmediato.

—¿Y dónde los viste exactamente?

«Confirmado, le empieza a fallar. ¡Madre mía! ¿Y ahora qué va a hacer sin esa

neurona?»

—En la cama —le contestó, cruzándose de brazos nuevamente y dando golpecitos con la punta del pie.

—Muy bien.

Y se paró de golpe antes de salir de nuevo esta vez.

—¿Dentro o fuera?

«Serénate, Noa, serénate.»

—¿Tiene acaso importancia? —planteó, a punto de perder la calma.

—Sí, la tiene.

«Inspira, expira, inspira, expira...»

—Dentro.

—¿Dentro? —repitió, arrugando el ceño, sorprendido.

«¡Yo lo mato, te juro que lo mato! Inspira, expira...»

—Sí, dentro, Alonso, dentro.

—¿Y...?

—¡Mira, no me preguntes si eran familia o no, porque no lo sé! ¡Ni tampoco sé si venían de fiesta o iban de parranda! ¿Quieres ir de una puñetera vez? Porque te aseguro que no van a estar toda la noche esperando por ti.

—Está bien, ya voy —dijo éste saliendo por la puerta mientras negaba con la cabeza.

Pues, a pesar del esfuerzo, no había podido resistir la tentación de observarla detenidamente con ese sugerente camisón, y por eso había demorado tanto su marcha. Para ser sinceros, tener que ir a lidiar en ese instante con unos escorpiones no le parecía tan tentador como quedarse y deleitarse la vista con semejantes curvas.

—¡Menudos humos que tienes, niñata!

Noa se quedó allí parada, abriendo la boca como si fuera un pez fuera del agua.

Cuando el guía entró en la tienda, se encontró efectivamente con dos escorpiones dorados israelíes, que en absoluto eran originarios de esa parte de África. Por eso Alonso sospechó que habían sido traídos expresamente y colocados dentro de la cama de Noa con el único propósito de hacer que su vida corriera peligro. Por fin ahora entendía cómo había ido a parar la mamba negra a su cabaña. Arrugó el ceño al preguntarse quién era la persona o personas que querían hacerle daño, y por qué.

Después de extremar las precauciones, consiguió deshacerse de los peligrosos animales, no sin antes revisar concienzudamente la habitación y no encontrar ninguno más. Pero, en el transcurso de examinarlo todo minuciosamente, cuando estaba recogiendo del suelo el pantalón que Noa llevaba ese mismo día, se le cayó de uno de los bolsillos una pequeña bolsita de cuero. Curioso, porque ya había visto con anterioridad ese mismo objeto, lo abrió para saber qué contenía. Su sorpresa fue enorme cuando, al vaciar el contenido de la bolsa en la palma de su mano, se topó con varias pequeñas piedras de forma rústica y de distintos tamaños, pero que no dejaban lugar a dudas sobre lo que eran. Revisó el resto de los bolsillos del pantalón y

descubrió dos bolsitas más; decidido, se dirigió a su tienda.

—¿Estás bien? —le preguntó Noa, preocupada, nada más entrar.

—Perfectamente.

Ésta suspiró aliviada.

—¿Te deshiciste de los escorpiones?

—Sí, pero tenemos que hablar —le dijo serio mientras se sentaba en una silla, ya que ella estaba encima de la cama, con ambas piernas cruzadas y una almohada encima.

—¿Ha pasado algo? —inquirió alarmada.

—Me gustaría saber cómo ha llegado esto a tus manos.

Noa miró las bolsas que le enseñaba, desconcertada.

—Son un regalo.

—¿Un regalo? —cuestionó, sorprendido por la respuesta.

—Sí, ¿por qué? ¿Cuál es el problema?

—¿Quién te las regaló? ¿Y cuándo? —interrogó muy serio.

—Fueron las matronas de los poblados que fuimos a visitar esta mañana. ¿Por qué?, ¿qué pasa?

El hombre la miró con los ojos como platos, y Noa parpadeó varias veces sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

—¿Me quieres hacer creer que esto te lo dieron las mujeres de las distintas aldeas que visitamos esta mañana?

—Yo no te quiero hacer creer nada, Alonso, sólo te digo lo que pasó. Y lo que ocurrió esta mañana, mientras tú y Shukrani estabais dentro de la chabola, es que unas mujeres se acercaron y me ofrecieron estas bolsitas. Yo no las quise aceptar, pero te aseguro que no me dejaron otra opción, así que me las guardé, pues no quería que me pegaran por ser descortés. Lo que no entiendo es por qué tanto alboroto por unas baratijas de nada.

—¿Unas baratijas? —interpeló mientras volcaba el contenido de una de ellas en la palma de su mano—. ¿Te crees que soy idiota?

Ella se acercó para verlas más de cerca y levantó una ceja a continuación.

—Pues empiezo a creer que sí —afirmó rotunda, a la vez que se volvía a sentar cómodamente en la cama, del todo segura esta vez de que la neurona le estaba fallando estrepitosamente—. En serio, Alonso, que me montes este pollo por unas piedras más feas que el demonio empieza a parecerme un poco fuerte de tu parte.

—¿Piedras?

—Y feas como el demonio —reiteró, recalcando las palabras—. De verdad, comienzo a pensar que necesitas ayuda. Lo tuyo no es ni medio normal.

Él se quedó observándola asombrado, y no supo muy bien si por su estupidez o por su ignorancia. Luego hizo una mueca al advertir que verdaderamente ella no tenía ni idea de lo que eran.

—Por supuesto que no reconoces lo que son estas piedras feas como el demonio,

pero estoy seguro de que, si te pongo delante un lingote de oro, o una de tus exclusivas joyas por las que mataría cualquiera de los que viven por aquí, sabrías perfectamente de qué te estoy hablando.

Noa lo observó durante unos segundos, con cara de no entender nada de lo que le estaba hablando, hasta que al final cayó en la cuenta.

—¿Eso es oro? —preguntó sorprendida y estirando la mano para que se lo dejara ver con más atención.

—Efectivamente —aseveró, entregándole una piedra—. Son pepitas de oro sin refinar, en su estado más puro, sacadas directamente de la mina.

—¡Vaya! —exclamó extasiada—. Es la primera vez que veo una.

Empezó a girarla en todos los sentidos, admirándola con detenimiento.

—Lo que no entiendo... —continuó— es por qué me las dieron a mí, ni por qué parecían tan enfadadas al hacerlo. Yo, en realidad, pensé que eran cuentas o abalorios, como los que me regalaron los familiares de Asha.

—Te aseguro que yo tampoco lo concibo. Y es algo que me hace plantearme muchas cosas —declaró confundido, apoyando la espalda en el respaldo y los codos en el reposabrazos de la silla, mientras se cruzaba de manos.

—¿Qué cosas? —preguntó Noa, arrugando el ceño al notar lo tan preocupado.

—En primer lugar, ¿cómo han conseguido los lugareños de por aquí estas pepitas? Es cierto que hay varias minas en los alrededores, y que seguramente alguno o muchos de ellos trabajan o tengan algún familiar que trabaje allí. Pero es extremadamente difícil y altamente peligroso robar o sustraer nada de ellas.

Como Noa se lo quedó mirando sin entender a qué se refería, Alonso intentó explicarse mejor, y se echó hacia delante en la silla para apoyar los codos en las rodillas.

—¿Alguna vez has oído hablar de los diamantes de sangre?

—Sí.

—Pues con el oro pasa algo parecido. Por suerte o por desgracia, no sabría decirlo muy bien, África es uno de continentes más ricos en este mineral y, al igual que ocurre con los diamantes, todos los días mueren decenas de personas en las minas, bien explotadas por señores de la guerra o bien por las condiciones tan inhumanas en las que trabajan en algunas explotaciones ilícitas. Los trabajadores ilegales y la explotación infantil están a la orden del día; se enfrentan sistemáticamente a la contaminación por mercurio, a turnos de trabajo de veinticuatro horas y a normas de seguridad y sanitarias inexistentes. Y te aseguro que no se andan con chiquitas si descubren que un trabajador les roba, poniendo por ello su vida en peligro si lo hacen. Por tanto, no comprendo cómo se han arriesgado a tanto por regalarte a ti un oro que podría facilitarle la vida a toda la comunidad.

—Yo tampoco lo sé —confirmó, empezando a comprender.

—En segundo lugar, esto me plantea si no es una especie de pago, quizá están siendo víctimas de un abuso.

—¿Víctimas de un abuso?

—Sí. Comienzo a creer que algún trabajador de Resorts Montalbo ha cobrado por sus servicios o por el material sanitario, y su método de pago han sido estas pepitas de oro.

De repente, Noa se quedó callada durante unos segundos, empezando a cuadrarle muchas de las piezas de ese rompecabezas. Se levantó nerviosa para pasearse de un lado a otro de la tienda. Ahora entendía la conversación que había escuchado en el dispensario, por fin había descubierto eso tan importante que estaban encubriendo... y también comprendía el desfase de pedidos de medicamentos y material sanitario en los últimos tiempos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alonso al verla tan exaltada.

Ella se paró de golpe, calibrando la opción de confiar o no en él. Un millón de preguntas le pasaron por la mente, mientras no dejaba de darle vueltas a la piedra entre sus dedos. ¿Y si no había sido Alonso el hombre a quien había escuchado conversar con aquella mujer? Si su padre, ella o cualquiera descubría ese entramado tráfico de oro, podrían meterse en graves problemas, como por ejemplo la cárcel. Pero ¿y si se equivocaba y había sido él? ¿Era por eso por lo que no querían que se enterara? Entonces, ¿por qué se lo estaba contando? Todo aquello no tenía sentido. A no ser que fuera porque había descubierto las pepitas en su poder y quería saber hasta dónde estaba enterada o lo que realmente sospechaba. Quizá no había sido lo suficientemente sutil esa mañana y acabasen por descubrirla. Pero ¿y si se equivocaba nuevamente? Y si no era él, ¿quién podía ser? ¿Derek? Pero al americano lo había despedido, y se había enfrentado a él por ella. Si fueran socios, habría buscado una excusa para no hacerlo; además, ella había oído la voz de una mujer, y cada vez estaba más convencida de que se trataba de Sofía. Y, por supuesto, estaba el hecho de que Alonso era el único que disponía de las llaves del dispensario, por lo tanto...

«¡Oh, Dios, me estoy volviendo loca!», pensó reanudando su nervioso paseo.

—Pasa que lo que estás diciendo es muy grave, Alonso —contestó, pues él estaba esperando su respuesta.

—Lo sé, y lo peor de todo es que ha estado ocurriendo delante de mis narices —admitió, enfadado consigo mismo—. Pero eso no es todo, Noa.

—¡Ah!, ¿que aún hay más?

Éste se levantó también y se pasó la mano por la nuca, frotándosela compulsivamente.

—Creo que es mejor que te sientes —le aconsejó, cuando reunió el valor de exponerle lo que sospechaba.

—Estoy bien así, gracias —contestó cruzándose de brazos.

Él clavó su mirada en el rostro de ella, buscando la manera más suave de darle la noticia, pero en realidad no había ninguna. Además, Noa tenía que ser consciente de que su vida estaba en peligro, y sus antecedentes anteriores sobre cuidar de ella misma dejaban mucho que desear.

—Creo que están intentando matarte.

—¡¡¡¿Qué?!!! —prorrumpió estupefacta—. ¿Estás de broma?

—Lo siento, pero no. Eso explica lo de la mamba negra y los escorpiones de hoy. Al final Noa tuvo que sentarse de nuevo, pues le empezaron a temblar las piernas.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Al principio no me di cuenta, aunque me extrañó muchísimo que una serpiente tan peligrosa, pero que suele vivir en la sabana, llegara tan lejos de su zona de confort y, sobre todo, que se introdujera en un lugar tan concurrido y expuesto como una cabaña, siendo, de lejos, uno de los últimos lugares donde se escondería un animal como ése. Sin embargo, lo achaqué a la simple mala suerte.

Ella lo observaba hablar con la boca y los ojos abiertos como platos.

—Pero no puedo obviar el hecho, Noa, de que los escorpiones que he encontrado en tu tienda son altamente venenosos, mortales, y, sobre todo, que estos animales no se encuentran en esta parte del continente, pues son originarios de los ambientes desérticos del norte de África. Y no sólo eso me ha hecho sospechar, pues también cabe destacar que ambos eran machos, cuando es una especie muy territorial y son muy agresivos entre ellos. Por tanto, difícilmente podrías encontrarlos juntitos retozando en una cama, aunque sea la tuya, a no ser que los hubieran puesto ahí a propósito... eso sólo ocurre en las películas americanas.

—Pero eso no tiene sentido —susurró intentando asimilar la información—. ¿Qué quieres decir? ¿Que también fueron los culpables del casi ataque del leopardo en la cascada, o de los pájaros en la comida, o de la leona de hoy? Eso es absurdo, Alonso —concluyó frotándose la frente con preocupación, pues no quería creer lo que le estaba contando.

—Estoy totalmente convencido de que, en esos tres hechos, no han tenido nada que ver. Pero los utilizaron convenientemente a su favor: al saber que tienes un extraño poder de atracción en lo referente a los animales y el peligro que conllevan, han intentado aprovecharlo y camuflar el ataque que casi se produce de esa manera tan sutil. Si hubiese llegado a ocurrir lo que ellos pretendían, no hubiera resultado muy extraño para nadie, dada tu continua imprudencia a hacer lo que te viene en gana. Pero evidentemente no contaban con mi presencia en ninguna de las dos situaciones. Y, como los infortunios ocurren, convenientemente para ellos, habría pasado desapercibida su implicación, después de haber eliminado cualquier prueba que hiciera sospechar que no hubiera juego limpio. Por eso creo que es conveniente que te quedes conmigo a partir de ahora.

Ella lo observó con un poso de temor reflejado en los ojos, mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Una cosa era sospecharlo, y otra muy distinta ser consciente de que realmente alguien la odiaba o temía tanto como para intentar deshacerse de ella de esa manera tan ruin y sibilina. Lo peor era no saber en quién confiar. Si estuviera allí Asha, podría hablarlo con ella, pues era la única mujer de la cual estaba segura de su paradero en el momento en que había espiado la

conversación en el dispensario, percibiendo claramente una voz femenina en aquella escena. Aparte de su amiga Kenia, para ser sincera, podía ser cualquiera; desde la doctora, pasando por alguna de las mujeres de la limpieza, hasta la mismísima Vanesa.

Ella seguía desconfiando de Sofía, pero tenía que reconocer que, a no ser que tuviera el don de la ubicuidad, resultaba imposible que fuera ella la que le hubiese colocado los escorpiones en su cama. Y sobre Derek, tampoco tenía constancia de su presencia en el campamento, por lo que sólo le quedaba la opción más lógica. Y, aunque la lógica le decía que Alonso era el cómplice de esa mujer, no comprendía por qué descubriría sus cartas contándole todo eso. Además, sobre todo no quería admitirlo porque había algo en su interior que se negaba a creer que él quisiera hacerle daño.

—No-no sé si-si es lo mejor —tartamudeó confusa, a la vez que se levantaba nerviosa y comenzaba a caminar de un lado a otro.

—¿Acabas de escuchar lo que te he dicho? —le preguntó asombrado—. De verdad que no te entiendo, Noa. Hace unos minutos estabas dispuesta a compartir la cama conmigo porque le tenías miedo a unos animalitos, y ahora que te he dicho que están atentando contra tu vida, prefieres no hacerlo.

—No estaba dispuesta a compartir la cama contigo por unos simples animalitos de nada, y te dejé bien claro que quería que me cambiaras la tienda. Además, tú tampoco saltabas de alegría cuando me viste aparecer.

—Tienes razón, ésas fueron tus palabras, pero en ese momento yo no sabía lo que sé ahora. Y ayer no te costó nada venir a mi cama por el miedo a la tormenta; por tanto, no entiendo ahora tanta reserva, sobre todo cuando tu vida está en peligro.

Ella lo miró con reticencia, haciéndosele complicado sostenerle la mirada.

—Tú no lo comprendes.

—Vuelves a tener razón, no lo comprendo —expresó enfadado—. Estoy intentando protegerte, Noa, y actúas como si no me creyeras o dudaras de mí.

Ésta se giró para no enfrentarse a él cara a cara. Alonso, al advertir cómo se volvía precipitadamente para no mirarlo de frente y percibir al mismo tiempo la rigidez de su postura, se percató con tristeza de que no andaba muy desencaminado.

—Así que se trata de eso, ¿no? —habló defraudado—. No te fíes de mí.

Noa apretó con fuerza los puños, clavándose las aristas de la piedra en la palma de la mano, a la vez que las palabras de decepción de él se le hundían en el alma.

—A pesar de nuestras diferencias, nunca creí que pudieras desconfiar de mí, Noa. Pensé que si algo había claro entre nosotros era que daría mi vida por ti.

Ella apretó con fuerza los dientes, tragándose las lágrimas que pugnaban por salir, y estaba tan confundida que no sabía qué pensar. Sus palabras parecían sinceras, pero él no sospechaba que lo había estado escuchando detrás de la puerta. En esos momentos su corazón martilleaba dentro de su pecho, indecisa acerca de si creerlo o no.

Pero no podía ser tan idiota, la imagen de la doctora en su habitación con su

sonrisa maliciosa volvía a su mente una y otra vez. Ya la había engañado antes, y no podía dejar que su corazón nublara su cabeza. Quizá podía manipular a Sofía, o a Vanesa, o a todas las demás, pero con ella no iba a jugar. No iba a permitir que se rieran nuevamente de ella. Por desgracia, había aprendido la lección de la manera más dura.

—¿Acaso me tomas por imbécil, Alonso? —dijo al fin, cogiendo aire profundamente y dándose la vuelta para enfrentarse de una vez a él y desenmascararlo—. ¿Crees que no sé cuál es tu doble juego?

El guía la miró estupefacto por el rencor en sus palabras, sorprendido por ello y por la mirada asesina que le estaba lanzando.

—Desde el minuto uno se me hizo sospechoso que intentarás deshacerte de mí tan pronto. Evidentemente tenías miedo de que me enterara de todo esto, ¿no? Estoy convencida de que, si alguien ha estado involucrado en este complot desde el principio, ése eres tú, y que tu cómplice en toda esta trama no es otra que Sofía. Por eso tanto empeño en que me fuera de aquí; no querías correr el riesgo de que te descubriera. Pero lo siento, querido, es demasiado tarde.

Alonso la miraba boquiabierto, sin saber de dónde demonios había sacado esa loca idea.

—Estoy segura de que Derek estaba a punto de descubrir algo, y por eso agarraste la primera excusa que tuviste para deshacerte de él. ¿Cuándo te pusiste de acuerdo con Sofía? ¿Antes o después de que os pillara juntos en la cabaña al día siguiente?

—¿De qué demonios estás hablando?

—No finjas, Alonso: te escuché el domingo pasado en el dispensario mientras te ponías de acuerdo con ella para deshacerte de mí —confesó mientras ponía los brazos en jarras, harta de que no reconociera su mentira.

—¿¡Qué!?! —preguntó atónito, sin entender nada de lo que le estaba diciendo.

—No te hagas el inocente, porque ya no cuela. Yo cogí la llave del dispensario en recepción para hacerle las curas a Zawadi, y tú mismo me confirmaste que el único que tenía la otra eras tú. Por tanto, aunque no vi vuestras caras, no me cuesta nada sumar dos más dos. Escuché claramente a un hombre y a una mujer hablar sobre mí, y confabular para deshacerse de mi presencia, pero nunca imaginé que llegaríais a estos extremos.

El hombre se echó las manos a la cabeza, incrédulo por lo que insinuaba.

—Ahora entiendo que la insistencia con mi padre sobre repartir la medicación entre los más necesitados no era una obra tan caritativa como querías hacernos creer. Tanto tú como Sofía erais los que teníais acceso directo a los medicamentos, y los que podíais repartirlos para abusar de los aldeanos más pobres sin levantar sospechas. Por eso el aumento en los pedidos inmediatamente después de que se fuera Emilio, ¿no? Visteis el cielo abierto y aprovechasteis la oportunidad.

Alonso se dio la vuelta y, frustrado por todas las injurias que estaba vertiendo sobre él, le pegó una patada a la silla donde instantes antes había estado sentado,

logrando con ello que Noa se sobresaltara.

—Pero no contabas conmigo, ¿no es cierto? —continuó, sin dejarse vencer por el miedo. Sabía que había llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás y, aunque su vida corriera peligro, le diría todo lo que pensaba de él—. Creías que podrías deshacerte fácilmente de la niñata, ¿verdad? Debió de ser muy frustrante para ti saber que no me achicaría tanto como tú pensabas. Y que después descubrieras que no era tan tonta como para caer rendida a tus encantos en cuanto chasquearas los dedos.

Como él seguía sin admitir nada de lo que había descubierto, Noa prosiguió, pero esta vez dándole donde más le dolía, en su orgullo.

—¡Pobre Alonso! Todo se te ha ido al garete por culpa de una niñata rica y consentida que no sabe obedecer una simple orden. Pero, si me creías tan estúpida como para tragarme toda esa patraña que me has contado, vas listo. Yo no me dejo manipular tan fácilmente como te crees. Y con eso me demuestras una vez más que no me conoces en absoluto, y que no eres tan inteligente como piensas.

—Tienes razón —habló por fin, girándose para mirarla directamente y clavarle una mirada tan intensa que Noa no pudo evitar dar un paso hacia atrás—. Es sorprendente cómo últimamente no hago más que dártela, ¿no crees? —afirmó mientras sonreía, aunque la alegría no llegaba a sus ojos.

Ella tragó saliva al darse cuenta de que quizá había ido demasiado lejos, y volvió a dar otro paso más hacia atrás, cuando él se acercó de forma amenazadora. Tenía que haber recordado antes que podía ser letal si se lo proponía.

—No sólo no te conozco en absoluto, sino que además te he subestimado —aseveró cruzándose de brazos y, poniendo una expresión sarcástica en el rostro, prosiguió—: Eres mucho más inteligente de lo que creía, y no sólo eso, creo, sin temor a equivocarme, que has dado por completo en el clavo. Lástima que hayas errado tanto en el culpable. Como detective privado no tienes precio, niñata; es una pena que tu teoría haga aguas por todas partes.

—Eso lo dices tú.

—Lo digo yo y cualquiera que tenga dos dedos de frente.

—¡¡¡Ja!!!

Alonso se acercó a ella de forma peligrosa y la agarró por el brazo con fuerza.

—En primer lugar, si me hubiese querido deshacer de ti desde el principio, lo hubiera tenido muy fácil. Sólo tenía que llamar a tu padre e inventarme cualquier pretexto para que te volvieras a España. O simplemente dejar que Derek te violara.

Noa se retorció, asustada.

—En segundo lugar, si hubiera querido despedir a esa cucaracha, no me hubiese hecho falta ninguna excusa para poder hacerlo. Te recuerdo que yo soy el que manda aquí, y tengo permiso de tu padre para tomar las medidas que yo crea oportunas.

—¡Suéltame, Alonso!

Pero él prosiguió, ignorando su petición. Estaba tan dolido con ella que en esos

momentos no atendía a ningún ruego.

—En tercer lugar, no sé a quién diablos escuchaste en el dispensario, pero te aseguro que no era yo, aunque empiezo a formarme una idea clara de quién podía ser. En esos momentos estaba ayudando a Asir a descargar los *jeeps*; si no me crees, pregúntaselo a él y a los demás trabajadores que estaban allí. Aunque, francamente, me importa una mierda si lo haces o no. Y te recuerdo que cualquiera puede hacer copia de una llave.

Noa dejó de forcejear al darse cuenta de que no había contemplado esa opción.

—En cuarto lugar, fue Sofía quien vino esa mañana y se coló en mi cabaña, sabiendo que yo nunca la cierro por dentro, aprovechando que yo estaba en la ducha para hacerlo. Y ahora entiendo sus ruegos para que no echara a Derek del hotel. Estoy prácticamente seguro de que han sido ellos dos los que han tramado todo esto y lo llevan a cabo desde hace mucho tiempo. Pero fui un imbécil, porque no entendí en aquel momento su desespero y su insistencia para que no cambiara la ruta corta con ella y te llevara conmigo, en vez de hacer ésta. Y por eso no has sido la única que ha notado el malestar en los nativos al ver caras nuevas; han debido de creer que el negocio ha cambiado de manos, y que nosotros les pediríamos más. Y a nadie le hace gracia tener que arriesgar más sus vidas para que sus hijos y mayores tengan medicamentos con los que curarse.

«¡Dios mío, ¿qué he hecho?!», pensó desesperada, percatándose en ese instante de su equivocación.

Todos y cada uno de los puntos eran totalmente coherentes y ciertos.

—Alonso...

—En quinto lugar, si te hubiese querido matar, niñata, no hubiese sido tan chapuzas. He tenido infinidad de oportunidades. Podría haberte dejado con aquel leopardo y que te apañaras tú sola. O no acudir en tu auxilio con la mamba negra. Y no te quiero contar el encuentro con la leona. Te recuerdo que, en todas esas ocasiones, nos encontrábamos los dos solos, por lo que nadie podría haber desmentido mi versión de los hechos.

—Alonso, escúchame... —le rogó desesperada.

—¡¡¡No!!! —bramó furioso—. ¡Estoy harto de escucharte!

Luego, respirando con dificultad, se separó de ella, asustado por la intensidad de sus sentimientos. En esos momentos estaba tan enfadado, decepcionado, dolido, rabioso y frustrado que tenía miedo de cometer una locura.

—¡Por favor, Alonso, sé que me he equivocado! —suplicó Noa acercándose a él y agarrándolo ella esta vez del brazo.

El hombre inspiró profundamente varias veces para intentar tranquilizarse, y se dirigió resuelto a la salida después de soltarse de su agarre.

—Alonso...

—Cuando volvamos del safari, quiero que te vayas a tu casa —sentenció antes de cruzar la puerta de lona.

Ella negó con la cabeza repetidamente y se tapó la boca con una mano en un intento de ahogar los sollozos, mientras las lágrimas anegaban sus ojos. Alonso ni tan siquiera la miraba, no quería que viera lo mucho que le habían dolido sus palabras.

—Puedes quedarte aquí o volver a tu tienda, me es indiferente. Aunque no me creas, eres responsabilidad mía, y te aseguro que nadie te hará daño mientras yo pueda evitarlo. Sólo te pido que no hagas tonterías y que extremes las precauciones.

A continuación giró la cabeza para mirarla directamente a los ojos.

—Alguien quiere hacerte daño, Noa, y no soy yo.

Dicho esto y sin mirar atrás, se marchó.

Capítulo 19

—¡Alonso...! —susurró apenas en un último esfuerzo por retenerlo y que la escuchara.

Pero ya era tarde.

Cuando él desapareció por la puerta de lona, Noa se dejó caer de rodillas al suelo mientras agarraba con fuerza la piedra en su mano derecha y los lagrimones caían por su rostro. Apretaba tan fuerte que las aristas se le empezaron a clavar en la tierna carne, haciéndola sangrar. Cuando el dolor penetró en su caótica mente y advirtió la sangre, tiró con fuerza el guijarro, maldiciéndolo y volcando su odio en él, aun sabiendo que la culpa era enteramente suya.

Algún día tendría que comenzar a hacerle caso a su madre y pensar antes de hablar. Se había equivocado con Alonso y de qué manera. Había metido la pata y, además, hasta el fondo, y, conociéndolo un poquito, sabía que no la iba a perdonar.

—¡Soy una estúpida! —sollozó derrotada.

En el mismo momento en el que había dicho que quería que volviera a casa, sintió cómo un golpe de vértigo hacía zozobrar su estómago, sustrayéndole el aire de los pulmones en el acto. No podía irse. No quería irse.

Sí, era cierto que había maldecido ese país, su calor, sus gentes, sus costumbres... pero nunca, en toda su maldita vida, se había sentido tan en casa como allí. En ese apartado lugar había encontrado una verdadera amistad, había descubierto la belleza salvaje de sus parajes y de sus gentes, se había sentido acogida, respetada... y... y, por mucho que se lo negase, había encontrado... a un hombre que la hacía palpar con sólo mirarla.

Podía ser el ser más desesperante, el más cabezota, el más autoritario y mandón, el más unineuronal, y el Tarzán más trasnochado que se podía encontrar en todo el planeta Tierra... pero era su Tarzán trasnochado.

—Y ahora... ahora lo he estropeado todo —sollozó apenada.

Si hubiese pensado más las cosas, si no se hubiese dejado llevar por los celos, por la soberbia y por la rabia... ahora no estaría lamentándose.

Pero ¿cómo había podido estar tan ciega? Ella misma había visto su rostro las veces que había entrado corriendo en su cabaña al pensar que estaba en peligro; o cómo se había enfrentado a Derek, sin importarle en ningún momento su seguridad; o cómo había interpuesto su cuerpo entre ella y el animal, sin saber si el leopardo o la leona finalmente los atacarían, para ser el primero en recibir el zarpazo mortal. ¿Cómo había podido llegar a pensar un solo segundo que quisiera hacerle daño? Él tenía razón, si de algo estaba completamente segura ahora era de que daría su propia vida por ella. Y había sido tan estúpida que no lo había visto aun teniéndolo delante de sus narices.

Noa se apretó el estómago e inclinó su cuerpo, mientras lloraba arrepentida por sus palabras. Daría lo que fuera por volver atrás, por no ver el dolor y la decepción en sus ojos, por demostrarle lo tremendamente injusta que había sido.

—¡Eso es! —declaró poniéndose en pie para dirigirse en su busca—. Tengo que hablar con él y hacerle entender lo mucho que lo lamento. Tiene que escucharme.

Pero se paró antes de llegar a la puerta.

«Pero no ahora —pensó con más detenimiento, secándose con impaciencia las lágrimas que surcaban su cara—. En estos instantes está demasiado enfadado conmigo. Esperaré a que se calme y como que me llamo Noa Montalbo que me va escuchar. ¡Vaya si me va a escuchar!»

Cuando Alonso salió de la tienda, se dirigió rabioso hacia donde estaban el cocinero y su ayudante, que recogían los restos de comida y las botellas de alcohol que habían servido para la cena. En ese momento lo estaban disponiendo todo para, al día siguiente, ofrecer los desayunos, y luego pensaban irse a dormir al acabar. Pero a él no le importó. Se agenció un vaso y una botella del mejor *whisky* y se sentó en una de las mesas para beber a gusto.

Los hombres se miraron asombrados, pues era la primera vez en todos aquellos años que lo sorprendían consumiendo alcohol más allá de un par de cervezas.

—¿Se encuentra bien, jefe Alonso? —le preguntó Yaawar.

—Sí —ladró mientras llenaba la copa del líquido ambarino.

El cocinero del campamento le lanzó una mirada de preocupación a su ayudante y, carraspeando, se atrevió a volver a preguntar.

—¿Necesita algo más?

—No —contestó lacónico, y procedió a darle el primer sorbo al líquido, que le quemó al bajarle por el gaznate.

El hombre se giró para marcharse, pero en el último momento se arrepintió y, tragando saliva, se agachó para susurrarle.

—Jefe Alon...

—Cómo no desaparezcas ahora mismo de mi vista, Yaawar, tú y yo vamos a tener un grave problema.

—Sí, señor.

Dicho esto, el cocinero se retiró lo más rápido que pudo.

No había pasado ni media hora cuando a su lado se sentó el hombre que esa misma mañana se había enterado de que iba a ser padre.

—¿Puedo? —le preguntó señalando la botella medio vacía.

Alonso no estaba de humor para aguantar a nadie. En lo único en que pensaba era en las palabras de Noa, y en cómo se le habían clavado en el pecho una a una. Recordaba perfectamente cómo había envidiado a ese hombre tan sólo unas horas antes, y en el pensamiento que se le había cruzado por la cabeza en aquel momento.

Y ahora se arrepentía amargamente de tan siquiera haberlo considerado.

—Lo siento, pero no soy muy buena compañía esta noche —soltó sin miramientos, en tanto agarraba el vaso y le daba otro sorbo.

Martín elevó una ceja, sorprendido por sus palabras, y una media sonrisa asomó a su boca al evocar viejos recuerdos.

—No me importa —contestó mientras se echaba el alcohol en otro vaso—. Yo también tengo mucho en lo que pensar esta noche. Y, por favor, tutéame.

—Como quieras.

Estuvieron callados durante unos minutos, contemplando la inmensidad de las estrellas en el cielo y percibiendo los sonidos envolventes de la selva de noche, en tanto se hacían compañía mutua. De vez en cuando se escuchaba el barritar de un elefante, el chillido asustado de un mono o el gruñido de un león buscando aparearse o marcar territorio, adornado con la banda sonora de millones de grillos y otros insectos nocturnos. Esa paz interrumpida a veces por esos sonidos le hacían disfrutar del momento y saberse privilegiados por poder sumergirse en ella.

—¿Has vuelto a discutir con tu mujer? —interrogó Alonso, rompiendo el silencio.

Pues no había hecho más que preguntarse qué diablos hacía aquel hombre allí, sentado con él. Se suponía que ése debía de ser uno de los días más felices de su vida.

—No —contestó el actor sonriendo—. Vengo a celebrar mi buena suerte con un buen trago.

A continuación levantó su vaso para chocarlo contra el de él en un brindis.

—¡Enhorabuena! —lo felicitó éste—. Eres un hombre afortunado.

—Gracias. Así lo creo yo también.

—Debes de ser el único —farfulló por lo bajo antes de beber de nuevo.

Martín, al oírlo, en vez de ofenderse, echó la cabeza hacia atrás para soltar una enorme carcajada.

—Por lo que veo, tú sí has discutido con la tuya, ¿no?

Alonso se atragantó con el alcohol.

—¿Perdón? —inquirió con la voz ronca por culpa de la quemazón del *whisky*.

—Lo digo por la cara de funeral que tienes. Supongo que habrás discutido con Noa, la directora del *resort*.

—Noa, ¿mi mujer?! —preguntó, asombrado de que hubiera llegado a esa conclusión—. ¡No! ¡No, en absoluto! Bueno sí, quiero decir... —y carraspeó, revolviéndose incómodo en su asiento—. Es cierto que Noa es la directora del hotel, y también es cierto que he discutido con ella, pero no es mi mujer, ni mi pareja... ella... ella es... Bueno, ella es una larga historia.

Y desvió la mirada para que no le viera el brillo de decepción en sus ojos.

—Todas las que de verdad importan lo son —sentenció el actor, con una sonrisa secreta de la que sólo él conocía el significado.

Alonso lo examinó concienzudamente, intentando averiguar qué mensaje oculto entrañaban esas enigmáticas palabras.

—Creo que no me he explicado bien —le dijo cuando se rindió y estuvo seguro de que no había nada implícito en lo que había dicho el hombre—. Ella y yo sólo somos...

«¿Amigos?»

No, claramente no lo eran. Sobre todo después de lo que había descubierto esa noche.

«¿Compañeros?»

Tampoco. Él no podía considerarla su compañera por varios motivos. Primero, porque en un compañero se confía, y Noa lo tenía en tan baja consideración que para ella era de la peor calaña que había. Segundo, porque lo había decepcionado tanto que estaba seguro de que no podría volver a mirarla a la cara. Lo había tratado como basura y hecho sentir la peor persona del mundo, y eso no se lo podría perdonar en la vida. Y tercero, porque, para su desgracia, él no podía verla solamente como a una compañera.

Simplemente no era capaz. A pesar de lo mucho que había luchado contra ello, tenía que admitir que se sentía algo más que atraído por ella. No sabía muy bien en qué punto se encontraba, pero lo que sí tenía claro en ese instante era que, fuera lo que fuese, tenía que matarlo y acabar con ese sentimiento ya. Ella no lo merecía. No, después de lo de esa noche. De eso estaba completamente seguro.

—En realidad, mi relación con Noa es un tanto complicada.

—Todas lo son.

Martín se echó a reír al pillar la mirada condescendiente que le lanzó el guía.

—Las mujeres son complicadas, hermano, y algunas más que otras.

—¿Hablas por experiencia? —preguntó divertido, señalando la tienda del actor con la cabeza.

—¡Puf, no lo sabes tú bien! Me hizo la vida de cuadritos antes de casarse conmigo. Te aseguro que podría dar para un buen libro o una telenovela —admitió burlón, para ponerse serio a continuación—. Pero te garantizo que es lo mejor que me ha pasado nunca. Si algo le ocurriese a ella... —y tragó saliva al pensar en el hijo que llevaba en su vientre—... no quiero ni pensarlo.

—Pues yo no necesito tanta complicación en mi vida. Hasta ahora lo llevaba muy bien tal y como estaba. Mi existencia era simple, tranquila, satisfecha y feliz. Cero complicaciones, cero quebraderos de cabeza —afirmó rotundo, dándole después otro trago al vaso.

—Te entiendo. Hasta no hace mucho, pensaba igual que tú, pero a veces te topas con algo contra lo que no puedes luchar. Es más fuerte que uno mismo, y al final te tienes que rendir ante lo inevitable.

Alonso esbozó una sonrisa mordaz.

—Eso es lo que os decís todos los casados, para justificar vuestra metedura de pata al dejaros cazar de esa manera. Pero no intentes convencerme, porque ahora mismo te aseguro que no merece la pena —manifestó, molesto porque intentara

hacerle ver algo que no era así.

Martín acabó el último resto de bebida de su vaso de un solo trago y lo posó suavemente en la mesa, al lado de la botella casi vacía.

—No intento convencerte de nada, te lo aseguro. Sobre todo porque tú mismo te darás cuenta de que no tienes nada que hacer —le dijo mientras se echaba hacia delante, para mirarlo a los ojos directamente a la vez que apoyaba los brazos en las rodillas—. Sólo porque me caes bien, y me recuerdas mucho a mí tan sólo unos meses atrás, me atrevo a darte un consejo que alguien más viejo que yo y más sabio me dio una vez.

Cuando tuvo la completa atención de Alonso, se atrevió a proseguir.

—Las mujeres necesitan saber lo que uno siente y lo que uno piensa. Sí, ya sé que parece una tontería... —continuó cuando el otro hombre bufó incrédulo—... pero te aseguro que es cierto. Son muy inseguras, y necesitan saber continuamente lo importantes que son para nosotros, además de demostrarles tu amor y de hacerlas sentir que son las únicas en tu vida. Si yo hubiese sabido eso antes, fijo que me hubiese ahorrado muchos sinsabores.

—¡Por favor! Eso del romanticismo y los príncipes azules es de otra época. Creo que te han hecho ver demasiadas películas romanticonas, o te han sorbido tanto el cerebro que no piensas con claridad.

El actor sacudió divertido la cabeza, recordando la misma cabezonería en la que se había visto sumido él antes de reconocer lo que sentía por Alexia. Luego se levantó, consciente de que era hora de irse para la cama y estar con su mujer. En lo referente a Alonso, él había hecho todo lo que estaba en sus manos.

—Tienes razón, los hombres creemos ser distintos, más viscerales, más prácticos, mientras que ellas son las de las florecitas y corazoncitos en las libretas. Pero, dime una cosa —y apoyó su mano en el hombro del guía, para agacharse y susurrarle al oído—: Si Noa estuviese enamorada de ti, ¿no te gustaría saberlo?

Y aprovechando que Alonso se quedó mudo por la pregunta, le palmeó varias veces el hombro, para marcharse a descansar a continuación.

—Piénsalo, hermano. Buenas noches.

Noa se había quedado finalmente dormida a las tantas de la madrugada, esperando a que llegara Alonso para poder hablar e intentar razonar con él. Pero había sido en vano, pues no había aparecido, y de nuevo no había pasado la noche allí.

En cuanto amaneció y la claridad inundó la tienda, despertándola, se levantó y se fue a la suya, para vestirse y prepararse antes de desayunar. Se sentó a la mesa, después de servirse la comida en su bandeja y de haber buscado antes al guía por todo el campamento. Como no lo encontró por ningún lado, se dijo que seguramente estaría repartiendo la medicación en las aldeas próximas, así que no le quedó más

remedio que esperar impaciente a que llegara.

Su moral sufrió un gran golpe cuando, después de que Alonso volviera e intentara hablar con él de todas las maneras posibles, se dio cuenta de que no se lo iba a poner nada fácil. La ignoró y evitó de forma muy grosera. Y cuando le dijo que necesitaba hablar con él en privado, su contestación hosca fue que «no tenían absolutamente nada de lo que discutir, ni ahora, ni en un futuro cercano».

Por tanto, en ese instante se encontraba subida al *jeep*, abandonando la reserva natural de Samburu y camino al parque nacional de Lago Nakuru, con unas tremendas ganas de llorar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Alexia, preocupada al verle la cara desencajada.

Noa apretó con fuerza los dientes, haciendo verdaderos esfuerzos por contener las lágrimas.

—Sí —respondió con la voz estrangulada y girando la cabeza para que no viera sus ojos humedecidos.

—¿Estás segura?

—Cariño, ya te ha dicho que está bien —la interrumpió su marido, repreniéndola de forma cariñosa.

—Pero...

Y se quedó callada cuando Martín señaló con la cabeza a Alonso, y Alexia entendió el mensaje.

—De acuerdo —claudicó la mujer.

Durante el resto del viaje, Noa prácticamente no abrió la boca y, aunque buscó varias formas de acercarse a Alonso y poder explicarse, él no le dio tregua. Su decaimiento era tal que no disfrutó del maravilloso paisaje que la rodeaba al llegar al hermoso lago, que transmitía la paz y serenidad que ella tanto necesitaba. Fue ciega a la impresionante marea rosa de flamencos que teñían de ese color las aguas, o a los imponentes y regios rinocerontes blancos y negros que se dejaban ver, orgullosos y desafiantes, entre centenares de búfalos y gacelas Thomson; tampoco vio que, salpicando aquí y allá, unos tímidos impalas y unas cebras comunes intentaban refrescarse en sus orillas y saciar su sed, a la vez que eran asustados por algunos intrépidos pelícanos, vigilados de cerca por las oportunistas hienas y los chacales de lomo plateado.

Recorrieron el parque, que se extendía, alrededor del Lago Nakuru, en una orla de terreno alrededor de las orillas norte, este y oeste, mientras que, hacia el sur, el recinto se ampliaba hasta la cascada Makalia. El bosque ribereño se abría a una amplia sabana de acacias y arbustos, mientras que las orillas oriental y occidental estaban enmarcadas por elevaciones que ofrecían magníficos miradores sobre el lago, como el Memorias de África y el Acantilado de los babuinos.

Por fin, empezando a anochecer, llegaron al campamento con el tiempo justo de darse una merecida ducha y observar maravillados, sentados a las mesas donde

después cenarían, la impresionante puesta de sol, que se escondía en el horizonte detrás de las aguas, reflejándose en ellas e inundando el cielo de varios tonos de rojos, amarillos, naranjas y púrpuras, robando el aliento y consiguiendo erizar el vello a más de uno.

Las vistas que podían disfrutarse allí sobre el lago eran impresionantes, logrando emocionar y enamorarse de ese increíble país. Pero Noa estaba dividida entre los mágicos sentimientos que le hacía sentir África y el desaliento que la embargaba al no poder conseguir llegar a Alonso, ni compartir con él ese extraordinario momento. Y su desaliento fue rotundo cuando el guía tampoco se sentó con ella a cenar esa noche, echando por tierra sus planes de convencerlo de su sincero arrepentimiento.

Prácticamente todo el mundo se había ido a descansar, y Noa, todavía sentada y con un vaso de vino en la mano, eternizaba el momento de tener que ir a la tienda y dormir sola otra noche más. Con un último vestigio de esperanza, había anhelado que Alonso apareciera, pero sus ruegos habían sido en vano.

—¿Puedo sentarme?

Con un sobresalto, por estar tan ensimismada en sus pensamientos que no la oyó acercarse, Noa advirtió la presencia de su compatriota a su lado, pidiéndole permiso para ocupar el asiento cercano a ella.

—Claro —le dijo mientras se arrebujaba más en la chaqueta, pues estaba empezando a coger frío.

—Es precioso, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó, pues, aunque llevaba un par de horas sentada allí, su mente estaba muy lejos de aquel lugar.

—Todo —contestó Alexia, señalando con una mano las impresionantes vistas que podían disfrutar desde ese privilegiado lugar, ayudados por la luna llena de esa noche—. África es un mundo aparte, todo en él es distinto... su olor, su sabor, sus vistas, sus gentes... —recalcó la última palabra—. No hay nada parecido en el mundo.

Ella se quedó pensando en todo lo que había vivido desde que llegara allí, y reconoció que tenía razón.

—Sí, así es —admitió, dando un pequeño sorbo de vino a continuación.

—Y estarás de acuerdo conmigo en que, cuando encuentras algo tan especial, no puedes dejarlo escapar.

Observó más detenidamente a la pequeña mujer, que se mordisqueaba el labio un tanto nerviosa, intentando descifrar si estaba insinuándole algo o no. Y si era así, ¿qué demonios quería decirle?

—Es cierto —concedió con cautela.

Alexia le estaba haciendo unos gestos muy raros con los ojos, como si quisiera decirle algo, que ella no entendía.

—¡Mira, voy a ser muy clara! —soltó al fin, cuando advirtió que no pillaba la indirecta—. Aunque no tengo derecho a meterme en tu vida, soy una mujer embarazada, y como tal tengo antojos. Y no vas a negarme éste, ¿verdad, cielo?

Noa, sorprendida por su arranque, no sabía muy bien qué contestar.

—Claro que no... ¿no?

—¡Por supuesto que no! Eso sería muy descortés por tu parte.

—Sí, supongo.

—Bien. —Alexia sonrió cuando consiguió lo que pretendía—. Lo primero que quería decirte es que la vida es demasiado corta y emocionante como para perder el tiempo en lamentos. Y te lo dice alguien que lo perdió estúpidamente durante mucho tiempo. No os conozco mucho ni a ti ni a Alonso, pero hacéis muy bonita pareja.

—No, estás equivocada. Entre Alonso y yo no hay nada —le aclaró antes de que siguiera haciéndose una idea equivocada—. Él y yo sólo somos...

¡¿Qué?! ¿Qué eran realmente? Porque, francamente, Noa no lo sabía. Lo único cierto era que nunca se había sentido tan atraída por un hombre en toda su vida como se sentía por él. Ni tan siquiera por Francisco.

Lo único verdadero era que le importaba demasiado, que había empezado a sentir algo por él mucho más fuerte de lo que quería admitir y que no quería perder su respeto, su amistad, o la relación, fuera la que fuese, que los unía en ese momento.

—Escúchame, cariño: es más que evidente que entre vosotros dos hay una química muy especial, por mucho que intentéis negarlo. Y te lo dice alguien que estuvo mucho tiempo tapando el sol con un dedo.

Noa puso los ojos en blanco ante sus palabras.

—Sé que los hombres pueden ser muy tercos, necios, cabezotas y hasta imposibles. Y lo sé porque estoy casada con el rey de ellos. Pero también sé que hay que luchar siempre por lo que una quiere, cueste lo que cueste. Yo hace poco estuve a punto de cometer la mayor equivocación de mi vida, al darlo todo por perdido y rendirme. Pero, gracias a Dios, tuve la inmensa suerte de estar rodeada por los mejores amigos y familia que una puede desear, y que creyeron en mí más de lo que me merezco. Me recuerdas tanto a mí misma cuando tan sólo hace unos meses me encontraba sola en un país extranjero, orgullosa, confundida y autoengañándome.

Alexia la agarró de las manos para insuflarle ánimos y mirarla directamente a los ojos.

—No te rindas, Noa; por mucho que la vida te ponga piedras en el camino, tú tienes que levantarte y pelear por lo que quieres. Aunque tengas que atarlo a la pata de la cama. No dejes que nadie te diga lo que tienes o no tienes que hacer. Sé siempre fiel a ti misma, opinen lo que opinen los demás. No mires un día hacia atrás arrepintiéndote por no haber hecho lo que realmente deseabas.

Ésta levantó la cabeza con decisión y con un brillo peligroso bailando en su mirada. Le dio un fuerte abrazo a la morena, para estamparle un sonoro beso en la mejilla después.

—¿Sabes qué?, tienes razón. Ese Tarzán de pacotilla me va a escuchar. ¡Vaya si va a hacerlo!

Y con una resolución recobrada, salió disparada, dejando a Alexia asombrada por

su arranque repentino, pero con una sonrisa satisfecha cuando se recuperó de la impresión.

Unas horas después, Alonso entró en su tienda y encontró a Noa durmiendo plácidamente en su cama. A pesar de que lo había intentado, no podía pasar otra noche más durmiendo incómodamente en el *jeep*. Había sufrido durante todo el día un impresionante dolor de cabeza, producido por la resaca y el malestar general. Necesitaba descansar, y la marca de los incómodos asientos de cuero la tenía tatuada en la espalda. Así que, mientras la vigilaba en la distancia, para asegurarse de que no corría peligro, y cansado de no pegar ojo en toda la noche, decidió que ya era suficiente tanta tontería.

Le había dejado muy claro que no tenían nada más que aclarar entre ellos y, por lo que a él concernía, la discusión había finalizado. Ahora ya sabía lo que ella opinaba de él, y sobre ese punto no había nada más que hablar. Y, por supuesto, nada de lo que ella le pudiera decir ahora cambiaría su decisión de hacerla volver a España.

Se quedó unos segundos mirando cómo dormía. Así, callada y tranquila, parecía un ángel.

Era una pena que nada de lo que pudiese hacer cambiara la opinión de ella respecto a él, por lo que resultaba una pérdida de tiempo intentar que Noa lo viese con otros ojos que no fuesen el desprecio y la indiferencia. Por un momento había creído que eso sería posible, pero evidentemente se había estado mintiendo a sí mismo. Y ella le había hecho abrir los ojos de una forma brutal. Mientras tenía estos sombríos pensamientos, el agotamiento lo venció, dejándolo profundamente dormido.

Bastante rato después, y tras lo que le habían parecido sólo unos pocos minutos, Alonso despertó incómodo al querer girarse en la cama y no poder hacerlo. Aturdido, se encontró con que tenía las manos atadas al cabecero de la cama, y a Noa sentada a horcajadas encima de él. Durante unos segundos observó asombrado sus manos atadas, y después a Noa, luego sus manos atadas y después a Noa, sus manos atadas y después...

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo?! —bramó furioso.

Ésta se inclinó hacia atrás, rozando su miembro con la pelvis... y, a pesar de su enfado, del cansancio, de la ropa interior y de las mantas, sintió un pequeño latigazo de placer al percibir esa leve fricción.

—¡Maldita sea, Noa, desátame ahora mismo! —rugió a la vez que forcejeaba intentando inútilmente liberarse.

Mientras berreaba iracundo y luchaba contra las ataduras, no advirtió cómo ella, muy despacio, tensaba entre sus manos el cinturón de seda de su bata, por lo que fue demasiado tarde cuando se dio cuenta de sus intenciones, que no eran otras que amordazarlo y hacerlo callar.

—Va a ser que no, Alonso —le contestó sonriendo ampliamente, después de

conseguir, al final y con esfuerzo, lo que pretendía—. Quieras o no, tú y yo vamos a mantener esa conversación.

E inclinando la cabeza hacia un lado, deslizó su mirada por el cuerpo del guía de arriba abajo y, lamiéndose inconscientemente los labios, susurró para sí misma.

—Pues al final va a tener su puntito, este rollo a lo *Cincuenta sombras de Grey*.

Capítulo 20

—¡Humm... humm...! —farfullaba Alonso mientras peleaba inútilmente por desatarse.

—Lo siento, pero no me has dejado otra opción —contestó a sus ruegos Noa, regresando de su fantasía—. Necesito que me escuches, y con tus berridos sólo conseguiríamos dos cosas: la primera, alertar a todo el campamento, y la segunda, que vuelva a perder los nervios y diga cosas que realmente no siento.

—¡Humm...!

—¡Mira que eres cabezota, amigo! Yo pensé que, entre mi padre, mi hermano y yo, habíamos llenado el cupo, pero tú nos superas a los tres juntos.

—¡Humm... humm...!

—Sí, ya sé, ya sé... —le dijo mientras apoyaba las manos en su estómago, pues él se movía tanto que a punto estuvo de tirarla al suelo—. Soy la niñata más estúpida del mundo, y en cuanto te sueltes me llevarás tú mismo a España agarrada de las orejas, o me echarás a comer a los leones. Podrás hacer todo eso y más si quieres, porque me lo merezco, pero primero me vas a escuchar.

—¡Humm... humm... humm! —le soltó furioso mientras levantaba la cabeza y le lanzaba puñales por los ojos.

—Además Al... porque te puedo llamar Al, ¿verdad? Es que me gusta más llamarte así.

Él negó rotundamente con la cabeza.

—Verás Al... —prosiguió sin hacerle el menor caso.

Alonso echó la cabeza hacia atrás, rebotando en el colchón, en tanto puso los ojos en blanco. Estaba tan furioso que, si en ese momento hubiese tenido las manos libres, le hubiera retorcido ese lindo cuello.

—... esta idea no ha sido enteramente mía. Sólo sigo las instrucciones, al pie de la letra, de una persona que me aconsejó que te atara a la pata de la cama si era necesario. Y como no has querido escucharme, ni darme la opción de poder disculparme... —y se mordió la uña del dedo índice, mientras escondía una sonrisa pervertida que asomaba a sus labios—... no me has dejado otra alternativa que tomar medidas drásticas. Y tengo que admitir... que me está gustando esta idea.

Él levantó la cabeza tan rápido que sintió un pequeño tirón en el cuello y, con los ojos tan abiertos como platos, observó cómo Noa lo admiraba de forma apreciativa, deslizándose de manera lasciva su mirada por el amplio y esculpido torso, continuando por la tableta de abdominales, donde podría rallar una ración de queso, hasta terminar en la porción de piel que se escondía debajo de la cinturilla del calzoncillo, por donde asomaban unos pelillos juguetones de su bajo vientre. Eso provocó que su corazón empezara a bombear de forma descontrolada, la sangre corriera como ríos de lava por

sus venas y sintiera cada centímetro de piel que tocaba la mano de ella en su estómago.

Cuando sus miradas se encontraron, se perdieron en ellas durante unos preciosos segundos. Segundos en los que se comieron con los ojos, y anhelaron poder decirse lo que realmente sentían sin miedo a las consecuencias.

Pero la primera en volver a la realidad fue Noa, quien, colocándose unos mechones de pelo detrás de las orejas, carraspeó para centrarse en lo que realmente importaba.

—Y... y eso me lleva a decirte algo importante. —Y se paró un segundo para reunir valor.

Lo que iba a hacer a continuación era algo que llevaba mucho tiempo sin hacer y, aunque sabía que había llegado el momento, no por ello dejaba de ser duro. Así que lo miró directamente a los ojos, para confesarle lo que sentía en realidad.

—Lo siento mucho. Siento profundamente todo lo que te dije. Me equivoqué por completo contigo; no tenía ningún derecho a dudar de ti, no después de todo lo que hiciste por mí. Y tampoco tenía derecho alguno a juzgarte. No tienes ni idea de lo mucho que lamento mi comportamiento y mis palabras de ayer noche. Daría lo que fuera por poder volver atrás y borrarlo todo, pero no puedo. Al, por eso te ruego que me perdones.

Alonso la observaba perplejo. La conocía lo suficiente como para saber que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por ser sincera y tragarse su orgullo. Y estaba seguro de que eso mismo, hacía unos meses, hubiera sido imposible. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, no lo hubiese creído posible.

—Sé que desde que llegué aquí no te he hecho la vida muy fácil... —admitió bajando los ojos avergonzada, y comenzó a hacer círculos con las yemas de sus dedos en el estómago de él, que se puso tenso de inmediato... y lo lamento mucho. Reconozco que no quería venir, y que al principio me comporté de forma muy grosera e insolente. Y, aunque admito que mi comportamiento no tiene disculpa, lo hice porque estaba muy enfadada y lo pagué contigo. Pero tienes que admitir que tú tampoco fuiste una balsa de aceite conmigo —le recriminó, mirándolo directamente.

Y esperó a que él dijera algo, hasta que se dio cuenta de que seguía amordazado.

—¡Ups, lo siento! —le dijo con una media sonrisa al advertir su error.

Pero no liberó su boca, pues necesitaba que escuchara por completo su discurso. Discurso que por otro lado había estado ensayando durante horas.

—Verás, los dos cometimos errores... —siguió confesándose... pero eso no me exime de haberte juzgado y culpado sin ningún motivo. Aunque tienes que reconocer que tú también lo hiciste conmigo y yo te perdoné. Sólo por eso debería exigirte que hicieras lo mismo.

Alonso levantó una ceja, y la expresión de su cara decía que no se podía comparar, y ella bufó por su terquedad. Pero bajó la mirada de nuevo para coger fuerzas y confesarle lo que tanto tiempo llevaba ocultando dentro de ella. Todavía no

sabía hasta dónde podría llegar a contarle, pero, fuera lo que fuese, sería un gran alivio para su atormentada alma.

—Una vez... —Noa apretó los dientes con fuerza y lo miró a los ojos—... una vez me preguntaste por qué le tenía tanta inquina a mi padre. Pues hoy te lo voy a contar, pero necesito que no me interrumpas, pues es algo doloroso para mí y en parte es el motivo por el que estás amordazado.

El guía ni tan siquiera se atrevió a pestañear. Sabía que era un momento difícil para ella y, sólo por eso, por demostrar esa confianza hacia él, logró que la perdonara por completo, aunque no pudiera decírselo.

Si lo pensaba fríamente, la escena era del todo surrealista. Él, atado y amordazado, medio desnudo en su cama. Y Noa, encima de él, con un vaporoso camisón blanco, que en vez de darle un aspecto angelical la hacía parecer tremendamente *sexy*.

¡Qué diablos! Todo lo que esa mujer se ponía encima la hacía parecer increíblemente *sexy*, aunque fuera un saco de patatas.

Pero no cambiaría ese momento por nada del mundo, pues quería decir que confiaba lo suficiente en él, y valoraba su opinión, como para hacerle esa confesión. Y tenía la extraña sensación, además, de que era algo que no le había contado a nadie.

—Sé que te vas a reír, y que suena muy tópico lo que te voy a contar, pero en realidad es muy cierto. El dinero no da la felicidad, y en mi familia es una circunstancia totalmente contrastada. Cuando naces en un entorno pudiente como el mío, se da por hecho muchas cosas, pero en realidad no tiene por qué ser así.

Noa volvió a colocarse, nerviosa, un mechón de pelo detrás de la oreja, y bajó los ojos para dedicarse a dibujar ondas en el pecho de Alonso, consiguiendo que la piel por donde deslizaba el dedo se estremeciese a su paso sin que ella fuese consciente de ello.

—Tanto mi hermano como yo crecimos con la necesidad de mendigar el amor de mi madre, y el respeto y aceptación de mi padre. Desde fuera, podíamos parecer la típica familia feliz, la familia perfecta con la que todo el mundo sueña... pero nada más lejos de la realidad. Cuando naces en una familia con tanto prestigio como la mía, tienes dos opciones: o que te dé todo igual, y vivir tu vida sin que te importe lo que opinen y digan los demás, o vivir teniendo que demostrar todos los días que eres merecedora de ese apellido para poder llevarlo con orgullo. En mi caso, como en el de mi hermano, fue lo segundo. Trabajamos muy duro desde pequeños para ser los mejores en todo. El apellidarse Montalbo conllevaba privilegios y obligaciones. Los privilegios consistían en tener todo lo que pudieses desear y el dinero comprar, pero lo pagabas con tus obligaciones. Para mi padre, nada de lo que hacíamos era suficiente. Disponíamos de las mejores institutrices, asistíamos a los colegios más exclusivos y accedíamos a las universidades más prestigiosas... pero, a cambio, teníamos que ser los niños que mejores notas sacásemos en clase, los más aplicados y, por supuesto, los más inteligentes. Si te gustaba la danza, tenías que llegar a ser la

primera bailarina en la más distinguida academia de *ballet*. Si por el contrario te tiraba el deporte, tenías que ser el tenista más destacado del equipo. Por supuesto, no podíamos conformarnos con excelentes notas, no, teníamos que ser los primeros de nuestra promoción. Y si por algún motivo fallábamos en algo, éramos un absoluto fracaso.

A Noa las lágrimas le asomaban a los ojos, pero pugnó por retenerlas ahí y que le dejaran continuar a pesar del dolor.

—Luchábamos incansablemente para lograr que don Diego Montalbo se sintiera orgulloso de nosotros. Y yo, al ser más joven y mujer, tenía mucha más presión. Debía demostrar que era mejor que los demás; que, a pesar de ser mujer, nadie podría pisarme, teniendo que convencer día tras día de mi valía y dejar claro a cada momento que podría bregar con los hombres de igual a igual. Yo admiraba a mi padre como a un dios, era el espejo en el que mirarme, y quería sentirme orgullosa de parecerme en algo a él.

Paró unos segundos para recomponerse, pues estaba a punto de llorar, ya que los recuerdos la lastimaban de tal manera que le costaba hasta respirar.

—¡Humm! —rogó Alonso para que lo soltara.

Se estaba haciendo daño en las muñecas por la fuerza que hacía para poder soltarse. No podía seguir atado así. Quería abrazarla, necesitaba abrazarla.

Ella levantó la mirada, posándola en él mientras una lágrima resbalaba por su rostro.

—Sé que no debería quejarme —continuó, haciendo caso omiso de sus ruegos—. Ahora miro a mi alrededor y veo toda esta pobreza, a los niños descalzos, con un techo a punto de caerles encima y sin nada que llevarse a la boca, y me siento despreciable por sentirme como me siento, pero no puedo evitarlo.

Él la observaba, roto al verla de esa manera. Quería decirle que ella no tenía la culpa de nada, que la vida era así de injusta y que no podía fustigarse por haber nacido en una familia con dinero. No podía sentirse indigna por algo que escapaba a su control, eso era inaceptable.

¡Virgen santa! ¡Cómo se había equivocado con ella!

Volvió a forcejear contra sus ataduras, frustrado porque lo soltara de una maldita vez.

—¡No! Necesito terminar de contártelo, Alonso —le dijo posando otra vez sus manos en el pecho para hacer que parara—. Quiero que comprendas, en cierta manera, por qué ahora soy como soy, por qué me cuesta confiar tanto en la gente.

Y él se detuvo sólo para que acabara de una buena vez y lo liberara de sus ligaduras. Era irónico, pues llevaba horas lloriqueando porque ella no confiaba en él, porque no lo apreciaba lo suficiente como para tratarlo como a un compañero más, y ahora daría lo que fuera para que no siguiera, pues no quería que sufriera más. En lo más hondo de su ser sabía que lo que iba a escuchar no le iba a gustar lo más mínimo, y que mataría porque no volviera a sufrir otra vez. No por culpa suya.

—Como ya sabes, mi padre es un importantísimo empresario valenciano. Es propietario de un *holding* de empresas, entre las que se encuentra este *resort* de lujo, y dispone de tres más: uno en Cancún, otro en Brasil y otro en Marbella. Además posee dos empresas de construcción y una inmobiliaria. Cuando acabé los estudios, yo ya llevaba tiempo trabajando con mi padre en la sede central, pues compaginaba ambas cosas a la vez. Tanto mi hermano como yo empezamos desde abajo, para conocer todos los departamentos y entresijos de la compañía, y disponer así de amplios conocimientos sobre ella. Durante ese tiempo, prácticamente no tenía vida social o, por lo menos, no la que se supone que debe disfrutar una chica de mi edad. Mi universo eran los estudios y el trabajo en la empresa, por lo que conocer a chicos suponía un esfuerzo enorme, que yo en ese momento no estaba interesada en asumir. Hasta que conocí a Francisco.

En ese punto se paró a tomar aire, para expulsarlo a continuación de forma temblorosa, reuniendo fuerzas para no echarse a llorar.

No es que le doliera el haber perdido el amor de su prometido, sino el hecho de haber sido engañada de esa manera. Y Alonso, que desconocía lo que pasaba por su cabeza, no sabía muy bien qué pensar, aunque un ramalazo de celos le subió por el pecho al oír el nombre de otro hombre en su boca. No solamente existía ese tal Daniel, sino que, además, también había un Francisco.

—La primera vez que vi a Fran fue en la empresa. Acompañaba a su padre a una reunión informal con el mío, y me tocó enseñarle las instalaciones. En ese momento, ni mucho después, no sospeché nada en absoluto, y eso sólo quiere decir que soy la tarada más grande que existe, y que estuvieron riéndose de mí durante mucho tiempo.

Y sacudió la cabeza, negando con ella repetidamente, mientras se recriminaba por lo estúpida que había sido.

—A los pocos días coincidimos en una fiesta, para después ser invitado por mi hermano con frecuencia a nuestra casa. Además, su padre, que por aquel entonces era un político de relevancia en la Generalitat valenciana, tenía varios negocios con el mío, por lo que también éramos invitados a la suya y viceversa. Con el tiempo, aunque a mí Fran nunca me había interesado nada más que para una amistad, e instigada por mi padre y manipulada por mi hermano, empecé a verlo con otros ojos. Sobre todo porque él empezó a tratarme de una manera más... especial. Por lo que, seducida por uno, engañada por otros, y por mi estúpido afán de querer contentar a todo el mundo, empecé a salir con él. No puedo echarle enteramente la culpa a ellos, pues yo también fui una imbécil por estar tan ciega a todo lo que pasaba a mi alrededor. Hasta que un día... —tragó saliva a la vez que cuadraba los hombros, pues no estaba dispuesta a seguir sintiendo vergüenza por ello—... hasta que un día lo pillé en la cama con otra.

Alonso abrió los ojos desmesuradamente, preguntándose quién podía ser tan necio como para engañarla e irse con otra teniendo a semejante mujer a su lado. O era un estúpido o un loco, pues no podía imaginarse otra razón para semejante

comportamiento. Aunque mentalmente le agradeció a aquel patán su error, ya que gracias a eso ella estaba allí.

—Aquel día todo mi mundo se vino abajo; se desmoronó por completo, como una torre de naipes, al enterarme de todo. Y ya nada volvió a ser igual.

Noa apretó con fuerza los labios, pues empezaron a temblarle y no quería llorar. Durante un tiempo lo había hecho tanto que pensó que se había quedado seca por dentro, aunque evidentemente se había equivocado. El dolor seguía siendo igual de lacerante que hacía casi dos años. Tras suspirar con fuerza, continuó.

—Cuando me hice novia de Fran, pasó poco tiempo hasta que me regaló un anillo de pedida. A mí me sorprendió, porque me parecía todo demasiado apresurado, pero él me decía que estaba loco por mí y que quería casarse conmigo lo antes posible. Como yo no estaba segura, empecé a darle largas, y ahora sé que fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. El día que lo sorprendí fue cuando me dijo que él nunca había estado interesado en mí, que le parecía la mujer más aburrida del mundo, pues estaba más motivada por mi trabajo que por pasar un buen rato en una fiesta o irme de viaje con él. Añadió que su padre, un político corrupto que en aquel momento estaba siendo imputado por blanqueo de capitales, prevaricación y cohecho, le había obligado a cortejarme para tener un buen matrimonio. Por lo visto, el respetable, orgulloso y honrado Diego Montalbo, con el cual tenía toda clase de turbios negocios, estaba de acuerdo y había confabulado con él, prometiéndole a su hija y el dinero de ella para poder salir de aquel bache, pues sus cuentas estaban embargadas judicialmente y necesitaban dinero en efectivo para mantener su estilo de vida. A mi padre no le importó mentirme y manipularme para que dejara de darle largas a Fran y me casara de una buena vez con él. Por supuesto, el acuerdo incluía el silencio de mi futuro suegro y que no saliese perjudicado su nombre en el escándalo, pues mi padre estaba interesado en la política y, si se lo relacionaba de alguna manera con cualquier tipo de corrupción, se iría todo al traste. Por eso aquel repentino interés de todos en que yo me interesase en Fran, y su urgencia después para casarnos lo antes posible.

Alonso no daba crédito a todo lo que oía, y no podía creer cómo un padre podía ser tan mezquino y ruin con su propia hija, jugando con la felicidad de ella solamente por sus propios intereses.

—Por supuesto, me enfrenté a los tres —continuó ella, bajando la cabeza y sin poder evitar que las lágrimas escaparan a raudales—, pero no sin antes ser consciente de que mi mundo, mi vida entera, era un auténtico fraude. Primero fui a ver a mi hermano, pues no podía creerme que él me hubiera utilizado de esa forma tan sucia, pero sólo para descubrir que todo era verdad. En ese momento también supe que mi padre lo había corrompido, que, de aquel hombre que yo conocía y del cual me sentía tremendamente orgullosa, no quedaba nada. Habíamos pasado tanto juntos de pequeños que, a pesar de nuestras diferencias, siempre nos habíamos apoyado mutuamente, y no podía creerme que él se hubiera prestado a todo aquello. Sin embargo, me explicó que, durante los años que había trabajado en la empresa antes

que yo, había empezado a descubrir todos los chanchullos de Diego Montalbo, y que había tenido que tomar una decisión: no le quedó más remedio que encubrirlos, para poder seguir con nuestro ritmo de vida, y no sucumbir al escándalo que nos daría de lleno y nos enterraría en la vergüenza más absoluta tanto a mi madre como a mí. También me enteré de la doble vida de mi querido padre, pues durante años había tenido diversas amantes, manteniéndolas en el tiempo. Todo eso provocó que aquel orgullo, aquel espejo en el que quería verme reflejada, se rompiera en mil pedazos.

Y apretando los dientes, levantó la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—Y cuando me enfrenté a él, tuvo la poca vergüenza de negarlo todo —siseó furiosa—. Comenzó a echarles la culpa a los demás, a tergiversar los hechos a su conveniencia, y ahí me di cuenta del verdadero monstruo que era. La venda se me cayó por completo de los ojos y sentí una enorme vergüenza de ser su hija, de llevar la misma sangre que el mentiroso y miserable que me había dado la vida. Ahí conocí al verdadero Diego Montalbo, el ambicioso, el embustero, el manipulador, el farsante que tenía engañado a todo el mundo. Por eso lo desprecio tanto.

Y secándose las lágrimas con rabia, finalizó.

—Lo odio por convertir mi vida en una mentira, por hacerme sentir sucia, indigna, por todos los años perdidos buscando su aprobación, su respeto, su cariño... y lograr que todo ese esfuerzo no sirviera para nada. ¿Lo entiendes ahora?

Él asintió con tristeza, y Noa levantó la cabeza para inspirar y expirar aire, tratando de tranquilizarse. Por fin se lo había dicho. Por fin le había contado la verdad. Su verdad.

—¡Humm... humm!

—Todavía no he terminado...

—¡Humm...! —protestó, rabioso porque lo soltara.

Alonso ya no aguantaba más, necesitaba libertad de movimientos para hacer lo que deseaba hacer, y que no podía por estar maniatado.

—Escúchame, Al...

—¡Humm...!

—¡Está bien, terco cabezota! —bufó molesta, mientras se secaba los ojos con el reverso de las manos—. Pero sólo te voy a quitar la mordaza. Necesito acabar lo que empecé, porque es importante para mí que lo sepas, y no voy a correr el riesgo de que salgas huyendo de aquí.

Dicho esto, se agachó hacia delante para desatar los extremos del cordón de su bata, anudados en la nuca de Alonso. Sin querer, rozó con sus pechos la cara de él, logrando que se tensara como la cuerda de una guitarra.

Cuando la boca de él quedó libre, se pasó la lengua por los labios resecos.

—Sé que estás enfadado conmigo, y con razón además, pero te ruego que me perdones...

—Suéltame, Noa.

—No, escúchame primero —terqueó, desesperada por convencerlo—. Sé qué

piensas lo peor de mí, que dije muchas veces que odiaba este lugar... pero no me quiero ir, Al. A pesar de todo lo que creas, te juro que... que... ¡Dios, ¿por dónde empezar?!

—Noa, suéltame.

—¡No! ¡No lo voy a hacer! —insistió enfadada, poniendo los brazos en jarras—. Es cierto que cuando mi padre me obligó a venir aquí me negué en redondo. También es cierto que al principio te odiaba, que quería irme, pero las cosas han cambiado.

Alonso no se atrevió siquiera a respirar, y ella volvió a apoyar las manos en su estómago, sin ser consciente en ningún momento del torbellino de emociones que él estaba sintiendo en ese instante.

—Es la primera vez en mi vida que me siento aceptada en un lugar por ser quien soy... que he hecho una verdadera amiga, que me siento valorada por mí misma, que creo que puedo cambiar las cosas, marcar la diferencia. Lo que te dije sobre ayudar con el dinero que mi abuela me dejó en herencia es cierto y lo mantengo. Quiero cambiar, quiero... quiero sentirme parte de un lugar, sentirme importante para alguien... encontrar un hogar, Al. Y... y... creo que éste es el sitio indicado.

Noa clavó su mirada en el rostro de él, implorándole con los ojos que la creyera. Necesitaba que la perdonara y confiara de nuevo en ella, que le diera otra oportunidad para demostrarle que podía volver a cambiar. Pero la expresión de él era inalterable.

—Suéltame.

Ella tuvo que girar la cabeza para que no viera el dolor que su respuesta le había hecho. No entendía por qué se estaba comportando de esa manera tan poco razonable. Le había confesado su dolor, le había abierto su corazón, y él lo estaba aplastando de forma cruel, pisoteándolo como si fuera una colilla. A punto estuvo de dejar escapar un sollozo, pero se tapó la boca a tiempo.

—Noa...

Ella inspiró con fuerza y, sacando valor de donde no lo tenía, lo interrumpió.

—Está bien. Si realmente eso es lo que quieres... —le contestó a la vez que se bajaba de encima de él y lo desataba de sus ligaduras—... me iré. Me rindo, no voy a seguir suplicando tu perdón otra vez. Lo he intentado, he puesto todo de mi parte par...

Y de repente se encontró debajo de Alonso, el cual la había agarrado desprevenida en cuanto tuvo las manos libres, para cambiar las posiciones y ponerse él esta vez encima de ella.

—Pero ¿qué haces? —inquirió atónita.

Éste se colocó mejor, atrapándola entre sus piernas y agarrándole las manos por encima de su cabeza.

—¿Por qué? —dijo Alonso con una expresión de reserva.

—¿A qué te refieres? —replicó ella sin entender su pregunta.

Él acercó más su cabeza y recorrió con los ojos su rostro, intentando encontrar la respuesta que estaba buscando con desesperación. Y con una extraña expresión en su

mirada, volvió a preguntar.

—¿Por qué quieres quedarte? ¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí?

Ella se revolvió, intentando zafarse de su agarre.

—¿Y para qué quieres saberlo? Si, total, a ti no te importa, ¿no? ¡Suéltame, Alonso! ¡Quiero irme! ¡Necesito salir de aquí!

—Contéstame, niñaata.

Y Noa se quedó paralizada al escuchar la urgencia en su voz. Tragó saliva sin saber muy bien lo que él quería saber y sin tener muy claro lo que ella quería llegar a admitir. Y con miedo en su mirada, le confesó.

—Porque me importas.

Alonso clavó su intensa mirada en ella, recorriendo su rostro, buscando una señal, un resquicio, cualquier signo que le hiciera sospechar que lo estaba engañando, que no era sincera. Y cuando estuvo completamente seguro de su franqueza, un gruñido subió por su garganta, mientras bajaba más la cabeza para atraparle los labios con su boca.

Su beso fue brutal, salvaje, desesperado. Llevaba tanto tiempo deseándolo que no fue capaz de retener su ansia por ella, por saborearla, por lamerla, por beber su dulce néctar.

«¡Dios santo! ¡Es tan perfecta!»

Noa no se quedó atrás, le respondió con el mismo ímpetu, con las mismas ganas y ansias de abandonarse a lo que sentía. Sus lenguas jugueteaban, reclamaban, gozaban... parecía que nunca tendrían suficiente el uno del otro. Cuando él abandonó su boca para besar su cuello, ella protestó por la pérdida y se agarró a su espalda, mientras arqueaba el cuerpo para que tuviera mejor acceso. Mientras tanto, su corazón latía desbocado con la firme creencia de que se le saldría por la boca, y cada poro de su piel se erizaba con el simple roce de los labios de Alonso, de su lengua... de su aliento.

Éste se recreaba en su delicioso sabor, reclamando cada porción de piel como un animal hambriento, degustando, inhalando, lamiendo y mordisqueando cada hueco, cada centímetro de ella.

De pronto, el hombre levantó la cabeza para mirarla directamente a los ojos, mientras aquietaba su respiración.

—Lo siento mucho, pequeña.

Noa lo contempló sin entender qué quería decir. Su cabeza, nublada por el deseo, no regía con la suficiente claridad como para comprender sus palabras. Y de pronto el pánico la embargó al imaginarse que se estaba arrepintiendo por ese súbito arrebató de pasión.

—¿Por... por qué?

Alonso se levantó, incómodo con él mismo. Ella acababa de contarle un hecho importante y doloroso de su vida, y en lo único que había pensado él era en sucumbir a su deseo. En cuanto contestó a su pregunta diciéndole que le importaba, todo lo

demás había quedado en un segundo plano. Su corazón había dado un vuelco en el pecho, y un sentimiento de plenitud y felicidad lo envolvió de tal forma que consiguió que olvidara por completo su promesa de no volver a besarla nunca más.

En ese instante, lo único que le importaba era sentirla, abrazarla, besarla. La necesitaba a ella. Sólo a ella.

—¡Porque soy un imbécil! —soltó, enfadado consigo mismo, mientras se sentaba en la silla donde la noche anterior le había entregado la piedra de oro, a la vez que escondía la cara entre sus manos.

Noa, abandonada en la cama, se sintió tremendamente mal. Tras incorporarse avergonzada, estaba dispuesta a irse de allí para no tener que pasar el mal trago de ser rechazada.

—Siento mucho por lo que te hicieron pasar esos hijos de puta —murmuró al fin, logrando que ella se parase al escuchar sus palabras—. Yo también lamento mi actitud contigo. Me arrepiento tanto de haberte juzgado sin conocerte...

Ella se giró, con los ojos humedecidos por la emoción.

—Entonces, ¿me crees?

Él se levantó como un resorte al oír su pregunta para acercarse a ella.

—¡Por supuesto que te creo! ¿Acaso lo dudabas?

Noa bajó la cabeza, turbada, y Alonso le agarró la barbilla con los dedos para que lo mirara a los ojos.

—¿Estoy perdonada? —le preguntó con una tímida sonrisa.

—¿Me perdonas tú a mí?

Ella se puso seria para confesarle con el corazón en la mano:

—Lo único que me importa es lo que tú pienses de mí.

Y él agarró su rostro para devorar esa boca con absoluta devoción.

Ambos se necesitaban, como dos almas errantes y lastimadas que buscaban un lugar en el mundo donde curar sus heridas. Los dos tan tercos y orgullosos, tan cabezotas y desconfiados, tan iguales a la vez que tan distintos, de mundos tan opuestos pero a la vez no tan lejanos. Dos corazones sangrantes a la caza del verdadero amor, latiendo al unísono a la espera de la persona adecuada. Y por fin, y aunque ellos no lo supieran, se habían encontrado.

Noa se aferró a él con las piernas debilitadas por el mundo de sensaciones que le hacía explorar. Su piel reaccionaba a cada caricia anhelante de cariño, en tanto su respiración entrecortada luchaba por coger aire. Respondió con entrega a cada roce, a cada beso; su cuerpo reaccionaba sin control alguno a lo que Alonso le hacía sentir.

Cuando él levantó despacio el dobladillo de su camisón para dejarla desnuda, supo que estaba en el sitio adecuado y con la persona adecuada. Y su pecho se hinchó de orgullo al ver la adoración con la que él la contemplaba.

El guía observó maravillado su cremosa piel, su exquisito cuerpo, sus deliciosos pechos, coronados por unos pezones rosados y pequeños que lo tentaban más allá de su cordura. Todo en ella era perfecto. Todo.

Y Noa, que había contenido la respiración mientras él la miraba embelesado, echó la cabeza hacia atrás dejando escapar un siseo, cuando Alonso atrapó entre sus dientes un rosado pezón y dio buena cuenta de él; lo degustó con fervor, a la vez que con su mano derecha libre acariciaba su espalda hasta llegar a su hermoso trasero en forma de corazón y lo agarraba mientras lo acercaba hacia su dolorosa erección.

Ésta no pudo evitar temblar bajo sus caricias, y con una mano clavó sus uñas en la espalda del hombre, mientras con la otra se agarraba a él con fuerza, miedosa de que las piernas le fallaran, en tanto dejaba escapar un trémulo jadeo.

—¡Por Dios, Al!

Alonso sonrió satisfecho por hacerla vibrar entre sus brazos. Llevaba tanto tiempo deseando ese momento que no podía creer que la tuviera allí, sólo para él. Se dio cuenta en ese instante de que no era un sueño, que aquello verdaderamente estaba ocurriendo, que era real. Total y completamente real.

Abandonó su pecho para agarrarla con ambas manos por su glorioso culo e izarla, logrando que ella se aferrara a él rodeándolo con las piernas por su cintura, para transportarla y depositarla con delicadeza en la cama. Cuando lo logró, se incorporó un segundo para despojarse de su calzoncillo y dejar expuesto, bajo su mirada, su miembro hinchado y excitado por ella y para ella.

Noa abrió un poco más los ojos al ver su erección, e inconscientemente se lamió los labios, satisfecha de ver lo que había provocado en él y constatar que, al menos, la encontraba deseable.

Alonso se acomodó entre sus piernas, abriéndolas con sus rodillas. Y ella no pudo evitar un leve jadeo al notar su miembro pulsando en el mismo centro de su ser.

Él paró y la miró a los ojos, esperando que se arrepintiera, dándole la oportunidad de dar marcha atrás, pero deseando en su fuero interno que eso no ocurriera. Y ella, segura por primera vez en su vida de que aquello era lo que quería, lo agarró del pelo para acercarlo y besarlo con pasión.

Mientras sus lenguas danzaban un baile frenético, Alonso acarició con una mano la pierna de ella, subiendo por su pantorrilla, marcando un camino hecho a fuego por sus dedos, para apartar su diminuto tanga y llegar hasta el húmedo y caliente sexo de Noa.

Acarició con ternura sus labios aterciopelados, humedeciendo los dedos con su esencia, hasta encontrar el pequeño botón que la hizo jadear de placer. Lo acarició muy suavemente, logrando que ella abriera más las piernas para que pudiera acceder mejor, a la vez que temblaba con su roce y su respiración se entrecortaba.

Mientras, Noa se retorció de deseo insatisfecho, sujetándolo con una mano del pelo a la vez que con la otra le clavaba las uñas en la espalda. Por un lado, Alonso la excitaba hasta el delirio con sus hábiles dedos, mientras que empujaba levemente su glande, haciéndole sentir esa carne dura y palpitante contra ella, para detenerse a continuación cuando estaba casi a punto de llegar al clímax, deseando que siguiera para poder liberarse, pero a la vez que se detuviera para poder disfrutar más de ese

momento. Necesitaba sentirlo, tenerlo dentro, que la llenara por completo.

—¡Ah!, ¿qué me estás haciendo? —balbuceó enardecida.

Y como si Alonso le hubiera leído el pensamiento, se incorporó para ponerse de rodillas entre sus piernas abiertas, a la vez que intentó despojarla de la única prenda que la cubría, cediendo la tela al final, y acabando rota y tirada en una esquina por su impaciencia.

Acercó su miembro duro y excitado como nunca antes había estado, para introducirse lentamente en ella.

—¡Dios mío! —masculló apretando los dientes con fuerza.

Y tuvo que parar un instante, pues estuvo a punto de correrse. Y mientras estaba dentro de ella, se inclinó un poco para besarla de nuevo, pues necesitaba unos minutos para no acabar tan pronto con aquel maravilloso momento. Se tomó su tiempo, disfrutando de Noa, acariciándola, haciéndola vibrar, a la vez que memorizaba cada recoveco, cada centímetro de su cuerpo. Descubrió la suavidad de su piel, su exquisita fragancia y cómo toda ella temblaba cuando pasaba su húmeda lengua marcándola a fuego, o cómo jadeaba estremecida por sus besos.

Mientras tanto, ella, sintiéndose llena y completa, necesitaba más, por lo que agarró su trasero, empujando con sus manos para que se introdujera más profundo en ella, a la vez que alzaba las caderas para recibirlo por completo.

Éste gruñó, al sentir un espasmo de placer recorrerlo de arriba abajo, y no pudo evitar volver a empujar.

—¡No pares! —suplicó Noa.

Y Alonso acercó la cara a su oído mientras se enterraba más en su cuerpo.

—¡Me estás matando, niñata!

Un gruñido se escapó de su garganta cuando volvió a embestir una y otra vez, en tanto Noa le seguía el ritmo jadeando con cada envite. Le elevó los brazos por encima de su cabeza, atrapando sus manos entre las suyas, mientras acompañaban sus movimientos y la besaba con pasión, hasta que ambos llegaron juntos al orgasmo, para caer rendidos en la cama a continuación.

Cuando sus respiraciones se aquietaron, y sus corazones comenzaron a latir con normalidad, los dos se metieron en la cama para quedar abrazados el uno al otro.

Minutos después, todavía seguían abrazados, disfrutando y rememorando el increíble momento vivido. Ambos sentían que lo que había ocurrido entre ellos había sido especial, que nunca antes habían experimentado nada parecido con nadie. Pero sus miedos volvieron inquebrantables nuevamente a ellos, haciéndoles dudar el uno del otro. Todavía era demasiado reciente su relación para abrirse por completo y confesar sus sentimientos. Necesitaban tiempo para saber hasta dónde les llevaría eso que sentían el uno por el otro, para descubrir si realmente era lo suficientemente fuerte y sincero como para darse una oportunidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —solicitó Alonso muerto de la curiosidad y, por qué no decirlo, de celos también.

Noa, totalmente satisfecha y con la cabeza apoyada en su hombro, mientras dibujaba imaginarios círculos en su pecho, a la vez que él le acariciaba el brazo delicadamente con sus dedos, le contestó.

—Claro.

—¿Sigues enamorada del tal Francisco?

Ella sonrió más si cabe, complacida al notar la tirantez de los celos en sus palabras.

—No. Nunca lo estuve. En realidad mereció la pena descubrir todo el engaño, porque fue un inmenso alivio poder cortar con esa relación que me hubiera hecho totalmente infeliz.

Dicho esto, levantó el rostro para encontrarse con la mirada de Alonso, la cual demostraba alivio a la vez que preocupación.

—¿Y qué me dices de Daniel?

Y éste advirtió con pesar cómo ella se tensaba ante la pregunta.

—¿Daniel? —inquirió, sorprendida de que saliera ese nombre a la luz en esos momentos.

—Ajá. Mencionaste su nombre cuando te quedaste en estado de *shock* la noche que Derek te atacó.

Noa se puso a la defensiva y bajó la mirada para que no viera lo mucho que le dolía todavía. Aún no estaba preparada para hablar de su hermano. Sabía que tendría que afrontarlo más tarde o más temprano, pero no entonces. No después de lo que había ocurrido entre ellos esa noche. Hacía mucho tiempo que no se sentía así de bien, y necesitaba saborearlo, recrearse en ese mágico momento ocurrido entre ambos que la había hecho tan feliz.

—No quiero hablar de Daniel ahora —señaló con una nota de tristeza en sus palabras—. Todavía me hace daño pensar en él.

Alonso sintió una punzada de desilusión ante el hecho de que ella le ocultara cosas de su pasado, a la vez que un regusto amargo de celos le subía por la garganta al pensar que ese individuo todavía era alguien importante en su vida. Sabía que no tenía derecho alguno a sentirse así, pues ambos tenían una vida anterior antes de conocerse, pero ridículamente no podía evitar sentir esa molesta sensación.

Él quería ser el único hombre importante en su vida. El único que le quitara el sueño y el aliento. Y se sorprendió por sentir ese sentimiento de posesión, esos celos desmedidos, que nunca antes había experimentado por nadie más.

—Está bien, como quieras —respondió soltando un suspiro y besándole la coronilla a continuación.

Y se quedaron abrazados hasta que, al fin, los venció el sueño.

Capítulo 21

Cuando Alonso se despertó, todavía no había amanecido, aún faltaban unos minutos para tener que levantarse e ir con Shukrani a hacer la ronda por los poblados cercanos.

Advirtió, maravillado, cómo el calor del cuerpo de Noa lo atraía como un imán, y se acercó a ella, que dormía plácidamente dándole la espalda. Inhaló el exquisito aroma de su pelo y no pudo evitar la tentación de besar su piel. Lo que empezó como un simple beso en el hombro, acabó en unas ganas irremediables de volver a hacerle el amor, por lo que se levantó un momento de la cama para regresar a continuación y colocarse, esta vez sí, el condón que no se había puesto unas horas antes, enardecido por la pasión que Noa despertaba en él. Lo volvía tan loco que la vez anterior se había olvidado de ponérselo, siendo la primera y única ocasión en que le había pasado algo semejante. Se dijo que, contrariamente a lo que pudiera imaginar, si ella se quedaba embarazada por ese desliz, no sería un disgusto muy grande para él... por lo que sonrió, al imaginarse a un hijo suyo correteando por allí, con un espíritu salvaje y rebelde como el de su madre.

Pero en ese instante, concentrado en su propósito y con los deberes hechos, prosiguió con suaves y delicados mordiscos por su omóplato, besando a continuación su cuello, lamiendo el lóbulo de la oreja, mientras comenzaba a hacerle tiernas caricias en los pechos, logrando con ello arrancarle suspiros de placer. Su pene, preparado y dispuesto, deseaba ser acogido en el interior de ella, pero se conformaba de momento con restregarse en su *sexy* trasero en forma de corazón, recibiendo con cada roce, con cada fricción, miles de descargas placenteras que le subían por los testículos hasta llegar a los riñones. No sabía si seguía dormida, pero pequeños jadeos salían de su boca con cada caricia que él le proporcionaba, acelerando su respiración y los latidos de su corazón.

Alonso bajó la mano por su estómago hasta llegar a su entrepierna, consiguiendo que Noa abriera la boca y dejara escapar un gemido, para después abrirse paso hasta llegar a su anhelante sexo humedecido. Descubrió con satisfacción que estaba igual de preparada que él, y no perdió tiempo en separarle las piernas para que su miembro duro y excitado buscara el camino ansiado y se introdujese en ella, siendo bien recibido.

—¡Por Dios, Al! —balbuceó a duras penas.

A pesar de estar tomándola por detrás, ambos se amoldaban a la perfección, alcanzando a retener el aire en los pulmones al sentir ese mágico acoplamiento entre ellos. Era como si sus cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro, como si hubieran estado esperándose, reconociendo al instante que se pertenecían, con una sensación llena de plenitud y de haber llegado por fin a casa.

Alonso agarró la pierna de Noa para pasarla por encima de la de él, para tenerla más accesible y poder acariciar con su mano libre su centro tembloroso y excitado. Se retiró para volver a introducirse de nuevo en una suave embestida, a la vez que con su dedo corazón encontraba el clítoris, hinchado y sensible, para acariciarlo delicadamente. Lo hizo una y otra vez, cada vez más fuerte y profundo, acompañando los envites con el masaje a su excitado botón, arrancando gemidos y gruñidos con cada acometida, hasta que Noa tuvo el orgasmo más asombroso de su vida, seguido por él instantes después.

—Ha sido increíble —susurró, todavía recuperando el aliento.

—Lo sé —se vanaglorió él con una sonrisa bailándole en la comisura de los labios.

Todavía seguían unidos, recobrándose del momento vivido, y ella giró la cabeza para observar su sonrisa fanfarrona.

—¡Oye, Tarzán de pacotilla, no te lo tengas tan creído! Me pillaste soñando con un guapo actor de una serie que... ¡Aah...! —se interrumpió cuando Alonso presionó con su miembro nuevamente, logrando un espasmo de placer.

—¿Decías? —preguntó irónico.

Pues, a pesar de que ya estaba empezando a quedarse flácido, su pene todavía seguía lo suficientemente firme como para que ella lo sintiera.

—¿Yo? ¿Estaba diciendo algo? ¡Ni me acuerdo!

Y atrapó con sus dientes el labio inferior del guía, y éste le respondió con un apasionado beso.

Minutos después, estaba paseándose desnudo por la tienda buscando ropa limpia. Tenía que pegarse una ducha rápida o se les iba a hacer tarde tanto a él como a Shukrani para la visita a los enfermos.

—¿A dónde vas? —le preguntó Noa, mientras se estiraba, ronroneando completamente satisfecha.

—Tenemos que repartir los medicamentos por los poblados cercanos. ¿Quieres venir?

—Claro, cuando tú acabes me meto yo en la ducha.

—Podemos ducharnos juntos —insinuó con picardía.

Ella, que estaba bostezando, cortó con esfuerzo el impulso involuntario para mirarlo directamente sorprendida.

—¿Todavía no te has quedado saciado?

Él se acercó a la cama y, agachándose, le plantó un húmedo y tórrido beso para confesarle a continuación:

—No creo que sea posible que quede nunca saciado de ti.

Y, costándole trabajo separarse de ella, se metió debajo del agua, o esa mañana no saldrían de la cama. Cuando minutos después salió limpio y fresco, se la encontró profundamente dormida, por lo que decidió no despertarla, pero le dio un tierno beso en la frente antes de partir.

Horas después, Noa se encontraba subida en el *jeep*, sentada al lado de Martín y su mujer como en los últimos días, pero con una estúpida sonrisilla permanente en su semblante. Durante el camino al parque nacional Hell's Gate, o Puerta del Infierno, Alexia no pudo aguantar más la curiosidad de saber qué había pasado entre ella y el guía, por lo que, algo avergonzada por su indiscreción, se atrevió a preguntarle.

—¿Todo bien, Noa?

Ésta se giró, dedicándole una radiante sonrisa.

—Sí. Seguí tu consejo, y la verdad es que no puedo más que agradecerte tus palabras. Pude aclarar mis diferencias con Alonso y... —aquí se paró, ruborizándose intensamente—... y, bueno, llegar al fin a un entendimiento.

—No sabes cuánto me alegro, cielo —le contestó, tremendamente satisfecha—. Juntos hacéis una linda pareja.

—Gracias.

Satisfecha su curiosidad, Alexia aparcó el tema para comentar el maravilloso día que les esperaba, según el itinerario previsto. Cuando llegaron al parque, Shukrani y Yaawar se llevaron los coches hacia el lugar de encuentro donde comerían ese día, mientras que, con Alonso al frente, alquilaron unas bicicletas e hicieron el camino subidos en ellas. El Hell's Gate, situado en el corazón del Valle del Rift, se encontraba entre el monte Longonot y el lago Naivasha. Los dos volcanes extintos y la actividad geotérmica de la zona daban nombre a ese parque nacional, rodeado por enormes acantilados de más de cien metros de altura. Famoso por sus géiseres, y por su capacidad para poder moverse a pie o en bicicleta, era un parque ideal para familias, ya que además podías realizar actividades como senderismo y escalada, disfrutando de la observación de los animales desde una perspectiva distinta. Gracias a poder interactuar libremente sin el *jeep* de por medio, y sin ningún otro tipo de restricción, llegabas a una comunión distinta con el medio tanto animal como ambiental, al tener la sensación de soledad y desprotección ante ellos.

El camino en bicicleta fue tan sólo de ocho kilómetros, hasta llegar a la Garganta del Infierno, donde los esperaba el delicioso almuerzo. Durante el trayecto pudieron observar a una tímida manada de cebras. Noa, empujada por un impulso, intentó acercarse a éstas, descubriendo que la mayoría de ellas se alejaban corriendo, pero que algunas más temerarias no se inmutaban con su presencia. No obstante, acobardada en el último momento, no se atrevió a aproximarse más... por eso y por los gritos descomunales que fue pegando Alonso, cuando advirtió su imprudente acción, entrando en pánico al temer que alguna pudiera darle una coz o una buena mordida.

El resto del paseo transcurrió con tranquilidad, no sin antes hacerle prometer que no iba a volver a cometer ninguna estupidez más. Contemplaron extasiados a una pareja de jirafas con su cría; a una pequeña familia de pumbas, a los que no pudieron dejar de gritar «Hakuna Matata» cada vez que los veían, y a los búfalos, mirándolos,

parados, de forma intimidante, mientras las gacelas alzaban las orejas expectantes, para salir corriendo en cuanto se sentían amenazadas.

Después de comer se dirigieron en coche al parque nacional Monte Longonot y recorrieron sus hermosos parajes hasta llegar a las orillas del lago Naivasha, donde disfrutarían de un breve safari en bote por sus aguas dulces, habitadas por infinidad de aves, como las águilas pescadoras, y un considerable número de hipopótamos y cocodrilos.

Mientras los demás pasajeros subían a los botes que había alquilado para esa breve excursión, Alonso aprovechó el momento para agarrar a Noa de la mano y buscar algo de privacidad entre los coches, para después no resistirse a la tentación de robarle un beso apasionado.

—¡Humm...! —ronroneó colgada de su cuello, con la espalda apoyada en el *jeep*—. Tenemos que hacer esto más a menudo.

El guía, con las manos a los lados de su cabeza y apoyadas en la puerta del vehículo, se separó con reticencia para soltar a continuación un largo suspiro.

—No sabes las ganas que tenía de hacerlo. Llevo todo el día pensando sólo en besarte —confesó, para volver a hacerlo brevemente y apoyar después la frente en la suya, a la vez que ella enroscaba los dedos en su cabello.

—Y yo, deseando que lo hicieras.

Él soltó un gruñido, dispuesto a atrapar entre sus dientes el labio inferior de su boca. Tiró suavemente de él, para después lamer despacio el de arriba, hasta que introdujo su lengua para poder saborearla a conciencia.

Se separó con la respiración agitada cuando oyó que Shukrani lo llamaba, y maldijo por lo bajo por la interrupción de su empleado.

—Escúchame, Noa, necesito que me prometas una cosa.

—Lo que quieras —le dijo abriendo los ojos y volviendo al presente.

—Prométeme que no harás ninguna tontería en la barca. Este lago está lleno de hipopótamos y cocodrilos, y no puedo estar pendiente de ti en todo momento, por lo que te ruego que no intentes acariciar ninguno o meter la mano bajo el agua.

—¿Acaso no te fías de mí? —preguntó con voz melosa y una sonrisa pícara.

—Lo siento, cariño, pero, tras tu largo historial de meteduras de pata desde que has llegado a este país, es lógico que no confíe en tu buen juicio respecto a salvaguardar tu integridad física.

Noa entrecerró los ojos y borró la sonrisa pícara de su cara.

—¿Me estás llamando inconsciente?

—Entre otras cosas —contestó sonriendo con arrogancia.

—¡Oh, muy bonito, Alonso Rivas! ¡Muy boni...!

Interrumpió su perorata con otro beso, haciéndola callar. Y cuando la voz del *ranger* se fue acercando, salieron de detrás de los vehículos para continuar con el paseo por el lago.

Después de finalizar el recorrido, se dirigieron al nuevo campamento, donde

podieron disfrutar de una refrescante ducha y una romántica cena, completada con una impresionante puesta de sol.

Cuando se acostaron juntos esa noche, volvieron a hacer el amor de forma lenta y ardiente, disfrutando de cada momento, de cada caricia, de cada susurro y de cada mirada entre ellos. Se dijeron lo que sentían sin expresarlo con palabras, como si ambos dominaran la telepatía, y desearon internamente que aquel safari no se acabara nunca.

Al día siguiente se levantaron para recorrer la extraordinaria reserva nacional Masai Mara, de suaves colinas ondulantes tapizadas de hierba, repleta de acacias desperdigadas por el extenso territorio y miradores de excepción para los guepardos. La reserva estaba atravesada por el agua chocolateada del río Mara, hervidero de rebosante fauna e hipopótamos chapoteando y protegiendo a sus crías, y hogar de la tan conocida tribu de pastores nómadas, y antaño temidos guerreros que daban nombre al lugar.

Esa jornada tenían programado visitar el poblado de una de las tribus afincadas por aquel paradisíaco paraje, siendo testigos de excepción del día a día de uno de los moradores más únicos e insólitos de la cultura africana. Todos los viajeros, incluida Noa, esperaban, expectantes, ser testigos de sus rutinas y tradiciones, y poder ver con sus propios ojos cómo estaban completamente adaptados a aquel rústico ambiente, alejados de cualquier avance o comodidad propios del siglo XXI.

La aldea a la que llegaron era una de las más alejadas de las rutas turísticas de la mayoría de safaris, por lo que sus habitantes los recibieron con amabilidad, pero también con una cierta reticencia, pues no querían ser considerados monos de feria. Habían llegado a un acuerdo con Alonso, el cual les entregaba medicinas gratuitas a cambio de una experiencia genuina de su cotidiana vida en medio de la sabana africana.

Fueron recibidos por los hombres, que acababan de llegar de hacer pastar al ganado y lo estaban encerrando en sus corrales, hechos de espinas, ramas, y matorrales, para protegerlos de los ataques nocturnos de cualquier fiera hambrienta.

Mientras los hombres ejecutaban su danza de bienvenida, Noa advirtió por el rabillo del ojo, a lo lejos, a una niña no mayor de tres años, desnuda y sola, llorando desconsolada en el suelo. Con el corazón partido, se acercó a ella para intentar consolarla.

A la cría se la notaba escuálida y demacrada, con el típico vientre hinchado por la desnutrición. Cuando se agachó con un pañuelo de papel para limpiarle los mocos y la suciedad de la cara, ésta comenzó a gritar más fuerte, asustada al verla.

Enseguida unas mujeres de la tribu se acercaron chillando y haciendo aspavientos, para alejarla de la cría y evitar que la tocara. Noa, desconcertada, no entendía lo que aquellas mujeres querían decirle; sólo reparó, asombrada, en cómo

nadie iba en auxilio de la pequeña, dejándola nuevamente llorando, apartada e ignorada por todo el mundo menos por ella.

Tras advertir el escándalo que estaban formando, algunos hombres se acercaron para ver qué ocurría, entre ellos Alonso.

—¡Por Dios santo, Noa! ¿Qué parte de «no te metas en líos» no entiendes? —susurró cuando llegó a su altura.

—Si meterme en líos es acudir al llanto desgarrado de una niña, es cierto, soy culpable —se defendió—, pero no he podido evitar atender a esta pobre criatura abandonada aquí. ¿Dónde está su madre? —preguntó buscando con la mirada a la mujer que debería correr en auxilio de la pequeña.

—No lo sé —respondió el guía entre el barullo formado—. Déjame averiguar qué ocurre aquí.

Luego preguntó en su idioma, dirigiéndose directamente al líder de la tribu. Éste empezó a hablar en un tono de enfado, mientras señalaba a Noa y los demás la miraban irritados.

De repente, ésta advirtió cómo la niña se recostaba en el suelo, convulsionándose de forma violenta, con los ojos en blanco, y empezaba a espumar por la boca.

—¡Alonso! —gritó para advertirlo de lo que sucedía.

El guía dejó de hablar inmediatamente con el líder del clan, para acercarse a la pequeña, que sufría espasmos descontrolados. Entre todos intentaron impedir que Noa hiciese lo mismo, pero ella logró zafarse para ayudarlo, al ver que nadie del poblado se acercaba en auxilio de la criatura. Cuando los demás viajeros se aproximaron, alertados por los gritos, los aldeanos les impidieron unirse a ellos.

—¿Qué le pasa? —inquirió alarmada por el aspecto de la pequeña, arrodillándose a su lado.

—Creo que está sufriendo un cuadro epiléptico. No es conveniente moverla, pero, viendo la reacción de los demás, es mejor alejarla de aquí —la informó mientras la agarraba en brazos y se la llevaba dentro de una choza.

Pensativa, Noa arrugó el ceño, pero no lo detuvo y lo siguió dentro.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó preocupada, pues la cría todavía seguía convulsionando.

—Sujétala un momento y procura que no se gire —le pidió Alonso mientras se quitaba la camisa.

Había colocado a la pequeña en una postura de decúbito lateral, y depositó su ropa doblada debajo de su cabeza, para que no se hiciera daño en ella con los espasmos involuntarios.

—¿No sería conveniente ponerle algo en la boca para que no se mordiese la lengua? —sugirió angustiada.

—No. Lo mejor es esperar a que le pasen los temblores por sí solos.

—Voy a llamar a Shukrani, tenemos que llevarla a un hospital.

—Es inútil, no hay un hospital a kilómetros a la redonda —la informó mientras

observaba su reloj—. Tranquila, todo va a salir bien.

—¿Cómo voy a estar tranquila, Alonso? Esta pequeña necesita ayuda —respondió, asombrada por su sangre fría—. Deberíamos buscar un médico. Deberíamos...

—Yo soy médico, Noa, ¿de acuerdo? —la interrumpió bruscamente—, y sé perfectamente lo que estoy haciendo. Si las convulsiones no le pasan en cinco minutos, le pondré un leve sedante, y entonces sí valoraré la posibilidad de llevarla a un hospital.

—¿Eres médico? —preguntó desconcertada, mirándolo con los ojos como platos—. ¿Por qué...? ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Ahora no. Ya tendremos esta conversación más tarde, éste no es el momento.

—De acuerdo —cedió sabiendo que tenía razón—. ¿Qué hacemos entonces?

—De momento, observar cómo evoluciona.

—Vale.

Ambos se quedaron a la vera de la niña, rezando para que todo saliera bien. Al poco tiempo se tranquilizó, despertándose confundida y desorientada, y Alonso, al advertir la alarma de Noa, le aclaró que era algo completamente normal. En cuanto se recuperó casi por completo, la pequeña empezó a llorar desconsoladamente, y él salió de la choza después de volverse a poner la camisa, para regresar al poco rato con un sándwich que había cogido de los que habían sobrado al mediodía. Primero le dio de beber y, cuando se cercioró de que admitía el líquido sin problemas, le ofreció la comida. Repararon en que, en un primer intento, la niña se negaba a probar bocado, escupiendo los pequeños trozos que le metían en la boca, pero después, cuando las papilas gustativas degustaron los distintos sabores, comenzó a devorar el alimento con ansia, calmándola por completo.

—Pobrecita, estaba muerta de hambre —señaló Noa, apiadándose de la criatura—. ¿Por qué no sales y preguntas por la madre mientras yo me quedo con ella? —sugirió mientras la aseaba un poco con una gasa limpia y suero fisiológico.

Alonso asintió con la cabeza y, cuando se dirigía hacia la puerta, se paró un instante para observar cómo ella tranquilizaba a la pequeña. Y una orgullosa sonrisa asomó a su semblante, al contemplar el trato tan tierno que le dispensaba.

Pero su gesto había cambiado por completo cuando entró minutos más tarde, haciendo que Noa arrugase el ceño, preocupada por su rostro enfadado.

—Es mejor que nos vayamos —espetó molesto.

—¿Por qué? ¿Dónde está la madre?

—La niña no tiene madre.

—Pues, ¿dónde está la persona que cuida de ella?

Alonso se frotó la nuca con impaciencia, para soltar un taco a continuación, consiguiendo el desconcierto de Noa.

—¿Qué pasa, Al?

—Pasa que a veces me gustaría coger a esos hombres y mujeres y su ignorancia y

patearles el culo hasta que entraran en razón.

—¿Por qué? —preguntó, cada vez más confusa.

—Porque esta preciosa criatura no tiene a nadie que la cuide. Su madre murió hace varias semanas, y le echan la culpa a ella, porque por lo visto se quedó embarazada de una relación clandestina con un hombre de una tribu rival y creen que, como castigo, nació la niña, que según ellos es la reencarnación del mismo demonio.

—¿Cómo pueden decir algo semejante? Ella no tiene culpa de nada.

—Eso ya lo sé, pero ellos no piensan lo mismo. Le tienen tanto miedo que no han tenido el valor de deshacerse de ella, por lo que la dejan abandonada por el poblado, tirándole la comida como a los perros, por temor a que su ira acabe con ellos o su ganado. Creen que sus ataques son maldiciones que la cría les lanza cuando entra en trance y se comunica con otros demonios como ella.

—¡Dios mío! —exclamó Noa, descompuesta, tapándose la boca, anonadada.

—Nos han pedido que nos marchemos, tras dejar claro, además, que ya no seremos bien recibidos nunca más, por tener trato con demonios y espíritus malignos.

—Muy bien —soltó decidida, cogiendo a la chiquilla en brazos, quien empezó a llorar al instante.

—¿Qué haces?

—Lo que tú has dicho. Nos vamos.

—Pero... ¡Espera, Noa! —exclamó alarmado al verla salir resuelta de la choza.

Cuando apareció con la pequeña en brazos, los aldeanos dieron un paso atrás, alejándose de ambas, para después prorrumpir, mediante palabras y gestos, diversas amenazas; aunque ella no las entendía, se veía a la legua lo que eran.

—Diles que, si ellos no la quieren, yo sí —comunicó cuando llegó a su lado—; se viene conmigo.

—¡Estás loca! —masculló Alonso, agarrándola por el brazo y girando para darle a los demás la espalda—. Ella no es un souvenir que puedas llevarte en el bolsillo.

—No soy idiota, Alonso, y nunca he estado más cuerda que ahora —terqueó enérgica, en tanto acunaba a la cría, que seguía llorando.

—Escúchame, Noa. En primer lugar, no sé si estarán dispuestos a dejar que te la lleves —le explicó intentando que entrara en razón—. En segundo lugar, no creo que tengas muy claro cuáles son las implicaciones que conlleva cuidar de una niña tan pequeña. No es un perro que puedas dejar en una perrera cuando te aburras de ella. Si decides llevarla contigo, te tendrás que hacer cargo, además de responsabilizarte íntegramente de su bienestar. Y, por supuesto, arreglar todo el papeleo para adoptarla legalmente y no tener problemas con las autoridades en el futuro. Creo que no hace falta que te explique lo que significa cuidar y educar a un hijo. Un hijo que, por otra parte, no es tuyo —recalcó.

Observó cómo tragaba saliva con dificultad, para al instante siguiente levantar el mentón con obstinación.

—De acuerdo. Cualquier cosa con tal de no dejarla ni un minuto más con estos

energúmenos.

—Noa...

—Estoy decidida, Alonso. No podría dormir tranquila sabiendo que la están matando de hambre y que la tratan peor que a un animal. No voy a abandonarla a su suerte. No con ellos. Cuidaré de ella, ¡te lo juro!

—Pero si no puedes cuidar ni de ti misma —se lamentó el guía, desquiciado, cuando no fue capaz de hacerla entrar en razón.

—Piensa lo que quieras, pero no voy a cambiar de opinión. Dales lo que te pidan, pagaré lo que sea necesario.

Él la fulminó con la mirada, para después maldecir entre dientes cuando se dio cuenta de que no se iba a bajar del burro. Habló con el jefe de la tribu, quien estuvo encantado de que se la llevaran. Quedó con él en que volverían en unos meses, cuando tuvieran los papeles de la adopción de la pequeña, para no tener problemas por ambas partes. Luego se dirigieron hacia los *jeeps*, donde estaban los demás pasajeros esperando, apartados y confusos, su regreso.

Cuando Noa y Alonso aclararon lo que había sucedido, todas las mujeres, sin excepción, se ofrecieron a ayudarla durante el tiempo que durara el viaje de vuelta. Esa noche, tanto ella como Alexia, pues en realidad no hacía falta nadie más, se ocuparon de bañar a la pequeña y limpiarle toda la mugre que tenía encima. Tuvieron que raparle la cabeza al cero, pues estaba infestada de piojos. Tras darle de comer y hacerla dormir, pudieron contemplar, orgullosas, su trabajo sentadas en el suelo, incrédulas de lo que la pobre criatura había pasado.

—Se me encoge el corazón sólo de pensar que alguien pudiera tratar así a mi bebé o a Lucas. Te juro que, por mucho que lo intento, no logro comprender cómo alguien puede actuar así con un ángel como éste —habló Alexia, acariciándose la barriga que crecía poco a poco, con una vida en su interior.

—Yo tampoco lo entiendo.

La otra mujer giró su cabeza para mirarla extrañada, por la nota de pánico en la voz de Noa.

—¿Qué te ocurre, cielo?

—¿Qué he hecho, Álex? —preguntó asustada—. No sé cómo se llama, ni tan siquiera si tiene nombre. ¿Y si Alonso tiene razón y no sé cuidarla? ¿Y si me he precipitado y he tomado una decisión equivocada? ¿Y si no estoy preparada para asumir una responsabilidad tan grande? ¿Y si...?

—¡Chist... tranquila, cariño! —intentó calmarla, abrazándola.

—Estoy muerta de miedo.

—Es normal, ¿acaso te crees que yo no?

Y sonrió con alegría cuando su amiga la miró como un gatito asustado.

—Pero estoy completamente convencida de que serás una madre maravillosa si te lo propones.

Noa se colocó unos mechones de pelo detrás de las orejas, mientras contemplaba

cómo su amiga se acariciaba el vientre de nuevo.

—Tú también lo vas a ser —le contestó algo más tranquila.

—Lo sé. Pero eso no significa que no tenga un millón de dudas y miedos. Acostúmbrate, cielo: a partir de ahora tu vida va a ser un sinvivir.

—¡Madre mía...! ¡Madre mía...! —susurró Noa, frotándose la frente con una mano, asumiendo poco a poco lo que le esperaba.

Y Alexia no pudo evitar soltar una carcajada, que sofocó enseguida llevándose las manos a la boca, temerosa de haber despertado a la pequeña.

Tiempo después, Alonso entró en su tienda para toparse, sorprendido, con Noa durmiendo en su cama. Desde que habían llegado al campamento, no había vuelto a verla hasta ese instante. Sabía que tanto Alexia como ella se estaban ocupando de la cría, pero pensaba que lo habrían hecho en la tienda que supuestamente le pertenecía. Cenó solo, cavilando sobre los acontecimientos acaecidos ese día y en las consecuencias que conllevaban la decisión adquirida por ella, sopesando si había sido acertado haber dejado que la tomara.

Por un lado, la admiraba por su valentía. Tenía que admitir que estaba hecha de una pasta especial por asumir un compromiso tan grande y difícil como ése, pensando únicamente en el bienestar de la pequeña y nada más, sin tener en cuenta los sacrificios y dificultades con los que tendría que lidiar a partir de entonces.

Por otro lado, temía que la determinación que había asumido la superara, al no tener experiencia alguna sobre ello. No era tan sencillo hacerse cargo de la vida de otro ser humano de la noche a la mañana, por muy buenas intenciones que tuviera.

Pero también era cierto que él no podría volver a dormir tranquilo sabiendo que dejaba a una criatura totalmente indefensa en unas condiciones tan pésimas como aquéllas. Como médico, sabía que la vida de la criatura corría peligro si no se tomaban medidas urgentes, pues el estado de desnutrición y su salud eran alarmantes, y no iría a mejor si no recibía unos cuidados mínimos que garantizaran su higiene y bienestar.

A pesar de todo el tiempo que llevaba viviendo en ese país, y de tener que tomar algunas decisiones difíciles, por respetar las costumbres y tradiciones de sus habitantes, nunca se acostumbraría a situaciones tan absurdas como las vividas ese día, ya que su mentalidad occidental no lograba comprender algunos actos que para él eran, a todas luces, crueles y sin sentido.

Todo ese revoltijo de pensamientos y emociones encontradas habían estado sobrevolando su cabeza, sin llegar a un acuerdo concreto. Pero ahora nada de eso importaba. Lo único en lo que pensaba era en acostarse al lado de esa compleja y sorprendente mujer, y descubrir más cosas sobre ella que lo dejaran confuso como esa tarde. Pues, ¿quién le iba a decir que la niñata que hacía poco menos de un mes había llegado a ese lugar podría sorprenderlo de tal manera? Definitivamente, Noa era una

caja de sorpresas. Una caja a la que estaba deseando echar un buen vistazo, para ver qué más podía descubrir.

—¿Qué haces?! —susurró ésta, cuando se arrimó a ella para despertarla con besos en el cuello, y frotamientos de su excitado y duro pene.

—¿Tú qué crees? —inquirió con la voz ronca por el deseo, en tanto le agarraba uno de sus pequeños senos para acariciarlo.

—Pues estate quieto, porque vas a despertar a la niña.

—¿Qué?! —preguntó sorprendido.

—No tienes ni idea de lo que me costó dormirla, así que, ¡las manos fuera del pan! —sentenció molesta.

«¡Maldita sea!», maldijo mentalmente, mientras se alejaba de ella y se pasaba, frustrado, la mano por la cara.

Ésa sí que era una sorpresa con la que no contaba.

Capítulo 22

Tal y como estaba, no podía permanecer más tiempo en la cama, así que Alonso se levantó para poder tomar un poco el aire y bajar el calentón que en ese momento sufría. Cuando salió al exterior, se dirigió a la mesa donde minutos antes había cenado y, soltando un fuerte suspiro, se dejó caer en la silla.

Tanto el cocinero, Yaawar, como sus ayudantes estaban a punto de terminar de recogerlo todo, pero, después del último intento fallido, decidieron no acercarse para preguntarle si necesitaba algo. Así que, al poco rato, se quedó solo, contemplando la luna llena mientras su cabeza no paraba de dar vueltas.

—¿Estás enfadado conmigo? —le preguntó Noa acercándose por detrás, para abrazarlo por la espalda segundos después.

—¿¡Qué?! —preguntó sorprendido, pues no esperaba su aparición.

—Sé que debí avisarte, pero no estaba muy segura de qué hacer. Tengo miedo de que le dé otro ataque y yo no esté cerca para cuidarla. Y estaba tan concentrada observando su pequeña cara que me quedé dormida —se disculpó.

—No, claro que no estoy enfadado —le aclaró mientras la agarraba de la mano para sentarla encima de sus piernas—. Es sólo que no me esperaba encontraros a las dos durmiendo en mi cama.

Ella se acomodó y pasó los brazos por su cuello, y clavó su mirada en la de él para saber si estaba siendo sincero.

—¿En serio no la viste? Es verdad que es pequeña, pero...

—Entré a hurtadillas porque no había ninguna luz encendida Noa; por tanto, supuse que estabas dormida. Y al estar de lado, tu cuerpo tapaba el de ella, a pesar de la claridad de los candiles exteriores. Y, para ser sinceros, mi mente estaba pensando en algo completamente distinto como para recordar que la chiquilla estaba durmiendo contigo.

Ésta sonrió al imaginarse su sorpresa y la decepción que debió de sufrir al frustrarse sus planes.

—Lo siento —se disculpó sonriendo pícaramente.

El guía la observó un segundo, para al siguiente invadir su boca y besarla con pasión, soltando un pequeño lamento cuando minutos después la abandonó a regañadientes.

—Para mí todo esto también es nuevo, Al, y tengo que acostumbrarme a ello igual que tú —admitió pesarosa, después de recuperar el aliento—. No dispongo de una cuna u otra cama para ella, y no pienso dejarla sola en otra tienda y que se despierte en medio de la noche asustada.

—Lo sé —aceptó, sintiéndose fatal por haber deseado momentos antes que la pequeña no estuviera allí.

—A no ser que me mude nuevamente y te devuelva la tienda para ti solo, si es lo que realmente quieres.

—No creo que haga falta hacer eso.

Ella, bajando los ojos para que no viera lo mucho que le dolía, le confesó a continuación.

—A pesar de todo, quiero que sepas que, si esto representa un problema para ti... yo... yo lo-lo entenderé.

—Noa...

—Tú no tienes por qué cargar con esto —continuó hablando deprisa—. Ha sido una elección mía y, como bien dijiste, a partir de este instante es mi responsabilidad, no la tuya.

—Noa...

—Entenderé por completo si no quieres seguir con... con lo nuestro. Mi vida a partir de ya va a cambiar totalmente y...

Alonso le agarró la cara con ambas manos para levantársela y clavar su intensa mirada en ella.

—Cállate.

Y volvió a besarla con avidez, diciéndole sin palabras que él estaría allí para lo bueno y para lo malo. La aceptaba tal y como era, y se sentía tan tremendamente orgulloso de ella que no sabía otra manera de expresarlo más que de esa forma. Su fuerte no eran las palabras, sino expresar sus sentimientos con hechos. Y en ese momento y a su manera, le estaba diciendo lo mucho que le importaba.

Minutos después, seguían sentados en la silla, abrazados el uno al otro, escuchando los ruidos que los animales producían en la lejanía, como el chillido de una hiena o el rugido de un león, pero a Noa eso ya no le importaba. Se sentía a salvo en los brazos de Alonso y, apoyada la cabeza en su pecho, lo único que percibía era su corazón latir fuerte y alto.

—¿Sabes cómo se llama?

—Jasira —contestó él, acariciándole el pelo—. En swahili significa *audaz*, *valiente*.

—La verdad es que le pega mucho, ¿verdad?

—Sí.

—Y es un nombre precioso.

—Cierto.

—Audaz... valiente... —susurró ella, sonriendo orgullosa.

—Como su madre.

Y Noa levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Verdaderamente su madre biológica lo fue —admitió convencida—. Otra cosa muy distinta es la niñata inconsciente a la cual le faltan dos dedos de frente, y que supuestamente la va a cuidar a partir de ahora... ahí yo no estaría tan segura de ello.

Alonso echó la cabeza hacia atrás para soltar una enorme carcajada.

—Eso también es verdad.

—¡Oye! —le recriminó en broma, a la vez que le daba un leve empujón en el hombro. Luego, poniéndose seria de repente, le preguntó—: Y hablando de todo un poco, ¿qué vamos a hacer cuando lleguemos mañana al *resort*?

—¿A qué te refieres? —planteó, sorprendido por el cambio brusco de conversación.

—Me refiero a tu amiguita y el desagradable asunto de las piedras de oro, además de los abusos a las pobres gentes de los poblados.

Alonso levantó una ceja y la miró divertido.

—¿Hablas de Sofía?

—¿Tú qué crees? —le dijo soltando un bufido.

—No lo sé, como según tú tengo tantas amiguitas...

—Alonso Rivas... —le reprochó cruzándose de brazos.

Y él se rió divertido por su actitud resentida.

—Madre mía, me encanta cuando te pones tan celosa. —Se acercó para besarla, ya que era lo único que podía hacer esa noche, pero ella se separó, molesta.

—¿Celosa, yo? ¡Por favor, nada que ver! Que sepas, neurona con patas, que estamos hablando de mi vida, pues por lo visto quieren acabar con ella. Así que no seas tan engreído, pues no todo gira a tu alrededor; los demás también existimos.

Cuando Alonso volvió a echar la cabeza hacia atrás para reírse a mandíbula batiente, Noa abrió los ojos y la boca como platos, sorprendida por su actitud displicente, para a continuación resoplar ofendida y levantarse con la intención de dejarlo allí, riéndose solo. Pero el guía la agarró con fuerza por la cintura, abortando su huida.

—Está bien, no te enfades —le pidió, conteniendo las ganas de reír—. No aguantas una simple broma, niñata.

Cuando ella lo fulminó con la mirada, se puso serio.

—Lo siento, tienes razón —admitió, dando por terminado el momento hilarante—. He estado pensando en ello y por supuesto que la voy a entregar a las autoridades, pero antes necesito saber con quién está compinchada. Quiero saber si esto lo han urdido ella y Derek solamente, o bien si hay alguien más trabajando con ellos.

—¿Sospechas de alguien más? —preguntó atónita, pues en ningún momento había contemplado esa posibilidad.

—No lo sé, y es lo que quiero averiguar. También quiero sonsacarle el paradero de Derek —le confesó apretando los dientes—. Quiero que ese miserable también pague por lo que hizo.

—Está bien —confirmó satisfecha—, pero yo quiero estar delante cuando eso ocurra.

Alonso asintió, admitiendo que su petición era justa.

—Y hablando de verdades y confesiones —continuó Noa aprovechando el momento—, ¿por qué me ocultaste que eras médico?

El guía dejó su actitud divertida y relajada para enfrentarse a su pregunta.

—No lo sé —contestó después de soltar un profundo suspiro—. Me molestó mucho tu actitud prepotente cuando llegaste aquí, dándote ínfulas de sabelotodo, fardando de tener una carrera y un máster, menospreciándome y creyendo que yo era un don nadie sin estudios. Quería demostrarte que lo importante es lo que uno consigue a base de esfuerzo y trabajo, no lo que el dinero puede pagar.

—Lo siento —se disculpó, bajando los ojos arrepentida—. Te aseguro que nadie mejor que yo sabe que el dinero no lo es todo en la vida, y el esfuerzo que conlleva conseguir las cosas.

—Ahora lo sé —respondió, besándola luego tiernamente en la coronilla.

—¿Te he dicho alguna vez que soy una bocazas? —proclamó levantando la cabeza y con una expresión bribona en su cara.

Alonso sonrió divertido al ver sus gestos traviesos.

—¿Y yo te he dicho alguna vez que eres mi bocazas preferida?

—La verdad es que no.

—Pues lo eres.

—Ya me encargaré de recordártelo cuando vuelva a meter la pata.

—¡Dios mío, lo que me espera! —exclamó exagerando su horror.

—No lo sabes tú bien —contestó divertida, siguiéndole la broma.

Pero de pronto volvió a ponerse seria.

—Nunca he creído que fueras un don nadie, Al, ¡te lo juro! Admito que al principio me sacabas de quicio, y que mi instinto natural es atacar y decir las cosas que más duelen al adversario, pero te prometo que nunca te menosprecié. Es cierto que me acordé de toda tu familia, de lo cual me arrepiento, pero nada más.

El guía tragó saliva al ver sinceridad en sus palabras.

—Está bien, cielo, ya lo hemos hablado. Ambos nos hemos dicho cosas para herirnos, pero por mi parte está todo olvidado.

Ella asintió y acercó su mano para acariciarle la mandíbula.

—Por la mía también.

Y sellaron sus palabras fundiéndose en un tórrido y ansiado beso. Pero, a los pocos minutos, Alonso tuvo que parar, pues se le estaba yendo de las manos. Había salido al exterior porque no podía dormir debido al calentón, y en esos momentos estaba consiguiendo el efecto contrario, a punto de arder en llamas.

—Si no quieres que te haga el amor aquí y ahora, es mejor que paremos —le advirtió, apoyando la frente en la suya, mientras luchaba por respirar con normalidad—. Me vuelves loco, niñata, y no me hago responsable de lo que pueda hacer si no lo dejamos ya.

—Tienes razón —subrayó, a la vez que intentaba aquietar los latidos de su corazón y recuperar el resuello—. Podría salir cualquiera y no queremos dar un espectáculo, ¿no?

—No —convino él taladrándola con los ojos y haciendo un esfuerzo

sobrehumano para no tumbarla en el suelo y poseerla allí mismo.

Pero ninguno de los dos se movió. Lo único que Noa supo hacer fue volver a abrazar a Alonso para apoyar su cabeza en el pecho y oír cómo los latidos de su corazón rugían atronadores dentro de él.

Se estaba tan bien allí. Se sentía tan bien entre los brazos de él que no quería, por nada del mundo, romper ese momento mágico entre los dos. Nunca, en toda su vida, hubiese creído posible encontrarse tan a gusto en la compañía de otra persona. Y, asombrada, descubría que aquél era su sitio, que por fin hallaba su lugar en el mundo, que no quería estar en ninguna otra parte que no fuera allí. En Kenia. En medio de la sabana africana, abrazada a su Tarzán trasnochado.

Tragó con fuerza saliva, aterrorizada por lo que estaba a punto de admitirse a sí misma.

—Y dime —carraspeó, desechando la idea que se estaba formando en su cabeza, negándose a tan siquiera considerarla—. ¿Qué especialidad estudiaste?

Alonso tardó unos segundos en responder.

—Oncología.

—¿En serio? —preguntó sorprendida, levantando la cabeza otra vez.

—Ajá —respondió con un brillo de dolor en los ojos.

—Perdóname. No-no quería decir... mi-mi intención... —tartamudeó, malinterpretando esa angustia en su mirada—. Es sólo que no me imagino por qué alguien quiere estudiar esa especialidad, cuando lo único que te encuentras es dolor y desesperación en ella.

Él sonrió con tristeza.

—Un médico trata con el dolor y la desesperación todos los días, Noa. Da igual que sea por un cáncer, por un dolor de muelas o por traer una vida nueva al mundo. El deseo que te impulsa a estudiar medicina es poder ayudar a los demás, y sentir que estás contribuyendo de alguna manera a que una persona se cure, o tratar de que sufra lo menos posible.

—Entiendo.

—Y te aseguro que yo tenía un motivo muy poderoso para inclinarme a estudiar esa rama en concreto.

—¿Por qué? —preguntó un rato después, pues Alonso se había perdido en sus recuerdos.

Y él regresó al presente con un gesto contrito.

—Mi madre se quedó embarazada de mí siendo muy joven, tenía exactamente diecisiete años. Era una niña precoz, que se encontró de repente preñada y sola en el mundo, pues mi padre no se quiso hacer responsable.

—¿Y tus abuelos? —preguntó Noa, a tiempo de evitar que se le escapara un insulto dirigido al miserable hombre que le había dado sus genes.

—Mis abuelos la ayudaron al principio, aunque su padre nunca la perdonó, por el escándalo que suponía ser madre soltera en aquella época. Él era un militar de la

antigua usanza, con unos principios muy firmes y de carácter estricto. Pero, a pesar de todos los obstáculos, decidió tenerme —le explicó con tristeza.

—Ella también fue muy valiente.

—Sí, lo fue —reconoció orgulloso—. Al igual que tú. Por lo menos yo era sangre de su sangre, y Jasira no lo es.

Noa sólo atinó a sonreír ruborizada, tremendamente complacida de que él la admirara de esa manera.

—Trabajaba noche y día para darme siempre lo mejor —siguió contándole—. Llegó a tener hasta tres trabajos limpiando en casas ajenas, para que no me faltara de nada. Cuando ahora miro atrás, me siento abochornado de mí mismo, porque hubo una época en que me avergonzaba de ella, por trabajar como chacha en las casas de los demás. Yo era un niño en aquel entonces, pero a veces fui muy cruel.

—No puedes culparte por ello, Al —intentó consolarlo, sintiendo compasión por ambos.

Él dibujó una triste mueca en el rostro.

—Lo sé, hace tiempo que me perdoné por ello.

Y expulsó un fuerte suspiro, para coger fuerzas y seguir con su explicación.

—Cuando yo estaba en el instituto, le encontraron un cáncer de mama. Tuvo suerte, porque se lo diagnosticaron en una fase muy temprana, pero en aquella época los avances para luchar contra esta enfermedad no eran muchos, y al final tuvieron que hacerle una mastectomía. Recuerdo que fue una época dura, porque ella por fin empezaba a rehacer su vida con un hombre, para de repente encontrarse con ese mazazo que la sumió en una depresión. Después de tantos años guardando luto por el recuerdo de mi padre, cuando la vida le devolvía la alegría y las ganas de vivir de nuevo, se torció todo con un cáncer de mama.

—No entiendo —lo interrumpió, confusa—. ¿Acaso el otro hombre la dejó también?

—No, fue ella quien lo hizo.

Y al ver su desconcierto, se lo aclaró.

—A pesar de que mi madre era muy guapa, en cuanto perdió una parte tan femenina de su cuerpo se sintió fea y vacía. Decía que la habían mutilado, y que ya no podría volver a resultarle atractiva a ningún hombre. No quería ver en su actual pareja, ni en ninguna otra, la compasión que sentirían al ver su cuerpo desnudo. No quería pasar por esa vergüenza. Hoy en día, a las mujeres se les hacen reconstrucciones y tienen un psicólogo que las guía y las ayuda, pero en aquella época no existían.

Y Noa entendió la postura de la mujer. Tiene que ser muy duro que te arranquen una parte de tu cuerpo y ver la cicatriz del dolor día tras día. No era justo. Nunca era justo.

—Pero lo más importante es que ella había luchado como una jabata y seguía haciéndolo. Estaba viva y por ello teníamos que estar agradecidos. Y durante años,

pensamos que le habíamos ganado la batalla a esa maldita enfermedad, hasta que un día volvió a aparecer.

Y aquí Alonso carraspeó, para deshacer el nudo de dolor que le atenazaba la garganta. Con evidente esfuerzo, retomó la enorme tarea que le suponía seguir hablando.

—Yo en aquella época estaba estudiando la carrera, y ella trabajaba duramente para conseguir el dinero y seguir pagando mis estudios. Hasta que, un año después, cuando yo ya estaba ejerciendo en el hospital haciendo el MIR y vio que mi vida estaba encauzada, dejó de pelear, cansada de tanto sufrimiento, y se dejó ir.

Noa no pudo evitar que las lágrimas corriesen por su rostro al imaginarse el dolor tan grande que debió de sentir. Y él, al verlas, las secó con sus pulgares, conmovido por su ternura.

—Lo siento mucho, Al.

—Chist... No lo sientas, pequeña. Mi madre se fue en paz y orgullosa de su hijo. Todo lo que he conseguido en esta vida, todo lo que soy, se lo debo a ella. Me enseñó a luchar por mí mismo, a trabajar duro y demostrar mi valía con la cabeza muy alta. Y eso siempre lo llevaré conmigo, hasta el día de mi muerte. Por tanto, estoy enormemente agradecido por haberla tenido sólo para mí durante tantos años. Fíjate sino en Jasira, ella no ha tenido tanta suerte.

Noa comprendió su postura, aunque ella no creía que pudiese ser tan comprensiva con la vida si le hubiese ocurrido en su lugar.

—¿Y... y cómo llegaste aquí?

—Tenía un amigo que trabajaba en Médicos Sin Fronteras, y durante mis vacaciones estivales me conseguía un trabajo con él, para poder ayudar económicamente a mi madre durante esos meses.

Y Alonso paró de hablar durante unos segundos, recordando con angustia todos los recuerdos que le venían de golpe.

—Cuando ella murió, yo no... yo no lo llevé muy bien, por decirlo suavemente. En España no me ataba nada. Mis abuelos habían muerto unos años atrás, había perdido a la única persona a la que le importaba... —y se frotó la nuca, como hacía cada vez que se sentía incómodo o nervioso—... por lo que decidí cortar con todo y huir del dolor que me producía seguir allí.

Ella le cogió la mano para depositar tiernos besos en su palma. No sabía cómo expresarle lo mucho que sentía por todo lo que había pasado, y ésa fue la única manera que se le ocurrió. Pero él, agradecido por su gesto, la subió a la altura de su cara para acariciársela y sus miradas se encontraron, diciéndose todo lo que no eran capaces de pronunciar con palabras.

—Con el tiempo, me perdoné y la perdoné a ella. Me encontré a mí mismo, y me di cuenta de que fui muy afortunado por tenerla conmigo. Por lo que decidí hacer algo útil con la carrera que ella había pagado con tanto esfuerzo, y me vine a África de nuevo. Decidí ayudar a mi manera, y poder enseñarle a la gente este maravilloso

país. —Y señalando el lugar, finalizó—. Y aquí estoy.

—Me hubiese encantado conocerla —le confesó emocionada.

Alonso no pudo evitar el impulso de aprovechar ese momento y besarla con ternura. Nunca se había abierto y atrevido a contarle a nadie por lo que había pasado. Noa era la primera que había conseguido resquebrajar su coraza y logrado que pusiera su corazón en bandeja. Y por primera vez notó cómo un peso desaparecía y se aligeraba su espalda, sintiendo que quizá ella era la persona indicada, que quizá por fin la había encontrado.

—Y yo estoy completamente seguro de que a ella le hubiese encantado conocerte a ti —susurró contra sus labios.

Y al instante siguiente, se besaron con frenesí, celebrando el regalo de la vida y la suerte que habían tenido de encontrarse, deseando poder consolarse, y expresar con caricias lo mucho que se necesitaban. A esas alturas era de necios no admitir que lo que sentían iba más allá de la atracción física. Y, aunque ambos no lo expresaron con palabras, esa noche necesitaban decirlo con caricias tiernas, con besos anhelantes, y gritarlo con todos los poros de su ser. Alonso metió las manos por debajo de la camiseta del pijama, mientras empujaba con sus caderas la dolorosa erección, para frotarse contra ella. Y Noa dejó escapar un jadeo, cuando él alcanzó sus pechos para acariciarlos con delicadeza. Los dos a punto de explotar, se separaron unos segundos, apoyando frente contra frente, mientras sus respiraciones entrecortadas luchaban por normalizarse.

—¿Al...?

—¿Síiii...? —farfulló con la voz temblorosa.

—Si somos muy cuidadosos y no hacemos ruido, ¿crees que Jasira se despertará? El guía se separó de ella para clavar su mirada en la suya.

—Creí que esta noche tenía prohibido tocar el pan.

Noa levantó las comisuras de la boca en un gesto entre pícaro y sensual.

—Lo sé, pero es que ahora me ha entrado un hambre terrible.

Él arrugó el ceño algo confuso, por lo que hizo la siguiente pregunta:

—Para que queden las cosas claras: estamos hablando del mismo pan, ¿no? Porque tampoco has cenado, y no quiero confusiones y hacerme ilusiones para nada.

—¡Pues claro, tonto! —sonrió divertida.

Y Alonso, sin pensárselo dos veces, la cogió en volandas, para llevarla dentro de la tienda y hacerle el amor en el suelo de forma lenta y apasionada.

Capítulo 23

A la mañana siguiente fueron despertados por los llantos de Jasira, que los encontró a ambos durmiendo abrazados en el suelo, sólo cubiertos por una ligera manta. Entre los dos, y como buenamente pudieron, intentaron hacerla comer pensando que lo que tendría sería hambre, pero fue un absoluto fracaso, pues la niña extrañaba todo, tanto el lugar como a las gentes. Alonso intentó hablarle en su idioma, mientras, entre varios y haciéndole monerías, consiguieron que comiera un poco. Al final se quedó dormida en los brazos de Martín Ledesma, cuando emprendieron camino en los *jeeps*.

—¡Vaya con la cría! —susurró Alexia, contemplando orgullosa a su marido con la pequeña en brazos—. ¡Y parecía tonta!

—No te celes, mi amor, ya sabes que tengo experiencia con Lucas y eso se nota —se defendió el actor.

—¡Ya!

—Y también está el hecho de que soy absolutamente irresistible para las mujeres —afirmó acto seguido, guiñándole un ojo.

—Eso es lo que más miedo me da —contestó su mujer con falsa indignación.

Y Noa, con la cara absolutamente desencajada, los miraba preguntándose qué tendría de graciosa la situación para que ambos estuvieran de guasa. Observó a la criatura en brazos de Martín, y se preguntó cómo diablos iba a hacer a partir de entonces. Jasira no entendía su idioma, se asustaba de todo y de todos y, por mucho que había intentado calmarla, nada había surtido efecto. Sólo los brazos de un hombre extraño, y que pronto desaparecería de su vida, y el traqueteo del coche la habían sumido en un profundo sueño.

Con un gemido angustiado, giró la cabeza hacia las extensas llanuras, en tanto se recriminaba duramente por volver a tomar una decisión tan importante de forma alocada. Alonso desvió la atención de la carretera un momento, girando la cabeza hacia su posición, como presintiendo de alguna forma que ella no se encontraba bien. Y Noa a lo único que llegó fue a esgrimir una leve mueca de asentimiento, reflejando que no tenía de qué preocuparse.

«¡Virgen santa, nada más lejos de la realidad!»

¿Cuándo empezaría a hacerle caso a su madre de una maldita vez? Estaba claro que ella no tenía ni idea de niños y, por muy buenas intenciones que tuviera, aquello no iba a resultar tan fácil como se había imaginado. Tenía que comenzar a pensar las cosas antes de actuar, y dejar de ser de una puñetera vez tan impulsiva, pues nada bueno le reportaba esa nefasta cualidad suya, más bien todo lo contrario.

Suspirando con pesar, reconoció que ya no había vuelta atrás. Tendría que apechugar con sus decisiones como una adulta, y comenzar a actuar como tal. Pero

dispondría de unos preciosos momentos, antes de que la pequeña despertara, para poder tener un pataleo interno como Dios mandaba.

Con el consentimiento de los pasajeros, se desviaron de la ruta establecida para acercarse a un pueblo cercano, lo suficientemente grande como para poder adquirir productos de primera necesidad para la niña. Llenaron los *jeeps* de cremas, polvos de talco, ropa y calzado de su edad, champús, esponjas, peines, cepillos y colonias de bebés y, lo más importante de todo... juguetes, montones de juguetes que la tuvieran entretenida. Y obligando a Noa a subir al vehículo, Alonso le prometió que en la próxima visita a Nyeri o a Nairobi la llevaría con él de compras, pues, si seguían con su *tour de shopping*, no llegarían al *resort* en la vida.

Después de pararse a comer, volvió a ser una auténtica odisea que Jasira se tranquilizara. Pasó de regazo en regazo, hasta que, agotada, volvió a dormirse en el del actor mexicano.

—¿Puedo haceros una pregunta? —preguntó minutos después de que la cría se durmiera.

Tanto Martín como su mujer asintieron preocupados al verle la cara descompuesta.

—Claro, cielo, ¿qué pasa?

—¿Os importaría quedaros unos días más de vacaciones en el *resort*? Por supuesto, ni que decir tiene que con todos los gastos pagados.

—¿Unos días más? —preguntó Alexia, sorprendida.

—Sí. Hasta que Jasira cumpla los dieciocho años por lo menos.

El actor no pudo evitar echarse a reír, logrando que la pequeña se revoliera entre sus brazos, molesta por la interrupción de su sueño.

—¡Por Dios, Martín, ni se te ocurra despertarla! —le suplicó aterrada.

Y el hombre tornó su semblante serio al ver el terror en su cara.

—Escúchame, Noa: no te voy a mentir y decirte que esto no va a ser duro; lo será, y mucho. Pero con el tiempo, cuando cada noche acuestes a Jasira, le darás gracias a Dios por tenerla a tu lado. Un hijo es lo más preciado que te puede dar la vida, y lo más satisfactorio también. Ambas tendréis que acostumaros la una a la otra, pero esta princesa te querrá con toda su alma cuando descubra lo buena madre que vas a ser. Nadie nace con un manual debajo del brazo de cómo ser un buen padre, tendrás que ir aprendiendo poco a poco, a base de fallos y aciertos, como lo hacemos todos, pero no te rindas antes de empezar.

Ella tragó saliva con dificultad y bajó los ojos hacia la pequeña, que dormía como un ángel en los brazos del actor. Y con gran esfuerzo se puso recta, cuadró los hombros y, con una expresión decidida, le contestó.

—Tienes razón, estoy haciendo lo correcto. Las dos tendremos que aprender a llevarnos bien, y se supone que yo soy la adulta aquí, así que me esforzaré al máximo. El miedo no me lleva a ningún sitio, y tengo que ser valiente por las dos. Todo va a salir bien. Sé que todo va a salir bien.

—¡Padrísimo! —le dijo orgulloso—. Eso era justo lo que quería oír.

Y desinflándose como un globo, cuando advirtió que Jasira protestaba en sueños, le suplicó:

—Sí, bueno... pero, si no te importa, intenta no despertarla hasta que llegemos al resort.

Llegaron con hora y media de retraso, y Asha estaba en la puerta del hotel retorciéndose inquieta las manos. Había estado toda la semana preocupada por sus jefes, pues ambos no se soportaban y tendrían que convivir estrechamente durante ese tiempo. Sin contar, por supuesto, con que su nueva amiga había prometido hacerle la vida imposible a Alonso, por lo que su estado de nervios se fue alterando paulatinamente a cada minuto que pasaba.

Estaba segura de que había ocurrido algo grave, esos dos eran como una bomba de relojería a punto de estallar, y su jefe nunca se había retrasado tanto, por lo cual estaba segura de que algo malo había sucedido. Y lo que le había ocurrido a ella en los últimos tiempos tampoco ayudaba a que su estado perpetuo de nervios trastornados mejorase en absoluto.

De repente, sintió un cosquilleo en la nuca para girarse y advertir, consternada, la presencia de Pierre justo detrás. Su semblante era serio, y en ningún momento desvió su mirada hacia ella, y a Asha el corazón se le partió un poco más. Habían vuelto a discutir, pero con la salvedad de que sabía que esta vez su amistad se había roto definitivamente.

Por un lado, se sentía aliviada de no tener que lidiar más con la preocupación que el francés demostraba por ella; en definitiva, era lo que había estado buscando durante tanto tiempo, ¿no? Pues, por mucho que lo amase, no podía estar con él, y lo mejor era desilusionarlo definitivamente y que se olvidara de ella de una buena vez.

Pero, por otro lado, no contaba con que doliese tanto. La frialdad con que la trataba le desgarraba el alma, pero no tanto como ver el dolor y la decepción en sus ojos. Y sabía que, después de lo que había ocurrido entre ellos, ya no habría vuelta atrás.

«¡Maldita sea!, ¿cuándo podré tener un momento de paz?»

Tan sólo un instante sin preocupaciones, sin miedos, sin desvelos... ¿Y ahora...? Ahora tendría que pensar en cómo plantearle sus problemas a Noa, y si tendría el valor suficiente para hacerlo.

Cuando ésta bajó del *jeep*, cargaba con una niña pequeña en brazos que no hacía más que llorar desconsoladamente. La keniana se preguntó, desconcertada, de dónde había salido, ya que no tenía constancia alguna de que entre los clientes de ese safari viajase una cría.

—*Oh, mon Dieu!* pero ¿quién es esta *petite princesse*? —preguntó el cocinero, agarrando de los cachetes a la pequeña.

Ésta, que no estaba de muy buen humor, comenzó a patalear y llorar más alto, mientras se retorció en los brazos de Noa.

—Os presento a Jasira, y es una larga historia que estaré encantada de contaros un poco más tarde. Pero, si me disculpas, Pierre, en estos momentos lo único que me apetece es darme una buena ducha e intentar que esta fiera se calme.

—*Oui, ma chérie*; sólo quería daros la bienvenida.

—Y te lo agradezco mucho. Por cierto, ya que estás aquí, me gustaría pedirte que cocinaras esta noche algo adecuado para ella.

—Por supuesto, eso dalo por hecho.

—Gracias, y ahora, si me disculpáis...

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Asha, atreviéndose a hablar por primera vez desde su llegada—. Así te iré poniendo al día de lo que ha ocurrido esta semana. Tengo que comentarte algo.

—Claro, yo también tengo muchas cosas que contarte —le dijo mientras agarraba mejor a la cría, que amenazaba con tirarse al suelo—. Y de ti no me olvido, Pierre, hablaremos más tarde, *d'accord*?

—*D'accord*, aunque no hay nada digno de mención que añadir —soltó, lanzándole una mirada altiva a Asha.

Y dicho esto, se giró para adentrarse en el hotel.

Noa arrugó el ceño, extrañada por su actitud, y le envió una mirada interrogativa a su amiga. Pero ésta, haciéndose la loca y ocultando bien su dolor, le empezó a hablar como si no hubiese sucedido nada entre ella y el chef.

—Estoy deseando que me cuentes quién es esta preciosidad.

—¿Va todo bien con Pierre? —la interrogó Noa, que no se había tragado su pantomima.

—¡Asha! —la llamó Alonso, acercándose a ellas.

Y la keniana exhaló un profundo suspiro de alivio, dando gracias a Dios por la interrupción.

—¿Sabes si ya ha llegado Sofía?

—Sí, hace un par de horas. ¿Quieres que la avise?

Alonso alzó la ceja y le lanzó una pregunta muda a Noa.

—¿Qué te parece si me das una hora, para que yo y esta rebelde sin causa nos adecentemos?

—Está bien, dentro de una hora te voy a buscar —acordó el guía.

—Perfecto. —Y se giró para dirigirse a su bungalow.

Durante el camino, la niña al final consiguió salirse con la suya y, harta de estar aprisionada en los brazos de los adultos, pisó el suelo para empezar a corretear descalza y medio desnuda por el recinto. Cuando llegaron a la cabaña, a las dos mujeres les faltaba el aliento por andar corriendo detrás de la chiquilla.

Enseguida se pusieron manos a la obra para bañarla y quitarle el polvo del camino. Ambas acabaron empapadas, pues Jasira sabía defenderse bien a pesar de ser

tan pequeña, pero extrañamente sus berridos se acallaron cuando empezó a prestar atención a lo que hacía Noa. Ésta, mojada de pies a cabeza, canturreaba nerviosa una canción para no oír los chillidos de la niña, que, junto a su amiga, la escuchaban cantar embelesadas.

—¡Vaya, tienes una voz preciosa! —soltó Asha, admirada—. Y parece, además, que amansa a las fieras.

Noa enmudeció abruptamente, ruborizándose hasta las cejas, y Jasira empezó a protestar por la interrupción.

—¡Por el amor de Dios, te lo suplico, no pares ahora! —rogó su amiga, advirtiéndole que la cría empezaba a hacer otra vez pucheros.

Cuando comenzó de nuevo, se tranquilizó, agarrando otra vez el león de goma para jugar con él.

Con paciencia lograron acabar el baño y, aunque protestó por ponerse la ropa de estreno, ahora Jasira se encontraba en medio de la habitación, rodeada y entretenida con varios juguetes nuevos.

—¿Puedes explicarme todo esto? —preguntó su ayudante, disfrutando de la repentina calma mientras, de pie, observaban a la chiquilla.

—¿Por dónde empiezo? —suspiró Noa, agotada.

—¿Qué tal por el principio?

Y minutos después, sentadas en la pequeña terraza y sin quitarle ojo a la niña, Noa comenzó a relatar su intenso safari de seis días. Se lo contó todo, a excepción de los momentos íntimos de su reconciliación con Alonso, pues no sabía si éste iba a estar de acuerdo en que los demás supieran sobre su relación, de momento. No habían tenido tiempo de hablarlo, y no quería empezar metiendo la pata. Era mejor que lo discutieran en la intimidad y ponerse ambos de acuerdo.

—¡Virgen santa! No puedo creer lo que me estás contando —exclamó su amiga, atónita.

—¿Qué parte?

—¡¡¡Todo!!!

—Te comprendo, yo todavía no lo he asimilado por completo —admitió, soltando un profundo suspiro.

—Me parece completamente increíble que tanto Derek como Sofía hayan estado metidos en el contrabando de oro, abusando de las pobres gentes de los poblados y, no contentos con eso, asimismo hayan intentado atentar contra tu vida. ¡Y varias veces, además!

—Así es.

—Ahora entiendo por qué nuestra amiguita ha estado toda la semana gruñona y nerviosa de más. Eso lo explica todo.

—Me imagino que no ha estado nada tranquila imaginando que podíamos descubrirla.

—Cierto —manifestó en total acuerdo—. Y la historia de Jasira me ha dejado sin

palabras. No puedo salir de mi asombro con el hecho de que, a partir de ahora, vas a encargarte de ella. ¡Incluso te has planteado adoptarla!

Y Noa lo único que fue capaz de hacer fue trazar una leve mueca.

—Amiga mía, tengo que decirte que estás completamente loca.

—¡Ayyy, lo sé, Asha! —gimió soltando un lamento y escondiendo la cara entre sus manos, para después levantarla y hacerle entender sus razones, mientras un brillo de auténtico pánico asomaba a sus ojos—. Pero ¿qué querías que hiciera? ¡No podía dejarla allí!

La keniata miró a la pequeña, que seguía jugando tan tranquila, entretenida al poder distraerse con algo más que tierra y piedras. Aquellos juguetes eran un mundo mágico por descubrir.

—Te entiendo, cielo, y estoy tremendamente orgullosa de ti. Has sido muy valiente.

—Sí, eso me lo dice todo el mundo. Pero por desgracia no me sirve de consuelo —se quejó lastimosamente, echándose de nuevo para atrás—. Escúchame bien, Asha: si en algún momento intuyes que voy a cometer el mayor error de mi vida, te doy mi permiso para atarme a la pata de la cama.

—¿Segura?

—Completamente —aseveró con rotundidad.

—¿Igual que hiciste con el jefe Alonso?

Y cuando vio su cara de aturdimiento, su amiga no pudo evitar echarse a reír.

—¡Ja, ja, ja! —soltó con ironía—. Me parto y me mondo contigo, guapa.

—¡Cómo me hubiera gustado estar allí! —siguió Asha con la burla—. Os imagino a los dos... y no puedo, de verdad que no puedo...

Noa entrecerró los ojos, esperando a que su amiga terminase la guasa y, empezando a molestarse, se cruzó de brazos.

—¿Ya has acabado de reírte de mí? —preguntó cuando su ayudante se incorporó un poco, intentando recuperar el resuello.

Pero ésta observó su semblante y no pudo evitar estallar en otra sonora risotada.

—No sé para qué puñetas te cuento nada —le señaló, comenzando a ofenderse.

—Ayyy... está bien, lo siento... —gimió a la vez que se agarraba el estómago, pues le dolía de tanto reír—. Ya paro, de verdad... ay... ay...

Sin embargo, a su mente volvió la imagen anterior y comenzó a carcajearse de nuevo. Pero lo más irónico era que Jasira empezó también a reír, pensando que aquello era un juego, así que las dos, sin proponérselo, se aliaron para cachondearse de ella.

—Y dime, mi querida Asha, ¿me vas a contar qué ha pasado entre tú y Pierre, o se lo pregunto mejor a él?

Ésta paró de sopetón, fulminándola con la mirada por el golpe bajo.

—Entre ese franchute y yo no ha pasado nada —apuntó muy seria, mientras se enjugaba las lágrimas—. Además, se te está haciendo tarde; es mejor que te metas en

la ducha mientras yo vigilo a la niña.

—Sabes que al final me voy a enterar, ¿verdad? —comentó, sonriendo de forma maquiavélica.

—Si quieres que a partir de ahora te eche una mano con esa pequeña diablilla, te recomiendo que te metas en tus propios asuntos.

—¡Ains!, ¿en serio me vas a echar una mano con Jasira? —le preguntó con una mirada suplicante.

—Única y exclusivamente si no te inmiscuyes en mis cosas —la amenazó con seriedad.

—Tienes razón, me voy a duchar —comentó desviando el tema—. No queremos que tu jefe Alonso se enfade de nuevo.

Y se metió disparada en el baño antes de que se lo hiciera prometer, pues sería una promesa muy difícil de cumplir.

A la hora en punto, Alonso estaba en la puerta, esperándola como habían acordado, y Asha les aseguró que ella se encargaría de la cría mientras se reunían con la doctora. Cuando ésta entró en el despacho del guía, su sorpresa fue considerable al encontrarse con Noa esperando tranquilamente sentada en la silla de al lado. En su rostro se dibujó una mueca de miedo, que enseguida fue reemplazada por una expresión inescrutable.

—¿Ocurre algo? —preguntó vacilante.

—No lo sé. Es lo que espero descubrir cuando me respondas a varias preguntas que tengo que hacerte —respondió Alonso, invitándola con un gesto a sentarse.

—Cla-claro, lo que ne-necesites —tartamudeó la mujer, empezando a comprender, por el serio rostro del hombre, que la habían descubierto.

Éste metió la mano en uno de los bolsillos exteriores del pantalón, para posar encima de la mesa las tres bolsitas con piedras que le había encontrado a Noa en su momento.

—¿Me puedes decir qué significa esto? —demandó de forma amenazante.

A pesar de haber estado toda la semana elucubrando distintas maneras de excusarse, y de inventar diferentes mentiras y coartadas para ser exculpada, en ese instante, al ver la prueba del delito, Sofía se quedó sin habla.

—¿No sé a qué te refieres? —contestó unos segundos después, intentando con todas sus fuerzas no demostrar miedo.

—Estoy seguro, Sofía, de que sabes perfectamente a lo que me refiero —expuso Alonso con una expresión mortalmente seria en el rostro—. No hace falta que te explique que estás envuelta en un problema muy serio. Y en tus manos está que se complique o no aún más.

—De verdad, querido, que no tengo ni ide...

—Si crees que me hace gracia que me tomen por tonto, estás muy equivocada. Ya

os habéis reído de mí, tanto tú como Derek, durante mucho tiempo.

—¿A qué viene todo esto?! —declaró poniéndose de pie y haciéndose la ofendida—. No tengo ni idea de con qué clase de mentiras te habrá llenado la cabeza esta niñata engreída —soltó de forma despectiva, esparciendo su veneno hacia Noa, quien la miró boquiabierta por sus embustes—, pero te aseguro que soy completamente inocente de todo lo que me acusa.

—¡¡¡Basta!!! —explotó él, dando un fuerte golpe en la mesa, que hizo que tanto la doctora como Noa pegasen, sobresaltadas, un bote.

Acto seguido Alonso se puso de pie, apoyando los nudillos encima del escritorio, mientras se inclinaba amenazante hacia ella. Mientras tanto, la mujer dio un paso atrás con miedo, hasta chocar con la parte inferior de las piernas contra el asiento.

—Sabes perfectamente, Sofía, que no soporto que me engañen. Y tú no has hecho más que mentir desde que has entrado por esa puerta. Ya te he advertido de que estás metida en un lío muy grave, y que todas las pruebas de que dispongo no dejan lugar a dudas. Así que... tú decides si quieres que te ayude o no.

Ella tragó saliva y dejó de disimular el terror que estaba sintiendo.

—Y, por cierto, la única persona que la puede llamar niñata soy yo. ¡¡¿Entendido?!!

—Ss-ssí.

Noa se cruzó de brazos y piernas, trazando una sonrisa petulante en su cara, satisfecha de que por fin pusieran a esa estúpida mujer en su lugar. Y lo estaba haciendo nada más y nada menos que su Tarzán trasnochado, el cual hacía tan sólo unos pocos días la había tenido colgada de su cuello como una mona en celo.

La había defendido de forma vehemente y, si no fuera porque no era el momento propicio, hubiera saltado encima de la mesa para agradecérselo convenientemente. Aunque, pensándolo algo mejor, la defensa tampoco había sido para echar cohetes, pero se encogió de hombros contenta, porque, si eso hubiese ocurrido unos días atrás, ni se hubiera molestado en creerla.

—¿De qué se me acusa, exactamente? —preguntó Sofía con altivez, en un último esfuerzo por descubrir lo que realmente sabían e intentar librarse.

—Se te acusa de extorsión, de contrabando de oro, de incumplimiento de contrato, de mala praxis y de intento de asesinato —enumeró Alonso mientras se sentaba nuevamente.

—¡Eso no es cierto! —exclamó blanca como la cera y con la cara desencajada—. De eso último no tienes ningún tipo de prueba.

—Tienes razón. No tengo ninguna prueba concluyente, pero sí suficientes indicios y fuertes sospechas. Y no creo que nadie se trague que no has confabulado o que no estabas enterada de que pretendían acabar con la vida de la directora de este *resort*, cuando, además, puedo conseguir confesiones juradas de todo lo anterior.

La doctora se apoyó en la silla para volver a sentarse, pues las piernas comenzaron a fallarle.

—¿Qué vas a hacer? —farfulló derrotada.

—Eso depende de ti.

Tanto Noa como Sofía arrugaron el ceño, extrañadas por ese comentario.

—Si me confieras ahora mismo quiénes estaban contigo detrás de esto, seré lo suficientemente indulgente como para no avisar a las autoridades de este país y conseguir que te repatrien a España y te juzguen allí. Creo que eres totalmente consciente de lo que implicaría ser procesada y juzgada en Kenia; tu vida no valdría nada si eso llega a ocurrir.

—No me dejas muchas opciones, Alonso, pues, si confieso y te lo digo todo, no saldré viva de aquí.

Los dos observaron extrañados a Sofía.

—¿A qué te refieres? —inquirió Noa, hablando por primera vez desde que había entrado en la habitación.

La italiana se mordió el labio al percatarse de que había hablado de más. Y, después de unos segundos, se giró para soltarle con desprecio.

—Pues a que no soy ninguna chivata, *stupido snob*.

—Me parece, Sofía, que no te estás dando cuenta de la situación tan complicada a la que te enfrentas —masculló él furioso, pues Noa se había quedado muda al advertir el profundo odio con el que le había hablado la mujer—. En primer lugar, trátala con más respeto, porque definitivamente ella se lo merece, algo que no puedo decir de ti. En segundo lugar, si no me dices ahora mismo dónde se encuentra Derek en este momento, llamaré a las autoridades locales para que vengán a detenerte. Y sabes tan bien como yo que no vas a llegar intacta al calabozo: abusarán de ti por el camino y no podrás hacer nada por evitarlo. Y dudo mucho de que a tu amigo le importe lo que te suceda, dado que él es de la misma calaña o peor. No le debes ningún tipo de lealtad, no se la merece.

—Tú no lo entiendes —susurró ésta, retorciéndose las manos nerviosa.

—Muy bien, no me dejas otra opción.

Dicho esto, agarró el teléfono para ejecutar su amenaza.

—¡Espera!

Alonso se quedó con el aparato suspendido en la mano.

—Querido, ¿no podríamos hablar esto como personas civilizadas? —suplicó la italiana con un ictus de terror en su semblante.

—Creo que ya lo estamos haciendo.

Sofía pensaba lo más rápido posible en una manera de poder salir de aquel entuerto; estaba desesperada, buscando una solución que hiciese apiadarse al guía de su suerte.

—No sé, podríamos llegar a algún tipo de acuerdo.

Noa bufó, incrédula por su osadía, a la vez que Alonso se enervaba más.

—¿Cómo se te ocurre planteármelo siquiera? ¿Te crees que tengo tan poca vergüenza como vosotros? Ese acuerdo que me ofreces está manchado de sangre

inocente; en la vida podría aceptar algo que sé, sin lugar a dudas, que ha causado tanto dolor y sufrimiento.

—Ahora no te hagas el digno, pues te has estado aprovechando de esas mismas gentes tanto o igual que yo.

El guía miraba estupefacto a la doctora, sin poder salir de su asombro durante unos segundos.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? —saltó Noa en su defensa—. Lo único que ha hecho Alonso es ayudarlos, ofreciendo trabajo y medicinas gratis a quienes realmente lo necesitan.

—Sí, claro, y bien que lo pagan dejándose exhibir como monos de feria —espetó indignada, agarrada a la silla con fuerza—. Ellos tendrían que ser los dueños y señores de sus tierras, sin que vengan extranjeros a quitárselas para ganar dinero a costa de su sudor y trabajo. ¿Te crees que tus trabajadores no serían más felices si no tuvieran que lamerles el culo a todos esos ricos turistas que llegan creyéndose los señores de todo? ¿Acaso crees que ellos están contentos de sobrevivir con unos míseros sueldos, a base de servir casi como esclavos?

—Yo no hago las reglas, Sofía, y sabes perfectamente que nuestros trabajadores son los mejor pagados de la zona. El motor económico de Kenia es el turismo y el cultivo del café y el té, y creo que este trabajo es mucho menos duro que recolectar hojas en una plantación bajo un sol abrasador —señaló el guía, examinando detenidamente a la mujer que estaba enfrente de él—. De todas formas, ésas no son tus palabras, sino la de los radicales que llevan años intentando cambiar la política del país.

—¿Y te extrañas de que quieran hacerlo? África es uno de los continentes más ricos del mundo y donde más pobreza hay. Es lógico que quieran recuperar lo que de verdad es suyo.

—Estoy totalmente de acuerdo, pero no a base de hacerlo como les venga en gana. Primero tendría que establecerse una democracia sólida, para conseguir un Gobierno libre y acabar con los corruptos y adictos al poder. Y no implantar sus ideas a la fuerza, respaldados por la guerrilla insurgente, que lo único que desea es arrebatarles el dominio con armas, obligando a niños y personas inocentes a hacer cosas atroces para lograr tales fines.

—A veces los fines justifican los medios.

—Eso no es cierto, y es la excusa barata que algunos utilizan para justificar lo injustificable. —Suspiró con fuerza, cansado de tanta diatriba, mientras se frotaba la nuca impaciente—. De todas formas, esta discusión sobre la política de país no es el asunto que debemos tratar ahora.

—De acuerdo —consintió la italiana, sabiendo que sobre ese punto no le iba a hacer cambiar de opinión—. Si no quieres llegar a un acuerdo económico, por lo menos recuerda que alguna vez fuimos amigos. —Hizo una pausa para continuar—. Buenos amigos.

—¡Madre mía, qué fuerte me parece! —declaró Noa, atónita por su poca vergüenza—. ¿Ahora pretendes chantajearlo emocionalmente?

—¿Se puede saber quién te ha dado vela en este entierro? —la increpó Sofía con soberbia—. A ti, *stupida* del demonio, no tengo por qué darte ninguna explicación. El que manda es Alonso y, la verdad, no sé qué diablos pintas tú aquí todavía.

—¿Quieres que te explique exactamente lo que pinto yo aquí, querida? —le soltó de pronto, en tanto se levantaba furiosa, harta de tanto desprecio—. Yo soy la dueña del hotel y la víctima de vuestro patético plan.

—Noa...

—Eso todavía tienes que demostrarlo —respondió con chulería Sofía, levantándose ella también.

—Sofía...

—Por supuesto que lo voy a hacer, junto con la denuncia y la querrela criminal en tu contra.

—Basta ya —intercedió él, levantándose igualmente.

—Primero tendrás que aprender a encontrar tú sola a la policía. ¿Podrás hacerlo, *stronza*, o te tengo que dibujar un plano para que no te pierdas?

—¿Quieres que te diga dónde te voy a hacer yo un plano detallado? —insinué, preparada para abalanzarse sobre ella.

—Noa, por favor... —trató de interceder Alonso, agarrándola de la cintura, pues veía, incrédulo, cómo aquello se le estaba yendo de las manos.

—¿Dónde, *imbecille*?

—¡En tu fea cara y marcada por mis uñas! —vociferó intentando acercarse, pero el guía la sujetaba con fuerza.

—¡¡¡Basta ya!!! ¡¡¡Las dos!!! —rugió iracundo.

Y se llevó con él a Noa detrás de la mesa, que todavía luchaba para zafarse de su agarre manoteando al aire, mientras procuraba alejarlas lo máximo posible.

—¡Estate quieta de una vez, Noa! —le advirtió, colocando ambas manos detrás de su espalda.

—Te juro que esa estúpida engreída me las va a pagar —masculló ella entre dientes, rabiosa.

—Y lo hará, pequeña —susurró acercándose a su oído—, pero lo hará donde se merece, que no es otro sitio que no sea la cárcel. Por favor, no te rebajes a su altura.

Sabiendo que tenía razón, intentó tranquilizarse, aunque sin perder de vista a la otra fémica, que sonreía con malicia.

—Está bien —dijo cogiendo aire y reteniéndolo unos segundos para calmarse.

—¿Segura? —le preguntó con ternura, soltándole las manos, para seguidamente acunar con las suyas su rostro.

—Sí —le respondió, alzando la mirada y reencontrándose con la de él.

—Así que es eso, ahora lo entiendo. Estáis juntos y por eso os lleváis tan bien de repente. Esa *cagna* ha conseguido camelarte, Alonso, y ahora comes de su mano.

El hombre se giró para coger el teléfono de encima de la mesa y empezar a marcar los números, ignorándola intencionadamente.

—¡No, espera! ¡Alonso, lo siento! —rogó cuando, asustada, comprobó que realmente estaba cumpliendo su amenaza—. ¡No lo hagas! ¡Te lo suplico!

Y cuando el hombre empezó a hablar en swahili, Sofía se acercó a él para arrancarle de cuajo el teléfono de la mano.

—¡De acuerdo, te diré dónde está Derek! —claudicó mientras se alejaba de él y alzaba suplicante las manos—. Pero sólo lo haré cuando mañana me lleves tú mismo a la embajada española en Nairobi.

—No estás en disposición de negociar, Sofía —le advirtió, cansado de todo aquello.

Y tragando con dificultad el nudo de auténtico terror que tenía atenazada su garganta, le contestó a la vez que le entregaba de nuevo el teléfono.

—Ésas son mis condiciones; si no las aceptas, puedes volver a llamar.

Después de escoltar él mismo a la italiana a su habitación y encerrarla dentro, cerciorándose de que no tenía escapatoria, Alonso quedó con Noa en que haría unas cuantas llamadas antes de bajar a cenar. Todavía tenía que comunicarse con la embajada, para avisarles de los motivos de su presencia al día siguiente, y, además, intentar contactar con un antiguo amigo suyo, para saber si podría trabajar con ellos hasta que le encontraran a Sofía un sustituto. Se despidieron con un beso anhelante, para separarse con reticencia a continuación.

Noa perdió unos preciosos minutos hasta que le dijeron que Asha se encontraba en su habitación. Cuando tocó con los nudillos la puerta de la keniana, ésta tardó un buen rato en abrir. Entreabrió la puerta con cautela, hasta que descubrió que era ella la que estaba llamando, pero aun así no la invitó a pasar.

—Hola.

—Hola —contestó arrugando el ceño cuando advirtió cómo su amiga cerraba la puerta detrás de ella—. ¿Ocurre algo?

—No, en absoluto. ¿Por qué?, ¿te han dicho alguna cosa?

Observó detenidamente a su ayudante, intrigada por su extraño comportamiento, pero seguidamente negó con la cabeza, porque no tenía tiempo para aquello. Todavía tenía que ir a cambiarse de ropa y prepararse para la cena, además de supervisar los preparativos para asegurarse de que estuviera todo correcto. Y, lo más importante, debía hablar con alguna de las chicas de la limpieza para que le hiciera de canguro esa noche cuando la fiesta empezara.

—No, claro que no, sólo vengo a por Jasira, pues se nos está haciendo tarde. Necesito prepararme ya o no llegaremos a la cena. Por cierto, ¿a quién me recomiendas del equipo de limpieza para que pueda hacerse cargo de la pequeña esta noche, hasta que encuentre a una persona definitiva?

Su ayudante se quedó pensando mientras su cerebro trabajaba a toda máquina.

—¡Asha! —la apremió nerviosa.

—¡Tranquila, no te preocupes! —le dijo mientras la agarraba de los hombros, encaminándola hacia la escalera del piso de abajo—. Yo me encargo de Jasira, y ya hablo con Amali para que se ocupe de ella esta noche. Tú ve a ponerte guapa, y nos vemos más tarde en el comedor, ¿de acuerdo?

—Pero Jasira... —protestó mientras la keniana la empujaba firmemente lejos de su habitación.

—Por ella no te inquietes, que yo me encargo. En estos momentos está muy feliz jugando... tranquila en mi habitación. Además, a mí no me molesta en absoluto.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Está bien —contestó ofendida, liberándose bruscamente de sus manos cuando llegó al primer escalón, pues era evidente que estaba intentando desembarazarse de ella—. Ya puedo yo sola. Nos vemos más tarde, entonces.

Cuando ya estaba bajando los primeros peldaños, oyó la voz de Asha.

—¡Espera Noa, que se me olvidaba!, ¡tengo algo importante que decirte!

—¡Ahora no!

Y se marchó molesta con su amiga. Sabía que estaba ocultando o tramando algo, y le fastidiaba enormemente que todavía no confiara lo suficiente en ella como para abrirse y contárselo. Sobre todo después de lo que ya habían compartido juntas.

Entendía que pudiera ser una mujer retraída y discreta en sus asuntos, y que además le costara confiar en los demás. Pero no que se comportara de una forma tan grosera con ella. Eso no podía comprenderlo.

Cuando poco tiempo después se sentó a la mesa, se reprendió duramente por no haberse dado cuenta de algo tan sencillo como no llevar un traje tan caro con una niña tan rebelde en sus brazos. Estaban todos sentados, menos Sofía por supuesto, intentando que la pequeña dejara de rebelarse y escupir la comida. Mientras Noa la sujetaba firmemente, pero sin hacerle daño para que dejara de retorcerse, Asha probaba inútilmente de hacerle comer un poco de pescado al vapor, alimento que la niña no había probado en su vida, en tanto Alonso y Asir pretendían llamar su atención para distraerla.

—¡Por favor! —susurró su compañera—. Cántale un poco para que deje de gritar.

—¡Ni loca! —le respondió entre dientes—. Me da mucho apuro hacerlo delante de todo el mundo.

—¡Noa Montalbo! ¡O dejas de ser tan cabezota como esta renacuaja y te pones a cantar, o me levanto y te dejo con el marrón!

—Está bien —concluyó rindiéndose—. ¡Espera un momento!, ¿te sabes la canción *Waka Waka* que cantó Shakira para el mundial?

—¿Y quién no?, aquí sonó continuamente durante meses.

—Pues me acompaña. —Y carraspeó para comenzar a entonar levemente la

canción.

Estaban todos tan absortos siendo testigos del milagro que estaba ocurriendo en ese momento, pues ninguno de los presentes podía dar crédito ni a la aterciopelada voz de Noa ni al embeleso que demostraba Jasira con su canto, que nadie advirtió la presencia de la mujer que estaba de pie justo al lado de Alonso, hasta que finalmente habló.

—Hola, bebé.

Capítulo 24

Alonso, atónito, contemplaba a Vanesa sin poder salir de su estupor, al no entender qué diablos hacía allí. Y de pronto buscó con la mirada a Noa, rezando intensamente para que no se hubiera enterado de su presencia. Pero Dios no escuchó sus plegarias.

Ahogó una maldición cuando se percató de que prácticamente todo el mundo los estaba observando con curiosidad, pues, por la actitud de ella, se dieron cuenta de que algo extraño estaba sucediendo. Noa dejó de cantar abruptamente, para acto seguido lanzarle una profunda mirada de odio a la recién llegada.

—Si me disculpan —anunció Alonso levantándose de la mesa, para luego susurrarle, con los dientes apretados, a la morena—: ¡Acompáñame!

Y agarrándola por el brazo, se la llevó fuera de allí.

Noa los siguió con la mirada, mientras ellos salían de la estancia, hasta que se encontró con el rostro de su amiga.

—Siento no haberte avisado antes, pero no hubo ocasión —declaró contrita—. Tenía pensado informarte de su presencia cuando llegasteis, pero al final, con lo de Sofía, lo de Derek, el intento de asesinato y Jasira, se me fue el santo al cielo. Y cuando quise volver a comentártelo, bajabas la escalera con prisas, apurada por cambiarte para la cena.

—¿Cuándo llegó?

—Hace dos días —le notificó—. ¿Tú la conoces?

—¿Hace dos días? —preguntó pasmada.

Asha enmudeció por un momento, al ver el desconcierto y un brillo extraño que no supo descifrar en su semblante.

—Sí, dijo que era una amiga del jefe Alonso y que lo esperaría hasta que volviera. Espero no haber metido la pata, pero Asir me confirmó que la conocía, y que lo que afirmaba era cierto. Por eso la instalé en la antigua habitación de Derek, a pesar de no tener reserva. ¿Acaso he hecho mal? —preguntó dudosa.

—No, tranquila, tú no has hecho nada mal —la tranquilizó, en tanto bajaba los ojos hacia Jasira, para que no viera su enfado y el dolor que en ese momento sentía.

—¡Dios! —suspiró aliviada posando la mano en el pecho—. Pensé que había cometido un grave error cuando vi vuestra reacción. Pero ahora me has dejado intrigada, ¿quién es esa mujer?

Noa se debatía entre seguir allí aguantando el tipo y dejar a Alonso y a la morena a solas, o irse en su busca y aclarar todo aquello de inmediato. Entendía que no podía recriminarle nada, pues siempre había sido concedora de la presencia de Vanesa. Y la culpa era enteramente suya, por iniciar algo cuando sabía que había una tercera persona de por medio. Nunca tendría que haber iniciado nada con él hasta no haber

aclarado lo de esa mujer, porque de repente se encontraba en la situación de ser la otra.

«¡Menuda ironía!»

Y ahora tenía que tragarse sus celos y sus inseguridades, y confiar en que él le dejase claro que estaba con ella.

Pero había un problema, y era que realmente tampoco sabía en qué situación se encontraba con Alonso. Se habían confesado cosas de su pasado, habían compartido momentos maravillosos e increíbles durante esos seis días de safari, habían conectado como jamás lo había hecho con otra persona... pero, honestamente, nunca habían determinado su situación, ni revelado sus verdaderos sentimientos.

De pronto, una agobiante sensación de asfixia le atenazó la garganta, haciéndole difícil respirar.

—¿Noa?

Ésta alzó la mirada para fijarla en su compañera, mientras un sentimiento de vergüenza y desamparo recorría su cuerpo, a la vez que su pecho subía y bajaba con rapidez, buscando desesperada un poco de aire para llenar sus pulmones. Asha la observaba, preocupada por su extraño comportamiento.

—Cielo, ¿estás bien?

—Es su novia —le dijo al fin. A continuación, levantándose de la mesa, le pasó a la pequeña—. Necesito ir un momento al baño.

Y salió casi corriendo del comedor.

Alonso había llevado a Vanesa al exterior, para poder mantener una conversación privada con ella. Estaba molesto, sobre todo consigo mismo, por no haber previsto esa situación. Pero, para ser sinceros, de ningún modo se hubiese imaginado que ella se presentaría allí mismo, y menos sin ser invitada.

Sus pensamientos en esos instantes eran un torbellino, y sus sentimientos, contrapuestos. Se sentía culpable y muy miserable, por acabar cediendo a la fuerte atracción que sentía por Noa sin haber hablado antes con Vanesa, pero también sabía que los términos de su relación eran claros entre ambos. Tenía pensado mantener esa conversación con ella lo antes posible, pero no le había dado oportunidad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó mientras se frotaba, alterado, la nuca.

Ella lo observó con un gesto de inquietud en el rostro, confirmando que sus sospechas eran ciertas, y que había hecho lo correcto al hacer acto de presencia. En el mismo segundo en el que había visto a la rubia, y cómo Alonso la miraba, comprendió que estaba en problemas, y no iba a rendirse sin pelear antes.

—Bueno, bebé, hace mucho tiempo que no nos vemos y te echaba de menos. Necesitaba unas pequeñas vacaciones, y creí que sería una buena idea hacerte una visita y que me enseñaras este lugar tan maravilloso y que tanto te fascina.

—¿Has cerrado el negocio?

—No, una buena amiga me ha hecho el favor de atenderlo durante unos pocos días —le confirmó mientras se acercaba a él, pero Alonso dio un paso atrás.

—Pues no ha sido una buena idea —afirmó muy serio—. Sabes perfectamente que no me gusta mezclar mi vida personal con la laboral.

—Bebé, no tenemos por qué escondernos, no hacemos nada malo. Sólo somos dos buenos amigos, que de vez en cuando disfrutan de su compañía.

—Exactamente. Y lo que no quiero es que se dé a entender algo que no es.

—¿A qué te refieres? —preguntó molesta—. ¿Acaso te avergüenzas de mí?

—No, por supuesto que no —repuso empezando a caminar de un lado a otro, agobiado—. No es eso.

—¿Entonces? —inquirió acercándose de nuevo, y esta vez sí colgó los brazos de su cuello, mientras pegaba su cuerpo al suyo íntimamente.

—Es sólo que me ha molestado que no me hayas consultado la decisión de venir —contestó, siendo ajeno al hecho de que otra persona los estaba viendo en esa situación desde la distancia—. Y el que lo hayas hecho puede dar a entender que tenemos una relación más seria y comprometida de lo que es. No quiero que los empleados empiecen a conjeturar sobre si tú y yo somos novios o no, cuando sabes sobradamente que no es así.

—Lo sé perfectamente, bebé. Nuestra relación es abierta, y somos dos amigos que meramente disfrutan del buen sexo ocasional. Pero, que yo sepa, ninguno de los dos tiene que dar explicaciones a nadie sobre lo que hacemos, ¿cierto? —sondeó sutilmente, para a continuación intentar besarlo en los labios.

—Bueno... eso no es así —contradijo, alejándose otra vez de ella, incómodo y maldiciéndose internamente—. Tengo algo que contarte, Vanesa.

Y ésta no pudo evitar un gesto de ira cuando él se alejó más, dándole la espalda, mientras se pasaba las manos por la cara.

—Es por la rubia del otro día, ¿verdad? Me mentiste cuando me garantizaste que no había nada entre vosotros.

—No te mentí —aseguró girándose y dando la cara—. En ese momento no había ocurrido nada entre Noa y yo, pero ahora...

—Ahora estáis juntos —afirmó, cruzándose de brazos.

Él hizo un gesto de disculpa con las manos al percibir el tono dolido de ella.

—Podría decirse que sí.

—¿Y dónde queda eso de no juntar tu vida laboral con la personal? Porque más unidos no se puede estar, Alonso —le reprochó, enfadada al confirmar su miedo más profundo.

Vanesa no entendía qué podía ver en esa mujer que no tuviera ella. Es más, por lo poco que la conocía, eran como el día y la noche. Se notaba a leguas que era una niña rica, acostumbrada al lujo y la buena vida. Y era un absoluto misterio que todavía no se hubiese marchado de allí. No tenían nada en común. Nada que los uniese o que pudiesen compartir, a excepción de la fuerte química que había entre ellos.

No era tonta y eso no podía negarlo. Lo había advertido nada más verlos juntos, y había sido el motivo principal por el que estaba allí.

A pesar del convenio que había entre ellos, para su desgracia, no había podido evitar enamorarse de él. Y contrariamente a lo que de verdad deseaba, había sido muy paciente con Alonso, ofreciéndole y respetando su espacio, manteniendo la esperanza de que, con el tiempo, afianzarían su relación y él correspondería a sus sentimientos. Por lo que ahora se sentía dolida y en cierta forma engañada, por el hecho de que hubiese venido una absoluta desconocida y, en poco tiempo, hubiera acabado con lo que ambos tenían, echándolo todo a perder.

—No es lo mismo.

—¿Qué no es lo mismo? ¿Estás de broma? —cuestionó elevando la voz y poniendo los brazos en jarras.

Alonso arrugó el ceño al notar su evidente enfado. Se sentía culpable por no haberlo hablado antes con ella, pero también sabía que sus reproches no venían a cuento.

—Tienes razón. Pero no sé a qué viene tu tono, cuando sabes perfectamente que podemos estar con otras personas si lo deseamos. Esto ya lo hemos hablado, Vanesa; quedamos en mantener una relación abierta, hasta que uno de los dos decidiera dejarlo.

—Sí, también me dijiste que no estabas preparado para mantener una relación seria con ninguna mujer.

—Es verdad.

—¡Vaya! —le soltó haciendo un gesto de sarcasmo con la cara—. ¿Y ahora lo estás?

Él se quedó parado, clavando, molesto, su mirada sobre ella.

—Te aseguro que seré yo quien decida cuándo, dónde, con quién y en qué términos decido mantener una relación con alguien. Reitero lo dicho anteriormente: esto lo hemos hablado y dejado suficientemente claro entre los dos, para que ahora me vengas con reclamos sobre si estoy o no con otra mujer... o si estoy lo suficientemente preparado o no para ello, Vanesa.

Ella, pálida, se dio cuenta de su error. Se había dejado llevar por los celos y había montado una escena, cuando lo conocía lo suficiente como para saber que ésa no era la forma adecuada de conseguir lo que quería de él.

—Tienes razón, lo-lo siento, bebé —rectificó, dejando aparcado su enfado y simulando su arrepentimiento mientras volvía a acercarse.

Alonso continuó hablando, todavía enfadado.

—Creí conveniente ser honesto y decirte lo que estaba pasando, por respetar el pacto que teníamos y porque no me siento cómodo ocultando las cosas, pero no me has dado tiempo para hacerlo. Por eso aprovecho este momento para informarte de que el acuerdo que nos unía ha cambiado y, por mi parte, finalizado. Todavía no tengo muy clara la relación que me une con Noa, pero quiero intentarlo con ella. Y,

por supuesto, no voy a comenzarla mintiéndole. Y, evidentemente, a ti tampoco.

—Lo sé y agradezco tu sinceridad —declaró agarrando con ambas manos su cara. Éste intentó separarse, pero ella no lo dejó.

—Discúlpame por mi actitud anterior, no sé qué me ha pasado. Quizá me ha molestado el que algo tan bonito y perfecto como lo que teníamos se tenga que acabar tan pronto. Compréndeme, bebé, ha sido una noticia inesperada y me ha cogido completamente desprevenida. Ten en cuenta que yo venía para darte una sorpresa y pasar unos días contigo. En absoluto me esperaba esto.

—Está bien —suspiró con fuerza, creyendo sus palabras—. Entiendo tu postura, y lamento que haya tenido que ser así.

—Gracias, me alivia considerablemente oírte decir eso —comentó, esbozando una alegre sonrisa que no sentía en absoluto—. Me gustaría mucho que siguiéramos siendo amigos, ¿si te parece bien, claro?

—Por supuesto, no hay ningún motivo para que dejemos de serlo.

Y cambiando repentinamente la expresión de su rostro, la morena soltó la cara del guía para bajar los ojos, simulando vergüenza y pesar.

—¿Qué ocurre? —preguntó, preocupado por su cambio.

—Nada —le contestó alejándose de él para darle la espalda.

—Vanesa.

—No pasa nada. Sólo estaba pensando que en verdad me alegro mucho de que hayas conocido por fin a una mujer que te haga feliz. Pero supongo que, a pesar de que no conozco a... a... a esa tal Noa, dudo mucho que quiera verme por aquí, por lo que me imagino que tendré que volver a Nyeri y no disfrutar de unos pocos días de safari contigo, ahora que lo he arreglado todo.

Alonso se quedó dudando acerca de si sería una buena idea que ella se quedase o no. Por supuesto que aclararía la situación con Noa, pero no quería correr riesgos y que pensase algo que no era.

—Pues...

—Tranquilo, lo entiendo —soltó con pesar antes de que él dijera nada—. No quiero causar problemas ni ser ningún impedimento. Mañana mismo buscaré la manera de que alguien me lleve a la ciudad, aunque es una verdadera pena, pues me hacía mucha ilusión quedarme. Pero no te preocupes por mí, comprendo perfectamente que tu prioridad ahora sea ella, a pesar de que te voy a echar terriblemente de menos —añadió intentado dar pena.

Alonso cayó en la trampa, sintiéndose culpable. Sabía a todas luces que no era una buena idea que se quedara, pero también era su amiga, y se lo había demostrado comprendiendo perfectamente que él quisiera romper el acuerdo previo que tenían ambos. No podía ser tan grosero e invitarla a marcharse, cuando ella se había comportado de forma ejemplar.

—Por supuesto que no eres ninguna molestia. Hablaré con Noa, y estoy convencido de que no habrá ningún problema en que te quedes unos días.

Vanesa sonrió con perversa satisfacción al escuchar esas palabras.

—¿Estás seguro? —preguntó girándose despacio para mirarlo nuevamente a la cara, fingiendo preocupación mientras que en su fuero interno daba saltitos de alegría por haber conseguido lo que pretendía—. No, bebé, lo mejor es que me vaya mañana, y ya nos veremos cuando pases por Nyeri. Por nada del mundo quisiera crear un conflicto entre vosotros por mi culpa, es lo mejor.

Dicho esto, se encaminó a la entrada del hotel haciéndose la digna.

—De eso nada —sentenció convencido—. Eres mi invitada y te quedas.

—Bebé, no seas terco —le dijo ocultando su alegría y demostrando inquietud—. Te conozco, y sé que lo haces con buena intención, pero las mujeres somos muy celosas y mandonas, y no creo que Noa sea distinta a las demás.

—La que estás siendo terca eres tú: he dicho que te quedas y no hay más que hablar. De momento el que manda aquí soy yo, y es lo que he decidido —aseveró acercándose a ella.

—Está bien, como quieras —suspiró dándose por vencida.

—Sólo quiero pedirte una cosa.

Ella levantó una ceja, intrigada por su petición.

—Por supuesto.

—A partir de ahora no me llames «bebé». Es un término cariñoso entre tú y yo, y no creo que sea adecuado que sigas llamándome en público, sobre todo cuando lo nuestro está finalizado —le pidió mientras le ofrecía el brazo para entrar juntos en el hotel.

Dijo sólo eso por no añadir lo aliviado que se sentiría cuando dejara de hacerlo. Nunca le había gustado ese apelativo cariñoso, pero tampoco le había dado mayor importancia, ya que tan sólo se lo decía en los momentos de intimidad. Pero, ahora que estaba allí, era distinto, y se sentiría muy violento si lo hiciera delante de todo el mundo, sobre todo de Noa.

—De acuerdo —consintió, aceptando su brazo—. No volveré a llamarte «bebé».

—Estupendo.

Y Alonso, después de creer que había aclarado la embarazosa situación y pensar firmemente que había salido bien parado de la charla entre los dos, la llevó satisfecho de nuevo hacia el salón.

Cuando Noa salió disparada de la estancia, no fue al baño como le había comentado a Asha, sino que salió fuera, pues le costaba respirar y necesitaba un poco de aire fresco. Pero su estado no mejoró en absoluto cuando vio a la pareja abrazada y a punto de besarse.

En ese instante se quiso morir, malinterpretando por completo la escena entre ambos, y decidió no quedarse para ser testigo de su dulce reencuentro, así que huyó en dirección contraria a ellos. Dio casi la vuelta al edificio, parándose un momento

para coger aire y quitarse los zapatos de tacón que le dificultaban su carrera, lanzándolos furiosa lo más lejos posible, mientras las lágrimas caían libres por sus mejillas. Apretó los puños con fuerza, y lanzó el grito de dolor que le quemaba en el pecho.

—*Mon Dieu!*, ¿qué ha pasado? —preguntó Pierre al verla en ese estado, arrojando al suelo y pisando con la punta de su zapato la colilla de cigarro que había estado fumando a escondidas.

Noa se giró a tiempo de verlo salir de la penumbra mientras se acercaba a ella, y alzó las manos en un gesto de parar su avance, pues no quería que la viera así.

Sin querer había llegado a la parte de atrás de las cocinas, justo en la salida de emergencia, y no esperaba encontrarse con nadie allí, y menos con él. Empezó a recular, a la vez que negaba con la cabeza y lloraba sin poder evitarlo, hasta que chocó la espalda contra un árbol y comenzó a resbalar por él, dañando irremediadamente el caro vestido que llevaba puesto, al engancharse contra la corteza del tronco. Y el francés, que en un principio se paró, decidió ignorar su petición al ver su estado tan alterado y se arrodilló a su lado.

—Noa, *mon amie*...

—¡Vete! —le pidió sollozando—. ¡Por favor, Pierre! ¡Déjame sola!

Pero éste desechó su ruego y se acercó para abrazarla. Y aunque en un principio ella lo rechazó, terminó por agarrarse a él como si su vida dependiera de ello, llorando desgarradamente y dejando salir a raudales el dolor y la decepción que sentía.

Cuando rato después se calmó, el cocinero le levantó la barbilla con la punta de los dedos delicadamente.

—¿Estás mejor, *chérie*?

Ella negó con la cabeza y con una expresión de infinita tristeza en los ojos.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia?

Afirmó rotundamente mientras intentaba recomponerse.

—¿Quieres contármelo?

Después de pensarlo unos segundos, y determinar que necesitaba desahogarse con alguien, le confesó:

—Me he enamorado, Pierre.

—*Oh, ma belle!* —exclamó comenzando a comprender—. ¿De Alonso?

Ella asintió a la vez que se mordía el labio, reteniendo inútilmente la pena que pugnaba por salir.

—Y no sabía que dolía tanto —confesó volviendo a echarse a llorar.

—¡Chist... tranquila, *ma petite!*, sé perfectamente lo que se siente.

—¡No, no lo sabes! No tienes ni idea de lo que es abrir tu corazón y que lo pisoteen como si fuera una hoja marchita.

—*Au contraire*, sé perfectamente lo que es.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir? —preguntó dejando de sollozar, para olvidarse

un momento de su propio dolor y preocuparse por su amigo.

El chef suspiró con fuerza, a la vez que se debatía entre contarle o no lo que había sucedido entre él y Asha.

—¿Pierre...?

—Le confesé a Asha mis sentimientos —admitió avergonzado—, y tenía razón, *chérie*, ella no siente lo mismo que yo.

—¡Eso no puede ser! —exclamó revelándose contra esa idea—. ¡Me niego a creerlo! Soy mujer y como tal...

—Puedes equivocarte —la interrumpió él—. No hay lugar a dudas, Noa, ella me lo dejó muy claro.

—Pero ¿cómo sucedió? —demandó, incrédula de haber estado tan ciega que sólo había visto lo que quería ver.

El hombre cerró los ojos mientras una expresión de aflicción cruzaba su semblante.

—Lo-lo siento, no quiero causarte más dolor. Respeto que no quieras hablar de ello, sólo necesito entender...

—No hay nada que entender.

Y precisando cambiar de posición, el cocinero se levantó del suelo para ponerse a pasear de un lado a otro.

—A los tres días de marcharos, Asha empezó a comportarse de una forma extraña. Rehuía mi presencia, y se pasaba el mayor tiempo o en el despacho o encerrada en su habitación. Comencé a preocuparme, pues nunca la había visto actuar así. Se comportaba como si estuviera ocultando algo, como si un terrible peso hubiera caído sobre sus hombros. La conozco, Noa, y sé perfectamente que algo le está ocurriendo.

Ella asintió dándole la razón, porque había tenido la misma sensación.

—Ayer acabamos discutiendo porque me reprochó mi actitud. Me dijo que estaba harta de mí, que la agobiaba con tanta preocupación y empeño en meterme en su vida. Me dolieron sus palabras, porque lo único que quería era ayudarla. Sabes perfectamente lo terca y cabezota que puede llegar a ser.

—Lo sé —asintió mientras se secaba las lágrimas con un trozo de su destrozado vestido.

—El caso... —continuó resoplando, todavía enfadado—... es que una cosa llevó a la otra y acabamos gritándonos. Y *à moi* no se me ocurrió otra... *Mon Dieu!*, ¿cómo se dice *idée lumineuse*? —preguntó chasqueando los dedos.

—Brillante idea.

—Pues eso, la brillante idea de confesarle lo que sentía por ella. Sólo quería que entendiera que mi preocupación era genuina, que no soy ningún chismoso con una existencia *pathétique* al que le apasione meterse en la *vie* de los demás.

E irritado consigo mismo, sacó un paquete de tabaco que tenía guardado en el bolsillo posterior del pantalón y cogió un cigarrillo para encenderlo y darle una

calada. A la tercera, reunió el valor suficiente para seguir contándole.

—Después de *confesser* que la amaba, se disculpó conmigo, porque sospechaba desde hacía tiempo mis sentimientos hacia ella, aunque no había reunido el *courage* suficiente para rechazarme de plano... Añadió que, lamentándolo mucho, ella no sentía lo mismo por *moi*.

—¡Oh, Pierre! No sabes cuantísimo lo siento.

—No importa —le contestó con un tono de altivez—. Era lo mejor que me podía pasar. Ahora que por fin sé lo que ella siente, puedo continuar con *ma vie* y pasar página.

—¡Por supuesto que importa! —repuso levantándose ella también—. En verdad que a veces no entiendo a esa mujer. La quiero mucho, pero por momentos me gustaría saber qué pasa exactamente por esa cabezota que lleva encima de los hombros, y enterarme de lo que realmente piensa.

El cocinero se encogió de hombros.

—Ya no es mi problema. —Y le dio una larga calada a su cigarrillo para admitir instantes después—: En realidad, nunca lo fue, *n'est-ce pas?*

—No, no es así. Eres su amigo y tienes derecho a preocuparte por ella, aunque no lo quiera entender.

—Eso ya da igual.

Noa inclinó suavemente la cabeza hacia un lado.

—No sabía que fumabas.

—Lo dejé hace muchos años —confesó observando la punta incandescente de su cigarrillo—, pero de nuevo cometo otra tontería más.

Ella se acercó lentamente a él.

—Lo siento mucho, *mon ami*.

—*Oui*, yo también.

Y correspondiendo al cariño que antes él le había brindado, lo abrazó para reconfortarlo. Pero lo que Noa también desconocía era que otra persona a lo lejos era testigo de ese noble gesto.

—¿Y cuál es tu problema con Alonso? —preguntó apoyando la barbilla en su cabeza, agradecido por su consuelo.

Ella lanzó un triste suspiro, antes de morderse el labio para evitar volver a sollozar.

—Mi problema es sencillo. Él tiene novia y está aquí.

—¡Vaya, no tenía ni idea! —aseguró sorprendido. Y agarrándola por el mentón, le levantó la cabeza—. Al menos nos tenemos el uno al otro para apoyarnos.

—Eso es cierto.

—*Ahh, ma chérie!* Somos penosos eligiendo a las personas a las que les entregamos nuestro *cœur*.

Y se quedaron así unos pocos minutos más, compartiendo el mismo pesar.

Cuando, rato después, Noa entró en el salón de los comensales, ya todos habían terminado. Acercándose a la mesa, tragó saliva cuando vio a Vanesa sentada al lado de Alonso. Ésta la saludó sonriente, y ella le respondió con un casi imperceptible gesto de cabeza, y una mueca extraña a modo de sonrisa.

Al ocupar su lugar, ocurrió un acontecimiento inaudito, pues Jasira, como presintiendo su tristeza, reclamó su atención lanzándose a sus brazos.

—¡Vaya, princesa!, ¿me has echado de menos?

La niña la observó con sus enormes ojos negros, y le sonrió enseñando sus pequeños y blancos dientes. Y a Noa el corazón le dio un vuelco en el pecho, logrando que, otra vez esa noche, los ojos se le empañaran, a punto de llorar.

—¿Se lo ha comido todo? —le preguntó a Asha, ignorando la intensa mirada que el guía tenía clavada en ella.

—Casi —le contestó fría y, bajando la voz, le preguntó—: Por cierto, ¿qué le ha pasado a tu otro vestido?

—Nada, decidí cambiarme.

—¡Ya! —soltó seca—. Así, porque sí.

—Sí, ¿cuál es el problema?

—¡Oh, ninguno! —respondió cortante, para seguidamente volverle a preguntar—: ¿Y dónde has estado hasta ahora?

Noa arrugó el ceño, confundida por su actitud.

—Ya te lo dije antes, fui al baño —mintió para no preocuparla.

—¡Qué raro! Porque me acerqué a buscarte, extrañada de que tardaras tanto, y no te encontré allí —señaló con evidentes signos de mosqueo.

—Tienes razón, lo siento. Salí un momento a tomar un poco de aire fresco, necesitaba despejarme un rato. Pero te prometo que no volveré a dejarte sola tanto tiempo con Jasira —se disculpó, malinterpretando su enfado.

—El problema aquí no es Jasira —murmuró entre dientes su amiga, en tanto le daba vueltas a los restos de comida de su plato.

—¿Y cuál es el problema entonces, Asha? —planteó, comenzando a molestarse por su actitud.

No sabía qué demonios le ocurría a la keniana, pero Pierre tenía razón, estaba de lo más rara. Y el problema con ella era que se encerraba en su caparazón como una ostra, siendo imposible saber qué le sucedía.

Ésta aprovechó que la pequeña abría la boca bostezando para salirse por la tangente.

—Vale, es por Jasira. Ha sido un día muy largo para ella y debería estar ya dormida. Si me la dejas, voy a acostarla y aviso a Amali para que se quede con ella.

—No, tranquila. Ya me ocupo yo.

Y se marchó de nuevo de la estancia esa noche, pero esta vez con la pequeña en brazos.

Cuando Jasira se quedó profundamente dormida, Noa oyó el sonido de la música y estuvo tentada de no volver a la fiesta que se estaba celebrando como cada domingo. En realidad estaba exhausta, tanto física como anímicamente, y no tenía ningunas ganas de volver a ver el careto de satisfacción de esa odiosa mujer.

Pero no iba a darle el gusto de pensar que estaba sola y lloriqueando como una niña pequeña por las esquinas, cabreada por su presencia. Por tanto, se armó de valor y salió para reunirse con los clientes en el salón de baile.

Con lo que no contaba era con encontrarse a Alonso esperándola fuera de su bungaló, sentado en la escalera.

«¡Mierda!»

Éste, en cuanto oyó abrirse la puerta, se levantó enseguida.

—Hola —la saludó un tanto nervioso.

—Hola.

—Esta noche no le ha costado tanto dormirse —comentó mientras ella bajaba la escalera—. Sería por la hermosa canción que le cantaste.

—Más bien diría que porque estaba agotada.

—No importa, el caso es que parece que os lleváis mejor.

—Yo no cantaré victoria tan pronto. Si en unos días la tónica sigue siendo la misma, entonces podré bailar de alivio; de momento sólo me queda cruzar los dedos.

—Tienes razón —admitió, a la vez que la agarraba por la cintura, acercándola a él con la intención de besarla.

Pero ella esquivó su beso para alejarse de él.

—Tenemos que hablar, Alonso. —Y apretó con fuerza los dientes, para lograr que él no se diera cuenta de lo dolida que estaba—. De Vanesa.

—Tienes razón —reconoció nuevamente, soltando un suspiro de cansancio a continuación.

—¡Vaya milagro! Me has dado la razón dos veces en una misma noche —señaló sonriendo con condescendencia—. Eso tendría que quedar grabado a fuego en los anales para la posteridad.

—No utilices el sarcasmo conmigo, Noa; creía que eso ya lo habíamos dejado atrás —comentó examinándola detenidamente, para intentar descifrar su estado de ánimo.

—Es verdad. Ahora es el momento de demostrar que me he vuelto responsable y que podemos mantener una conversación como dos adultos civilizados.

—Cierto.

—Muy bien, pues no te hago sufrir más, te doy mi bendición.

—¿Tu bendición? —preguntó perplejo.

—Sí, y te lo digo sin ninguna acritud por mi parte. Os deseo, tanto a ti como a tu novia, que seáis muy felices. Y, por lo que pasó entre nosotros, no te preocupes, nunca se enterará.

—¿De qué demonios estás hablando, Noa? ¿Cómo tengo que explicarte que Vanesa y yo no somos novios? Sólo somos amigos, nada más.

Ella apretó con fuerza los puños, clavándose las uñas en un intento de no soltar su genio.

—Yo no me beso con mis amigos, Alonso. Puedo salir de copas, bailar con ellos, compartir confidencias, apoyarlos y escucharlos cuando me necesitan, pero nada más.

—Tú no lo entiendes —soltó frustrado mientras comenzaba a frotarse la nuca.

—Explícamelo —le pidió con mucha entereza.

—Conozco a Vanesa desde mucho antes de que vinieras aquí...

—Lo sé y lo entiendo —lo interrumpió.

—Déjame continuar —le rogó él.

Noa cogió aire profundamente, intentando calmarse, y asintió en tanto se cruzaba de brazos.

—Lo siento, prosigue.

—Al principio sólo éramos amigos. Yo salía de una relación difícil, y no quería saber nada de mujeres durante mucho tiempo. Pero poco a poco fuimos congeniando cada vez más. Me sentía solo y ella también, por lo que fue un paso natural entre nosotros tener sexo sin compromiso. Llegamos a un acuerdo, según el cual podíamos estar incluso con otras personas, sin reclamar ningún tipo de exclusividad entre nosotros. Siempre ha quedado claro entre ambos que lo único que nos ligaba era una amistad. No tenemos ningún otro tipo de sentimientos que nos una.

Alonso dejó de hablar para centrar toda su atención en la expresión de su cara y descifrar lo que de verdad pensaba sobre su confesión. Y ella lo único que hizo fue elevar ambas cejas, sorprendida.

—¡Vaya!, qué liberal todo, ¿no?

—Noa...

—Pero siento decirte que yo no soy así. Quiero a un hombre a mi lado que me quiera, que se comprometa exclusivamente conmigo, que me respete y me cuide como yo me merezco. Yo no puedo ofrecerte lo que tú buscas, Alonso, me sería imposible compartirme con otra mujer.

—Lo sé —afirmó acercándose a ella y agarrando su cara con ambas manos—. Y yo no pretendo que lo hagas.

—Pues pídele que se vaya.

El guía, perplejo, no entendió su exigencia y se separó de ella alejándose unos pasos.

—¿Por qué haría tal cosa?

—¿Y lo preguntas?

—Insinúas que no te fías de mí.

—No estoy diciendo eso.

—Entonces, ¿qué estás queriéndome decir, Noa? Porque ya te he dicho que sólo somos amigos; no tienes por qué sentirte amenazada por ella. Ya lo he hablado con

Vanesa, y entiende perfectamente que lo nuestro no puede seguir como antes.

Ésta hizo una mueca de perplejidad porque creyese que pudiera ser tan ingenua. No tenía muy claro si podía confiar en él o no, pero sí sabía con certeza que de ella no se iba a fiar.

—No quiero que siga aquí.

Alonso, confuso, parpadeó varias veces.

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Perfectamente.

—Entonces me estás confirmando lo que sospechaba hace un momento, no te fías de mí.

Noa se quedó callada durante unos instantes, sin saber qué contestarle. Sus miedos y temores eclipsaban todo lo demás. Conocía las uniones liberales entre un hombre y una mujer, pero ella no las entendía. Podían tacharla de antigua, pero en la vida podría comprender cómo alguien podía acostarse con otra persona sin tener un fuerte sentimiento hacia el otro. Para ella era inconcebible. Además, sabía lo que había visto. Fue ella misma la que los descubrió abrazados y ocultos en la noche. ¿Cómo podía no dudar de ellos?

—No lo sé —susurró al fin.

Alonso se sintió ofendido y dolido por su desconfianza. No entendía en absoluto su actitud. Había sido totalmente honesto con ella como para que desconfiara y recelara de él. Le había contado cosas de su vida que no le había dicho a nadie más. Le había abierto su corazón en canal, demostrándole lo mucho que significaba para él. Le había demostrado que de verdad le importaba. ¿Y aun así dudaba de él?

—Pues tenemos un problema —masculló furioso—, porque no pienso echar a una buena amiga de aquí por tus caprichos. No estás siendo en absoluto razonable y, por supuesto, yo no puedo estar con alguien que no confía en mí.

Y se marchó dejándola allí.

Noa contempló cómo se alejaba exasperado con ella, y un sentimiento de derrota la abrumó por completo. Se apoyó en la barandilla de la escalera, para sentarse en ellas un instante después.

¿Así que eso era todo? Lo que habían compartido durante esos seis días se esfumaba como el humo. Había creído encontrar a la persona adecuada, pero sólo había sido un espejismo. Y lo peor de todo era que, por primera vez en su vida, se había enamorado de verdad, y entregado el corazón a un hombre que no la comprendía.

¿Y ahora qué iba a hacer? ¿Abandonar? ¿Marcharse de allí como una cobarde? ¿O tragarse su dolor y verlo todos los días durante el resto de su existencia? Y si se iba, ¿qué iba a hacer con Jasira? ¿Abandonarla también?

¡Dios! ¿Cómo había llegado su vida hasta ese punto? ¿En qué momento se había

equivocado tanto?

—*Mon amie*, ¿te he estado buscando por todas partes? —prorrumpió su amigo caminando por el sendero, quien advirtió su presencia, sentada en la escalera de su cabaña.

—¡Oh, no Pierre! De verdad, esta noche no estoy para fiestas —le confesó, a la vez que se levantaba de los escalones y se daba la vuelta para subirlos.

—No, no, no, *chérie*. Ni pienses que me vas a dejar solo esta noche —la advirtió cuando se acercó a ella—. Ahora mismo te vienes conmigo y me regalas un baile.

—Te juro por lo que más quieras que en estos momentos lo único que deseo es entrar ahí dentro y meterme debajo de las mantas por los restos —le aseguró girándose hacia él—. ¡No puedo más, Pierre! ¡Estoy agotada! ¡Extenuada!

—¡Vaya, así de fácil! ¡Te rindes sin más! Le vas a dar el gusto a esa *stupide* de salirse con la suya sin dar ni un poco de guerra.

—Esto no es una competición, Pierre; yo no puedo exigirle a nadie que esté conmigo. Y menos todavía obligarlo a quererme. Él ya ha elegido con quién quiere estar, y no es a mi lado. ¡Se acabó, ¿entiendes?!

—¡Claro, es mucho mejor que tú y tu dignidad os escondáis debajo de las mantas! ¡Dónde vas a parar!

—Quizá sea lo mejor —susurró abatida.

—Pues espero que te haga buena compañía, porque yo no voy a estar a tu lado mirando cómo te hundes en la autocompasión —aseguró con una expresión de decepción en el rostro—. Creí que eras una *femme* con carácter, una *femme* fuerte que sabía lo que quería, *chérie*. Pero me he equivocado contigo. En el fondo sólo eres una niña que se rinde en cuanto las cosas no salen como ella quiere.

—Eso no es justo —masculló, resentida por sus palabras.

—¡Oh, pobrecita! ¿Vas a lloriquear ahora?

—¡Vete a la mierda, Pierre! —Y agarrándose la falda para no tropezar con ella, se giró, furiosa, para subir la escalera y meterse dentro de su bungalow.

—¡Sí, huye, *chérie*, escóndete en tu madriguera! Eso es mucho más razonable que plantarle cara y mostrarle a Alonso a la mujer que se ha perdido.

De pronto Noa se paró en seco al recordar las últimas palabras de Alonso.

«Razonable. ¡Razonable!»

¿Cómo podía decir que estaba siendo poco razonable? ¿Acaso no entendía que ella no podría estar tranquila con la otra mujer allí? ¡Por Dios!, ¡se habían acostado juntos! Y, según él, hasta hacía escasos momentos tenían una relación íntima. Entonces, ¿qué se suponía que tenía que hacer? ¿Darles su bendición? ¡Mierda!, en realidad era lo que había hecho.

«¡Maldita sea!»

¿Acaso estaba siendo él razonable con ella? ¿Se había puesto en algún momento en su lugar? ¿Qué le parecería a esa neurona suya si la viera a ella con un antiguo amante? ¿Se quedaría él tan contento?

«¡De eso nada! ¡Ni hablar!»

—¿Sabes qué? ¡Tienes razón! —proclamó volteándose de nuevo y bajando la escalera, decidida.

—*Pardon?* ¿En qué cosa? —preguntó el francés, sorprendido por su cambio de actitud cuando creía que ya había perdido toda esperanza.

—¡¡¡En todo!!!

—*Voilà!* Al fin un poco de cordura.

—No voy a dejar que ese Tarzán trasnochado me vea triste y mustia como una lechuga —declaró resuelta.

Y el cocinero le ofreció su brazo.

—*Mademoiselle.*

—Si prefiere a su amiguita, pues que se quede con ella.

—¡Bien dicho!

—Estoy harta de hacer siempre lo que los hombres quieren.

—¡Por supuesto!

—A partir de ahora yo decidiré lo que es razonable y lo que no.

—¡Faltaría más!

—*Pierre...*

—*Oui, chérie?*

—¡Cállate!

—*Très bien!*

Cuando entraron juntos en el salón, Alonso se encontraba bebiendo una copa en la barra, acompañado de Vanesa... y en el instante en que ésta la vio llegar, le dedicó una amplia sonrisa de triunfo.

Noa no se quedó atrás y, en vez de desviar la mirada, se forzó a responderle con un asentimiento de cabeza y otra sonrisa, más brillante que la suya. Por nada del mundo iba a permitir que esa imbécil se riera en su cara. ¿Quería a Alonso para ella? Muy bien, pues todo suyo. No iba a dejar que supieran cuánto daño le habían hecho los dos. Ella era una Montalbo y, en el juego de fingir y aparentar, era una experta.

En cuanto pisó la pista de baile, no paró de bailar. No pudo ni quiso negarse a hacerlo, ni con los hombres con los que había compartido viaje ni con los otros clientes tampoco. Bailó y rió, simulando estar pasándose en grande, y Pierre fue un amigo y compañero perfecto. No la abandonó en ningún momento y, cuando necesitaba descansar, hablaban entre ellos o departían con los demás asistentes. En realidad, si no fuera porque tenía el corazón roto, esa noche hubiera sido fantástica.

No podía decirse lo mismo de tres personas distintas que se encontraban en ese mismo lugar, y que sorprendentemente, y por el mismo motivo, no podían despegar la vista tanto de Noa como del francés. Diferentes causas pero mismo denominador común.

Los celos.

Capítulo 25

Al día siguiente, a Noa la despertó una diminuta mano palpándole la cara y hablando en un idioma extraño.

—¡Ah, princesa, todavía es muy temprano! —le gruñó a Jasira, suspirando a continuación a la vez que escondía la cabeza debajo de la almohada.

De madrugada, la niña se había despertado llorando en su cama plegable, que habían habilitado especialmente en su bungaló. Medio dormida, intentó tranquilizarla, para al final no quedarle más remedio que llevarla a la suya y cantarle una nana, consiguiendo con ello quedarse ambas dormidas. La mayor, en una esquina sin poder moverse o caería del colchón abajo, y la pequeña, cruzada en medio, con los brazos y las piernas abiertos en cruz.

En ese momento, mientras Noa intentaba despejarse, Jasira estaba agarrando un mechón de pelo rubio para examinarlo con curiosidad.

Y, de pronto, su cabeza emergió de debajo de la almohada para soltarle un «¡bu!».

Al principio, la cría hizo una mueca de susto por la inesperada maniobra, para a renglón seguido echarse a reír. Noa volvió a repetir el mismo gesto unas cuantas veces más, jugando con ella al gato y al ratón, hasta que acabó haciéndole cosquillas, y la chiquilla, retorciéndose de risa.

—Dios santo, cariño, eres toda una princesa, pero ahora hay que asearse y bajar a desayunar —comentó, mientras se levantaban y se dirigían al baño.

Cuando se sentaron a la mesa, la niña la había entretenido más de lo previsto, y ya estaban todos desayunando menos Asha, que llegó apurada minutos más tarde.

—¿Se te han pegado las sábanas? —le preguntó a su amiga en broma.

—Más o menos —ladró la keniata, muy seca, sin tan siquiera mirarla a la cara.

Noa parpadeó varias veces, confusa por su tono, y paralizando un trozo de fruta pinchado en el tenedor a medio camino de la boca de Jasira.

—¿Te encuentras bien? —indagó, pensando que algo grave tenía que ocurrirle para que le hablase así.

—Perfectamente.

Y arrugó el ceño, molesta, cuando Vanesa carraspeó, encubriendo con ese gesto una sonrisa irónica.

—¿Estás segura? —susurró acercándose a su amiga y reiterando su preocupación.

Ésta apoyó los cubiertos en el plato, para de inmediato cuadrar los hombros, envarar su postura y dirigirse a ella.

—Completamente —insistió hastiada.

Descolocada, contempló a su compañera durante unos segundos, sin saber muy bien cómo actuar. No entendía ese comportamiento hacia ella, ni el motivo que lo había propiciado.

—Está bien —murmuró azorada, y retomó la tarea de darle de desayunar a Jasira.

Un silencio incómodo hizo acto de presencia, creando un ambiente tenso entre los presentes, excepto para Vanesa, que creyó que ése era el momento adecuado para satisfacer su curiosidad.

—Disculpa mi pregunta, Noa, espero que no te moleste, pero ¿esa preciosidad a la que le estás dando de comer es hija tuya?

Ésta entornó los ojos con suspicacia, intuyendo que la pregunta no era tan inocente como Vanesa quería dar a entender.

—No, en absoluto, aunque espero muy pronto que esa situación cambie. —Y dirigiéndose al guía, le comentó—: Por cierto, Alonso, tenemos que hablar sobre este asunto. No sé cuáles son los cauces que tengo que tomar para solicitar la adopción de Jasira, o a qué organismos me tengo que dirigir para hacerlo.

—No te preocupes, tengo una cita concertada hoy en Nairobi con el abogado y con el gestor que nos lleva todas las gestiones gubernamentales. Le pondré al tanto de lo que quieres hacer, y él te indicará qué necesita para hacerlo —le contestó amablemente, aunque muy serio.

Ella asintió mientras los demás los observaban, pues la tensión entre ambos era más que evidente. Después de volver a ofrecerle un trozo de fruta a la pequeña, añadió:

—De todas formas, me gustaría hablar un momento contigo a solas antes de que te vayas, pues todavía quedan un par de asuntos que preciso comentarte en privado.

Alonso levantó la cabeza y la miró de forma escrutadora, preguntándose con curiosidad qué estaría tramando esa cabecita suya, pues creía que, después de la conversación de la noche anterior, las cosas habían quedado más que claras entre los dos.

—Por supuesto.

Tras unos breves y tirantes minutos, Vanesa decidió seguir satisfaciendo su curiosidad.

—No sabía que tu intención era adoptar a...

—Jasira —respondió Noa a regañadientes, pues no entendía tanta curiosidad por la situación de la criatura.

—Ajá, Jasira —repitió, sonriendo satisfecha por su malestar.

—La pequeña es una huérfana que nos encontramos en uno de los poblados que visitamos en nuestro último safari —le aclaró Alonso. Y suavizando su tono de voz, no pudo evitar mirar a Noa con orgullo—. Si ella no hubiese tomado la decisión de traérsela, seguramente hubiese muerto de hambre a los pocos días.

La morena se dio cuenta del cruce de miradas entre ambos y le chirriaron los dientes, furiosa porque él se postrara ante la estupidez de la niñata rica. De inmediato, clavando su prepotente mirada en ella, le señaló:

—Es muy loable tu altruismo, querida, pero te advierto de que, si vas a tomar esa medida tan extrema con cada huérfano o huérfana que te encuentres en África, llegará

un momento en el que te verás desbordada, pues te toparás con muchos de ellos por los caminos... o incluso los abandonarán en las puertas del hotel en cuanto se corra la voz.

—Vanesa... —soltó el guía con un tono de advertencia en sus palabras.

—Dudo mucho de que llegemos hasta ese punto —respondió Noa percibiendo la desaprobación en sus palabras.

—Pues yo no lo daría por sentado —replicó la mujer enseñándole los dientes en una falsa sonrisa, y haciendo oídos sordos al hombre que la miraba molesto—. Quizá, por tu juventud e inexperiencia, no has calibrado bien el alcance de tu decisión. Pero no hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que hay muchas familias que, si se enteran de lo que has hecho, no dudarán en dejar a sus hijos en la puerta del *resort*, para poder ofrecerles una vida mejor y que no mueran de hambre o enfermedad, creyendo, con ello, que es mejor correr el riesgo de dejarlos con una caritativa y acaudalada samaritana que esperar a que su hijo se apague lentamente ante sus ojos.

—¡Vanesa! —masculló Alonso enojado con ella y posando su vaso en la mesa con fuerza—. Creo que tus palabras están totalmente fuera de lugar.

—¿Por qué? ¿Por decirle lo que cualquier persona sensata pensaría en su lugar? Lo siento, querido, pero no puedo quedarme callada ante esto. Sé que sus intenciones son buenas, eso no lo dudo, pero sabes mejor que nadie que se ha equivocado de cabo a rabo. En cuanto se corra la voz, los más desesperados vendrán a solicitarle ayuda y limosna, y entonces se encontrará con la desagradable tesitura de tener que negársela.

Noa no daba crédito a sus palabras. ¿Cómo podía existir alguien que fuera ajeno a tanto sufrimiento, sin mover un dedo por evitarlo? Y no sólo eso, sino que se permitía el lujo de sermonear sin remordimientos la actitud de los demás, opinando que estaba haciendo más mal que bien con ello, por demostrar un poco de humanidad.

Deslizó la mirada por los otros comensales que estaban sentados a la mesa, para percatarse de que Asha y Asir agachaban la cabeza, mientras un brillo de rabia contenida brillaba en los ojos de Shukrani, que enseguida escondió al darse cuenta de que lo había pillado.

—No creo en absoluto que...

—Tranquilo, Alonso, no hace falta que me defiendas delante de tu amiga —lo interrumpió Noa alzando el mentón con altivez—. Estoy completamente segura de que Vanesa no ha querido ofenderme en ningún momento. Seguramente tiene mucha razón sobre lo que está hablando, pues es más que evidente que yo no poseo la madurez que ella tiene, ni la experiencia que ciertamente le sobra —contestó con ironía, sin importarle que la mujer se sintiera agraviada—. Pero no pienso pedir perdón por no tener estómago y mirar hacia otro lado cuando veo a una criatura indefensa. Soy completamente incapaz de no sentir compasión por los más débiles y necesitados, ni obviar el sufrimiento de otro ser humano delante de mis narices. Simplemente, no puedo quedarme de brazos cruzados y no hacer nada, no está en mi naturaleza ser así. Lamento que crea que estoy cometiendo un error... pero, si ése es

el caso, será mi error, y yo asumiré completamente las consecuencias de ello. —Y agarrando a la pequeña en brazos, finalizó—. Ahora, si me disculpan, tengo que ocuparme de otros asuntos que requieren mi atención.

Dicho esto, salió del salón con los hombros cuadrados y la cabeza muy alta, sin tener ninguna duda sobre que había hecho lo más correcto para su pequeña.

—¡Noa! —la llamó Alonso instantes después, alcanzándola en medio de la recepción del hotel.

Ella se giró despacio, creyendo que le iba a reprochar su actuación. Estaba dispuesta a decirle cuatro cosas, pero su sorpresa fue grande cuando él habló a continuación.

—A pesar de nuestras diferencias, quiero que sepas que no estoy en absoluto de acuerdo con lo que Vanesa ha dicho —confesó acercándose despacio a ella—. Creo que ya lo sabes, pero, por si las dudas, me gustaría aclarártelo cara a cara. Al principio tuve mis recelos, no voy a mentirte, pero ahora estoy completamente convencido de que eres lo mejor que le ha podido pasar a esta criatura —declaró sonriéndole a Jasira, que le estaba pidiendo que la cogiera en brazos.

Noa dejó que la niña se saliera con la suya y tragó saliva, emocionada por sus palabras.

—Gracias —contestó, mientras tiraba hacia abajo del precioso vestido que se le había enredado por encima del pañal a Jasira, incapaz de sostenerle la mirada—. Te agradezco tu apoyo.

—Noa... —susurró él en un arranque, pero al instante siguiente se arrepintió.

El guía deseaba poder decirle todo lo que realmente pensaba. Quería que supiera lo tremendamente orgulloso que se sentía de ella... por su capacidad para dar sin pedir nada a cambio; por su bondad y falta de egoísmo, asumiendo una enorme responsabilidad que otros no serían capaces ni de imaginar. Sabía que, a su manera, Vanesa tenía su parte de razón, pero no podía dejar de valorar la valentía que Noa había demostrado intentando cambiar las cosas, actuando siendo fiel a sí misma y sin importarle las consecuencias, creyendo en todo momento que estaba haciendo lo correcto. Y eso hacía que la admirara todavía más.

Pero no se atrevió.

Recordó la discusión que habían mantenido la noche anterior, más los celos que todavía lo carcomían por su acercamiento con Pierre. Estaba enfadado y dolido con su actitud, pues le había demostrado que para ella era muy fácil olvidarlo, encontrando rápido consuelo en otro hombre.

Por tanto, lo único que hizo fue bajar la cabeza cuando ella lo buscó con la mirada al musitar su nombre, y concentrar toda su atención en el dobladillo del vestido de la cría. En ese movimiento, inconscientemente, los dedos de ambos se encontraron, acariciándose delicadamente, lanzando a través de sus manos corrientes eléctricas que les erizaron el vello, como si sus cuerpos no pudieran evitar lo que ellos tan tercamente luchaban por esconder. Entonces él elevó los ojos para encontrarse con los

de Noa, anhelando con ello poder confesarle lo que verdaderamente sentía.

Pero de nuevo fue un cobarde y desvió la mirada, y tuvo vergüenza de sí mismo por no poder evitar sentir lo que sentía por ella, a pesar de todo.

—Si quieres, éste sería un buen momento para subir a mi despacho y hablar sobre ese par de asuntos que querías discutir conmigo antes de que me vaya.

Noa ocultó bien su decepción cuando escuchó sus palabras, al creer tan sólo un segundo antes que quizá él estuviera arrepentido y quisiera hacer la paces. Alisando por última vez la tela, y simulando una indiferencia que no sentía, soltó un pequeño suspiro.

—Está bien.

Ambos subieron la escalera para buscar privacidad y hablar sobre los temas pendientes que tenían que resolver todavía.

Quedaron en que, en principio, no hacía falta que ella fuera a Nairobi a prestar declaración en la embajada por el asunto de Sofía. Alonso se encargaría de todo y, si al final fuera necesario, volverían al día siguiente. También acordaron buscar a una persona que se encargara del cuidado de Jasira, mientras Noa trabajaba y atendía sus obligaciones en el *resort*. Convinieron en buscar a alguna mujer de confianza, entre los familiares o amigos de los trabajadores que estaban a sus órdenes.

—Ya hemos hablado anteriormente sobre la adopción de Jasira, pero tengo otro asunto que me gustaría comentar contigo —añadió Noa un tanto cohibida, mientras hacía temblar las piernas, para apaciguar a una inquieta Jasira sentada en sus rodillas.

—Dime.

—Quizá sea conveniente que yo también vaya a Nairobi hoy, y hable directamente con ese abogado. No sé exactamente cuándo cobraré mi primer sueldo, pero me gustaría poder destinarlo íntegramente a comenzar a construir una modesta construcción de madera en la zona oeste del *resort*. Podríamos vallar la zona donde están los cobertizos con los depósitos de gasoil y el almacenaje de las herramientas, y construir al lado una pequeña escuela para los niños y un taller para las mujeres, hasta que yo pueda disponer del dinero que te comenté. También había pensado en donar los ordenadores antiguos y la vieja impresora, cuando lleguen los nuevos que le he solicitado a mi padre, y parte del material de oficina del que disponemos en mi despacho. Sería poco a poco, pero me encantaría poder ayudar, si estás de acuerdo, claro.

—¿Estás segura?

—Completamente —afirmó convencida—. Mi idea consiste en que esa área alejada de los clientes se pueda destinar a enseñar a los niños de la zona a leer y escribir, y, a las mujeres que quieran, a aprender algún tipo de oficio. Incluso he pensado que, más adelante, podría ofrecer microcréditos, para que, después de una enseñanza adecuada, puedan emprender sus pequeños negocios, cobrándoles unos intereses ridículos. Para eso tendría que viajar a España y organizar una fiesta benéfica, y recaudar fondos de los amigos ricos de mis padres y antiguos

compañeros... aunque no creo que eso suponga ningún problema. Algo bueno tiene que tener ser la hija de Diego Montalbo, ¿no?

Mirándolo directamente a los ojos, finalizó.

—Pero me gustaría contar con tu aprobación y tu apoyo en este proyecto, Alonso. Significaría mucho para mí.

El hombre se quedó callado durante unos segundos, que a ella se le hicieron eternos, hasta que finalmente asintió con la cabeza.

—Muy bien, si estás convencida, puedes contar enteramente con mi ayuda. No hace falta que te des el palizón de venir a la ciudad hoy. Hablaré con el abogado para que prepare toda la documentación que necesites y, cuando lo tenga todo dispuesto, le pediré que viaje hasta aquí y sólo tengas que firmar.

Noa soltó aliviada todo el aire que había retenido en su interior, y únicamente fue capaz de asentir. En verdad era muy importante para ella que él la apoyara en esa empresa que llevaba tiempo dándole vueltas en la cabeza.

—¿Algo más que quieras hablar?

—No, creo que eso era todo —contestó después de carraspear para encontrar la voz.

—Estupendo. Ahora, con tu permiso, ya es hora de que me ponga en camino —declaró levantándose de detrás de la mesa del despacho—. Me queda un largo viaje y muchos asuntos que tratar.

—Si te parece bien, puedo preguntarle a Asha y a los demás empleados por una cuidadora de confianza para Jasira —le comentó ella, mientras se levantaba también y salían los tres del despacho.

—Me parece perfecto. Ese asunto lo dejo en tus manos, entonces.

—Muy bien, pues me encargaré de ello en cuanto despedamos a los clientes.

Resuelta, se encaminó hacia la escalera para dirigirse a recepción y después a la entrada del hotel.

—¡Noa!

Ésta se paró en seco y giró el cuerpo al oír su llamada, e inconscientemente arrugó el ceño al ver la grave expresión en su rostro.

—Necesito que me prometas que tendrás mucho cuidado —comenzó a decirle cuando se acercó a ella, luchando con todas sus fuerzas por evitar acariciar su bello rostro.

Deseaba con toda su alma poder abrazarla y besarla antes de marcharse. Le aterraba que pudiera sucederle cualquier cosa en su ausencia. Pero, por mucho que le doliera, había tomado una decisión. Ambos eran completamente distintos, e incompatibles en muchos aspectos, y su determinación de no poder estar con una mujer que no confiara en él era firme. Pero eso ni implicaba que no pudiera preocuparse igualmente o más por ella, y sentirse enormemente frustrado por no poder expresarlo como a él le gustaría.

—No quiero que salgas del complejo. Y, a poder ser, deseo que siempre estés

acompañada por alguien de confianza. No sabemos si Derek se encuentra cerca, ni si cuenta con la ayuda de algún cómplice en la sombra que pueda querer hacerte daño. Por eso es muy importante que extremes las precauciones. Esta gente no se anda con juegos, y estoy convencido de que pueden llegar a ser muy peligrosos.

—Está bien —aceptó a regañadientes, pues le molestaba profundamente tener que vivir con el miedo de una amenaza en ciernes.

Le había costado mucho tiempo y sufrimiento romper el yugo que su padre había mantenido sobre su vida a base de engaños y mentiras, para ahora tener que cohibirse y estar constantemente mirando por encima de su hombro. Por fin había saboreado las mieles de la libertad, que había experimentado desde que había llegado a África, como para perder todo eso por las ambiciones de riqueza de unos miserables ladrones y maleantes. Se sentiría enormemente aliviada de no tener ese molesto peso sobre su cabeza, cuando finalmente esos indeseables acabasen con sus huesos en la cárcel.

—Prométemelo —le rogó con insistencia—. Si no lo haces por ti, piensa que ahora Jasira depende enteramente de que puedas seguir cuidando de ella.

Noa miró a la niña, a quien le estaba cayendo un moco de la nariz que se deslizaba por la comisura del labio, y, sacando un pañuelo limpio del bolsillo del pantalón, se lo limpió con ternura.

—Te lo prometo, Alonso. Te doy mi palabra de que no haré ninguna tontería que pueda ponerme en peligro a mí o a Jasira —le juró para dejarlo más tranquilo.

—De acuerdo —contestó aliviado, después de soltar un profundo suspiro al ver esa fiera determinación que sólo ella demostraba cuando estaba firmemente convencida de algo—. Es hora de que nos pongamos en marcha.

Y juntos bajaron la escalera para emprender el regreso de los clientes a Nairobi.

Pocos minutos después, Alonso volvió a subir la escalera hasta el segundo piso, para acercarse al hombre que custodiaba la puerta de la habitación que ocupaba la doctora Albricci.

—¿Todo en orden? —preguntó al guarda de seguridad que había apostado la noche anterior.

—Todo en orden, jefe Alonso. Yo mismo he revisado que hiciera su equipaje esta mañana temprano, y que estuviera lista para el viaje.

—¿Alguien ha venido a visitarla?

—Sí, jefe, usted tenía razón. Vino e insistió en que quería hablar con ella, pero, en cuanto le enseñé a mi novia, desistió —contestó el guarda, llevándose la mano inconscientemente hacia la pistola que tenía colgada en su cintura.

—Lamento oír eso, Salehe, deseaba de verdad equivocarme en mis sospechas.

—Yo también; no puedo creer que esté implicado en toda esta basura. Lo hubiese podido creer de cualquiera menos de él.

—No podemos afirmar rotundamente que sea así. A mí también me cuesta

creerlo, y quiero estar completamente convencido de su culpabilidad antes de entregarlo a las autoridades. Te ruego que esto no salga de aquí; debemos ser muy prudentes y no levantar sospechas. Si en realidad estuviésemos en lo cierto, podría resultar muy peligroso.

—Entiendo, jefe Alonso, y puede estar seguro de que seré una tumba.

El guía se frotó intranquilo la nuca, mientras maldecía internamente porque sus sospechas fueran fundadas. En realidad estaba furioso consigo mismo por haber estado tan ciego, al tener a esas serpientes bajo su techo durante tanto tiempo sin desconfiar y sin descubrir en ningún momento sus intenciones criminales. Y se recriminó duramente por su estupidez.

—A partir de ahora, quiero que vigiles a Noa muy de cerca —le ordenó—. Necesito que seas su sombra, sin que ella y los demás se den cuenta de tus intenciones. ¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto, jefe Alonso; eso delo por hecho.

—Muy bien, pues te dejo a cargo de su seguridad hasta que vuelva.

Y dicho esto, entró en la habitación de Sofía, para poder emprender viaje lo antes posible. Ahora ya sabía que no podía perderla de vista, y debía asegurarse de que nadie hablara con ella directamente, pues podrían amenazarla de alguna manera. Esta vez viajarían en tres coches, ellos dos solos en uno, e iría fuertemente armado por si sufrían algún tipo de asalto por el camino. Tomaría las medidas necesarias para que llegara viva a Nairobi y pudiera delatar a sus compinches, en el caso de que fuera cierto que tuviera más de uno.

—Querida Noa, quiero que sepas que ha sido la mejor luna de miel que pudiera haberme imaginado. Tanto Martín como yo esperamos poder volver en un futuro cercano, aunque esta vez acompañados por nuestro hijo Lucas. Estoy segura de que disfrutaría muchísimo al poder ver en vivo a sus adorados Timón y Pumba —manifestó, emocionada, Alexia.

—Yo también estoy segura —respondió sonriendo, en parte contenta y en parte triste, pues había llegado a tomarle verdadero cariño a esa pareja—. Ojalá que podáis regresar muy pronto.

—Te aseguro que recordaré este viaje con muchísimo cariño —le respondió Martín, desplegando esa encantadora sonrisa enmarcada por sus sexis hoyuelos—. Pero, a diferencia de mi impetuosa esposa, tengo que ser algo más precavido sobre una vuelta temprana a este maravilloso país. Al menos, hasta que nazca nuestra hija y crezca lo suficiente como para que sea seguro que viaje hasta aquí.

—¡Venga ya! —resopló indignada su mujer—. Si tengo que hacer caso a lo que has dicho, no podremos volver aquí hasta que nuestra hija sea mayor de edad.

—¡Pero qué bien me conoces, mi amor! —soltó el actor, plantándole un beso rápido en la boca, para acto seguido despedirse de Noa guiñándole un ojo, y dar otro

beso en los mofletes de Jasira.

—¡Martín Ledesma Valle! —masculló Alexia mirando hacia los lados para cerciorarse de que nadie más los oía—. Definitivamente vamos a mantener una larga charla tú y yo sobre tu empecinada sobreprotección y tu maldita manía de tomar decisiones sin contar con mi opinión.

—Por supuesto serás bienvenida a nuestro hogar en México cuando quieras —continuó el actor, sin hacerle el menor caso a su mujer y ofreciéndole un cariñoso abrazo a Noa.

—¡Pero bueno, y ahora me ignoras! —bufó molesta Alexia, cruzándose de brazos y dando pequeños golpecitos con la punta del pie—. ¡Esto es el colmo!

Noa no sabía si reír o mantener la seriedad. En verdad, esa pareja era un caso perdido. A pesar de que se les notaba a leguas lo muy enamorados que estaban, se llevaban como el perro y el gato.

—En recepción he dejado mi teléfono y dirección, por si te animas a venir tú, esta princesa encantadora y, por supuesto, tu acompañante —finalizó el hombre con un gesto pícaro, señalando con un movimiento de cabeza hacia Alonso.

—Gracias —respondió ruborizándose intensamente—. Por supuesto, mi invitación de que volváis con todos los gastos pagados sigue en pie. Os estoy enormemente agradecida a los dos, y sería un placer poder compensar de alguna manera vuestra amabilidad conmigo y con Jasira.

—No tienes nada que agradecer —rebatía Alexia, interponiéndose entre ella y su marido, para poder despedirse convenientemente de las dos, propinando un fuerte pisotón al actor para vengarse de su grosería—. Ha sido un verdadero placer conoceros a las dos.

—¡Madre mía! —soltó Noa divertida, al ver a Martín dando saltos a la pata coja mientras aullaba de dolor.

—¡Maldita sea, mujer! ¡Te juro que...!

—¡Oh, mi amor! ¿Te he hecho daño? —le preguntó fingiendo preocupación—. ¡Te juro que ha sido sin querer! Creo que mi embarazo me altera las hormonas y me hace ser muy torpe.

El hombre le lanzó una mirada amenazadora, para después despedirse de Noa con la mano y caminar, renqueando, hacia los coches mientras murmuraba algo por lo bajo.

Alexia observó cómo se marchaba, para después girarse hacia ella con una radiante sonrisa en el rostro, en tanto que Noa sacudía la cabeza, divertida por su osadía.

—Eso podría llegar a considerarse maltrato físico —le advirtió en broma.

—Se lo tiene merecido, por dictador. Pero tranquila, ya le compensaré esta noche adecuadamente en el hotel. Puedo asegurarte que no le durará mucho el enfado.

Noa no pudo evitar echarse a reír y, minutos después, se despidieron cariñosamente.

Realmente iba a echar de menos a esa pequeña mujer. Mucho, pero mucho, de menos.

Capítulo 26

Tiempo después, Noa estaba preguntando por Asha a todo aquel empleado que se topaba por el camino. Justo después de que el último cliente se hubiera montado en el *jeep*, su amiga se había disculpado un momento, alegando que tenía algo urgente que hacer, y todavía no había dado señales de vida. A ella la había entretenido la encargada de limpiadoras, facilitándole la copia del informe semanal de productos que necesitaban, para incluirlo en los gastos generales que previamente había entregado a Alonso. Y, después de mantener una extensa charla con ella y sus subalternas, para informarse sobre posibles familiares o conocidos de plena confianza que supieran cuidar debidamente de Jasira, había advertido, extrañada, que su ayudante seguía sin aparecer. Por eso ahora iba a su encuentro, subiendo la escalera y dirigiéndose a las habitaciones de los empleados, el último lugar donde la habían visto.

Después de oír los golpes impacientes propinados en la puerta, Asha la abrió, entornándola lo justo para sacar solamente la cabeza y que nadie pudiera ver el interior.

—¿Querías algo? —preguntó, indecisa y extrañada por su presencia allí.

—Sí, necesito hablar un momento contigo —contestó, a la vez que Jasira se retorció en sus brazos para ir al suelo.

—Éste no es un buen momento —respondió la keniana cortante, en tanto miraba temerosa hacia atrás.

Noa levantó sorprendida una ceja, perfilando una curva perfecta.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Pues yo, eh...

Pero no se quedó esperando a que inventara una excusa y, aprovechando que la niña se quería colar dentro, empujó la puerta para acceder al interior.

—¡Noa!

—Es de mala educación hacer esperar a la gente en la puerta.

Su ayudante, estupefacta, jadeó con fuerza.

—Es de peor educación entrar sin ser invitada —replicó muy molesta.

—No lo hubiera hecho si no me hubieses negado la entrada.

—Yo no te he negado la entrada.

—Estupendo; entonces, ¿por qué estamos discutiendo?

—Siempre tienes que salirte con la tuya, ¿no?

—Casi siempre, pero ése no es el tema hoy. ¿Se puede saber qué diablos te pasa? —inquirió, yendo directamente al grano, mientras se plantaba en medio de la habitación.

—¿A mí? —preguntó con un brillo de miedo en los ojos—. A mí no me ocurre

nada.

—¡¡¡Ja!!! —bufó Noa, cansada de tanta terquedad—. Eso no te lo crees ni tú. Estás de lo más rara conmigo desde anoche y, honestamente, no tengo ni idea de por qué.

—Ya te he dicho que no me ocurre nada, sólo son imaginaciones tuyas. Ahora, si no te importa... —contestó señalándole con la mano la puerta todavía abierta.

—Por supuesto que me importa. No pienso irme de aquí hasta que aclaremos esto de una buena vez —le advirtió, plantando las manos en la cintura—. Creía que tú y yo éramos amigas, Asha, y las amigas no se ocultan cosas.

—¿Amigas? —cuestionó su compañera abriendo los ojos de forma exagerada, para después callarse abruptamente por miedo a decir algo de lo que se arrepintiera después.

—Sí, amigas. ¿Acaso lo dudas?

Ésta abrió la boca para hablar, pero después rectificó, mientras intentaba esconder disimuladamente una bandeja de comida.

—No te cortes, Asha, dime lo que tanto te molesta.

—Las amigas no se traicionan por la espalda —masculló al fin, con los dientes tan apretados que le dolían, mientras cerraba la puerta de su habitación.

Noa parpadeó varias veces al escuchar sus palabras, que la cogieron totalmente por sorpresa.

—Yo no te he traicionado —respondió dejando caer las manos a los costados.

—Y ahora me tomas por idiota —resopló, sorprendida por su hipocresía—. Ayer os vi yo misma, Noa; no hace falta que lo sigáis escondiendo.

—No sé de qué demonios hablas.

—No lo niegues, no me insultes de esa manera. Ten la valentía de admitirlo y ya está —repuso cruzándose de brazos, más enfadada si cabe que unos minutos atrás.

—No puedo negar ni afirmar algo de lo cual no tengo ni la más remota idea, Asha.

Ésta estalló al fin, harta de tanta mentira. No entendía por qué su supuesta amiga negaba lo evidente. Creía conocerla, pero estaba claro que se había equivocado por completo. Esa doble cara que había advertido en un principio, y que pensaba que sólo utilizaba a modo de escudo, le demostraba la verdadera personalidad de Noa Montalbo. Su falsedad en todo su esplendor, dejándole claro que, al fin y al cabo, los jefes siguen siendo los jefes.

—No mientas más, y ten las narices de confesarme que tú y Pierre estáis juntos —gritó dolida—. Os pillé anoche a ambos abrazados en la parte trasera de las cocinas. Y que tuvieras que ir a cambiarte el vestido sólo quiere decir que... —enmudeció mientras notaba, impotente, cómo las lágrimas surcaban sus mejillas—. No puedo tan siquiera imaginarlo sin que... sin que...

«¡Oh, Dios, cómo duele!», pensó la keniana, agarrándose el pecho y dándole la espalda.

—¿Sin qué, Asha? ¡Dime! ¡Me gustaría saber de qué se me acusa exactamente!
—soltó, decepcionada con ella, alzando también la voz.

Y la pequeña Jasira, percibiendo la enorme tensión entre ambas mujeres, comenzó a llorar. Y Noa, inconscientemente, la levantó en brazos, acunándola entre ellos para que detuviera sus sollozos.

—Es evidente que piensas lo peor de mí, ¿no es cierto? —le recriminó enfadada—. Pero no sé de qué me extraño, por lo visto en este país es una maldita costumbre.

—¿Acaso me lo vas a negar? —le preguntó su ayudante, rabiosa, a la vez que se daba la vuelta y la enfrentaba—. ¿Tampoco es cierto que te pasaste el resto de la noche bailando con él, sin separarte en ningún momento de su lado?

—No, no lo voy a negar, Asha, pero no es lo que tú te crees.

—¡Sí, claro! —bufó exasperada—. No tardaste ni un minuto en echarme a sus brazos, ¿verdad? Y el muy canalla decía estar enamorado de mí. Pero así son los hombres, ¿no? Enseguida encuentran consuelo en los brazos de otra mujer, cuando un instante antes te prometían amor eterno.

De repente Noa entrecerró los ojos, cansada de tener que excusarse continuamente ante los demás.

—¿Sabes qué? Ya estoy harta de tener que dar explicaciones de lo que hago o dejo de hacer —soltó, fastidiada por su actitud. Y de pronto una persona se acercó a ella, para coger en brazos a la niña, que todavía seguía llorando—. Gracias, Hadiya.

Y retomando su discusión con su ayudante, prosiguió.

—¿Qué creías que iba a hacer él después de tu rechazo, Asha? ¿Esperabas que te guardara luto toda la vida? ¿Creías que iba a seguir esperándote como un perrito faldero después de tanto desplante? —Observó cómo ella bajaba la mirada, avergonzada—. No sé a qué viene tanto reproche, cuando tú misma me dijiste que no sentías nada por Pierre. ¿Quieres que te recuerde el día en que te lo pregunté y me lo negaste rotundamente?

—No hace falta —susurró abochornada.

—Niegas sentir algo por él, pero te cabrea que hable con otras mujeres. Te quejas de que se preocupe por ti, pero, en cuanto no lo hace, te enfadas. En el instante en que el pobre te regala un cumplido, le ladras una grosería. ¿O sólo te molesta si lo hace conmigo? ¿Es eso? ¿El problema aquí soy yo?

—Tú no lo entiendes.

—Por supuesto que no lo entiendo, pero ni yo ni nadie. ¿Quieres saber de verdad por qué estábamos abrazados anoche, amiga? —preguntó con sarcasmo—. Nos encontraste así porque nos estábamos consolando mutuamente. Los dos somos tan idiotas que nos hemos enamorado... —hizo una pausa al ver el dolor tan profundo que embargaba el rostro de la keniana... pero de las personas equivocadas, Asha.

En ese instante su amiga empezó a llorar sin control.

—Cielo... —susurró acercándose a ella cuando la vio romperse—. Pierre está locamente enamorado de ti, y yo, de Alonso. Los dos estábamos destrozados, porque

tú lo habías rechazado a él, y Alonso prefirió a Vanesa antes que a mí. Sólo me ofreció su hombro mientras yo lloraba por otro hombre.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó, impotente por no poder parar ya tanto dolor acumulado. Y se sentó débilmente en la cama cuando las piernas le empezaron a fallar—. ¡Perdóname, Noa! ¡Por favor, perdóname!

Y se abrazó a ella desesperadamente, mientras el sufrimiento que llevaba tanto tiempo guardado dentro salió a raudales. Era tan profunda su desolación que, como una riada sin control, Asha no pudo evitar que la angustia desbordara su corazón malherido. Le había dolido tanto o más que al francés el tener que rechazarlo. Y en nada le aliviaba el repetirse continuamente que lo hacía porque ella también lo amaba profundamente y no podía condenarlo a una vida sin futuro a su lado.

—Corazón, no tengo nada que perdonarte —le aseguró, poniéndose de rodillas delante de ella y acunando su rostro entre sus manos, mientras su cuerpo se estremecía por los sollozos—. Sólo deseo que, por una vez en tu vida, seas sincera conmigo, Asha. Es evidente que hay algo muy doloroso que te angustia, y no puedo ayudarte si no confías en mí. Creí que ya no había más secretos entre nosotras.

—Cuéntaselo, hermana —intervino Hadiya.

Asha alzó el rostro y desvió la mirada, para encontrarse con la de su familiar más querido y también a Noa, en tanto una inmensa tristeza asomaba a sus húmedos y enrojecidos ojos. Los ojos de ambas, tan negros como la noche, se comunicaban entre ellos sin palabras, profesando el profundo amor que sentían una por otra, sangre de la misma sangre, y que habían sufrido lo mismo.

Y con un fuerte suspiro asintió, para dirigirse a su amiga y confesarle por fin su verdad.

—Yo también lo amo, Noa, ni te imaginas cuánto. Se me rompió el alma al tener que rechazarlo, y te aseguro que no podría pasar por eso otra vez. Otra vez no —afirmó mientras se limpiaba las lágrimas con el reverso de las manos—. Pero, porque lo amo más que a mi vida, sé que yo no puedo hacerlo feliz... y prefiero que me odie, si con ello consigo que encuentre el amor en otra mujer que sí pueda darle todo lo que se merece. Pero eso no evita que me duela, ¿entiendes? No puedo evitar romperme en dos cuando me mira con desprecio e ira, aun sabiendo que me lo tengo totalmente merecido.

Noa la miró aturdida, sin entender nada. ¿Por qué alguien que era correspondido rechazaría a la persona amada? No tenía sentido. ¿Qué podía ser tan grave que impidiera a su amiga estar con el francés? Si ella estuviese en su lugar, y Alonso la amara tan intensamente como el chef amaba a Asha, no habría nada ni nadie en el mundo que la detuviera. Desvió la mirada un instante, intentando comprender por qué su ayudante actuaba como actuaba.

Y de pronto, la imagen de Jasira jugando con Janeeta y Hadiya en el suelo de la habitación penetró en su desconcertada mente.

—¡Ey, espera un momento! —exclamó cuando al fin cayó en la cuenta—. ¿Qué

hacen tu hermana y tu sobrina aquí? ¿Acaso están de visita?

Asha, con auténtico pánico en el rostro, tragó saliva, mientras negaba con la cabeza al mismo tiempo.

—No —dijo después de unos interminables segundos de terror—. Se han escapado del poblado.

Noa observó primeramente a una y después a la otra varias veces, buscando la confirmación de esa noticia en sus caras, hasta que finalmente asumió las palabras dichas, para acto seguido abrir los ojos como platos y exclamar:

—¡¡¡¿Qué?!!!

—Bien, yo he cumplido mi parte del trato, Sofía, ahora te toca a ti decirme dónde se encuentra Derek —exigió Alonso, después de instalar a la mujer en una celda habilitada de la embajada española.

Durante el camino, la italiana no abrió prácticamente la boca. Inquieta, se pasó el trayecto observando por la ventanilla y el espejo retrovisor, por si los seguía otro vehículo ajeno al pequeño convoy del *resort* que se dirigía hacia Nairobi. Tenía verdadero pánico a que los asaltaran por el camino, o sufrieran algún tipo de emboscada. Pero eso nunca llegó a ocurrir. Los tres *jeeps* siguieron camino sin incidentes hasta la gran ciudad.

Y ahora, aliviada de haber llegado a salvo, se debatía entre contar toda la verdad o no.

—Sólo te lo diré a cambio de que me prometas que no le ocurrirá nada.

—Ya me estoy cansando de tus evasivas, doctora. Tus requerimientos no tienen cabida aquí, y mi paciencia tiene un límite. Te ordeno que me digas ahora mismo dónde está ese desgraciado.

—No eres tú el que ahora da las órdenes, Alonso —dijo, haciendo un gesto con la cabeza y señalando al policía uniformado y al secretario de la embajada, que se encontraban a su lado.

—¡Sofía...! —la amenazó entre dientes, acercándose a ella y apretando con fuerza los barrotes de la celda.

—Yo cumpliré mi parte si me prometes que no le ocurrirá nada malo —lo retó dando un paso atrás inconscientemente.

El guía bajó la cabeza al suelo en tanto maldecía por lo bajo.

«¡Perra malnacida!»

Evidentemente no iba a matar a esa sabandija, aunque se muriera de ganas de hacerlo, pero le estaba quitando la posibilidad de desquitarse con él. Deseaba con todas sus fuerzas partirle la cara y dejarlo lo suficientemente magullado como para que su viaje hacia España fuera lo más incómodo posible.

Levantó la mirada y observó la determinación en su rostro. Y, por mucho que le fastidiara, concluyó que ella tenía razón. Él allí ya no daba las órdenes. Y no podía

arriesgarse. No podía permitir que esa alimaña intentara hacerle daño a Noa de nuevo.

—Está bien —cedió a regañadientes—. Prometo no tocarle ni un solo pelo. Pero tú, a cambio, me vas a decir toda la verdad, Sofía. Primero me encargaré de que detengan a Derek, y luego cantarás el resto. No me creo ni por un momento que sólo tengas ése cómplice; sé que alguien más os ha estado ayudando y quiero saber de quién se trata.

Ésta, después de pensarlo durante unos segundos, asintió, convencida de que ya nada malo podría ocurrirle estando allí.

—Se encuentra en el Golden Day, un hotelucho a las afueras de Nairobi.

Alonso salió disparado de aquel lugar sin tan siquiera despedirse, seguido muy de cerca por el secretario de la embajada y el policía. En poco tiempo, organizaron con las autoridades locales un dispositivo policial de detención en el pequeño hotel situado a las afueras de la ciudad. Y, aunque al principio se negaron, al final cedieron a la presión del guía por poder acompañarlos en el operativo.

Pero su sorpresa fue máxima cuando, al echar la puerta abajo y entrar en la habitación alquilada a nombre de Derek, se encontraron a éste muerto, colgado del ventilador del techo con un cinturón.

—Pero ¡qué mierda...!

Alonso no daba crédito. Anonadado, observaba el cuerpo inerte del americano suspendido en el aire. Había deseado poder matarlo con sus propias manos, pero, en el fondo, eso sólo había sido producto de su rabia y frustración, al sentirse traicionado por la persona a la que creía su amigo y compañero. En realidad hubiese hecho cualquier cosa con tal de que todo aquello no hubiera ocurrido nunca.

Desolado, salió de allí preguntándose qué diablos iba a hacer a continuación. No estaba completamente seguro, tendría que esperar a lo que dictaminara la autopsia, pero podría apostar todo lo que tenía a que la muerte de su antiguo guía no había sido un suicidio. Lo conocía lo suficiente como para saber que no tendría ni las agallas ni los motivos necesarios para hacerlo... pues, escondido en esa pocilga, era literalmente imposible que se hubiera enterado de que tanto él como Noa habían descubierto todo su entramado delictivo. Por tanto, eso no hacía más que afianzar sus firmes sospechas sobre un tercer cómplice.

Si sus temores eran ciertos, entonces todo aquel asunto era mucho más peligroso de lo que realmente pensaba. Si alguien se había tomado la molestia de matarlo significaba que no tenía ningún tipo de escrúpulo a la hora de hacer daño a cualquiera con el objetivo de borrar su rastro. En esa ocasión ya no había dejado su destino en manos de unos animales peligrosos; esta vez se había manchado las manos con sangre, y ya no pararía hasta eliminar cualquier cabo suelto.

«¡No!»

Se negaba en redondo a admitir que cualquiera de los hombres con los que había trabajado codo con codo durante tanto tiempo pudiera ser un criminal de tamaño

envergadura. Podría creer que fueran unos ladrones y codiciosos, pero asesinos... asesinos a sangre fría...

«¡No! ¡Imposible! ¡Y menos él! ¡Él no llegaría tan lejos!»

Pero ¿y si estaba equivocado? Alonso se frotó, inquieto, la nuca.

¿Y ahora qué iba a hacer con Sofía? Si le contaba la verdad, seguramente se asustaría lo suficiente como para cerrarse en banda y no soltar prenda. Y necesitaba saber quién era el otro cómplice. Ahora, más que nunca, era imperativo descubrir si sus suposiciones eran ciertas. No podría dormir tranquilo sabiendo que, entre sus hombres de confianza, se escondía uno capaz de matar sin remordimientos.

«¡Todo esto apesta! ¡¡¡Joder!!!»

Regresó cabizbajo a la embajada, pero no pudo volver a hablar con la doctora, pues la situación había cambiado por completo. Las autoridades, al igual que él, creían que la muerte de Derek no había sido un suicidio, por lo que ahora estaba abierta una investigación policial en curso, de la cual ellos se encargarían. Lo retuvieron durante unas horas para interrogarlo, y acordaron ponerse en contacto con él si las pesquisas avanzaban de algún modo. Lo informaron, además, de que en unos días se pasarían por el *resort* para interrogar a los demás empleados, incluida, por supuesto, la señorita Montalbo.

Alonso, contrariado, no pudo hacer nada más por averiguar lo que necesitaba saber, y no le quedó más remedio que, a regañadientes, aceptar la nueva coyuntura. Salió del edificio para dirigirse a las oficinas de su abogado y terminar de realizar todos los asuntos pendientes que aún le quedaban por hacer.

—A mi despacho, Asha, ¡ahora!

Ella asintió cabizbaja, sabiendo que se había metido en un buen lío, pero no le había quedado otra opción que acoger a su hermana y su sobrina, a sabiendas de que eso podría costarle su empleo. Había estado mucho tiempo esperando, angustiada, el momento en el que aparecerían por esa puerta y, ahora que había llegado, no podía por menos que ayudarlas, costara lo que costase.

—¡Por favor, no la despida, jefa Noa! —rogó Hadiya, muy nerviosa, retorciéndose las manos—. Ella no ha tenido la culpa. Yo me presenté aquí con mi hija y...

—No te preocupes, Hadiya, nadie va a despedir a tu hermana —aclaró intentando calmarla—, pero necesito hablar con ella a solas, ¿lo entiendes?

Ésta asintió rápidamente, con una expresión de auténtico pánico en el semblante, y Noa esbozó una sonrisa tranquilizadora. Con un gesto de cabeza, ordenó a su ayudante que fuera saliendo y, antes de seguirla, le pidió un favor a su hermana.

—¿Puedes quedarte un momento cuidando de Jasira mientras hablo con Asha?

—Sí, por supuesto.

—Gracias.

Luego salió de la habitación, con la intención de mantener una conversación muy seria con su empleada. Sospechaba que algo muy grave había ocurrido, y necesitaba de una vez por todas que le contara toda la verdad. Pero, cuando cerró la puerta, se cruzó con Amali... y una idea cruzó como un rayo por su cabeza. Mientras una sonrisa perversa asomaba a sus labios, al oído, le susurró una orden que a lo mejor cambiaría la vida de su amiga.

Aunque, quizá, también podría acabar con su amistad definitivamente. Pero Noa sacudió la cabeza, alejando ese pensamiento. Era un riesgo que estaba dispuesta a asumir. Si Asha no lo hacía, lo haría ella en su lugar. Había hecho una promesa y estaba resuelta a cumplirla, por lo que, decidida, entró en su despacho, dejando la puerta entreabierta a propósito.

—Bien —comenzó a hablar mientras se sentaba en su silla y le hacía un gesto a su ayudante para que la imitase—. Creo que ya va siendo hora de que me cuentes qué está ocurriendo aquí.

La mujer bajó la mirada, sintiéndose arrepentida y avergonzada. Había rezado porque ese momento no llegara nunca, pero, evidentemente, la suerte no estaba de su lado. En ese instante, lamentaba todo lo malo que había pensado de su jefa, cegada por la ira y el dolor, que no la habían dejado pensar con claridad, pagando con Noa toda esa amargura que acumulaba dentro. Si hubiera confiado más en ella, no se sentiría tan miserable como lo hacía en ese instante. Había despotricado contra su amistad, siendo ella la única que la había traicionado.

—Antes de nada, quiero pedirte disculpas por mi comportamiento anterior —se arrancó, sin despegar la mirada de sus manos, que retorcían nerviosa la tela de su vestido—. He dicho cosas que lamento profundamente, acusándote de traicionar nuestra amistad, cuando es evidente que la única que lo ha hecho he sido yo.

—Asha, mírame —solicitó con firmeza. Cuando ésta lo hizo, le dedicó una sincera sonrisa—. Eso está olvidado.

Al oír eso, lágrimas de agradecimiento se acumularon en las comisuras de sus ojos.

—¡Dios mío, Noa, lo lamento tanto! —sollozó sin poder contenerse—. ¡Perdóname, por favor! ¡Perdóname!

Ésta se levantó y corrió a abrazarla.

—¡Chist... ya está! ¡No llores! Escúchame, cielo, las amigas estamos para lo bueno y para lo malo, ¿de acuerdo? Ahora necesito que me cuentes qué está pasando para poder ayudarte, ¿sí?

Asha asintió, mientras daba gracias a Dios por tener a alguien así a su lado. Luego carraspeó, buscando la voz, para comenzar a contar su historia.

—No sé por dónde empezar.

—Ven conmigo —le pidió con ternura, y la ayudó a sentarse con ella en el suelo, después de entregarle una caja de pañuelos de papel—. Empecemos por el principio, ¿vale?

Su amiga se sonó la nariz, y comenzó a hablar después de coger aire y exhalarlo con fuerza.

—Como ya sabes, la cultura africana tiene costumbres y tradiciones muy antiguas y arraigadas. Celebramos ritos y ceremonias, la gran mayoría de ellos totalmente inofensivos para el ser humano, generalmente para pedir abundancia en nuestras cosechas y ganado. Pero hay otros que, por desgracia, no lo son. Tienes que entender que, para nuestro pueblo, son prácticas aceptadas con normalidad. Llevan tantos siglos practicándose que no se cuestionan, aunque en realidad sean una auténtica aberración.

Y suspirando con pesar, la mujer hizo acopio de valor para contarle lo que tanto ella como su hermana habían padecido en sus propias carnes, cambiándoles la vida por completo, creándoles, sobre todo a ella, un trauma tan grande que no había podido llevar una vida plena y normal desde aquel fatídico día.

—¿Has oído hablar alguna vez de la ablación genital femenina?

—¡Por Dios! —exclamó Noa horrorizada, tapándose la boca con las manos—. No me dirás que a ti... a tu hermana...

La keniata asintió con pesar. Y, de pronto, Noa cayó en la cuenta, abriendo los ojos desmesuradamente.

—¡Virgen santa! ¿Le han hecho lo mismo a Janeeta?

—Todavía no, pero estaba previsto que se lo hicieran dentro de dos días. Mi hermana intentó por todos los medios que eso no ocurriera, pero fue en vano. Me pidió ayuda, Noa, y no pude abandonarla.

—Entiendo.

—Es mi sobrina, y no íbamos a permitir que pasara por el mismo calvario que pasamos nosotras. Llevábamos meses planeando qué hacer si llegaba este momento, y no le han dejado otra opción más que abandonar a su marido y, por supuesto, a mis padres y la aldea.

—¿Cuáles serán las consecuencias que conllevará lo que ha hecho tu hermana?

La ayudante estrujaba compulsivamente un trozo de pañuelo entre sus dedos.

—Con suerte sólo el destierro, pues, gracias a Dios, es una práctica ilegal y está penada con penas de hasta cinco años de cárcel y multas cuantiosas. Incluso con la pena de muerte si la menor fallece. Pero todo depende del grado de corrupción de las autoridades. Hay algunos que miran hacia otro lado, después de recibir una buena remuneración, sin importarles en absoluto el destino de la madre o de la hija, si son encontradas por sus familiares.

—Pero eso no va a ocurrir, ¿de acuerdo? —le aseguró Noa, agarrándola de ambas manos para insuflarle aliento—. No dejaré que eso suceda. Te lo prometo.

Asha sonrió agradecida, sabiendo que, si había alguien en el mundo que podía ayudarlas, era precisamente ella. Y gimió internamente, increpándose por haber sido tan estúpida y no haber confiado antes en Noa. Esa mujer le había demostrado ser una excelente persona y una increíble amiga. Entonces se prometió no volver a dudar

nunca más de esa amistad y lealtad que había surgido entre las dos. Jamás volvería a poner en duda el cariño sincero que había nacido entre dos personas tan distintas como ellas. Nunca más.

—Gracias —susurró la keniata, emocionada.

—Ni te molestes en darlas —replicó su jefa.

Y mientras digería toda esa información, Noa no pudo evitar hacer la pregunta que rondaba en su cabeza.

—¿Por qué lo hacen? —preguntó horrorizada—. Lo siento, cielo, pero no encuentro ningún motivo justificable para poder cometer semejante atrocidad.

—Sé que es difícil de entender. Ni yo misma puedo comprender los motivos que han llevado durante siglos a mi pueblo a practicar esta horrible costumbre. Pero, al igual que el hombre sufre la circuncisión de su prepucio, a las mujeres nos extirpan el clítoris en una ceremonia de «purificación». Las matronas de la tribu deciden cuándo es el momento propicio para realizar el ritual, que suele coincidir con el matrimonio pactado de la niña en cuestión, pues se cree que es la iniciación para prepararla en el papel de esposa y madre, y que no podría ejercer sin esta amputación ritual. Por eso nunca es a una edad concreta, aunque suele ser antes de la pubertad. También afirman que una mujer «circuncidada» tiene un impulso sexual menor, y por eso guardará más fácilmente la fidelidad conyugal.

—Es una barbaridad —soltó entre indignada y confusa—. No puedo ni imaginar por lo que tuviste que pasar.

Asha desvió la mirada, intentando no volver a llorar, aunque le estaba resultando muy duro. Los recuerdos se agolpaban en su mente, volviendo a revivir una vez más ese angustiante momento, por el cual todavía sufría terribles pesadillas de noche.

—Fue monstruoso —afirmó después de tragar saliva con fuerza—. Una niña no puede llegar a entender por qué las personas a las que más ama, como son su abuela, su tía y su propia madre, la sujetan y le abren las piernas, mientras otra le corta una parte de sí misma con una mugrienta hoja de afeitar. Gritas indefensa y aterrorizada, mientras te infligen un dolor tan espantoso que llegas a desmayarte o a quedarte en estado de *shock*.

—¡Dios mío, Asha, no sabes cuánto lo siento!

La mujer levantó la mirada hacia el techo, intentando retener las lágrimas que pugnaban por salir nuevamente.

—Todavía no puedo perdonarme el no haber podido evitar que Hadiya pasara por lo mismo.

—Sólo eras una niña, cielo. No te culpes por algo que era inevitable.

—Al menos tengo el consuelo de que a ella no le quedó ninguna otra secuela, al contrario que a mí. —Y se mordió el labio, tembloroso, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Noa tenía miedo de preguntar. En ese momento deseaba poder salir de allí corriendo, para poder gritar de frustración y de... rabia.

Sentía vergüenza. Sí, vergüenza por lloriquear como una estúpida durante todos aquellos años, creyendo que había sufrido injustamente a manos de su familia. Lo que ella había pasado, en comparación con la tragedia de Asha, era una simple disputa familiar. Nada de lo que había soportado podía compararse con eso. Nada.

—¿Qué...? ¿Qué te pasó?

—Sufí una infección tan grave que estuve al borde de la muerte —le reveló con una inmensa tristeza en la mirada—. Consiguieron salvarme la vida, pero gracias a ello jamás podré tener hijos propios.

E hizo una pausa para reunir valor y confesarle su dolor más profundo.

—Por eso no puedo estar con Pierre, a pesar de lo mucho que lo amo, ¿entiendes? No puedo condenarlo a estar con una mujer que no puede darle hijos ni formar una familia juntos. Yo... yo no soy una mujer completa, Noa, y... y... no podría hacerlo feliz nunca.

—Cariño, eso no es cierto.

—Sí, sí que lo es —rebatí con pesar, levantándose del suelo alterada—. Estoy rota, ¿entiendes? ¿Qué puedo ofrecerle a él, Noa? ¡Nada! Nada que no sea dolor y trauma. Nunca he estado con un hombre íntimamente, y... y... no sé si podría hacerlo. Detesto mi cuerpo, odio en lo que me han convertido. ¿Cómo podría quererme nadie cuando ni yo misma me soporto? Lo mejor para él es que me olvide, que encuentre a una mujer que sí lo merezca, que pueda darle la vida que yo no puedo... que lo ame y lo haga feliz.

—Esa decisión debería tomarla yo, ¿no crees, *chérie*?

—¡Pierre! —exclamó Asha cuando vio entrar al francés en la habitación, e inmediatamente giró la cabeza para lanzarle una mirada de reproche a su amiga.

Ésta se encogió de hombros, simulando inocencia, y la keniana empezó a recular cuando advirtió que el hombre se dirigía directamente a ella.

—¡No! ¡Vete! ¡Quiero que te vayas! —le suplicó cuando él la arrinconó contra la pared—. ¡Márchate! ¡Déjame en paz!

—*Au contraire, mon amour*, mi sitio está aquí, contigo.

—¡Por favor, Pierre! ¡Te lo ruego!

—No lo hagas, *ma petite*, no te va a servir de nada —le advirtió, rodeándola entre sus brazos—. Yo decido con qué mujer quiero estar y no tú, ¿me has entendido? Soy lo suficientemente inteligente como para saber quién me puede hacer feliz y quién no, *d'accord*? Y, a pesar de que eres la mujer más terca, más necia, orgullosa y cabezota que he conocido en mi vida... también eres la más valiente, hermosa e increíble que he llegado a tener la suerte de encontrar. No puedo estar más orgulloso de ti, *ma vie*; no después de saber por todo lo que has pasado.

Y aquí el hombre se paró, para levantarle el rostro con delicadeza y que lo mirara directamente a los ojos.

—*Oh, mon Dieu, Asha! Je t'aime, mon amour. Je t'aime.*

Y con la misma delicadeza, unió sus labios con los de ella para sellar esa

declaración de amor.

—Siempre estaré a tu lado, *ma princesse*. Los dos juntos formaremos esa familia que tanto deseas —susurró contra sus labios, para a continuación besarla nuevamente, con más pasión—. Para siempre, *mon amour*.

—¡Pierre...!

Y esta vez la mujer no pudo evitar corresponder a esa pasión que a ella misma la desbordaba. No podía seguir luchando contra ese sentimiento tan fuerte y cálido que derribaba, como frágiles plumas, todas sus defensas. El chef había aprovechado ese momento de debilidad para echar abajo las barreras que con tanto esfuerzo ella había levantado. Estaba cansada de sufrir, de luchar contra un imposible, de negarse ese amor que con tanto anhelo deseaba. Debía intentar dejar atrás todos sus miedos y sus temores, para dar paso a la felicidad y la alegría que la vida le debía. Tenía que resarcirse de todo lo que le habían robado... su inocencia, su niñez, sus sueños, su futuro. Se merecía una esperanza, una oportunidad. Y lucharía por ella con uñas y dientes si hacía falta... porque esta vez no se la arrebatarían. Esta vez no. Y, lo más importante, no lo haría sola.

—Ejem —carraspeó Noa, incómoda al ser testigo de un momento tan íntimo entre dos personas—. Ejem —volvió a carraspear, en un intento de llamar su atención.

Pero claramente la pareja no era consciente de su presencia, entretenidos como estaban en otros menesteres.

—Bueno, obviamente os habéis olvidado de mí —dijo en voz alta, señalando lo evidente—. Así que, como sobro, pues...

Pero nada. Tanto Pierre como Asha seguían ajenos a cualquier cosa que no fueran ellos mismos.

—Creo que es mejor que me vaya —murmuró abochornada.

Ya con la mano en el pomo de la puerta, se giró para comentarles:

—Sí queréis, podéis cogeros el día libre... y eso.

Y como ambos seguían besándose con pasión, murmurando palabras de amor, Noa decidió que lo mejor era no molestarlos más. Pero, cuando estaba a punto de cerrar la puerta y darles esa intimidad que necesitaban, se acordó de algo importante y asomó un poco la cabeza, con los ojos cerrados, para decir:

—Lo siento, Pierre, pero todo el día no puede ser, porque hoy llegan los nuevos clientes y... —abrió un ojo para comprobar que seguían sin advertir su presencia—... y ya lo hablaremos más tarde mejor.

Y cerró con suavidad, para marcharse de allí feliz por ellos, pero sonrojada hasta las raíces del cabello.

Cuando Alonso llegó al *resort*, todavía no estaban allí los nuevos clientes, y creyó oportuno hablar cuanto antes con Noa, pues después sería bastante difícil hallar un momento de tranquilidad. Quería ponerla al tanto de todas las novedades y noticias

que traía, por lo que le preguntó de inmediato por su paradero a Asha, que justo se encontraba enfrente de él, dando las últimas indicaciones a una empleada de la limpieza.

—¿Sabes dónde está Noa? Necesito hablar con ella urgentemente.

—La dejé en la cocina echando una mano.

—¿Echando una mano?

La mujer, abochornada, no pudo evitar sonrojarse, al recordar el motivo exacto de la demora que estaban sufriendo en ese momento, que no había sido otro que la pasión desmedida entre ella y Pierre, y que los había retrasado de forma considerable. A pesar de que se había opuesto enérgicamente, Noa se empeñó en ayudar al chef en la cocina cuando fue más que evidente que, si no se apuraban al máximo, no iba a haber cena que ofrecer a los clientes esa noche.

—Sí, bueno... ejem... hubo un pequeño retraso... y... nada grave, pero... bueno yo...

Alonso enarcó una ceja al advertir el extraño comportamiento de la keniana, pero en ese momento no tenía tiempo para adivinar qué le pasaba a su empleada, por lo que se giró de repente, cortando de pronto la confusa y aturullada explicación que le estaba ofreciendo.

—Da igual, yo mismo voy a buscarla —dijo, y se encaminó, decidido, hacia el lugar donde se suponía que debía encontrarla.

Cuando Alonso y Asha llegaron a la puerta de la cocina, se quedaron congelados al escuchar las siguientes palabras.

—Abre bien, Noa, con cuidado y todo lo que puedas.

—¿Así es suficiente?

—*Oui, chérie*, así es perfecto.

—¡Oh, Pierre, esto está muy caliente!

—Lo sé, soy consciente. Ahora tengo que introducirlo despacio... poco a poco... así... *très bien*.

El guía miró totalmente descolocado a su compañera, sin dar crédito a lo que estaba escuchando detrás de la puerta.

—Alonso, estoy segura de que no es lo que parece.

—¡Cállate! —le ordenó furioso, prestando de nuevo atención a lo que estaba sucediendo dentro.

—¡Madre mía, nunca creí estar haciéndolo contigo! ¡Es increíble, Pierre! ¡Ah, me encanta!

—Está mal que yo lo diga, *ma petite*, pero soy el mejor. Lo que yo hago está al alcance de muy pocos.

—Eso es cierto, tienes unas manos increíbles.

—Estoy totalmente de acuerdo, *mademoiselle*.

—Tengo que decírtelo, ¡me muero por probarlo!

—No seas impaciente, *mon amour*; acabamos de empezar.

«¡¡Basta!!», pensó el guía, furibundo, al escuchar esas palabras.

Rojo de ira, no pudo aguantar más y abrió la puerta con ímpetu, dispuesto a pillarlos in fraganti. Pero ésta, debido al potente impulso, chocó con fuerza contra la pared y rebotó contra ella, estampándose luego en toda su cara.

—¡¡Joder!! —soltó con rabia, mientras se echaba las manos al rostro, pues estaba seguro de que se había roto la nariz con el impacto—. ¡Maldita sea! ¡Me cago en...!

Detrás de él apareció Asha, sólo para encontrarse con su jefa agarrando la puerta del horno con los ojos como platos, mientras Pierre introducía una bandeja dentro, a rebosar con carne de cordero para asar.

—¡Por el amor de Dios!, ¿te encuentras bien? —preguntó Noa, recuperándose de la impresión y acercándose al guía, asustada al ver la sangre que manaba de su nariz.

—¿Que si me encuentro bien?! —rugió enajenado, mientras le arrancaba de las manos el trapo limpio que le llevaba para intentar cortar la hemorragia—. ¡Exijo saber qué cojones está pasando aquí!

Y observó cómo ella daba un paso atrás, sorprendida por su reacción desmedida.

Alonso barrió con la mirada la cocina al advertir que algo no cuadraba, pues se encontraba completamente vestida, y no estaba a solas con Pierre, como en un primer momento había sospechado. Tanto ellos dos, como Baakir y Zawadi, no salían de su asombro, confusos por lo que estaba pasando.

—¿De qué hablas? —quiso saber Noa, desconcertada por su violento arranque.

Éste maldijo en alto, por haberse dejado llevar por ese impulso irrefrenable producido por sus celos desmedidos, y huyó de la estancia completamente abochornado, para irse a esconder a su despacho.

—¡Soy un completo imbécil! —lanzó, furioso por su estupidez, mientras se sentaba en la silla y elevaba la cabeza, apoyándola en el respaldo.

—En eso estamos de acuerdo —concluyó Noa, entrando en la estancia después de haberlo seguido.

—¿Qué haces aquí? —inquirió de malas formas.

Ésta levantó una ceja, sorprendida, para después chasquear la lengua, dando a entender que no se podía ser más necio de lo que ya era. Y Alonso, mentalmente, le dio la razón.

—Intentar que no mueras desangrado —expuso mientras le quitaba el trapo y examinaba su nariz, que se estaba empezando a hinchar a pasos agigantados.

—Soy médico, niñata, y creo que sé exactamente cuándo puedo morir por exanguinación y cuándo no.

—Un médico bastante torpe, por cierto —señaló, en tanto que apretaba el trapo contra su cara, arrancándole un siseo de dolor al guía—. Voy a por un poco de alcohol y unas gasas.

Pero, antes de llegar a la puerta, se volvió para preguntarle.

—A no ser que prefieras que avise a tu novia.

Éste le lanzó una mirada furiosa.

—Estoy cansado de decirte que no es mi novia, niñata. —Separó el trapo de la cara para comprobar por sí mismo que no se había roto el tabique nasal—. De todas formas, no hace falta que le digas nada, no quiero preocuparla.

—Por supuesto —respondió con sarcasmo, y se dirigió al dispensario a por los productos sanitarios.

Cuando volvió, le hizo las curas con presteza y en silencio, sólo roto por algún quejido que otro. Y durante todo ese tiempo, Alonso no le quitaba ojo de encima, devorándola con la mirada y deseando poder arrancarle esa fría pose a base de húmedos y calientes besos. Observó atentamente cómo arrugaba ligeramente el entrecejo, totalmente concentrada, mientras sus impresionantes ojos azules demostraban compasión cada vez que se quejaba por el dolor. O cómo un rebelde y sedoso cabello rubio le caía hacia delante, haciéndole cosquillas en la cara, que ella, molesta, apartaba con impaciencia.

Ojalá pudieran volver a la sabana, deseó él con pesar, y recuperar la magia que habían vivido los dos durante aquellos escasos días, olvidando sus diferencias y apartando sus miedos y reproches en lo más profundo de un agujero. Alonso precisaba sentirla, amarla, tocarla, besarla... Hundirse en ella una y otra vez, demostrándole lo importante que era para él, y lo mucho que la necesitaba a su lado.

¡Dios!, esa mujer se le había metido debajo de la piel como nunca en la vida podría habérselo imaginado. Y en esos momentos, y a pesar de estar magullado, no podía apartar la mirada de su sexy boca, la cual se moría por besar.

—Gracias por preocuparte por mí —susurró quedamente.

Noa dejó la mano suspendida en el aire al escuchar esa voz ronca por el deseo, y buscó su mirada para advertir cómo sus pupilas dilatadas indagaban en lo más profundo de ella. Abrió la boca inconscientemente, mientras se perdía en ese abismo, hipnotizada por su embrujo y olvidando la noción del tiempo y el espacio. Su corazón comenzó a latir desbocado, a la vez que su sangre rugía a través de su cuerpo, haciéndola sentir cada roce de su piel, cada aliento que exhalaba, el calor que desprendía, el aroma que la embriagaba...

—De nada, lo hubiera hecho por cualquiera —murmuró tan bajito que, por un momento, creyó que no había hablado en alto.

—¿Estás segura? —preguntó él, acercándose más a ella y agarrándola por la cintura para apresarla entre sus piernas.

—Completamente —respondió casi en un suspiro, mirando embelesada esa boca que la atraía como un imán.

—Es una pena —reconoció Alonso, acercando su cara a la de ella a escasos centímetros.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría agradecértelo de una forma muy... —y rozó con sus labios los de ella, a punto de hacer algo que llevaba deseando demasiado tiempo—... especial.

Y cuando justo estaba a punto de besarla, oyeron la voz de una mujer entrando en el despacho.

—¡Noa, cariño, ¿estás aquí?!

Ésta se separó de él de forma atropellada, mientras, confundida, no daba crédito a lo que sus ojos veían.

—¡¿Mamá?! —exclamó de forma chirriante.

Capítulo 27

—Siento la interrupción —se disculpó Asha, consternada—, pero tu madre exigió hablar urgentemente contigo.

Su amiga asintió con la cabeza, entendiendo su aflicción.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la mujer, lanzándoles una mirada inquisitiva a ambos.

—Nada, mamá —contestó Noa acercándose a ella—. ¿Y tú? ¿A qué se debe esta visita tan inesperada?

—Sólo he venido para saber cómo estás, ya que no te dignas contestar a mis llamadas —le respondió, sin apartar la vista de Alonso.

Éste, todavía pasmado por su presencia, no había abierto la boca, pues estaba viendo una réplica exacta de Noa, pero con unos cuantos años más. La mujer que tenía delante era alta y esbelta, con un porte y una elegancia extrema, y los mismos e impresionantes ojos azules de su hija, a excepción de un velo de tristeza, que los apagaba y no los hacía tan brillantes como los de ella, y un marcado rictus de soberbia en su rostro.

Su presencia, en cierta forma, lo intimidaba. La postura rígida demostraba altivez y orgullo, como si no estuviera cómoda en ese ambiente y se sintiera totalmente fuera de lugar. Era como hallarse delante de una persona que sabía que algo malo habías hecho... o, por el contrario, estaba esperando a que cometieras un error garrafal, para después echártelo en cara. Lo hacía sentir inseguro y no era una sensación para nada agradable.

Y un tanto extrañado, pudo advertir cómo, a pesar de haber realizado un viaje tan largo e incómodo, su vestimenta estaba impoluta y sin una arruga, algo que a él se le antojaba increíble.

—Bienvenida a Resorts Montalbo —la saludó Alonso, recuperando el habla y ofreciéndole la mano para estrechársela.

Ella siguió su gesto con la vista, para después ignorarlo y dirigirse a su hija, mientras el guía recogía su brazo, violentado por el evidente desprecio.

—No estaba enterada de que ya habían llegado los clientes, si no te hubiese recibido yo misma —señaló Noa percatándose del gesto poco amable de su madre.

—Pues hubiese sido un detalle por tu parte —soltó ésta molesta, mientras examinaba el lugar con un leve fruncimiento de nariz—. Aunque veo que estabas ocupada en otros menesteres.

Noa puso los ojos en blanco, a la vez que negaba con la cabeza. Fue muy consciente de que no había echado de menos para nada a su familia, a no ser aquel extraño momento de nostalgia del cual ahora se arrepentía, al reparar en esa faceta tan desagradable que dejaba en evidencia ese lado esnob que, no sabía muy bien si

consciente o inconscientemente, dejaban relucir tan a menudo.

—Por cierto, el hombre que tan educadamente te ha dado la bienvenida es Alonso Rivas. Él es el encargado de todo el complejo hotelero, así como también guía y responsable de las excursiones que se realizan. Además de ser el médico jefe del *resort* —lo presentó con orgullo—. Alonso, ésta es mi madre, Cayetana Ortiz.

La mujer lo miró por encima, dejando claro su escaso interés en él, pues no la habían impresionado en absoluto sus diversas facetas que tan convenientemente su hija había intentado ensalzar.

—Encantada —respondió con desidia.

Y él apretó con fuerza los dientes, sintiéndose insultado por sus formas. Pero, aun así, por respeto, le devolvió el saludo con un asentimiento de cabeza. Entonces Asha aprovechó para intervenir, consciente del tenso momento que reinaba en ese instante.

—Lo siento, Noa, estabas ocupada y no quise molestar, si no ten por seguro que te hubiese informado antes —se excusó su ayudante.

—No te preocupes, cielo; mi querida madre tampoco tuvo el detalle de avisarnos de su llegada.

Ésta arrugó el ceño al advertir las confianzas de su hija con esa empleada, y se anotó mentalmente el recordarle su error más tarde.

—Fue todo demasiado precipitado, estaba preocupada y vine en cuanto pude.

—Tú, ¿preocupada? —preguntó sorprendida.

—No sé de qué te extrañas: soy tu madre, y es lógico que me alarme cuando no sé nada de mi única hija durante semanas.

Noa abrió la boca para soltarle una respuesta mordaz, pero se mordió la lengua, pues aquél no era ni el lugar ni el momento para decirle lo que realmente pensaba.

—Quizá tu madre esté cansada del viaje y quiera asearse y cambiarse antes de la cena —propuso Alonso, tragándose el orgullo.

—Vaya, es lo único sensato que he escuchado desde que he llegado —dijo aliviada de tener una excusa y poder salir de allí—. Así que, cariño, enséñame mi alojamiento para poder quitarme este... —y se llevó los dedos a la nariz en un gesto de profundo asco—... malestar. Y tú... —le ordenó a Asha—... puedes encargarte de mis maletas.

Alonso apretó con fuerza los puños, conteniéndose. Desde que esa mujer había entrado por la puerta, lo había insultado a él, a su propia hija y ahora a Asha, tratándola como a una criada. Estaba en un tris de saltar y ponerla en su lugar. No soportaba a la gente de su clase. Era lo que había odiado de su hija cuando llegó a Kenia, y en verdad esperaba que, como en ella, su actitud fuera toda fachada. Por tanto, porque era la mujer de su jefe y la madre de Noa, intentó controlarse todo lo que pudo.

—Si no le importa, su hija tiene cosas más importantes que hacer —habló por fin de forma tajante—. Con mucho gusto Asha le enseñará su próximo alojamiento, y se encargará de que alguien le lleve sus pertenencias.

—Creo que no me he explicado con suficiente claridad —replicó la mujer con arrogancia—. He venido para estar con mi hija y quiero que ella me acompañe.

—Mamá, no puedes venir y...

—Creo que el que no se ha explicado suficientemente claro he sido yo —continuó él, obviando su intervención—. Como le he manifestado anteriormente, su hija tiene mejores cosas que hacer que acompañarla a usted y cumplirle sus caprichos.

Cayetana abrió los ojos, sorprendida por su tono, y Noa enseguida intervino, pues conocía lo suficiente al guía como para saber que estaba a punto de explotar.

—No te preocupes, Al... onso —terminó rectificando rápido, al darse cuenta de que había usado el apelativo cariñoso con el que se dirigía a él cuando habían estado juntos—. No me importa en absoluto acompañar a mi madre, y así también nos pondremos al día de nuestras cosas.

—Todavía no hemos acabado de hablar tú y yo —señaló él, sin desviar la vista de la otra mujer, a la cual se le habían bajado un poco los humos al escuchar su tono acerado.

—Alonso...

—Oiga, joven, no le consiento que le hable así a mi hija, ni por supuesto a mí. Sería conveniente que tuviera un poco más de educación y...

—Mamá... —intentó mediar Noa, que se encontraba en medio de una guerra desatada, con contrincantes a cuál más orgulloso y terco.

—Señora —lo interrumpió él con los dientes apretados—. No me haga decirle lo que me import...

—¡¡¡Basta!!! —bramó al fin, exasperada. Y dirigiéndose al guía, le espetó—. ¡Tú y yo, hablaremos más tarde!

—¡Noa...!

—¡Más tarde! —declaró enfadada, ignorando su advertencia.

Y girándose hacia su madre y agarrándola por el brazo, le dijo:

—Y tú, es mejor que salgas de aquí antes de que me arrepienta y deje que te diga todo lo que te mereces. —Y la empujó con firmeza para salir las dos del despacho.

Asha, anonadada, no sabía muy bien cómo actuar. Primero miró a Alonso, advirtiendo cómo éste, con los dientes y los puños apretados, observaba a ambas mujeres salir de la estancia. Y después siguió con la vista a su amiga, quien seguía increpando a su madre mientras la llevaba lejos de la presencia del guía. Decidió seguirla a ella, pues creía poder ser de más útil en ese lado del conflicto.

—¡Ese hombre es insufrible! —estalló Cayetana, sintiéndose ultrajada—. No he visto persona más grosera y maleducada que él.

Y de pronto se encogió, asustada, al oír el fuerte golpe con el que Alonso cerró la puerta, para no tener que seguir oyendo sus injurias.

—Te puedo asegurar, mamá, que ha sido más prudente de lo que acostumbra. Además, te lo tenías completamente merecido.

—¡Esto es el colmo, Noa! ¿Cómo puedes defenderlo? En ningún momento he

hecho nada para que me trate de esa manera tan abominable.

—¡Oh, sí, sí que lo has hecho! El problema es que estás tan acostumbrada a mirar siempre por encima del hombro a los demás que no te das cuenta de lo que haces.

—¡Eso no es cierto, hija! —jadeó, perpleja por sus palabras.

Noa puso los ojos en blanco, pues sabía que era una batalla perdida. E hizo examen de conciencia, reconociendo que, si cuando ella llegó actuó de la misma manera, ahora entendía la reacción de Alonso. Así que, eludiendo a propósito el malestar de su madre, se dirigió a su compañera.

—Cielo, ¿hay alguna habitación libre donde la podamos instalar?

—Una pareja ha anulado la reserva en el último momento, por lo que queda un bungalow libre esta semana.

—Perfecto —suspiró tranquila, ya que, si además tenía que escuchar las quejas de su madre sobre el alojamiento durante el tiempo que se iba a quedar, podría volverse loca—. Pues hospédala de momento en esa cabaña, y pídele a Asir o a Shukrani que te ayuden con el equipaje.

—Muy bien.

La keniata salió presurosa para realizar su cometido.

—Cariño, tengo que advertirte que no puedes tratar así a tus empleados. Si te diriges a ellos con tanta familiaridad, lo único que conseguirás es que no te respeten como deben.

—Lo estás haciendo de nuevo, mamá. Te puedo asegurar que Asha, antes de empleada, es mi amiga, y yo decidiré la manera más adecuada de dirigirme a ella, o a cualquiera de los demás miembros que conforman este equipo, gracias.

—No creo que sea lo más conveniente, hija —insistió mientras bajaba la escalera—. Esto tu padre nunca lo hubiera permitido. Y es por culpa de ese desacierto que ese hombre se comporta como lo hace. ¡Como un salvaje!

—Gracias a Dios, yo no soy mi padre —respondió, soltando luego un fuerte suspiro.

Minutos después, se encontraron con su ayudante y Asir en la cabaña que había quedado vacía y, después de dejar sus maletas, para que las pudieran deshacer, Noa le pidió a su amiga que le mandara a Hadiya con la pequeña Jasira. Ésta asintió y fue a buscar a su hermana, la cual, después de lo que había pasado esa mañana, era la candidata perfecta para, a partir de ese mismo momento, ser la cuidadora de la niña. Debía compartir esa información con Alonso, por lo que Noa sentía cierta desazón, al no estar muy segura de cómo se tomaría la noticia.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte, mamá? —le preguntó mientras la ayudaba a deshacer las maletas.

—No lo sé, supongo que durante unos días —respondió examinando el lugar y poniendo cara de circunstancias.

—No tienes por qué seguir buscando excusas. Ahora que ya has visto que estoy bien, puedes volver y darle un informe detallado a papá.

—No he venido hasta aquí para hacer de espía de tu padre, Noa; en verdad estaba preocupada por ti.

Ésta expresó incredulidad y se paró un segundo para tantear a su madre.

—Perdona mi escepticismo, pero me cuesta mucho creer lo que dices.

—Y a mí me duele que lo hagas —le recriminó con pesar—. Lo creas o no, tu hermano y tú siempre habéis sido lo más importante para mí.

Ella no pudo evitar reírse con cinismo y su madre le lanzó una dura mirada.

—No sé de qué te ríes —soltó molesta.

—Pues de tu inútil intento de hacer el papel de buena madre ahora. Llegas un poco tarde para eso, ¿no crees?

—No entiendo por qué piensas eso de mí —contestó mientras colgaba unas blusas en el perchero—. Sé que no he sido la mejor madre del mundo, que no hemos tenido una comunicación fluida entre las dos y que he cometido errores como cualquiera, no soy perfecta. Pero te aseguro que, lo que he hecho, siempre ha sido creyendo que era lo más conveniente para mis hijos. Sólo podrás entenderme cuando tengas los tuyos propios.

—Espero no tener que entenderte nunca, porque, si llegara ese momento, significaría que me he vuelto como tú, y sólo deseo que eso no ocurra jamás.

Cayetana paró de colocar la ropa, lastimada por sus palabras.

—Estás siendo muy injusta conmigo, Noa —le reprochó mientras la veía dirigirse al baño con su neceser—. Si fuera ese monstruo que tú te crees, no me hubiera enfrentado a tu padre y logrado convencer para que te perdonara y pudieras volver a casa conmigo.

Ella asomó rápidamente la cabeza por la puerta del baño.

—¡¡¿Qué?!! —exclamó asombrada.

—Lo que has oído —respondió ofendida.

—Espera un momento —saltó, decidida a dejarle las cosas claras—. En primer lugar, papá no tiene por qué perdonarme, porque yo no he hecho nada malo, en todo caso sería al revés.

—Eso no es cierto y lo sabes.

—Por supuesto que es cierto —aseguró convencida—. En segundo lugar, no voy a perdonar ahora, cuando no moviste un solo dedo para evitar que me enviara aquí, ni vengas a lavar tu conciencia creyendo que me estás haciendo un favor. Si la culpa te carcome, es cosa tuya, por algo será.

Su madre se giró para que no viera el dolor que le estaba infligiendo, pues, aunque se negaba a admitirlo, en su fuero interno sabía que ella tenía razón.

—Y en tercer lugar, te informo de que has hecho un viaje en balde, pues no pienso volver a España contigo.

—¿Estás de broma? —balbuceó incrédula, girándose para confirmar que sólo lo había dicho para molestarla.

—En absoluto —aseveró con firmeza—. He encontrado mi lugar aquí y quiero

quedarme.

La mujer la estudió a conciencia, buscando un resquicio de rebeldía en su actitud, pues estaba convencida de que sólo le estaba diciendo eso para fastidiarla y conseguir lo que realmente quería.

—Si crees que con esa estrategia vas a doblegar a tu padre para que te pida él mismo que vuelvas, te digo desde ya mismo que no va a funcionar. No tienes ni idea de lo que me costó convencerlo para que me dejara venir a mí. Está muy enfadado contigo, Noa, y sabe perfectamente que te mueres por regresar a casa.

Su hija se cruzó de brazos, con el semblante muy serio, para decirle:

—Sí hubieses venido hace unas semanas y me hubieses hecho esta proposición, te aseguro que hubiera cogido mis maletas y me hubiera marchado contigo sin mirar atrás. Pero ahora las cosas han cambiado, mamá, y no pienso irme y dejarlo todo porque tú me lo pidas. Esto no es ninguna estrategia, y te lo digo muy en serio, no voy a irme de aquí.

—Eso lo dices ahora por culpa de ese hombre, ¿no es cierto? ¿Acaso me crees tonta? Sé que estáis juntos, he visto cómo os mirabais.

Noa comenzó a negar con la cabeza.

—Y puede que ahora estés muy ilusionada, y todo esto te parezca muy exótico y tremendamente romántico, cariño —siguió hablando—, pero te conozco y sé que, con el tiempo, todo esto te quedará pequeño y querrás volver al lugar donde realmente perteneces. Aquí no se te ha perdido nada. Éste es un lugar inmundo y lleno de pobreza que no te va en absoluto.

—Estás equivocada.

—No, cielo, hazme caso —insistió con firmeza—. Ese tipo no es para ti, Noa. No sois de la misma clase social, no tenéis nada en común, no compartís intereses, ni amistades, ni...

—No todo se reduce al dinero y las apariencias, mamá. Y, aunque tú creas lo contrario, no me conoces en absoluto. Nunca te has dado la oportunidad de saber lo que realmente me importa, lo que pienso o... o... lo que busco en la vida. Y, por supuesto, no tienes ni la más remota idea de lo que a Alonso o a mí nos pueda unir.

—Por supuesto que te conozco, eres mi hija.

En ese momento llamaron a la puerta. Noa se acercó a abrirla, mientras seguía hablando, para coger a Jasira, momento en el que la niña la miró y se echó a sus brazos loca de contenta.

—El que me hayas parido y sea sangre de tu sangre no hace que los lazos sean más estrechos, ni signifique que me conozcas en modo alguno. Un hijo no sólo se pare y ya está. A un hijo se le ama, se le educa, se le cuida, se le cría, y todo eso tú lo dejaste en manos de otras, que fueron más madres y han significado más para mí de lo que te imaginas.

La mujer apretó los dientes y elevó la barbilla con orgullo, pues no iba a dejarle ver a su hija lo mucho que le dolían sus palabras.

—Estás confundida si crees que me quiero quedar aquí por Alonso —continuó Noa mientras se acercaba a Hadiya y a Asha—. Me quiero quedar aquí porque he encontrado a mi familia. Una familia que me ha acogido con los brazos abiertos, y me ha demostrado su cariño sin condiciones, sin esperar nada a cambio, sin traiciones. Me han aceptado tal y como soy y por lo que soy. —Y acercando su cara a la pequeña y plantándole un sonoro beso, continuó—: Y sobre todo me quedo por esta dulce princesa. —Entonces giró la cara para mirar a su madre directamente a los ojos—. Mamá, te presento a tu nieta, Jasira.

Alonso se paseaba por su despacho como un animal enjaulado, mientras de vez en cuando se tocaba la nariz, siseando de dolor. Había olvidado lo arrogantes que podían ser las personas ricas e influyentes, menospreciándote de forma cruel y haciéndote sentir basura. Y la madre de Noa había conseguido todo eso en menos de un minuto.

Se sentía frustrado y avergonzado a la vez. Frustrado, por no haberle podido decir todo lo que pensaba a esa maldita bruja. Y avergonzado, porque, a pesar de que lo había intentado con todas sus fuerzas, había tardado cero coma en enfrentarse a ella, siendo la madre de Noa y estando ésta presente.

Con razón se había marchado furiosa de allí, y seguramente estaría pensando lo peor de él. Se había comportado como un bruto, como tantas veces lo había llamado, rebajándose al mismo nivel que esa señora. Dudaba de que pudiera perdonarle alguna vez esa conducta contra su propia madre. Él al menos no lo haría, o eso creía, pues, tratándose de ella, ya nada tenía claro.

Y no sólo eso, sino que, además, era la mujer de su jefe y, por ende, su jefa también. Por tanto, se estaba arriesgando a perder su trabajo por no saber morderse la lengua, aunque eso en realidad le importaba bien poco.

—¡Maldita sea! —soltó, decepcionado consigo mismo.

No estaba teniendo un buen día, no señor.

Primero, la muerte de Derek y su impotencia al no poder averiguar nada más sobre quién estaba intentando hacer daño a Noa. Después, el falso descubrimiento de que ésta se estaba liando con Pierre delante de sus narices, y nunca mejor dicho, porque ahora le dolían a morir por culpa de su estupidez y su mal pronto. Seguidamente, la interrupción cuando estaba a punto de besarla y conseguir un acercamiento con ella. O quizá no, pero ahora eso ya no lo podría saber. Y, finalmente, los insultos y el desprecio por parte de la misma persona que los había interrumpido, que no era otra que la madre que la parió.

¿Se podía tener un día más nefasto todavía?

Pues él no lo tenía tan claro. La jornada no había acabado y, conociendo a Noa, la cosa se podía poner peor. Mucho peor.

—¡Madre mía, necesito unas vacaciones! —murmuró suspirando, mientras se frotaba, inquieto, la nuca.

Decidió que no iba a conseguir nada quedándose encerrado allí. Tenía muchas cosas que hacer, como hablar con Salehe y saber si había ocurrido alguna novedad durante el tiempo que no había estado en el *resort*. También debía ponerse al día con Asir y Shukrani referente a los nuevos clientes. Y, lo más importante, aún tenía que enseñarle el recinto y las instalaciones a Carlos, su amigo el doctor, que los iba a ayudar hasta encontrar a un sustituto de forma permanente. Por todo ello, resuelto, salió de su despacho con un dolor de narices importante.

Cayetana la contempló detenidamente durante dos segundos con el ceño arrugado, confundida por sus palabras, para después elevar ambas cejas en un gesto de incredulidad.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Es muy fácil de entender: a esta preciosidad voy a adoptarla en cuanto pueda; por tanto, muy pronto te haré abuela.

—¡No puede ser! ¡Esto tiene que ser una broma! —exclamó perpleja.

—Creo que aquí nadie se está riendo —señaló mirando a sus amigas, que no sabían dónde meterse, cohibidas por la presencia de su madre.

—No te burles de mí, porque esto no tiene ninguna gracia. Te prohíbo terminantemente que hagas esa locura. Ninguna Montalbo va a adoptar a una... a una...

—A una, ¿qué, mamá?

La mujer miró a Asha y Hadiya, en tanto un furioso rubor le empezó a teñir las mejillas.

—Éste no es el momento para mantener esta discusión.

—Será mejor que nosotras nos vayamos —intervino Asha, incómoda—. ¿Prefieres que nos llevemos a Jasira?

—Sí, por favor —pidió mientras les entregaba a la niña nuevamente—. Enséñale a tu hermana mi cabaña, e id preparándole el baño, que yo voy enseguida.

Las dos asintieron y se marcharon aliviadas de allí.

—¿Qué demonios pretendes, Noa? ¿Por qué intentas dejarme en evidencia delante del servicio?

Ésta cerró los ojos y suspiró con fuerza, tratando de controlarse.

—Para empezar, ellas no son el servicio, son mis amigas, a quienes aprecio sinceramente. Y te aseguro que no estoy intentando dejarte en evidencia, eso ya lo haces tú sola.

—¿Ésas, tus amigas? —inquirió con sarcasmo—. ¡Por favor, no me hagas reír! Tus verdaderas amigas están en Valencia esperando a que vuelvas, y no estas dos mujeres a las que acabas de conocer.

—¿A qué amigas te refieres, mamá? ¿A las que me dejaron en la estacada en cuanto papá dejó de pasarme dinero? ¿A esas amigas te refieres? No tienes ni idea de

lo que es tener una amistad sincera y desinteresada. Todo lo que nos rodea en casa es falsedad e hipocresía, todo.

Su madre se acercó a ella, rabiosa.

—No sé lo que pretendes, pero te aseguro que no vas a salirte con la tuya, ¿me oyes? Si quieres hacer obras de caridad, dona dinero a una ONG u organiza una fiesta, pero no vas a restregar nuestro nombre por el fango, Noa; tu hermano ya hizo suficiente.

Ésta la miró atónita al oír hablar así de Daniel. No podía dar crédito al escuchar esas palabras en boca de su propia madre. Cayetana, al darse cuenta de lo que había dicho, se arrepintió en el acto.

—Eso es lo único que te importa, ¿verdad? Las malditas apariencias, lo que los demás piensen u opinen de nuestra familia —le soltó con rencor.

—Tú no lo entiendes.

—Tienes razón, no lo entiendo —reconoció con pesar—. No comprendo cómo puedes echarle la culpa a Dani, después del horror que hemos sufrido en estos casi dos años, cuando él realmente ha sido una víctima de papá, al igual que todos, y el que ha salido más perjudicado, además. Y tú lo sabes.

—No metas a tu hermano en esto, no he querido decir eso y lo sabes.

—Muy bien, obviemos tu metedura de pata y dejemos a tu hijo a un lado —aceptó a regañadientes—, pero sigo sin comprender cómo puedes dormir mejor por las noches, después de asistir a una fiesta enjoyada hasta las cejas y donar unos míseros cientos de euros para los más necesitados, aparentando una conciencia social que estás muy lejos de sentir. Lo haces sólo por quedar bien delante de tus amigos de la alta sociedad, a sabiendas de que ellos son igual de hipócritas o más que tú... pues lo hacen únicamente porque desgrava a Hacienda y queda muy bien todo ese paripé en el papel cuché. Mientras, al mismo tiempo, me reprochas que yo realmente tome una decisión tan importante en mi vida, consciente de que estoy haciendo lo correcto y lo mejor para esa pobre niña.

Cayetana se quedó callada durante un segundo para después echarse a reír, haciendo que Noa levantara una ceja, desconcertada.

—Es muy gracioso que vengas tú ahora a darme lecciones de moral, cariño. Nunca te oí quejarte del dinero de tu padre cuando te comprabas el último abrigo de temporada de Gucci o el bolso de Prada del momento. En esos instantes, no estabas pensando en los pobres niños hambrientos del mundo. Es muy fácil quejarte y renegar del dinero, cuando tú no te lo has ganado y te lo han dado todo hecho.

—Tienes razón. Pero al menos yo no finjo ser algo que no soy, ni me vendo por un estilo de vida que no podría permitirme, tan sólo por aparentar delante de los demás.

Su madre se cruzó de brazos, esgrimiendo una sonrisa irónica.

—¿De verdad, cielo? Si eso que dices es cierto, ¿por qué has venido entonces aquí? Si no recuerdo mal, fue porque tu padre te cortó el grifo de ese dinero que

ahora tanto repudias, sin el que no podías comprarte tus caprichos, ni irte de fiesta con tus amigos.

—Vivía muy lejos de la realidad, mamá, y ahora me doy cuenta de que puedo ayudar a toda esa gente que antes ignoraba.

—Si crees que voy a tragarme ese cuento, estás muy equivocada; las personas no cambian de la noche a la mañana.

—Lo hice una vez y puedo volver a hacerlo.

—Permíteme que lo dude.

Noa la miró y abrió la boca para contestarle, pero finalmente se quedó boqueando al no encontrar argumentos, pues en el fondo sabía que tenía razón. Era un hecho irrefutable que había odiado la idea de viajar a África. Y que sólo había consentido hacerlo porque no tenía un céntimo y debía ganar tiempo hasta poder disponer del dinero de la herencia de su abuela. Pero la situación había cambiado. Ahora tenía un buen motivo para quedarse, y nada de lo que dijera su madre podría cambiar esa decisión.

—Pues cambio de planes, mamá. Te informo de que no pienso irme de aquí, ni vas a hacerme cambiar de opinión. Puedes volver a casa e informar a mi querido padre de la nueva situación, seguro que se sentirá muy aliviado de saber que no tendrá que volver a preocuparse por mí. Y a tus amistades les puedes contar una milonga, como que me he vuelto una buena samaritana o que me he convertido en misionera. Seguro que en un principio a muchos de ellos les asombrará, pero estoy convencida de que serás capaz de darle la vuelta para que, al final, todo resulte muy *cool*.

Dicho esto, decidida, se dirigió a la puerta.

—Y ahora, si me disculpas, Alonso tiene razón: tengo cosas más importantes que hacer, como por ejemplo bañar a mi hija.

—¡Que te has creído tú eso, Noa! —oyó gritar a su madre mientras bajaba por la escalera—. ¡No te lo pienso permitir, ¿me oyes?! ¡Estás muy equivocada si piensas que vas a salirte con la tuya! ¡¿A dónde vas?! ¡Ni se te ocurra dejarme con la palabra en la boca! ¡Noa! ¡¡¡Noa!!!

Ésta caminaba a paso rápido en dirección a su cabaña, haciendo oídos sordos.

Cuando Alonso salió de su despacho, se dirigió a la antigua habitación de Derek, lugar en el que supuestamente tendría que estar alojado su amigo durante su estancia allí. Y, en efecto, se lo encontró deshaciendo las maletas y acomodando sus pertenencias.

—Pero ¿qué te ha pasado? —le preguntó, alertado, al ver su nariz hinchada y que empezaba a amoratarse.

—Nada, un pequeño accidente —respondió incómodo entrando en la habitación.

—Madre mía, Alonso, pareces Mr. Potato —señaló divertido, sin esconder su

sonrisa burlona.

—¿Alguna vez te han dicho que, por mucho que lo intentes, no eres en absoluto gracioso? —contestó mordaz.

—Pues sí que estamos cascarrabias, amigo. Con ese talante y tu careto, eres igualito al enano gruñón —replicó, y soltó una enorme carcajada que hizo rechinar los dientes al guía.

Éste se llevó la mano a la frente y se masajeó las sienes.

—Muy bien, tenía pensado enseñarte las instalaciones antes de la cena, pero quizá es mejor que te busques un payaso para ese cometido, porque yo no estoy de humor.

Luego se giró para marcharse de allí.

—¡Ey, espera! —lo retuvo su amigo, dejando caer el pantalón que había sacado de la maleta encima de la cama y agarrándolo del brazo—. No se te puede decir nada, hombre. Aunque, después de ese golpe, yo también estaría hasta las narices.

Y volvió a carcajearse, mientras Alonso se giraba y se dirigía, molesto, a la salida, seguido por el médico, que le pasó un brazo por los hombros después de cerrar la puerta de su habitación.

—Te recordaba con más sentido del humor, hermano.

—Sí, bueno. Hoy no he tenido un buen día —refunfuñó enfadado a la vez que bajaba la escalera.

—No sé por qué, pero me da en la nariz que es por culpa de una mujer.

Alonso lo fulminó con la mirada y Carlos le guiñó un ojo en respuesta.

—Quieres dejar de tocarme las...

—¿Narices?

—¡Las pelotas!

—¡Hummm! ¡Vaya humos!

—En serio, Carlos, hoy no estoy de humor para tus estupideces.

—Está bien, aguafiestas.

Cuando llegaron al final de la escalera, Vanesa lo llamó.

—¡Alonso!

Él se giró al oír su nombre.

—No sabía que ya habías llegado.

—Lo hice hace tan sólo un rato.

—No sabes cuánto te he echado de menos —le confesó agarrándose a su brazo.

Y el guía, disimuladamente, intentó zafarse de ese gesto demasiado cariñoso.

—Vanesa, quiero presentarte a mi buen amigo Carlos Pereira. Será el nuevo médico que se encargará de acompañar a los clientes en las excursiones Montalbo Deluxe, hasta que encontremos a un sustituto definitivo.

—¡Oh!, encantada —respondió a la brillante sonrisa que le prodigó el hombre.

—El placer es mío —repuso él alegre, mientras le estrechaba la mano, consiguiendo que ella se ruborizara levemente.

—Estaba a punto de enseñarle las instalaciones.

—Me encantaría acompañaros, si no os importa. —Y fijándose por primera vez en el rostro del guía, soltó horrorizada—: ¡Dios mío, ¿qué te ha pasado en la cara?!

—Nada, ha sido un pequeño accidente —respondió, nuevamente intentando quitarle importancia.

—Pero te ves horrible, eso debe de dolerte mucho.

Su amigo estuvo a punto de decir algo, pero enmudeció cuando sintió la mirada que le clavó él.

—Estoy bien, no te preocupes.

—¿Seguro? —demandó preocupada.

—Completamente —aseguró suspirando impaciente—. Se nos está haciendo tarde, Vane; si quieres acompañáramos, es mejor que nos pongamos en marcha.

—Está bien.

Alonso comenzó por enseñarle el salón restaurante, la piscina, los bungalós y el resto del edificio, obviando las cocinas, pues no le apetecía en absoluto tener que verle la cara al francés.

Llevaban unos minutos caminando por los jardines cuando se dio cuenta de que Carlos le estaba hablando.

—Disculpa, ¿me decías algo?

—Sólo me preguntaba cómo sería esa mujer que te tiene tan obsesionado que te olvidas de todo lo demás.

Él resopló molesto, a la vez que advirtió cómo Vanesa dejaba de sonreír, al escuchar las palabras de su amigo.

—No sé de qué hablas.

—¡Venga, Alonso! —exclamó el médico, mientras le daba unas palmaditas de aliento en la espalda—. Reconoce que estabas en otro planeta. Concretamente uno con muy buenas curvas.

—Tengo muchas cosas en las que pensar —mintió, pues su amigo había dado en el clavo, aunque por nada del mundo admitiría que estaba pensando en Noa—. Creo que te puse al día de unas cuantas de camino aquí. No me paso todo el tiempo pensando en féminas, como haces tú.

—Y yo te conozco lo suficiente como para saber que ése no es el problema.

El guía levantó el mentón y su espalda se tensó como una cuerda, consiguiendo que Carlos levantara extrañado ambas cejas a la vez. Alonso empezaba a dudar de que hubiera sido una buena idea contar con él para que sustituyera temporalmente a Sofía.

—Pues quizá no me conozcas tanto como tú te crees —le soltó con cierto resquemor—. Y ahora, si no te importa, voy a ducharme y prepararme para la cena.

Dicho esto, se dio media vuelta, dejando a su amigo con la palabra en la boca, y a Vanesa completamente estupefacta.

Cuando el médico lo vio marcharse enfadado de allí, se giró para preguntarle a ella:

—¿Suele estar siempre tan irascible?

—No —negó la morena, observándolo a lo lejos—, pero últimamente se comporta de una forma muy rara. —Y bajó la voz para susurrarle—: Creo que tiene problemas con la hija del dueño del hotel, me parece que es una arpía. La típica niña pija, consentida y malcriada; ya sabes, una esnob de manual.

El hombre la examinó durante un instante con una expresión inescrutable en el rostro, y Vanesa empezó a ponerse nerviosa, considerando que quizá había metido la pata al decirle eso. Pero enseguida se sintió aliviada al ver que Carlos desplegaba de nuevo una radiante sonrisa.

—Supongo que conoceré a esa arpía en la cena —comentó, en tanto le ofrecía el brazo—. Pero, hasta entonces, prefiero dar un agradable paseo con una encantadora y bella mujer hasta el hotel, antes de prepararme para ese triste momento.

Ella le sonrió halagada y ambos se encaminaron hacia el edificio.

Capítulo 28

Noa entró en el restaurante cuando prácticamente había bajado ya todo el mundo. Se dirigió a los comensales para presentarse y darles una bienvenida tardía, mientras Asha ocupaba su asiento con Jasira en su regazo. Cuando se sentó a la mesa pocos minutos después, no esperaba el suave silbido de un desconocido, que ocupó el asiento vacío a su lado un segundo más tarde.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Carlos al sentarse después de venir del baño—. Pero ¿de dónde han salido estos tres bellezones?

Alonso rechinó los dientes al ver cómo su amigo se quedaba impresionado admirándola, mientras ella y Asha se ruborizaban intensamente, a la vez que Vanesa dibujaba una mueca de profundo desprecio que nadie advirtió.

—Tanto Asha como esta princesa son bellezas locales —explicó Noa, recuperando el aplomo después de la sorpresa inicial, ofreciéndole un sonoro beso a Jasira, que se encontraba ahora cómodamente instalada en sus piernas—, pero siento decirte que llegas un poco tarde, las dos están pilladas —finalizó, lanzándole una mirada cómplice a su ayudante.

—¡No me digas! ¡Es una verdadera pena! —comentó el médico demostrando pesar, y pellizcando luego los mofletes de la pequeña—. Y tú, ¿también eres de aquí? —preguntó con interés—. Y lo más importante, ¿también estás pillada?

Ella levantó la mirada para enfocarla directamente en Alonso, detalle que no pasó inadvertido para Carlos.

—Noa es la hija del dueño —respondió rápidamente éste, recalcando las últimas palabras. Y dirigiéndose a ambas, hizo las restantes presentaciones—. Noa, Asha, os presento a Carlos Pereira, mi mejor amigo, con el cual compartía piso cuando estudiaba la carrera en la facultad. Viene a sustituir temporalmente a Sofía, mientras no encontremos a un médico definitivo.

—¡Oh, vaya! —exclamó Noa encantada y regalándole una sincera sonrisa—. Bienvenido, Carlos. Alonso me ha hablado mucho de ti.

—Espero que fuera para bien. —Él también sonrió, pícaramente.

—No podía ser de otra manera —reconoció divertida—. Me contó que fuiste tú el que lo animó a venir aquí y a trabajar para Médicos Sin Fronteras.

—Es cierto, soy un poco mayor que él y lo acogí entre mis alas como una gallina clueca a sus polluelos. Necesitaba un referente en su vida como el comer. Un modelo del que sentirse orgulloso, al que respetar, adorar, idolatrar... y no pudo escoger a nadie mejor que yo —explicó en broma.

Aunque no tanto, pues en realidad él había estado a su lado cuando más lo necesitaba, en la enfermedad y posterior muerte de su madre. Carlos había visto con sus propios ojos el sufrimiento y la culpa que azotaban a Alonso cada mes, cuando su

madre, con mucho esfuerzo, le pagaba el alojamiento y la comida, para que él pudiera sacarse la carrera. Y también vio impotente, y a pesar de lo mucho que se lo había advertido, cómo le rompían el corazón en mil pedazos.

Más que un amigo, a Alonso lo consideraba un hermano pequeño. Y sabía que el sentimiento era mutuo, cuando, años atrás, el guía le agradeció todo lo que había hecho por él y le reconoció con pesar que, después de todo aquello, había perdido el rumbo, y que si no fuera por su apoyo no sabía dónde le habría llevado la vida, aunque daba por sentado que a ningún sitio bueno.

—Eres solamente siete meses mayor que yo —replicó el guía.

—Toda una vida, hermano, y, en tu caso, más que suficiente.

Éste soltó un fuerte resoplido mientras los demás sonreían divertidos.

—De verdad, Carlos, digas lo que digas, cada vez estoy más convencido de que, cuando eras pequeño, te caíste de la cuna y, con el golpe, quedaste tonto para siempre.

Él le guiñó un ojo, siguiendo con la coña.

—Y fíjate ahora, llevo un tiempo sin verte y te has vuelto huraño y gruñón. — Luego, girando la cabeza, se dirigió a Noa—. ¿Te lo puedes creer? Se me ha echado a perder por completo. Tanto trabajo y esfuerzo invertidos para nada.

—Eso es cierto —concedió ella siguiéndole el juego—. Cuando llegué aquí, no podía dar crédito a que un hombre tan joven como él pudiera ser tan cascarrabias. Si lo observas con detenimiento, ahí, en medio del ceño, se le están formando unas arrugas por llevarlo fruncido todo el tiempo.

Alonso dejó los cubiertos encima del plato, para tomar su copa de vino y darle un buen sorbo, mientras los fulminaba a ambos con la mirada. Y Noa se la sostuvo con petulancia.

—Tienes razón, lo estoy viendo avinagrarse por momentos. Tendré que meterlo en vereda de nuevo.

—Pues vas a tener trabajo, mucho trabajo —añadió ella, soltando una suave risa—. En todo en lo que pueda ayudarte, puedes contar conmigo. Por la cuenta que me trae.

—Te cojo la palabra.

El protagonista de la mofa, echándose hacia delante y cruzando las manos, miró muy serio a la keniana para ordenarle:

—Asha, mañana mismo, a primera hora, quiero que busques con carácter de urgencia a un médico menos tarado que éste. Creo que me equivoqué por completo cuando decidí pedirle ayuda.

—A mí no me metan en sus trifulcas —respondió la mujer, dejándolo completamente atónito, ya que, por primera vez en todo el tiempo que la conocía, le llevaba la contraria, desobedeciendo una orden directa.

Noa no pudo evitar soltar una risilla irónica, después de darle el primer bocado de cena a Jasira.

—Se te está alborotando el gallinero, Alonso —soltó regocijada.

Éste no encajó muy bien su broma y le advirtió, con los dientes apretados:

—Tú y yo hablaremos sobre esto más tarde.

—¡Uy!, ¡qué miedo! —se burló su amigo.

—Si te sirve de consuelo, Alonso, no estoy en absoluto de acuerdo con ellos —intervino Vanesa, creyendo anotarse un tanto al hacerle la pelota.

Cuando Carlos y Noa se miraron, no pudieron evitar estallar en carcajadas, a la vez que los hombros de Asha se estremecían quedamente, al igual que Asir y Shukrani, logrando con ello que la morena se pusiera roja de ira.

Y Alonso tuvo que admitir que hasta a él le pareció desafortunado su comentario, y no pudo evitar ser partícipe del regodeo general. Incluso la pequeña comenzó a dar pequeños saltitos en las piernas de Noa, alegre porque todo el mundo se reía.

—No te preocupes, Vanesa —respondió sonriendo divertido, cuando finalmente admitió que de nada servía su actitud, pues iban a seguir burlándose de él—. Ahora tengo una nueva teoría, y es que estos dos idiotas compartieron la misma cuna.

Noa ignoró ese comentario adrede para seguir su charla con el médico.

—Ahora que recuerdo, también me habló de algunas aventuras que os corristeis ambos en la tuna. ¿Son todas ciertas?

—¿En serio, Alonso? —le preguntó éste, haciéndose el ofendido—. ¿Has tenido que mancillar los delicados oídos de esta bella mujer relatando semejantes injurias?

El guía clavó su intensa mirada en él por enésima vez ese día, y Carlos la ignoró como llevaba haciéndolo con todas las anteriores.

—Tengo que admitir, querida Noa, que todas y cada una de ellas son verdaderas.

—¿De verdad? —preguntó entre pasmada y divertida—. ¿Incluso aquella en la que escalaste los muros de un convento para...?

—¡Calla, calla! —le rogó haciéndose el avergonzado, en tanto Alonso escondía la cabeza entre sus manos—. ¿Qué van a pensar los demás de mí?

—¿Que erais unos sinvergüenzas? —planteó ella, con una divertida sonrisa bailando en su rostro.

Él echó la cabeza hacia atrás soltando una enorme risotada.

—¡Madre mía, qué tiempos aquellos, Alonso! —rememoró su amigo con placer—. ¿Recuerdas aquella noche?

Éste sonrió pícaramente de medio lado mientras asentía.

—¿Recuerdas a la madre superiora corriendo detrás nuestro, con la falda del hábito remangada hasta las rodillas? ¡Jesús!, todavía me acuerdo del susto que le pegamos a la pobre mujer, cuando nos pilló intentando subir a la ventana de una de las celdas de las hermanas —comentó entre risas.

—¡Vaya, eso no me lo contaste, Alonso! —le reprochó ella divertida.

—No hacía falta entrar en detalles —contestó con un brillo malicioso en los ojos—. En esos momentos tenía otras cosas más interesantes que ocupaban mi mente.

Noa no pudo evitar ruborizarse hasta las cejas cuando pensó en esos momentos

concretos, vividos en el safari, a los que él se refería. Sus miradas se encontraron a través de la mesa, evocando en su memoria aquellos felices instantes de sentimientos, secretos y confesiones que vivieron y compartieron en aquella sabana africana.

Carraspeó, sofocada, y desviando la mirada volvió a centrar su atención en el médico, al cual pilló desprevenido al ser el único en advertir el odio desmedido que Vanesa intentaba ocultar a toda costa.

—Aplaca mi curiosidad, Carlos, y explícame qué os llevó a cometer semejante locura.

—Teníamos curiosidad por saber si las monjas dormían desnudas o no.

—¿Qué?! —soltó incrédula, para al instante siguiente echarse a reír.

—Con eso de que están casadas con Dios, queríamos averiguar si el salto de cama era *sexy* o no... como es todopoderoso y todo lo ve... —finalizó, encogiéndose de hombros.

Todos sin excepción miraron a Alonso, incrédulos de que él, siendo tan serio como aparentaba, pudiera haber hecho semejante diablura. Éste se tapó la cara con una mano, completamente abochornado.

—Cómo me hubiera gustado estar allí para veros en la tuna —reconoció Noa con pesar.

—Pero eso tiene fácil arreglo —declaró el médico con una pérfida expresión en su rostro.

—¡Carlos, no! —intervino el guía, alarmado—. Te prohíbo que cuentes nada más. ¡¡¡Carlos!!!

Éste hizo caso omiso y, con mucho gusto, le expuso los motivos que llevan a un grupo de jóvenes a vestirse con ridículos trajes, acompañados de varios instrumentos, para montar una buena jarana allí donde se terciara. Les regaló a continuación una serie de relatos y narró con todo lujo de detalles las aventuras, borracheras y fiestas locas que se corrían con la excusa de conseguir dinero para ayudarse a pagar la carrera de medicina. Logró, con ello, que todos los presentes en la mesa miraran con otros ojos a Alonso, mientras él, con los brazos cruzados y entre enfurruñado y divertido, veía cómo su reputación caía en picado, después de un doble mortal carpado con tirabuzón invertido hacia delante. Todo ello sin dejar de retarlos con la mirada, a ver quién era el guapo que se atrevía a abrir la boca.

No sabía qué le dolía más, si su orgullo o su hinchada nariz.

El resto de la cena transcurrió de manera alegre, a excepción de una sola persona, que cada vez se sentía más rabiosa y humillada. Aunque Vanesa intentaba sobrellevarlo, tenía la cena atragantada, y a cada minuto que pasaba odiaba más a la rubia que le había robado el corazón de Alonso, porque ahora por fin entendía el porqué.

Cuando minutos después se encontraba en la barra del restaurante tomándose un cóctel, observaba a su enemiga acérrima con cara ceñuda, en tanto la zorra rubia conversaba alegremente con algunos de los invitados, entre los que se encontraba

Carlos pegado a sus faldas. A Noa no le resultaba difícil ser el centro de atención; los hombres la miraban embelesados, ejerciendo en ellos ese tipo de embrujo que sólo una mujer sofisticada podía provocar. Era graciosa, rápida en la réplica, concededora de cualquier tema, y curiosa en los que no dominaba. Su sentido del humor, mezclado con una inteligente ironía, la hacían poder mantener una divertida conversación sin llegar a aburrir en ningún momento. Su sencillez en el trato y su firme determinación en que todos participaran en la conversación, menos ella, claro estaba, lograba que incluso los empleados se sintieran a gusto, ganándose su cariño y admiración. Y eso la hacía enfermar de celos, porque veía que no tenía armas suficientes como para poder ganarla en su terreno, haciéndola sentir inferior a ella, poca cosa en comparación, y logrando que su odio se incrementara a cada minuto que pasaba.

Tenía que hallar una manera de dejarla en mal lugar ante los demás, y hacerles ver lo que ella sabía: que no era más que una bruja manipuladora que los tenía a todos cautivados con mentiras y falsedades. Intuía que una mujer de su posición social sólo se codeaba con los de su clase por obligación o por interés. Y que lo único que hacía en esos momentos, y que ellos no percibían, era restregarles en sus narices su buena cuna, sus colegios de pago y sus modales de niña rica de la alta sociedad. Pero, sobre todo, tenía que conseguir que Alonso dejara de verla con esos ojos de enamorado, con esa pasión, ese orgullo y ese deseo que brotaba de ellos cada vez que posaba su mirada en ella. Sabía que todas esas cualidades eran lo único que lo atraían como un imán. Que eran una novedad a la que él no estaba acostumbrado, pero que, si realmente llegaba a ver lo que ella percibía de esa pija consentida, todo volvería a su cauce... y Alonso, a sus brazos nuevamente.

«¡Te odio, estúpida! ¡Cómo te odio!»

—¿Estás bien? —le preguntó éste, interrumpiendo sus pensamientos.

Vanesa dio un respingo al sentirse sorprendida.

—Sí, perfectamente —mintió.

—¿Segura?

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Porque te noto extraña —le confesó el guía rascándose la mandíbula incómodo, mientras no podía evitar lanzar miradas furtivas hacia la mujer que ocupaba gran parte de sus pensamientos. Volviendo de nuevo su interés a ella, continuó hablando —, como si hubiera algo que te molestara.

—Bueno, en cierta forma es así —admitió apesadumbrada a la vez que ocultaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Él hizo un gesto de extrañeza al no entender sus motivos.

—¿Y qué te molesta? Si han sido Carlos y sus burlas, no te preocupes, ya estoy acostumbrado. Él es así y, a pesar de todo, lo quiero como a un hermano.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Más que molesta, estoy dolida. —Y dejó una pausa con suspenso para dejar

caer a plomo—: Contigo.

Alonso parpadeó sorprendido, para levantar al instante fugazmente la mirada y encontrarse con la de Noa.

—¿Por qué? —preguntó volviendo una vez más su atención a Vanesa.

—Me duele que, durante todo el tiempo que hemos estado juntos, nunca hayas compartido conmigo nada de tu pasado. Y llega ella y, en un mes, sabe más de ti de lo que yo he podido averiguar en años —le reprochó, jugando la carta de la pena nuevamente con él.

El guía se llevó una mano a la nuca para frotarla fastidiado.

—Eso no es cierto —replicó bajando la voz y dando un trago a su *whisky*.

—¿En serio, Alonso? —preguntó con sarcasmo, censurándolo con la mirada.

—Está bien, tienes razón —admitió a su pesar—. Pero sabes que yo no soy de muchas palabras, Vane, y no creo que éste sea ni el momento ni el lugar para mantener esta conversación.

—Pues con ella bien que te has explayado —lo increpó, taciturna.

Sin embargo, cuando advirtió su gesto serio y la mirada dura, la mujer decidió que era muy peligroso estirar más la cuerda del reproche, pues podía llegar a romperse. Entonces miró por encima de su hombro, para asegurarse de que nadie los oía, y continuó hablando bajando más la voz.

—Sé que no tengo derecho a reclamarte porque ya no estamos juntos, pero entiendo que me duela sentirme tan poca cosa en comparación con ella.

—No pienses así, eso no es verdad.

—¿Y qué quieres que piense, Alonso, cuando veo cómo os tiene a todos embrujados, alardeando de su exquisita educación pagada en los colegios más caros, mientras yo no soy más que una mujer de barrio al igual que tú? Observo cómo os va seduciendo, y engatusando, a cada uno de vosotros con su clase y estilo, uno que ni tú ni yo podremos nunca alcanzar. ¿No entiendes que Noa pertenece a otra liga? —Y acercándose más a él y mirándolo directamente a los ojos, le dijo—: Alonso, ella juega en primera y nosotros, en segunda división, ¿no lo ves?

Él, confundido, se reclinó en su asiento, para examinar a continuación con más detenimiento a la mujer de la que estaban hablando. En ese momento de vacilación, Vanesa aprovechó para lanzar su estocada mortal.

—Siento ser yo la que te diga esto, no quería hacerlo, pero es evidente que no hay nadie más en este lugar que pueda ser lo suficientemente sincero contigo y te haga abrir los ojos de una vez. Pero a mí ella no me engaña, Alonso, y, a pesar de que os tenga a todos engatusados, a mí no ha podido camelarme.

—¿A qué te refieres? —preguntó acercándose a ella peligrosamente, con los dientes apretados.

Ésta bajó los ojos simulando una aflicción que distaba mucho de sentir, pues creía haber encontrado la forma de separarlos definitivamente, a la vez que, con un dedo, rodeaba el contorno de la copa que estaba tomando. Jugaría con la duda, con los celos

y con las inseguridades del guía a su favor.

—Sabes que yo siento por ti un cariño sincero. A pesar de que me sorprendió la decisión de acabar con lo nuestro, lo asumí creyendo, en mi ignorancia, que merecía la pena si tú eras feliz. Pero es evidente que no es así. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero yo no te veo bien y eso me duele, Alonso. Me duele ver cómo os está manipulando a todos, y en especial a ti.

—Déjate de tanto rodeo y habla, Vanesa —exigió.

Ella tragó saliva con dificultad, consciente de que estaba jugándose el todo por el todo. Pero ahora no podía vacilar, estaba en juego su felicidad. Y su felicidad pasaba por estar con él. Con el hombre al que amaba desde hacía mucho tiempo. Y ninguna zorra sin escrúpulos iba a quitárselo. No mientras ella pudiera impedirlo.

—Hoy, mientras estabas fuera, vi cómo Noa flirteaba sin ningún pudor con el francés.

Alonso posó despacio el vaso al que a punto había estado de darle un sorbo.

—¿Con Pierre?

—Sí —le confirmó, mintiéndole a la cara—. Era vergonzoso ver que lo hacía delante de mí, Alonso, yo no daba crédito. ¿Cómo se puede ser tan descarada, sabiendo, además, la relación que nos une a ti y a mí?

Éste se reclinó en la silla con los dientes apretados, la mandíbula tensa y una amenazante mirada clavada en la mujer en la que había confiado ciegamente.

—Y si te fijas, en este mismo momento lo está haciendo con Carlos delante de tus propias narices. Le gusta atraer las miradas, Alonso, sobre todo las de los hombres. Es coqueta por naturaleza, y sabe que es muy hermosa, por lo que no le cuesta nada jugar con vosotros.

El guía examinó exhaustivamente el rostro de Vanesa, para descubrir cualquier indicio de engaño, pero ella le mantuvo la mirada con firmeza y no pudo hallar ninguno. A continuación, observó cómo Noa se reía por un comentario gracioso que su mejor amigo acababa de soltar, en tanto éste, embrujado de alguna manera, se pavoneaba por ser su centro de atención, al igual que los hombres que estaban a su alrededor. Quizá estaba equivocado y sus ojos lo engañaban, ya le había ocurrido antes con Derek, y luego lo había lamentado amargamente cuando se dio cuenta de su error.

—No, te equivocas —contestó él negando con la cabeza, reacio a creer lo que la morena insinuaba.

Pero la duda comenzaba a corroerle las entrañas. En realidad era su trabajo, pensó Alonso. Al ser la directora del hotel, ese cargo conllevaba una parte de relaciones públicas, y su deber como tal era departir con los clientes, atendiendo sus necesidades y cuidando los detalles al máximo. Y tenía que admitir que era muy buena en ello.

Pero, traicioneramente, se coló la imagen de la noche anterior de Noa bailando con Pierre, y recordó cómo los celos le atenazaron el pecho, agarrando su corazón herido y estrujándolo con fuerza. Tenía que admitir que, después de la discusión entre

ambos, en la que ella le había exigido que echara a Vanesa de su vida definitivamente, no había tardado nada en encontrar consuelo en otro hombre, después de que él no claudicara ante su demanda. Cuando minutos después había aparecido por la fiesta, venía colgada precisamente del brazo del francés. Honestamente, creyó que la vería más afectada por lo ocurrido entre ambos unos instantes antes, sobre todo porque él sí lo estaba. Creyó tontamente que, después de todos los momentos tan intensos y especiales que habían vivido juntos los días anteriores, Noa estaría igual de rota que él. Pero, para su decepción, ése no había sido el caso.

Y por eso mismo había irrumpido con fuerza esa tarde en la cocina, porque, aunque no quisiera admitirlo, muy en el fondo tenía una duda clavada en el pecho, una débil sospecha de que había algo más entre ellos dos. Desde el primer momento, el chef y ella habían congeniado a la perfección, pero todo había quedado en el olvido después de lo ocurrido con Derek, de su semana de safari y del descubrimiento de traición de Sofía y sus secuaces. Y ahora se preguntaba si Vanesa tendría o no razón; si en el fondo Noa nunca había dejado de ser la niña caprichosa que siempre había creído, jugando traicioneramente con sus sentimientos.

¿Dónde acababa y empezaba su papel? ¿Quién era realmente Noa Montalbo? Era la mujer fuerte, decidida, orgullosa, tenaz, chispeante, irónica y encantadora como en ese momento, o era la mujer sensible, la mujer vulnerable y frágil, la que se rompía como cualquier ser humano de carne y hueso; la que había conseguido que su corazón volviera a latir ávido de amor, de esperanza, de fe... ¿Se podía ser ambas mujeres a la vez? ¿Habría sido realmente sincera con sus sentimientos? ¿O sólo había jugado hábilmente, consiguiendo lo que quería?

Alonso recordó las veces que, furiosa, había jurado vengarse de él. ¿Y si realmente ella lo había maquinado todo desde un principio para tenerlo comiendo de su mano? A su mente acudieron las palabras que Vanesa le había dicho instantes antes... «¿No entiendes que Noa pertenece a otra liga? Ella juega en primera y nosotros, en segunda división, ¿no lo ves?»

Giró la cabeza para examinar a la morena concienzudamente, y ésta le devolvió una mirada limpia y directa, mientras le daba un sorbo a su bebida.

¿Y si tenía razón? Noa estaba acostumbrada al lujo, a codearse con gente importante, a vivir en un mundo lleno de glamur y excentricidades; acostumbrada a personas de una clase social completamente distinta a la de él y, para muestra, tenía a la bruja de su madre. Le había ablandado el corazón contándole lo que su padre y su prometido le habían hecho. Pero ¿y si todo había sido un embuste? Él no la creía tan estúpida como para dejarse engañar de esa manera, pero sí tan lista como para manipularlo y confundirlo, consiguiendo con ello lo que quería. Ya lo había intentado antes.

Alonso, completamente confundido, se pasó la mano por la cara en un intento de aclarar sus ideas, para volver a centrar su atención en Vanesa.

—¿Estás completamente seguro de que me equivoco? —preguntó ella, después de regar con una vil mentira la semilla de la duda implantada en su pecho—. Yo no tengo ningún motivo para mentirte, Alonso. Tú me conoces, siempre hemos sido sinceros el uno con el otro. En eso se ha basado desde un principio nuestra relación.

Y era cierto. Vanesa no tenía ningún motivo para mentirle, y confiaba en ella, pues nunca le había engañado antes. Era obvio que le había molestado su ruptura, pero también era innegable que había interpuesto su amistad y la felicidad de él a la decepción de perder lo que tenían. Y eso la honraba. Algo que no podía decir de Noa. A ésta lo único que le había interesado era conseguir lo que quería, imponiendo su voluntad e intentando acabar con una bonita amistad, sin importar lo que él pensase o sintiese.

Justo en ese momento apareció Pierre en el salón. Y aunque el chef, y antes amigo, se fue directo hacia Asha, Alonso fue consciente de la mirada y sonrisa cómplice que compartió antes con Noa, logrando con ello que apretara fuertemente los puños, desquiciado, en tanto una furia ciega subía por su pecho hasta llegar a su garganta.

Se bebió el resto de *whisky* de un trago, y se levantó furioso de su asiento, para acercarse decidido hacia donde estaba Noa y su séquito de admiradores.

—Tengo que hablar contigo —interrumpió groseramente.

Ella dio un respingo al asustarse por su súbito asalto, pues en esos momentos se encontraba de espaldas a él y no lo había visto llegar.

—¿Tiene que ser ahora? —replicó, confundida por su tono acerado.

—Sí.

—Muy bien, espera un momento a que...

—Señores, disculpen la interrupción —habló para los hombres, que no le quitaban ojo de encima—, pero necesito hablar con la señorita Montalbo urgentemente.

Luego la agarró con firmeza del brazo para arrastrarla al exterior del recinto.

—¡Alonso! —lo llamó Carlos.

Él se giró, para lanzarle una mirada tan fría como el hielo a su mejor amigo, dejándolo parado y completamente estupefacto en el sitio.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —le preguntó enfadada, cuando el guía decidió que estaban lo suficientemente lejos como para que nadie los molestara, al llegar al exterior del salón.

—¿A mí? Nada en absoluto. Es sólo que me he cansado de esperar a que tus perros falderos dejen de babear delante de ti.

—Yo no tengo ningún perro faldero babeando por ningún lado —rebatía mientras se frotaba la zona donde la había agarrado.

—¡¡Ja!!

—Ni ¡ja!, ni ¡jo! Y ya me estoy cansando de que me trates de esta manera, Alonso.

—¿De qué manera te trato, Noa?

—¡Como un bruto! —soltó, cansada de su actitud.

Él se acercó a ella con rabia contenida.

—Asúmelo, niña; te guste o no, yo soy así, y no me vas hacer cambiar, ¿entiendes? Ni tú ni nadie.

Ella lo contempló pasmada, sin entender a qué venía todo aquello.

—Por cierto, ¿dónde está tu madre? —preguntó mirando a su alrededor—. ¿A doña Cayetana Ortiz le era muy denigrante compartir la cena con la chusma?

—No, dijo que el viaje le había levantado un fuerte dolor de cabeza —explicó, aunque ella más bien creía que la estaba castigando por la discusión que habían mantenido antes, intentando de ese modo que se sintiera culpable.

—En realidad me da igual —contestó alejándose un poco y pasándose la mano por el cuello de forma compulsiva—. Todo ese tufo que la rodea me repugna profundamente.

Noa jadeó atónita, mientras apretaba los puños, clavándose las uñas con fuerza.

Vale que su madre había sido grosera, que se había comportado de forma altiva y prepotente con él, incluso entendía que estuviese ofendido. ¡Pero era su madre, por Dios!

—Sólo quería informarte de que ya he hablado con el abogado, y vendrá esta semana para arreglar los papeles de la adopción —continuó—; de que pasado mañana, a lo más tardar, estarán aquí los obreros que he contratado para que empiecen con las obras de la escuela-taller, y de que encontramos muerto a Derek en un hotel nauseabundo. Por lo que, gracias a ello, no pude sonsacarle más información a Sofía sobre quién o quiénes quieren hacerte daño.

Ella hizo un gesto con los ojos, de sorpresa y aflicción al mismo tiempo por lo ocurrido al americano, pero no abrió la boca.

—¿No vas a decir nada? —inquirió Alonso, extrañado por su silencio.

—¿Cómo murió Derek?

—Colgado del ventilador del techo, aunque todo apunta a que no fue un suicidio, sino que lo mataron para hacerlo callar. Por supuesto hay una investigación en curso, y muy pronto las autoridades se personarán aquí, para interrogar a todos los trabajadores.

Noa suspiró afligida, pues, a pesar de todo, nunca le había deseado la muerte al antiguo guía. Levantando a continuación el mentón, y mirando directamente a los ojos a Alonso, le preguntó:

—¿Algo más?

Él arrugó levemente el ceño, sorprendido por su gesto arrogante.

—No.

Entonces ella se giró para marcharse de allí antes de perder los papeles por completo.

—Y tú, ¿tienes algo que decirme?

Noa se quedó parada un segundo, para darse luego la vuelta y encararse a él.

—Pues ahora que lo dices, sí —comenzó a decir con tono desafiante—. Y, honestamente, me da igual lo que opines al respecto. Se trata de Pierre y...

Alonso se acercó a ella en dos zancadas y pegó tanto su cara a la de Noa que ella podía ver cómo una vena hinchada de su frente palpitaba con fuerza.

—No quiero saberlo —siseó con los dientes apretados—. Me niego, ¿lo entiendes? Me niego a oírtelo decir.

Noa le sostuvo su mirada amenazante, harta de que siempre intentara amedrentarla y conseguir, con ello, salirse con la suya. Tenía que asumir que ella también tenía voz y voto allí y, si había dado su bendición tanto a Asha como a Pierre, él tendría que aceptarlo.

—No me importa lo que tú quieras, Alonso, yo también decido aquí. Y tendrás que asumir mis decisiones al igual que yo asumo las tuyas. Y mi decisión con respecto a Pierre y...

Fuera de sí, Alonso la tomó fuertemente por la cintura con una mano, mientras con la otra la agarró del cuello para besarla con furia. No quería escucharlo, se negaba en redondo a que de su boca salieran las palabras que confirmaran que estaba con el francés. Una cosa era sospecharlo y otra muy distinta confirmar que la había perdido. Porque, ¿para qué negarlo más? Era inútil. Para su desgracia, tenía que admitir que se había enamorado locamente de Noa Montalbo; que, a pesar de todas sus reservas y de sus luchas internas, no había podido evitarlo en modo alguno. Y no podía, no admitía, que lo dejase por otro. Desquiciado, la besaba con hambre de ella, con furia, con deseo, con ira, con frustración... Ese sufrimiento que estaba sintiendo en ese instante, y que lo desgarraba de arriba abajo como si lo abrieran en canal... Necesitaba que, de alguna manera, ella sintiera una ínfima parte lo que él estaba padeciendo por su culpa. Todos esos sentimientos aflorados de forma tan intensa hacían que su beso fuera castigador, infligiéndole de esa manera todo el dolor y la rabia que él sentía. Nunca, en toda su maldita vida, había sentido por nadie algo tan intenso, tan profundo, como lo que sentía por ella. Y tenía que haberse dado cuenta ahora, justo en ese momento, cuando estaba a punto de perderla.

Alonso, nublado por el coraje, no se daba cuenta de que Noa se retorció entre sus brazos, intentando zafarse de ese cruel beso que la tenía prisionera. Al principio, le correspondió por la necesidad de sentirlo nuevamente, de tocarlo, de besarla, de saborearla. Lo amaba tanto que se entregó a él sin cautela, hasta que se dio cuenta de que no la estaba besando, sino que la estaba castigando. Devoraba su boca con rabia, con ira, de forma ruda, feroz, lastimando sus labios de forma despiadada, y ella no entendía por qué.

—¡Suéltame! —masculló desesperada mientras procuraba alejarlo de ella con fuerza—. ¡Alonso, para! ¡Por favor, Alonso!

Pero éste, cegado por ese cúmulo de sentimientos desmedidos, no la oía. No se daba verdadera cuenta de lo que estaba haciendo. De lo único que era consciente era

de la imperiosa necesidad de tenerla entre sus brazos y no dejarla ir.

De pronto unas manos lo empujaron con fuerza, desplazando su cuerpo para alejarlo de ella.

—¿Qué cojones te pasa, hombre?! ¡¿Estás loco?!

Carlos retenía con firmeza a Alonso, mientras éste respiraba con fuerza, como un caballo desbocado. Por un momento se quedó descolocado, sin saber muy bien por qué su amigo le estaba recriminando, y el médico aprovechó ese instante para acercarse a Noa.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Ella no le contestó. Atónita, lo único que acertaba era a mirar al guía, intentando comprender por qué se había comportado así con ella, a qué venía todo aquello y, lo más importante, qué había hecho para que quisiera castigarla así.

—Tranquilo, Carlos, la niñata es como una gata, siempre cae de pie —contestó él sonriendo de forma cruel—. No es en absoluto tan desvalida y frágil como aparenta; al contrario, las mujeres como ella saben defenderse perfectamente.

—Espero que sea el alcohol el que te esté nublando la razón, porque, si no es así, no te reconozco, Alonso. No te reconozco en absoluto —le reprochó su amigo.

—Estoy completamente sobrio.

El médico lo miraba asombrado, en tanto abrazaba a Noa en un gesto de protección, que no pasó desapercibido para su amigo y que le hizo apretar los dientes con fuerza.

—¿Por qué, Al? ¿Por qué estás haciendo esto? —le preguntó ella completamente confundida, y con un dolor lacerante rompiéndole el alma.

El guía, que en ningún momento dejó de mirarla con ira, se acercó a ella con rapidez, pero el brazo del médico se interpuso entre ambos.

—¡No me llames así, no te atrevas a hacerlo! —estalló fuera de sí—. ¿Quieres saber por qué, niñata? Porque quiero que sepa la clase de mujer que eres, lo manipuladora, lo caprichosa, egoísta y rastrera que puedes llegar a ser. Quiero que sepa que, en cuanto me he dado la vuelta, ya estabas con otro, olvidándote por completo de lo que pasamos juntos. Quiero que tenga presente que lo mismo le va a ocurrir a él, que en cuanto se descuide lo vas a traicionar igual que me traicionaste a mí. Que en el fondo no eres más que una...

—¡¡¡Alonso!!! —lo advirtió Carlos antes de que siguiera hablando. No entendía qué era lo que estaba ocurriendo entre ellos dos, pero sí sabía que su amigo había perdido los papeles por completo. Nada de lo que se suponía que había hecho Noa excusaba su comportamiento—. ¿De quién hablas, hermano? ¿De qué va todo esto?

Pero éste no le contestó, sólo se quedó mirándola con toda la furia y el dolor que sentía en ese momento. Los celos trepaban por su pecho, logrando que un regusto amargo subiera por su garganta, y un sufrimiento lacerante se le instalara en el pecho. Se sentía engañado y estafado; burlado más allá de lo que podía perdonar. Así que de su boca salieron las palabras más hirientes, para demostrarle lo mucho que la

despreciaba.

—Ella sabe perfectamente a quién me refiero. —Y enseñando los dientes en una mueca de desdén y rabia, continuó—: Quiero que, cuando él te bese, tengas marcados a fuego mis labios en tu boca, y que no olvides nunca que primero fuiste mía.

No vio venir la bofetada que ella le propinó con fuerza, haciéndole girar la cabeza. Noa, completamente destrozada y con las lágrimas resbalando por su rostro, alzó el mentón con orgullo, sosteniéndole la mirada llena de rencor.

—Espero que estés satisfecho, porque me has demostrado que al final tanto Derek como tú os parecéis más de lo que pensabas.

Alonso se quedó parado, contemplando cómo, a pesar del temblor de su barbilla y los ojos anegados en lágrimas, ella lo miraba con altivez, desafiándolo a que le llevara la contraria. Y él no pudo.

En ese instante, completamente horrorizado, fue consciente de sus actos y, avergonzado hasta el infinito, se dio la vuelta para marcharse y esconderse en la cloaca más profunda que pudiera encontrar, pues se sentía exactamente como una inmunda rata, después de haber tratado a la mujer que amaba de esa forma tan rastrera y ruin.

Carlos observó cómo su amigo se alejaba, y de alguna manera intentó justificar sus actos delante de la que ahora estaba seguro era la mujer que amaba.

—Él no es así, Noa. Estoy seguro de que tiene que haber un buen motivo que explique por qué se ha comportado de esa forma.

La mirada que ella le lanzó reprobaba por completo su patética defensa, y a él no le quedó más remedio que, abochornado, bajar la mirada, pues en realidad no había excusa posible.

Lo que ellos no sabían era que dos figuras escondidas entre las sombras habían sido testigos de todo lo acontecido y, cada una por diferentes motivos, sonreían con satisfacción. Cuando Noa, agotada tanto física como mentalmente, se marchó, rechazando la compañía del médico para acompañarla hasta su bungalow, una de las figuras salió de su escondite para acercarse a él y decir:

—Ya te dije que esa mujer le estaba haciendo la vida imposible.

Cuando Carlos giró la cabeza, observó cómo los ojos de Vanesa brillaban con deleite, y en ese instante supo, sin ningún género de duda, que ella había tenido algo que ver en todo aquel asunto. Y se juró que descubriría lo que esa mujer estaba tramando.

Capítulo 29

Al día siguiente, Carlos entró en el restaurante más tarde de lo que pretendía, pues esperaba encontrarse con su amigo en la mesa del desayuno, al no haberlo hallado en su cabaña. Pero por allí no apareció. Ni él ni Noa. Ninguno de los dos se asomó por el comedor, así que le preguntó a Asha si sabía algo de ellos.

—Del jefe Alonso no sé nada desde ayer por la noche, y Noa me mandó avisar de que atendiera yo a los huéspedes, porque no se encontraba bien. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—No, sólo pretendía aclarar con él unas cuantas cosas antes de marcharme, porque después voy a estar fuera casi una semana y me urgía hacerlo lo antes posible.

—Si quieres yo puedo darle tu recado, pues voy a estar con él más tarde —le sugirió Vanesa, mientras untaba mantequilla en un bollo recién horneado—. La verdad es que yo también lo estuve buscando, después de lo que pasó anoche, y tampoco di con él.

—No, gracias —respondió el médico un tanto hosco—. Prefiero hablarlo cara a cara con Alonso.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó la keniana, alarmada, pues tanto Pierre como ella habían estado tan pendientes el uno del otro que no habían advertido que hubiera ocurrido nada extraño.

—Nada grave, tranquila —la calmó la morena, con un brillo de complacencia en la mirada, mientras mordisqueaba el bollo—. Ayer tus jefes tuvieron una disputa, pero nada que no haya ocurrido antes, por lo que tengo entendido.

Carlos observó, irritado, cómo la mujer no escondía de ningún modo el placer que le proporcionaba saber que su amigo se había enfrentado a Noa, en tanto una mueca ladina bailaba en su rostro.

—Tú sabes algo, ¿verdad, querida? —le preguntó él, ocultando su desprecio tras una falsa sonrisa, para intentar sonsacarle información.

—Yo prefiero no meterme en sus cosas —comentó ella pretendiendo parecer ecuánime—. Es mejor que hables con él directamente.

—También es mi amigo, Vanesa, y me gustaría ayudarlo, al igual que tú. Pero no puedo hacerlo si no dispongo de toda la información, y menos cuando tampoco lo encuentro por ningún sitio.

—Entiéndelo, Carlos, no quiero meterme en problemas —dijo ésta haciendo un gesto con los ojos hacia Asha, pues sólo estaban ellos tres sentados a la mesa.

—Si es por mí, les juro que no pienso decir nada —prometió, empezando a preocuparse seriamente.

Vanesa fingió pensarlo con detenimiento, cuando en realidad estaba deseando soltar a los cuatros vientos su hazaña, vanagloriándose de lo bien que le había salido

todo. Pero sabía que no podía hacerlo.

—No, lo siento, no soy ninguna entrometida —concluyó, soltando un suspiro de pesar.

—Está bien, lo entiendo —aceptó el médico defraudado—. Espero poder hablar con él antes de partir.

Asha se levantó atropelladamente de la mesa.

—Si me disculpan —dijo, y salió casi corriendo en busca de su amiga, para saber si podía ayudarla en algo.

Pero en ese mismo instante se dio cuenta de que la mayoría de los clientes ya estaban aguardando ansiosos en la entrada del hotel, esperando con las maletas, para montarse en los vehículos que los llevarían de aventura por África. Por ello, no le quedó más remedio que aplazar su encuentro con Noa, para poder despedirlos debidamente.

Después de eso, Carlos esperó pacientemente a que llegara su amigo, pero éste no lo hizo. Impotente, vio cómo Shukrani arrancaba el motor del *jeep* para dar comienzo al viaje, frustrando su charla con él para intentar saber qué había sucedido exactamente la pasada noche. Le dio el tiempo justo de divisar, por el retrovisor, cómo Asir se subía solo al otro *jeep*, llevándose con él a Vanesa, pero sin ningún rastro de Alonso.

Antes de perder de vista el último vehículo, la ayudante salió corriendo hacia la cabaña de su amiga. Cuando ella le abrió la puerta, se topó con una mujer rota, con la cara desencajada y ojerosa, y los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar.

—¡Dios mío, Noa, ¿qué ha pasado?! —preguntó impresionada.

A ésta le empezó a temblar la barbilla, por lo que se dio media vuelta, dándole la espalda, a la vez que le dijo entre sollozos:

—¿Puedo pedirte un favor muy grande, Asha?

—Claro, cielo, lo que tú quieras.

—Necesito estar sola —le confesó girándose de nuevo, mientras lágrimas de dolor e impotencia brotaban sin control—. Necesito pensar, evaluar lo que voy a hacer a partir de ahora.

—Noa, cariño...

—Por favor, Asha —rogó—. Te lo agradezco mucho, pero ahora no necesito tu compasión, sino tu amistad. Quiero que te lleves a Jasira, para que tu hermana pueda ocuparse de ella. No deseo que me vea así. En cuanto yo lloro, ella también lo hace, y me parte el alma.

La ayudante negaba con la cabeza mientras su amiga hablaba.

—Te lo suplico, Asha.

—Por supuesto que me llevaré a la niña. Entiendo que no quieras que ella te vea sufrir, pero no creo que dejarte sola en estas condiciones sea lo más conveniente.

—Por favor, necesito que lo hagas.

—No me parece bien abandonarte así, cielo —insistió—. Entiende que no puedo

irme tan tranquila sabiendo que estás... tan destrozada. No sé qué ocurrió ayer entre los dos, pero estoy segura de que ha sido una confusión, que todo se va a arreglar entre vosotros, que...

Noa se acercó a ella y le agarró con ambas manos la cara.

—No me hagas volver a suplicártelo, Asha.

Ésta enmudeció, mientras reconocía el sufrimiento de su amiga en la expresión de su rostro, y se tuvo que morder el labio cuando sus ojos se empañaron de lágrimas.

—Está bien —accedió—, pero dentro de un rato vendré a ver cómo estás y a traerte algo de comer.

Y recogiendo a Jasira, dejó a su amiga sola, tal y como ella quería.

Habían pasado dos días desde aquella horrorosa discusión, y Noa, como pudo, se arrastró fuera de la cama para ir a abrir la puerta. Cayetana entró como una tromba en la cabaña, después de haber estado cinco minutos aporreando y despotricando sin descanso para que su hija la dejara pasar.

—¿Por qué no me abrías la puerta? —la regañó, enfadada.

—¿Qué parte de «no me molestes» no entendiste, mamá? —le preguntó mientras se encaminaba hacia el armario.

—Esto es inadmisibile, Noa. Llevo dos días metida en mi habitación con una espantosa jaqueca, y tú no has tenido la más mínima compasión para pasar a verme y saber cómo estaba.

—Estás viva, ¿no? —alegó a la vez que se vestía su bata de seda dándole la espalda—. Eso es lo único que importa.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —protestó la mujer, ofendida—. Sólo te preocupas por ti misma, sin tener en cuenta...

Y de pronto enmudeció al ver la habitación patas arriba, la cama deshecha y a su hija con un aspecto espantoso.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Estás enferma? —demandó preocupada.

—No —contestó mientras se dirigía al baño y se pasaba un cepillo por el pelo—. Es sólo que yo también he sufrido una terrible jaqueca.

Cayetana examinó a su hija con detenimiento, sólo para advertir que le estaba mintiendo.

—Eso no es cierto, tú no padeces de jaquecas.

—Pues ya era hora, ¿no crees? Es una excusa que a ti te va a las mil maravillas, y esperaba con fervor que cogieras la indirecta.

La mujer se pasó un dedo por la ceja, peinándola, a la vez que, frustrada por la situación, dejaba escapar un suspiro.

—Cariño, no quiero seguir discutiendo contigo, no he venido a esto precisamente.

—Pues entonces hazme un favor, mamá, y déjame en paz —le sugirió abriendo la lona de la parte trasera de la cabaña, para sentarse en el cómodo sillón que había en la

pequeña terraza.

—Es por culpa de ese hombre, ¿verdad? —supuso, enfadándose por momentos al imaginar a ese ser insufrible haciéndole daño a su hija—. ¿Qué te ha hecho? No me lo digas, no me importa; lo voy a despedir de inmediato.

Noa, que se encontraba con la cabeza girada, las piernas encogidas y agarradas fuertemente con ambos brazos y la barbilla temblando, aguantándose las ganas de llorar, susurró:

—Te lo suplico, mamá, si alguna vez has sentido algo de cariño por mí, aunque sea tan sólo una pequeña pizca, te pido que me dejes tranquila.

A Cayetana, que no era de piedra, se le encogió el corazón al verla sufrir de esa manera y, apartando por un instante el tormento que sus palabras le provocaban, decidió que era el momento de hacer algo que nunca antes en su vida había hecho. Se sentó al lado de su hija con el miedo del rechazo atenazándole la garganta, para murmurarle:

—Ven aquí, pequeña.

Cuando ésta vio cómo su madre le abría los brazos para reconfortarla, no pudo evitar el torrente de llanto que salió de su alma desgarrada, encogiéndose como una bola, haciéndose tan chiquita como una niña pequeña, para apoyar su cabeza en el regazo de ella y llorar desconsolada, mientras su progenitora le acariciaba el pelo suavemente.

—¡Chist, ya está, mi niña! —le susurró suavemente, mientras sus ojos se anegaban también en lágrimas y su corazón se partía junto al de su hija—. Lloro, mi princesa, llora y échalo todo fuera.

Y las dos, en silencio y a su manera, dejaron brotar el dolor tan arraigado que llevaban dentro. De diferentes orígenes, por diferentes motivos, pero con una mágica comunión surgida por primera vez entre ellas que las hizo sentirse cómodas la una con la otra.

Minutos después, Cayetana ayudaba a su hija a volver a la cama y se sentó a su lado, atusándole el pelo, mientras de vez en cuando le dejaba caer un suave beso en la frente, logrando con ello que por primera vez en varios días Noa pudiera dormir un poco.

Alonso contempló ese momento desde la distancia, y enterró las manos en su pelo tirando a continuación con fuerza de él, mientras daba vueltas en círculos lamentándose amargamente por todo lo que había hecho. Nadie podría recriminarle peores cosas de las que él mismo se había reprochado ya, sintiéndose tan culpable que tampoco había podido pegar ojo en todo aquel tiempo. Como un maldito cobarde se había escondido durante aquellos días, por no tener el coraje suficiente como para enfrentarse a Noa y sus consecuencias. Asir era el único en quien confiaba, y al que le había dicho cómo ponerse en contacto con él por si ocurría algo grave. Se sentía

tan miserable y ruin que no podía perdonarse el hecho de que la había tratado peor que Derek en aquella fatídica noche. El americano, al menos, disponía de la excusa de estar borracho; él ni tan siquiera tenía eso.

Apoyó el cuerpo en un árbol escondido de las miradas indiscretas y, con la vista perdida, se preguntó cómo había llegado hasta aquel punto; en qué instante había perdido el buen juicio, volviéndose un ser loco e irracional, completamente perdido en los celos enfermizos, que le hicieron cometer semejante vileza.

Evocó la historia de amor vivida con Mónica años atrás, y lo mucho que lo había afectado. No era ninguna disculpa para su comportamiento con Noa la pasada noche, pero sí un recuerdo cruel de por qué había decidido no enamorarse nuevamente. Había vuelto a caer otra vez, pero ahora las consecuencias eran peores, mucho peores. Porque, si en aquel entonces había creído estar locamente enamorado, ahora sabía a ciencia cierta que no había sido así. Y el dolor que había sentido en aquellos momentos no era nada comparable con lo que estaba sufriendo ahora. Nada.

Pero, aun así, nunca había llegado a comportarse de esa manera. Había sido destructivo consigo mismo, pero jamás intentó hacer daño a nadie que no fuera él, por lo que no entendía qué le había pasado con Noa. ¿Qué locura transitoria lo había llevado a querer castigarla, para hacerle sentir una mínima parte del mismo padecimiento que él sentía?

«¿Y qué he conseguido con todo eso? —se preguntó furioso—. ¡Nada!»

Bueno, sí, más dolor todavía, si eso era posible.

Y lo peor de todo era sentirse el único culpable del sufrimiento de la mujer a la que amaba. Él, que había jurado protegerla de las personas que querían hacerle daño, precisamente él, había querido lastimarla. ¡Cómo se podía ser tan hipócrita, tan mezquino!

Alonso siempre había creído ser un tipo valiente. Se había enfrentado por ella a leopardos, leonas, serpientes venenosas y escorpiones mortales, y lo haría de nuevo una y mil veces si hiciera falta. Pero ahora se sentía incapaz de encararla y mirarla directamente a los ojos para pedirle perdón. Y eso lo convertía en un ser deleznable.

Pero ¿cómo podía rogarle que lo perdonara cuando ni él mismo podía? ¿Y cómo hacerlo, cuando él había despreciado a otros hombres por utilizar la violencia con una mujer para someterla, y había intentado exactamente lo mismo con ella? Se sentía una basura.

«¡Soy lo peor! ¡Un imbécil! ¡Un completo imbécil!»

Levantó los ojos al cielo y a su mente acudió la imagen de su madre, reprochándole con un gesto tan típico en ella su falta de juicio. Y suspiró con fuerza, en tanto sus ojos se empañaban, dolido consigo mismo y con su estupidez. Ahora sí que había perdido por completo a la mujer que tanto quería, y no sólo porque ella tuviera motivos más que suficientes para odiarlo, sino porque ni él mismo era capaz de perdonarse. No después de lo que había hecho.

Había ido hasta allí porque había tomado una decisión, pero, cuando la vio

llorando en los brazos de su madre, el arroyo que tanto tiempo le había costado reunir se esfumó como el humo, al mismo tiempo que el pecho se le abría en dos, al sentir los puñales de la culpa clavándose una y otra vez, en tanto su corazón dejaba de latir.

Cerró los ojos al recordar el sufrimiento en la mirada de Noa, y la decepción en el rostro de su amigo de toda la vida. Volvió a revivir las palabras dichas con tanto rencor y odio, una y otra vez. La mirada de desconcierto de ella y a continuación la de desaliento, como si fuera una mala película repetida hasta la saciedad. Y un sollozo mudo salió de su garganta, al saberse la peor escoria sobre la faz de la tierra, en tanto su corazón se partía en mil pedazos, a la vez que se sentía quebrar por dentro.

Alonso cayó al suelo de rodillas mientras las lágrimas fluían sin control, sumido en el dolor, en la rabia y en el firme convencimiento de que había perdido al amor de su vida, de que ya no había vuelta atrás. Sólo había llorado una vez así, y había sido cuando perdió a la persona que en aquel momento era la mujer más importante de su vida. Su madre.

—¡Perdóname, mamá! —sollozó destrozado por dentro—. ¡Por favor, perdóname!

Horas más tarde, Cayetana seguía sentada a la vera de su hija. Se preguntaba de nuevo qué podía haber sucedido para que su pequeña se encontrara así. A pesar de que Noa no se lo había confirmado, sabía sin ningún género de dudas que todo venía propiciado por algo ocurrido entre ella y aquel horrible hombre.

Ese tal Alonso, desde un principio, no le había caído bien. Sabía que iba a traer problemas desde el mismo momento en el que los pilló tan juntos en el dispensario. Tenía un aura de peligrosidad, mezclado con un fuerte carácter y unas formas tan toscas, que le hicieron intuir que no era un hombre fácil de llevar. Y ella quería algo mejor para su princesa. Se merecía algo mejor.

Por mucho que ésta despotricara contra ella, le reprochara su actitud poco cariñosa y fría o la acusara de manipuladora, siempre había querido lo mejor para su hija. Siempre. A pesar de no saber demostrárselo ni hacérselo entender, sus dos hijos siempre habían sido su motor para vivir... el motivo que tenía para levantarse cada mañana, para no tirar la toalla y volverse completamente loca.

Contempló a su pequeña y se lamentó lastimosamente por no haber sabido hacer nada para evitar que ese distanciamiento y frialdad entre ambas fuera tan acuciante. Había intentado de todas las maneras un acercamiento con ella, sobre todo en los últimos tiempos, pero al final siempre salían a relucir los reproches y las recriminaciones que su hija tenía guardados tan amargamente en su corazón. Y, a pesar de que siempre intentaba luchar contra ello, acababa perdiendo.

Cuán difícil era no poder contar toda la verdad, sentirse atada de pies y manos, y completamente impotente, mientras veía cómo perdía poco a poco lo que más quería

en esta vida. Suspiró, cansada de tanto dolor y sufrimiento acumulado durante tantos años, e inconscientemente arrojó a su hija, deleitándose después al darse cuenta de ese gesto tan sencillo, pero que le estuvo prohibido durante tanto tiempo.

Cuando minutos después Asha apareció por la cabaña, con la inflexible determinación de lograr que su amiga comiera algo, no esperaba encontrarse con Cayetana allí.

—¡Oh!, disculpe —se excusó consternada, buscando con la mirada a su amiga cuando la mujer le abrió la puerta—. Venía a traerle algo de comer a su hija.

—Está durmiendo —susurró, dejándola pasar para que dejara la bandeja encima de la mesa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la keniata, aliviada—. ¿Lleva mucho tiempo dormida?

—Un rato —contestó mirándola con dureza—. ¿Por qué no se me informó de la situación que mi hija estaba pasando?

Asha tragó saliva fuertemente intimidada, pero desvió la mirada hacia Noa y se irguió con valentía para enfrentarse a ella.

—Porque su hija no quiso que se la avisara. Creo que sabe perfectamente que, cuando algo se le mete en la cabeza, no hay forma posible de hacerla cambiar de opinión. Ahora mismo venía dispuesta a obligarla a comer algo.

La soberbia de Cayetana se esfumó tal como había llegado, dando paso a la angustia.

—¿Desde cuándo no come?

—Lleva dos días sin probar bocado.

—¡Dos días! —declaró afligida.

—Sí. Pero creo que ahora necesita más urgentemente descansar que comer —determinó la ayudante—. Es mejor no molestarla.

—Entiendo —dijo la mujer, mortificada.

Luego se acercó a la cama mientras susurraba, angustiada, a la vez que se retorció las manos con tanta fuerza como su conciencia gritaba en su mente.

—Si hubiera sido mejor madre, habría confiado en mí antes que en extraños —expresó en alto, olvidándose de la presencia de la africana.

—Yo no soy ninguna extraña, señora —replicó ofendida.

—Lo sé, Asha —respondió girándose hacia ella, con un inconmensurable padecimiento en su rostro—. Sé que la única extraña aquí soy yo.

La keniata se arrepintió en el acto de su tono de censura anterior. Ella no era nadie para criticar la relación entre madre e hija, no después de la familia que le había tocado vivir. Simplemente le molestaba que la mujer no se diera cuenta de lo valiosa y gran persona que era Noa. Pero ¿quién sabía los motivos que llevaban a alguien a comportarse de cierta forma? Sino que se lo dijeran a ella, cuando durante tanto tiempo se negó la posibilidad de ser feliz, creyendo, de forma errónea, que era lo mejor tanto para sí misma como para la persona que amaba.

—De igual modo, si quiere, puede quedarse —le sugirió con cautela—. Me parece que su presencia le hace bien.

—¿Tú crees? —le preguntó, temerosa de poder hacer algo que afectara más a su hija.

Cayetana giró la cabeza para mirar cómo Noa dormía plácidamente. Durante el rato que habían estado solas, ella vigilando como una leona el sueño de su niña, le dio por pensar en el momento compartido antes entre las dos. Un instante que había ansiado y buscado desesperadamente durante muchos años, y que no había tenido la oportunidad de vivir. Y, después de tantas lágrimas vertidas en soledad, después de tantos rechazos por parte de su pequeña, de tanto tiempo tragándose el dolor intentando parecer entera, ahora... ahora que casi podía rozarlo con las yemas de sus dedos... Ahora estaba tan muerta de miedo que tenía auténtico terror a equivocarse de nuevo y echarlo todo a perder. No sabía cómo empezar a recuperar a su niñita, cómo compensar todo el tiempo perdido, toda una vida perdida. Ella era la única persona que verdaderamente le importaba en esta vida, pero no sabía cómo demostrárselo.

Asha parpadeó, sorprendida por su actitud.

—Sí, lo creo —aseguró, convencida de que era bueno. Para las dos—. ¿Por qué no viene a comer algo usted también? Yo me encargo de bajar dentro de un rato, para comprobar si está despierta y traerle comida caliente.

—No quiero dejarla sola —confesó Cayetana, reticente a abandonar a su hija.

—Está bien. Pues, si quiere, puede comer usted lo que le traje a ella y, cuando despierte, mando preparar algo delicioso que le abra el apetito a nuestra bella durmiente.

La mujer asintió, y Asha procedió a hacer lo que habían acordado.

Cuando Noa despertó horas después, ya era de noche. Se sacudió sobresaltada por una pesadilla y se tapó la cara con ambas manos, hasta que finalmente pudo ubicarse y darse cuenta de dónde estaba. De pronto aguzó el oído al percibir murmullos cerca, y levantó la cabeza para descubrir, perpleja, cómo su progenitora departía tranquilamente con Asha y Hadiya, sentadas las tres en la pequeña terraza, donde antes había estallado rota de dolor, pero agradecida por ese gesto de consuelo de su madre, durante tanto tiempo ansiado.

Se levantó con sigilo y se vistió su bata de seda, a la vez que, despacio, se acercó a la cama de Jasira. Ésta dormía plácidamente, como era su costumbre, con los brazos y piernas en cruz, ocupando casi la totalidad del espacio, obligando a la pobre Janeeta a permanecer en la esquina del colchón, a muy pocos centímetros de caerse de él. Sonrió con ternura al agacharse para depositar un beso en la frente de la pequeña y acariciar con suavidad la mejilla de la mayor. En el poco tiempo que llevaban juntas, las dos se habían hecho inseparables. Como eran los únicos niños del recinto, era lógico, pues inevitablemente se necesitaban para poder jugar y disfrutar como tales. Aunque muy pronto eso cambiaría. Cuando se terminara por fin el proyecto de la

escuela-taller, habría otros niños y niñas con los que podrían relacionarse y disfrutar, corriendo y haciendo las travesuras típicas de cualquier crío de su edad. Su hija nunca más volvería a estar sola y desvalida. Jamás volverían a apartarla como a una apestada.

Y de repente, Noa sintió un pinchazo en el pecho al recordar que quizá no estaría allí para cuando aquello sucediera. De igual modo, nunca se iría sin su pequeña, pensó mordiéndose el labio cuando comenzó a temblar; allá donde fuera, jamás abandonaría a su princesa.

Cerró los ojos con fuerza, reteniendo las lágrimas que amenazaban con brotar, e inspiró profundamente intentando reunir las fuerzas necesarias, para después soltar un largo suspiro y encontrar la calma que tanto ansiaba. Cuando creyó haberlo conseguido, se incorporó para acercarse a las tres mujeres, que todavía no se habían percatado de que había despertado.

—¿Tengo que empezar a preocuparme?

Todas se sobresaltaron al unísono al oír su voz.

—¿Por qué, cariño? —preguntó Cayetana, haciéndose a un lado para que ella pudiera sentarse.

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Se me hace muy raro ver a mis amigas charlando tranquilamente con mi madre, como si lo llevaran haciendo toda la vida —explicó acomodándose a su lado—. Por lo que reitero mi pregunta: ¿tengo que empezar a preocuparme? ¿Estáis tramando algo o, en su defecto, escondiéndome algo que deba saber?

—En absoluto —objetó Asha—. Simplemente hablábamos con doña Cayetana de todo un poco.

—¿De todo un poco? —preguntó sorprendida—. ¿Qué significa «de todo un poco»?

—Quería saber qué tenía este país para que te hubiera cautivado de tal manera —confesó su madre con cierta cautela—. Conocer un poco más a Asha, y a sus encantadoras hermana y sobrina. Aprender un poco más del carácter de esta gente, y del folklore que los acompaña.

—Le conté cómo nos conocimos —confesó Hadiya—, y de tu aventura con los testículos de mono.

—¡Ay, Dios!, no me lo recuerdes —le pidió escondiendo la cara entre sus manos.

—¿De verdad te los comiste? —preguntó su madre, horrorizada.

—No sabía lo que eran hasta que fue demasiado tarde, mamá.

Y de pronto Cayetana comenzó a reírse, dejándolas a todas asombradas por su reacción.

—¿Te parece gracioso? —inquirió, comenzando a molestarse.

—La verdad es que sí —respondió la mujer—. Me hubiera gustado estar allí para ver tu cara.

—Si quiere, se lo puedo contar yo.

Y la hermana pequeña comenzó a escenificar los momentos vividos por Noa después de enterarse de lo que había comido. Las tres reían sin parar, mofándose de ella, en tanto ésta, enfurruñada y con los brazos cruzados, no pudo mantener por más tiempo esa pose fingida y se unió a ellas. Asha también le contó a su madre el momento de conocerla, narrando con pelos y señales la cantidad de barro que cubría su cuerpo cuando entró por la puerta. Y de cómo había llegado descalza, con la pabela echada a perder y la falda del vestido rajada por la parte de atrás de arriba abajo. Relató también su encuentro con el leopardo en la cascada, cómo Alonso se enfrentó a él y luego la trajo como un saco de patatas todo el camino. Entre risas, también le explicó cómo éste la pilló desnuda en la ducha cuando Noa comenzó a gritar por culpa del agua fría, creyendo que estaba en peligro. O de cuando acudió en su auxilio como una tromba al oír los chillidos de ella en su tropiezo con la mamba negra.

Y Cayetana empezó a cuestionarse la importancia de ese hombre en la vida de su hija y qué había ocurrido para que, llevándose tan mal como se llevaban al principio, Noa se hubiese acabado enamorando de él.

—Y la última fue buenísima, tenía que haberle visto la cara a Alonso cuando...
—De súbito, la ayudante enmudeció.

—Cuando, ¿qué? —preguntó Hadiya, intrigada.

—Cuando nada, hermana, olvídalo —repuso vacilante y maldiciéndose por su estupidez, al recordar el momento en el que el guía estampó la cara contra la puerta, al tergiversar por completo aquella conversación entre ella y Pierre.

—Yo también quiero saberlo —insistió Noa.

—Ahora que lo recuerdo, era una tontería. —Intentando desviar el tema, propuso —: ¿Por qué no pedimos que te traigan algo de comer?

—No tengo hambre —replicó la aludida—. Y no evites el tema, Asha: hasta ahora estábamos hablando de todas las tonterías que me han pasado desde que llegué aquí.

—No estoy evitando nada. Y tú lo has dicho, sólo hablamos de tonterías, nada más. Simplemente digo que tienes que comer algo; llevas muchos días sin meter nada consistente en el cuerpo —rebatía nerviosa, poniéndose de pie.

—¡Chicas, vais a despertar a las niñas! —intervino Cayetana tratando de apaciguar los ánimos.

—Me parece bien —indicó Noa hablando más bajo—, pero no creo que vaya a pasarme nada si esperamos unos minutos más, mientras me cuentas la cara que puso Alonso cuando...

—Olvídalo, Noa, simplemente elimina la última frase de la conversación —sugirió a la vez que levantaba el auricular del teléfono para pedir algo de comer—. ¿Qué te apetece? ¿Carne?, ¿pescado?

—No voy a comer nada hasta que no me lo cuentes —amenazó, poniéndose ella también en pie.

—¡Mira que eres terca!

—¡Mira quién fue a hablar!

—Noa... —medió la madre, en vano.

—No vas a dejarlo pasar, ¿verdad? —inquirió su amiga, cruzándose de brazos.

—Por supuesto que no, y menos ahora que sé que me estás ocultando algo.

—No te estoy ocultando nada.

—¡¡Ja!! Mientes muy mal, amiga, pero que muy mal.

Asha colgó el teléfono con más ímpetu del propuesto.

—¿De qué sirve decírtelo si sé que con ello te voy a hacer daño? Dime, Noa, ¿de qué? Me pides que confíe en ti, pues yo ahora te pido que confíes en mí; fue una tontería sin mayor importancia. Ya está.

—¡Basta, las dos! —estalló Cayetana, intentando acabar con aquella estúpida disputa—. Estoy de acuerdo con Asha. Esto no tiene ningún sentido, Noa; lo mejor es que comas algo y te repongas...

—¡No! —la interrumpió su hija—. No me digas lo que tengo o no tengo que hacer, mamá. Estoy cansada de que todo el mundo me mienta.

—Sólo quiero protegerte —aseguró su ayudante, dándose cuenta demasiado tarde que era peor el remedio que la enfermedad.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? ¿Mintiéndome? ¿Ocultándome las cosas? —cuestionó, decepcionada con ella—. Estoy harta de que todo el mundo lo haga. Y no esperaba eso de ti, Asha.

—Eso es cierto —confesó su madre, interviniendo de nuevo—. Sé por experiencia propia que, al final, la mentira se vuelve en tu contra.

—¡Por favor, no os peléis! —sollozó Hadiya, acercándose a Noa para rodearla fuertemente con sus brazos.

Asha suspiró abatida y se acercó a su amiga para abrazarla ella también, en tanto los ojos de Cayetana se humedecieron al ver ese gesto, tan cariñoso y real, surgido entre las tres.

—Lo siento, cielo, perdóname si te he hecho daño. Quiero que te quede claro que en ningún momento ha sido mi intención, pero me rompe el alma verte así. —Dicho esto, se separó un poco de ella para mirarla a los ojos—: Desconozco lo que pasó entre vosotros aquella noche. Tú no dices nada, Alonso está desaparecido, y los demás andamos angustiados por los dos sin saber qué hacer, sin... sin comprender qué pudo suceder tan grave entre vosotros. Lo único que quiero es que no sufras más, Noa. ¿Es tan difícil de entender?

—No, no lo es. Pero es mucho peor no saber, Asha —confesó emocionada por su sincero cariño, mientras las lágrimas volvían a rodar por su rostro—. Estar en la completa ignorancia me está volviendo loca. Desconocer los motivos que lo llevaron a actuar así me está matando. Llevo dos días preguntándome por qué. ¿Por qué, Asha? ¿Por qué me habló así? ¿Por qué me trató de esa manera? ¿Qué hice yo? ¿Qué error cometí?

—¡Oh, mi niña! —soltó Cayetana, abatida viendo el sufrimiento de su hija y deseando con toda su alma ser ella la que estuviera padeciendo ese tormento y no su pequeña.

Acto seguido se acercó a las tres para estrecharlas en conjunto, uniéndose en ese gesto de cariño tan sincero y conmovedor. Ahora la mujer entendía a su hija cuando afirmaba que ellas eran sus amigas. Entre lágrimas de agradecimiento, por fin comprendía a lo que Noa se refería. Nunca antes nadie había demostrado por ella lo que esas dos mujeres de tez oscura le estaban enseñando. Y le estaban enseñando que el afecto sincero no tiene barreras, ni colores, ni clases sociales, simplemente se siente y ya está. Nace o no nace, pero es un sentimiento que nadie puede comprar o fingir.

Después de ese momento sensiblero entre féminas, y con las hormonas alteradas, se volvieron a sentar para escuchar con atención el relato de Asha, arrojando un poco de luz al martirio de Noa.

—No puedo creer que Alonso logre tan siquiera imaginar que yo pueda estar interesada en otro hombre —se lamentó Noa, perpleja—. Y menos que piense que pueda sentir algo por Pierre. No lo entiendo.

—Para ser honesta, la conversación escuchada desde detrás de la puerta daba a equívoco, cielo. Y, con anterioridad, yo misma sentí celos de ti y de Pierre, antes de confesarme tus verdaderos sentimientos por Alonso.

—No es excusa, Asha, no después de lo que pasó en el safari entre nosotros. Tú, al menos, nos viste en una actitud cariñosa que pudiera malinterpretarse, pero él...

—A saber lo que pasa por la cabeza de los hombres —intervino Cayetana.

—Es evidente que estaba celoso —concluyó Hadiya.

—Sigo sin comprenderlo.

—Si nos explicas lo que ha ocurrido entre vosotros, quizá podremos ayudarte —le pidió su ayudante.

—Me siento muy violenta hablando de este tema con mi madre presente —alegó Noa, ruborizándose hasta las cejas.

—No hace falta que entres en detalles, cariño; si es tu deseo, me voy, pero me gustaría ayudarte y ofrecerte mi apoyo incondicional.

Noa reparó en que, hasta el momento, su madre no había impuesto su opinión; al contrario, había estado en un segundo plano, ofreciéndole, para su total sorpresa, un consuelo que ella no había pedido, y que había sido ofrecido sin egoísmo ni segundas intenciones, al menos hasta entonces.

Pero no sabía si fiarse. En ese instante se sentía frágil y vulnerable, y no sabía si podría resistir otra traición por parte de su familia, si podría encajar que su madre utilizara esa información para usarla en su contra. Y suspiró, cansada de tanta lucha, de tanta desconfianza con su propia sangre, de tanto miedo a que le volvieran a fallar.

Necesitaba confiar. Necesitaba volver a sentir el calor de su madre, que tan sólo unas horas antes había recibido y que le había proporcionado tanta paz y tanto alivio

en su atormentado estado anímico. Anhelaba no volver a sentirse tan sola, tan desvalida, nunca más. Así que decidió darle otra oportunidad nuevamente. Y les confesó sus sentimientos más profundos, y lo que habían vivido tanto ella como Alonso en pleno África, más todo lo sucedido después de la vuelta a la realidad.

Cuando terminó, ninguna de las tres mujeres abrió la boca. Por poco tiempo.

—¿Cómo que intentaron matarte?! —estalló Cayetana, claramente alarmada—. ¿Cómo no se te ocurrió decirme nada hasta ahora?!

—Está bien, mamá, cálmate.

—¿Que me calme? ¿Estás loca, hija? Ahora mismo nos vamos de aquí —ordenó poniéndose de pie, mientras un escalofrío de puro terror le recorría el cuerpo de arriba abajo.

—Siéntate, mamá.

—No pienso sentarme, no al menos hasta que estemos subidas a un avión rumbo a Valencia.

—No corro ningún peligro, Alonso ya se encargó de eso.

—¿A qué te refieres? —preguntó Asha.

—El lunes se llevó a Sofía a Nairobi, para entregarla a las autoridades y que les confesase dónde se encontraba Derek.

—¿Y lo consiguió?

—Sí, pero llegaron demasiado tarde.

—¿Qué significa «demasiado tarde»? —cuestionó Cayetana, cuando paró de buscar, desesperada, la maleta por la cabaña.

—Pues que lo encontraron muerto en la habitación de un hotel.

Asha se llevó las manos a la boca.

—¡Dios mío! —susurró incrédula—. ¿Cómo?

—Colgado del ventilador del techo.

—¿Se suicidó? —preguntó su madre, volviéndose a sentar a su lado.

—Ajá —contestó Noa, ocultando que todos dudaban de que hubiera sido un acto voluntario, y por supuesto que sospechaban que había otro cómplice más. ¿Para qué preocuparlas innecesariamente?

De pronto Cayetana la abrazó con fuerza y, con la voz temblorosa, la regañó.

—¡Por Dios, hija, no me des estos sustos! ¿Acaso quieres matarme de un infarto al corazón?

—Lo siento, mamá, no era mi intención —contestó ella, asombrada por sus espontáneas muestras de cariño, que nunca antes había recibido.

Y las cuatro se quedaron calladas, rumiando esa información.

—Ahora entiendo su actitud tan extraña al entrar en la cocina, y por qué se estaba recriminando cuando subí detrás de él y me lo encontré enfadado consigo mismo en el dispensario. Pero sigo sin comprender qué ocurrió después —comentó Noa, dándole vueltas a lo dicho antes por Asha, volviendo a angustiarse—. Instantes antes de que entrara mi madre, estaba a punto de besarme, y después se volvió

completamente loco. Me dijo todas esas cosas tan horribles, tratándome peor que a una... que a una... —Y enmudeció, incapaz de acabar la frase.

—Yo tampoco entiendo por qué no echó a patadas a esa hiena cuando se lo pediste —rezongó su ayudante—. ¿Acaso fue incapaz de ponerse por un solo segundo en tu piel?

—¿Quién entiende a los hombres? —preguntó Hadiya, suspirando con tristeza.

—Cariño, no le des más vueltas; sólo te hace daño y no quiero verte así.

—No puedo, mamá; lo intento, pero no puedo.

—Tu madre tiene razón —soltó Asha finalmente, poniéndose de pie—. No tenemos respuestas, y es inútil darle vueltas a algo que ya no tiene remedio. Peeero... la señorita me prometió comer si se lo contaba todo, así que lo prometido es deuda; por tanto, te toca pagar.

—No, Asha, de verdad que no tengo hambre.

—¿Acaso ves que a alguien de esta habitación le importe? —preguntó su amiga mientras levantaba el teléfono.

Y, a pesar de que Noa resopló como un hipopótamo, protestó lo que le vino en gana y profirió diversas y variopintas amenazas, las tres cerraron filas en su empeño de conseguir que comiera algo. Y no pudo hacer nada ante tanto insistir, y menos cuando el chef se unió al elenco ya formado, trayéndole personalmente la deliciosa cena preparada por él.

A petición de Asha, Pierre no pudo quedarse, alegando ésta que era un momento delicado y haciendo mucho hincapié en que Noa necesitaba de aliento femenino, y no del peloteo pomposo de un franchute como él. A pesar de marcharse ofendido por sus palabras, su escarnio no le escamó tanto después de arrancarle una promesa al oído a su reina de ébano de una justa recompensa por el agravio recibido, más tarde en su dormitorio.

—¡Arg, odio cuando se vuelve tan...!

—Petulante —soltó su amiga, divertida.

—¡Pesado! —terminó ella, guiñándole un ojo con complicidad.

Minutos más tarde, estando Noa arrinconada entre las tres mujeres, siendo más difícil enfrentarse a ellas que cuando se encontró cara a cara con aquella leona en Samburu, tuvo que masticar y tragar todos y cada uno de los bocados de comida que había en el plato. Incluso su madre, dejándola completamente estupefacta, hizo el numerito del avión para que tragara los últimos trozos de pescado, como si de una niña pequeña se tratara. Y en ese instante llamaron a la puerta.

—No te muevas, todavía te queda una deliciosa patata glaseada en el plato —comentó Cayetana, levantándose para ir a abrir.

Noa levantó una ceja, divertida y asombrada a partes iguales por el extraño comportamiento de su madre. No sólo la estaba cuidando amorosamente, sino que se había levantado ella misma a abrir, estando presente lo que su progenitora había considerado hasta hacía bien poco «el servicio». Resultaba algo completamente

inaudito en ella, sobre todo por el respeto y cariño con el que había estado tratando a Asha y a Hadiya en todo momento. Pero la diversión se esfumó de golpe, dando un giro por completo a la situación, al ver la expresión de menosprecio en la cara de su madre.

Alonso se paseaba nervioso de arriba abajo delante de la cabaña de Noa. Varias veces había intentado subir los peldaños para llamar a la puerta, para arrepentirse después en el último segundo. Era de madrugada y todavía se oían voces dentro y, si no se atrevía entonces, no creía tener fuerzas suficientes para hacerlo en otro momento. Había estado todo el día dando vueltas, esperando el instante adecuado, pero todavía no lo había encontrado.

Inspiró aire con fuerza, para expulsarlo después muy lentamente. E, inquieto, se frotó la nuca, buscando el valor para realizar el cometido que había venido a llevar a cabo. Estaba decidido a hacerlo en ese instante, pues no podía esperar más tiempo. Pero a quien no se esperaba encontrar era a la madre de Noa, mirándolo con un desprecio evidente y sin ningún tipo de disimulo.

—Buenas noches —habló después de carraspear y encontrar la voz.

—No sé qué es lo que quiere, pero usted no es bienvenido aquí, caballero. Y lo llamo «caballero» porque soy una mujer muy educada, ¿no sé si me entiende!

—La entiendo perfectamente.

—Me alegro de que esta vez haya sido yo la que por fin se haya explicado con suficiente claridad.

El guía apretó los dientes con fuerza. Sabía que se lo tenía merecido, pero, aun así, no era fácil de escuchar. Entonces soltó un suspiro de pesar.

—Sólo quería hablar un momento con su hija.

—Mi hija no tiene nada que hablar con usted.

Él clavó durante unos segundos la mirada en el suelo, y la levantó justo en el momento en el que Cayetana le iba a cerrar la puerta en las narices.

—¡Espere! —exclamó, impidiendo con la mano que cerrara la entrada. Luego estiró el brazo para ofrecerle un sobre—. Sólo le pido, por favor, que le entregue esto a Noa. Es muy importante que lo lea.

La mujer levantó una ceja, sin disimular en ningún momento la repulsa que le producía su presencia allí.

—No creo que haya nada aquí dentro que pueda compensar su comportamiento —señaló recogiendo la carta.

—Lo sé.

Y dicho esto, se marchó sin mirar atrás.

Capítulo 30

Cuando Alonso entró en su despacho, se encontró a Noa de espaldas, reflexionando y observando algo por la ventana, plenamente concentrada. Se quedó contemplándola durante largo rato, con el corazón latiéndole de forma atronadora dentro del pecho, por ser la primera vez que estaban juntos desde que había perdido el control. Y, aunque él no lo percibió, ella se puso tensa en cuanto sintió su presencia en la habitación.

—¿Se puede saber qué significa esto? —preguntó blandiendo el sobre en la mano, sin girarse en ningún momento.

Desde que la noche anterior, su madre, a regañadientes, le entregara la carta, Noa no había hecho más que meditar y darle vueltas a la cabeza, para saber qué decisión iba a tomar. Después de obligar a sus amigas y a Cayetana a dejarla sola, se sentó en la cama con las piernas cruzadas y las manos temblorosas, mientras examinaba detenidamente el sobre cerrado que le habían proporcionado. Tenía demasiado miedo de saber lo que había escrito en él. Y era tan fuerte ese sentimiento, que tardó un buen rato en animarse por fin y abrirlo. Y, tras leerlo, completamente desconcertada, todavía no entendía qué significaba aquella carta. Así que, después de pasarse la noche en vela y enterarse de cómo ponerse en contacto con él, allí se encontraba, admirando los primeros rayos de sol que asomaban por detrás de una suave colina, hasta que su piel, como si dispusiera de un sexto sentido, percibió sin lugar a dudas su presencia en la estancia.

—Creo que lo que pone ahí es bastante claro y conciso.

—Si así fuera, no estaría preguntándote, Alonso —respondió girándose lentamente para encararlo.

Y cuando lo hizo, se sorprendió al ver el mal aspecto que tenía: la barba más larga de lo normal, los hombros vencidos, los ojos hundidos y ojerosos, y un rictus de profundo cansancio lo hacían parecer diez años más viejo. Noa intentó con todas sus fuerzas que aquello no la afectara, pero, a pesar de sus intentos, se sintió apenada por él, si bien su apariencia no era mucho mejor que la suya.

—Sólo quería que supieras lo profundamente arrepentido que estoy por lo que hice y dije esa noche —reconoció humillado, bajando los ojos, pues no podía sostenerle la mirada.

—¿Y tu forma de disculparte es largándote de aquí? —le reprochó, dolida.

—Es una renuncia formal, Noa. No puedo seguir trabajando aquí después de... —carraspeó para deshacer el nudo en su garganta—... después de mi comportamiento contigo.

—Ah, claro, es mucho más fácil cagarla como lo has hecho y después dejarme con todo el marrón. Muy bonito, Alonso Rivas, ahora ya sé cuál es tu forma de

solucionar tus errores —le recriminó, cruzándose de brazos, enfadada por su cobardía.

Él levantó la cabeza para mirarla directamente.

—Yo no he dicho eso. Por supuesto, estaré aquí hasta que encuentres a alguien que me sustituya; después de eso me iré y no volveré a ser una molestia en tu vida.

—Y así es como lo arreglas todo, ¿no? Huyendo —sermoneó, siendo cruel y dando donde más dolía—. Cuando algo se pone cuesta arriba, lo más fácil es salir corriendo. Pero ¿de qué me sorprende?, no es la primera vez que lo haces. Ya tienes experiencia en eso.

El guía elevó las cejas, sorprendido por el golpe bajo que le había propinado y, a pesar del brillo de enojo en sus ojos, bajó la mirada mientras se frotaba, incómodo, el cuello.

—Es lo mejor, Noa.

—Lo mejor, ¿para quién? ¿Para mí...? ¿O para ti?

—Para los dos.

—¿Para los dos? —inquirió, fastidiada por su desfachatez, y poniendo los brazos en jarras, continuó—: Y, como siempre, eso lo decides tú solo, mi opinión no cuenta en absoluto.

—Yo no he dicho eso.

—Cierto, no lo has dicho. Porque, claro, no olvidemos que tú no eres de hablar. Alonso Rivas actúa. Tú sólo exigés, sin dar nada a cambio. Quieres que las cosas se hagan a tu modo y, si no tienes el control, entonces te es más fácil huir y que los demás se apañen.

—¿Dime qué quieres de mí?! —estalló al fin, pues cada palabra se le clavaba como un puñal certero en el corazón—. No puedo borrar lo que hice, ¿no lo entiendes? Ojalá pudiera hacerlo, ojalá pudiera volver atrás y actuar de otra manera. ¡Pero no puedo, maldita sea! ¡No puedo!

Los dos se miraron a los ojos, deseando con toda su alma que las cosas hubieran sido de otra manera entre ellos. Pero era cierto. Ya no había vuelta atrás. Se habían hecho demasiado daño, creando una brecha de desconfianza y dolor entre ambos. En realidad, siempre lo habían sabido. Eran demasiados distintos, y habían luchado con todas sus fuerzas contra lo que sentían, aunque todo fuera en vano.

O, para ser honestos, quizá eran demasiado parecidos. Ambos orgullosos, cabezotas, voluntariosos, obstinados, libres y salvajes. Tanto, que eran como la pólvora y el fuego: cuando se unían eran como un arsenal a punto de estallar. Y cuando estallaban, no tenían control.

En su afán por no sufrir, habían estado más pendientes de atacarse que de dejarse llevar por sus sentimientos, logrando con ello el efecto contrario. Pues, si se hubieran abierto, si hubiesen sido sinceros con ellos mismos y con sus sentimientos, todos esos equívocos producidos por el orgullo y los prejuicios nunca hubieran tenido lugar. La verdad siempre impera, por mucho que la quieras esconder. Y hubiera sido mucho

más fácil exponerse y dejar que sus corazones hablaran con sinceridad que llegar al punto de desengaño y miedo que sufrían en ese momento.

Pero, aun así, a pesar de todo lo que habían pasado, a pesar de lo que estaban sufriendo, el terror más absoluto al rechazo era más fuerte que el amor que sentían el uno por el otro.

—Lo que quiero es que hagas tu trabajo —replicó enfadada, y acercándose a él agitó la carta en sus narices—. Esto es una basura. Sabes perfectamente que eres indispensable aquí. De ti dependen los trabajadores del hotel, las familias más cercanas y las gentes a las que ayudas todos los días. Conoces cada grieta, cada piedra del camino, ¿y los vas a abandonar porque te sientes avergonzado? Me decepcionas, Alonso; no creía que fueras tan cobarde.

—No me hagas esto, Noa —le rogó con tristeza, mientras, desesperado, caminaba de un lado a otro.

—¿Que no te haga el qué?

—No me pongas entre la espada y la pared.

—Sólo te recuerdo tus obligaciones.

Y de pronto Alonso se acercó a ella para cogerle el rostro entre sus manos.

—¿Acaso crees que no lo sé? ¿De verdad piensas que me resulta fácil irme? ¿Que no me tortura dejarlo todo atrás? —le preguntó, angustiado.

«¡Y dejarte a ti! —pensó hundido—. ¡Sobre todo dejarte a ti!»

Noa buscó en su mirada atormentada una señal que indicara que no quería irse por ella, que le afectaba lo suficiente como para luchar y demostrarle que le importaba, que la quería aunque sólo fuera un poco... que, a pesar de sus tontos celos, de lo equivocado que estaba con ella, nada de eso importaba, nada era más primordial que los débiles sentimientos que un día creyó ver en él.

—Pues no lo hagas, Alonso —susurró, con toda la esperanza puesta en esa simple petición.

Él parpadeó repetidas veces, confundido, creyendo haber oído una súplica en sus palabras.

«¡Dios bendito! ¡Deseo tanto besarla!»

Alonso se moría por ella, se moría por tenerla cerca, por escuchar su risa, por tocar su exquisita piel; se moría por hundir la nariz en su cabello y aspirar su fragante aroma, por besar sus labios, por lamer su boca; se moría por estrecharla entre sus brazos, por hacerla estremecer, por hacerla suya, por saberla suya... Simplemente se moría por ella una y otra vez.

«¡No puede ser! ¡Eso es imposible!»

Y se alejó de Noa, impidiendo seguir torturándose más con un loco anhelo que nunca se cumpliría: el absurdo deseo de que ella algún día pudiera perdonarlo. Eso jamás sucedería, no después de haberla tratado de forma tan detestable y mezquina. No se merecía su perdón. No se merecía a una mujer como ella.

—No puedo, Noa —dijo dándole la espalda, dándose por vencido—. No puedo

seguir aquí y verte todos los días, no puedo vivir con la culpa que me atormenta, no puedo soportar mirarte y...

«Y no tenerte, sabiendo que eres de otro y no mía.»

—... simplemente no puedo —finalizó, cerrando con fuerza los ojos, mientras una solitaria lágrima resbalaba por su mejilla, recorriendo un sinuoso camino hasta llegar al borde de su mandíbula, para después caer y estrellarse contra el suelo.

Noa apretó con fuerza los labios en un inútil intento de que no le temblaran. Se maldijo mentalmente por ser tan estúpida y creer que él podía sentir por ella algo más que un deseo sexual, propiciado por la cercanía y las circunstancias. Sus celos no eran nada más que el orgullo herido de un hombre machista, que se desquiciaba porque fuera una mujer la que lo desechara y no al revés. Los machitos como él no podían soportar ser abandonados a causa de otro individuo; en su mente retrógrada ellos eran los que ponían punto y final a la relación, siendo los que utilizaban a las mujeres a su antojo. A pesar del dolor que le impedía respirar, como buenamente pudo, Noa tomó aire para terminar con todo aquello, mientras rasgaba el sobre en pequeños pedazos.

—Si es por eso, no te preocupes, Alonso; no hace falta que te marches, lo haré yo. Él se apoyó en la mesa al escuchar sus palabras.

—No acepto tu renuncia. Como te dije antes, tú eres demasiado importante aquí, pero yo, en cambio, soy prescindible. Sólo dame tiempo para arreglar los papeles de adopción de Jasira; en cuanto eso esté solucionado, regresaré a España y no volverás a verme.

—¡Noa...! —dijo dándose la vuelta para enfrentarse a ella y hacerla cambiar de opinión.

Pero ya no estaba.

Dos horas después, Alonso todavía seguía en su despacho, hundido en su sillón, con los codos encima de la mesa y la cabeza entre las manos. Se encontraba en un callejón sin salida; hiciera lo que hiciese, nada lo favorecía. Y lo peor de todo era que se lo merecía por completo.

—¡Jefe Alonso, necesito su ayuda!

Éste levantó la cabeza al oír a su guardia de seguridad por el *walkie-talkie*. Lo sacó del bolsillo exterior de su pantalón, para apretar el botón de transmisión.

—¿Qué ocurre, Salehe?

—Tenemos un problema, jefe; es mejor que venga de inmediato a la entrada del recinto.

En el mismo momento en que escuchó «problema», Alonso ya estaba saliendo por la puerta de su despacho.

—¿Qué tipo de problema? ¡Informa!

—De los peores, jefe. Tengo a la familia de Asha aquí, y no vienen precisamente

con buenas intenciones.

Cuando el guía llegó a la entrada, reparó en que Salehe no estaba solo. Pero sí que, tanto él como su escopeta, eran lo único que separaba a los demás curiosos que estaban a sus espaldas de un grupo de personas armadas con palos, garrotes y machetes, detrás de la verja de entrada.

Entre los imprudentes se encontraba Pierre, que abrazaba protectoramente a Asha y a Hadiya, y... ¿Hadiya? El guía arrugó desconcertado el ceño al ver a la mujer allí, pero enseguida se fijó en Noa, que, por supuesto, también se hallaba entre ellos.

—Es mejor que entréis dentro —ordenó cuando llegó a su altura.

—De eso ni hablar —saltó el chef—. No voy a permitir que la mujer a la que amo se enfrente sola a ellos.

Alonso apretó los dientes y cerró los puños con fuerza en un intento de controlarse. No era cuestión de hacerse el gallito delante de nadie, simplemente quería controlar la situación y que nadie saliera herido, cosa que hasta el momento no podía garantizar. Entre los hombres armados que estaban al otro lado del cercado, se encontraban los padres de Asha y Hadiya, a los que conocía y apreciaba. Y estaba seguro de que, si hablaba tranquilamente con ellos, podrían llegar a un entendimiento. No comprendía lo que estaba ocurriendo, pero no necesitaba de ninguna distracción en esos momentos que pusiera en peligro a nadie de los que allí se encontraban.

—Por favor, Pierre, escúchame: lo mejor es que cojas a las mujeres y entres dentro con ellas, yo me ocuparé de esto.

—No, jefe Alonso —intervino Asha, apartándose del francés para encararse con él—. Ya estoy harta de tener que esconderme de mi familia. Tanto mi hermana como yo nos negamos a seguir viviendo con miedo. Queremos que sepan que se acabó, que somos libres y decidimos por nosotras mismas, y que sus amenazas no van a lograr que cambiemos de opinión.

—Pero ¿de qué demonios estás hablando?

Y en ese instante Noa lo agarró del brazo para apartarlo un segundo y hablar con él.

—Intenté decírtelo antes, Alonso, pero no me diste opción. Hadiya ha escapado de su familia, y su hermana la ha tenido escondida aquí durante todo este tiempo.

—¿Por qué ha escapado de su familia?

—Porque querían practicarle la ablación femenina a Janeeta, y tanto su madre como su tía no hallaron otra solución que huir de ellos.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Aproximadamente... de hace una semana.

—¡Joder! —soltó él, contrariado, mientras se frotaba el cuello nervioso, dándole la espalda a los demás para no dar muestras de debilidad—. ¿A nadie se le ocurrió decirme nada?

—Lo intenté, esa noche quise decírtelo, pero no me dejaste —replicó retándolo con la mirada.

El guía, avergonzado, apartó la vista.

—Tienen mi total apoyo, Alonso; no voy a dejar bajo ningún concepto que se las lleven. Antes tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

—¡Por supuesto que no se las van a llevar! —aseguró con firmeza—. No pienso permitirlo. Pero este asunto es delicado, Noa, y no tengo idea de cómo va a terminar. El padre vendrá a reclamar a su hija y está en todo su derecho.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó alarmada al ver la preocupación en su rostro.

Éste clavó su mirada en ella, con una fría determinación en su expresión que le heló la sangre.

—Llévatelas de aquí.

Noa tragó saliva con fuerza en tanto asentía con la cabeza, a la vez que reparaba, como hipnotizada, en el cambio de postura de Alonso, quien, despacio pero con elegancia, y con una seriedad extrema en su semblante, se acercaba a la verja con una sutil amenaza implícita al posar su mano en la pistola apoyada en su cadera.

Intentó convencer a sus amigas de marcharse de allí como él bien le había sugerido, pero fue inútil, ninguna de las dos quiso moverse del lugar. Las entendía, pues a pesar de que instantes antes le había afirmado al guía que lo haría, ella tampoco estaba por la labor de huir y dejarlo solo. Con el corazón en un puño, no quería perderse nada de lo que estaba ocurriendo, por un miedo atroz a que le pasara algo a Alonso.

Contempló, asustada, cómo él se enfrentaba a la familia de Asha y a los aldeanos, hablando en un principio de forma conciliadora en un idioma que ella no entendía. Pero la disputa fue en aumento y, aterrorizada, reparó en el hecho de que Pierre las abandonaba, para posicionarse al lado del guía por si hiciera falta hacer un frente común, a pesar de que era el único que iba desarmado. Al final, ella no pudo soportarlo más y se acercó a ellos, situándose al lado de Alonso, que no dijo nada al verla a su costado. Detrás de ella acudieron Asha y Hadiya, y después se unieron los ayudantes de cocina, Baakir y Zawadi, para a continuación hacerlo los camareros, Ajani y Dalair. Emulando su acción, el resto de compañeros y trabajadores del *resort* se apostaron, unidos, creando una barricada humana, para dejar claro con su actuación que todos defenderían con su vida a las dos mujeres. La única que se quedó atrás, observando completamente pasmada lo que estaba ocurriendo, fue Cayetana, que no se atrevió a hacerlo porque tenía en sus brazos a Jasira y a Janeeta a su lado, escondida muerta de miedo detrás de su vestido.

Hubo un momento en el que la tensión llegó a su punto más álgido, cuando la madre de sus dos amigas se aproximó a la verja y les escupió a la cara, para después acercarse a Noa y hacer otro tanto con ella. Y ésta fue rápida al impedir, de manera acertada, que Alonso, en un impulso, desenfundara su arma.

—Por favor, Alonso, estoy bien —le aseguró, en un intento por aplacarlo.

Entonces éste se dirigió al jefe del poblado, que no era otro que el padre de su

compañera, y con una mirada letal le dijo algo que acalló a los demás al instante, logrando, con ello, que poco a poco y a regañadientes se fueran dispersando para finalmente marcharse de allí.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Noa, desconcertada.

—Alonso ha conseguido que mi padre y el marido de mi hermana no vuelvan por aquí —le explicó Asha.

—¿Cómo? —inquirió Pierre, tan perdido como ella.

—Los amenazó con ir él mismo a las autoridades y denunciarlos por las prácticas ilegales que estaban realizando si no nos dejaban en paz. Y, sin con eso no bastaba, los atemorizó advirtiéndole que conocía perfectamente los rumores que corrían respecto a Jasira, y que, si se llegaba a enterar de que persistían en sus planes, no dudaría en pedirle a la pequeña bruja que ordenara a sus demonios que maldijeran a su tribu para siempre.

—¿Y lo ha conseguido? —preguntó con un brillo de esperanza en su mirada.

—Sí, mi amor —le confirmó la ayudante, echándose a sus brazos—. Mi hermana y mi sobrina ya no corren peligro. Ha jugado con sus miedos e ignorancia, logrando que fuera un punto a nuestro favor. Creen a pies juntillas que Jasira padece una especie de maleficio, y que en verdad puede hacerles daño, consiguiendo que, aterrorizados, renunciasen a su empeño de que Janeeta volviera con ellos.

El francés la estrechó entre sus brazos, para besarla inmensamente aliviado, mientras Alonso, atónito por completo, no daba crédito a lo que veían sus ojos.

«Pero ¿qué demonios...?»

—Gracias, Alonso —le agradeció Hadiya después de acercarse a él y abrazarlo emocionada.

Éste, con cara de pasmo, apartó la mirada de la pareja que todavía seguía abrazada, para posarla en la pequeña mujer que lo estrechaba con fuerza.

—*Oui*, Alonso, *merci beaucoup* por todo —intervino Pierre, alzando la mano para estrechársela—. Sé que últimamente hemos estado un poco distanciados, pero te agradezco de *cœur* todo lo que has hecho hoy por nosotros.

El guía, todavía incrédulo, no acertaba a responder. Y necesitó unos segundos para estrecharle la mano al chef, que seguía esperando después de que Hadiya se apartara para correr al lado de su hija.

—No... no... ha sido nada —farfulló de forma incoherente.

—*Au contraire*, nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho hoy por la mujer que amo con toda mi alma, y por su hermana y su hija. Muy pronto, si Dios quiere, también serán mi propia *famille*.

—¡Oh, Dios mío, Asha!, ¿es cierto? —le preguntó Noa, conmovida.

Ésta asintió, radiante, mientras abría los brazos para abrazarla.

—Con lo pesado que se puso, como para decirle que no. Tuve que aceptar casarme con él, sí o sí. O, como dice él, *oui* o *oui*.

Y las dos rieron alegres por la noticia.

—¡Oh, cielo, no sabes lo feliz que estoy por ti! —Y apartándose de su amiga, se acercó al que también era su amigo y que sonreía de oreja a oreja, para abrazarlo de igual modo—. Y por ti también, *idiot*.

—Merci, *ma chérie*; nada hubiese sido posible si no llega a ser por tu ayuda —le respondió, agradeciendo en igual medida su gesto de cariño.

—Esto hay que celebrarlo —sugirió Noa, alegre por sus dos amigos, apartando su pena a un lado para disfrutar de la felicidad de ellos, y ahuyentar de algún modo el mal rato pasado momentos antes—. Vamos a abrir una botella de champán y a brindar por los novios y su futuro enlace. Y a agradecer, por fin, que todo se haya solucionado.

Y aliviados en gran medida, se dirigieron al hotel para celebrar la alegría de un amor correspondido, mientras Alonso, todavía perplejo, no salía de su asombro. Pero, cuando Noa pasó por su lado, la sujetó del brazo un segundo para preguntarle:

—¿Desde cuándo sabes que están juntos?

—Desde hace tiempo. También intenté decírtelo el domingo, pero no quisiste escucharme.

—No lo sabía —murmuró abatido.

—Pues ahora ya lo sabes.

Y dio un tirón a su brazo, dando por finalizada la conversación. Alonso la observó dirigirse hacia el hotel, mientras un dolor profundo le atravesaba el pecho.

—De la que nos hemos librado, jefe —comentó el guardia de seguridad, todavía aferrado a su escopeta, recordando los minutos de tensión vividos antes—. Por un momento creí que íbamos a sufrir una tragedia.

Y el guía tragó saliva, mientras sus ojos se humedecían, impotente al sentir tanta rabia contra sí mismo.

—No, Salehe, tragedia es en lo que yo me estoy hundiendo ahora —musitó completamente desolado, al darse cuenta, por fin, de lo equivocado que había estado.

Cuando Vanesa bajó a desayunar ya era tarde, pero no encontró a nadie en el comedor. Intrigada, se dispuso a servirse el desayuno preguntándose, entre medias, dónde se había metido todo el mundo. También cuestionó el hecho de que era el tercer día en el que Alonso no daba señales de vida, desde lo ocurrido aquella noche en la que propició la caída de Noa ante sus ojos.

Por un lado, se sentía satisfecha de haber conseguido apartar definitivamente a la estúpida rubia del camino del hombre que amaba. Pero, por otro, se sentía molesta de no saber nada de él en todo aquel tiempo. Todo aquello era muy aburrido sin Alonso. La débil excusa que había inventado para quedarse allí no se sostenía si el guía no hacía su trabajo y se iba con él de safari por las cercanías. Y, por tanto, su presencia en el *resort* tampoco. Tenía que hablar con él como fuera. Estaba segura de que ésa era la ocasión perfecta para lograr lo que quería. Con él en su momento más bajo e

inducido por el resentimiento, lo convencería de darle celos a la estúpida niñata y dar a entender con ello a todo el mundo que estaban juntos y que Alonso era sólo suyo. Mataría dos pájaros de un tiro. Tendría de nuevo al hombre que amaba comiendo de su mano y, además, vería con satisfacción cómo su mayor adversaria se moría de rabia sin poder hacer nada.

Mientras mordía una tostada untada con mantequilla, observó con curiosidad cómo entraban todos los trabajadores del hotel seguidos por una sonriente Noa. Ésta, alborozada, recogía de los brazos de su madre a Jasira para posarla en el suelo y que caminara agarrada de la mano junto a la otra niña. Uno de los camareros, corriendo y faltándole el resuello, llegó con varias botellas de champán, que enseguida procedieron a abrir. Sorprendida, concluyó que estarían celebrando algo... Su asombro fue a más cuando, poco después, vio llegar al hombre que ocupaba todos y cada uno de sus pensamientos.

Éste, taciturno y en una esquina, aceptó una copa llena del líquido espumoso mientras no dejaba de observar a la mujer a la cual Vanesa estaba empezando a odiar con toda su alma, ajeno por completo a su presencia allí.

Decidida, se levantó de la mesa para acercarse al grupo congregado.

—Veo que estamos de celebración —habló señalando lo evidente.

Dalair se acercó a ella con una copa, en tanto Noa se mordía la lengua para no saltar y preguntarle de malos modos quién le había dado vela en ese entierro.

—Estamos festejando nuestro compromiso —le aclaró Pierre, acercando a Asha por la cintura y posando un cariñoso beso en su coronilla.

Vanesa expresó sorpresa y miró de reojo a Alonso, pues, al no contar con esa noticia, no sabía si él podía estar sospechando que todo lo que le dijo ella era pura mentira, y destapar su engaño.

—¡Oh! ¡Vaya, enhorabuena! —acertó a decir—. No me lo esperaba en absoluto. —Y levantó su copa para brindar por la pareja, aunque no pudo evitar apostillar—: ¿Estás segura, Asha? Es una decisión muy importante y que no hay que tomarse a la ligera. Después, por culpa de la emoción y las prisas, nos encontramos con desagradables sorpresas.

La keniana, sorprendida por la pregunta, elevó una ceja.

—Estoy completamente segura —afirmó, para después responder con una mirada de adoración dirigida al hombre de su vida. Y éste no se resistió a darle un rápido beso.

—¡Pues claro que sí! —exclamó Noa, chocando su copa con la de sus amigos en un brindis—. Estos dos son la pareja perfecta. No pueden estar más enamorados el uno del otro.

Y les dedicó una radiante sonrisa, para, después de darle un sorbo a su champán, girarse y dirigirse a la morena.

—Y, por cierto, Vanesa: ¿tú no deberías estar subida a un coche disfrutando de un maravilloso safari por los alrededores?

—No tiene el mismo aliciente si no lo puedo disfrutar con Alonso —respondió mientras se acercaba al guía—. Me prometió enseñarme todo el lugar, y de momento no ha cumplido.

—Es lo que tiene confiar en el hombre equivocado, al final siempre acaba decepcionándote —insinuó, todavía dolida por la conversación anterior entre ellos.

Éste se tensó al escuchar sus palabras y, con suavidad, dejó la copa encima de la barra para marcharse de allí.

—De todas formas, querida —continuó Noa, propiciando que la otra mujer se detuviera al disponerse a seguirlo—, te aconsejo que no seas tonta y no pierdas esta oportunidad. Pues, a pesar de que yo sí cumplo mis promesas, aquí sólo estarás de prestado hasta que acaben los seis días que se suponía que debías estar de safari. Y sería una pena que tuvieras que irte sin disfrutar de todo lo que se te ofrece, aunque sean salidas de menos días. Por tanto, no dejes que Alonso te arruine unas increíbles y lujosas vacaciones gratis.

—Gracias por la advertencia —respondió Vanesa, enseñando los dientes en una falsa sonrisa.

—Ha sido un verdadero placer —reconoció Noa, con otra mueca más exagerada que la suya.

Y observó, irritada, cómo ella se marchaba tras él.

—¿A qué ha venido todo esto? —preguntó Cayetana, sorprendida por toda esa pantomima de la que había sido testigo.

—A nada, mamá; sólo quería dejar algunas cosas claras. —Y levantando la copa de champán, gritó exultante—: ¡Y ahora vamos a brindar por los novios!

Y todos suspiraron aliviados de que pasara ese tenso momento, para felicitar a continuación como era debido a la pareja de enamorados.

Vanesa corría para alcanzar al guía, que con pasos apresurados ya había salido al exterior del hotel.

—¡Alonso! —lo llamó, apresurándose para llegar a su lado.

Cuando él se paró a esperarla, no dudó un segundo en reclamarle.

—¿Has oído lo que me ha dicho?

—Sí.

—¿Y no piensas hacer nada?

—Ella es la dueña, Vanesa, y si ha dicho que no puedes quedarte por más tiempo, yo no puedo hacer nada al respecto —respondió con seriedad.

—Hasta ahora, el que ella fuera la dueña no te había impedido hacer lo que te viniera en gana.

—Las cosas han cambiado.

—Creo que, para ser exactos, el que ha cambiado eres tú. Ya no te reconozco, bebé. Ya no eres el mismo hombre que conocí.

Él se pasó las manos por la cara, incómodo por la situación.

—Piensa lo que quieras.

—¿Y qué quieres que piense? ¿Eh? Esa mujer te está anulando, Alonso. Te ha utilizado, te ha engañado, se ha reído de ti en tu cara y tú no haces absolutamente nada.

—No quiero seguir escuchándote —declaró, girándose para marcharse de allí.

Alonso necesitaba respirar. Allí se estaba ahogando; precisaba alejarse un momento y pensar. Necesitaba estar solo.

—¿Por qué no quieres seguir escuchándome? —continuó Vanesa, persiguiéndolo—. ¿Porque soy la única que te dice la verdad? ¿Porque soy la única que ve lo perversa que es esa zorra?

—¡Porque me niego a creerlo! —estalló al fin, enfrentándose a ella—. ¡Porque la conozco, y sé que lo que tú viste tuvo que ser un malentendido! Yo mismo me he equivocado con ella varias veces, y a ti pudo pasarte lo mismo. ¡Me niego a creer que pueda ser así! ¿Lo entiendes? ¡No puedo creerlo!

—Yo no me he equivocado —susurró, dolida de que él todavía tuviera dudas, y elevando la voz, continuó—: ¡Sé lo que vi, Alonso! ¡No te estoy mintiendo!

—¡No sé qué creer, maldita sea! —exclamó pasándose las manos por el pelo, frustrado—. No estoy diciendo que tú mientas, sólo digo que quizá lo que viste no era lo que parecía.

—No puedo creer lo que estás diciendo. En verdad esa mujer te tiene embrujado.

—No quiero seguir hablando.

Exasperado, se giró para continuar andando y alejarse de ella.

—¿Por qué te sigue importando? —le preguntó agarrándolo por el brazo mientras los ojos se le empañaban por la rabia. Y, sin ningún pudor, continuó inventando en su empecinado acoso y derribo contra Noa—: No lo entiendo, Alonso. Esa mujer es la peor basura y tú sigues encaprichado de ella. Y todavía tiene la desfachatez de celebrar un compromiso delante de Asha, sabiendo que la está engañando con Pierre. Hay que tener muy poca vergüenza...

—¡Basta, Vanesa! —la cortó en seco, fulminándola con la mirada—. ¡He dicho que basta!

Y se deshizo de su agarre para marcharse de allí y poder respirar.

Capítulo 31

Los siguientes días pasaron con rapidez y, en cuanto se dieron cuenta, se encontraban a la entrada del hotel esperando a que llegaran los clientes del safari, que tan sólo una semana antes Noa había disfrutado tanto. Recordó con pesar aquellos extraños pero a la vez felices momentos, y sacudió la cabeza para ahuyentar la tristeza que le provocaban.

—¡Por fin estoy de vuelta! —exclamó Carlos cuando bajó del *jeep* y la vio, tanto a ella como a Asha, esperando con unas toallas limpias y unas bebidas refrescantes.

—¿Acaso lo ha pasado mal? —preguntó la ayudante, preocupada—. ¿Ha surgido algún problema?

—En absoluto, en realidad podría acostumbrarme a esto —contestó después de darle un sorbo a su bebida.

—¿Entonces? ¿A qué viene tanto alivio al llegar? —preguntó Noa, desconcertada.

—Para ser honestos, estaba preocupado. Me fui de aquí en un momento nada propicio y, conociendo a mi buen amigo Alonso, no sé si habrá sabido resolver la situación de forma favorable —explicó clavando la mirada en ella.

Ésta se ruborizó al recordar, con vergüenza, como él había sido el único testigo de esa escena tan desagradable y bochornosa entre ella y el guía.

—Puedes estar tranquilo, Carlos; al final todo se ha resuelto convenientemente —le dijo para apaciguar su inquietud.

—¿En serio? —preguntó con una expresión de sincero alivio.

—Por supuesto.

—Ésa es una excelente noticia.

—¿Todo ha ido bien en el viaje? —planteó, intentando desviar la conversación por unos derroteros más agradables y menos espinosos.

—Sí, todo ha ido perfecto. Como ya dije, podría acostumbrarme a vivir así.

—Me alegra oírlo —contestó recogándole la toalla y la copa vacía—. Y ahora que lo comentas, sería cuestión de hablarlo, pero, por mi parte, si quieres formar equipo con nosotros y trabajar permanentemente a nuestro lado, no habría ningún problema. Y tampoco creo que lo haya por parte de Alonso.

—Gracias por la propuesta —respondió sonriéndole abiertamente—. Te aseguro que me lo pensaré.

—Estupendo. De todas formas, cualquiera que sea tu decisión, siempre serás bienvenido en Resorts Montalbo.

—Nuevamente gracias —indicó con amabilidad—. Por cierto, ¿sabes dónde está ese mal amigo?

—En realidad, no —reveló retraída—, pero estoy segura de que dentro de poco podrás hablar con él.

—Claro —dijo el médico arrugando el ceño, confundido por su actitud.

—Ahora, creo que es mejor que subas a tu habitación y te refresques para la cena. Asha y yo vamos a seguir con los preparativos de la fiesta.

—Por supuesto —aceptó y, tras recoger su equipaje, entró en el hotel para darse una refrescante y merecida ducha.

Minutos después, salió apurado de ella, envolviéndose la toalla a la cintura, para abrir la puerta de su habitación y encontrarse al otro lado a Alonso.

—Pasa, hermano; justamente estaba pensando en ti.

—¿Y eso por qué? —inquirió mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—Quería saber cómo hiciste al final para arreglar la metedura de pata del domingo pasado —preguntó éste mientras se ponía la ropa interior.

—No he venido a hablar de eso ahora —respondió cortante, pues no quería saber la reacción del médico en cuanto hablaran sobre ese tema—. Necesito de tu consejo sobre un asunto muy importante.

—Tú dirás —indicó mientras se enfundaba el pantalón.

—Creo saber quién es la persona que atentó contra la vida de Noa y participó en la trama del tráfico de oro, además de estar involucrado en la muerte de Derek, el antiguo guía.

—Pues habla con la policía.

—Ahí está el problema: no tengo pruebas que respalden mis sospechas. Hoy me han avisado de que mañana por la tarde vendrán a interrogar a todo el personal, aprovechando que es uno de los pocos días en los que nos encontramos todos en el hotel, pero no tengo nada que sustente mis recelos.

—¿Y en qué puedo ayudarte? —preguntó el médico, mientras se sentaba en una esquina de la cama, consciente de la gravedad del asunto.

—He estado pensando en forzar la situación —comentó mientras se frotaba inquieto la nuca y se paseaba de un lado a otro—. Tenderle una trampa para que cometa un error y así poder pillarlo. Pero no estoy seguro, Carlos. ¿Y si me equivoco? ¿Y si precipito las cosas y me sale el tiro por la culata? No quiero ponerlo al límite y que suceda una desgracia.

—Está bien, vamos a pensarlo de otra manera —expuso su amigo mientras se acababa de vestir—. Si no lo haces, si no le tiendes una trampa, ¿hay alguna posibilidad de pillarlo?

—No, no lo creo. Es demasiado bueno, no ha vuelto a cometer ningún error.

—O sea que se irá de rositas.

—Eso me temo.

—¿Te ha contado la policía si han descubierto algo que pueda incriminarlo?

—No, en realidad están completamente perdidos. Por eso vienen, para poder hallar alguna pista que les dé indicios de quién puede ser. Y yo ya he hablado con todos y cada uno de los empleados de este hotel, y nadie tiene ni idea.

—¿Has indagado entre los lugareños de los que han estado abusando durante todo

este tiempo?

—Por supuesto, pero tienen demasiado miedo para hablar —confesó mientras se apoyaba en la pared y se cruzaba de brazos.

—Entonces creo que no tienes otra salida, Alonso.

Éste se quedó pensando mientras se rascaba la mandíbula con el dedo pulgar.

—Tienes razón, no puedo permitir que salga indemne de todo este asunto. Tiene que pagar por todo lo que ha hecho.

El médico se acercó a él y le puso una mano sobre su hombro.

—Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Gracias —respondió conmovido.

—Pero, antes, dime quién es.

—Prefiero no hacerlo —confesó cauteloso—. Me gustaría que estuvieras atento cuando suelte la noticia en la cena, y así poder comparar después tus impresiones sobre quién crees que es el culpable con las mías. Quiero estar completamente seguro.

—Bien, como prefieras —concluyó, mientras se ponía a recoger la ropa que había desperdigado por la habitación—. Y ahora, cuéntame, ¿cómo te las arreglaste para subsanar tu error garrafal con Noa?

Alonso se frotó la frente con una mano, fastidiado porque sabía que no podía retrasar más la respuesta.

—No he arreglado mi error garrafal con ella.

Carlos paró de hacer lo que estaba haciendo para mirarlo extrañado.

—Ella me dijo que sí, que al final todo se había resuelto satisfactoriamente entre vosotros.

—Si para ella resolverlo satisfactoriamente es tratarnos con frialdad y no dirigirnos la palabra a no ser que sea absolutamente necesario, entonces sí, está todo resuelto.

—Pero ¿lo habéis hablado? —le preguntó su amigo, empezando a entender que aquello no se iba a solucionar tan fácilmente como le había hecho suponer Noa—. Te habrás disculpado.

—Sí, por supuesto —afirmó metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Pero?

—No quiero hablar más de este tema, Carlos —declaró evitando mirarlo directamente.

—Pues lo vas a tener que hacer sí o sí. Todavía no entiendo qué te llevó a comportarte de esa manera tan... tan... ¡estúpida!

—¡Por Dios! —saltó enfadado—. Qué manía tiene la gente de meterse donde no la llaman.

—¿Donde no me llaman? —cuestionó el médico, perplejo—. Te recuerdo que yo estaba allí y que, si no llega a ser por mí, no sé dónde estarías en estos momentos. Miento, sí lo sé, ¡en la cárcel!

El guía le lanzó una mirada entre dolida y recriminatoria.

—No me mires así, sabes perfectamente que lo que estoy diciendo es cierto. —Y cambiando su tono de censura por otro de sincera preocupación, suspiró con pesar mientras apoyaba la mano en su hombro—. ¿Qué te pasó, hermano? En mi vida hubiera pensado que podrías actuar así. Ese hombre que vi allí no eras tú.

—No quiero hablar de eso —reiteró, abochornado porque alguien al que quería y respetaba hubiera visto su lado más oscuro, siendo incluso completamente desconocido para él hasta ese instante.

—Te he visto cagarla, Alonso, pero no de esa manera.

—¿Crees que no lo sé?! —explotó al fin y, pasándose las manos por la cara, continuó, abatido—: Te aseguro que nadie, nadie, lo siente más que yo. Pero no puedo volver atrás, Carlos, no puedo. Ojalá hubiera pensado más las cosas antes de actuar. Ojalá hubiera sabido que lo que yo creía a pies juntillas no era cierto. Pero no ha sido así. Me equivoqué por completo y la perdí. La perdí incluso antes de tenerla. La perdí por mi estupidez, por mi impulsividad, por mis celos, porque soy un imbécil...

—¿Tú la amas?

Él se quedó parado, sorprendido por la pregunta hecha a bocajarro, para después sonreírle con la mueca más triste que había visto nunca.

—Más que a mi vida.

—Pues lucha por ella, hermano —le aconsejó agarrándolo por los hombros y mirándolo directamente a los ojos—. Si Noa es la mujer de tu vida, no te rindas y pelea por ella.

—No tiene caso —respondió desolado, bajando la mirada—. Le pedí perdón y no lo aceptó. Y no la culpo. No es la primera vez que desconfiaba de ella y la acusaba de algo que no era cierto.

—Pero...

—¡Déjalo, Carlos! —lo interrumpió, rogándole con la mirada que no siguiera, pues con ello lo único que conseguía era escarbar en la herida y hacerle más daño—. En el fondo es lo mejor. Yo no la merezco. No me merezco a una mujer como ella.

Incapaz de soportarlo más, se marchó de la habitación dejando a su amigo sumido en un mar de dudas.

La cena transcurrió sin incidentes. Como era la tónica habitual en los últimos días, Alonso no abrió la boca, y Carlos pudo conocer a Cayetana. Éste observó concienzudamente a todos los presentes sentados a la mesa, reparando con ello en algunas cosas. La primera, que entre Noa y su madre había una cierta tirantez que intentaban disimular. La segunda, que Noa, aunque lo pretendía con esmero, no podía evitar que su mirada se encontrara con la de Alonso, a pesar de que enseguida la desviaba, procurando disimular la tristeza que expresaba en ella. La tercera, cómo

Vanesa intentaba ocultar su regocijo por la frialdad existente entre ellos dos, encubriendo su satisfacción con una falsa máscara de tranquilidad. Y la cuarta, el brillo de felicidad en el rostro de Asha, de la cual se enteraría más tarde que era a causa de su compromiso con el francés.

Después del café, y antes de que la gente se levantara para despejar la zona y dar paso al baile, Alonso decidió que era el momento perfecto para perpetrar su plan.

—Aprovechando que estamos todos aquí, quería informaros de algo que ha sucedido y que nos afecta en gran medida —comenzó a hablar con expresión grave—. Como ya sabéis, la muerte de Derek producida la semana pasada en Nairobi nos ha desconcertado y entristecido a la mayoría de nosotros... pero hay novedades respecto a ello. Hoy se ha comunicado conmigo la policía, para avisarnos de que mañana por la tarde vendrán al hotel para efectuar una serie de interrogatorios a todo el personal que trabaja aquí.

—¿Nos van a interrogar? ¿Por qué? —preguntó Asha, desconcertada.

—Por lo visto, desconfían de que la muerte de Derek haya sido voluntaria.

—¿Cómo?! —preguntó Shukrani, confuso—. Pero ¿no había sido un suicidio?

—Parece ser que no —contestó con tranquilidad—. Tienen fuertes sospechas de que fue un asesinato.

Todos empezaron a hablar a la vez, asustados, siendo Noa la única que no fue capaz de articular palabra, descompuesta por la noticia.

—¡Calmaos! —intervino el guía intentando apaciguar los ánimos—. No tenéis de qué preocuparos. Por favor, ya basta. Todo va a ir bien.

—¿A mí también me van a interrogar? —inquirió Vanesa, inquieta.

—No lo creo; tú no trabajas aquí ni tienes ningún motivo para poder desear su muerte.

Y dicho esto, todos volvieron a hablar, atropellados, unos con otros, perplejos por la situación. Todos, menos Carlos y Noa.

Y de pronto, ésta miró al guía directamente con una expresión inescrutable, para preguntarle a continuación.

—¿Sospechan de alguien en concreto?

Alonso la miró a los ojos con una expresión muy seria y tardó un poco en contestar, pues le revolvía las entrañas no poder contarle la verdad. Pero era lo mejor para ella. No podía correr el riesgo de decírselo y que cometiera un error que hiciera peligrar su plan de atraparlo.

—Sí —afirmó con rotundidad.

Y ella bajó la mirada para apoyar la cabeza en sus manos. Había deseado con todas sus fuerzas que las sospechas de Alonso hubieran sido erróneas. Ahora no podía mirar a su alrededor sin dudar de las intenciones de todo aquel que se le acercara. Al menos, tenía el inmenso alivio de que, fuera quien fuese, mañana se descubriría todo.

—¿Sabes quién es? —preguntó Cayetana, aterrorizada por su hija.

—No, se negaron a decírmelo.

—O sea, ¿que puede ser cualquiera? —cuestionó Asha.

El guía asintió.

—Cualquiera de los que trabajamos en el *resort*.

—Me niego a creer que haya sido alguno de los que trabajamos aquí —declaró Asir, enfadado—. Tuvo que ser otra persona, Alonso; alguien de fuera que estuviera compinchado con él o con ella. Sabemos que Sofía fue su cómplice, pero no creo que haya nadie más de aquí involucrado en toda esta basura.

—Yo ya no sé qué creer, Asir. Tampoco pensaba que estuvieran cometiendo semejante bajeza delante de mis narices, y ya ves.

El *ranger* se inclinó hacia atrás en la silla, molesto por no poder rebatir esas palabras tan ciertas. Y durante unos segundos, cada uno de ellos se quedó rumiando esa noticia, elucubrando en su cabeza quién de todos ellos podría ser.

—Está bien, supongamos que lo que dices es cierto —manifestó Shukrani, prudente—. Supongamos que la policía cree que alguno de los que trabajamos aquí pudiéramos tener un motivo para matar a Derek, motivo que por otro lado tienen que demostrar. Además, tengo que subrayar que, por otra parte, esa idea me cuesta mucho digerirla, al igual que a Asir. Me niego rotundamente a pensar que alguien de nosotros pueda ser un asesino. Pero, supongamos que es verdad, ¿tienen pruebas para demostrarlo?

Alonso cerró los ojos y suspiró abatido, para instantes después abrirlos y mirarlo directamente a los ojos.

—Sí, amigo, me temo que sí las tienen.

Éste abrió los ojos, sorprendido por la respuesta.

—¡Dios santo!, entonces es cierto —murmuró para sí.

—Mi hija y yo nos vamos esta misma noche —anunció Cayetana, pálida.

—¡Mamá, no digas tonterías!

—No son tonterías, cielo; no voy a quedarme una noche más en el mismo lugar donde habita un asesino. Y, por supuesto, tú te vienes conmigo.

—Creí haberte dejado claro que yo decido lo que hago con mi vida. Si tú quieres irte, eres libre de hacerlo, pero yo me quedo.

—Quizá tu madre tenga razón, Noa —intercedió Vanesa simulando preocupación—. Si de verdad hay un asesino entre nosotros, corres demasiado peligro quedándote aquí.

Ésta la fulminó con la mirada, sin poder ocultar la inquina que sentía por ella.

—¿Y eso por qué, Vanesa? —preguntó con los dientes apretados—. ¿Qué motivo puede tener alguien para hacerme daño si yo no he hecho nada? ¿Acaso tú sabes algo?

—¡Noa! —exclamó su madre, atónita.

La morena se relamía de gusto como un gato cuando caza a un ratón, aunque exteriormente expresó pesar por su ataque sin motivo aparente.

—Lo siento, no quería insinuar nada —contestó cariacontecida—. Sólo me preocupa el hecho de que tanto tú como tu madre seáis las víctimas perfectas de una persona sin escrúpulos ni moral. Sois las únicas con dinero y medios para poder interesar a alguien de esa calaña.

—En eso tengo que estar de acuerdo con ella —concluyó Asha, mirando a su amiga con verdadera preocupación.

—¿Lo ves?, ¡yo tenía razón! —saltó su madre cuando vio que apoyaban su idea—. Lo mejor es irnos esta misma noche y volver a Valencia cuanto antes.

—Le aseguro, doña Cayetana, que nunca permitiría que les ocurriese nada a ninguna de las dos —intervino Alonso, serio, y, mirando a Noa directamente a los ojos, prosiguió—: Lo más importante para mí es la seguridad de su hija, se lo aseguro; por nada del mundo dejaría que le hicieran daño.

—Permítame que lo dude —saltó la mujer, rabiosa.

—¡Mamá! —la recriminó Noa.

—¡No me mires así, hija! No entiendo la desfachatez de este hombre, cuando precisamente él es el que te ha hecho más daño de todos los aquí presentes.

—Eso no es algo que tengas que juzgar tú. No tienes ningún derecho...

—¿Que no tengo ningún derecho?! ¡Por el amor de Dios, Noa, soy tu madre!

—¿Y eso qué implica? ¿Que tengas que imponer tus deseos a los míos como siempre?

—Señoras, por favor... —intentó mediar Carlos, en tanto observaba la cara de regocijo de Vanesa, que disfrutaba de la situación.

—Sólo quiero tu bienestar —manifestó Cayetana, apoyando las manos en la mesa, dolida.

—Pues déjame decidir a mí qué es lo que me conviene y lo que no.

—Tu madre tiene razón —intervino de nuevo Alonso, reparando en la cara de estupefacción de ambas al oír sus palabras—. Pero me duele recalcar que la marcha de Noa esta noche es algo completamente imposible, pues las autoridades quieren interrogarla mañana al igual que a todos los demás. Y dudo mucho de que las dejen salir del país en estas circunstancias.

—Yo puedo hablar con mi marido. Él tiene contactos y estoy segura de que...

—¡Basta, mamá! —exclamó alterada, aunque seguidamente bajó la voz cuando Jasira se puso a llorar y las cabezas de algunos clientes se giraron, curiosos—. Pensé que habías cambiado, en verdad quise creer que por fin me respetabas y podíamos ser amigas. Pero veo que otra vez todo era mentira. Tu inquietud por mi felicidad era falsa.

—Hija, eso no es cierto... —intentó defenderse, apenada una vez más por su rechazo.

—No te importa en absoluto lo que yo pienso, lo que deseo, lo que de verdad siento... Todo era una falacia, hasta encontrar el momento adecuado y hacerme volver a casa. Has intentado manipularme durante todo este tiempo, haciéndome

creer que realmente te preocupabas por mí.

—Cariño, escúchame...

—Pero estoy harta, me entiendes, harta. Si quieres irte de aquí, coge un avión y vete. Pero conmigo no cuentes, no hasta que no haya arreglado mi situación con Jasira. Y cuando eso ocurra, tampoco cuentes con que vuelva a casa.

Y dicho esto, Noa le pasó la niña, que seguía llorando, a su ayudante y se levantó de la mesa para desaparecer en el exterior. Cuando su madre intentó levantarse para ir detrás de ella, la mano de Carlos la detuvo, para negar con la cabeza expresando pesar en su mirada.

—No creo que sea una buena idea —le aconsejó. Y la mujer se volvió a sentar, abatida, en su asiento, sabiendo que el médico tenía razón—. Déjeme hablar a mí con ella e intentar calmarla.

Después de pedirle permiso con la mirada a Alonso, quien, decaído, se maldecía nuevamente por haber sido el causante de ese desencuentro entre madre e hija, se marchó en busca de Noa.

—¿Así que no te gusta que te mientan? —le preguntó, acercándose a ella por detrás, asustándola.

—No, no me gusta —respondió secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Pues, para no gustarte, eres la primera que lo hace.

Noa lo miró de forma escrutadora sin entender a dónde quería llegar.

—¿Qué quieres, Carlos?

—Quiero que sepas que no has sido justa con tu madre.

—Tú no tienes ni idea —le reprochó dolida, agarrándose tan fuerte a la barandilla de la terraza en la que se encontraban que los nudillos se tornaron casi blancos.

—Por eso mismo, quizá deberías escuchar mi opinión, pues tengo una perspectiva completamente imparcial de lo que ha ocurrido en esa mesa.

—¿Ah, sí? Y según tu innegable imparcialidad, ¿qué es lo que ha ocurrido en esa mesa? —inquirió, cruzándose de brazos de manera defensiva.

—Pues me he dado cuenta de varias cosas. Lo primero que tienes que saber de mí es que soy un hombre tremendamente observador —le explicó con una sonrisa de medio lado, para intentar rebajar la tensión del momento, mientras se acariciaba el mentón haciéndose el interesante.

—¡No me lo digas! Has adivinado la talla de sujetador de las féminas sentadas en esa mesa.

—¡Madre mía! —exclamó poniendo cara de asombro—. ¿Cómo lo has sabido? No serás adivina o algo así, ¿no? —Y enseñándole el antebrazo, continuó—. Mira, los pelos como escarpas.

—No seas tonto, no estoy de humor —declaró seca.

—Está bien, pues hablemos con seriedad —acordó él, apoyando el trasero en la

barandilla—. Gracias a mi innata agudeza y a mi extenso conocimiento del género femenino... —y le guiñó un ojo mientras ella resoplaba incrédula—, he podido darme cuenta de que la preocupación de tu madre era genuina.

Cuando Noa se disponía a protestar, él la interrumpió extendiendo un dedo para hacerla callar.

—No sé, ni me importa, la relación que hayas tenido con ella en el pasado, pero hoy en esa mesa la he visto muy asustada por ti. Desconozco la relación tormentosa que os pueda unir a ambas, pero lo que es innegable es el inmenso amor que te tiene.

—Pues que no me quiera tanto, porque su forma de querer me hace daño —susurró, embargada por la aflicción.

—¿Como también te hace daño el amor que sientes por Alonso?

Noa clavó su mirada en el médico con furia contenida.

—¡No sé de qué me hablas!

—¡Vaya, otra mentira más, y ya van dos!

—No quiero seguir escuchándote —le espetó, girándose para marcharse de allí.

—¿Por qué? ¿Porque te da miedo oír la verdad? ¿No eras tú la que no soportabas las mentiras? ¿O lo que realmente no soportas es que te digan la realidad de cómo son en verdad las cosas?

Ella se dio la vuelta para enfrentarlo y levantó el mentón con orgullo.

—Tú no me conoces en absoluto, Carlos, no tienes ni idea de quién soy.

—En eso te equivocas por completo, porque llevo lidiando con alguien igualito a ti durante años. ¿Te suena de algo un hombre terco, orgulloso, voluntarioso, irascible, desconfiado, soberbio... pero al mismo tiempo vulnerable, sensible, inteligente, luchador, bueno, honesto? En realidad tú eres la versión femenina de Alonso o, lo que es más escalofriante, Alonso es tu versión masculina. Os parecéis más de lo que creéis, preciosa, quieras o no quieras admitirlo.

—¿A dónde quieres llegar? Tus conclusiones no implican nada —le preguntó acercándose a él con reticencia.

—Mis maravillosas conclusiones, extraídas de mi gran e innegable intelecto, quieren darte a entender que ni lo negro es tan negro ni lo blanco es tan blanco, pues hay una infinidad de gama en tonos grises de por medio.

Noa elevó ambas cejas mientras lo miraba pasmada, sin entender nada de lo que decía.

—¿Me estás comparando con un anuncio de detergente para lavadoras?

El médico echó la cabeza hacia atrás para estallar en una enorme carcajada.

—Ahora entiendo por qué Alonso está enamorado de ti —resolvió, recomponiéndose la ropa después del ataque de hilaridad.

No advirtió la rigidez que sus palabras provocaron en ella.

—Ahora el que está equivocado eres tú —masculló visiblemente alterada—. Puedo afirmar sin temor a equivocarme que tu amigo no está enamorado de mí.

A pesar de girarse en ese momento para marcharse de allí, no llegó muy lejos en

su huida, pues la mano de Carlos la retuvo con firmeza. Y cuando ella se volvió para enfrentarlo y exigirle que la soltara, no se esperó la pregunta que él le lanzó.

—¿Has leído alguna vez *Un mundo feliz*?

—¡¿Qué?! —exclamó, parpadeando perpleja.

—Hace unos cuantos años leí ese libro de Aldous Huxley, un célebre escritor británico, adelantado a su época, y me quedaron grabadas en la memoria estas frases de su obra: «El amor ahuyenta el miedo y, recíprocamente, el miedo ahuyenta al amor. Y no sólo al amor el miedo expulsa, también a la inteligencia, la bondad, todo pensamiento de belleza y verdad, y sólo queda la desesperación muda; y al final, el miedo llega a expulsar del hombre la humanidad misma».

Ella siguió mirándolo sin entender nada.

—Hay personas, como es el caso de Alonso, a las que el amor las paraliza... porque confunden amor con miedo. Miedo a sufrir, miedo a perder a la persona amada, a defraudar, teniendo la estúpida sensación de que no son merecedores de ese amor. Miedo a no ser correspondidos, a sentirse vulnerables, a necesitar a la otra persona para poder seguir viviendo; miedo al cambio, al fracaso... En resumidas cuentas, miedo al amor.

Noa empezó a entender lo que Carlos quería decir. Y un escalofrío le recorrió la espalda, reconociendo ese mismo miedo del que estaba hablando como un viejo amigo que la acompañaba desde que tenía uso de razón.

—Cuando el miedo es más fuerte que la razón, nos despoja de la inteligencia, del control, haciéndonos cruzar fronteras que de otra manera nunca habríamos atravesado.

—No lo defiendas. Lo que hizo Alonso no tiene justificación —le advirtió, rodeando su cuerpo con los brazos, como una forma inconsciente de protegerse de sus palabras, que empezaban a calar en ella.

—No lo hago, Noa, sólo intento comprender por qué. Soy el primero en rechazar de forma taxativa su comportamiento esa noche, pero también confieso que ése no es el hombre al que conozco desde hace tantos años. He visto a Alonso en sus peores momentos, y te aseguro que nunca había actuado de esa forma. A no ser, como creo que es en este caso, que haya sido aleccionado a ello.

—Soy conocedora de lo mal que lo pasó con la muerte de su madre.

—Es cierto —confirmó con tristeza—. ¿Y de Mónica? ¿Te habló de su relación con ella?

Noa lo miró con prudencia, desconociendo si era aconsejable demostrar interés en las otras parejas de Alonso delante de su amigo. Y al final negó suavemente con la cabeza.

—Me lo imaginaba.

Carlos suspiró, apenado por ser él quien tuviera que hablarle de ello, traicionando su amistad con el guía. Pero algo tenía que hacer. No podía quedarse de brazos cruzados, sabiendo que los dos se amaban con la misma intensidad, pero que eran lo

suficientemente necios como para no dar el primer paso y hablar con claridad, enfrentándose a sus sentimientos. No podía permitir que la víbora de Vanesa se saliese con la suya, pues cada vez estaba más convencido, sobre todo después de su actuación en la mesa, de que esa mujer había manipulado a conciencia a su amigo.

Así que volvió a apoyar su trasero en la barandilla, agarrándose a ella con ambas manos a los costados.

—Como ya sabes, Alonso y yo nos conocimos en la facultad y compartiendo piso, y gracias a ello nos hicimos muy buenos amigos, casi diría que como hermanos.

Noa asintió y se apoyó a su lado.

—Durante todo ese tiempo fui testigo de primera mano de la lucha, tanto de él como de su madre, en contra de esa nefasta enfermedad que asola al mundo entero, sin importar razas, credos, géneros o estatus social —continuó el médico—. En aquella época, Alonso se fijó en una compañera de clase llamada Mónica Vergara y, a pesar de todos mis consejos y recelos, Alonso los ignoró, como era su costumbre, lanzándose de cabeza a una relación con ella.

—¿Por qué toda esa desconfianza por tu parte? —inquirió, dejándose llevar por la curiosidad.

—Ya te dije que soy un hombre muy observador al que no se le escapa nada. Aunque, básicamente, era porque me caía mal.

—Ah, cierto. Me olvidaba de tu innegable imparcialidad.

Carlos soltó una risa por lo bajo, admirando su ingenio, y sacudió levemente la cabeza, admitiendo que, si no fuera porque su amigo estaba interesado en ella, Noa sería una excelente mujer con la que pensar seriamente en sentar cabeza.

—Sí. Innegable e Imparcialidad son mis dos apellidos, por si no lo sabías.

—¡Espera, no me lo digas! Seguro que Modestia Aparte son tus segundos nombres. Carlos Modestia Aparte Innegable Imparcialidad.

Él siseó divertido, pasándose un dedo por el antebrazo.

—Como escarpas, nena, como escarpas.

Y Noa no pudo evitar soltar una risotada.

—Alonso tiene razón, eres un tonto.

—Está bien, lo reconozco, pero esto que quede entre tú y yo —concedió siguiéndole el juego—. No sabes lo pesadito que se pone cuando sabe que lleva razón.

—Sí lo sé, te aseguro que sí lo sé.

Pero de pronto se puso seria al recordar que la relación entre los dos ya no era la misma. El médico, advirtiendo el cambio, creyó conveniente seguir contándole su historia, para que ella entendiese algo más a su amigo.

—En realidad tenía mis motivos para que Mónica me cayese mal. Ella era la típica niña bien, proveniente de una familia con renombre y dinero, acostumbrada a ser el centro de atención, creyéndose el ombligo del universo. Pensaba que el deber de los demás mortales era orbitar a su alrededor, alabando y venerando su persona.

Estaba estudiando medicina porque su familia así lo exigía; en ningún momento lo hizo por vocación o interés, sólo fue por seguir con la tradición familiar. Valiente médica iba a ser —farfulló, indignado por sus pobres pacientes.

—Quizá no tenía otra salida —la defendió ella, identificándose con la chica.

—Te aseguro que no. Mónica era una mujer vanidosa, vacua en ideas y personalidad, acostumbrada a manipular a los demás a su antojo.

—Una niñata —susurró bajando la mirada avergonzada, comenzando a entender.

—Exacto —confirmó Carlos—. Una niñata consentida y malcriada, acostumbrada a hacer su voluntad, sin importar a quién pisaba o lo que tenía que hacer para conseguir lo que quería.

—No hace mucho tiempo yo era igual que ella.

—Permíteme que lo dude, Noa —replicó él con ira contenida—. Esa mujer era una auténtica zorra.

Ella levantó la cabeza, sorprendida por su arranque de rabia.

—No me mires así. Sé que puede parecer fuerte que un hombre hable así de una mujer, pero te aseguro que ella se lo tiene completamente merecido. —Y soltando un fuerte suspiro, se rascó con impaciencia una sien, mientras dejaba su pose indolente y comenzaba a pasear irritado de un lado a otro—. Cuando la madre de Alonso murió, Mónica se enteró de la situación financiera de él y de quién era su familia. Y, sin tener en cuenta por el fuerte golpe emocional por el que estaba pasando mi mejor amigo, decidió que su relación tenía que acabar. Y aunque al principio ella intentó esquivarlo, para evitar tener que darle más explicaciones, Alonso, aturdido por su comportamiento, roto de dolor y completamente confundido, consiguió sacarle la verdad. Y la verdad, mi querida Noa, era que la muy pu... sinvergüenza había roto con él porque alguien se había confundido al contarle que mi amigo era el hijo de una importante familia, ligada con el ministro de Sanidad español. Y cuando en el entierro de su madre se enteró de que simplemente era el hijo de una asistenta, decidió que su amor no era tan firme y sincero como había creído.

—¡Dios mío! —susurró escandalizada.

En ese instante fue Carlos el que se agarró a la barandilla sujetando con fuerza el metal, mientras apretaba los dientes indignado.

—Vi cómo Alonso tocaba fondo, roto por el sufrimiento y el dolor de la muerte de su madre... y por el egoísmo de una mujer ruin y mezquina, interesada sólo en el dinero y el prestigio que acompañan un buen apellido. Vi cómo perdía el rumbo, cómo se iba destruyendo poco a poco a sí mismo, cómo se hundía en la desesperación y la congoja, zozobrando sin sentido alguno. Es algo que nunca, jamás, le podré perdonar a esa arpía. No le temblaron las manos cuando lo despreció de forma cruel, diciéndole que jamás le hubiese dejado tocarla si en algún momento hubiese sospechado siquiera quién era él. —Luego, mirándola directamente a los ojos, le preguntó con rabia—: ¿Sigues creyendo que eres igual que ella?

Noa, todavía perpleja por la maldad de la gente, negó tristemente con la cabeza,

en tanto sus ojos comenzaron a empañarse al comprender, por fin, la envergadura del dolor de Alonso en esa época de su vida. Ahora entendía su animadversión hacia ella al poco de conocerla, sus desprecios, sus desplantes. Si había llegado a la misma conclusión errónea sobre ella misma, cuando Carlos le empezó a contar su historia con Mónica, ¿qué no habría pensado Alonso cuando la vio por primera vez? Y se mordió el labio en un vano intento por no comenzar a llorar. Nunca le había puesto las cosas sencillas. En verdad ella no era una mujer fácil de llevar.

Carlos suspiró abatido al ver el sufrimiento en su rostro e, incómodo, desvió la mirada para fijarla en un punto indeterminado en la oscuridad.

—No te puedo pedir que lo perdones, eso lo entiendo, pero sí que no lo juzgues tan duramente. Alonso cometió un error, pero ¿quién no lo ha cometido alguna vez? —le preguntó con una mirada suplicante.

Y Noa, con una mano en la garganta, tragó saliva con fuerza al recordar cómo ella misma se había equivocado de forma tan trágica tan sólo unos meses antes, a la vez que varias gotas húmedas y saladas rodaban por sus mejillas.

—Cuando te dije antes que Alonso estaba enamorado de ti, era cierto, porque él mismo me lo confesó. Pero tiene miedo, Noa. Tiene miedo de no merecerte, miedo de volver a sufrir, miedo de perder a la persona que más ama en esta vida, miedo de tu desprecio, miedo a equivocarse de nuevo, miedo al amor... —Y a Carlos se le escapó una risa cáustica—. Es irónico, ¿no? Está muerto de miedo por algo que ya está sufriendo en sus propias carnes.

—¿Por qué nunca me ha dicho nada?

Él se acercó a ella y, con suavidad, le cogió las dos manos, sin apartar en ningún momento la vista de su cara.

—¿Por qué nunca le has dicho tú lo que sientes por él?

Incapaz de sostenérsela, Noa desvió la mirada sabiendo que Carlos tenía razón. Todas y cada una de sus palabras estaban cargadas de argumentos con peso, demostrándole, nuevamente, lo peligroso que era juzgar a los demás sin motivos justificados.

—¿Te he dicho alguna vez que soy un hombre muy observador? —le preguntó alzándole el mentón con ternura—. No todo el mundo tiene mi encantadora e ingeniosa elocuencia —continuó, sonriendo con picardía, para, acto seguido, ponerse serio—. Esta noche he observado varias cosas. La primera, que no he conocido en toda mi vida a una pareja de enamorados más tontos, necios, testarudos, orgullosos y cabezotas como vosotros... pero que al mismo tiempo se amen tanto.

—Ah, ah, en eso disiento —rebatí sorbiéndose la nariz—. Precisamente conozco a dos, una de ellas se va a casar muy pronto, y la otra está esperando un hijo en México.

—No, querida, las conoces tú, yo no.

—Eso no es cierto, tú conoces a Pierre y a Asha...

—¡Da igual! —la interrumpió el médico después de bufar—. ¿Puedo continuar?

—Por favor —respondió avergonzada, al darse cuenta de que siempre tenía que decir la última palabra.

—Estupendo —prosiguió después de lanzarle una mirada adusta—. La segunda es que la preocupación de tu madre era sincera, Noa. —Y la interrumpió de nuevo al ver que iba a volver a discrepar—. No todos disponemos de la facilidad de palabra que yo poseo. Normalmente, a la gente le cuesta expresar sus sentimientos. Mírate a ti, sin ir más lejos.

Ella bufó de forma escandalosa.

—¡Por favor, no me compares!

Carlos volvió a agarrarla del mentón para que le prestara atención.

—Dime una cosa, ¿qué sientes cuando Jasira llora y no sabes por qué?

Noa se lo quedó mirando, desconcertada.

—¿Congoja? ¿Miedo? ¿Desconcierto? ¿Impotencia? Ahora coge todos esos sentimientos y multiplícalos por mil. Es lo mismo que siente una madre cuando se enfrenta a una hija adulta e independiente que se cree que lo sabe todo en la vida. Ponte por un instante en su lugar, y piensa en el momento en el que Jasira se haga mayor...

—Te aseguro que la relación que mantengo con mi madre no es equiparable, Carlos.

—Está bien —suspiró rindiéndose—. Mi consejo desinteresado de la semana, y por ser tú no te pienso cobrar, es que te sientes a hablar con ella. Cuanto más lo eludas, ese sentimiento negativo que sientes hacia tu madre se va a enquistar de tal manera que no tendrá solución.

Noa negaba con terquedad, pues no estaba dispuesta a perdonar a su progenitora tan fácilmente. La había vuelto a engañar y no iba a pasar por eso otra vez.

—De acuerdo, me ha quedado claro que el tema materno-filial es un tanto espinoso y no vamos a llegar a ningún entendimiento —rezongó, molesto por su fracaso—. Sólo queda entonces la última cosa que he observado hoy. Y es que tienes a una acérrima enemiga sentada muy cerca de ti.

Ella arrugó el ceño, desconcertada.

—Me refiero a Vanesa.

—¡Acabáramos! No hace falta ser un lince para darse cuenta de eso.

—Yo no estaría tan seguro —le dijo picado por sus palabras—. Pero sí te puedo asegurar que tú no te has dado cuenta de que esa mujer es la que ha estado manipulando a Alonso para separarlo de ti. Y no sólo a Alonso, a mí también ha intentado ponerme en tu contra, y no me extrañaría que lo pretendiera con alguien más.

De pronto, Noa pensó en las palabras de su ayudante, cuando le contó la loca idea de Alonso de que ella tenía algo con Pierre. Quizá, al fin y al cabo, no era tan loca idea si alguien plantaba la semilla de la duda y desconfianza en él. Ahora entendía que se hubiera puesto así. Aunque no excusaba su conducta, y la falta total de

confianza en ella, sí atenuaba el hecho de que se había comportado de esa forma inducido por los celos.

—No puedo hacer nada en contra de sus sucias artimañas —admitió abatida.

—¡Ay, cariño! —soltó el hombre acercándose a ella para abrazarla—. Y después las mujeres decís que los hombres somos muy simples. —Y a continuación le susurró al oído—: Tú decides, Noa. Tú decides si te vas a quedar sentada, esperando a que esa hiena con mal aliento se salga con la suya, o si le vas a plantar cara y luchar por el hombre que amas.

—Yo no he dicho que haya perdonado a tu amiguito —gruñó mientras le devolvía el abrazo—. En estos momentos podría estar mirándonos y pensando nuevamente lo peor de mí. No sería la primera vez que lo hace.

—¿Y qué gracia tendría no estar ahí para llevarlo por el buen camino, agarrándolo de las orejas como a un niño malo? Estoy por asegurar que tú disfrutarías horrores —aseveró divertido.

Luego Carlos se puso serio, para agarrar su rostro entre sus manos y clavarle la mirada con intensidad, como alguien que está completamente seguro de lo que afirma, y que pondría las manos en el fuego por sus convicciones.

—Aunque creo, sin temor a equivocarme, que esta vez ha aprendido la lección, Noa. —Y acercó los labios a su frente para depositar un suave beso y continuar hablando—. Pero repito que tú decides. Sólo tú decides si prefieres seguir teniendo miedo y darle la espalda al hombre que amas, o plantar cara y luchar por tu felicidad. Tú decides.

Dicho esto, la dejó sola y con muchas cosas en las que pensar, para ir en busca de su amigo con la enorme satisfacción interior de haber hecho todo lo que estaba en su mano para ayudarlo.

Cuando accedió al salón, Alonso lo miró con una angustia creciente, preocupado por su tardanza, y el médico lo obsequió con una radiante sonrisa.

—¿Podemos hablar un segundo? —preguntó al llegar a su lado.

—Por supuesto —respondió ansioso.

—Pero... ¡te iba a pedir que me sacaras a bailar! —protestó Vanesa contrariada, al verlo marchar sin tan siquiera despedirse.

—Ahora no, Vane, más tarde —le respondió dirigiéndose al aire, mientras, presuroso, seguía a su amigo atravesando la estancia.

Cuando llegaron a la entrada del hotel, angustiado, paró a Carlos para que lo sacara de dudas de una buena vez, decidiendo que tenían suficiente privacidad como para poder hablar con tranquilidad.

—¿Cómo se encuentra? ¿Está bien? —preguntó inquieto.

—Sí —lo serenó—. Se encuentra perfectamente.

—¡Maldita sea, la he vuelto a cagar! —maldijo el guía frotándose la nuca

compulsivamente—. Cada vez que abro la boca, le hago daño. ¡Joder!

—Tranquilo, Alonso; he hablado con ella y todo está bien.

—¿De qué habéis hablado? —preguntó nervioso.

—Básicamente de ti.

—¡Mierda, Carlos! —soltó entre asustado y dolido por el hecho de que se inmiscuyera en sus asuntos de nuevo—. ¿Acaso te pedí que te metieras?

El médico arrugó el ceño, molesto, y se cruzó de brazos.

—Gracias, Carlos, por ser un buen amigo —habló éste con sarcasmo, simulando una conversación entre los dos—. De nada, Alonso, es un placer ayudarte. Gracias por arreglar mis estropicios. Aquí me tienes para lo que necesites. ¡No sé qué haría sin ti! Yo tampoco... ¡Idiota! —terminó, enfadado.

Alonso se quedó parado con cara de pasmo, y su amigo puso los ojos en blanco, exasperado.

—De verdad, ¿no entiendo qué demonios pueden ver las mujeres en ti? A veces me dan unas ganas de darte así, con la mano abierta, para que espabiles que... que...

—Inténtalo —lo retó crispado, poniendo los brazos en jarras.

—¿Crees que es momento de ponerte gallito conmigo?

El guía suspiró frustrado porque sabía que su amigo tenía razón.

—De acuerdo, lo siento. No sé qué diablos me pasa.

—Está bien —dijo el médico entendiendo su estado alterado y, agarrándolo por lo hombros, le preguntó—. ¿Tú confías en mí?

Alonso lo miró fijamente sin saber muy bien qué contestar. Por supuesto que confiaba en su amigo, pero, a veces, como en ese instante, no sabía en qué lío podía meterlo.

—¡¿Alonso?! —inquirió impaciente, sacudiéndolo por los hombros.

—¡Sí... sí, claro que confío en ti!

—Muy bien, porque tu felicidad pende de un hilo, hermano. Y si en algo valoras nuestra amistad, quiero que hagas dos cosas ahora mismo o dejaré de hablarte para siempre. La primera es que te deshagas de esa hiena que tienes a tu lado, que lo único que ha hecho ha sido perjudicarte. Vanesa ha estado malmetiendo en contra de Noa y manipulándote a su antojo. Te quiere para ella y no se detendrá hasta separaros por completo. Y la segunda es que vayas ahora mismo al lado de la mujer que amas y le digas de una vez por todas lo que sientes por ella. Porque te juro que, a pesar de que lo he intentado, no entiendo qué puede ver Noa en ti para amarte como lo hace.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó Cayetana acercándose a ella por detrás, poco rato después de que se fuera el médico.

Ésta, apoyada en una columna de la terraza y sumida en sus pensamientos, regresó de la conversación mantenida con Carlos, rememorando cada palabra dicha en ella.

—Sí, estoy bien —respondió con frialdad.

Su madre la miraba con cautela, intentando discernir su estado de ánimo.

—Cariño, no me gusta que estemos enfadadas.

—No lo estaríamos si me respetaras más, mamá.

—Yo te respeto, mi vida.

Noa suspiró, cansada de todo aquello.

—Eso no es cierto; si realmente me respetaras, me apoyarías en mis decisiones, estuvieran o no equivocadas.

—Sólo quiero lo mejor para ti.

Ella exhaló aire, en tanto negaba con la cabeza, asqueada de tanta hipocresía. Al diablo con todo. Seguiría el consejo del médico y mantendría esa conversación con su madre que llevaban tantos años evitando. Estaba hastiada de tanta mentira, de fingir que todo estaba bien cuando no era cierto.

—¿Lo mejor para mí? —preguntó aturdida—. ¿Lo mejor para mí es una vida como la tuya? ¿Como la de Daniel?

Cayetana desvió el rostro, negándose a aceptar la verdad.

—Contéstame a una simple pregunta, mamá: ¿tú eres feliz? —Y como su madre siguió sin dar la cara, continuó—. Porque yo no lo soy, nunca lo he sido. Lo más cerca que he estado de ser feliz ha sido aquí, en este sitio que tanto desprecias. Y sé sin lugar a dudas que Daniel tampoco fue feliz.

—Noa, por favor...

—Estoy cansada de tanta falsedad, estoy harta de aparentar que tengo una vida perfecta y una familia ejemplar. Porque no es así, no es cierto. Todo es mentira, lo que nos rodea apesta a mentira, y yo ya no puedo más.

Noa tragó saliva mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, en tanto Cayetana, con su porte altivo y soberbio, luchaba contra las ganas de llorar.

—¡Mírame, mamá! ¡Mírame! —le exigió agarrándola por los hombros—. Yo no soy como tú. Yo no puedo estar al lado de un hombre al que aborrezco con todo mi ser. No puedo fingir una felicidad que no siento, cuando todas mis amistades saben que mi marido me está poniendo los cuernos con sus secretarias, y que tiene varias amantes distribuidas por Valencia viviendo en pisos de su propiedad. No puedo aparentar tranquilidad cuando mis supuestas amigas cuchichean a mis espaldas, arrancándome la piel a tiras. ¿Y todo para qué? Para disfrutar de un nivel de vida a todo trapo, para alardear de joyas, de un buen apellido, de un estatus social privilegiado. ¿Te compensa todo eso? Porque a mí no.

—Eso no es justo —replicó ella, indignada, con los dientes apretados.

—¿Y qué es justo, mamá? Saber que me culpas por lo que pasó hace casi dos años.

—¡Lo que dices no es cierto! —estalló Cayetana al fin, plantándole cara a su hija, mientras su barbilla temblaba, a punto de llorar—. Nunca podría culparte por lo que pasó. Lo que ha ocurrido esta noche no tiene nada que ver con lo sucedió aquel día.

¿Cuándo te va a entrar en la cabeza que sólo me preocupa tu felicidad?

—¡Cuando me lo demuestres! —reclamó Noa en un arranque de coraje.

—¿Y cómo, si no me dejas? Si cada vez que intento decirte algo me lo reprochas. Cada vez que me empeño en acercarme a ti, piensas que tengo segundas intenciones. Cada vez que intento decirte lo que siento, no me crees. Ahora dime tú, Noa, ¿cómo diablos puedo demostrarte que realmente me importas, si me rechazas cada vez que lo intento? —sollozó afligida, mientras las carnes se le abrían por la pena.

Noa la miró con una expresión de súplica en el rostro, rogándole con la mirada que por una vez en su vida se pusiera ella en su lugar.

—¡Apoyándome, mamá! ¡Acompañándome en el camino, esté o no errado! ¡Es mi vida, ¿no lo entiendes?! ¡Mi vida! Pero necesito que estés ahí para curarme cuando ésta me golpea, para aliviar mi dolor con tu cariño. No para hurgar en la herida abierta y llenarme de reproches.

Cayetana no lograba comprender por qué su hija se comportaba así, cuando lo único que ella quería era protegerla, cuidarla, evitar que nadie más le hiciera daño.

—¿Aun sabiendo que estás equivocada? ¿Aun sabiendo que ese hombre no te merece? ¿Que sólo se acercó a ti por interés?

—¡Sí!

—¡Pues no puedo, hija!, ¡no me pidas eso, porque no puedo hacerlo! —manifestó intentando que la comprendiera.

—Lo único que quiero es que me aceptes tal y como soy, mamá, con mis defectos y con mis virtudes. Que te sientas orgullosa de mí, que me quieras tan sólo un poco —rogó mientras por primera vez le abría su alma, suplicando por ese amor que con tanto anhelo necesitaba de ella.

—Y yo te quiero, mi niña, más que a mi vida —le aseguró agarrándole la cara con ambas manos y clavando su mirada en ella—, pero no puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo te engañan, como se ríen de ti en tu cara, ¿no lo entiendes?

Y Noa se separó de su madre, decepcionada de nuevo por no recibir lo que tan desesperadamente pedía a gritos.

—Tú no conoces a Alonso, mamá. No lo conoces en absoluto. No tienes ni idea de la clase de hombre que es.

—Ni falta que me hace —replicó secándose las lágrimas con rabia cuando pensaba en él—. Ya me puso su amiga Vanesa en antecedentes, advirtiéndome de que sólo estaba interesado en tu dinero. Para él tan sólo eres un buen negocio del que sacar tajada. No le importas, cariño, nunca le has importado.

Noa negaba con la cabeza, harta de tanta pestilencia a su alrededor.

—¡Eso no es cierto! —intervino Alonso, que medio escondido había escuchado la conversación entre las sombras de la noche, esperando a que acabaran, temeroso de intervenir antes por ser una conversación privada entre madre e hija—. ¡Te juro por Dios, Noa, que eso no es verdad! —afirmó suplicándole con la mirada que lo creyera.

Ella se irguió completamente estirando un brazo para hacerlo callar, mientras una

mirada dura se instalaba en su rostro, a la vez que sentía que todo su mundo se desmoronaba. Luego, contemplando a su madre, concluyó.

—Eso es lo único que te importa, ¿verdad? El maldito dinero. —Escupió con odio esas últimas palabras.

—Sólo quiero protegerte, mi cielo, no quiero que nadie más te haga daño.

—No tenemos nada más que hablar —masculló visiblemente alterada.

—¡Noa! ¡Noa! ¡Por Dios, mi vida, ponte en mi lugar! —suplicó Cayetana mientras la veía irse, sabiendo que la estaba perdiendo definitivamente.

—¿En tu lugar? ¿En qué lugar, mamá? —bramó furiosa, desandando sus pasos para enfrentarse a su progenitora—. En el lugar de una madre que ha sido incapaz de demostrar un gesto de cariño hacia sus hijos, de regalarles una palabra de amor, de sentir una pizca de afecto por nosotros. Estabas más ocupada en tus obras benéficas que en saber si a tu hijo le pegaban sus compañeros de clase. Eran mucho más importantes tus clases de pádel que ir a verme a mis actuaciones de *ballet*. Fue Lupe la que me explicó cómo ponerme mi primer tampón, la primera vez que me vino el período, pues tú estabas en tu reunión de té de los jueves y no podías ser interrumpida por tonterías. Para ti, tus hijos sólo han sido un estorbo, una carga. La única persona que te importa eres tú, y solamente tú.

Cayetana se llevó las manos a la boca, mientras sus ojos, anegados en lágrimas, no daban crédito al odio que estaban viendo en el rostro de su hija.

—Eso no es cierto —farfulló rota por dentro.

Y Noa rió con amargura, para después clavarle fijamente su mirada llena de desprecio, haciendo que su madre diera un paso atrás, abrumada.

—Si lo que digo no es cierto, contéstame a una pregunta, mamá: ¿cuál es mi película preferida? —Y esperó en vano a que ella contestara—. ¿Mi libro favorito? —Y siguió aguardando a que la mujer respondiera—. ¿Cómo se llama el primer chico que me besó? ¡No, espera, una muy fácil! ¿Cuál era el nombre de mi caballo favorito?

Lo único que Cayetana acertaba a hacer era negar con la cabeza, mientras las palabras cargadas de verdad de su hija se le clavaban como puñales en el pecho, sabiendo que en gran medida todas y cada una de ellas eran ciertas.

—No tienes ni idea, porque nunca te ha importado. —Y desatada como estaba, Noa escupió el veneno que tanto tiempo llevaba guardado, deseando que tan sólo sufriera una pequeña pizca de lo que lo había padecido ella durante todo ese tiempo—. Eres tan patética, Cayetana Ortiz de Montalbo. Crees que tu vida está llena de prestigio y respeto, y lo único que produces es pena. Tu vida es soporíficamente triste y vacía, y has fracasado en todos los ámbitos posibles. Como mujer, como esposa y como madre.

—¡Noa, no sigas! —la advirtió Alonso, sabedor de que se iba a arrepentir después de sus palabras.

La conocía lo suficiente como para saber que ese comportamiento era inducido

por el dolor que estaba sintiendo y, como un animal herido, se defendía a zarpazos sin ser consciente de todo el daño que estaba causando.

—¡No te metas, Alonso! —lo avisó con ira contenida—. ¡Esto es sólo entre mi querida madre y yo!

—Por favor, tú no eres así —señaló intentando acercarse a ella.

Y Noa lanzó una carcajada hiriente.

—No, te equivocas, en esto es en lo que me han convertido. —Y miró de nuevo a la mujer, quien, pálida, no daba crédito a toda esa ponzoña que su hija llevaba acumulada dentro durante tanto tiempo—. Dile, mamá, dile lo mucho que me desprecias. Lo avergonzada que te sientes de tu única hija por no poder alcanzar tus expectativas. Sé que me culpas por lo que pasó, y no te lo tengo en cuenta, porque yo también lo hago.

Cayetana negaba una y otra vez, completamente desencajada, y Noa ya no podía parar. Necesitaba expulsar todo ese sufrimiento que le oprimía el pecho y no la dejaba respirar. Necesitaba liberar ese dolor que la carcomía por dentro.

—No lo niegues, mamá —le rogó llorando sin control—. Por una maldita vez en tu vida, sé sincera y mírame a la cara para decirme lo que las dos pensamos. Sé que la culpa fue mía, sé que, si no me hubiera enfrentado a papá y a Daniel, nada de todo aquello habría ocurrido. Pero estoy pagando por ello, ¿entiendes? Todos los días recuerdo ese momento grabado a fuego en mi mente. Me pregunto una y otra vez qué habría podido hacer diferente para que nada de aquello sucediese. Pero no hay vuelta atrás. Él tomó su decisión, y te juro que, en lo que me resta de vida, no podré perdonarlo por ello nunca, nunca. Fue un egoísta, mamá, fue un maldito egoísta y un cobarde.

—¡No hables así de tu hermano! ¡Te prohíbo que hables así de tu hermano! —estalló fuera de sí.

—¿Por qué? ¿Porque está muerto?

—¡Dios santo! —exclamó Alonso, atónito.

—Te recuerdo que fui yo quien lo encontró en su apartamento cuando fui preocupada a hablar con él al día siguiente por no ir a trabajar, todavía con la papelina de coca en la mano. Para él fue más fácil irse con una sobredosis que enfrentarse a la vergüenza de darme explicaciones y hacer frente a sus actos.

—Él te quería, era tu hermano y te quería —gimoteó Cayetana, rompiéndose en dos.

Y Noa siguió hablando con desdén.

—¿Es ésa la forma que tienen los Montalbo de querer? ¿Manipulando?, ¿engañando?, ¿mintiendo? Pues prefiero que no me quieras, prefiero que desees que hubiese sido yo la que estuviera muerta y no tu adorado hijo.

De pronto Noa sintió la bofetada que le dio su madre y que no vio venir, y se llevó la mano a su mejilla, que empezaba a enrojecer por momentos. Cayetana dio un paso atrás al ser consciente de lo que había hecho, y del inmenso desprecio que

emanaba del rostro de su hija. Y supo, sin lugar a dudas, que ya no había vuelta atrás cuando Noa, sin emitir ninguna palabra, se giró para marcharse de allí.

Su vista, nublada por las lágrimas, no alcanzaba a ver la silueta de su hija, cuando las piernas comenzaron a fallarle, para terminar de rodillas, llorando desgarrada por el dolor.

—¡Te lo suplico, Noa, perdóname! —sollozó sintiendo que se le rasgaba el pecho—. ¡Lo siento, mi niña! ¡Lo siento mucho!

Ésta corría sin rumbo fijo hasta detenerse al amparo de unos árboles, para apoyarse en ellos mientras lloraba amargamente. Por fin había soltado todo lo que llevaba dentro después de tanto tiempo y, para ser honestos, no había hallado ningún consuelo o alivio en ello, al contrario. A Noa no le había gustado nada lo que había visto en su interior. Todo ese odio y rencor hacia sus padres y hacia ella misma no era bueno. La habían asustado. Porque había visto una oscuridad en su interior que le heló la sangre. Había sido cruel a propósito con su madre y lo sabía, y, aun así, no había hecho nada para evitarlo. Y se preguntó cómo podía Asha conseguirlo; cómo, después de lo que su familia le había hecho, había logrado perdonarlos. Pero no le dio tiempo a pensar la respuesta, pues sintió cómo apoyaban el cañón de un revólver en su espalda, a la vez que una voz conocida le susurraba al oído:

—Por fin, zorra. Por fin tú y yo solos.

Capítulo 32

Alonso parpadeó varias veces, perplejo por toda esa información recibida de golpe. Su mente, aturdida, empezaba a encajar las piezas como si de un puzle se tratara, ajustándose todas y cada una de ellas a la perfección. Había estado completamente equivocado con respecto a Noa. Su vida no había sido para nada fácil. A pesar del dinero que tenía, y de las apariencias que ella intentaba disfrazar continuamente, ahora sabía del sufrimiento que había padecido y llevado en silencio durante todo ese tiempo. Las miserias de la familia Montalbo eran tan dolorosas que su vida en comparación era un cuento de hadas. Al menos él había poseído el amor incondicional de su madre, y la poca familia que había tenido nunca lo había engañado.

Si Carlos tenía razón, en esos momentos tampoco comprendía que Noa pudiera estar enamorada de él, pues había sido un completo y rotundo cretino con ella. Ahora entendía esa tristeza en sus ojos cuando hablaba de su familia, y su negativa a hablar de su hermano. Alonso se maldijo por millonésima vez en los últimos días, pues en su necia terquedad había creído que Daniel era ese enigmático amante o novio que le había endosado sin pensárselo dos veces. Y exhaló aire con fuerza al comprender que tuvo que ser un impacto muy fuerte para Noa descubrir el cadáver de alguien de tu familia tan cercana. Un golpe difícil de asumir, más cuando ella se creía culpable de esa muerte.

Y se llevó las manos a la cabeza al darse cuenta de que el único instante en el que Noa había sido feliz, él mismo lo había echado todo a perder por sus ridículos celos, por sus inseguridades, por su cobardía, y por sus prejuicios hacia las mujeres de su clase social. Ella en nada se parecía a Mónica. Eran como la noche y el día, como el yin y el yang. Noa era toda luz, alegría, fuerza, bondad, honestidad... Y Mónica... bueno, Mónica era todo lo contrario.

Y había estado tan ciego, tan malditamente ciego... que no tenía ni idea de cómo poder compensarla por todo el daño que le había hecho. En ese momento se encontraba tan perdido que no sabía cómo iba a conseguir que ella lo perdonara, o tan siquiera por dónde empezar para poder recuperarla de nuevo.

De pronto, como si lo viera todo a través de una bruma, reparó en su madre, arrodillada en el suelo llorando desconsolada. Y por primera vez se sintió cercano a ella, pues sabía lo que era experimentar la pena de perder una parte de ti mismo, como si te la arrancaran de cuajo sin poder hacer nada por evitarlo. Con extrema compasión, se acercó a ella para agarrarla de los hombros y ayudarla a incorporarse.

—Levántese, doña Cayetana; por favor, déjeme ayudarla.

—¡No me toques, estúpido! —le gritó en un arranque de ira completamente fuera de sí—. ¡Todo esto es por tu culpa! ¡Mi niña me odia por tu maldita culpa!

Alonso se separó de ella perplejo por el odio que desprendía hacia su persona, pero no le dio tiempo a reaccionar, pues justo en ese instante apareció Carlos acompañando a Salehe, quien se tapaba con un pañuelo limpio una brecha sangrante en la cabeza.

—¡Lo siento mucho, jefe Alonso! —dijo el guarda de seguridad mirándolo con arrepentimiento—. Me tendió una emboscada, golpeándome en la cabeza y dejándome inconsciente.

Al guía, un ramalazo de auténtico pánico le recorrió la espina dorsal, para alojarse a continuación en la base del cráneo. Giró la cabeza, recordando la dirección por la que había huido la última vez que la vio, pero a saber dónde podría encontrarse ahora. Y de golpe se le secó la boca al darse cuenta de lo que aquello suponía. Mojándose los labios con la lengua, se atrevió a hacer la pregunta que le quemaba en el pecho.

—¿Alguien sabe dónde está Noa?

Ninguno de los dos fue capaz de mirarlo a los ojos cuando negaron con la cabeza, y tragó saliva con dificultad, para después poner su mente a trabajar lo más rápidamente posible.

—Salehe, coge a unos pocos hombres y comprueba que no falte ningún vehículo. En el caso de que estén todos en su lugar, haz una búsqueda minuciosa por la zona este, y revisa cada cabaña una por una. Carlos, avisa a Asir y Pierre de lo que está ocurriendo y que te presten un arma. Comprobad cada hueco en el hotel y sus alrededores con discreción, no quiero alertar a los demás clientes y que cunda el pánico. Yo comprobaré la zona oeste pasando la valla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cayetana alertada por la situación, pero ninguno le prestó atención.

—¿Vas a ir solo? —inquirió su amigo.

Alonso asintió, mientras sacaba la pistola del cinturón que tenía colgado en la cadera y revisaba la munición en un gesto automático.

—Es menos terreno a cubrir por un solo hombre. Lo único que hay allí son los cobertizos y la nueva escuela-taller que están construyendo.

—¿Qué está sucediendo? —volvió a preguntar la mujer, con una nota de pánico en la voz.

—Hermano, es demasiado peligroso que vayas tú solo. Déjame que avise a Asir y yo mismo te acompaño.

—No hay tiempo, Carlos. Si la tiene en sus manos, no sé lo que... —No fue capaz de acabar la frase.

—¿Dónde está mi hija? —graznó Cayetana con el terror atenazándole el corazón—. Alonso, ¿dónde está mi pequeña?

Él cerró los ojos un instante para después enfrentarse a ella.

—Señora, es mejor que entre dentro con Carlos y se quede con los demás clientes. Le prometo que traeré de vuelta a su hija sana y salva.

—¿Cómo que sana y salva? —inquirió, negándose a creer lo que estaba

sucediendo. Entonces agarró por un brazo al guía cuando éste se disponía a marcharse de allí—. ¡Te exijo que me digas ahora mismo quién tiene a mi pequeña, Alonso! ¡No pienso ir a ningún sitio hasta saber dónde está Noa!

—¡No tengo tiempo para esto, doña Cayetana! ¡La vida de su hija corre peligro, y me está haciendo perder un tiempo muy valioso! —estalló, impaciente por sus reclamos, y dirigiéndose a su amigo le ordenó—: Llévala dentro y ponla a salvo con los demás. Y, si se resiste, enciérrala.

Carlos asintió con la cabeza y él se marchó a toda prisa de allí.

—¡¡¡No!!! ¡Alonso, no me puedes hacer esto! —gritó la mujer aterrorizada, luchando con los dos hombres que intentaban llevarla dentro—. ¡¡¡Alonso!!!

De repente, con una fuerza descomunal, que sólo la adrenalina y el amor de madre puede proveer, se zafó como pudo del agarre del guarda y del médico, para correr desesperada tras él.

—¡Camina! —ordenó el hombre empujando a Noa hacia el interior de la nueva construcción.

—¿Qué vas a hacerme? —interrogó ella muerta de miedo, aunque intentando disimularlo.

Éste se rió destilando maldad, mientras la apuntaba con el arma.

—¿De verdad quieres saberlo? —Y acercándose a ella, le acarició con el cañón de su arma la mandíbula, para ir bajando poco a poco hasta pararse en sus pechos, que subían y bajaban agitados por el pánico—. Porque por mi mente pasan muchas ideas con las que entretenerme. Aunque dudo mucho de que alguna de ellas te haga gracia —le confesó, deslizado el frío metal dentro de su ropa.

Ella alzó el mentón mordiendo el labio, para evitar que le temblara por el terror que estaba sintiendo.

—¿Por qué quieres hacerme daño si yo no te he hecho nada? —le preguntó, retándolo con la mirada.

—¿Que no me has hecho nada, zorra? —soltó indignado, agarrándola del cabello y tirando cruelmente de él hacia atrás—. No has hecho más que crear problemas desde que llegaste. Por tu culpa, el idiota de Derek perdió los papeles, consiguiendo que lo echaran. Y no me quedó más remedio que deshacerme de él cuando supe que la imbécil de Sofía iba a contarle todo en cuanto llegaran a Nairobi.

—¿Tú mataste a Derek? —inquirió abriendo un poco los ojos, llenos de espanto.

—¡Por supuesto! —señaló con orgullo—. Tuve que conducir toda la noche, pero merecí la pena sólo por ver la cara de ese patético yanqui cuando lo estrangulé con mis propias manos.

—¡Eres despreciable! —escupió Noa en un arranque de asco.

Él la golpeó con fuerza, tirándola al suelo.

—Ya cambiarás de opinión cuando me supliques por tu vida.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme? —preguntó con ira, mientras se limpiaba la sangre que manaba de su labio partido con el dorso de la mano—. No podrás ir muy lejos. Cuando Alonso se entere, irá a por ti y acabará contigo.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y soltó una enorme carcajada llena de desdén.

—Tu querido Alonso no tiene ni idea, estúpida. En estos momentos anda como una nenaza llorando por las esquinas, triste y desconsolado. Si la puta de Sofía hubiera hecho bien su trabajo como le ordené, ahora no estaríamos en esta situación. Sólo le pedí que lo sedujera, que lo apartara de ti mientras yo me encargaba del resto, pero ni eso fue capaz de hacer la muy inútil. Se salvó por los pelos, ¡porque te juro que me hubiera encantado ocuparme de ella también!

Noa lo miraba sin dar crédito. Ese hombre era un psicópata, y ella había estado compartiendo mesa a su lado sin sospechar nada en absoluto.

—¿Y de lo que tenías que encargarte era de matarme? —preguntó mientras se levantaba del suelo.

—¡Sí! —masculló molesto destilando desprecio, y acercándose a ella la agarró por el cuello con una mano—. ¡Sólo tenías que morirme, perra! Pero ese cabrón siempre llegaba a tiempo de salvarte. Pero hoy no voy a dejar tu suerte en las manos del destino. Me ocuparé personalmente de ti y de tu repugnante vida, y te aseguro que disfrutaré enormemente al hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Noa desconcertada, intentando desasirse de la mano que cada vez apretaba más fuerte para poder respirar—. ¿Qué te he hecho?

—¡Meter tus sucias narices en todo! —espetó mirándola con rabia—. Al principio creí que Alonso te iba a echar de un momento a otro, que no hacía falta que me preocupara porque ocuparas el sitio de Emilio. Pero no, tuviste que embaucarlo, que enamorarlo. El único blanquito decente aquí, al único que respetaba, y tú tuviste que corromperlo convirtiéndolo en un pelele en tus manos.

—¡Por... favor! —rogó Noa mientras se quedaba sin aire en los pulmones—. ¡No... no... puedo respirar...!

Y él la soltó para volver a golpearla y tirarla con fuerza de nuevo al suelo. De pronto, comenzó a pasearse mientras se frotaba la sien con el cañón de su arma, al mismo tiempo que empezó a murmurar para sí mismo.

—No puedo matarla con mis propias manos, sería demasiado evidente. Tiene que parecer un suicidio; al fin y al cabo, ya hay antecedentes en la familia. El plan es perfecto y no puedo salirme de él.

Sus ojos delirantes no se perdían ningún movimiento de Noa, y en ese mismo instante ella supo que estaba completamente loco. Asustada, tosió y se frotó la garganta, mientras el aire le quemaba al entrar en los pulmones. Un poco más y se hubiera desmayado por la falta de oxígeno.

Y carraspeó nerviosa, intentando ganar tiempo.

—Nadie se lo va a creer. Nadie se tragará que me he suicidado, y menos mi

madre.

—Ay, Noa, Noa, Noa —habló mientras se acercaba enseñando los dientes, con una sonrisa perversa de medio lado—. ¿Crees que soy tan estúpido como tú? Todo el mundo sabe que te llevas muy mal con tu madre. Y después de la discusión que habéis tenido esta noche, nadie dudará de tus motivos para suicidarte. —Acercó el cañón de su revólver para apoyarlo en su sien—. Y aunque así fuera, habrá tanta confusión y pánico cuando encuentren tu cuerpo, que será el momento adecuado para escabullirme y huir de aquí. Pero con mi venganza cumplida.

Ella cerró los ojos, consciente de que su tiempo había terminado, y por su mente pasaron los rostros de las personas a las que más amaba y que habían sido importantes en su vida. Y en último lugar, grabado a fuego en su corazón y en su alma, estaba él, Alonso. Sonrió sabiendo que al menos se iría feliz, pues esa *sexy* sonrisa, esos tiernos ojos, ese bello rostro, la acompañarían en su último suspiro.

—¡Apártate de ella, Shukrani! —le ordenó éste, apuntándolo con su pistola al entrar cautelosamente en la nueva edificación—. No quiero matarte, pero no dudaré en apretar el gatillo si no sueltas tu arma.

El *ranger* se quedó parado durante un segundo, sorprendido por la presencia del guía allí, pero enseguida recuperó el aplomo al saber que tenía la sartén por el mango.

—Sabes perfectamente que no me vas a hacer nada, Alonso, porque yo tampoco dudaré un segundo en apretar el gatillo y volarle la tapa de los sesos. ¿Podrás vivir con eso en tu conciencia?

Durante una milésima de segundo, los ojos de Alonso se encontraron con los de Noa, y ella, con lágrimas rodando por sus mejillas, el labio partido y el mentón hinchándose, angustiada, le susurraba que se fuera. Él entrecerró los ojos, jurando vengarse de su compañero por haberle puesto las manos encima.

—¡¡No!! —gritó Cayetana instantes después, entrando tras el guía—. ¡Por favor, te lo suplico, no le hagas daño a mi hija! Te daré lo que quieras, lo que me pidas, pero no le hagas daño... por favor... no le hagas daño a mi pequeña —imploró sollozando.

—¡Señora, tranquilícese! —masculló Alonso, maldiciendo por dentro su presencia allí.

—¡Mamá! —gimió Noa cuando la vio entrar—. ¡Mamá, vete, por favor! ¡Vete!

—¡Hija! ¡Mi vida! —exclamó Cayetana desesperada dirigiéndose hacia ella.

—¡No se mueva, señora! —amenazó el *ranger*, apuntando su arma a madre e hija alternativamente, a la vez que el guía, rápido en reflejos, le cortó el paso—. ¡No se mueva o le pego un tiro!

—Está bien... está bien, Shukrani —llamó su atención Alonso, alzando las manos en un gesto de rendición. Y, muy despacio, dejó su pistola en el suelo—. Déjalas marchar, amigo. Vamos a arreglar esto entre tú yo, ¿de acuerdo?

—Sabes que esto ya no tiene solución, Alonso —declaró volviendo a amenazar a Noa, cuando advirtió que su madre se quedaba paralizada sin dar un paso más, y él ya

no era un peligro—. Sabes tan bien como yo que no voy a salir vivo de aquí, pero al menos me llevaré a esta zorra conmigo.

—¡No! ¡No!, ¡espera! —y le dio un puntapié a su arma para lanzarla lejos, después de sopesar todas las opciones—. Déjalas ir y tómame a mí en su lugar.

—¡¡No!! —bramó fuera de sí, poniéndose detrás de ella y agarrándola con fuerza del pelo para izarla—. Todo es por culpa de esta perra malnacida. Desde que ha llegado no ha hecho más que dar problemas, y por su culpa lo he perdido todo. ¡Todo!

—¡No! ¡Escúchame... por favor, escúchame! —rogó intentando conservar la calma—. Noa es inocente, Shukrani. Fui yo el que empezó a sospechar que estaba ocurriendo algo extraño. La culpa fue mía por no pararle los pies antes, pero ella no tenía ni idea, créeme, ni idea.

—Oh, qué bonito echarte la culpa para que no la mate —señaló sonriendo con malicia—. Qué pena que no te crea. Tú has sido el único blanquito decente que he conocido que ha luchado por el bienestar de mi pueblo, hasta que esta furcia te sedujo y te corrompió. Lo único que esta gente quiere es beneficiarse de nuestro trabajo, de nuestras tierras y de nuestras mujeres, tratándonos como escoria. Creen que pueden venir aquí con sus aires de superioridad y pretenden que olvidemos todos los agravios y penalidades que hemos padecido y seguimos sufriendo por su culpa. Nos tratan con desprecio y asco, creyéndose todavía nuestros dueños y que aún somos sus esclavos. ¡Y tienen que pagar, ¿lo entiendes?, tienen que pagar!

—Es verdad, es cierto todo lo que dices —mintió el guía, en un vano intento por confundirlo mientras no apartaba los ojos de Noa, que se agarraba del pelo dolorida por los salvajes tirones. Y se juró que haría sufrir a ese cobarde malnacido por el daño que le estaba infligiendo, a la vez que levantó las manos en un gesto de calma, en tanto se acercaba muy despacio a ellos—. Pero Noa no es así, Shukrani. Ella ha intentado ayudaros. Se trajo a Jasira para salvarla de una muerte segura, y está construyendo una escuela-taller para ayudar a los niños más necesitados.

Y el *ranger* lanzó una carcajada rebosante de odio.

—Esta ramera es la peor de todos, Alonso —escupió con saña las palabras—. Se trajo a esa niña endemoniada aquí, en vez de dejarla morir como se merece. Flirteó con Derek hasta hacerle perder la razón, y gracias a ella tuve que matarlo. Por su culpa, Hadiya y su hija han escapado y afrentado a su familia. Ha conseguido que Asha se encame con ese monigote francés, y a ti te ha sorbido el seso hasta lograr manejarte a su antojo. Y no contenta con ello, desbarató todo mi plan para conseguir financiación y pagar las armas con las que mi pueblo se defiende de todos esos malditos blancos estúpidos. Todos y cada uno de esos presumidos petimetres deberían postrarse a nuestros pies, aprender de nosotros y de nuestra cultura. Nos tachan de salvajes, cuando son ellos los que no saben cuidar y respetar a sus mayores. No saben proteger a sus mujeres, ni cuidan y enseñan a sus propios hijos. Se ríen de las creencias de los demás, cuando los infieles e ignorantes son ellos. No entiendo

cómo, siendo tan débiles, son ellos los opresores y no los oprimidos.

Y, volviendo a pegar el arma a la sien de Noa, Shukrani arrojó su sentencia con palabras cargadas de rencor e inquina. En su mente disociada, la culpaba a ella y a toda persona blanca de los males de su pueblo; sin hacer diferencias, creía en su mente turbada que ella era la reencarnación del mismísimo Lucifer.

—Y las brujas como ésta son las peores y tienen que morir. Porque engañan a nuestras mujeres llenando sus cabezas de mentiras. Cuidan a los hijos del mal como suyos propios. Y hechizan a los hombres con sus encantos, despojándolos de inteligencia y tomando el control. Ellas son el cáncer de nuestra sociedad, de nuestras familias.

—¡No! ¡Eso no es cierto! ¡Mi niña es inocente! —profirió Cayetana muerta de miedo.

—¡Cállese! ¡Cállese, maldita puta, o le juro que le meto una bala en el pecho! —estalló el *ranger*, desquiciado.

—¡Mamá, por favor! —rogó Noa, sabiendo que con su miedo estaba llevando al límite al keniata, y además haciéndole un flaco favor—. ¡Por favor, vete!

Pero la mujer negaba con la cabeza, incapaz de abandonar a su hija. Alonso intentó otra vez distraer al *ranger* para ganar tiempo hasta que llegaran los demás, mientras que con el corazón en un puño rezaba para que el hombre entrara en razón.

—Escúchame, te propongo un trato. Suéltala y llévame contigo. Podemos coger un coche y salir de aquí sin ser vistos. Cuando lleguemos a donde tú quieras, te puedo dar dinero para que salgas del país. Nadie tiene por qué salir herido, Shukrani. Por favor, amigo, suéltala y cógeme a mí en su lugar.

Éste tardó unos segundos en barajar todas las posibilidades, hasta que vio unas luces acercándose deprisa y supo que no iba a ir a ningún lugar. Entonces acercó su cara al oído de Noa para susurrarle:

—Adiós, perra.

En ese instante, ella supo que, si no hacía algo, iba a morir, así que impulsó con fuerza su cabeza, sintiendo cientos de alfileres de dolor clavándose en su cráneo cuando tiró del pelo hacia delante para después despedirla hacia atrás y rebotar lo más fuerte posible y romperle la nariz. Shukrani aulló de dolor, y ella aprovechó ese momento para zafarse y escapar de sus garras. De pronto, dos disparos restallaron en el aire al unísono. Uno, el que disparó el keniata, que alcanzó a Noa en la cabeza, y el otro, el que asestó Alonso, que tuvo el tiempo justo para sacar el arma que tenía escondida en el tobillo, apuntar y disparar.

Y Cayetana, paralizada por el pánico y en estado de *shock*, contempló, como si de una película a cámara lenta se tratara, cómo su hija caía al suelo herida y Shukrani era abatido, con un disparo certero en medio de la frente.

—¡Nooo! —gritó Alonso embargado por el terror, al mismo tiempo que el corazón se le paraba en el pecho. Corrió al lado de Noa, para caer de rodillas y sujetarla entre sus brazos, mientras veía manar la sangre de su cabeza, tiñendo su cara

y su pelo de un color rubí intenso—. ¡No, no, no, no...! ¡Por favor, Noa...! ¡Por favor, mi amor, no me dejes! ¡Por favor, quédate conmigo!

Llorando y sobrecogido por el miedo más absoluto, la sacudió levemente para que despertara y abriera los ojos, pero ella no lo hizo. Entonces la estrechó más fuerte entre sus brazos, mientras la cubría de besos y se manchaba la cara y sus ropas con la sangre de la mujer a la que amaba.

—¡Por favor, mi vida! —sollozó fuera de sí—. ¡Te lo suplico, no me dejes! ¡Te lo suplico, mi amor...! ¡Quédate conmigo, Noa...! ¡Quédate conmigo!

Instantes después, entraron Carlos y los demás hombres, encontrándose con el panorama más desolador que habían visto nunca. En un lado, con sus manos tapando la boca, en estado de *shock* y una expresión de profundo padecimiento en el rostro, se encontraba Cayetana completamente paralizada. En el suelo, con los ojos abiertos y una extraña máscara de asombro en su semblante, se hallaba el cadáver de Shukrani. Y cerca de él, un Alonso absolutamente destrozado, llorando como un niño, con el cuerpo de Noa entre sus brazos, acunándola y susurrándole palabras inconexas de aliento, a la vez que, con ternura, le apartaba el pelo y la sangre que manchaba su rostro y le rogaba que no lo dejara solo.

El médico, desolado, se acercó a su amigo y se agachó para ayudarlo y llevarse el cuerpo de la mujer a la que amaba, pero él, fuera de sí, le gritó:

—¡No la toques! ¡No te atrevas a tocarla! —Y volviendo su mirada hacia Noa, susurró con dulzura mientras la estrechaba con más fuerza y sollozaba sin control—: Por favor, mi vida, no me dejes. No puedes irte, no puedes abandonarme así. Quédate conmigo, Noa. Quédate conmigo.

Carlos, abatido al ver todo aquel sufrimiento, bajó la cabeza mientras sus ojos se inundaban de lágrimas, sintiéndose un impotente espectador ante ese lúgubre y macabro instante de cámara del horror.

Pero de repente algo llamó la atención del médico, quien, extrañado, reparó en cómo la sangre de Noa seguía fluyendo de su herida, a pesar de que su corazón detenido ya no bombeaba.

—Espera un momento —y apresuradamente se quitó la camisa, para limpiar la sangre que tenía pegoteada en la sien derecha.

Pero Alonso, que todavía no pensaba con suficiente lucidez, le impedía que la tocara.

—¡Maldita sea, Alonso, déjame ver la herida! Creo que Noa todavía sigue viva.

—¡¿Qu-qué?! —preguntó confuso.

—Sigue sangrando con profusión. Eres médico y sabes que, si estuviera muerta, su corazón no bombearía y la sangre no correría tan deprisa.

Éste, regresando de su momentáneo estado desequilibrado, tendió a Noa con suavidad en el suelo, mientras Carlos buscaba la herida de bala en su cabeza y él se secaba las lágrimas. Pero no la encontró. Había estado completamente seguro de que la bala la había alcanzado. Alonso habría jurado sobre la tumba de su madre que

Shukrani no había errado el tiro. Limpiando con suavidad la zona, advirtieron que la bala le había rozado el lóbulo temporal, provocando una herida que sangraba con fluidez, pero que no era mortal.

—No... no puedo tomarle el pulso —confesó Alonso, quien no podía sentir nada más que su corazón retumbando en su interior.

Carlos colocó las puntas de los dedos índice y medio justo encima de la carótida y presionó ligeramente, sintiendo a continuación el pulso fuerte y estable de Noa debajo de ellos.

—¡Está viva! ¡Inconsciente, pero viva! —exclamó con una sonrisa tan brillante como aliviada.

Y no fue el único. Todos los demás hombres que habían llegado con él se acercaron para comprobar, alentados, que lo que decía era cierto. Cayetana empezó a recobrar la compostura cuando oyó débilmente, como en sueños, que su pequeña no había muerto.

—¿Noa? —farfulló aturdida.

Pierre, enjugándose las lágrimas, se acercó a ella para sujetarla, pues se tambaleaba confusa intentando acercarse a su preciosa niña, mientras Alonso se la llevaba en brazos.

—Venga conmigo, doña Cayetana —le indicó el chef amablemente—. Todavía hay esperanza. Su hija está viva, aún está viva.

Cayetana carraspeó para llamar la atención de Alonso sobre su pierna derecha, que no hacía más que temblar de forma nerviosa. Y él, cuando se dio cuenta, paró el tembleque compulsivo y se echó hacia delante en la silla para apoyar los codos en sus rodillas.

—¿Por qué no despierta? —preguntó la mujer por enésima vez.

—No lo sé —respondió de nuevo, armándose de paciencia.

Ambos se encontraban sentados, a cada lado respectivamente de la cama de Noa, esperando el momento en el que ella abriera los ojos, pero parecía que ese instante no iba a llegar nunca.

—¿No sería mejor llevarla a un hospital? —inquirió angustiada.

Y por ese mismo sentimiento que los dos compartían, Alonso respiró profundamente para intentar, por enésima vez también, explicarle a la mujer que sería un esfuerzo inútil.

—Como ya le he dicho antes, tanto Carlos como yo la hemos revisado a conciencia, y Noa no corre ningún peligro. Su respuesta a los estímulos externos es completamente normal, por lo que, a pesar de su conmoción cerebral por el leve impacto de la bala y el fuerte golpe que le propinó a Shukrani para romperle la nariz, no se encuentra en coma ni en ningún estado alterado fuera de lo establecido. Le garantizo doña Caye... —y ahí paró, al darse cuenta de que volvía a llamarla por su

nombre completo, cuando dos días antes le había rogado que la llamara por el nombre con el que se dirigían a ella su familia y amigos más allegados—. Perdón, Tana. — Cuando la mujer asintió complacida, él continuó—: Como le estaba diciendo, Tana, no creo necesario trasladarla. Si realmente lo necesitara, le aseguro que sería el primero que la llevaría a donde hiciera falta.

—Lo sé, Alonso, sólo es que no entiendo por qué no despierta. Lleva dos días así y me atormenta la posibilidad de que nunca lo haga.

—A veces el cuerpo necesita un reajuste después de recibir un impacto, tanto físico como emocional, muy fuerte. —Habló tanto para explicárselo a ella como para convencerse a sí mismo—. Es común que algunos pacientes entren en un estado de letargo o sueño profundo a modo de autodefensa, después de recibir un *shock* emocional de tal envergadura. Necesitan tiempo y descanso para asimilar todo lo que les ha ocurrido. Es nuestro modo natural de adaptarnos y no sufrir traumas posteriores.

—¿Crees que cuando despierte pueda sufrir algún tipo de amnesia, cambio de conducta o efecto secundario?

Alonso negó con la cabeza mientras soltaba un fuerte suspiro.

—No lo sé. Únicamente lo sabremos cuando llegue el momento, y hasta ese entonces sólo nos toca esperar.

Cayetana suspiró abatida, deseando que ese instante llegara pronto y, aunque no quería admitirlo, él también se encontraba ansioso por la misma preocupación. Se levantó impaciente, para acercarse a la parte de atrás del bungalow y salir a tomar un poco de aire fresco, mientras recordaba el horror de esos días pasados.

Su mente evocó imágenes ambiguas y confusas sobre lo que ocurrió después de descubrir que Noa aún seguía viva. Estaba tan alterado y nervioso que en un principio le costó ubicarse y tranquilizarse lo suficiente como para ayudar a Carlos. Pero, cuando vio que la herida y la situación no eran tan graves como habían supuesto, su corazón comenzó a latir a un ritmo normal. Curaron y cosieron su herida en el lóbulo temporal, después de comprobar que no había ninguna hemorragia interna o parte cerebral dañada. Sus constantes vitales eran fuertes y estables, y Alonso dio gracias a Dios por la suerte que había tenido. Si el *ranger*, cegado por el dolor al romperle la nariz, no hubiera fallado ese milímetro, ahora Noa estaría muerta.

Ni él ni su madre se movieron de su lado en ningún momento, esperando angustiados el instante en el que ella abriera los ojos, pero, después de varias horas, Alonso no pudo aguantar más y se ausentó unos minutos del lado de la mujer que amaba para resolver un asunto de extrema urgencia.

Cuando entró de golpe en la habitación de Vanesa, ésta se encontraba durmiendo a pierna suelta, convencida de que al día siguiente anunciarían el fallecimiento de la mujer a la que tanto odiaba. Pero, asustada y confusa, se despertó al oír entrar a alguien de esa forma tan impetuosa en su dormitorio.

—¿Alonso? —murmuró entre extrañada y sobresaltada, cuando vio al guía

encender las luces.

—¡Vístete! —bramó él, a la vez que buscaba su equipaje por la habitación.

—¿Qué ocurre? —inquirió asustada por su comportamiento y su cara desencajada por la ira.

Él no contestó, temeroso de hacer algo de lo cual pudiera arrepentirse después. Colocó las maletas encima de la cama, para a continuación meter de forma brusca las pertenencias que iba encontrando de ella.

—Alonso, ¿dime qué sucede? —preguntó alarmada saliendo de la cama.

El guía abrió el armario y retiró de una sola vez toda la ropa que tenía colgada, con perchas incluidas, para meterla en el equipaje de cualquier forma. Después entró en el baño y recogió todos los potingues que allí había, para guardar y cerrar por fin sus bártulos a presión.

—No entiendo —musitó confusa mientras observaba, incrédula, sus maniobras—. ¿Qué pasa, bebé?

De súbito, Alonso dejó lo que estaba haciendo para acercarse a ella de forma peligrosa. Aproximó su cara a la de Vanesa y, clavando sus ojos desquiciados, siseó:

—Nunca más vuelvas a llamarme así, ¿me oyes? ¡Jamás! Quiero que te vayas ahora mismo de aquí. No quiero volver a verte en lo que me resta de vida.

La morena abrió mucho los ojos, realmente sorprendida. En verdad no entendía qué era lo que estaba sucediendo ni qué había acontecido para que el guía le hablara así. Unas horas antes se había acostado feliz, porque, según sus últimas informaciones, la zorra de Noa se debatía entre la vida y la muerte. Y ahora Alonso la miraba con un odio y un asco tan profundos que hasta llegaron a asustarla.

—¿Por-por qué? —tartamudeó aturdida.

—¡¿Por qué?! —bramó, incrédulo por tanta desfachatez.

Y agarrándola con fuerza del brazo, la echó de la habitación, para instantes después sus pertenencias seguir el mismo destino.

—¿Y aún tienes la poca vergüenza de preguntarme por qué? —cuestionó asombrado. Llevó sus maletas por el pasillo, hasta llegar a la escalera y tirarlas rodando por ella, para después ir en su busca y conducirla a la fuerza y con decisión hasta la puerta principal.

—Me has engañado, mentido, manipulado, abusado de mi confianza y confabulado a mis espaldas, con la clara intención de separarme de la mujer que amo.

—¡Alonso! —exclamó al darse cuenta de que había sido descubierta—. ¡No es lo que tú piensas!

—Yo confiaba en ti, Vanesa —le reclamó dolido—. Hubiera puesto mis dos manos en el fuego por ti, y lo único que has hecho ha sido traicionarme.

—¡Por favor, déjame explicarte! —le rogó en un último intento de que no la echara de su vida—. ¡No sé qué es lo que te han dicho, pero no es cierto!

—¡Ni lo intentes! ¡Porque no te creo una maldita palabra, ¿entiendes?, ni una sola! Cometí el error más grande de mi vida confiando en ti, y te aseguro que nunca

más volveré a caer en él.

—¡Alonso, por favor! —sollozó impotente al advertir la expresión de desprecio en su rostro, y se agarró a él como el náufrago que lucha desesperadamente por no ahogarse—. ¡No lo entiendes! ¡Yo te quiero!

Éste separó sus manos, que como garras se sujetaban a su ropa en un inútil intento de asirse a lo imposible, para abrir la puerta y arrastrarla al exterior.

—¡Te lo suplico, Alonso, no me dejes! ¡Yo te quiero de verdad! ¡Por favor, mi amor, no me hagas esto!

Y tal cual estaba, en medio de la noche, descalza y en camisón, Alonso se separó de ella para terminar diciéndole:

—Yo no te dejo, Vanesa, porque para poder dejarte primero tendría que haberte tenido. Y nunca has sido lo suficientemente importante en mi vida como para que eso ocurriera.

Y haciéndole un gesto a Asir de que se ocupara de ella a partir de ese momento, se alejó de allí para no separarse de la mujer que sí era realmente importante para él.

—¿Noa? —llamó Cayetana al percibir un leve movimiento en su hija—. ¡Cariño!

Y esas palabras llenas de alivio y esperanza hicieron que Alonso volviera al presente para correr a su lado de inmediato.

—¿Mamá? —susurró confusa y desorientada.

—Sí, mi vida, aquí estoy, pequeña —respondió la mujer muy emocionada.

Noa abrió los ojos y enseguida se llevó las manos a ellos para taparlos, pues la luz le hacía daño.

—Tranquila, ahora mismo la quito —le indicó el guía acercándose a ella y apagando la lámpara más cercana, dejando la habitación medio en penumbras—. ¿Quieres un poco de agua?

—Sí, por favor. —Y cuando le acercó el vaso con agua fresca, ella lo bebió sedienta.

—Despacio, Noa, no quiero que te atragantes.

—Gracias —le dijo devolviéndoselo vacío, y al mismo tiempo se llevó una mano a la cabeza.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Cayetana, inquieta por ese gesto de dolor.

—Sí, sí, estoy bien.

—¿Te duele la cabeza? —indagó Alonso mientras se sentaba a su lado en la cama, le agarraba con cuidado el mentón y revisaba con una lámpara de bolsillo sus reflejos pupilares.

—Como si me hubiera pasado un camión por encima.

—¿Sientes náuseas?

—No.

—¿Mareos?, ¿vista borrosa?

—No, tampoco.

—¿Zumbido en los oídos?

—Ajá, eso sí.

—¿Mal sabor de boca?

—Como si acabara de comerme unos testículos de mono.

Sus miradas se encontraron, y él sonrió entre aliviado y divertido.

—Veo que al menos no has perdido la memoria.

—Para mí desgracia.

Él desvió la suya, pues se sentía culpable de todo por lo que había pasado. Si no hubiese intentado tenderle una trampa a Shukrani, nada de aquello hubiera sucedido. Entonces se levantó para acercarse a su mochila y buscar unos calmantes.

—Tómame esto, te aliviará el dolor de cabeza.

—Gracias.

Cayetana, preocupada, aprovechó para preguntarle:

—¿Cómo está?

—Tranquila, Tana, tu hija aún va a dar mucha guerra.

—Gracias a Dios —susurró la mujer, agradecida y reconfortada.

—Ahora lo que necesita es descansar —sugirió Alonso.

—Quiero quedarme con ella —afirmó la madre, decidida—. No voy a dejarla sola.

Asintió muy serio, comprendiendo y a la vez deseando poder ser él quien velara por su sueño. Pero entendía que ella era su madre, y era lógica y comprensible su solicitud.

—Está bien —aceptó—, pero recuerde que necesita descansar. Y si surge cualquier imprevisto, estoy en la cabaña de al lado.

—Sí, lo recordaré. No te preocupes, Alonso, cuidaré muy bien de ella.

—Necesito ir al baño —pidió Noa con urgencia.

—Sí, mi niña, ahora te llevo.

Y se acercó solícita para ayudarla a salir de la cama, en tanto que él las observaba con cierto recelo, hasta que comprobó por sí mismo que la estabilidad de Noa era la adecuada y no corría peligro de caerse. Y, a regañadientes, se marchó.

—¿De verdad que vas a ser mi enfermera? —le preguntó sorprendida mientras la ayudaba a llegar al inodoro.

—Por supuesto, que no te quepa la menor duda.

Noa la observó con detenimiento, pues algo en ella había cambiado. Se la veía un poco más vieja, como si los años se le hubieran echado encima después de ese penoso acontecimiento que habían vivido. Pero había algo más. Un brillo especial en su mirada, la desaparición de ese perpetuo rictus de amargura en su rostro, transformado por uno de relajación y de paz. Algo ajeno a ella, y que de momento no lograba entender, había alterado a su madre, sintiéndola en ese momento distinta, como renovada. Y se preguntó qué había sucedido para lograr ese cambio. Un cambio, por

cierto, que ella sentía en su fuero interno que era positivo. Muy positivo.

—¿Tana? —interrogó perpleja—. ¿Desde cuándo te llama Tana?

Su madre se encogió de hombros.

—Han pasado muchas cosas, cariño, y ya habrá tiempo de contártelo todo.

—¿Pero...?

—Nada de peros. Ya has oído al médico, necesitas descansar —le ordenó con firmeza—. Cuando te encuentres mejor, tú y yo vamos a mantener una seria conversación, porque a partir de ahora las cosas van a cambiar, Noa. Y mucho, además.

—¡Mamá! —protestó de forma infantil.

—A la cama, ¡ya!

—¡Madre mía!, ¡lo que me faltaba ahora! —rezongó poniendo los ojos en blanco.

Capítulo 33

Al día siguiente, Noa amaneció algo más animada, pues, aunque le seguía doliendo la cabeza, el malestar no era tan fuerte como el día anterior, y el endiablado zumbido que a punto había estado de volverla loca había desaparecido.

El primero en llegar a verla fue Alonso, que inmensamente aliviado comprobó que todo iba según lo previsto. Le dio saludos de parte de Carlos, con el que había hablado por radio la noche anterior, informándola de que no se había olvidado del baile que le debía y de que, cuando llegara, tenía una respuesta preparada para su propuesta, que le daría personalmente.

Después de él, pasaron poco a poco por el bungalow todos y cada uno de los empleados del *resort*, para comprobar por ellos mismos que realmente se encontraba bien. Noa, conmovida por tantas muestras de cariño, le agradeció a cada uno las molestias que se habían tomado, cogiéndole completamente por sorpresa cuando su madre después le contó que era lo que llevaban haciendo desde hacía tres días.

Su turbación fue aún a mayores cuando apareció Asha con Jasira en brazos, seguidas de Hadiya y su hija. Primero se comió a besos a su pequeña princesa, para después fundirse en un cariñoso y sentido abrazo con su amiga más querida, momento que su madre aprovechó para dejarlas a solas e irse a descansar un poco.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó su ayudante, preocupada.

—Bien, Asha. Me duele un poco la cabeza, pero estoy mejor —contestó tocándose con cautela el apósito que tenía encima de la sien.

—Nos distes un buen susto a todos —confesó ésta con evidentes signos de emoción—. Por un instante creímos que te habíamos perdido.

—Bueno, ya sabes que soy muy cabeza dura.

—Eso es verdad —respondió Hadiya sentándose a su lado, después de dejar a las dos niñas jugando en el suelo.

Y las tres sonrieron aliviadas.

—Pero hay algo que me desconcierta —comentó intrigada—. ¿Desde cuándo mi madre se lleva tan bien con Alonso?

Ambas hermanas se miraron, dedicándose una secreta sonrisa de complicidad.

—Bueno, han cambiado algunas cosas por aquí.

—¿Como cuáles?

—Tanto tu madre como Alonso han sufrido más que nadie por lo que te pasó y creo que eso, de alguna manera, los ha unido.

—¿En serio? —preguntó impresionada.

—Sí —asintió Hadiya.

Y entre las dos le contaron todo lo que sabían de ese espantoso momento en el cual la habían creído muerta, gracias a lo que Carlos les había explicado.

—¡Vaya! —exclamó sobrecogida.

—Desde ese instante, ninguno de los dos se separó de tu lado hasta que despertaste —comentó Asha sonriendo—. Pero todavía hay más.

Noa la miró perpleja, asimilando aún la información anterior, e hizo un gesto con la cabeza para que continuara.

—¿A que no sabes a quién echaron a patadas en medio de la noche, casi desnuda y descalza?

—No, ¿a quién?

—A la Vibonesa —respondió Hadiya.

La convaleciente las miró a ambas con desconcierto.

—A Vanesa —aclaró su ayudante.

Y Noa abrió la boca, asombrada por sus palabras.

—¿Por qué?

—Porque Alonso se enteró de todo lo que hizo, y la echó de aquí a patadas como a la perra mala que es —le informó indignada—. Le estuvo mintiendo y manipulando todo el tiempo, hasta conseguir separaros. Fue ella quien le dijo que te había visto engañándolo con Pierre. ¡Con Pierre!, ¿te lo imaginas? —declaró muy molesta—. E insinuó que, tanto tú como mi prometido, estabais juntos. También intentó ponerte en contra a Carlos, al mentir sobre que le hacías la vida imposible a Alonso.

—Y después le dijo a mi madre que él sólo estaba interesado en mi dinero —murmuró recordando las palabras de Cayetana.

—¡Exacto! Durante todo este tiempo estuvo intrigando a nuestras espaldas, y nadie se dio cuenta de ello salvo Carlos. Él empezó a sospechar cuando advirtió que tú no eras esa mala persona que ella iba pregonando, y que la historia no cuadraba con lo que Vanesa iba vendiendo.

Todo empezaba a encajar y las piezas se ensamblaban perfectamente. Y en cierta medida supuso un alivio, pues Alonso había tenido motivos para desconfiar de ella. Inventados y manipulados, cierto, pero al menos ahora sabía toda la verdad, y había tomado medidas sobre ello. Pero empezó a enfadarse por todo el daño que había hecho esa mujer, y el dolor innecesario que había causado por su culpa.

—Será hija de...

—Víbora —saltó Hadiya, haciendo un gesto hacia las niñas—. Víbora más Vanesa, Vibonesa.

—Tienes razón, es una hija de Vibonesa de manual —rectificó, entendiendo que ahora tendría que cuidar más su lenguaje estando las pequeñas presentes—. Pero tuvo lo que se merecía. Qué pena no haber estado ahí para verlo.

—¡Quita, quita! Yo lo vi todo a hurtadillas, y fue tan penoso que te hubieran dado arcadas —comentó Asha poniendo una mueca de asco—. No sabía que las víboras pudieran ser tan arrastradas.

Y las tres se echaron a reír, aunque Noa se llevó la mano a la sien, por el dolor punzante que sentía en la cabeza. Después de comer, la dejaron para que descansara

un poco y se echara una merecida siesta, detalle que ella agradeció de corazón. Se tomó nuevamente unos calmantes, y se quedó dormida con una leve sonrisa de felicidad al recordar todo lo que sus amigas le habían contado. Y, por primera vez en mucho tiempo, pudo dormir sin tener pesadillas.

Horas más tarde, se despertó y se encontró con su madre sentada cerca de su cama leyendo un libro. Pasaron la tarde charlando tranquilas, cuando minutos después llegaron sus amigas para hacerles compañía.

El día siguiente transcurrió igual que el anterior, con la única diferencia de que Noa se encontraba mucho mejor, pero su madre le prohibió levantarse de la cama. Protestó y refunfuñó, pero consintió por no seguir discutiendo con su progenitora. Hecho que no permitió al día siguiente, pues, a pesar de las protestas, se levantó de la cama cansada de seguir allí, alegando que ya no le dolía nada, sólo algún punzante pinchazo de vez en cuando en la sien.

Después de cenar, se encontraban las dos sentadas en la pequeña terraza de la parte de atrás del bungalow, cuando en el horizonte observaron el destello de un relámpago lejano. Noa, inconscientemente, sonrió cuando los recuerdos llegaron a su mente.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó Cayetana, intrigada.

Ella negó suavemente con la cabeza, a la vez que sus ojos brillaron al recordar.

—Sólo me estaba acordando de mi llegada aquí, y de la primera vez que vi a Alonso. —Y se ruborizó intensamente al recordar la noche que pasaron juntos en el safari, pero obvió esa información—. Nos pilló una tormenta por el camino.

Cayetana recordó cuando Asha les había contado esa anécdota y carraspeó incómoda en su asiento, movimiento que no pasó desapercibido para su hija.

—¿Qué pasa, mamá?

—Verás, tengo que reconocer que estaba equivocada con él. En estos días me he dado cuenta de que la opinión que tenía de Alonso era completamente errada. —Y mirándola con turbación, confesó—: Tenías razón, Alonso es un buen hombre.

—Lo sé —contestó sin ninguna acritud.

—Cariño, yo... —comenzó a hablar la mujer, sin saber muy bien por dónde empezar, y tragó saliva cuando su hija la miró de frente, con una sonrisa franca y abierta.

—Todo está bien, mamá. Me gustaría que empezáramos de cero las dos, que dejáramos todos nuestro reproches y desconfianzas atrás, ¿tú qué dices?

Ella asintió con vigor, mientras las lágrimas acudían a sus ojos.

—Pero antes quiero pedirte perdón —declaró con la barbilla trémula por la emoción.

—No hace falta.

—Sí, sí hace falta, mi niña —le dijo con los ojos empañados—. Quiero pedirte

perdón por todo el daño que te he hecho, y por el bofetón del otro día. Nunca debí hacerlo.

—Me lo tenía completamente merecido —reconoció abatida—. Esa noche te dije cosas horribles, de las cuales me arrepiento.

Cayetana la miró con ternura y tristeza a la vez.

—Las dos nos hemos hecho daño, ¿verdad?

Y ella asintió arrepentida, a la vez que su madre se aclaraba la garganta para deshacer el nudo que tenía en ella.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste si yo era feliz?

Noa asintió de nuevo, comprendiendo que al fin había llegado el momento de mantener esa conversación tanto tiempo atrasada entre su madre y ella.

—Pues ahora puedo contestarte que no. Yo tampoco soy feliz, hija. Hace muchos años, durante un breve espacio de tiempo, lo fui, pero me negaron esa posibilidad y ya no he vuelto a serlo. Y lo que más me entristece es que yo he cometido los mismos errores que cometieron conmigo. Influida por el miedo, he conseguido que mis propios hijos sean tan desgraciados como yo, y eso es algo que no podré perdonarme nunca.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad, y se apresuró a matizar cuando su madre la miró sin comprender—. Me refiero a por qué te negaron la posibilidad de ser feliz.

Cayetana tragó saliva de nuevo y miró al frente, mientras se arropaba con la suave manta al recorrerla un escalofrío por la columna vertebral, en tanto otro rayo cruzaba el horizonte.

—Queramos o no, cariño, el apellido de nuestra familia siempre ha pesado como una losa en nuestras vidas. Ahora las cosas han cambiado mucho, pero en mi juventud éramos criados con una educación muy estricta. Papá era más condescendiente, pero mi madre era una mujer rígida y severa, una mujer de la vieja escuela. Supongo que como ahora debo parecerlo yo.

Y trazó una triste mueca que a Noa le rompió el corazón.

—Aunque, para ser justos, ella fue criada y educada para ser así. Y si no llega a ser por tu abuela, la ruina y el escándalo hubieran desolado nuestro buen nombre mucho antes, ya que mi padre era un bala perdida que no tenía ningún olfato ni aptitudes para los negocios, y nos estaba llevando a la bancarrota económica.

Y Cayetana suspiró con pesar al recordar aquellos tiempos.

—Cuando conocí a Julián, yo sólo tenía diecisiete años y me enamoré de él al instante. Él era apenas tres años mayor que yo, y era el hombre más guapo y amable que había conocido nunca. El problema era que también era el hijo de nuestro nuevo chófer. Y aunque a mí y a él no nos importaban nuestros orígenes, ése sería un detalle importante y crucial para mi familia. Durante un tiempo, conseguimos mantener nuestro amor en secreto, pero, cuando tus abuelos se enteraron, despidieron a su padre y lograron separarnos. Al principio me rebelé contra ellos, incluso llegamos a plantearnos la opción de fugarnos juntos, pero finalmente consiguieron que nos

dejáramos de ver. Su ascendencia humilde pesaba más que el amor que nos unía y sentíamos el uno por el otro. Mis padres no podían permitir que emparentáramos con un humilde trabajador de clase social muy inferior a la nuestra.

—¿Cómo? —preguntó horrorizada al enterarse de esa parte de la historia familiar que desconocía.

—Me amenazaron con pedir favores a sus contactos y meterlo en la cárcel por algún delito menor, consiguiendo con ello destrozarle la vida. Sabía perfectamente que tus abuelos podían conseguir eso y mucho más, y yo no podía permitirlo, así que no me quedó más remedio que renunciar a él.

Ahora su madre ya no disimilaba el dolor que sentía, dejando correr las lágrimas por su rostro impunemente, y Noa sólo pudo sentir compasión por ella.

—Lo siento mucho, mamá.

—Tú no tienes la culpa, mi niña —respondió mirándola con dulzura y secándose las gotas saladas con una esquina de la manta—. A veces la vida es muy injusta, pero no puedo quejarme, ya que me compensó dándome dos hijos maravillosos.

Y su hija, conmovida, se acercó a ella para que la abrazara, reposando su cabeza en el pecho, muy cerca de su corazón. Y Cayetana la besó con ternura, llena de un amor infinito, ese que sólo una madre puede sentir por un ser nacido de sus entrañas.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó, ávida por conocer la historia de su madre.

—Por aquel entonces mi padre ya conocía a Diego. A Isidro, tu abuelo paterno, le había ido bien en el negocio, y su hijo ya despuntaba como un tiburón muy ambicioso en el mercado y las transacciones comerciales. Por eso, al poco tiempo de empezar a trabajar en la empresa familiar, los beneficios habían crecido de forma exponencial, ganándose una merecida fama entre las personalidades bursátiles de Valencia. Pero a Diego no le bastaba con eso, él quería más. Quería el respeto, el honor y el poder que no se puede pagar con dinero, y que sólo lo puede dar un buen apellido. Así que, siendo conocedor de los problemas económicos por los que estaba pasando mi familia, llegó a un acuerdo con mis padres y concertaron mi matrimonio con él.

—¡Te vendieron! —afirmó Noa, levantándose atónita ante esa confesión.

Y comenzó a ver con otros ojos no sólo a su madre, sino también a sus abuelos, con una imagen completamente alejada de la realidad que ellos quisieron vender.

—No sé si podríamos llamarlo así —rebatía su madre reticente—. Cariño, tienes que tener en cuenta que era otra época, y que ese tipo de convenio era lo normal entre las familias de bien. Yo era su única hija, y la que tenía que salvarlos de la ruina y el escándalo.

—Mamá, no intentes disfrazarlo: que no estuviera mal visto no implica que fuera correcto. Un acuerdo es un acuerdo y, si dentro de ese convenio se incluye un aporte monetario, se le llama contrato de compraventa. Ergo, compraron su salvación vendiéndote a ti.

Cayetana, avergonzada, bajó la mirada al no poder refutar esa conclusión, pues en su fuero interno pensaba exactamente igual.

—No tenían otra opción —murmuró, intentando inútilmente proteger de alguna manera el recuerdo de sus padres, pues para ella era duro reconocer que no lo habían hecho bien.

—Mamá, siempre hay opciones. —Y de pronto se llevó las manos a la boca, para susurrar a continuación—. Intentó hacer lo mismo conmigo. Papá me manipuló para que, sin yo saberlo, me vendiera a Francisco.

—Yo lo desconocía, cielo —se apresuró a aclarar su madre—. Te juro por tu hermano que yo no sabía lo que estaban tramando. Me enteré después de que Dani... —No pudo terminar la frase al recordar a su adorado hijo muerto.

—Te creo, mamá.

—Si yo no hubiese estado tan ciega, si hubiera sido mejor madre, nada de eso habría sucedido y tu hermano estaría todavía con nosotros —se culpó amargamente.

—Tú no tienes la culpa —le dijo atribuyéndose toda la falta—. En realidad, la culpa fue mía por haberle dicho todas aquellas barbaridades. Si yo no hubiese sido tan dura y arrogante con él, si no lo hubiese llevado tan al límite, Dani jamás se habría metido tanta cantidad de cocaína esa noche.

Luego ambas se quedaron calladas durante un largo rato, sumidas en su dolor. Tan arraigada y asumida tenían la culpa, que ninguna de las dos pensó en la posibilidad de que las faltas fueran de otro, y no de ellas.

—¿Tú sabías que se drogaba? —intervino Cayetana sin un atisbo de reproche en su pregunta.

A Noa se le hizo un nudo en la garganta, y sólo pudo asentir, hasta que consiguió reunir valor para hablar.

—Ése fue otro gran error que cometí. Supe que era un adicto en cuanto dijo que él podría dejarlo cuando quisiera, que lo tenía controlado. Intenté por todos los medios que recibiera ayuda, pero ya conoces a Dani, él es... era muy cabezota.

Cayetana asintió.

—Es un defecto de familia.

—Pero debería haber hecho más, mamá —reconoció, embargándola la desolación—. Debí imponerme, amenazarlo, hacer lo que fuera preciso para que se curara, para que pidiera ayuda. Pero yo... —Y comenzó a llorar, abatida—. Yo quise creer que él estaba bien, que a mi hermano nunca le pasaría nada, que siempre estaría conmigo, que eso sólo le ocurría a los demás, pero no a nosotros. No a Dani. —Y sollozó, carcomida por el pasado, que todavía la perseguía como un perro de presa que no deja escapar su captura—. Fui una estúpida, una engreída y una cobarde. Tenía tanto miedo. Miedo al qué dirán, al escándalo que supondría que se supiera que mi hermano era un adicto, miedo a la decepción que os causaría tanto a ti como a papá enteraros de ello, miedo al fracaso de no haber sido una buena hermana.

—Cariño —musitó su madre acogiéndola otra vez entre sus brazos y proporcionándole el consuelo que tanto necesitaba—. Para mí, mis hijos nunca nunca seréis una decepción.

—Pero por mi culpa ahora no está con nosotros —continuó hablando con una inmensa tristeza—. Ahora no podré ver su pícara sonrisa como cuando me hacía una broma, no podré oler su perfume como cuando me abrazaba para pedirme perdón, o cuando me guiñaba un ojo queriendo decir que todo estaba bien. Todavía tengo la sensación de que va a aparecer en cualquier momento, mamá. Aún puedo escuchar su risa y sentir su presencia más que nunca. Sueño con Dani todas las noches, y hablo con él como si nunca se hubiera ido.

—Lo sé, mi vida. Yo también lo siento muy cerca —confesó, compartiendo por primera vez esa pena con alguien—. Hay noches en las que abro los ojos y me está mirando sentado en el borde de la cama, con esa sonrisa de medio lado que yo adoraba tanto de él. Me mira con una paz en el rostro que nunca le había visto antes. Y deseo poder tenerlo en mis brazos una vez más, para decirle lo mucho que lo quiero, lo mucho que lo echo de menos. Hasta que me incorporo para darme cuenta de que allí no hay nadie. Y eso me rompe en dos.

Y Noa se irguió para mirar a su madre con el corazón en un puño y el alma desgarrada.

—Lo siento tanto, mamá —gimió, sobrecogida por el dolor—. Perdóname, por favor. Perdóname.

—¡No hija, te equivocas! —declaró Cayetana con firmeza, agarrando su cara con ambas manos—. Tú no tienes la culpa de nada, cariño; tu hermano era un hombre hecho y derecho, que tomó sus propias decisiones. Y si de algo me he dado cuenta estando aquí es de que todos tenemos nuestros propios demonios a los que enfrentarnos, y que cada uno tiene que encontrar su propio valor para afrontarlos de cara. Yo también estoy cansada de tener miedo, Noa; estoy cansada de no poder respirar, de sentirme atrapada en esta mentira que es mi vida. Y cuando estuve a punto de perderte a ti también, me percaté de que de nada sirve esconderse, que el hacerlo sólo trae dolor... que lo único que realmente me importa en esta vida eres tú. Y ya no quiero seguir sufriendo, mi amor. Se acabó el mirar para otro lado y dejar que otros se impongan a mis deseos. Tú me has enseñado a ser valiente, mi niña, y luchar por lo que quiero, y es lo que pienso hacer a partir de ahora.

—¿Qué... qué quieres decir? —preguntó secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Y su madre la miró con una seriedad y una determinación que nunca antes había visto.

—He tomado una decisión que va a cambiar nuestras vidas, sobre todo la mía —le confesó, enjugándose ella también las lágrimas del rostro y emborronándose el maquillaje al hacerlo—. Es una decisión que debería haber tomado hace mucho tiempo, pero que, por miedo, no la llevé a cabo. Pero ahora estoy decidida a hacerlo, ya no me importa el qué dirán, sólo me importas tú. —Y con una expresión de esperanza, terminó—: Voy a dejar a tu padre, Noa. Voy a pedirle el divorcio. Quiero recuperar mi vida y, si me dejas, quiero recuperarte a ti también.

Ésta, exultante, se abrazó a ella entre sollozos de emoción y risas de alegría.

—A mí nunca me has perdido, mamá —confesó alborozada—. Es cierto que me sacabas un poquito de quicio, pero en el fondo eres mi madre, y eso no puede cambiarlo nada ni nadie.

—¿Un poquito sólo? —preguntó, inmensamente aliviada al escuchar esas palabras de su hija.

—Bueno, bastante, para ser sincera —reconoció al final—. Pero ya está todo olvidado. Como te dije antes, quiero hacer borrón y cuenta nueva y empezar de cero.

—Gracias, cariño —respondió con la emoción a flor de piel, y con bastante vergüenza por haber expuesto de esa manera sus angustias y preocupaciones—. En la vida había llorado tanto —admitió turbada—. Bueno, sí lo había hecho, pero no delante de nadie.

—¿A que sienta bien?

—La verdad es que sí —concedió sonriendo con timidez.

Pero Noa todavía seguía confundida, al no comprender por qué su madre había aguantado durante tanto tiempo.

—Lo que no entiendo es por qué no tomaste la decisión de dejar a papá mucho antes. Tanto Dani como yo sabíamos que no erais felices desde hacía muchos años. Sobre todo, cuando de pequeños nos enteramos de que los padres dormían juntos y vosotros no lo hacíais.

Cayetana volvió a ponerse seria para responder a esa pregunta, a la vez que la lluvia, que ya había llegado, descargaba con fuerza en el exterior.

—Al principio por miedo y después... —Y se encogió de hombros—. Supongo que después por falta de autoestima y por no querer salir de mi zona de confort.

—Miedo, ¿a qué? —inquirió confusa.

—Cuando me casé con tu padre, yo no lo hice enamorada, pero, en mi ingenuidad, creí que él sentía algo por mí. Al principio Diego era amable conmigo, me trataba bien, e incluso demostró tenerme cariño. Así pues, como una tonta creí que podría olvidar a Julián y enamorarme de él. —Y se hizo un silencio mientras se mojaba los labios con la lengua—. Hasta que me quedé embarazada. Cuando tuve a tu hermano, él ya había conseguido lo que quería, que era mantenerme atada a su lado y no poder conseguir la nulidad matrimonial. Así que, desde ese instante, comenzó a tratarme con frialdad y condescendencia, haciéndome sentir poca cosa a su lado. Aun así, intenté por todos los medios recuperar mi matrimonio, instigada por supuesto por mi madre, y por su miedo al escándalo y las habladurías. Y me quedé embarazada de ti. Pero todo fue a peor. Diego cada vez me trataba con más desprecio, y sus desplantes eran continuos, pero siempre en privado. Delante de todo el mundo éramos la pareja perfecta, el matrimonio ideal, y fingir se hizo parte de mi día a día. Yo era muy desgraciada, pero en aquellos tiempos el divorcio era algo impensable; tu abuela me hubiera matado sólo de proponérselo. Así que no me quedó más remedio que callar y simular. Aparentar delante de todo el mundo que tenía una vida ideal.

Noa no daba crédito a la magnitud del egoísmo de su padre, y se sintió mal por no haber sospechado en ningún momento el calvario por el que estaba pasando su madre. Había estado tan sumida en su propia pena que no había sido consciente del dolor que la ambición y la codicia de su progenitor podían causar a los que lo rodeaban. Y advirtió cómo su madre, avergonzada, bajaba la cabeza para seguir hablando.

—La casualidad hizo que, al poco tiempo de tenerte, coincidiera nuevamente con el amor de mi vida, con Julián. Ahí me enteré de que no se había casado, porque durante todos aquellos años no había podido olvidarme, al igual que yo tampoco pude olvidarme de él.

En ese momento Cayetana se quedó callada, sin tener la valentía de seguir hablando, e inconscientemente comenzó a eliminar invisibles pelusas de la manta, producidas por los nervios de lo que tenía que confesarle a continuación.

—Y tuviste una aventura con él —confirmó Noa al ver que su madre no tenía valor.

Ésta elevó la cabeza con rapidez, para volver a bajarla completamente abochornada y asentir con ella.

—Nunca fue mi intención serle infiel a tu padre, pero...

—Lo entiendo, mamá. No te culpo por buscar la felicidad en los brazos del hombre que realmente amabas.

Tras morderse el labio, la mujer continuó.

—Pero Diego, al poco tiempo, se enteró. Y a pesar de que él me era infiel con multitud de mujeres, me amenazó con contarlo al mundo entero y quitarme vuestra custodia, negándome la posibilidad de poder volver a veros nunca más si no acababa mi relación ilícita con Julián. Adujo que yo era una perdida, y que lo había estado engañando desde siempre, haciéndolo un cornudo y dudando incluso de que vosotros fuerais hijos suyos.

—Por tanto, volviste a dejarlo —continuó Noa, entendiendo la situación—. Antepusiste a tus hijos a estar con el hombre de tu vida.

—Sí —contestó mientras otra lágrima más recorría su rostro avergonzado, y caía sobre la tela cálida y suave—. Y no creo que pueda volver a perdonarme. Le hice mucho daño, ¿sabes? Julián quería que lucháramos juntos por ti y por tu hermano, pero yo tenía demasiado miedo y lo aparté de mi vida de nuevo.

—¿Has vuelto a saber algo más de él desde entonces?

Su madre negó con la cabeza, completamente apesadumbrada.

—Tu padre empezó a hacerme la vida imposible desde aquel momento. Me tenía vigilada e intimidada, con la amenaza de contarlo a la prensa y pedir las pruebas de paternidad. Aquello habría sido un auténtico escándalo, y habría acabado con la vida de tu abuela. Además de que siempre seríais, tanto tú como Daniel, señalados con el dedo como bastardos a pesar de que todo fuera mentira. Le dije un millón de veces que si quería estar completamente seguro de que erais sus hijos legítimos, se hiciera

las pruebas de paternidad en la intimidad de nuestro hogar, pero Diego nunca aceptó. Tiempo después entendí que a tu padre realmente no le interesaba saber la verdad, simplemente era otra manera de tenerme manipulada y sumisa, para poder hacer lo que le viniera en gana.

—Es una pena.

Cayetana la miró extrañada.

—¿El qué es una pena, cariño?

—Que no seamos hijos de Julián.

Y su madre sonrió aliviada de que no la juzgara y comprendiera su postura, sintiendo a su hija más cercana a ella de lo que lo había estado nunca. Aunque, por otro lado, la aflicción hizo mella en ella al darse cuenta de todo el tiempo perdido y la amargura padecida por no haber tenido el valor de contárselo antes. Por haber sido tan cobarde.

—Sí, es una verdadera pena —comentó con tristeza—. Sé con seguridad que os hubierais llevado muy bien.

—Yo también lo creo —coincidió Noa, ahora que comprendía toda la tortura y agonía por la que había pasado su madre.

Por fin podía perdonarla de corazón, pues la entendía como hija y, sobre todo, como mujer. Ahora se explicaba toda esa amargura y tristeza que la acompañaban desde que tenía uso de razón, y el infierno que había sido su vida al lado de su padre. Y se sintió horrible por las veces que había pensado mal de ella.

—Lo siento mucho, mamá. Siento lo mal que te lo he hecho pasar todos estos años. Me arrepiento de todas las cosas que he pensado y he dicho de ti, y de mi penoso comportamiento contigo.

—No, mi vida, yo he tenido mucha parte de culpa por no haber sido sincera contigo, por tener tanto miedo y no luchar por lo que quería. Tuve que perder a un hijo y estar a punto de perder a otro para darme cuenta de lo que realmente vale la pena en esta vida. Pero, sobre todo, tú me has enseñado a ser valiente, Noa, a ser honesta conmigo misma, a reconocer a las personas por su valía, y que el cariño y el amor sincero son mucho más importantes que una vida vacía de ellos. Y te envidio, cielo, te envidio porque has sabido encontrar tu lugar en la vida, rodeada de gente a la que realmente le importas, y un hombre que te ama sinceramente.

Y agarró con firmeza las dos manos de su hija, que la miraba con una expresión de absoluto agradecimiento.

—Tienes suerte, hija, tienes mucha suerte porque puedes decir con la cabeza muy alta que al menos hay dos personas en este mundo que darían la vida por ti. Una soy yo, y la otra es Alonso. Ese hombre al que yo despreciaba me demostró que daría la vida por ti sin pensárselo dos veces. Y fui testigo del sufrimiento que lo poseyó cuando creía que estabas muerta, y de la agonía que lo turbaba mientras esperábamos a que despertaras.

—Mamá... —gimoteó emocionada.

—Alonso te ama profundamente, cariño, y la verdad es que no sé qué demonios estás haciendo todavía aquí.

Noa se abrazó a su madre, conmovida.

—¡Vamos, mi niña! —la instó con ternura—. ¡No seas como tu madre y busca tu felicidad, mi cielo! ¡Vete con él y dile lo que realmente sientes!

—¿Ahora? —preguntó entre excitada y asustada.

—No, si te parece cuando vengamos de cazar gacelas. ¡Pues claro, tontorrón!

Y ella se levantó para salir del bungalow y acercarse a la cabaña de Alonso en medio de la noche, cayendo una buena tormenta encima de su cabeza. Pero el miedo y las dudas la detuvieron al llegar a la escalera. Y se quedó allí, debajo de la lluvia, vacilando sobre si era el mejor momento o no para buscarlo. Pero no tuvo que pensarlo mucho tiempo, porque enseguida él abrió la puerta, para quedarse parado durante un segundo y, después de lo que pareció una eternidad, bajó la escalera y se acercó despacio a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí, Noa? —preguntó sorprendido—. Está lloviendo.

—Lo sé —le respondió con el corazón retumbando en su pecho.

Los dos se miraron por un tiempo que pareció infinito. Y Noa se asombró de lo guapo que era, y de lo mucho que lo amaba. Alonso levantó una mano, para retirar un mechón de pelo mojado de su rostro, mientras ella lo miraba arrobada.

—Te estás mojando.

—También lo sé —respondió mientras las gotas de lluvia chocaban contra su cara y la hacían parpadear al pesarle las pestañas, ignorando adrede el hecho de que él también se estaba empapando.

«¡Dios santo! ¡Es tan hermosa, tan perfecta!»

—Creía que te daban miedo las tormentas —comentó, a la vez que con las yemas de los dedos le acariciaba la cara con reverencia.

—Ahora ya no. Desde que te conozco ya no le tengo miedo a nada —confesó mientras inclinaba la cara y cerraba los párpados para poder sentir mejor el contacto de sus dedos.

Él dejó de respirar, atento a la expresión de su semblante y deseando con toda su alma poder abrazarla y perderse entre sus labios. Y, de pronto, Noa abrió los ojos para poder mirarlo directamente a los suyos.

—Dime algo que no sepa, Al —le rogó con el corazón latiendo desbocado en su garganta—. Dime algo que llevo demasiado tiempo deseando escuchar, y que todavía no me has dicho.

Alonso se acercó más a ella, mientras la sangre y la adrenalina corrían salvajes por su cuerpo. Suavemente, agarró su rostro entre sus manos y clavó la mirada en esos labios que se moría por besar y saborear, para después deslizarla lentamente por sus exquisitas facciones y subirla hasta llegar a sus impresionantes y hermosos ojos azules, que brillaban inquietos y anhelantes por una respuesta. Mientras tanto, su corazón palpitaba henchido de alegría, por volver a escuchar esas dos letras que creyó

que jamás volvería a oír.

«Al.»

Había usado esa abreviatura de su nombre otra vez, y esa simple connotación le hacía imaginar poder ser perdonado, tener la pequeña esperanza de que no todo estaba perdido, de que podría tener una oportunidad. La oportunidad de poder confesarle lo que por un agónico instante creyó que nunca podría decirle, mientras lloraba su pérdida entre sus brazos. Y tragó saliva con fuerza, preparándose para decir las palabras más importantes de su vida.

—Te amo, Noa. Te amo más que a mi vida, mi amor.

Ella le dedicó una radiante sonrisa, llena de éxtasis y alivio, al escuchar por fin esas palabras que tanto deseaba oír. Y elevó sus manos para acariciar también el rostro de él, mientras lágrimas de felicidad se mezclaban con las gotas de lluvia.

—Yo también te amo, Al. Te amo más allá de la razón y de mi ser.

Y los dos se fundieron en un abrazo, sellando con sus labios esas palabras de amor. Al fin libres de culpas, de miedos, de reproches, de dudas, encontraron la paz en ellos, y en lo que sentían el uno por el otro. Nada era más fuerte y liberador que la devoción que se profesaban, sabiendo que por fin habían encontrado el hogar, y el amor más puro y profundo, en los brazos del otro.

Alonso se separó de ella para apoyar frente contra frente, mientras de su boca las palabras salían temblorosas y cargadas de emoción.

—Por Dios, mi vida, nunca más vuelvas a hacerme pasar por el infierno de perderte. No tienes ni idea de lo que sufrí cuando creí que... que estabas muerta. Te amo tanto, mi cielo... No tienes ni idea. Creí morir en ese instante contigo. No quería seguir viviendo si tú no estabas conmigo.

—¡Chist...! —susurró posando sus labios en los de él de nuevo para hacerlo callar.

Y Alonso los atrapó por un breve instante, mientras de su garganta salía un sonido mitad gruñido mitad quejido desgarrado.

—¡Perdóname, Noa! Perdóname por haber dudado de ti, por todo el daño que te he hecho, por ser un auténtico cretino contigo. ¡Perdóname, mi amor!

—Ya... ya... —murmuró para alejarse un instante y mirarlo a los ojos—. No me pidas perdón por quererme, Al, porque yo también me he equivocado. Los dos lo hemos hecho, y lo seguiremos haciendo porque ambos somos así. Y por eso te quiero. Porque eres impetuoso, cabezota, salvaje, honesto, noble, intenso... muy intenso —señaló con una sonrisa llena de promesas—. Pero tendremos mucho tiempo para solucionarlo, mi amor, para acostumbrarnos el uno al otro. Porque no me pienso ir de aquí, que te quede claro. Vas a tener que aguantarme durante mucho mucho tiempo.

—Mucho tiempo, no —rectificó él, regalándole una amplia sonrisa—. Te quiero toda para mí. Te lo advierto yo a ti, mi amor, tendrás que quedarte a mi lado lo que me reste de vida, y te ataré a la pata de mi cama si es necesario.

Y estrechándola más entre sus brazos, la besó con pasión, reclamando esa boca

como suya y saboreándola a conciencia, ávido de ella, de su sabor, de su dulzura. Y Noa no se quedó atrás, correspondiéndole, dando y recibiendo, atesorando cada instante, intentando recuperar el tiempo perdido. El tiempo que les habían robado de forma tan cruel.

Y dio un pequeño salto para agarrarse con las piernas a sus caderas, y con los brazos a sus fuertes hombros, mientras él la tuvo que sujetar por el trasero para que no cayera.

—¿Al? —murmuró contra su boca.

—¿Sí? —gimió, intentando volver a atrapar sus labios.

Noa levantó la cabeza para que él pudiera besar su cuello mezclado con el agua de lluvia, mientras miles de descargas le estremecían la piel, al sentir el calor de su aliento contrastando con el frío de las gotas.

—Está lloviendo.

—Ajá —suspiró, lamiendo la línea de su cuello hacia el esternón.

—Y estoy mojada, muy mojada.

—Dime algo que no sepa —farfulló mordisqueando suavemente la piel, a la vez que sujetaba con seguridad ese hermoso trasero en forma de corazón.

Y Noa sonrió, adorando esa forma de ser.

—Pues que, además de mojada y completamente húmeda, me muero por hacer pan.

Alonso levantó la cabeza para mirarla con desconcierto, y elevó una ceja creyendo no haber oído bien.

—Perdona, ¿has dicho que quieres hacer pan?

—Ajá —respondió, lamiéndose las gotas de lluvia de los labios.

Detalle que no escapó a los ojos del guía, y que lo excitó más allá de lo imposible. No se podía ser más *sexy* aunque ensayara durante horas delante del espejo.

—¿Ahora? —preguntó confundido.

—Sí, ahora —musitó ella, siendo su turno de mordisquear su fuerte y marcada mandíbula.

Y Alonso dejó escapar un gemido de dolor, pues en esos momentos en lo que menos pensaba era en hacer pan. Y sus partes nobles, y no tan nobles, protestaron por tener que ponerse a jugar a las cocinitas con ella.

—Estoy tan caliente que tengo el horno listo y preparado para hacer bollos, bizcochos o lo que más te apetezca —continuó Noa—, aunque precisamente en estos momentos lo que estoy es deseando hornear una buena *baguette*.

De pronto él cayó en la cuenta de a lo que tan sutilmente se refería, y enseñó los dientes en una sonrisa perversa, al advertir que esa mujer nunca dejaría de sorprenderlo. Decidió seguirle el juego, para lograr que ella sufriera como lo había hecho él.

—¿Crees que es un buen momento?

—El mejor —aseguró, en tanto asaltaba el cuello del guía, dejando un reguero de

pequeños mordiscos que lo hacían estremecer.

—¡Humm! ¡No sé! —gimió, enfebrecido por lo que le estaba haciendo.

—No sabes, ¿qué?

—No sé si le parecerá bien a Pierre que asaltemos su cocina a estas horas de la noche para hacer pan.

Noa arrugó el ceño y levantó la cabeza tan deprisa que se dio con ella en la mandíbula de él.

—¡Ayyy! —gimieron los dos a la vez.

Alonso fue el primero en preguntar, preocupado porque se hubiera hecho mucho daño.

—¿Estás bien?

—¡Claro que estoy bien, tonto! —protestó mientras se frotaba la frente—. ¿Qué tiene que ver Pierre en todo esto? ¿No querrás que hagamos un trío?

Y viendo que Noa estaba bien, Alonso no pudo evitar que se le escapara una enorme carcajada, que resonó en todo el lugar.

—De verdad, cariño, a veces me superas —rezongó algo molesta—. No puedes dejar salir a pasear a esa media neurona libremente cuando ella quiera. Ahora ya se me pasó el calentón.

Éste, jugueteón, la dejó caer un poco para que sintiera la dureza de su entrepierna, mientras atrapaba con los dientes su labio inferior.

—Al contrario que yo, que estoy que ardo por ti —gruñó contra su boca.

Y Noa se sujetó más fuerte al sentir su cálido aliento, a la vez que él lamía las gotas de agua que resbalaban por sus labios, para después irrumpir con ansias en su interior con la lengua, mientras trémulos jadeos salían de lo profundo de su pecho.

—Sólo hay un pequeño problema, mi amor —suspiró un tanto abatido, mientras subía la escalera y se dirigía con ella a cuestras hacia el interior de su cabaña.

—¿Cuál?

—Que estoy tan caliente por ti y te deseo tanto, que voy a durar lo que un microondas. El tiempo suficiente para calentar unas palomitas.

Entonces fue el turno de Noa para echar la cabeza hacia atrás y reírse feliz. Y le respondió a continuación, cuando la posó en la cama debajo de él, en tanto le desabrochaba con impaciencia los botones de su camisa:

—No me importa, cariño; te esperaré el tiempo que haga falta, el resto de mi vida si es necesario.

Y Alonso clavó su mirada en ella, a la vez que sus ojos rebosaban amor a raudales. Un amor lleno de esperanzas, repleto de fe en un futuro unidos, de un compromiso firme y duradero. Un amor inquebrantable, que los llevaría a formar una familia juntos y a amarse sin condiciones, el tiempo que les quedase.

—¿Es una promesa?

Ella asintió dichosa.

—Sí, es una promesa.

Y bajó la cabeza para sellar ese juramento con un tórrido y húmedo beso.

—Te amo, mi niñata adorada. Te amo con toda mi alma.

—Y yo a ti, mi Tarzán trasnochado. Te amo por y para siempre.

Y los dos tuvieron el resto de la noche para demostrarse con besos y caricias que no importa la distancia, ni las diferencias, ni los miedos, ni el orgullo, ni los prejuicios, ni la maldad o el peligro. Cuando dos corazones se pertenecen más allá de esta vida, nada ni nadie podrá separarlos.

Epílogo

Tres semanas más tarde

Noa, Alonso, Cayetana, Jasira, Hadiya y Janeeta venían de pasar unas refrescantes y encantadoras horas en la cascada. Los seis habían disfrutado como una auténtica familia de uno de los días más calurosos en África desde que las dos españolas habían llegado. Sobre todo las pequeñas, que habían chapoteado y gozado como nadie de la deliciosa y cristalina agua de la poza. Mientras se acercaban a la entrada del hotel, advirtieron cómo Asha los estaba esperando, acompañada por un desconocido.

—Buenas tardes —saludó Alonso, abrazado a Noa; eran los más adelantados.

—Buenas tardes —respondió el hombre misterioso.

El visitante era un varón de mediana edad, alto, con buena planta y muy apuesto. Los miraba algo nervioso e impaciente, como si estuviera buscando a alguien, pero no estuviera muy seguro de a quién. Sus ojos marrones mostraban inteligencia y madurez, y las canas que sobresalían de sus sienes destacando su pelo negro lo hacían parecer un hombre seguro de sí mismo, respetable y muy gallardo.

—Noa, el señor Martínez preguntaba por ti o por doña Cayetana. Ha llegado hace unos minutos, y me ha informado de que ha sido invitado a pasar unos días en el *resort*.

—¡Oh, Dios mío!, ¡me olvidé por completo de avisarte, Asha! —exclamó acercándose al invitado para saludarlo y darle la bienvenida tal y como se merecía—. Señor Martínez, me alegro enormemente de que haya aceptado nuestra invitación. Siento mucho haberlo hecho esperar, pero, al no saber exactamente el día y la hora de su llegada, nos ha pillado a todos volviendo de una pequeña excursión.

—Tranquila, no pasa nada —la apaciguó con una dulce sonrisa—. Tú debes de ser Noa, la hija de Cayetana, ¿cierto?

Ella asintió. Y sin esperar lo en absoluto, el hombre se acercó y la abrazó de forma calurosa. Con ese simple gesto, ella supo enseguida que le iba a caer bien.

—No sabes las ganas que tenía de conocerte al fin.

—Y yo a usted —respondió dedicándole una sincera sonrisa—. Permítame presentarle a Alonso Rivas. —Y girándose hacia el guía, añadió—: Alonso, el señor Martínez es...

—Creo saber quién es —la interrumpió él, adelantándose para estrecharle la mano al invitado.

Y los dos se saludaron con respeto y cordialidad.

—¿Eres su marido? —preguntó con curiosidad.

—Todavía no, pero estoy trabajando en ello —aseguró el guía guiñándole un ojo

—. No pierdo la esperanza de que me diga que sí.

—No lo hagas, al menos yo no lo he hecho —admitió el hombre orgulloso.

—¿Julián?! —prorrumpió Cayetana estupefacta, apareciendo en ese mismo instante.

Y los dos se quedaron mirándose unos segundos, inmersos el uno en el otro, momento que Noa aprovechó para recoger de los brazos de su madre a Jasira.

—Hola, Tana —habló el hombre acercándose a ella, ajeno en ese momento a nada que no fuera la mujer a la cual amaba desde hacía tanto tiempo.

—¿Qué... qué haces aquí? —preguntó, aturdida por la sorpresa de su presencia en aquel lugar.

—Tu hija me invitó a pasar unos días en este hermoso país —la informó, examinando cada gesto y expresión de su rostro—. Fue muy insistente, y no me quedó más remedio que aceptar. —Y después de una breve pausa, susurró—: Estás preciosa.

—Yo... yo-yo... no-no sé... —tartamudeó confusa.

—¿Por qué no entramos y tomamos un refresco? —propuso Noa, empujando ligeramente a su madre hacia la entrada—. Así podremos hablar y conocernos un poco mejor.

—Será un auténtico placer —señaló Julián, ofreciéndole el brazo a su madre para entrar en el hotel, gesto que ella aceptó todavía abrumada.

Noa, con su pequeña en brazos, observó complacida cómo la pareja recién encontrada se encaminaba hacia el interior.

—Parece encantador, ¿verdad? —intervino Alonso acercándose a ella para besarla con ternura en la frente.

—Sí que lo parece —afirmó visiblemente emocionada—. ¿Crees que hemos hecho bien en invitarlo a venir?

—Mi única neurona me dice, completamente segura, que sí —alegó, divertido por sus repentinos temores.

Ella bufó y puso los ojos en blanco para señalarle a continuación:

—¡Bah! ¡Menuda ayuda! Como si me sirviera de algo lo que piensa esa cabra loca —se burló traviesa.

—Esta cabra loca piensa, única y exclusivamente, en lo que te va a hacer esta noche cuando estemos a solas —le dijo a la vez que bajaba la cabeza para besarla.

—No me extraña que la tengas agotada de tanto subir y bajar —farfulló contra sus labios, momento que aprovechó la cría, celosa de que no le prestaran atención, para intentar separarles las caras con sus pequeñas manos.

—Ay, niñata; te ha salido una dura competidora —afirmó, dejándola a ella para besuquear a Jasira.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Y riéndose por los esfuerzos de la niña, entraron juntos en el hotel para reunirse con su madre y Julián.

Cuando llegaron a la mesa donde estaban sentados, Noa reparó en la mano que disimuladamente Cayetana retiraba de debajo de la del visitante inesperado, a la vez que un intenso rubor teñía sus mejillas. Sonrió divertida al ver el comportamiento adolescente de su progenitora. Para aligerar el incómodo momento, decidió presentarles a los empleados que en ese instante trabajaban por aquella zona, para después acomodarse junto a ellos y charlar durante horas como si fueran viejos conocidos.

El tiempo había pasado deprisa, y se encontraban disfrutando de una divertida y amena cena, mientras Julián les contaba las anécdotas de juventud que había compartido con su madre, en tanto ésta, con los ojos brillantes de felicidad, no podía encontrarse más a gusto y relajada, más de lo que lo había estado nunca.

—Mamá, ¿por qué no le enseñas a Julián los jardines? Estoy segura de que os vendrá bien un corto paseo para bajar la cena y ponerlos al día de vuestras cosas — insinuó Noa después de los cafés, dichosa de ver a su madre tan feliz.

—¡Es una excelente idea! —aceptó éste encantado.

—¿Estás seguro? —preguntó Cayetana, dubitativa—. ¿No estás muy cansado después de tan largo viaje?

—En absoluto —aseveró él, clavando su penetrante mirada en ella—. Me fascinaría que me enseñaras este hermoso lugar.

La mujer desvió la mirada tímidamente, para asentir con la cabeza acto seguido.

—Está bien, como tú quieras.

Y después de despedirse de los comensales, cuando estaban a punto de abandonar el comedor, Noa los avisó.

—Por cierto, Julián, tus maletas ya están en la habitación de mi madre. Estoy segura de que sabrá guiarte convenientemente hasta ellas.

—¡Noa! —exclamó ésta, escandalizada.

—¿Qué? —preguntó haciéndose la sorprendida—. No querrás ser tan grosera de hacerlo dormir sólo, después de semejante viaje que se ha pegado el pobre, ¿no?

Y Cayetana, queriéndose morir de la vergüenza al ver a todos sonreír abiertamente, no dio crédito a la carcajada que soltó Julián detrás de ella.

—¿Estás segura de que no es hija mía? —inquirió acercándose a ella.

Y la mujer, fulminándolo con la mirada, respondió refunfuñando.

—Lo que ya no tengo tan claro es que esa descarada sea hija mía; cada vez estoy más convencida de que me la cambiaron en el hospital. —Y después de lanzarle una mirada desdeñosa a su hija, se marchó muy dignamente de allí.

—¿Hacía falta avergonzarla? —preguntó Alonso, curioso.

—Ésta es mi pequeña venganza por haberme mandado al internado de Irlanda.

—Creí que la habías perdonado —señaló Asha, sorprendida por su respuesta.

—Y la he perdonado —respondió molesta por la insinuación—. ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?

Alonso echó la cabeza hacia atrás para echarse a reír a carcajadas.

—No puedo contigo, niñata, te juro que no puedo.

Al día siguiente estaban desayunando, después de que los clientes se hubieran marchado a la excursión convenida, cuando Amali entró en el comedor y susurró algo al oído de Noa. Ésta palideció de repente y, murmurando una leve excusa, se levantó de la mesa para dirigirse al exterior del hotel detrás de su empleada. Ese detalle no le pasó desapercibido a Alonso, quien, preocupado, también se levantó para seguirla.

—¿Qué ocurre? —preguntó al darle alcance.

—Llegó el que faltaba —respondió molesta, cruzándose de brazos.

Y el hombre que estaba esperando a que descargaran su equipaje giró la cabeza en su dirección como si la hubiera oído.

—¿Qué haces aquí, papá?

Diego la miró sin disimular su desdén.

—Obviamente, no me ha quedado más remedio que venir a este lugar infernal al ver que ni mi hija ni su madre respondían a mis llamadas —contestó al acercarse a ellos.

—Con lo inteligente que dices ser, creíamos que cogieras la indirecta.

—No me provoques, Noa; estoy cansado y no estoy de humor para tus absurdos juegos.

—No es ningún juego, es la verdad. Si no hemos cogido el teléfono es porque no tenemos nada que decirte.

Su padre la ignoró, como solía hacerlo cuando no le interesaba lo que decía.

—¿Dónde está tu madre? Quiero verla ya.

—Ella no quiere verte a ti.

—Me importa bien poco lo que quiera o no. Su estupidez ha llegado a límites insospechados, y va a tener que darme explicaciones ahora mismo.

—¿Qué parte de «no quiere verte» no has entendido, papá?

Él la miró con dureza entrecerrando los ojos, decidido a anteponer sus deseos a los de los demás, tal y como estaba acostumbrado, pero no sin antes poner en su sitio a su rebelde hija.

—La verdad es que ya estoy harto de tus sandeces, Noa. Te di una oportunidad para recuperar mi confianza, pero es evidente que todo esto te venía demasiado grande. Nunca debí poner mis esperanzas en ti. Como has venido demostrándome a lo largo de los años, has sido y seguirás siendo una vergüenza para mí.

Alonso se interpuso en su camino, cuando Diego se disponía a subir las escaleras para entrar en el edificio.

—Le rogaría que la tratara con el respeto que se merece —le advirtió con extrema seriedad.

—Al...

—Y tú, ¿quién demonios eres? —preguntó furioso al verse bloqueado por su

presencia.

—Soy el encargado del *resort* —le informó sin moverse un ápice.

—¿Tú eres Alonso?

El guía asintió, clavando su mirada glacial en él. No iba a permitirle a ese hombre que, después de todo el daño que había causado, viniera aquí con su soberbia y prepotencia y tratara a su hija con desprecio.

—Pues yo soy tu jefe, así que, si sabes lo que te conviene, será mejor que te apartes y me dejes pasar.

—Sé perfectamente quién es —afirmó con seguridad sin dejarse intimidar, para seguidamente girar la cabeza y preguntarle con la mirada a Noa si debía o no dejarlo entrar.

Ella se acercó a él con la cabeza bien alta, para agarrarlo de la mano y situarse a su lado.

—Te lo vuelvo a repetir, papá. ¿Qué haces aquí?

Su padre, atónito, no dejaba de mirar sus manos entrelazadas y, después de unos segundos de desconcierto, se irguió cuan largo era para encararse a su hija.

—Yo soy el dueño de este lugar y no tengo por qué darte explicaciones. Quiero que me preparen una habitación ahora mismo —ordenó estoico—. Y tú y tu madre será mejor que vayáis haciendo las maletas, porque mañana os venís conmigo de vuelta a Valencia.

—No creo que eso vaya a suceder, Diego —soltó Cayetana apareciendo en ese momento.

Y éste observó, incrédulo, cómo su mujer aparecía agarrada del brazo del hombre del cual creía haberse deshecho muchos años atrás.

—¿Qué diablos está ocurriendo aquí? —preguntó iracundo, centrándose en ella—. ¿Y qué hace este muerto de hambre en este lugar?

—No es algo que a ti te incumba —respondió Cayetana impasible, tranquilizando con un leve apretón a Julián para que no saltara.

—¿Que no me incumbe?! —gritó fuera de sí, a la vez que sacaba unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta—. ¡Por supuesto que me incumbe, máxime cuando he recibido esta broma pesada la semana pasada! ¡¿Qué significa esto?!

—Creo que está muy claro —respondió segura de sí misma por primera vez en su vida—. Son los papeles del divorcio.

Diego se echó a reír socarronamente.

—¿De verdad que quieres divorciarte para estar con este pobre infeliz?

—Hijo de...

—¡Julián, no! —lo detuvo Cayetana con firmeza—. Esto es algo que debo hacer yo.

Y tanto él como Alonso se dieron cuenta en ese momento de que ese asunto era algo que tenían que resolver ellas mismas, con el hombre que tanto daño les había hecho, por lo que tácitamente no pensaban intervenir, a no ser que fuera

absolutamente necesario.

Girándose hacia su todavía marido, le explicó:

—Esta persona a la que tú llamas «muerto de hambre» ha sido más hombre de lo que lo has sido tú en toda tu maldita vida. Este muerto de hambre me ha enseñado a amar y a ser amada. Sabe cómo tratar a una mujer debidamente, y me ha hecho la persona más feliz sobre la faz de la tierra cuando he estado a su lado. —Y mirándolo de arriba abajo con todo el odio que retenía dentro por él, sentenció—: Algo que tú, Diego Montalbo, has sido completamente incapaz de hacer. Y mi decisión de abandonarte la tomé mucho antes de saber que iba a volver a verlo. Quiero divorciarme de ti porque no te soporto, me das auténtico asco, y no quiero perder ni un minuto más de mi vida a tu lado.

Éste entrecerró los ojos, humillado por sus palabras, y dibujó una ladina sonrisa al disfrutar de su venganza.

—No imaginé que fueras tan estúpida, Cayetana. Y no pensé que estuvieras tan loca de creer que te iba a firmar los papeles así porque sí. Pero eres muy ingenua si piensas que te vas a ir de rositas después de lo que acabas de hacer. Sobre todo cuando le diga a tu hija toda la verdad.

—No te molestes, papá, todo lo que tenía que saber ya lo sé —intervino Noa sonriendo orgullosa a su madre, para después mirarlo a él con desprecio—. Y para que te conste, fui yo quien llamó e invitó a Julián a venir aquí, mamá no sabía nada hasta que lo vio aparecer. Pero ten muy claro que, si llego a saber antes lo feliz que es a su lado, lo hubiera hecho hace mucho tiempo. Y que sepas también que ojalá te hubiera dejado hace muchos años. No tienes ni idea de la cantidad de dolor y lágrimas que nos hubiésemos ahorrado las dos por tu culpa.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —masculló su padre iracundo, con los dientes apretados, acercándose a ella.

—¿O qué? —lo retó elevando la barbilla—. ¿Me vas a hacer más daño del que ya me has hecho? Lo dudo mucho, papá, lo dudo mucho. No tienes ni idea de lo feliz que me haría que Julián fuera mi padre y no tú.

Cuando Diego, cegado por la ira, se abalanzó hacia Noa para enseñarle lo que era respetar a un padre, Alonso fue lo suficientemente rápido como para interponerse entre los dos, agarrando a su jefe con una mano por el cuello, y con la otra el brazo que iba dirigido hacia su hija.

—Si le pone una mano encima, lo mato —siseó fulminándolo con la mirada.

Éste, acobardado, se alejó de él mientras se frotaba la garganta, para ponerse a gritar enloquecido al no poder salirse con la suya.

—¡Todos fuera de aquí! ¡No quiero veros a ninguno en mi hotel! ¡Al final va a ser verdad que las dos sois tal para cual, encamándoos con el primer indeseable que se os mete entre las piernas! ¡Largo todo el mundo de mi propiedad! ¡Fuera!

—El único que se va a marchar de aquí eres tú, Diego —amenazó Cayetana acercándose a su hija para hacer un frente común—. Tengo derecho a la mitad de

todo lo que posees, y éste será uno de los bienes con los que me voy a quedar. Por tanto, el que no eres bienvenido aquí eres tú. Te rogaría que cogieras toda tu mierda y te marcharas muy lejos, a poder ser a otro continente.

Su marido posó su mirada cargada de rabia en ella.

—Si crees que voy a dejar que tú y la bastarda de tu hija os quedéis con mi dinero y lo malgastéis con estos dos desgraciados, es que estás más loca de lo que yo creía.

—No es que lo crea, es que lo sé. No hicimos separación de bienes cuando nos casamos; por tanto, tengo derecho a la mitad de todo tu dinero, a las acciones de las empresas y a la mitad de las propiedades que tienes desperdigadas por Valencia para uso y disfrute de tus amantes, así como de los *resorts* que tienes por el mundo.

»Tú, Diego Montalbo, que te vanaglorias de ser un hombre tan inteligente para los negocios, cometiste un error garrafal casándote conmigo. Y te vas a arrepentir. Te voy a dar donde más te duele, que es en la cartera, quitándote todo lo que pueda y más.

—No serás capaz de atreverte —señaló lleno de odio—. Te lo advierto, Cayetana, si pretendes quitarme un solo céntimo, todo el mundo sabrá lo perra infiel que has sido durante tantos años. La imagen de señora y el buen apellido de tu familia caerán delante de todas tus amistades, cuando se enteren de que no has sido más que una puta adúltera. Será un escándalo cuando salga en todas las revistas lo zorra que has sido durante todos estos años, engañando a tu pobre y amantísimo marido.

Lo que Diego no se esperaba, y Julián tampoco, que a punto estuvo de abalanzarse contra el empresario después de tanto insulto, fue que su mujer se empezara a reír de él, divertida por sus amenazas y acusaciones.

—Amantísimo marido —murmuró ella entre carcajadas—. No me habías hecho reír tanto en toda tu patética vida.

—¿Te parece gracioso? —preguntó colérico.

—No sabes cuánto —contestó sin parar de reír—. ¡Ay, madre mía, qué sofoco! —exclamó simulando secarse las lágrimas, mientras veía, complacida, cómo a su marido, rojo de rabia, casi le daba un ictus—. Puedes hacer lo que quieras, Diego, a mí ya poco me interesa. Lo que realmente me importa es lo que tengo a mi lado, las personas a las que realmente amo, y no tus ridículas mentiras. Ésa es una vida que ya he dejado atrás. Ya no soy esa mujer pendiente de guardar las apariencias y temerosa de los chismes malintencionados. Sólo me preocupa mi familia, y tú no entras dentro de esa categoría.

Entonces le tocó a Diego reírse de forma burlona.

—Esta panda de perdedores, ¿es ahora tu familia? —señaló a los cuatro con arrogancia—. Pero ¡qué bajo has caído, Cayetana! Si tu madre viviera, no levantaría cabeza de la vergüenza que le causarías.

—Te equivocas, papá, porque dudo mucho que fuera la misma vergüenza que tú le causarías al abuelo Isidro —saltó Noa en defensa de todos los presentes—. Él estaría orgulloso de Alonso, un médico respetado y querido por todos, que se ha

labrado su futuro a base de su esfuerzo y trabajo. O de Julián, un juez ejemplar y respetado de la Audiencia Nacional, que trabaja estrechamente con la Fiscalía Anticorrupción de Valencia. En cambio, tú... —continuó hablando, y propinando con sus palabras una bofetada de realidad al empresario—... volverías a matarlo, por la ignominia que resultaría tener un hijo que no es nada más que un ladrón, un farsante y un estafador. Estos dos hombres a los que llamas «perdedores» pueden darte cátedra de honradez, moralidad, integridad y decencia, ganada con esfuerzo con su propio trabajo. Cualidades que tú ni siquiera sabes que existen. Y el abuelo no podría mirarte tan siquiera a la cara si supiera que la empresa que él levantó con tanto orgullo y empeño tú la has convertido en un vertedero de alimañas.

Alonso no pudo más que contemplarla henchido de amor, orgullo y satisfacción por sus palabras. Sabía a ciencia cierta que, como siempre, Noa había dado donde más dolía. Sobre todo al ver la cara de pasmo que se le había quedado a su padre después de que ella hablara. Éste estaba completamente equivocado al menospreciarla de esa manera, pues esa mujer a la que tanto amaba y admiraba era la más inteligente, valiente, luchadora y valiosa que él conocía.

Pero Diego no pensaba de la misma manera y, humillado y ofendido en lo más profundo, se dirigió a ella para notificarle.

—Desde este momento, reniego de ti. A partir de ahora no tengo ninguna hija reconocida, y no quiero volver a saber nada de ti por lo que me resta de vida.

—No sabes la satisfacción que me da oírte decir eso, porque, para mí, moriste el mismo día que lo hizo Daniel —respondió Noa alzando la barbilla con altivez, y sin demostrar ningún pesar al decir lo que pensaba.

El hombre parpadeó sorprendido por esas palabras, confundido al creer que iba a hacerle el mismo daño que ella le había hecho a él. Pero, no contento de cómo estaban saliendo las cosas, se dirigió a su todavía mujer para proferir su última amenaza.

—Y sobre a lo que a ti se refiere, no creas que voy a dejar que te lleves un solo céntimo de mis cuentas. Te aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para destruirte y dejarte en la miseria más absoluta. Y sabes, querida, que tengo los medios para hacerlo. Además, te recomendaría que ataras en corto a la bastarda de tu hija, porque no me va a temblar la mano si tengo que destruirla a ella también.

Alonso, cansado de las viles amenazas de ese cobarde despreciable hacia las dos mujeres, bajó un peldaño de la escalera para enfrentarse a él.

—Que sepa que tanto Noa como Cayetana ya no se encuentran solas e indefensas. Si piensa en tocarles un solo pelo, primero tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—Y del mío —suscribió Julián, uniéndose al guía—. Deja de ser el cobarde rastrero que siempre has sido, Diego, y ten los redaños de enfrentarte a dos hombres hechos y derechos. No te escudes tras tus patéticos chantajes, y afronta de una vez que has perdido, dejándonos en paz.

—¡Ni lo sueñes! —declaró seguro de sus bazas.

Y de pronto, los tres miraron a Noa, que se reía complacida por poder asestarle el golpe de gracia al hombre que tanto los había hecho sufrir, contenta al fin de poder ponerlo en su lugar, y que probase una vez en la vida de su propia medicina.

—Vuelves a equivocarte, Diego Montalbo —señaló gozosa de poder vengarse al fin—. Me has enseñado bien todos estos años y, al igual que tú, tengo un as bajo la manga, por lo que te sugiero que sigas el consejo que te ha dado Julián y te marches de aquí sin hacer ruido. También te convendría que le dieras el divorcio a mi madre sin ninguna oposición, pagándole con la mitad de tus bienes por todos estos años de calvario a tu lado. Y no vuelvas a aparecer en nuestras vidas nunca más. Te aseguro que es un precio muy bajo que pagar, en comparación con lo que yo te podría hacer.

—Mira cómo tiemblo, niña malcriada —la retó, creyendo que iba de farol—. ¿Qué vas a hacer si decido no hacer caso?

Noa bajó la escalera sonriendo con pedantería, mientras se acercaba a su padre. Y cuando estuvo lo suficientemente cerca, se limitó a mirarse una uña con gran atención, demostrándole con ello el desprecio y el escaso interés que le producía.

—Nada que no te merezcas, papi. No sabes lo feliz que me haría ofrecerle a Julián... —y aquí lo miró con frialdad, recalcando las palabras—, juez de la Audiencia Nacional... las copias de todos los documentos que mi hermano, tu hijo, hizo referidos a tus chanchullos y tejemanejes durante los años que trabajó contigo, y que tuvo durante todo ese tiempo a muy buen recaudo, en una caja de seguridad de un banco. Al que, por cierto, únicamente yo tengo acceso, gracias a la llave que me dio el mismo día que murió. Estoy segura de que Daniel, igual que los aquí presentes, estaría encantado de ver a su padre, el hombre que le arruinó la vida, ingresar en prisión por todas las irregularidades de sus empresas... estafas, cohecho, apropiación indebida, blanqueo de capitales, fraude fiscal y a la Seguridad Social, tráfico de influencias... —Y elevando en ese instante una ceja para mirarlo directamente a los ojos, preguntó—: ¿Quieres que siga?

Diego tragó saliva con fuerza mientras el color desaparecía de su cara, momento que Noa aprovechó para chasquear la lengua y después sonreír. Aunque no había nada de alegría en esa sonrisa, al contrario, lo único que expresó fue pesar.

—Sabía que captaría tu atención —expuso sintiendo una enorme pena por su padre—. Como bien ha dicho mamá, no eres bien recibido aquí, así que coge toda tu basura y vete con ella. —Acto seguido, se giró para volver a subir los peldaños y abrazarse a Alonso, que la besó con orgullo en la frente para, a continuación, mirarlo con frialdad—. Sé que el sentimiento es mutuo; por tanto, no te costará en absoluto desaparecer de nuestras vidas para siempre. Y, como también sé que algo de inteligencia te queda para no intentar nada contra nosotros, sólo me queda la esperanza de que, a las personas como tú, la vida les recompense en su final muriendo solos y abandonados como perros, pues no es más de lo que te mereces... ya que, a pesar de estar podrido de dinero, intoxicas y corrompes todo lo que tocas,

por lo que no habrá nadie que pueda tener un pequeño sentimiento de cariño sincero hacia ti. Tú solito te has encargado de eso.

Y dicho esto, se giró para entrar en el hotel y comenzar una nueva vida, rodeada de las personas realmente importantes para ella, dejando atrás el dolor y el sufrimiento que nada le aportaban, junto con el hombre que, derrotado, miraba cómo había perdido lo que nunca había tenido.



ANTÍA EIRAS (Vigo, España, 1974). Es la tercera de tres hijas de padres gallegos. Desde muy niña siempre le ha gustado leer, y se ha convertido en una pasión. Su libro favorito sigue siendo el primero que leyó: *Cenizas al viento* de Kathleen Woodiwiss. Pero confiesa que su escritora favorita, de la cual ha leído todos sus libros, es Johanna Lindsey.

En febrero de 2015 publicó su primera novela, *Los príncipes azules no existen... ¿O sí?*, que a las pocas semanas se convirtió en bestseller en Amazon y estuvo más de un año en el Top100. También ha sido finalista en los Premios Eriginal Books.

En el 2016 publicó su segunda novela, *A la caza de tu amor*, que fue galardonada con el premio Watty2015, llegando al puesto nº1 en las mejores plataformas digitales.

En el 2017 publicó su tercera novela titulada *Los guardianes* (serie *La Orden de los Varones*), el primer libro de una saga de corte romántico paranormal.